Ejercicios de perfección y virtudes cristianas

Parte segunda

P. Alonso Rodríguez, S.J.

PADRE ALONSO RODRÍGUEZ
DE LA COMPAÑÍA DE JESÚS

EJERCICIO DE PERFECCIÓN
Y
VIRTUDES CRISTIANAS

PARTE SEGUNDA

ÍNDICE

TRATADO PRIMERO **11**

DE LA MORTIFICACIÓN **11**

Que es menester juntar la mortificación con la oración, y que estas dos cosas se han de ayudar la una a la otra. 11

En qué consiste la mortificación, y de la necesidad que de ella tenemos. 18

Que es de los mayores castigos de Dios el entregar a uno a sus apetitos y deseos, dejándole que se vaya tras ellos. 22

Del odio santo de sí mismo y del espíritu de mortificación y penitencia que de él nace. 23

Que nuestro aprovechamiento y perfección está en la mortificación. 26

Que a los religiosos, y especialmente a los que tratan con prójimos, les es más particularmente necesaria la mortificación. 28

De las maneras que hay de mortificación y penitencia, y cómo ambas las abraza y usa la Compañía. 30

Que la mortificación no es odio, sino verdadero amor, no sólo de nuestra ánima, sino también de nuestro mismo cuerpo. 38

Que el que no trata de mortificarse, no solo no vive vida espiritual, pero ni racional. 41

Que es mayor trabajo no tratar uno de mortificarse que el tratar de eso. 43

Se comienza a tratar del ejercicio de mortificación. 46

Cómo se ha de ir poniendo en práctica el ejercicio de la mortificación. 49

Cómo nos hemos de mortificar en las cosas lícitas y también en las cosas necesarias. 52

Que principalmente nos habernos de mortificar en aquel vicio o pasión que reina más en nosotros y nos hace caer en mayores faltas. 56

Que no hemos de dejar las mortificaciones en cosas pequeñas y cuán provechosas y agradables sean a Dios estas mortificaciones. 58

Del mal y daño que se sigue de menospreciar las mortificaciones en cosas pequeñas. 61

En que se ponen tres avisos importantes en esta materia. 63

Que por bueno y aprovechado que uno sea, siempre tiene necesidad de ejercitarse en la mortificación. 67

De dos medios que nos harán fácil y suave el ejercicio de la mortificación, que son la gracia del Señor y su santo amor. 70
De otro medio que nos facilitará y hará gustoso el ejercicio de la mortificación, que es la esperanza del galardón.. 74
En que se confirma con algunos ejemplos lo dicho en el capítulo pasado............ 76
De otro medio que nos ayudará y hará fácil el ejercicio de la mortificación, que es el ejemplo de Cristo nuestro Redentor.. 79
De tres grados de mortificación. 81
TRATADO SEGUNDO 85
DE LA MODESTIA Y SILENCIO.. 85
Cuán necesaria es la modestia para edificar y aprovechar a nuestros prójimos..... 85
Cuan necesaria es la modestia para nuestro propio aprovechamiento 88
Del engaño de algunos que hacen poco caso de estas cosas exteriores, diciendo que no está en eso la perfección. 90
Del silencio y de los bienes y provechos grandes que hay en él. 93
Que el silencio es mi medio muy importante para ser hombres de oración.......... 96
Que el silencio es medio muy principal para aprovechar y alcanzar la perfección. 98
Que andar uno andar uno con modestia, silencio y recogimiento no es vida triste, sino muy alegre.. 101
De las circunstancias que hemos de guardar en el hablar.................................... 102
Del vicio de la murmuración. 108
Que no hemos de dar oído a murmuraciones. 112
Que nos hemos de guardar de todo género de mentiras. 115
Que nos hemos de guardar de palabras juglares y ridículas y de decir gracias y donaires. 117
Que nuestras pláticas y conversaciones han de ser Dios, y fe algunos medios que nos ayudarán para esto.. 120
De otra razón muy principal, por la cual nos conviene mucho que nuestras pláticas y conversaciones con los prójimos sean de Dios... 123
TRATADO TERCERO 127
DE LA VIRTUD DE LA HUMILDAD 127
De la excelencia de la virtud de la humildad, y de la necesidad que de ella tenemos. 127
Que la humildad es fundamento de todas las virtudes... 129

En que se declara más en particular cómo la humildad es fundamento de todas las virtudes, discurriendo por las más principales. 131
De la necesidad particular que tienen de esta virtud los que profesan ayudar a le salvación de los prójimos. 135
Del primer grado de humildad, que, es tenerse uno en poco y sentir bajamente de sí mismo. 143
Del propio conocimiento, que es la raíz, el medio único y necesario para alcanzar la humildad. 145
De un medio muy principal para conocerse el hombre a sí mismo y alcanzar la humildad, que es la consideración de sus pecados. 147
Cómo nos habremos de ejercitar en el propio conocimiento para no desmayar ni desconfiar 150
De los bienes y provechos grandes que hay en el ejercicio del propio conocimiento. 153
Que el propio conocimiento no causa desmayo, sino antes ánimo y fortaleza. 156
De otros bienes y provechos grandes que hay en el ejercicio del propio conocimiento 158
Cuánto conviene ejercitarnos en nuestro propio conocimiento. 160
Del segundo grado de humildad: declarase en que consiste este grado. 164
De algunos grados y escalones por donde hemos de subir a la perfección de este segundo grado de humildad. 168
Del cuarto escalón, que es desear ser despreciados y tenidos en poco y holgarnos con ello. 171
Que la perfección de la humildad y de las demás virtudes, está en hacer sus actos con deleite y gusto, y cuánto importa esto para perseverar en la virtud. 175
Declarase más la perfección a que hemos de procurar subir en este segundo grado de humildad. 177
De algunos medios para alcanzar este segundo grado de humildad, y particularmente del ejemplo de Cristo nuestro Señor. 180
De algunas razones y consideraciones humanas de que nos hemos de ayudar para ser humildes. 183
De otras razones humanas que nos ayudaran a ser humildes. 185
Que el camino cierto para ser tenido y estimado de los hombres es darse a la virtud y a la humildad. 188
Que la humildad es medio para alcanzar la paz interior del alma, y que sin ella, nunca la tendremos. 191

De otro género de medios más eficaz para alcanzar la virtud de la humildad, que es el ejercicio de ella. 195
Confirmarse lo dicho con algunos ejemplos..... 200
Del ejercicio de humildad que tenemos en la Religión. 204
Que nos hemos de guardar de hablar palabras que pueden redundar en nuestro loor. 207
Cómo nos hemos de ejercitar en la oración en este segundo grado de humildad. 210
Cómo hemos de traer examen particular de la virtud de la humildad..... 212
Como con la humildad se puede compadecer el querer ser tenidos y estimados de los hombres. 218
Del tercer grado de humildad..... 224
Declarase en qué consiste el tercer grado de humildad. 228
Declarase más lo sobredicho..... 230
Declarase más el tercer grado de humildad, y que de ahí nace que el verdadero humilde se tiene en menos que todos. 232
Como los buenos y los Santos pueden con verdad tenerse en menos que todos, y decir que son los mayores pecadores del mundo. 236
Que este tercer grado de humildad es medio para vencer todas las tentaciones y alcanzar la perfección de todas las virtudes. 240
Que la humildad no es contraria a la magnanimidad, antes es fundamento y causa de ella. 243
De otros bienes y provechos grandes que hay en este tercer grado de humildad. 247
De los favores y mercedes grandes que hace Dios a los humildes, y cuál es la causa de porqué los levanta tanto. 251
Cuánto nos importa acogernos a la humildad, para suplir con ella lo que nos falta de virtud y perfección, y para que no nos humille y castigue Dios. 253
En que se confirma lo dicho con algunos ejemplos. 258
TRATADO CUARTO..... 261
DE LAS TENTACIONES..... 261
Que en esta vida no han de faltar tentación,. 261
Cómo unos son tentados al principio de su conversión, otros después. 264
Por qué quiere el Señor que tengamos tentaciones, y de la utilidad y provecho que de ellas se sigue..... 267
De otros bienes y provechos que traen consigo las tentaciones. 269
Que las tentaciones aprovechan mucho para que nos conozcamos y humillemos, y para que acudamos más a Dios. 272

Que en las tentaciones se prueban y purifican más los justos y se arraiga más la virtud. 274

Que las tentaciones hacen al hombre diligente y fervoroso. 278

Que los Santos y siervos de Dios, no solamente no se entristecían con las tentaciones, antes se holgaban por el provecho que con ellas sentían. 280

Que en las tentaciones es uno enseñado, no solamente para sí, sino para otros... 282

Se comienza a tratar de los remedios contra las tentaciones, y primeramente del ánimo, esfuerzo y alegría que hemos de tener en ellas. 284

Cuán poco es lo que el demonio puede contra nosotros. 286

Que nos ha de dar grande ánimo y esfuerzo para pelear en las tentaciones considerar que nos está mirando Dios. 288

De dos razones muy buenas para pelear con grande ánimo y confianza en las tentaciones. 289

Que Dios no permite que nadie sea tentado más de lo que puede llevar, y que no debemos desmayar cuando crece o dura la tentación. 291

Que el desconfiar de sí y poner toda su confianza en Dios es grande medio para vencer las tentaciones, y por qué acude Dios tanto a los que confían en Él. 294

Del remedio de la oración, y se ponen algunas oraciones jaculatorias. acomodadas para el tiempo de las tentaciones. 295

De otros remedios contra las tentaciones. 297

De otros dos remedios muy principales, que son: resistir a los principios y nunca estar ociosos. 298

A las tentaciones que vienen con apariencia de bien, y que es gran remedio contra todas las tentaciones el conocerlas y tenerlas por tales. 300

Cómo nos hemos de haber en las tentaciones de pensamientos malos y feos, y de los remedios contra ellas 303

Que en diferentes tentaciones, diferentemente nos hemos de haber en el modo de resistir. 308

De algunos avisos importantes para el tiempo de la tentación. 310

TRATADO QUINTO 314

DE LA AFICIÓN DESORDENADA DE PARIENTES 314

Cuánto le importa al religioso huir visitas de parientes y las idas a su tierra. 314

Que el religioso ha de evitar también, cuanto pudiere el ser visitado de parientes y la comunicación por cartas. 319

Que aunque sea con título de predicar, ha de huir el religioso el trato de parientes y las idas a su tierra. 321

Qué particularmente se ha de guardar mucho el religioso de ocuparse en negocios de parientes. 323
En que se confirma lo dicho con algunos ejemplos. 326
De otros males y daños que causa la afición a los parientes, y cómo nos enseñó Cristo nuestro Redentor el desvío de ellos. 328
Cómo se suele disfrazar esta tentación con título, no sólo de piedad, sino de obligación, del remedio para esto. 330
TRATADO SEXTO 334
DE LA TRISTEZA Y ALEGRIA 334
De los daños grandes que se siguen de la tristeza. 334
En que se dan algunas razones por las cuales nos conviene mucho servir a Dios con alegría. 337
Que no han de bastar las culpas ordinarias en que caemos para quitarnos esta alegría. 340
De las raíces y causas de la tristeza, y de sus medios. 342
Que es muy gran remedio para desechar la tristeza acudir a la oración. 345
De una raíz muy ordinaria de la tristeza, que es no andar uno como debe en el servicio de Dios y de la alegría grande que causa la buena conciencia. 346
Que alguna tristeza hay buena y santa 350
TRATADO SÉPTIMO 354
DEL TESORO Y BIENES QUE TENEMOS EN CRISTO Y DEL MODO QUE HEMOS DE TENER EN MEDITAR LOS MISTERIOS DE SU SAGRADA PASIÓN, Y FRUTO QUE HABEMOS DE SACAR DE ELLOS 354
Del tesoro y bienes grandes que tenemos en Cristo. 354
Cuán provechosa y agradable sea a Dios la meditación de la Pasión de Cristo nuestro Redentor. 362
Del modo que hemos de meditar la Pasión de Cristo nuestro Redentor, y del afecto de compasión que hemos de sacar de ella. 363
Del afecto del dolor y contrición de nuestros pecados, que hemos de sacar de la meditación de la Pasión de Cristo nuestro Señor. 367
Del afecto de amor de Dios 370
Del afecto de gratitud y hacimiento de gracias 372
De los afectos de admiración y esperanza. 375
De la imitación de Cristo que hemos de sacar de la meditación de sus misterios. 379

En que se confirma con algunos ejemplos cuán provechoso y agradable sea a Dios la meditación de la Pasión de Cristo nuestro Redentor. 381

TRATADO OCTAVO 384

DE LA SAGRADA COMUNIÓN Y SANTO SACRIFICIO DE LA MISA 384

Del beneficio inestimable y amor grande que el Señor nos mostró en instituir este divino Sacramento. 384

De las excelencias y cosas maravillosas que la fe nos enseña que hemos de creer en este divino Sacramento. 388

Se comienza a tratar de la preparación que pide la excelencia y dignidad de este divino Sacramento. 395

De la limpieza y puridad, no sólo de pecados mortales sino también de veniales e imperfecciones, con que nos hemos de llegar a la sagrada Comunión. 397

De otra disposición y preparación más particular con que nos hemos de llegar este divino Sacramento. 399

En que se ponen otras consideraciones y modos de prepararse para la sagrada Comunión muy provechosas. 402

De lo que hemos de hacer después de haber recibido este divino Sacramento, y cuál ha de ser el hacimiento de gracias. 405

De otras maneras de acción de gracias. 407

Del fruto que hemos de sacar de la sagrada Comunión. 408

Que el frecuentar la sagrada Contusión es gran remedio contra todas las tentaciones, y particularmente para conservar la castidad. 410

De otro fruto principal que hemos de sacar de la sagrada Comunión, que es unirnos y transformarnos en Cristo. 413

De otro puto muy principal que hemos de sacar de la sagrada Comunión, que es ofrecernos y resignarnos enteramente en las manos de Dios; y de la preparación y hacimiento de gracias que conforme a esto hemos de hacer. 415

Qué es la causa que obrando este divino Sacramento tan maravillosos electos, algunos que le frecuentan no los sienten en sí. 419

Del santo sacrificio de la Misa. 423

De qué manera se ha de oír la Misa. 429

Algunos ejemplos acerca de la devoción de oír Misa y decirla cada día, y la reverencia con que hemos de estar en ella. 438

APÉNDICE 444

ORACIÓN 444

para antes del acto de contrición. 444

EJERCICIO DE PERFECCIÓN
Y
VIRTUDES CRISTIANAS

PARTE SEGUNDA

AL LECTOR

Aunque mi principal intento en esta obra fue servir a los religiosos, pero con todo eso va dispuesta de tal manera, que será de mucho provecho para todo género de gente que trata de virtud, como dijimos en la primera parte. Y especialmente esta segunda es muy acomodada para los seglares que desean de veras servir a Dios; porque, si bien se considera, los tales, al principio, como buenos labradores han de romper y arar la tierra de su corazón con la mortificación de sus pasiones y apetitos desordenados, refrenando en particular la lengua y los demás sentidos, humillándose delante de Dios para conseguir el fruto deseado de la buena semilla que en ella se sembrare de buenas obras. Y así tratamos en los tres primeros tratados de la Mortificación, Modestia, Silencio y Humildad, que son las virtudes en que más se debe ejercitar un cristiano desde el principio de su conversión.

Y porque en aplicándonos al servicio de nuestro Señor, es consejo del Espíritu Santo que vivamos con temor y nos preparemos para resistir a las tentaciones, decimos en el cuarto tratado los bienes y provechos que de ellas se siguen, y damos medios para vencerlas. Y en el quinto y sexto explicamos algunos impedimentos y estorbos que suelen recrecerse a los siervos de Dios, y declaramos de cuánta importancia sea el andar alentados, contentos y alegres en el camino de la virtud, efectos admirables que redundan en el alma del que conoce el tesoro y bienes grandes que tenemos en Cristo nuestro Redentor y en su sagrada Pasión, de lo cual decimos en el séptimo tratado, donde se pone el modo que habernos de tener en la meditación de estos soberanos misterios y el fruto que habernos de sacar de ellos. Y al fin, por remate de esta segunda parte, se enseña cómo nos debemos preparar para recibir el Santísimo Sacramento de la Comunión y cómo nos habernos de aprovechar de ella.

Todo lo cual se trata muy prácticamente, para que cada uno, según su estado, lo pueda mejor ejercitar y poner por obra, que es lo que principalmente pretendemos en este libro.

Reciba, pues, el cristiano lector este pequeño trabajo, con el cual y con un buen deseo favorecido de Dios, alcanzará victoria de sus pasiones, recato en sus palabras, modestia en sus acciones, consuelo y remedio en sus tentaciones, riqueza grande en Jesucristo, devoción en su recogimiento y grande fruto de su alma.

ALONSO RODRÍGUEZ

TRATADO PRIMERO

DE LA MORTIFICACIÓN

CAPÍTULO PRIMERO

Que es menester juntar la mortificación con la oración, y que estas dos cosas se han de ayudar la una a la otra.

Bueno es juntar la oración con el ayuno, dijo el ángel Rafael a Tobías (12, 8) cuando se le descubrió. Por nombre de ayuno entienden comúnmente los Santos todo género de penitencia y mortificación de la carne. Estas dos cosas, mortificación y oración, son dos medios de los más principales que tenemos para nuestro aprovechamiento, los cuales conviene que anden juntos y acompañados el uno con el otro. El bienaventurado San Bernardo, sobre aquellas palabras de los Cantares (3, 6): *¿Quién es ésta que sube por el desierto como un pebete compuesto de diversas especies aromáticas de mirra e incienso, que va echando grande olor de sí?*, dice que estas dos cosas, la mirra y el incienso, por las cuales son significadas la mortificación y la oración, nos han de acompañar siempre, y nos han de hacer subir a lo alto de la perfección y dar buen olor de nosotros a Dios; y que la una sin la otra poco o nada aprovechan. Porque si uno trata de mortificar la carne, y no trata de oración, será soberbio; y a ése se le podrá muy bien decir aquello del Profeta (Sal., 49, 13): [*¿Por ventura he de comer yo carne de toros, o he de beber sangre de machos de cabrío?*] No agracian a Dios esos sacrificios de carne y sangre a solas. Y si uno se diere a la oración y se olvidare de la mortificación, oirá lo que dice Cristo nuestro Redentor en el Evangelio (Lc 6, 46): *¿Para qué me llamáis con la oración, Señor, Señor, y no hacéis lo que os digo?* Y aquello del Sabio (Proverb., 28, 9): [*Será execrable la oración del que cierra sus oídos para no escuchar la ley*]. No agradará a Dios vuestra oración, si no ponéis por obra su voluntad.

San Agustín dice que así como en el templo que edificó Salomón hizo dos altares, uno allá fuera donde se mataban los animales que se habían de sacrificar, otro dentro, en el Sancto Sanctorum, donde se ofrecía incienso compuesto de diversas especies aromáticas; así también ha de haber en nosotros dos altares, uno allá dentro en el corazón, donde se ofrezca el incienso de la oración, conforme a aquello de San Mateo (6, 6): [*Cuando*

hubieres de orar, entra en tu aposento, y cerrada la puerta, ora a tu Padre en secreto]; otro acá fuera en el cuerpo, que ha de ser la mortificación. De manera, que siempre han de andar juntas y hermanadas estas dos cosas, y la una ha de ayudar a la otra, porque la mortificación es disposición necesaria para la oración, y la oración es medio para alcanzar la perfecta mortificación.

Cuanto a lo primero, que la mortificación sea disposición y medio necesario para la oración, todos los Santos y maestros de la vida espiritual lo enseñan, y dicen que así como en un pergamino no se puede escribir si no está muy bien raído y quitado de la carne, así si nuestra ánima no está desarraigada y apartada de las aficiones que nacen de la carne, no está dispuesta para que el Señor escriba e imprima en ella su sabiduría y dones divinos. *¿A quién enseñará su sabiduría*, dice el Profeta Isaías (28, 9), *y a quién dará oídos y entendimiento para entender sus misterios? A los destetados de la leche y apartados de los pechos*. Quiere decir: a los que por su amor se apartaren y destetaren de los regalos y placeres del mundo y de los apetitos y deseos de la carne. Quiere Dios quietud y reposo para entrar en nuestro corazón, y que haya mucha paz y sosiego en nuestra alma. *Fijó su morada en la paz* (Sal 75, 3).

Esto entendieron aún los filósofos gentiles, porque todos confiesan que nuestra ánima se hace sabia cuando está quieta y sosegada, que es cuando las pasiones y apetitos sensuales están mortificados y quietos porque en este tiempo no hay pasiones vehementes que con sus desordenados movimientos perturben la paz del ánima y cieguen los ojos de la razón, como lo hacen las pasiones cuando están alteradas; que eso es propio de la pasión, cegar la razón y disminuir la libertad de nuestro albedrío, como se ve en un hombre airado, que la ira parece que le hace perder el juicio y parecer furioso y frenético. Si le preguntáis: ¿cómo dijisteis o hicisteis aquello?, responde: no estaba en mí. Pero cuando las pasiones están mortificadas y sosegadas, el entendimiento queda claro para conocer lo bueno, y la voluntad más libre para abrazarlo, y de esta manera viene el hombre a hacerse sabio y virtuoso. Pues esta paz y quietud quiere también Dios nuestro Señor para reposar en el alma e infundir en ella su sabiduría y dones divinos. Y el medio para alcanzar esta paz es la mortificación de nuestras pasiones y apetitos desordenados, y así la llama Isaías (32, 17) *fruto y efecto de la Justicia*.

Declara esto muy bien San Agustín sobre aquello del Profeta: [*La justicia y la paz se dieron ósculo*], dice: Tú quieres la paz y no haces justi-

cia; haz justicia, y hallarás la paz; porque están tan unidas y abrazadas entre sí estas dos cosas, que no sabe andar la una sin la otra; y así, si no amares la justicia, no te amará a ti la paz, ni vendrá a ti. Con la guerra se alcanza la paz, y si no queréis tener guerra con vos mortificándoos, contradiciéndoos y venciéndoos, no alcanzaréis esta paz tan necesaria para la oración. ¿Quién más te impide y enoja, dice aquel Santo, que la afición de tu corazón no mortificada? Esas pasiones, esos apetitos e inclinaciones malas que tenéis, os desasosiegan y no os dejan entrar en la oración; eso es lo que os inquieta en ella, y lo que hace tanto ruido y estruendo en vuestra ánima, que os despierta de ese dulce sueño, o, por mejor decir, no os deja entrar ni reposar en él.

Cuando uno ha cenado demasiado, no puede dormir ni sosegar de noche, porque aquellas crudezas del estómago, y aquellos vapores gruesos que se levantan, le inquietan de tal manera, que le hacen estar toda la noche dando vuelcos de una parte a otra, sin poder sosegar. Eso mismo acontece en la oración. Tenemos muy pesado y cargado el corazón, porque el amor propio desordenado, la afición a cumplir nuestros apetitos, el deseo de ser tenidos y estimados, la gana grande que tenemos de que se cumpla nuestra voluntad, embarazan tanto el corazón, y levantan tantos vapores, y producen tantas y tales figuras y representaciones, que no nos dejan recoger ni tener el corazón fijo en Dios. De esta manera declaran aquello que dijo Cristo nuestro Redentor en el Evangelio (Lc., 21, 34): [*Mirad por vosotros, no sea que vuestros corazones se carguen de glotonería y de embriaguez, y de los afanes de esta vida*], que se entiende, no solamente de la embriaguez del vino, sino de las demás cosas del mundo, conforme a aquello del Profeta Isaías (51, 21): *Oye, embriagada, y no de vino*. Del corazón inmortificado sale una niebla oscura que impide y quita la presencia del Señor en nuestra alma. Y eso es lo que dice el Apóstol San Pablo (1 Cor., 2, 14): *El hombre animal no percibe ni entiende las cosas del Espíritu de Dios*, porque son muy delicadas, y él está muy material y muy grosero, y así ha menester desbastarse y adelgazarse con la mortificación.

De aquí se entenderá la solución de una duda principal: ¿Qué es la causa que siendo la oración, por una parte tan suave y gustosa, porque orar es conversar y tratar con Dios, *cuya conversación y trato no trae consigo amargura ni enfado alguno* (Sab., 8, 16), sino grande gozo y alegría, y siéndonos, por otra parte, tan provechosa y necesaria, con todo eso se nos hace tan dificultosa y vamos con tanta pesadumbre a ella y hay tan pocos dados a la oración? Dice San Buenaventura: Hay algunos que están en la

oración y ejercicios espirituales como por fuerza, como los cachorros que están atados a estaca. La causa de esto es la que vamos diciendo: la oración de suyo no es dificultosa, pero lo es, y mucho, la mortificación, que es la disposición necesaria para ella; y porque no tenemos esta disposición, por eso se nos hace tan pesada y dificultosa la oración. Como vemos acá en lo natural, que la dificultad no está en introducir la forma, sino en disponer el sujeto para ella. Si no, miradlo en un leño verde, la obra que pone el fuego para quitarle aquel verdor, la humareda que se levanta, qué de tiempo es menester hasta disponerle; pero dispuesto, en un instante se entra el fuego como en su casa, sin ninguna dificultad. Así es en nuestro propósito; la dificultad está en quitar el verdor de nuestras pasiones, en mortificar nuestros apetitos desordenados, en desarraigarnos y desaficionamos de las cosas de la tierra; que esto hecho, con gran facilidad y ligereza se iría el ánimo a Dios y gustaría de tratar y conversar con Él. Cada uno gusta de conversar y tratar con sus semejantes, y así el hombre mortificado, como ya se ha espiritualizado y hecho semejante a Dios con la mortificación, gusta de conversar y tratar con Dios, y Dios también gusta de conversar y tratar con él. (Prov 8, 31): [*Mis delicias son tratar con los hijos de los hombres*]. Pero cuando uno está lleno de pasiones y de apetitos desordenados, y que tira de él la honrilla, la aficioncilla, el gusto, el entretenimiento y el regalo, ese tal siente mucha dificultad en tratar y conversar con Dios, porque le es muy desemejante en la condición, y gusta de tratar con sus semejantes, que es de cosas terrenas y bajas. (Oseas, 9, 10): [*Se hicieron abominables como las cosas que amaron*].

Decía uno de aquellos santos Padres: Así como cuando está turbia el agua es imposible que uno vea su rostro en ella, ni otra cosa alguna, así si no está el corazón purgado y purificado de las aficiones de la tierra que le turban e inquietan, y sosegado de vanos e impertinentes cuidados, no podrá ver en la oración el rostro de Dios, esto es, la profundidad de sus misterios, ni el Señor se le descubrirá. *Bienaventurados los limpios de corazón, porque ellos verán a Dios* (Mt 5, 8). La oración es una vista espiritual de los misterios y obras divinas; y así como para ver bien con los ojos del cuerpo es menester tenerlos limpios y claros, así para vez bien las obras de Dios con los ojos del alma es menester tener limpio el corazón. Dice San Agustín sobre estas palabras: Si queréis ver y contemplar a Dios, tratad primero de limpiar el corazón y quitar de él todo lo que le desagrada.

El abad Isaac, como refiere Casiano, declaraba esto con una comparación. Decía que era en esto nuestra ánima como una pluma muy liviana,

la cual, si no está mojada ni apegada con otra cosa, sino pura y limpia de toda bascosidad, con cualquier aire, por pequeño que sea, luego se levanta de la tierra y sube a lo alto, y anda volando y revoloteando por el aire; pero si está mojada o tiene pegada alguna bascosidad, aquel peso no la deja levantar ni subir a lo alto, sino antes la tiene soterrada y hundida en el cieno; así nuestra ánima, si está pura y limpia, luego se levanta y sube a Dios con la marca suave y ligera de la consideración y meditación; pero si está apegada y aficionada a las cosas de la tierra y cargada con pasiones y apetitos desordenados, ésos la agravan y tienen tan oprimida, que no la dejan levantar a las cosas del Cielo ni tener bien oración. Decía el santo abad Nilo: Si a Moisés se le prohibió llegar a la zarza hasta que se descalzase los zapatos, ¿cómo queréis vos llegar a ver a Dios y a tratar y conversar con Él lleno de pasiones y aficiones de cosas muertas?

En el libro cuarto de los Reyes tenernos un ejemplo que declara bien esta paz y sosiego que hemos de tener de nuestros afectos y pasiones para entrar en la oración y tratar con Dios. Cuenta la sagrada Escritura que yendo el rey de Israel Jorán, y Josafat, rey de Judá, y el rey de Édón a pelear contra el rey de Moab, caminando por el desierto, les faltó el agua y perecía de sed todo el ejército: fueron a consultar al Profeta Eliseo, y le dice el rey de Israel, que era malo e idólatra: ¿Qué es esto? ¿Cómo nos ha juntado aquí Dios a tres reyes para entregarnos a los moabitas? Responde Eliseo (2 Rey 3, 13): [*¿Qué tengo yo que ver contigo? Anda, ve a los profetas de tu padre y de tu madre, vive el Señor de los ejércitos, en cuya presencia estoy, que si no respetara la presencia de Josafat, rey de Judá, que no te hubiera atendido, ni aun siquiera mirado; mas ahora traed acá un tañedor de arpa*]. Le reprendió con un celo y coraje santo, dándole en rostro con sus pecados e idolatrías; pero, al fin, por respeto al rey Josafat, que era bueno y santo, les quiso declarar las mercedes que el Señor les había de hacer en aquella jornada, dándoles luego abundancia de agua y después victoria de sus enemigos, sin embargo, porque con aquel coraje y celo, aunque santo, se había desasosegado y turbado algo, para quietarse y sosegarse, y así recibir la respuesta de Dios, manda que le traigan un músico, y venido, quieto y sosegado con la música, comienza a decir las maravillas que el Señor había de obrar con ellos. Pues si de una turbación buena y santa fue menester que el que era santo se quietase y sosegase para tratar con Dios y recibir su respuesta, ¿qué será d la turbación y desasosiego que no es santo, ni bueno, sino imperfecto y malo?

Cuanto a lo segundo, que la oración sea medio para alcanzar la mortificación, lo dijimos largamente tratando de la oración, y ése es también el fruto que hemos de sacar de ella; y la oración que no tiene por hermana y compañera la mortificación, la tienen los Santos por sospechosa; y con razón, porque así como para labrar el hierro no basta ablandarle con el calor de la fragua, si no acudimos con el golpe del martillo para darle la figura que queremos, así no basta ablandar nuestro corazón con el calor de la oración y devoción, si no acudimos con el martillo de la mortificación para labrar nuestra ánima, y quitarle los siniestros que tiene, y figurar en ella las virtudes que ha menester. Y para eso ha de ser la dulzura de la oración y la suavidad del amor de Dios, para facilitar el trabajo y dificultad que hay en la mortificación, y animarnos y esforzarnos con eso a negar nuestra voluntad y vencer nuestra mala condición. Y no hemos de parar en la oración hasta alcanzar con la gracia del Señor esta perfecta mortificación de nuestras pasiones, de que tanta necesidad tenemos, y que los Santos y toda la Escritura divina tanto nos encomiendan.

San Agustín, sobre aquello del Génesis (21, 8): *Creció el niño Isaac y le destetaron, e hizo Abrahán un grande convite en el día que le destetaron*, pregunta: ¿qué es la causa que cuenta la sagrada Escritura que nació el niño Isaac, aquel hijo tan prometido y deseado, en el cual habían de ser benditas todas las gentes, y no se hace fiesta en su nacimiento; y dice que le circuncidan al octavo día, que era como acá el día del bautismo solemne, y tampoco se hace fiesta; y después cuando le destetan, cuando ponen acíbar a los pechos de la madre y el niño llora porque le quitan la leche, entonces dice que hizo fiesta su padre, y banquete muy grande? ¿Qué quiere decir esto? Dice el Santo que es menester que lo refiramos a algún sentido espiritual para poder dar la solución; y que lo que nos quiere dar a entender en esto el Espíritu Santo, es que entonces ha de ser la fiesta y regocijo espiritual, cuando uno va creciendo y haciéndose varón perfecto, y ya no es de aquellos que dice el Apóstol (1 Cor 3, 2): como *a niños os he dado leche y no manjar sólido*. Y aplicándolo más, a nosotros, lo que nos quiere decir es que no es el gozo y regocijo de la Religión, ni de los superiores, que son nuestros padres espirituales, cuando nacéis en la Religión entrando en ella, ni cuando al cabo del noviciado os reciben en ella; sino cuando ven que os vais destetando y dejando de ser niño, y que ya no gustáis de los manjares y entretenimientos de los niños, sino que sabéis comer pan con corteza, y os pueden tratar como a hombre espiritual y mortificado.

Fuera de esto, tiene la oración otra trabazón y hermandad particular con la mortificación, que no solamente es medio para alcanzarla, sino ella misma en sí es grande mortificación de la carne. Así lo dice el Espíritu Santo por el Sabio (Eccli 31, 1): *Las vigilias* [*y el cuidado de la virtud enflaquecen las carnes*]; y en otra parte (Eccl 12, 12): *La frecuente meditación y consideración maceran y amortiguan la carne*. Y esto nos da también a entender la Escritura divina en aquella lucha que tuvo el patriarca Jacob con el ángel toda la noche, de la cual dice que quedó cojo (Gen 32, 24). Y por experiencia vemos que los que se dan mucho a estos ejercicios mentales andan flacos, descoloridos y enfermos, porque son una lima sorda que debilita y amortigua la carne y gasta las fuerzas y la salud. Y así por todas partes ayuda mucho la oración para la mortificación.

CAPÍTULO 2

En qué consiste la mortificación, y de la necesidad que de ella tenemos.

Para que llevemos esto de raíz, es menester presuponer lo primero, que en nuestra ánima hay dos partes principales, que los teólogos llaman porción superior y porción inferior; y por otros términos más claros, razón y apetito sensitivo. Y antes del pecado, en aquel dichoso estado de la inocencia y justicia original en que Dios crió al hombre, esta porción inferior estaba perfectamente sujeta a la superior, el apetito a la razón, como cosa menos noble a la más noble, y como natural siervo a su señor (Eccl 7, 30) [*Hallé que Dios hizo al hombre muy concertado y con rectitud*]; no crió Dios al hombre desordenado, como ahora estamos; entonces, sin ninguna dificultad ni contradicción, antes con mucha facilidad y suavidad obedecía el apetito a la razón y se iba el hombre a amar a su Criador y emplear todo en su servicio, sin haber cosa que le impidiese ni estorbase. Estaba entonces tan sujeto y rendido el apetito sensitivo a la razón, que no se podía levantar movimiento ni tentación ninguna de la carne, si no es que el mismo hombre libremente lo quisiese. No fuéramos entonces tentados de ira, ni de envidia, ni de gula, ni de lujuria, ni de otro mal deseo, si no es que nosotros por nuestra voluntad le quisiéramos tener, sin embargo, por el pecado, como la razón se rebeló contra Dios, se rebeló también el apetito sensitivo contra la razón. [*Porque no hago el bien que quiero, sino el mal que no quiero*], decía el Apóstol San Pablo (Rom 7, 19). Contra toda vuestra voluntad, aunque os pese, se levantan en vuestro apetito sensitivo movimientos y aficiones contrarias.

Y más, si el hombre no pecara, el cuerpo estuviera dispuesto para cualquier obra que el alma quisiera ejercitar, que no sintiera en él ningún impedimento. Pero ahora (Sab 9, 15) [*este cuerpo que se corrompe, apesta el ánima*]. Para muchas cosas para que el alma se sienta hábil y deseosa, le es estorbo el cuerpo. A la manera que cuando caminamos en una bestia de mal paso, y nos lleva molidos, tropieza a menudo, se cansa, y a veces no la podemos menear, se espanta de la sombra, echase al mejor tiempo; tal es ahora este nuestro cuerpo. Ese fue el castigo y justo juicio de Dios, dice San Agustín, ésta es la pena y la justicia que mandó hacer la Majestad de Dios nuestro Señor contra el hombre desobediente, que pues él no quiso

obedecer a su Criador y Señor, que tampoco le obedezca a él su carne y apetito, sino que sienta en sí una continua guerra y rebelión.

Dicen los teólogos con S. Beda que el hombre por el pecado no sólo quedó despojado de la justicia original y de la gracia y de los demás dones sobrenaturales anejos a la justicia original, sino quedó llagado y estragado en lo natural; porque el entendimiento quedó oscurecido para entender las cosas de Dios, el libre albedrío enfermo, la voluntad para lo bueno flaca, el apetito para lo malo fuerte y desenfrenado, la memoria derramada, la imaginación tan inquieta y desasosegada, que apenas podemos rezar un *Pater noster* con el pensamiento fijo en Dios, sin que luego, casi sin sentirlo, nos hurte el cuerpo y se salga de casa, y corra por todos esos mundos sin parar; los sentidos curiosos, la carne sucia y mal inclinada; finalmente, quedó nuestra naturaleza tan llagada y estragada por el pecado, que ya no camina como antes caminaba, ni puede lo que antes podía, sino que el que antes del pecado amaba a Dios más que a sí, después del pecado ama a sí más que a Dios, y anda siempre aficionado y enamorado de sí mismo, y deseoso de hacer su propia voluntad, inclinado a cumplir sus apetitos y a dejarse llevar de sus pasiones y deseos, aunque sean contra la razón y contra Dios.

Más: hemos de notar que, aunque por el bautismo se nos quita el pecado original, que fue causa de este desconcierto, sin embargo, no se nos quita esta exención y rebeldía de nuestro apetito contra la razón y contra Dios, que llaman los teólogos y los Santos *fomes peccati*, cebo e incentivo del pecado. Quiso Dios nuestro Señor, por su justo y alto juicio y disposición, que nos quedase esta rebeldía y contradicción, para reprimir nuestra soberbia, y en pena de ella, para que anduviésemos siempre humillados, viendo nuestra miseria y bajeza (Sal 48, 21). [*Como el hombre estuviese en grande honra, y no lo entendiese, se igualó a los animales brutos e se hizo semejante a ellos*]. Crió Dios al hombre en grande honra y dignidad, adornándole y hermoseándole con muchos dones y gracias sobrenaturales, y él no los supo conocer ni agradecer; y así mereció que Dios le despojase y privase de eso, y quedase hecho semejante a las bestias, sintiendo en sí deseos y apetitos bestiales, para que así se conozca y humille, y no tenga ya ocasión de ensoberbecerse; que, no tenemos ninguna, si nos supiésemos conocer, sino muy muchas para andar siempre confundidos y humillados.

Lo segundo, hemos de suponer otro fundamento principal en esta materia, que se sigue de lo dicho: que este nuestro apetito, así desconcertado y desordenado, esta mala y perversa inclinación de nuestra carne, es el mayor impedimento y estorbo que tenemos para caminar en el camino de

la virtud. Esto es lo que decimos comúnmente, que la carne es nuestro mayor enemigo, porque de ahí nacen todas nuestras tentaciones y caídas, como dice el Apóstol Santiago en su Canónica (4, 1): *[¿De dónde proceden las guerras y las contiendas que hay entre vosotros? ¿Por ventura no se originan de las codicias y apetitos que guerrean en vuestros miembros?*]. Esa nuestra sensualidad y concupiscencia, ese amor propio desordenado que nos tenemos a nosotros mismos, es causa de todas nuestras guerras, de todos nuestros pecados y de todas cuantas faltas e imperfecciones hacemos. Y así, así, esta es la mayor dificultad que hay en el camino de la virtud. Esto los mismos filósofos con la luz y razón natural lo conocieron. Aristóteles dijo que toda la dificultad de ser hombre bueno y virtuoso está en refrenar y moderar los deleites y las tristezas. Epicteto reducía toda la suma de la filosofía a estas dos breves palabras: «Sufre y abstente»; porque toda la dificultad de la virtud está en estas dos cosas: en acometer y sufrir el trabajo, y en abstenemos del deleite y gusto. Bien lo experimentamos todos, porque ningún hombre peca, sino por huir alguna dificultad o trabajo, o por conseguir algún gusto o deleite, o no abstenerse de él. El uno peca por amor y codicia de la hacienda; el otro por la codicia y ambición de la honra; éste por conseguir el deleite carnal y sensual; aquél por huir la dificultad y trabajo que siente en el cumplimiento de los mandamientos de Dios y de la Iglesia, porque tiene mucha dificultad en amar a su enemigo, o en ayunar, o en confesar sus pecados vergonzosos y ocultos. Todos los pecados nacen de aquí; y no sólo los pecados, sino todas cuantas faltas e imperfecciones hacemos en el camino de la virtud, como diremos después (cap. 12).

Con esto se entenderá bien en qué consiste la mortificación, que es en concertar ese desconcierto, en ordenar y moderar nuestras pasiones y malas inclinaciones y el amor propio desordenado. Sobre aquellas palabras de Cristo nuestro Redentor (Mt., 16, 24): [*El que quisiere venir en pos de mí, niéguese a sí mismo, y lleve su cruz, y sígame*], dice San Jerónimo: Aquél se niega a sí mismo y lleva su cruz, que antes no era honesto, y se hace casto y honesto; antes no era templado, y se hace muy abstinente; antes era tímido y flaco, y se hace fuerte y constante. Eso es negarse a sí mismo, hacerse otro del que antes era.

Esta es también la necesidad que de la mortificación tenemos. Y así añade San Basilio: Advertid que primero dijo: Niéguese a sí mismo, y luego dice: y sígame. Porque si no hacéis primero eso de negar y quebrantar vuestra propia voluntad y mortificar vuestras malas inclinaciones y apeti-

tos, hallaréis muchas ocasiones y estorbos que os impedirán el seguir a Cristo; es menester allanar primero el camino con la mortificación. Por eso pone él la mortificación por fundamento, no sólo de la perfección, sino de la vida cristiana. Esta es la cruz que hemos de llevar siempre a cuestas, si queremos seguir a Cristo (2 Cor 4, 11). [*Trayendo siempre en nuestros cuerpos impresa la mortificación de Jesucristo*]. Esto es lo que dijo Job (7, 1): que *la vida del hombre es una continua guerra*; porque, como dice San Pablo (Gal 5, 17): *La carne desea contra el espíritu, y el espíritu contra la carne, porque son dos contrarios enemigos*. Esa es la guerra continua que traemos con nosotros; y el que venciere y sujetare mejor su carne y apetitos, ése será mejor y más fuerte y valeroso soldado de Cristo.

Y así dicen los gloriosos Padres y Doctores de la Iglesia Gregorio y Ambrosio que ésta es la verdadera fortaleza de los siervos de Dios; la cual no consiste en las fuerzas y brazos del cuerpo, sino en la virtud del ánimo, en vencer su carne, en contradecir sus apetitos y deseos, en menospreciar los deleites y contentos de esta vida, y en llevar bien los trabajos y adversidades que se ofrecen. Y añaden que más es regirse uno a sí y ser señor de sí y de sus pasiones y sentidos, que regir y sujetar a otros, conforme a aquello del Sabio (Prov 16, 32): [*Mejor es el varón paciente que no el fuerte, y el que toma señorío de su alma mejor es que el que se enseñorea de ciudades*]. Y da la razón San Ambrosio: Porque mayores enemigos son nuestras malas inclinaciones y pasiones que los enemigos exteriores. Y tratando de lo mucho que vino a valer José, dice que más fue y más hizo en regirse y ser señor de sí, no consintiendo con su ama en el adulterio, que en regir y gobernar después todo el reino de Egipto. Y San Crisóstomo dice que más hizo David, venciéndose y mortificándose en no querer vengarse de Saúl, cuando le pudiera matar en la cueva, que cuando venció al gigante Goliat. Y los despojos de esta victoria no los puso en la ciudad de Jerusalén la del suelo, sino en aquella soberana Jerusalén del Cielo; y no le salen aquí al encuentro cantando alabanzas las mujeres de Israel, como cuando venció a Goliat, sino el ejército de los ángeles se regocijaba de lo alto y se maravillaba de su virtud y fortaleza.

CAPÍTULO 3

Que es de los mayores castigos de Dios el entregar a uno a sus apetitos y deseos, dejándole que se vaya tras ellos.

Para que se entienda mejor la necesidad que tenemos de mortificar nuestra carne y apetitos, y así nos animemos a tomar las armas contra este enemigo, importa mucho que conozcamos bien cuán gran contrario y enemigo es éste. Lo es tanto, que dicen los Santos que uno de los mayores castigos de Dios, y donde Él muestra más su ira, es entregar al pecador en manos de este enemigo, entregándole a sus apetitos y deseos como en manos de crueles sayones. Y traen para esto muchos lugares de la sagrada Escritura, como aquello del Profeta (Sal, 80, 12): *No me quiso obedecer mi pueblo, ni oír mis consejos; les deje que se fuesen tras sus apetitos y deseos, y siguiesen sus invenciones y antojos*. Y el Apóstol San Pablo dice que éste es el castigo que envió Dios a aquellos soberbios filósofos gentiles por su altivez y soberbia (Rom., 1, 21.24): [*Porque habiendo conocido a Dios, no le honraron v glorificaron como a tal, ni dieron las debidas gracias, antes se desvanecieron en sus devaneos y locos pensamientos, los dejó Dios que fuesen en seguimiento de los apetitos de su corazón a la inmundicia y torpezas, con que deshonrasen sus mismos cuerpos*]. El castigo con que Dios los castigó fue que los entregó a sus apetitos y deseos, como en manos de crueles verdugos. Nota San Ambrosio que por este entregar de Dios, que aquí y en otros muchos lugares de la sagrada Escritura leemos, no se ha de entender que Dios incite a mal a nadie, ni le haga caer en pecado, sino es permitir que esos apetitos y deseos malos, que habían concebido allá dentro en su corazón, vengan a salir a luz, y ayudados e instigados del demonio, los vengan a poner por obra.

Se verá bien cuán grande castigo sea éste, por lo que se sigue de ahí; va ponderando el Apóstol cómo les fue con este castigo a aquellos soberbios filósofos, y cómo les trató este cruel enemigo a quien Dios los entregó. No se puede decir ni encarecer con palabras a qué extremo de males los llevó: los llevó por todo género de pecados, y no paró hasta dar con ellos en pecados sucios, feos, abominables y nefandos. [*Los entregó a pasiones ignominiosas*]. ¡Ay de Vos, cual os parará ese vuestro enemigo, esa bestia fiera e indómita, si os dejáis caer en sus manos! Dice San Ambrosio: ¿Queréis que os diga de qué manera os tratará y cuál os parará? Como un

caballo desbocado y furioso, que lleva al que va encima de lodazal en lodazal y de barranco en barranco, hasta dar con él en un despeñadero; de esa manera os tratará ese vuestro apetito, si no le sabéis domar y mortificar y ser señor de él; os llevará de pecado en pecado y de vicio en vicio, y no parará hasta despeñaros en pecados gravísimos y dar con vos en el profundo del infierno. Y así dice el Eclesiástico (18, 30): *Mira, no te dejes llevar de tus malas inclinaciones y apetitos; guárdate de tu propia voluntad, porque si te dejas llevar de tus malas inclinaciones y apetitos, harás que tus enemigos vean mal gozo de ti, y serás para ellos materia de risa y escarnio*. No hay mayor fiesta para nuestros enemigos los demonios que vernos entregados a nuestros apetitos y antojos; porque ellos nos pararán tales, cuales todo el infierno junto no pudiera. Y así, pide el Sabio a Dios muy encarecidamente que no le envíe tal azote y castigo (Eccli 23, 4 y 6): *Oh Señor Dios de mi vida y de mi alma, no me entreguéis a este apetito tan desvergonzado y tan desenfrenado, ni permitáis que me lleve tras sí*. Con razón dicen los Santos que no hay mayor señal de la ira de Dios que dejar al pecador andar a su placer y al sabor de su paladar, siguiendo sus apetitos y deseos. Cuando el médico deja al enfermo que coma y beba lo que quisiere, señal es de muerte, déjale por desahuciado. Pues eso es lo que hace Dios con el pecador cuando está muy airado con él: déjale que haga lo que quisiere. ¿Y qué es lo que ha de querer el hombre, tan enfermo y tan mal inclinado, sino lo que le hace daño y le causa la muerte? Por aquí se entenderá bien el infeliz y peligroso estado de los que tienen por felicidad y grandeza hacer en todo su voluntad.

CAPÍTULO 4

Del odio santo de sí mismo y del espíritu de mortificación y penitencia que de él nace.

Si se considera bien lo que se ha dicho, bastará para engendrar en nosotros aquel odio y aborrecimiento santo de nosotros mismos, que Cristo nuestro Redentor nos encomienda tanto en el sagrado Evangelio, que sin él, dice (Stgo 14, 26), no podemos ser discípulos suyos. Porque ¿qué más es menester para esto, que saber que este nuestro cuerpo es el mayor contrario y enemigo que tenemos? Enemigo mortal, el mayor traidor que nunca se vio, que anda buscando la muerte y muerte eterna, a quien le da de

comer y todo lo que ha menester; que por haber él un poco de placer, no tiene en nada dar en ojos a Dios y echar el ánima en el infierno para siempre jamás.

Si dijesen a uno: Sabed que uno de vuestra casa y de los que comen y beben con vos os arma una traición para mataros, ¿qué temor tendría? Y si le dijesen: Pues sabed más, que es tanto el odio y enemistad que tiene con vos, que tiene tragada la muerte a trueque de mataros; ya sabe que luego le han de coger y matar a él, y con todo eso tiene arriesgada su vida por salir con la suya; ¡cómo, estando comiendo y echándose a dormir, y a todas horas temería y estaría con sobresalto, si había de venir entonces y darle una puñalada que le acabase! Y si pudiera descubrir quién es, ¡qué odio le cobraría y qué venganza tomaría de él! Pues ése es nuestro cuerpo, que come y duerme con nosotros, y sabe muy bien que haciendo mal a nuestra ánima, le hace también a sí mismo, y que echando el ánima en el infierno, ha de irse allá tras ella; y con todo eso, a trueque de salir con su gusto, lo atropella todo y no repara en nada. ¡Mirad si tenemos razón de aborrecerle! ¿Cuántas veces os ha puesto en el infierno ese vuestro enemigo? ¿Cuántas veces os ha hecho ofender a aquella infinita bondad? ¿De cuántos bienes espirituales os ha privado? ¿Cuántas veces pone vuestra salvación en peligro cada hora? ¿Pues quién no se indignará y tomará un coraje santo con quien tantos males le han hecho, y de tantos bienes le ha privado, y en tantos peligros le pone cada momento? Si aborrecemos al demonio y le tenemos por capital enemigo por la guerra y daño que nos hace, mayor enemigo es nuestra carne, porque ella nos hace más cruel y más continua guerra, y muy poco podrían los demonios, si no tuviesen de su parte esta carne y sensualidad para hacernos guerra con ella.

Esto les hacía a los Santos tener este odio y aborrecimientos contra sí mismos; y de ahí nacía en ellos un espíritu grande de mortificación y penitencia para vengarse de este su enemigo, y tenerle sujeto y rendido, y andar siempre con temor de dar algún contento y regalo a su cuerpo, pareciéndoles que eso era ayudar y dar armas a su enemigo, y que cobrase bríos y fuerzas para hacerles mal. Dice San Agustín: «No ayudemos ni demos fuerzas a nuestra carne, porque no haga guerra al espíritu»; sino procuremos, castigarla y mortificarla para que no se levante a mayores; porque, como dice el Sabio (Prov 29, 21), *el que delicadamente cría a su siervo desde su primera edad, después le hallará rebelde y contumaz*.

Andaban aquellos santos monjes antiguos con tan grande cuidado en este ejercicio, procurando de mortificar y disminuir las fuerzas a este

enemigo, que cuando otros medios no bastaban, tornaban trabajos corporales muy excesivos para domar y quebrantar su cuerpo; como cuenta Paladio de un monje, que era muy fatigado de pensamientos de vanidad y soberbia y no podía echarlos de sí; acordó tomar una espuerta, y pasar a cuestas un gran montón de tierra de una parte a otra. Le preguntaban: «¿Qué hacéis?» Respondía: «Atormento y fatigo a quien me fatiga y atormenta; me vengo de mi enemigo.» Lo mismo se dice de San Macario en su Vida; y de San Doroteo se cuenta que hacía gran penitencia y afligía mucho su cuerpo. Y una vez, viéndole otro tan trabajado, le dijo: «¿Por qué atormentas tanto tu cuerpo?» Respondió: «Porque me mata él a mí.» El glorioso Bernardo, encendido en un odio y coraje santo contra su cuerpo, como contra enemigo suyo capital, decía: «Levántese Dios en nuestra ayuda, y sea destruido este enemigo, menospreciador de Dios, amador del mundo y de sí mismo, siervo y esclavo del de demonio. Por cierto, si tenéis buen sentir, que digáis conmigo: Bien merece la muerte, muera el traidor, pónganle en un palo, crucifíquenle.»

Pues con estos bríos y aceros hemos de andar nosotros mortificando nuestra carne y sujetándola para que no se levante a mayores, y lleve tras sí el espíritu y la razón: especialmente, que vencido este enemigo, quedará también el demonio vencido. Así colmo los demonios nos hacen guerra a nosotros, y nos procuran vencer tornando por medio nuestra carne, así nosotros hemos de hacer guerra a los demonios y vencerlos, mortificándola y contradiciéndola. Nota esto muy bien San Agustín sobre aquellas palabras del Apóstol (1 Cor 9, 20): *No peleo yo contra el demonio, como quien da golpes en el aire y pelea con duendes, tirándoles cuchilladas, porque eso es dar en vacío, sino castigo y mortifico mi carne, y procuro tenerla sujeta y rendida*; dice el Santo: Pues castigad vuestra carne, mortificad vuestras pasiones y malas inclinaciones, y de esa manera venceréis los demonios, porque de esa manera nos enseña el Apóstol a pelear con ellos. Cuando un capitán que está en frontera de moros va al rebato, el moro que tiene cautivo échale en la mazmorra y déjale aherrojado, porque no se levante contra él y ayude a sus enemigos; pues eso es lo que hemos de hacer nosotros, sujetando y mortificando nuestra carne, porque no se haga del bando de nuestros enemigos.

CAPÍTULO 5

Que nuestro aprovechamiento y perfección está en la mortificación.

De aquí vinieron a decir los Santos y maestros de la vida espiritual que todo nuestro aprovechamiento y perfección está en la mortificación. Dice San Jerónimo: «Tanto aprovecharás cuanta fuerza te hicieres.» Y sobre aquello de Job (28, 13): [*No se acompaña la sabiduría con los que viven a su gusto*], dice, que la perfecta sabiduría y el perfecto temor de Dios no se halla en la tierra de los que viven suavemente; esto es, conforme a su voluntad. Así como la tierra de labor, cuando la dejan llevar lo que ella quiere, que son cardos y espinas, dicen que huelga y descansa; y cuando la obligan a llevar trigo u otra cosa semejante, entonces dicen que trabaja; así cuando uno vive según sus quereres y antojos, decimos que se huelga y vive suave y gustosamente. Pues en esta tierra, dice San Jerónimo, no se halla la verdadera sabiduría, sino en la de los que trabajan y se mortifican y niegan sus apetitos.

Esta es la regla y la medida con que miden los Santos la virtud y el aprovechamiento espiritual de cada uno. Si queréis ver cuánto habéis aprovechado en la virtud, mirad cuánto os habéis mortificado; qué tan vencidas y domadas tenéis vuestras pasiones y malas inclinaciones; cómo os va de humildad y paciencia; si está muerta en vos la afición de las cosas del mundo y de la carne y sangre; y en eso se verá si habéis aprovechado o no; no en si tenéis muchas consolaciones y gustos en la oración. Y así, leemos de nuestro bienaventurado Padre Ignacio que hacía más caso de la mortificación que de la oración, y por ella medía el aprovechamiento de cada uno. Y nuestro Padre Francisco de Borja, cuando le alababan alguna persona como santa y perfecta, decía: «Lo será, si es mortificada.»

Ludovico Blosio dice que el siervo de Dios mortificado es como un hermoso racimo de uvas que está ya maduro, sazonado, blando y suave al gusto; y el que no está mortificado, como un racimo de agraz, duro, amargo y desabrido, conforme a aquello de Isaías (5, 4): [*Esperé que diese por fruto uvas, y dio agrazones*]. Esta diferencia hay de los hijos de Dios a los hijos de este siglo, que éstos se rigen por sus apetitos sensuales, y no tratan de mortificación, pero los que son de Cristo, tratan de mortificar y crucificar sus afectos y apetitos (Gal 5, 24), y no se rigen por ellos, sino por espíritu y por razón.

Es verdad que nuestra perfección esencialmente no consiste en la mortificación, sino en la caridad y amor de Dios, y tanto será uno más perfecto cuanto más unido estuviere con Dios por amor; pero así como la piedra que está en lo alto, quitando los impedimentos que allí la detienen contra su natural inclinación, luego ella por sí corre al centro, que es su lugar natural, así nuestra ánima, que es sustancia espiritual y criada para Dios, quitados los impedimentos y estorbos de los apetitos desordenados y malas inclinaciones, que la tienen presa e inclinada a las cosas de acá, luego ella, ayudada con la divina gracia, se va a Dios, como a su centro y fin, y se abraza con Él por amor.

Dice muy bien San Agustín: Todas las cosas se mueven conforme al peso que tienen: las cosas livianas arriba, como el aire y el fuego; las pesadas abajo, como la tierra y el agua. Lo que es el peso en los elementos y cuerpos naturales, es el amor en las criaturas racionales; y así como las cosas naturales se mueven conforme al peso que tienen, así las criaturas racionales se mueven conforme al amor que en ellas predomina y reina, porque ése es su peso; si predomina en nosotros el amor a las cosas de acá, el apetito de honra y estimación, y de hacer nuestra propia voluntad, y buscar nuestras comodidades, nuestros movimientos y deseos serán sensuales y de la tierra; pero si con la mortificación nos desasimos del amor de todas las cosas sensuales, predominará en nosotros el amor del Criador, y ése será nuestro peso, y luego se irá nuestro corazón a Dios con más ligereza que la piedra al centro. [*Nos hiciste, Señor, para Ti, y está inquieto nuestro corazón hasta que descanse en Ti*] (Sal 41, 1). Por esto miden los Santos nuestro aprovechamiento y perfección con la medida de la mortificación; porque el que estuviere muy mortificado, tendrá mucho amor de Dios y mucha perfección.

Sobre aquello del salmo cuarenta y uno: [*Como desea el ciervo las fuentes de las aguas, así desea mi alma a Ti, Dios mío*], dice San Agustín: El ciervo mata las serpientes, y después que las ha muerto tiene grande sed, y corre con gran velocidad y ligereza a las fuentes de las aguas. Y aplícalo muy bien a nuestro propósito: ¿Queréis saber qué es la causa porque no tenéis mucha sed y deseo de la perfección y mucho amor de Dios? La causa es porque no matáis las serpientes como el ciervo. Las serpientes son nuestros vicios y pasiones desordenadas; matad y mortificad vos esas serpientes, y luego tendréis gran sed de la virtud y perfección; luego amará y deseará vuestra ánima a Dios, como el ciervo las fuentes de las aguas. De manera que al paso que anduviere la mortificación, a ese paso andará la

perfección y amor de Dios. Y en otra parte dice: [¿Crece la caridad?, desmengua la codicia. ¿Es perfecta la caridad?, la codicia nula]. Así como el oro se va purificando y acendrando más mientras más se va gastando y consumiendo la liga que tiene, así la caridad y amor de Dios se va perfeccionando y aumentando más, mientras más se va disminuyendo y acabando el amor desordenado de nosotros mismos y de todas las cosas de acá; y cuando ése estuviere consumido y acabado, la caridad y amor de Dios será del todo puro y perfecto.

Casiano cuenta del abad Juan que estando ya para morir, le cercaron sus discípulos, como lo suelen hacer los hijos a los padres en aquella hora, y le pidieron con mucha insistencia les dijese alguna cosa para su consuelo y provecho espiritual: que les diese algún documento breve y compendioso para alcanzar la perfección. Da un suspiro muy grande, y dice: Nunca hice mi voluntad; y juntamente os digo otra cosa, que es también de mucha importancia, que nunca enseñé a otro cosa que yo no pusiese primero por obra.

CAPÍTULO 6

Que a los religiosos, y especialmente a los que tratan con prójimos, les es más particularmente necesaria la mortificación.

De todos los siervos de Dios es propio este ejercicio de mortificación, y todos tienen necesidad de él para irse cada día ajustando más con la voluntad de Dios; pero particularmente es propio de los religiosos, porque para eso dejamos el mundo y venimos a la Religión; y eso dice San Benito que es ser religioso, corregir y mudar sus costumbres. Y así en la profesión que hacen sus religiosos dicen: Prometo mudanza y enmienda de costumbres. Eso es lo que profesamos en la Religión, y eso hemos de ir haciendo con la mortificación, *despojándonos del hombre viejo, y vistiéndonos del nuevo*, como dice San Pablo (Col 3, 9).

Y así decía San Bernardo a los que entraban en Religión: Mirad que el espíritu sólo ha de entrar acá, y el cuerpo se ha de quedar allá fuera: dándoles a entender que en la Religión no ha de tratar de regalar su cuerpo, ni de vivir conforme a sus apetitos e inclinaciones; sino que todo el cuidado se ha de tener con el alma y con el espíritu, conforme a aquello del Apóstol (Gal 5, 16): [*Andad según espíritu, y no pondréis por obra los de-*

seos de la carne]. Esto es anclar en espíritu, cosa tan encomendada y deseada de los siervos de Dios; vivir según la mejor parte de nosotros, que es el espíritu y la razón, y no según la parte inferior, que es la, carne y la sensualidad. Casiano dice que era resolución y tradición común de aquellos Padres antiguos, y muy aprobada por experiencia, que no podría uno aprovechar, ni aun durar mucho en la Religión, si no trataba muy de veras de mortificar su voluntad y apetitos, porque éstos son muy contrarios a las cosas que hay en la Religión.

Aunque a todos los religiosos les conviene esto mucho, pero a los que tenernos por instituto tratar con prójimos nos es más necesario. San Crisóstomo va probando muy bien que la mortificación de las pasiones es más necesaria a aquellos que para ayudar a los prójimos tratan y conversan en medio de los pueblos; porque en ellos estas fieras (que así llama él a nuestras pasiones) tienen mucho mayor cebo para sustentarse con las ocasiones grandes que hay. El soldado que no sale al campo, disimula su flaqueza; mas saliendo, descubre quién es. Así, dice San Crisóstomo, el que está en su rincón, disimula sus faltas; pero el que ha de salir a pelear con el mundo, y ha de ser espectáculo de él, es menester que sea señalado en virtud y mortificación.

Y más: para ganar a aquellos con quienes tratamos es menester acomodarnos y hacernos a la condición de ellos en cuanto fuere posible, conforme a aquello del Apóstol (1 Cor 9, 22): [*Me he hecho todo a todos, para salvarlos a todos*]; y para esto, bien se ve cuán necesaria es la mortificación. Dicen allá los filósofos que la niña del ojo, aquella parte donde se reciben las especies de todos los colores y se forma la vista, no tiene ningún color, y que fue necesario así para que pudiese recibir en sí las especies de todos los colores y los pudiese ver todos como son; porque si fuera de algún color, no pudiera percibir sino aquél; si fuera verde, todo lo que viéramos nos pareciera verde, como lo experimentamos cuando miramos por un vidrio verde; y si fuera colorado, todo nos pareciera colorado. Así es menester que os desnudéis de vuestra condición particular, y que tengáis muy mortificadas vuestras pasiones y seáis muy señor de vos, para que así quepan en vos las condiciones de todos, y podáis tratar y acomodaros con todos para ganarlos a todos como hacía San Pablo. No es espíritu de Religión ni de perfección atarse uno a los de su condición y humor, y que a vos, que sois colérico, os cuadre solamente el colérico; y a vos, que sois flemático, os dé en rostro el colérico; y mucho menos lo será el atarse uno a los de su nación. ¿No tendríais por gran infelicidad tener unos ojos que

solamente pudiesen ver un color? Pues mucha mayor infelicidad es tener una voluntad tan corta y tan mal dispuesta, que solamente se incline a los de su nación o a los de su condición. La caridad todo lo abraza, porque ama al prójimo por Dios y para Dios; y así no hace diferencia del bárbaro o escita, o cualquiera otra suerte de personas (Col 3, 11): [*Para quien no hay gentil ni judío, circunciso ni incircunciso, bárbaro ni escita, sino Cristo lo es todo en todos*]. A todos los querría meter en sus entrañas, porque los mira como a hijos de Dios y hermanos de Cristo. Pues para esto bien se ve cuán necesaria sea la mortificación.

Fuera de esto, para conservar entre nosotros la unión y caridad fraterna, que tanto nos dejó encomendada Cristo nuestro Redentor, que *en ella quiere que nos conozcan por discípulos suyos* (Jn 13, 35), nos es muy necesaria la mortificación. Porque lo que hace la guerra a esta unión y caridad fraterna, es buscarse uno a sí mismo, sus gustos, comodidades, su honra y estimación. Entre cada uno dentro de sí y verá que cada vez que falta en la caridad, es por buscar y pretender para sí algo de esto, o por no perderlo ni ceder de ello. Pues la mortificación es la que quita todo eso y allana el camino para la caridad que no se busca a sí (1 Cor 13, 5). Y así dice San Ambrosio, El que quisiere agradar y dar contento a todos, busque en todas las cosas, no su utilidad y provecho, sino la utilidad y provecho de sus hermanos, como hacia el Apóstol, y nos amonesta a nosotros que lo hagamos (Flp 2, 4): [*No tengáis cuenta con vuestros intereses, más con lo que cumple a los otros*].

CAPÍTULO 7

De las maneras que hay de mortificación y penitencia, y cómo ambas las abraza y usa la Compañía.

El glorioso Agustino, sobre aquellas palabras de San Mateo (11, 12): [*Desde los días de Juan Bautista, el reino de los Cielos padece fuerza, y los esforzados son los que lo arrebatan*], dice: Dos maneras hay de penitencia y mortificación: una corporal, que castiga y aflige el cuerpo, y ésta es la que llamamos penitencia exterior, como disciplinas, ayuno, cilicio, mala cama, comida pobre, vestido áspero, y otras cosas semejantes, que afligen y castigan la carne y le quitan su regalo y deleite. Otro género hay de mortificación y penitencia espiritual mucho más excelente y levantado que el primero. El segundo género de mortificación, dice, es más precioso

y subido; que es regir y gobernar los movimientos de nuestro apetito, andar uno cada día peleando contra sus vicios y malas inclinaciones, andar negando siempre su propia voluntad, quebrantando su propio juicio, venciendo su ira, reprimiendo su impaciencia, refrenando su gula, ojos, lengua y todos sus sentidos y movimientos. El que hace esto, rompiendo el muro de su carne y de sus pasiones y apetitos, sube y entra con violencia y esfuerzo al reino de los Cielos; esos son los esforzados y valientes que arrebatan el Cielo. De manera que esta mortificación interior y espiritual es más excelente que la primera, porque domar el espíritu y hollar la honra y estimación mucho más es que afligir la carne y tomar disciplinas y silicios. Y así como esta penitencia es más excelente y preciosa, así también es más dificultosa y nos ha de costar más; porque lo que más es, más cuesta. Esta doctrina es también de San Gregorio en muchos lugares, y de San Doroteo y de otros Santos.

Estas dos maneras de penitencia abraza y usa la Compañía. Cuanto a la primera, aunque nuestro Padre no quiso dejar tasadas y determinadas por regla penitencias ordinarias, que por obligación se hubiesen de tomar, sino que el modo de vivir en la Compañía fuese común en lo exterior por justos respetos; pero dejó por otra vía muy buen recaudo de esto, como luego diremos. Muchos justos respetos tuvo nuestro Padre para estatuir y ordenar que el modo de vivir de la Compañía fuese común en lo exterior. Porque los medios han de ser proporcionados con su fin; y como el fin de la Compañía es no solamente atender a su propio aprovechamiento, sino también a la salvación y aprovechamiento de los prójimos, convino mucho que tuviésemos un hábito común de clérigos honestos, para tener más entrada con todo género de gentes; porque así con los religiosos somos religiosos, con los clérigos somos clérigos, con los legos no traemos hábito diferente de los clérigos legos. Fuera de que la Compañía se instituyó en tiempo de Lutero, cuando los herejes abominaban los religiosos y sus hábitos, y para tener entrada con ellos para disputar y convencerlos (que es propio de nuestro instituto), convino que no tuviésemos hábito particular distinto de los otros clérigos honestos, porque por él fuéramos aborrecidos de los herejes antes que los comenzáramos a tratar, y así se impidiera una de las principales partes del fin para el cual Dios instituyó la Compañía.

Y más: si trajéramos hábito áspero, el otro pecadorazo por ventura no se atreviera a llegar a vos, pensando que así habíais de ser áspero con él. Pues sea un hábito común, recibido de todos, para que así tengamos más fácil entrada con todo género de gentes, y no tenga nadie horror de tratar

con nosotros. Quiso nuestro Padre que aun en el hábito nos hiciésemos todo a todos, para que así los ganásemos mejor a todos, imitando en esto el ejemplo de Cristo nuestro Redentor, de quien dice San Agustín, y lo trae santo Tomás, que por acomodarse más al trato y comunicación de los hombres y para mayor provecho de ellos, escogió antes una medianía en lo exterior que la austeridad y aspereza del Bautista.

Cuanto a las demás penitencias exteriores, aunque no las dejó tasadas y determinadas por regla, pero hay regla viva, que es el superior, el cual da y señala a cada uno las que ha menester. Dice nuestro Padre que éstas se pueden tomar en dos maneras: o las que cada uno eligiese para aprovecharse más en espíritu, con aprobación, sin embargo, del superior, o cuando el superior obligare a ellas por el mismo fin. Esto juzgó por más conveniente en la Compañía que determinarlas por regla: Lo uno, porque la regla muerta no podía ser igual en todos, porque no todos tienen iguales fuerzas para esas penitencias; y si hubiese una cosa común para todos, el que no podía tanto, viviera desconsolado por no poder andar con todos. Así como no conviene una medicina, ni un mismo gobierno y regimiento para todos los enfermos, así tampoco pueden convenir para todos unas mismas penitencias; porque unas convienen para el mozo, otras para el viejo; unas para el enfermo, otras para el sano; unas para el que entró inocente, otras para el que entró hecho una criba, como dicen, de heridas. Y así dicen San Agustín y San Basilio que no se maraville nadie de que no se guarde con todos un modo en la Religión, y unos hagan más penitencia que otros, porque la igualdad en esto sería muy gran desigualdad.

Y aun no sólo es conveniente esta diversidad y diferencia para diferentes personas, sino para uno mismo en diferentes necesidades y tiempos; porque una penitencia es buena para el tiempo de tentación y sequedad, otra para el tiempo de paz y devoción y una para conservarla, y otra para recobrarla cuando se ha perdido.

Pues por esto no quiso nuestro Padre poner en la Compañía tarea cierta y determinada de penitencias exteriores para todos, sino lo dejó remitido al superior, que es el médico espiritual, para que él, según las fuerzas y necesidad de cada uno, pueda tasar y conceder a unos más y a otros menos; lo cual es conforme a la regla que dio el ángel a San Pacomio de parte de Dios, donde se mandaba que el superior señalase de esta manera las penitencias que cada religioso había de hacer.

Y así, el no tener la Compañía tasadas por regla sus penitencias ordinarias, como las tienen comúnmente otras Religiones, no es porque en la

Compañía no haya estas penitencias corporales, ni porque no sean muy estimadas en ella y muy veneradas las que otras Religiones, según su instituto, santamente observan, *cuya variedad hermosea la Iglesia* (Sal 44. 10); sino porque juzgó ser más conveniente a nuestro instituto y más proporcionado a sus fines e intentos, y muy conforme a la doctrina antigua de los Santos, dejar la tasa y modo de ellas a la prudencia y caridad del superior. Lo cual no sólo no es causa para que haya menos penitencias, sino antes lo es para que haya más, y para que se tomen con más voluntad y devoción. Y así lo vemos por la bondad y misericordia del Señor, que se usan y ejercitan más penitencias de éstas en la Compañía, de las que se pudieran poner de regla. Plega al Señor que vaya siempre adelante este fervor y espíritu, tan bueno y tan santo, y tan usado en la Iglesia de Dios, y que sea menester irnos antes a la mano y tirar la rienda, que darnos de la espuela, como hasta ahora, por la gracia del Señor, lo hemos experimentado.

La segunda manera de penitencia, que es la mortificación de las pasiones y amor propio desordenado, abraza la Compañía más principalmente, y éste fue otro de los justos respetos por el cual nuestro Padre no quiso dejar penitencias ordinarias tasadas y determinadas por regla; porque pretendió que pusiésemos los ojos en la mortificación interior de nuestras pasiones y apetitos, y que ésa fuese nuestra principal penitencia, por ser, como hemos dicho, más preciosa y excelente. Nos pone nuestro Padre en las Constituciones y reglas cosas de grande perfección, y para las cuales es menester grande mortificación y abnegación de nosotros mismos, y quiere que nuestro estudio principal sea en lo que toca a esta abnegación y continua mortificación, y para crecer más en las verdaderas y sólidas virtudes y en toda perfección. Se pudo temer y con razón: Si les dejo señaladas algunas penitencias ordinarias, no sea que se me queden ahí y se contenten con eso, diciendo: Ya tengo de regla tantos ayunos, tantos cilicios y disciplinas, eso me basta; y se dejen lo principal y lo que hace más al caso, que es la mortificación de sus pasiones y el ejercicio de las verdaderas y sólidas virtudes. Y así no nos quiso dejar por arrimo sino la virtud y mortificación interior.

Quiso que nuestra vida sea común en lo exterior para que en lo interior sea singular y excelente, acompañada de virtudes sólidas y de mucha mortificación y esto de tal manera y en tanto grado, que redunde en lo exterior y nos haga parecer religiosos. De lo cual tenemos nosotros más necesidad que otros religiosos: porque a ellos el hábito los distingue de los demás, y el sayal y aspereza de vida les da crédito con el pueblo; pero en

la Compañía, que no hay esto, porque no conviene a nuestro instituto, es menester que no se cumpla con lo interior, y que haya en nosotros tanta humildad y modestia, tanta caridad y celo de las almas, y tanto trato de Dios, que cualquiera que nos viere y tratare, diga: Verdaderamente éste es religioso de la Compañía de Jesús. [*Estos son semilla y planta a quien Dios echó su bendición*] (Is 61, 9). Y así en lo que hemos de poner los ojos y ejercitarnos principalmente ha de ser en esta mortificación interior, y el día que dejáremos de tratar esto, hemos de entender que dejamos de vivir como religiosos de la Compañía. Y esa otra penitencia exterior que usamos, la hemos de tomar como medio para alcanzar ésta, como lo decía y enseñaba aquel varón apostólico y Padre nuestro, San Francisco Javier, y es doctrina de San Buenaventura.

De aquí se entenderá la causa de lo que tantas veces oímos decir, y por la bondad del Señor experimentamos, que la Compañía tiene grande suavidad en su modo de proceder. No está la suavidad de la Compañía en que no haya en ella cosas difíciles, ni en que los superiores hayan de condescender con todo lo que nosotros quisiéremos, que eso no sería Religión: cosas difíciles y muy difíciles hay en la Compañía, como luego diremos; sino está en que en la Compañía han de tratar todos de la mortificación y abnegación verdadera de sí mismos, han de estar muy indiferentes y resignados para cualquiera cosa que quisieren hacer de ellos los superiores. Esta buena disposición, esta indiferencia y resignación que tienen, es la causa de la suavidad grande que hay en la Compañía, así en el gobernar y mandar de los superiores, como en el obedecer de los súbditos; porque están todos entregados y puestos en las manos del superior, como un poco de barro en manos del ollero, para que haga de ellos lo que quisiere. Y éste fue el artificio y traza maravillosa de nuestro bienaventurado Padre, inspirada por el Espíritu Santo, en insistir tanto en esta mortificación y abnegación de nosotros mismos; como quien dice: Hay en la Compañía cosas arduas y dificultosas; pues para que todos estén prontos y dispuestos para ellas, y para que los superiores no se acobarden ni encojan en mandarlas, pongámosles este fundamento de la mortificación y resignación de sí mismos: entiendan todos que han de estar tan indiferentes y resignados en las manos del superior para que haga de ellos lo que quisiere, como está el barro en manos del ollero, y como está un poco de paño en manos del oficial que corta de él como quiere y por donde quiere: Esto para mangas y esto otro para faldas; esto para el cuello, esto otro para el ruedo de la vestidura; y es tan buen paño lo uno como lo otro, porque todo era de una pieza; y es tan buen barro el que se hace para servir en la cocina como el que se hace para

la mesa, porque todo era *de una misma masa*, dice San Pablo (Rom, 9, 20-21). Así, todos eran condiscípulos y de un mismo tiempo de Compañía, y por ventura era tan hábil el que fue a leer los principios de la Gramática como el que fue a leer Artes o Teología, y con todo eso no se queja el barro ni el paño: [*¿Por qué me hiciste así?*]

De manera, que la causa y raíz de la suavidad de la Compañía ha de estar en vos, en que estéis muy mortificado, muy resignado e indiferente para todo; en que no haya en vos resistencia, ni contradicción alguna, ni exterior ni interior, para todo lo que quisieren hacer de vos los superiores. Y así, cuando no sintiereis esta facilidad y suavidad en las obediencias y cosas que se ofrecieren, no echéis la culpa al superior, ni os quejéis de él, sino de vos, que no estáis dispuesto ni mortificado como debéis; que el superior hace su oficio y presupone que vos sois religioso, y que como tal estáis mortificado e indiferente para todo, y que no es menester consultar vuestra voluntad, ni buscaros temple, porque siempre habéis de estar templado y dispuesto para cualquier cosa que la obediencia os mandare. Y antes os hace mucha honra el superior en teneros por tal y en trataros y mandaros como a tal. Cuando una piedra está bien labrada, ¡con qué facilidad la sienta el oficial! Viene justa, no hay sino dejarla caer; pero cuando no, ¡qué de golpes, qué de martilladas, cuánto trabajo es menester para asentarla!

De aquí se sigue también otra cosa digna de consideración, y la nota San Buenaventura, que con ser esta mortificación interior mucho más difícil que las penitencias exteriores, como hemos dicho, con todo eso justamente se puede uno excusar más de las penitencias exteriores que de la mortificación interior. Porque para aquello puede uno decir con verdad: Yo no tengo fuerzas para ayunar tanto, ni para traer tantos cilicios, ni para tomar tantas disciplinas, ni para andar descalzo, ni para levantarme a media noche; pero no puede nadie decir: Yo no tengo salud ni fuerzas para ser humilde, o para ser paciente, o para ser obediente y rendido. Podéis vos decir que no tenéis virtud para tanta humildad o para tanta obediencia y resignación, como hay y es menester en la Compañía; pero, no tengo salud para eso no lo podéis decir, porque no son menester para eso fuerzas corporales, sino espirituales; el fuerte y el pequeño, todos, con la gracia del Señor, si ellos quieren, pueden esa eso.

Este es un consuelo muy grande para algunos que les suele venir tentación de pusilanimidad y desmayo, pareciéndoles que no tienen ellos partes ni caudal para un fin e instituto tan alto como tenemos en la Compañía.

En el primer libro de Samuel cuenta la sagrada Escritura que envió el rey Saúl un recaudo a David, que le quería casar con su hija. Respondió David (1 Sam 18, 23): *¿Quién soy yo para ser yerno del rey? Soy un pobre hombre, no tengo costilla para eso. Manda el rey que le tornen a decir: No tiene el rey necesidad de dote, ni de arras y joyas; sólo quiere cien prepucios de filisteos, para que se tome venganza de sus enemigos*. Esto mismo podemos aquí responder: No tiene Dios necesidad de esas partes, ni de esas habilidades y talentos que vos pensáis (Sal 15, 2): [*Mi Dios eres Tú, que no tienes necesidad de mis bienes*]; lo que Él quiere es que circuncidéis esos filisteos de vuestros apetitos e inclinaciones malas. Eso es lo que pide y quiere de nosotros la Compañía; y así, si vos queréis, seréis bueno para ella. Procurad vos ser muy humilde, y estar muy indiferente y resignado para todo lo que quisieren hacer de vos, y eso bastará. Dios os libre de tener puntos de vanidad y soberbia; Dios os libre de ser amigo de vuestras trazas y comodidades, y de andar buscando entretenimientos, y de no andar claro y llano con los superiores, porque si eso hay, no habrá Religión más difícil para vos. Pero al humilde, al mortificado, al verdadero pobre de espíritu, al que está indiferente y resignado, al que no tiene propia voluntad, muy fácil y muy suave se le hace todo lo que hay en la Compañía.

Y así es razón que seamos agradecidos a Dios, reconociendo la merced y beneficio grande que nos ha hecho, que con haber en la Compañía cosas de suyo tan dificultosas y trabajosas, con todo eso nos las haya hecho tan suaves y gustosas y tan fáciles de llevar. Porque de las penitencias exteriores, por la bondad del Señor, hay más de las que se pudiera señalar de regla, como hemos dicho. Y cuanto a la penitencia y mortificación interior, que, como dice San Agustín, es la mayor y más preciosa, tenemos en nuestras reglas y constituciones cosas de tanta perfección, y de suyo tan dificultosas, que exceden mucho a todas las penitencias y asperezas exteriores.

Si no, vamos a la prueba: aquel haber de dar uno cuenta al superior y al prefecto de las cosas espirituales, de todo lo que pasare por su alma, de todos sus movimientos, tentaciones y malas inclinaciones, y de todas sus faltas e imperfecciones, que tanto se pide y practica en la Compañía, y es una de las cosas sustanciales que hay en ella, bien se ve que es de suyo más difícil que el ayuno y la disciplina y el cilicio. Aquello que no manda la Regla: «Para más aprovecharse en espíritu, y especialmente para mayor bajeza y humildad propia, deben todos contentarse que todos los errores y faltas y cualesquiera cosas que se notaren y supieren suyas, sean manifes-

tadas a sus mayores por cualquiera persona que fuera de confesión la supiere»; cosa es para la cual es menester mucha humildad y mortificación, para que no os quejéis que no os avisaron a vos primero, y que hicieron mayor la falta de lo que ella era.

Y no para ahí, sino habéis de estar dispuesto para que os reprendan públicamente, y no sólo con causa, sino sin ella; y aun para cuando nos levantasen falsos testimonios quiere nuestro Padre que estemos, no sólo dispuestos, sino que nos holguemos, no dando nosotros ocasión de ello; y que así como los del mundo se huelgan con la honra y estimación, así nosotros nos holguemos con la deshonra, injurias y menosprecios, para lo cual bien se ve cuánta virtud sea menester. Y más: hemos de estar indiferentes para cualquier oficio, ministerio y ocupación en que la obediencia nos quisiere poner, y para cualquier grado en que la Compañía nos quisiere incorporar; y habiendo en la Compañía tan diferentes oficios y grados, y unos más altos que otros, estar uno indiferente para el más bajo, y tan contento en él como si le pusiesen en el más alto, cosa es de mucha perfección y para la cual es menester mucha mortificación.

Habéis de estar siempre a punto y muy dispuesto e indiferente para ir a cualquier parte del mundo a ejercitar esos ministerios, no sólo a otro colegio, sino a otra provincia y a otro reino extraño, y a las Indias orientales y occidentales, a Roma y Alemania, a Inglaterra y a la Transilvania, adonde nunca jamás podáis ver a vuestros parientes y amigos, y ellos pierdan la esperanza de veros. Cuanto a la pobreza, profesa la Compañía tanta estrechura y rigor, que no puede uno recibir, ni tener ningún regalo en su aposento, no sólo de comer, pero ni un libro en que pueda hacer una raya, ni llevarle consigo cuando se fuere a otro colegio. Y hemos de estar tan desnudos y deshechos de todas las cosas, que, como diremos tratando de la pobreza, no podemos echar llave a un arca, ni a un cajoncillo para tener guardada alguna cosa, sino que todo ha de estar patente, abierto y manifiesto, como quien dice: Tomadlo, si queréis, que no es mío.

Estas cosas y otras semejantes, que hay en la Compañía, bien se ve que hacen ventaja, así en perfección como en dificultad, a todas las penitencias y asperezas exteriores. Y así, el que tuviere espíritu de rigor contra sí, y deseare mortificarse mucho y hacer grande penitencia (que es muy buen espíritu), tendrá las manos llenas en la Compañía. Y aunque ha habido algunos que, tentados de la vocación, han pretendido cubrir y paliar su tentación con color de más perfección y de hacer más penitencia en otra Religión, la verdad es que no es ésa la causa ni el fin que les movía, sino el

no poder llevar la mortificación y perfección que se profesa en la Compañía. Y de esto tenemos experiencia, confesado por ellos mismos, y lo que más es, declarado por la Sede Apostólica. La Santidad de Pío V, que fue religioso de la Sagrada Orden de Santo Domingo, lo declara así expresamente en la Bula que concedió a la Compañía contra los apostatas que salen de ella o al mundo o a otra cualquiera Religión, fuera de la Cartuja; donde, después de haber puesto la perfección y la dificultad y trabajo grande que hay en el instituto de la Compañía, declara la raíz de la tentación que algunos tienen de salir de ella o de pasar a otras religiones, por estas palabras: «Algunos, dice, con liviandad de ánimo y por huir el trabajo, al cual están continuamente expuestos los religiosos de la Compañía por la salvación de las almas, prefiriendo indiscretamente comodidades particulares al bien y utilidad común, así de la Compañía como de la república cristiana, con colores aparentes y fingidos, diciendo que era por alcanzar más perfección o por hacer más penitencia, pretendían que se podían pasar a otra Religión, aun de las mendicantes, etc.» De manera que, en realidad, de verdad no es esto por deseo de más perfección, ni por deseo de más penitencia, sino por huir el trabajo y la dificultad; porque no sienten en sí caudal ni virtud para tanta perfección y mortificación, y para tanta indiferencia y resignación como es menester en la Compañía. Pues por eso nuestro Padre insistió tanto en esta mortificación, y quiere que nos ejercitemos y fundemos mucho en ella, y que éste sea siempre el estudio de todos.

CAPÍTULO 8

Que la mortificación no es odio, sino verdadero amor, no sólo de nuestra ánima, sino también de nuestro mismo cuerpo.

Porque hemos dicho (cap. 4), y es doctrina de los Santos, sacada del sagrado Evangelio, que hemos de aborrecernos a nosotros mismos, y parece esa cosa muy dura y muy contraria a nuestra naturaleza; para que nadie se espante oyendo decir esto, ni tome ahí ocasión para desmayar y dejarse de mortificar, declararemos aquí cómo éste no es odio ni aborrecimiento con que nos queramos mal, sino verdadero amor, no sólo de nuestra ánima, sino también de nuestro mismo cuerpo; antes el no mortificarnos es verdadero odio y aborrecimiento, no sólo del ánima, mas también del cuerpo.

El glorioso Agustino, sobre aquellas palabras de San Pablo (Gal 5, 17): [*El espíritu desea contra la carne*], dice: No penséis, hermanos míos, que cuando el espíritu desea contra la carne, aborrece y tiene odio a la carne. Pues ¿qué es lo que allí aborrece? Los vicios de la carne, sus astucias y malas inclinaciones; aquella exención y contrariedad que la carne tiene contra la razón, eso es lo que aborrece; que a la carne antes la ama en mortificarla y contradecirla, como el médico no aborrece al enfermo, sino la enfermedad, y contra ésa pelea, que al enfermo antes le ama. Y pruébalo muy bien, porque amar a uno, dice el filósofo, es «quererle y desearle bien», y aborrecerle es querer que le venga algún mal. Pues el que trata de mortificar su cuerpo e irle a la mano en sus apetitos y deseos desordenados, quiere y procura para su cuerpo el mayor y sumo bien, que es el descanso y gloria eterna; y así, ése es el que le ama verdaderamente. Y el que no trata de mortificarle, sino que le deja seguir sus malas inclinaciones y apetitos, quiere y procura para su cuerpo el mayor mal que le puede querer y procurar, que es el infierno para siempre jamás; y así, ése es el que verdaderamente aborrece su cuerpo.

De la manera que dice el Profeta (Sal 10, 6): *El que ama el pecado* y la maldad, *aborrece su ánima,* porque con eso le procura y negocia el infierno para siempre; de esa manera, y por esta misma razón, dice San Agustín, podemos decir que aborrece también su cuerpo, pues le procura y negocia el mismo mal. Y así, dicen los teólogos, por esta razón que los justos y buenos se aman más a sí mismos que los pecadores y malos, no sólo cuanto al alma, sino cuanto al cuerpo, porque le desean y procuran el verdadero bien que es la bienaventuranza, de la cual ha de participar también en su modo el cuerpo. Y añade Santo Tomás, por esta misma razón, que el justo ama su cuerpo, no con cualquier amor, sino con amor de caridad, que es el más alto y aventajado amor.

Se ve esto claramente por el ejemplo de dos enfermos, de los cuales el uno come y bebe todo lo que le da gusto, y no quiere recibir sangría, ni tomar purga, ni medicina alguna; y el otro se rige muy bien, y guarda la boca, aunque tiene mucha sed y hambre, y toma la purga, aunque le amarga, y recibe la sangría, aunque le duela; claro está que ama más su vida y su cuerpo y salud este segundo, que por alcanzarla y conservarla quiere padecer un poco de trabajo en tener dieta y en tornar las medicinas; y al otro, antes le decimos que se degüella, por no querer sufrir un poco de sed y de trabajo. Pues de la misma manera es en nuestro propósito. Y así lo dijo San Bernardo a unos seglares, que se espantaban de sus monjes por tra-

tar tan mal sus cuerpos, diciendo que les tenían odio capital, a los cuales respondió el Santo, que ellos de verdad eran los que aborrecían sus cuerpos, pues por darles un poco de gusto de deleites sensuales, los obligaban a tormentos eternos; mas los monjes de verdad los amaban, pues los afligían un poco de tiempo para merecerles descanso perdurable.

Esta verdad nos enseñó Cristo nuestro Redentor en el sagrado Evangelio. Porque diciendo (Mt 16, 24): *El que quisiere venir en pos de mí, niéguese a sí mismo y tome su cruz y sígame*, da luego la razón dicha: *porque quien amare desordenadamente su vida, la perderá, y quien la aborreciere por amor de mí, la hallará en la vida eterna*. Dice San Agustín sobre estas palabras. Advertid y ponderad esta sentencia de Cristo, tan alta y tan maravillosa, que el amar el hombre su vida y su carne dice que es aborrecerla; y el aborrecerla, amarla. Porque «si la amáis mal y desordenadamente, será aborrecerla; y si sabéis aborrecerla como se debe, será amarla», porque será guardarla para la vida eterna, como dice el mismo Señor (Jn 12, 25): [*Quien aborrece su vida en este mundo, la guarda para la vida eterna*.] Concluye el Santo: Dichosos y bienaventurados los que la supieron guardar para la vida eterna aborreciéndola, y no la perdieron amándola. Por tanto, no queráis amar vuestra carne en esta vida, porque no la perdáis en la eterna.

Otra razón buena trae San Agustín en confirmación de esto. No deja, dice, de amar uno una cosa por amar otra más que a ella. Y trae dos ejemplos que lo declaran. Claro está que no deja el enfermo de amar su pie o su brazo por dejar que se le corten cuando aquello es necesario para conservar la vida; harto amor les tiene él, pero más amor tiene a su vida, y así deja perder lo menos por no perder lo más. Y cosa cierta es también que el avariento tiene amor a su dinero y desea mucho conservarlo; pero con todo eso se deshace de él y lo echa de casa para comprar el pan y lo demás que es necesario para la vida, porque por mucho que ame el dinero, ama más la vida; y así quiere perder lo que es menos por conservar lo que es más. Pues de la misma manera no deja el hombre de amar su carne por mortificarla, sino que ama más su alma y la vida eterna; y porque para su alma y para alcanzar la perfección y la vida eterna es necesario mortificar y maltratar su carne, por eso la maltrata y mortifica. No es ese aborrecimiento ni falta de amor, sino es amar más a Dios y amar más su alma y la perfección.

CAPÍTULO 9

Que el que no trata de mortificarse, no solo no vive vida espiritual, pero ni racional.

El glorioso Agustino dice: Una es la vida de las bestias, otra la de los ángeles y otra la de los hombres. La vida de las bestias toda se ocupa en las cosas de la tierra y en el cumplimiento de sus apetitos; la de los ángeles, toda es tratar con Dios y de las cosas del Cielo; la de los hombres, es media entre estas dos vidas, porque el hombre participa de la una naturaleza y de la otra; si vive según el espíritu, se hace semejante a los ángeles y compañero de ellos; si vive según la carne, se hace semejante a las bestias y compañero de ellas.

Concuerda con esto lo que dijo San Ambrosio: [Aquél es carnal, que va en seguimiento de los gustos de la carne, y espiritual, el que ajusta su vida a los mandamientos de Dios]. De manera que el que vive según los apetitos de la carne, no sólo no vive vida espiritual, pero ni aun vida racional de hombre, sino una vida animal de bestias. Esto sólo nos había de bastar para animarnos mucho a la mortificación, porque ¿qué cosa hay más indigna de la generosidad y nobleza del hombre, que fue criado a imagen y semejanza de Dios y para gozar de Él para siempre, que venir a ser semejante a las bestias, haciéndose siervo y esclavo de una cosa tan bestial como la carne y sensualidad, sujetándose y rigiéndose por ella, dejándose llevar del ímpetu furioso de su apetito bestial?

Dice San Bernardo: Grande abuso y desorden es que la esclava sea la señora y la que mande, y la razón, que es la señora y la que había de mandar, quede hecha esclava; que es aquel desorden y desconcierto que dice Salomón que vio (Eccl 10, 7): *Vi a los siervos andar a caballo, hechos señores y mandando, y a los príncipes y señores andar arrastradas por tierra, sirviendo como esclavos*. El Padre Maestro Ávila dice: ¿No os parece que sería cosa monstruosa y de grande admiración a los que la viesen, traer una bestia enfrenado a un hombre, llevándole donde ella quisiese, rigiendo ella a quien la había de regir? Pues de éstos hay tantos regidos por el freno de sus apetitos bestiales, bajos y altos, que por ser tantos, no echamos ya de ver en ello, ni nos espanta ya este monstruo, ni nos causa admiración, que es otra lástima mayor. De Diógenes se cuenta que andaba en medio del día por la plaza de Atenas con una candela buscando; preguntado ¿qué buscáis? «Ando, dice, buscando a ver si hallo algún hombre.» «¿Pues veis

la plaza llena de ellos?» «Esos, dice, no son hombres, sino bestias, porque no viven vida de hombres, sino de bestias, rigiéndose y guiándose por sus apetitos bestiales.»

San Agustín trae otra comparación graciosa, pero muy propia, y que declara muy bien esto: ¿Qué tal parece delante de los hombres el que anda los pies arriba y la cabeza abajo? Ese es matachín, cosa de farsa y de risa. Pues tal, dices, es en los ojos de Dos y de los ángeles aquel en quien la carne es la señora y la razón la esclava; ése anda al revés: los pies arriba y la cabeza abajo. ¿Pues quién no se afrentará de esto? Aun allá, Séneca, lo sintió y dijo divinamente: «Mayor soy y para mayores cosas nací que para ser esclavo de mi cuerpo». Sentencia digna de que el religioso y cualquier cristiano la tuviese impresa en su corazón. Si un gentil con sola luz natural alcanzó a sentir y afrentarse de esto, ¿qué será razón que haga un cristiano, ayudado de la luz de la fe, y un religioso prevenido y favorecido con tantas bendiciones y regalos de Dios? Y así dice San Agustín que el que no se afrenta de esto, ni lo siente, tiene pervertida la razón. Y eso será otro monstruo más digno de admiración, que esté uno hecho bestia y no lo sienta ni eche de ver en ello.

Un filósofo cuenta de sí, que siendo él muchacho, vio un hombre que iba con mucha priesa a abrir una puerta con una llave, y le aconteció muy al revés porque no podía abrirla por mucho que lo procuraba; y como él iba con tanta priesa y no podía hacer nada, tomó tanto coraje e ira con aquello, que comienza a morder la llave con los dientes y a dar coces en aquellas puertas; y no paró ahí, sino que comienza a decir blasfemias contra Dios y a echar espumarajos por aquella boca, como loco furioso, que los ojos parecía que se le querían saltar de coraje. Dice este filósofo que como vio esto, concibió en sí tanto odio y aborrecimiento contra el vicio de la ira, que de allí adelante nunca nadie le vio enojado, por no verse en otra semejante. Todo esto nos ha de ayudar a vivir como hombres de razón y no dejarnos llevar de los apetitos de la carne. San Jerónimo, sobre aquello de Job (1, 1): [*Un varón había en tierra de Hus llamado Job*], dice: Este era varón, y da la razón que hemos dicho, porque no era la carne la señora y la que mandaba, sino la tenía sujeta y rendida, nivelando todo cuanto hacía con el peso de la razón, conforme a aquello de la Escritura (Gen 4, 7): [*Debajo de tu poder estará la concupiscencia, y tú tendrás señorío sobre ella*].

CAPÍTULO 10

Que es mayor trabajo no tratar uno de mortificarse que el tratar de eso.

Podrá alguno decir: Bien veo el provecho y necesidad de la mortificación; pero se me pone delante la dificultad y el trabajo, y eso me retrae de ella.

A esto digo lo primero con San Basilio: Si por la salud corporal recibimos de buena gana medicinas muy amargas, y consentimos que el médico o cirujano corte y queme por donde le parece; si por la hacienda y dinero acometen los hombres tan grandes dificultades y peligros por mar y tierra; por la salud espiritual de nuestra alma y por alcanzar los bienes eternos de la gloria, razón será acometer alguna dificultad y ponernos a algún trabajo. Pero porque al fin, naturalmente, somos amigos de huir el trabajo, y ya que forzosamente hayamos de padecer algo, querríamos que fuese lo menos que pudiese ser; digo lo segundo, que es mayor trabajo el andar uno huyendo de la mortificación, que el mortificarse. Dice San Agustín: «Lo mandaste, Señor, y verdaderamente ello es así, que el ánimo desordenado sea tormento y pena de sí mismo.» Ese desorden que trae uno dentro de sí, del apetito a la razón y de la razón a Dios, causa en el hombre un tormento y desasosiego grande; y esto es general en todas las cosas, porque ¿qué cosa hay en el mundo que estando desordenada no esté naturalmente inquieta y descontenta? El hueso que está fuera de su juntura, ¿qué dolores causa? El elemento que está fuera de su lugar natural, ¿qué violencia padece? Pues como sea cosa tan propia y tan natural al hombre racional vivir según la razón, cuando viviere desordenadamente y fuera de razón, ¿cómo no ha de reclamar su misma naturaleza y darle latidos su propia conciencia? Muy bien dijo el Santo Job (9, 4): ¿Quién jamás resistió a Dios y vivió en paz? Que no puede haber paz y descanso viviendo de esa manera. Y así, San Juan en el Apocalipsis (14, 11), dice que *los que adoraban la bestia no tenían holganza de día ni de noche*. Si servís a esa bestia de vuestra carne y sensualidad, jamás tendréis descanso ni sosiego.

Dicen allá los médicos que la salud y buena disposición del cuerpo consiste en la templanza y proporción de los humores; y así, cuando ellos están fuera de aquella proporción y templanza natural que habían de tener, causan enfermedades y dolores, y cuando están bien templados y proporcionados, hay salud y causan exteriormente una alegría y vigor corporal.

Así, la salud y buena disposición de nuestra alma consiste en la proporción y moderación de nuestras pasiones, que son sus humores; y cuando éstas no están templadas y mortificadas, causan enfermedades espirituales; y cuando lo están, hay en el alma salud y buena disposición, la cual causa en el que la tiene una alegría y sosiego grandes.

Más: dicen, y muy bien, que las pasiones en nuestro corazón son lo que los vientos en la mar, porque así como los vientos alborotan y desasosiegan el mar, así las pasiones alborotan y desasosiegan nuestro corazón con sus desordenados apetitos y movimientos. Ya se levanta la pasión de la ira, que nos turba y desasosiega; ya corre el viento de la soberbia y vanagloria; ya nos lleva tras sí la impaciencia, ya la envidia. Por lo cual dijo el Profeta Isaías (57, 20): *Los malos son como la mar cuando anda desasosegada con tormenta [que no puede sosegar*]; pero en sosegándose los vientos, luego hay bonanza en la mar (Mt 8, 26): [*Mandó a los vientos y a la mar que se sosegasen, y al punto se siguió una gran bonanza*]. Así, si vos sabéis mandar a los vientos de vuestras pasiones y apetitos y hacer que se sosieguen, mortificándolos y moderándolos con la razón, luego habrá grande tranquilidad y paz; pero mientras no tratareis de eso, habrá tormenta.

Para que más claramente se vea que lleva mayor trabajo y más pesada cruz el que huye de la mortificación que el que se mortifica, descendamos a casos particulares en que lo experimentamos cada día. Mirad cuál quedáis, cuando os dejasteis llevar de la pasión de la ira o impaciencia, y dijisteis a vuestro hermano alguna palabra airada, o hicisteis otra cosa descompuesta y desedificativa, ¡qué tristeza, qué desasosiego, qué inquietud y pesadumbre tenéis con vos! Decidme si es mayor la pena y trabajo que sentís en eso, que la que pudiereis sentir en haberos mortificado. No hay duda de eso.

Más: mirad los temores y sobresaltos que tiene un religioso inmortificado, que no está indiferente y resignado para cualquier cosa que la obediencia quisiere hacer de él; una sola cosa a que tenga repugnancia basta para que ande siempre con pena y dolor, porque aquélla es la que siempre se le pone delante y en primer lugar; y aunque a los superiores no les pase por el pensamiento ocuparle en aquello, como al fin es cosa que puede ser y se suele mandar, y él no sabe lo que será, siempre anda con temor y sobresalto si le han de mandar aquello. Es como cuando uno tiene una herida en el pie, que todo le parece que le va a dar allí: así todo le parece al inmortificado que le va a dar allí a donde le duele. Pero el religioso mortifi-

cado, indiferente y resignado para todo, siempre anda contento y alegre y no tiene qué temer.

Más: considerad la pena y desasosiego que traerá consigo el que fuere soberbio, cuando se viere arrinconado y olvidado, y que no hacen caso de él, y que no le encomiendan cosas de lustre y de honra como él deseaba: y mirad el temor y congoja con que anda también cuando se las encomiendan y cuando ha de hacer alguna cosa pública, sobre cómo le ha de suceder, y si ha de sacar por ventura deshonra de donde él pensaba sacar honra. Por todas partes le aflige y atormenta su soberbia: ¡miserable estado! Y así es generalmente en todas las demás cosas. Vuestras pasiones son vuestros verdugos y sayones que os atormentarán perpetuamente mientras no tratareis de mortificarlas. Y esto es verdad, ahora se cumpla lo que uno quiere, ahora no, porque mientras no se cumple, *aquel deseo que se dilata, aflige y congoja su ánima* (Prov 13, 12); y cuando viene a cumplir su deseo y a hacer su voluntad, aquello mismo le da también pena y tormento: ¡Oh! Que haces tu voluntad: al fin saliste con la tuya; no mereces nada en esto, pues lo haces por tu gusto y porque tú lo quisiste; todo se le vuelve en acíbar.

Se añade a esto el remordimiento de la conciencia, que trae consigo el que no trata de su mortificación ni hace lo que debe, porque ¿qué contento puede tener un religioso que no vino a la Religión a otra cosa sino a tratar de su aprovechamiento y a buscar la perfección, si no trata de eso? Claro está que ha de andar con pena y con dolor. Y lo mismo podernos decir de cada uno en su estado, cuando no hace lo que debe; porque el gusano roedor de la conciencia que traemos con nosotros, en no haciendo lo que debemos, nos está remordiendo y royendo las entrañas. Dice muy bien el Padre Maestro Ávila: Poned en una balanza los trabajos que se pueden pasar siendo uno diligente y viviendo en fervor y tratando de su mortificación, y en otra, los que pasa el tibio o in-mortificado, porque no quiere pasar éstos; y hallaréis que son los de éste mil tanto mayores que los de aquél.

Cosa es ésta maravillosa, que halla más deleite y contento el que sirve al Señor con diligencia en velar, orar y en todo lo que se ofrece de trabajo y mortificación, que el tibio y flojo en parlar y pasar tiempo, y en regalarse y hacer su voluntad: riéndose está el tibio por fuera, y carcomiéndose por dentro; y llora el justo, y alégrase en el corazón. *El camino de los tibios y perezosos*, dice el Sabio (Prov 15, 19), *es como quien anda sobre espinas*; lo que dijo Dios por el Profeta Oseas (2, 6): *Yo cercaré tu camino con espinas*. En los deleites puso Dios tristes remordimientos de concien-

cia, y en los pasatiempos, amargura, y en hacer uno su voluntad, dolor y tormento; ahí halla el tibio y perezoso espinas que punzan y atraviesan su corazón. Pero el camino de los justos es llano y sin tropiezo alguno. ¡Oh! ¡Qué paz y contento tiene un buen religioso mortificado, y que anda con cuidado en su aprovechamiento haciendo lo que debe a buen religioso! No hay contento que se le iguale. Cada día experimentamos esto; que cuando andamos con diligencia en el servicio de Dios, estamos muy alegres y contentos; y cuando andamos tibios y descuidados, estamos tristes y desconsolados. Esa es muchas veces la causa de nuestras tristezas y desconsuelos, como diremos en su lugar. De manera, que por huir los trabajos menores viene uno a caer en otros mayores. *Huís del frío*, dice Job (6, 16), *cargará sobre vos la nieve*. Decíais que por huir el trabajo dejabais de mortificaros; yo digo que aunque no fuese sino por eso mismo, habíais de procurar mortificaros para vivir con paz y sosiego, aunque no hubiera en ello otro bien, cuánto más habiendo tantos.

CAPITULO 11

Se comienza a tratar del ejercicio de mortificación.

El principal medio que podemos poner de nuestra parte para alcanzar esta mortificación y victoria de nosotros mismos, es ejercitamos mucho en negar nuestra voluntad y contradecir nuestros apetitos, y no dar gusto a nuestra carne ni dejarla salir con la suya; porque de esta manera se va poco a poco venciendo la naturaleza y desarraigando el vicio y la pasión, e introduciendo y criando la virtud. San Doroteo da acerca de esto un aviso muy provechoso: Cuando sois molestado de alguna pasión o inclinación mala, si condescendéis con vuestra flaqueza y queréis poner aquello por obra, entended —dice—, y tened por cierto que la pasión y mala inclinación quedará más arraigada y más fuerte, y así os hará mayor guerra y os afligirá más de ahí adelante. Pero si resistís varonilmente a la pasión y mala inclinación, con eso se irá ella disminuyendo y teniendo cada día menos fuerza para combativos y molestaros, hasta venir a perder del todo las fuerzas y a no daros ya molestia ni pesadumbre. Este es un aviso muy importante también para las tentaciones, por la misma razón, como declararemos en su lugar. Importa mucho resistir a los principios, porque la mala costumbre no nos lleve poco a poco a mayor dificultad.

Dicen los Santos que nos hemos de haber con nuestro cuerpo como un caballero que va sobre un caballo furioso y mal enfrenado, del cual con industria y valor se apodera, y le hace caminar por donde quiere y al paso que quiere; así acá es menester traer siempre el freno tirado y no descuidar de la espuela, y de esa manera seréis señor de vuestro cuerpo y haréis de él lo que quisiereis, y que camine por donde quisiereis, y al paso que quisiereis; y si no tenéis valor y destreza para gobernarle y apoderaros de él, él se apoderará de vos y os derrocará en algún despeñadero. El medio que suelen tomar cuando una bestia tiene algún mal siniestro, para quitárselo, es no darle salir con él; pues ése ha de ser también el medio que hemos de tomar nosotros para quitar los siniestros y malas inclinaciones de nuestra carne, no dejarla salir con lo que ella quiere, sino contradecirla e irle a la mano en todos sus apetitos y deseos.

Para que nos animemos más a este ejercicio, nos ayudará mucho que vayamos siempre en aquel fundamento que decíamos al principio (caps. 2 y 4), que este hombre exterior, esta nuestra carne y sensualidad, es el mayor contrario y enemigo que tenemos, y como tal anda siempre procurando nuestro mal, apeteciendo contra el espíritu, contra la razón y contra Dios. Una de las razones principales por que dicen los Santos que el propio conocimiento es un medio eficacísimo para vencer todas las tentaciones, es porque el que anda en este ejercicio, como tiene bien entendidas su flaqueza y miseria, en asomando el pensamiento o deseo malo, luego echa de ver que aquélla es tentación de su enemigo que le quiere engañar y derrocar, y así guardase de él, y no le da crédito, ni oídos ningunos. Pero el que no se conoce, ni trata de eso, no echa de ver la tentación que le viene, ni la tiene por tal; especialmente cuando es conforme a su inclinación y gusto; antes lo que es tentación lo tiene por razón, y lo que es sensualidad le parece necesidad, y así fácilmente es vencido de la tentación. Pues esto nos ayudará también mucho para mortificarnos: acordaos que traéis con vos el mayor enemigo que tenéis, y entended que todos esos apetitos y tentaciones que os vienen son de vuestra carne y sensualidad, que como enemigo capital pretende y procura vuestro mal, y de esa manera fácilmente os mortificaréis y lo desecharéis; porque ¿quién se fiará de su enemigo?

San Bernardo trae otra buena consideración para esto: dice que nos hemos de haber con nosotros mismos y con nuestro cuerpo, como con un enfermo que nos hubiesen encomendado, al cual, aunque pida y desee mucho lo que le hace daño, se le ha de negar, y lo que le hace provecho, aunque él no guste de ello, se lo han de dar y hacer que lo tome. ¡Oh si nos

acabásemos de tener por enfermos, y anduviésemos siempre con esta consideración, que todos esos apetitos y deseos que nos vienen son antojos de enfermos; y persuasiones de nuestro enemigo que nos quiere hacer mal! ¡Cuán fácilmente los desecharíamos y venceríamos! Pero si vos no os tenéis por enemigo, sino por amigo, en gran peligro estáis; porque ¿cómo habéis de resistir a lo que no pensáis que es engaño, sino verdad?

Cuenta San Doroteo que estando él en el monasterio con el cargo de las cosas espirituales, a quien acudían todos los monjes con sus tentaciones, un día vino a él uno de ellos a darle cuenta de una tentación que tenía de gula; y como unas cosas se llaman a otras, pasaba adelante la tentación y llegaba a que le hacía hurtar cosas de comer. Le preguntó él con mucho amor la causa por que hacía aquello: respondió que por el hambre que tenía, que no le bastaba lo que le daban en la mesa. Le exhortaba a que fuese al abad y le declarase su necesidad. A él se le hacía muy dificultoso, diciendo que tendría mucha vergüenza en ir con eso al superior. Pues esperad, dice, que yo lo remediaré. Se va San Doroteo al abad, y dale cuenta de la necesidad del monje. El abad se lo remite a él, que haga todo lo que le pareciere que conviene para su remedio. Con esto hace llamar al despensero, y mándale que a cualquiera hora que aquel monje le pidiere de almorzar o merendar, le dé todo cuanto le pidiere. El despensero obedeció, y se lo daba con muy buena gracia. Con lo cual se comenzó a hallar bien, y por algunos días no hurtó nada. Pero de ahí a poco tornó a su mala costumbre; y va con muchas lágrimas a San Doroteo a decir su culpa y pedir penitencia (que esto tenía bueno, que declaraba luego sus faltas, el cual es medio muy eficaz para que no duren mucho). Le pregunta: ¿No os da el despensero lo que le pedís? ¿Os ha dicho alguna vez que no? Muy bien, dice, lo hace el despensero, y todo cuanto le pido me da; pero tengo vergüenza de ir tantas veces a él. Y de mí, dice, ¿la tendréis, ya que sé vuestra tentación y os habéis declarado conmigo? Respondió que no. Y con esto mándale que acuda a él y le daría todo lo que hubiere menester, y no hurtase nada de ahí adelante. Tenía entonces San Doroteo cuidado de los enfermos y les regalaba mucho. Con esto se detuvo de hurtar por algunos días; pero presto volvió a su mala costumbre. Y fue con muchas lágrimas y confusión a decir su culpa y pedir perdón y penitencia. Le dice San Doroteo: Pues ¿cómo, hermano mío, no tenéis empacho en pedirme? Yo os doy todo lo que habéis menester, ¿para qué hurtáis? Respondió: Padre, no sé cómo es esto, ni para qué hurto; el vicio y mala costumbre me lleva tras sí, que yo ninguna necesidad tengo, ni como lo que hurto, que al jumento se lo doy. Y así se halló, porque fueron a su aposento y tenía los higos, uvas manzanas

y los pedazos de pan escondidos debajo de la cama, y allí se lo dejaba hasta que se pudrían; entonces, no sabiendo qué hacer de ello, lo llevaba a la caballeriza, y lo echaba al jumento. En lo cual se verá, dice San Doroteo, el miserable y desdichado estado a que lleva a uno la pasión y mala costumbre, y cuánta razón tenemos de tenernos por enfermos y por enemigos. Bien veía éste que hacía mal en aquello, y lloraba y se afligía mucho de haberlo hecho; y con todo, no parece que se podía contener de tornarlo a hacer. Por lo cual decía muy bien el abad Nisterón, que el que se deja llevar de la pasión y mala costumbre, se viene a hacer siervo y esclavo de ella.

CAPÍTULO 12

Cómo se ha de ir poniendo en práctica el ejercicio de la mortificación.

Pues el ejercicio de mortificación es el principal medio que podemos poner de nuestra parte para alcanzar victoria y señorío de nosotros mismos y de nuestras pasiones y apetitos, será bien que vayamos descendiendo más en particular, declarando cómo hemos de ir poniendo en práctica este ejercicio.

El orden y regla general que solemos dar en semejantes cosas es que pongamos los ojos en aquello de que tenemos más necesidad, y que eso sea lo primero que procuremos alcanzar. Pues comenzad primero este ejercicio por las ocasiones de mortificación que se os ofrecen, sin andarlas vos a buscar, ahora sea por medio de la obediencia, o por medio de vuestros hermanos o por otra cualquier vía. Recibid de buena voluntad todas esas ocasiones y aprovechaos de ellas, porque eso es necesario así para vuestra paz y quietud, como para dar buen ejemplo y edificación. Habíamos nosotros de ser tan fervorosos en la mortificación, pues nos va tanto en ello, que anduviésemos pidiendo e importunando a los superiores que nos mortificasen en esto y en lo otro, y nos mandasen aquello a que tenemos más repugnancia, y nos diesen la penitencia y la reprensión en particular y en público delante de todos; pero ya que no seáis tan fervoroso como eso, recibid siquiera con paciencia y buena voluntad las ocasiones de mortificación que se os ofrecen, y os envía Dios para vuestro ejercicio y aprovechamiento.

Muchas son las ocasiones que en esto se nos ofrecen cada día; y si uno anduviese sobre sí y con deseo de mortificarse, siempre hallaría en qué; porque unas veces acerca de las cosas de la obediencia os parecerá que a vos os mandan lo más trabajoso y que todo carga sobre vos, habiendo otros que podían hacer aquello; y a cada uno en su oficio se le ofrecen algunas cosas que le dan particular trabajo y mortificación. Pues aprovechaos de esas ocasiones que tenéis entre manos, y preveníos para ellas, y haced cuenta que eso dificultoso es vuestra cruz que habéis de llevar para seguir a Cristo. Otras veces se os ofrecerán ocasiones de mortificación en la comida, en el vestido, en el aposento; holgaos que os quepa a vos siempre lo peor, como nos lo dice la regla. Otras veces os darán la penitencia y la reprensión; y algunas veces os parecerá que no tenéis culpa, y otras que a lo menos no tanta; y que os dicen una cosa diferentemente de lo que pasó o que lo encarecen demasiado. Holgaos de todo eso y no os excuséis, ni os quejéis ni queráis luego volver por vos y satisfacer al uno y al otro.

Pues si vamos a las ocasiones de mortificación que se nos ofrecen de parte de nuestros prójimos y hermanos con quien tratamos y conversamos, hallaremos también hartas; unas veces sin ellos querer ni advertir en ello, y sin culpa alguna suya; otra: por algún descuido o negligencia, aunque no con mala intención; otras veces se os ofrecen ocasiones en que os parece que sois desestimado y que hacen poco caso de vos. Pues si vamos a las que nos envía el Señor inmediatamente con las enfermedades, tentaciones y trabajos que nos vienen, y con el repartimiento tan diferente de sus dones, así naturales como sobrenaturales, no tienen cuento ni número las que cada día se nos ofrecen sin andarlas nosotros a buscar. Estas son las ocasiones en que primero nos hemos de ejercitar; porque como estas mortificaciones se nos han de ofrecer muchas veces necesariamente, y las hemos de padecer, aunque nosotros no queramos, es menester que procuremos hacer de la necesidad virtud, para que, ya que las padecemos, sea con fruto. Y fuera del aprovechamiento espiritual que en esto hay, ahorraremos de mucho trabajo si las tomamos de buena voluntad, porque muchas veces el trabajo y dificultad que sentimos no está tanto en las cosas cuanto en la repugnancia y contrariedad de nuestra voluntad; y así, abrazándolas de buena gana, aliviaremos mucho el trabajo.

Otras mortificaciones hay que las hemos nosotros de hacer de nuestra voluntad, y por eso las llaman algunos activas, a diferencia de las pasadas, que llaman pasivas, porque las hemos de padecer, aunque no queramos; pero son necesarias, y así han de ser también de las primeras. Y de éstas,

unas hay que son necesarias para que cualquier cristiano sea bueno y se salve; como es, mortificarse en todo aquello que le impide la guarda de los Mandamientos de Dios; otras son necesarias para que uno sea buen religioso y alcance la perfección; como es mortificarse en todo aquello que le impide la guarda de sus reglas, y el hacer las cosas bien hechas y con perfección. Porque cosa cierta es que no sólo todos los pecados, como dijimos arriba (cap. 2), sino todas cuantas faltas e imperfecciones hacemos en el camino de la virtud, son por falta de mortificación; porque todas son o por huir y no padecer algún trabajo que sentimos en hacer lo bueno o lo mejor, o por no abstenemos de algún gusto y deleite que recibimos en lo malo o imperfecto que hacernos. Vayamos discurriendo por todas ellas y hallaremos que si faltamos en la obediencia y en la observancia de las reglas, o en la templanza, o en el silencio, o en la modestia, o en la paciencia, o en cualquiera otra cosa, todo es por falta de mortificación, o por no padecer el trabajo que está anejo a aquello, o por no abstenernos del gusto o deleite que recibirnos en lo contrario. De manera que si queréis ser buen religioso y alcanzar la perfección es necesario que os mortifiquéis en estas cosas.

Así como para ser un buen cristiano y salvarse es menester que se mortifique en todo aquello que apetece contra la ley de Dios; y por eso dijo Cristo nuestro Redentor (Mt 16, 24): *El que quisiere venir en pos de mí, niéguese a sí mismo*, y si no se niega y mortifica en eso, no será buen cristiano, ni se salvará; así, para ser buen religioso y alcanzar la perfección es menester que os mortifiquéis en todo lo que os fuere impedimento para eso. Pues discurrid por todas las obras del día desde la mañana hasta la noche, y mirad lo que os impide el guardar vuestras reglas y el hacer las cosas ordinarias que hacéis bien hechas y con perfección; y acometed aquel trabajo y mortificaos en aquel gusto que os hace hacer la cosa mal o imperfectamente, y de esa manera cada día serán las obras mejores y más perfectas, y vos también seréis mejor y más perfecto. Todo el punto de nuestro aprovechamiento está en acabarnos de resolver en esto.

Preguntó uno una vez: ¿qué es la causa que por una parte me da Dios buenos deseos, y por otra, cuando se ofrece la ocasión, me hallo flaco y caigo en muchas faltas y nunca acabo de arribar a la perfección? Decían unos y otros: Eso nace de falta de consideración: si consideraseis esto y esto, os ayudaría. Y le daban muchas consideraciones y no le aprovechaban nada. Llegó a un viejo muy experimentado, el cual le respondió: no nace eso de falta de consideración, sino de falta de resolución. Esa es la causa de no aprovechar y de no acabar de desarraigar de nosotros las faltas

y siniestros que tenemos. Acabaos vos de resolver en mortificaros en lo que hemos dicho, y de esa manera alcanzaréis la perfección.

CAPÍTULO 13

Cómo nos hemos de mortificar en las cosas lícitas y también en las cosas necesarias.

No parece que había más que decir cerca de la práctica y ejercicio de la mortificación, sino que nos ejercitemos muy bien en ella de las dos maneras sobredichas, porque eso bastará para ser buenos y perfectos religiosos. Pero para que mejor hagamos ésas y estemos más prontos y dispuestos para ellas, ponen los Santos y maestros de la vida espiritual otro ejercicio de mortificación en cosas que podíamos hacer lícitamente. Así como el buen cristiano no se contenta con hacer las cosas de obligación que son necesarias para salvarse, sino añade otras de devoción, que llaman los teólogos obras de supererogación, porque no se contenta con oír Misa los días de precepto, sino la oye también entre semana, y reza el rosario de nuestra Señora, y confiesa y comulga a menudo; así el buen religioso no se ha de contentar con guardar sus reglas y mortificarse en lo que es necesario para el cumplimiento de ellas, sino ha de procurar hacer otras mortificaciones de supererogación a que no le obligan sus reglas, mortificándose en algunas cosas no necesarias, sino que lícitamente las pudiera hacer.

San Doroteo dice que no hay cosa que así ayude para aprovechar en virtud y alcanzar paz y tranquilidad, como quebrantar uno su voluntad; y enseña el modo que hemos de tener en mortificarnos en estas cosas que pudiéramos hacer lícitamente. Vais por una parte, os viene gana de volver la cabeza y mirar acullá, no miréis; estáis hablando con otros, se os ofrece una cosa que viene muy a propósito y os parece que os tendrán por discreto y avisado, no la digáis. Ejemplos son que pone el mismo Santo, que tan en particular desciende como esto: Os viene gana de saber qué tenemos para comer: no lo queráis saber. Veis alguna cosa de nuevo en casa, os viene gana de saber quién envió aquello, o quién lo trajo, si es comprado o si es dado: no lo preguntéis. En viniendo el huésped, luego os viene gana de preguntar: ¿Quién vino? ¿De dónde viene? ¿Dónde va? ¿A qué? No lo sepáis, mortificaos en eso.

Este ejercicio, dice San Doroteo que ayuda grandemente para criar hábito de negar nuestra voluntad. Porque si nos acostumbramos a quebran-

tarla en esta cosas pequeñas, en breve vendremos a no tener propia voluntad en las mayores. Así como los que se crían para la guerra ejercitan en tiempo de paz lo que han de hacer en tiempo de guerra, ensayándose en unas justas y suizas que entonces son juegos, pero es necesario aquello para que estén diestros y acostumbrados para cuando vengan las veras; así el religioso se ha de acostumbrar a mortificar y quebrantar su voluntad en las cosas lícitas, para que así esté dispuesto y diestro y bien acostumbrado para mortificarse en las ilícitas. San Buenaventura enseña también este ejercicio de mortificarnos en cosas pequeñas y que de suyo son lícitas y las podíamos hacer; y pone ejemplo en coger una flor o no cogerla cuando vais por la huerta, porque aunque el cogerla no sea culpa, pero el dejarla de coger por mortificaros, es más grato a Dios. Y así dice que el siervo de Dios ha de decir muchas veces en su corazón: por vuestro amor, Señor, no quiero ver esto, ni oír lo otro, ni gustar este bocado, ni tomar ahora esta manera de recreación.

De nuestro Padre Francisco de Borja se cuenta que siendo duque era muy aficionado a la caza de cetrería, y gustaba mucho de ella, e iba a volar una garza, y al mejor tiempo, al punto que el halcón hacía su presa y la mataba, bajaba él sus ojos, y les quitaba también su presa, privándose de aquel contento y recreación que con tanto trabajo había buscado todo el día.

Dice San Gregorio que es propio de los siervos de Dios privarse de las cosas lícitas para estar muy lejos de las ilícitas. Por esto aquellos santos Padres del yermo estimaban tanto este ejercicio y criaban con él a sus discípulos, quitándoles lo que ellos querían y haciéndoles obrar lo que no querían en cosas pequeñas y que las pudieran hacer sin pecado o sin imperfección alguna, para que en todo negasen su voluntad y estuviesen hechos a las armas para cosas mayores. Y del que en estas mortificaciones ligeras y fáciles probaba bien, tenían buenas esperanzas que llegaría a la perfección; y del otro sentían mal, porque les parecía que una voluntad acostumbrada a hacer lo que quiere, aunque sea en cosas pequeñas y de poca importancia, se hallará muy rebelde para negarse después en las mayores. Y de ahí tomó la Compañía el ejercicio que usa, especialmente al principio con los novicios, ocupándolos en ejercicios y oficios diferentes, y haciéndoles dejar lo que han comenzado, y deshacer lo que han hecho y volverlo a hacer, para que no se críen voluntariosos y apetitosos, sino que desde el principio se acostumbren a negar su voluntad y juicio propio.

Más adelante pasan los Santos en este ejercicio de mortificación. No se contentan con que nos acostumbremos a negar nuestra voluntad en las cosas lícitas que pudiéramos hacer sin pecado y sin imperfección alguna, sino que aun en las mismas cosas a que tenemos obligación de acudir nos aconsejan que nos acostumbremos a mortificar y negar nuestra voluntad. Pero dirá alguno: ¿Cómo puede ser eso? ¿Hemos de dejar de hacer aquello que tenemos obligación por mortificarnos? Digo que no, en ninguna manera, porque eso sería mal hecho (Rom 3, 8). No es lícito hacer mal para que venga algún bien. Pues ¿cómo ha de ser eso? Hallaron los Santos para esto una traza maravillosa, y es doctrina del Apóstol San Pablo. Advertid, dicen, y tened cuenta que ninguna cosa hagáis, ni penséis, ni habléis, que vaya guiada por cumplir vuestra voluntad o apetito, sino antes que comáis, habéis de mortificar el apetito de la gula, y no habéis de comer porque vos gustáis de ello y lo queréis, sino porque es obediencia de Dios, que quiere y manda que comáis para sustentar la vida: como lo hacía el abad Isidoro, del cual refiere Paladio, que lloraba cuando iba a comer, e iba por obedecer.

Antes que estudiéis, habéis de mortificar el apetito de estudiar, y después estudiad porque Dios lo quiere y os lo manda, y no por vuestra voluntad y gusto. Antes que prediquéis o leáis la cátedra, mortificad el apetito e inclinación que tenéis a eso, y no lo hagáis por vuestro gusto y afición, sino porque os lo mandan y es voluntad de Dios. Y de la misma manera en todas las demás cosas habéis de quitar la propiedad de vuestra voluntad, y hacerlas porque Dios lo quiera. Porque no es razón que ellas nos lleven cautivos hacia sí, sino que nosotros las traigamos a ellas a nos y a Dios haciéndolas puramente por Él. Esto es lo que dice el Apóstol (1 Cor 10, 31): *Ahora comáis, atora bebáis, ahora hagáis otra cualquier cosa, hacedlo todo a gloria de Dios*.

Este es un punto muy principal y muy espiritual. No debemos hacer las obras y el oficio que hacemos por el gusto e inclinación que tenemos a ello, sino puramente por Dios, porque El así lo quiere y nos lo manda, acostumbrándonos a hacer en todas ellas no nuestra voluntad, sino la de Dios, y a holgamos en ellas, no porque las cosas son de suyo apetecibles, ni porque nosotros gustamos de ellas y son conforme a nuestra inclinación, sino porque estamos haciendo en ellas la voluntad de Dios. El que anduviere de esta manera, no solamente se acostumbrará a mortificar y negar su voluntad, sino a estar haciendo la voluntad de Dios en todas las cosas, que

es un ejercicio muy alto de amor de Dios, y de gran provecho y perfección como dijimos en otra parte.

Harto campo habernos descubierto para este ejercicio; y así, el que quisiere traer examen particular de mortificar y negar su voluntad (que será muy provechoso) ha de ir poco a poco por los grados y escalones que hemos dicho en estos dos capítulos. Lo primero, podemos traer examen particular de mortificarnos en las cosas que ellas mismas se ofrecen sin nosotros buscarlas, en que hay harto que hacer por algunos días, y aun por muchos; especialmente, si hemos de llegar a llevarlas, no sólo con paciencia, sino con gozo y alegría, que es el tercero y más perfecto grado de mortificación, como después diremos (capítulo 22). Lo segundo, de mortificar nuestra voluntad en lo que nos estorba e impide el hacer bien las cosas que necesariamente hemos de hacer para ser buenos religiosos, y guardar nuestras reglas, y proceder con edificación, que son innumerables. Lo tercero, de mortificarnos en algunas cosas que lícitamente pudiéramos hacer, para de esa manera irnos habituando y acostumbrando a negar nuestra voluntad, y estar más prontos y dispuestos para cuando se ofrezcan otras mayores; proponiendo de mortificarnos en estas cosas, tantas veces a la mañana y tantas a la tarde, comenzando al principio con menos y después añadiendo más, conforme a como fuere cada uno aprovechando. Y mientras más veces se mortificare uno, será mejor, aunque se acaben todas las cuentas del rosario, como hemos conocido a algunos en la Compañía que las pasaban todas, mortificándose cada día tantas veces y se les parecía bien en su aprovechamiento. Lo cuarto, en las mismas cosas que tenemos obligación de hacer, podemos traer este examen procurando hacerlas no porque nosotros las queramos y gustemos de ellas, sino porque es aquella la voluntad de Dios, que es un ejercicio que puede durar toda la vida por ser de grande perfección.

A lo cual añado, que este examen por estos mismos puntos se puede traer por vía de conformidad con la voluntad de Dios, tomando todas las cosas como venidas de su mano, y que nos las envía con entrañas de Padre para mayor bien y provecho, haciendo cuenta que el mismo Cristo nos está diciendo: Hijo, Yo quiero que ahora hagas o padezcas esto; porque de esta manera será más fácil y suave, y más provechoso y eficaz y de más perfección; porque será ejercicio de amor de Dios, el cual todas las cosas hace fáciles y suaves. Aquella razón: esto es voluntad de Dios; Dios quiere y gusta ahora de esto, convence y concluye, y ata de pies y manos.

De nuestro Padre Francisco de Borja leemos que una vez partió tarde de Valladolid a Simancas, donde estaba la casa de Probación; nevaba mucho y hacia un viento muy frío y riguroso, y vino a llegar muy de nuche, y a tiempo que ya estaban reposando los novicios; estuvo un gran rato llamando a la puerta, cayendo copos de nieve sobre él, y como era el primer sueño, y la puerta estaba lejos de la habitación, no había quien respondiese. A cabo de gran rato le oyeron y le abrieron, quedando muy corridos los novicios de haber hecho aguardar tanto a su Padre, y verle traspasado y tiritando de frío. Les dijo entonces el Padre con muy buena gracia y alegre semblante: no tengáis pena, hermanos míos, que yo os certifico que el Señor me ha regalado mucho el tiempo que he estado aguardando, porque estaba pensando que el Señor era el que me tiraba los copos de nieve y enviaba los aires helados sobre mí, y que todo lo que obra, lo obra con infinita alegría y gusto suyo, y que debía yo regocijarme considerando el gusto de Dios en castigarme y afligirme, y gozarme del gozo que Él tenía en esta obra, pues se despedaza un león u otro animal bruto delante de un gran príncipe por sólo darle contento. De esta manera hemos de tomar nosotros todas las ocasiones de mortificación, y ése ha de ser nuestro gusto y contento en ellas, el gusto y contento de Dios.

CAPÍTULO 14

Que principalmente nos habernos de mortificar en aquel vicio o pasión que reina más en nosotros y nos hace caer en mayores faltas.

En el libro primero de Samuel cuenta la sagrada Escritura, que mandó Dios a Saúl, por el Profeta Samuel, que destruyese a Amalec a hecho, que o dejase piante ni mamante, como dicen, grande ni pequeño, ni de los hombres ni de los animales y ganados. Y dice la divina Escritura (1 Sam 15, 9): *Perdonó Saúl y el pueblo al rey Agag, y a lo más grueso del ganado mayor y menor, y a todo lo que era precioso y de valor. Y todo lo vil y desechado que no valía nada, eso destruyeron*. Así hay algunos, que se mortifican en cosas pequeñas y livianas; pero en las cosas mayores, que importan y les hace más al caso, se perdonan y quedan muy vivos y muy enteros. Pues para aviso de éstos, digo que lo principal en que hemos de poner los ojos, para mortificarlo y ofrecerlo a Dios, ha de ser lo más precioso. Va luego Samuel a Saúl, y le reprende muy ásperamente de parte de

Dios, por lo que había hecho, y hace que le traigan delante a Agag, rey de Amalec. [*Y fu presentado Agag, gordísimo y temblando; y Samuel le hizo pedazos en Gálgala en la presencia del Señor*]: hizo sacrificio de él a Dios. Pues eso ha de ser lo principal que habéis de sacrificar y ofrecer a Dios con la mortificación; ese Agag de vuestra hinchazón y soberbia, eso que reina más en vos, ese deseo y apetito de ser tenido y estimado, esa impaciencia, esa condición áspera y mala que tenéis.

Hay algunos que todo su cuidado y toda su santidad y perfección parece que ponen en esto exterior que se parece de fuera, en traer una modestia y composición muy edificativa, y que exteriormente no se les eche de ver falta alguna; y con la mortificación interior, que es la más preciosa y subida, no tienen cuenta ninguna, sino que están muy vivos y enteros en su propia voluntad y juicio, y en su honra y estimación. A los cuales podríamos decir en su modo lo que dijo Cristo a los escribas y fariseos (Mt 23, 23): *¡Ay de vosotros, escribas y fariseos, hipócritas, que tenéis mucha cuenta con la limpieza exterior de los platos y vasos en que coméis y bebéis, y dentro estáis llenos de inmundicia, de hurtos y de rapiñas!* [*Fariseo ciego, limpia lo primero por dentro, para que resulte quedar limpio lo de fuera*]. Limpiad y mortificad primeo lo interior, para que lo exterior sea puro y limpio; porque si esa modestia exterior no nace de allá dentro, de la paz y madurez interior del corazón, todo será hipocresía y fingimiento. No seáis, dice Cristo nuestro Redentor, como los sepulcros blanqueados, que parecen por de fuera muy hermosos y dentro están llenos de huesos de muertos y de toda inmundicia. Y en el mismo capítulo, aún más a nuestro propósito, reprende a los mismos escribas y fariseos, diciendo: *¡Ay de vosotros, escribas y fariseos, hipócritas, que tenéis mucho cuidado que no se quede por diezmar la yerbabuena, el anís y los cominos, y dejáis las osas más graves de la ley, [que son el juicio recto, la misericordia y la fidelidad con Dios], y no tenéis cuenta con ellas!*

Esto es al pie de la letra lo que ahora vamos diciendo: que hay algunos que tienen mucho cuidado de mortificarse en cosas de poco momento y que no les cuesta nada; pero en lo que duele, en cosa que llegue a lo vivo, no hay que tocar. Pues eso ha de ser lo principal que debemos de mortificar; aquella pasión, o aquel vicio, o inclinación, o costumbre mala que más reina en nosotros, y nos lleva tras sí, y nos pone en mayores peligros y nos hace caer en mayores faltas. Por experiencia vemos que cada uno comúnmente suele sentir en sí una o dos cosas, que son las que principalmente le hacen la guerra, y le impiden su aprovechamiento, y son causa de to-

do su desmedro; pues eso decimos que es en lo que principalmente ha de poner cada uno los ojos, para quitarlo y desarraigarlo de sí con la mortificación: y por esto también solemos encargar que de esto principalmente se haga el examen particular y que en esto se insista principalmente en la oración, porque esa es la principal necesidad de cada uno.

CAPÍTULO 15

Que no hemos de dejar las mortificaciones en cosas pequeñas y cuán provechosas y agradables sean a Dios estas mortificaciones.

De tal manera hemos de poner los ojos en las cosas mayores que no dejemos las menores. Este aviso es contra algunos que dejan las mortificaciones pequeñas y no hacen caso de ellas, por parecerles que son cosas menudas, y que no está en eso el aprovechamiento y perfección. Este es un engaño muy grande. Y así nos avisa también de él Cristo nuestro Redentor en aquella misma reprensión que dio a los escribas y fariseos, porque no les reprendió porque tenían cuidado de aquellas menudencias, sino porque dejaban las cosas graves de la ley; antes añade luego que es menester también hacer esas cosas. Conviene, dice (Mt 23, 23), *que se hagan las cosas pequeñas, pero no se han de dejar las mayores*. Muchas veces tratamos cuánto importa el hacer caso de cosas pequeñas y menudas y no nos descuidar en ellas; y en verdad, es un punto de tanta importancia que merece ser tratado muchas veces, para que no se nos vaya entrando por ahí tanto mal como suele entrar por esos resquicios. Pero ahora solamente diremos lo que hace a nuestro propósito, que será declarar dos cosas: la primera, el bien grande que hay en estas mortificaciones; la segunda, cuán grande mal y daño nos puede venir si nos descuidamos de ellas.

Y comenzando por lo primero, cuánto agraden a Dios las mortificaciones, aunque sea en cosas pequeñas, y de cuánto valor y merecimiento sean delante de Él, se entenderá bien por aquí. En la mortificación no se ha de mirar tanto a la cosa que hacemos cuanto a que negamos y quebrantamos en ella nuestra propia voluntad; porque eso es propiamente el mortificarse y *negarse a sí mismo*, que Cristo nuestro Redentor nos pide en el sagrado Evangelio (Mt 16, 24). Pues esta propia voluntad también se niega y quebranta en las cosas pequeñas como en las grandes, y aun algunas veces más, como cuando son más contra nuestra voluntad. Y así lo expe-

rimentamos muchas veces, que sentimos más dificultad en algunas cosas pequeñas, que sintiéramos en otras grandes; porque, como suelen decir, y muy bien, la mortificación no está tanto en las cosas, cuanto en la repugnancia de nuestra voluntad. De manera que en cualquier mortificación, aunque sea en cosas pequeñas, ofrecemos y sacrificamos a Dios nuestra propia voluntad, negándola y quebrantándola por su amor, y dándole la cosa más preciosa y más querida y amada que tenemos; porque no tenemos cosa de mayor valor, ni que más queramos y estimemos, que nuestra propia voluntad, y dando eso, lo damos todo.

San Ambrosio pondera a este propósito aquel hecho de David, cuando estando en campo contra los filisteos, dice la sagrada Escritura: *Deseó y dijo: ¡oh, quién me diese un poco de agua de la cisterna de Belén!*, que estaba de esa otra parte de los enemigos. Oyendo esto tres caballeros fortísimos, rompieron por medio del ejército de los filisteos, y trajéronle un vaso de agua de aquella cisterna. Y dice la sagrada Escritura (1 Cron 11, 18): *No la quiso beber, sino la sacrificó y la ofreció al Señor, derramándola*. ¡Gran cosa por cierto, y gran sacrificio ofrecer a Dios un jarro de agua! Dice San Ambrosio: gran sacrificio fue y muy agradable a Dios, y basta contárnoslo la sagrada Escritura por hazaña de David para entender que fue grande. Pero ¿por qué fue grande? ¿Sabéis por qué?, dice San Ambrosio: Venció la naturaleza, quebrantó su voluntad en no beber teniendo sed, y dio ejemplo a todo el ejército para que sufriese la sed. No fue sólo el jarro de agua lo que ofreció, sino la voluntad; ésa es la que sacrifica y ofrece uno a Dios cuando se mortifica, aunque sea en cosas pequeñas, y por eso es sacrificio de mucho valor y muy agradable delante de su Majestad.

San Gregorio trae otro ejemplo del mismo David a este propósito, y también le trae San Ambrosio (1. c.). Cuenta la sagrada Escritura en el segundo libro de Samuel que David trajo el arca del Testamento a su ciudad de Sión, con una procesión y solemnidad muy grande. Y así como cuando acá se hace procesión el día del Corpus Christi, el vulgo y la gente plebeya van con sus danzas y bailes delante del Santísimo Sacramento, así es de creer, dice San Gregorio, que también entonces el vulgo y la gente plebeya hacia estas danzas y bailes delante del arca de Dios. Pues aquel potentísimo y fortísimo rey David, olvidado de su autoridad y grandeza, se desnuda de sus vestiduras reales, se junta con los danzantes y comienza a danzar, bailar y tañer [*desnudándose como se desnudara un juglar*] (2 Sam 6, 20), le dijo su mujer Micol: como si fuera un villano o un hombre de placer. No se acaba San Gregorio de maravillar de este hecho de David, y dice: «No

sé lo que otros sentirán de los hechos y hazañas de David: sientan otros lo que quisieren; pero a mí, dice, más admiración me pone David, cuando le veo danzar y bailar delante del arca, como si fuera un hombre plebeyo y bajo, que cuando oigo decir que despedazaba osos y desquijaraba leones; y más que cuando oigo que de una piedra la derrocó al gigante Goliat y venció los filisteos; porque con esto venció a otros, pero con aquello se venció a sí mismo; y mucho más es vencerse a sí que vencer a otros.»

Pues estimemos en mucho estas mortificaciones, y guardémonos de menospreciarlas, porque no nos acontezca lo que a Micol, que se afrentó y corrió de este hecho de David, y le despreció en su corazón por él, y le dio después en rostro con ello; por lo cual la castigó Dios con esterilidad, que no tuviese hijo alguno en toda su vida. Mirad no sea la causa de vuestra esterilidad y sequedad, así en la oración como en el trato con los prójimos, de que no se os peguen, ni vuestras palabras se les peguen, y así no tengáis hijos espirituales, el afrentaros ya de hacer las mortificadores pequeñas, y el desdeñaros de acudir al superior con cosas menudas, pareciéndoos que es cosa de niños y de novicios, y que ya no son para vos esas cosas. Y mucho más deben temer este castigo los que diesen en rostro con estas cosas a los que ven que son muy observantes y muy exactos y puntuales en ellas, notándolos como de escrupulosos o de muy menudos y como haciendo burla y donaire de ello, que es una cosa con que se puede hacer mucho daño y de que debería uno tener mucho escrúpulo, porque cuanto es de su parte retrae a los otros de la virtud. ¡Oh, qué bien respondió David a Micol! *Delante de Dios, que me escogió a mí antes que a tu padre, jugaré y danzaré, y me haré aún más vil y bajo,* y no me apartará de eso el que mofa y murmura de mí. «¡Oh!, dice San Bernardo, ¡oh, qué buen juego aquél con el cual Micol se enoja y Dios se deleita! ¡Oh, qué buen juego aquél que al mundo parece risa, pero a los ángeles es un admirable espectáculo!» Este juego usaba el que decía (1 Cor 4, 9): [*Somos hechos espectáculo al mundo y a los ángeles, y a los hombres*]. Pues usemos nosotros también este juego, y no hagamos caso del qué dirán, dice San Bernardo, porque de esa manera seremos un espectáculo que espante al mundo y admire a los ángeles y agrade mucho a Dios.

CAPÍTULO 16

Del mal y daño que se sigue de menospreciar las mortificaciones en cosas pequeñas.

De lo dicho se podrá entender fácilmente cuánto mal y daño se nos puede seguir si menospreciamos las mortificaciones pequeñas y nos descuidamos de ellas. Porque no hemos de mirar tanto a la cosa pequeña y menuda en que nos dejamos de mortificar, cuanto a que no queremos negar ni quebrantar nuestra voluntad por amor de Dios, ni aun en aquello poco. Y hay aquí otro daño muy grande y muy digno de ser advertido; y es, que con esto va uno dando licencia a su voluntad para que en otras cosas salga también con lo que quisiere, y así se va haciendo voluntarioso y apetitoso, fomentando y aumentando su propia voluntad. No entiende uno el mal y daño que en esto se hace a sí mismo. Al principio es leoncillo pequeño esa propia voluntad; pero de esa manera irá creciendo y se hará un león fiero e indómito, que no os podáis averiguar con él. Bien sabemos que la propia voluntad es la causa y raíz de todos los males y pecados y del infierno también. Dice el glorioso San Bernardo: «Cese la propia voluntad y no habrá infierno.» Pues con estas mortificaciones va uno quebrantando su propia voluntad, y quitándole la licencia de que salga con todo lo que quiere, que suele ser la raíz y causa de todos los pecados.

Y así dice Ricardo de San Víctor que pues el demonio trabaja de vencernos en culpas pequeñas para que estando más flacos nos venza en culpas grandes, que es justo que nosotros trabajemos también de vencernos y mortificarnos a menudo en cosas pequeñas para que cerremos la puerta al demonio y no nos pueda vencer en cosas mayores. Y dice que hemos de comenzar de estas cosas pequeñas, para que así con el uso vayamos cobrando fuerzas, y de la victoria de las menores vayamos subiendo poco a poco a vencer las mayores. Casiano da también este aviso, y pone ejemplo, como cuando os viene un movimiento, de ira con la pluma con que escribís, cuando no está buena, o con el cuchillo, cuando no corta bien, o con otras cosas semejantes, conviene mucho, dice, mortificar y reprimir estos movimientos desordenados, aunque sea en estas cosas pequeñas, porque con esta victoria, cuando se ofrecen después ocasiones graves de disgustos e injurias de prójimos, se halla el siervo de Dios con fuerzas para mortificarse y para conservar la caridad y paz del corazón en ellas.

Y más: hay otro bien en estas mortificaciones pequeñas que toma uno de su voluntad, con que se evita otro daño y peligro grande, como nos lo enseñó Eusebio, varón santísimo, y lo refiere Teodoreto. Se ejercitaba mucho este Santo en ellas, y preguntado por qué, respondió: Me ensayo contra las artes y ardides del demonio, y procuro con esto que las tentaciones grandes con que él me había de acometer, de soberbia, lujuria, envidia y otras semejantes, se conviertan en estas cosas pequeñas; en las cuales, si yo fuere vencido, no perderé mucho, y si venciere, quedará más corrido y afrentado el demonio, viendo que ni aun en estas cosas pequeñas me puede vencer. Nótese mucho esto, porque es una verdad de que tienen mucha experiencia los siervos de Dios. Entended que mientras anduviereis en este ejercicio de mortificaros en cosas pequeñas y menudas, se convertirán en eso las tentaciones del demonio, y vuestras tentaciones serán comúnmente de estas cosillas: si haré esta mortificación, si venceré ésta repugnancia o lo dejaré; que cuando quedéis vencido alguna vez en eso, no perderéis mucho. Pero si cesáis de este ejercicio y no tratáis de pelear con el demonio y contra vuestra carne en estas cosas pequeñas, él y ella os harán la guerra con otras tentaciones mayores, en las cuales, si quedáis vencido, quedaréis perdido.

El bienaventurado San Agustín cuenta que un hombre católico estaba muy enfadado con unas moscas que le molestaban mucho. Llegó a visitarle un hereje maniqueo, y cuéntale su trabajo, que no se podía valer de moscas y que estaba muy tentado con ellas; al maniqueo le pareció aquello buena coyuntura para encajarle su error, que era haber dos principios de las cosas; uno de las invisibles, que es Dios, y otro de las corporales y visibles, que decían los maniqueos ser del demonio; contra el cual error se pusieron en el símbolo que canta la Iglesia aquellas palabras [De todas las cosas visibles e invisibles]: donde confesamos que todas las cosas las crió Dios, no solamente las espirituales e invisibles, sino también las corporales y visibles. Pues viendo el hereje buena ocasión para persuadir al otro su error, le dice: «¿Quién crió estas moscas?» El otro, como estaba tan enfadado con ellas y le parecían tan mal, no se atrevió a decir que Dios las había criado. Se la coge el maniqueo y le dice: «Pues si Dios no hizo estas moscas, ¿quién las pudo hacer?» Dice el otro: «El diablo creo que las hizo.» Vuelve luego el maniqueo: «Pues si el demonio hizo las moscas, como vos decís, la abeja, que es un poquito mayor que la mosca, ¿quién la hizo?» No se atrevió el otro a decir que Dios había criado la abeja y la mosca no, porque iba muy poco de la una a la otra, y así dijo que si Dios no había criado las moscas tampoco criaría las abejas. Fue el maniqueo poco a poco lle-

vándole más adelante, y de la abeja pasó a la langosta, que es un poco mayor, y de la langosta a la lagartija, y de la lagartija al pajarito, y del pájaro a la oveja, y de allí al buey, y después al elefante, y finalmente al hombre, «y le persuadió que tampoco había criado Dios al hombre». ¡Mirad a qué extremo de males vino a traer a este miserable el no saber sufrir una pequeña mortificación de unas picaduras de moscas! Y así dice San Agustín: Guardaos no os engañe el demonio cuando estéis tentado y enfadado de las moscas, como engañó a este desdichado, que con las moscas le cazó. Suelen, dicen, los cazadores poner en el lazo algunas moscas para cazar algunas aves; así lo hizo el demonio con este desventurado, que con moscas le armó y le cogió. Pues guardaos no os engañe a vos también el demonio cuando estéis enfadado y tentado, triste y melancólico sobre cosas pequeñas y menudas, porque con esas moscas suele cazar el demonio a muchos y llevarlos poco a poco a cosas mayores.

CAPÍTULO I7

En que se ponen tres avisos importantes en esta materia.

Para tres géneros que hay de personas pondremos aquí tres avisos, para consuelo de los unos y desengaño de los otros.

Las condiciones de los hombres son diversas: hay algunos que tienen unos naturales difíciles, y sienten gran dificultad y gran repugnancia y contradicción de su carne para las obras de virtud, con lo cual andan desconsolados, pareciéndoles que es ya todo perdido. Para éstos es el primer aviso consolatorio, que no está la culpa ni la imperfección en tener y sentir esta repugnancia y movimientos contra la razón, sino en seguirlos y obrar conforme a ellos; como en las tentaciones, no está la culpa en los movimientos o en los pensamientos malos y feos que nos vienen contra la castidad o contra la fe, o contra cualquier virtud, con que algunos se suelen afligir y desconsolar mucho. Dicen muy bien los Santos: no os fatiguéis ni tengáis pena de eso, que no está la culpa en el sentimiento, sino en el consentimiento. Cuando a vos os pesa de esas cosas, y procuráis resistir y no hacer caso de ellas, antes son materia y ocasión de mayor merecimiento.

De la misma manera es en las inclinaciones y condiciones malas que tenernos de nuestra naturaleza, unos más, otros menos, de las cuales se nos levanta tan malos movimientos en nuestro apetito, y tantas repugnancias y dificultades para la virtud; no está en eso el ser uno malo o bueno, ni el ser

perfecto o imperfecto, porque eso es natural y no está en nuestra mano, como que lo heredamos con el pecado. Y San Pablo, con ser San Pablo, sentía en sí contradicción y rebeldía de su carne, y decía (Rom 7, 23): [*Siento otra ley en mis miembros, que contradice a la ley de mi espíritu, y me lleva cautivo en seguimiento de la ley del pecado que en mis miembros tiene asiento*]. San Agustín explica a este propósito aquello del salmo cuarto: Airaos, y no queráis pecar: [Quiere decir, aunque se despierte en nuestro corazón algún primer movimiento, del cual, por ser pena del pecado, no somos ya dueños, a lo menos no consienta con él la voluntad; antes si aún se enseñorea en el cuerpo la ley del pecado, sirvamos con el alma a la ley de Dios]. Aunque se levante allá en vuestro apetito el movimiento de impaciencia y de ira, no os dejéis llevar ni consintáis con él, y no pecaréis. Bramando iban aquellas vacas que llevaban el Arca del Testamento, porque les habían quitado sus becerros que naturalmente amaban; pero, al fin, dice la sagrada Escritura (1 Sam 6, 12), que iban su camino derecho, sin declinar, ni a la diestra ni a la siniestra. Id vos por el camino derecho de la virtud, y no oigáis los bramidos de la carne, ni hagáis caso de ellos; y con eso podréis ser perfecto.

Esa es la diferencia que hay entre los hombres espirituales, que tratan de perfección, y los carnales y sensuales, que no tratan de eso: no está la diferencia en sentir o no sentir dificultades y contradicciones de la carne, sino en que éstos se dejan llevar de ellas y aquéllos no. El pez vivo va agua arriba; el muerto, agua abajo. Pues en esto se verá si sois hombre espiritual y vive en vos el espíritu, o si está muerto, en si vais agua arriba contra la corriente de vuestras pasiones, o si os dejáis llevar de ellas aguas abajo. El hombre espiritual no oye los clamores ladridos de la gula y apetito sensual, ni se deja llevar de ellos, como dice el Santo Job (39, 7): [*No oye las voces del exactor*]. Al vientre llama *exactor* [cobrador, funcionario], porque pide más de lo necesario. Dice San Gregorio: En esto está todo el punto, en no dar oídos a las tentaciones y apetitos que se levantan, ni consentir con ellos. Y así nadie debe desmayar por sentir en sí malas inclinaciones, sino animarse a sacar de eso mayor corona, como en las tentaciones. Así nos lo aconseja San Agustín en el sermón tercero de la Ascensión: exhortando y animando a que subamos todos al Cielo con Cristo, entre otros medios que pone para subir allá son nuestras pasiones y malas inclinaciones: «Subamos también al Cielo con Cristo, ayudándonos de nuestras mismas pasiones.» Y si preguntareis de qué manera nos podremos ayudar de las pasiones para subir al Cielo, responde que trabajando cada uno por sujetarlas y domarlas con ánimo generoso. De esta manera «haremos de nuestras pa-

siones escalones para subir a lo alto», porque ellas mismas nos levantarán sobre nosotros si estuvieran debajo de nosotros; poniéndolas debajo de los pies, nos servirán de escalones para subir al Cielo.

De nuestro bienaventurado Padre Ignacio leemos en su *Vida* que siendo de su natural muy colérico, se había vencido y mortificado y trocado tanto con la gracia del Señor, que le juzgaban por flemático. Y aun allá de Sócrates cuenta Plutarco que viéndole un fisonomista, que por la composición exterior y facciones del rostro conocía las inclinaciones naturales de cada uno, dijo que aquel hombre era muy mal inclinado a deshonestidad, a glotonería, a embriaguez y a otros muchos vicios. Los discípulos y amigos de Sócrates se indignaron mucho con aquel hombre, y quisieron poner las manos en él; Sócrates los detuvo diciendo: Paso, que verdad ha dicho este hombre, porque tal fuera yo verdaderamente si no me hubiera dado a la filosofía y ejercicio de la virtud. Pues si aquel filósofo con las fuerzas naturales había alcanzado tanto Señorío y victoria de sus malas inclinaciones, mejor la podrá alcanzar el cristiano y el religioso ayudados de la gracia del Señor. [*El sabio dominará las estrellas*.] Más poderosa es la gracia que la naturaleza.

Hay otro género de personas que naturalmente son de buena condición (Sab 8, 19): [*les cupo en suerte una buena alma*], que no parece que pecaron en Adán, como solía decir de San Buenaventura su maestro Alejandro de Alés; tienen un natural tan bueno y tan suave, que todo parece que se lo hayan hecho; ninguna cosa se les hace dificultosa, ni sienten esa repugnancia y contradicciones en su carne que otros, antes dicen: ¿cómo me decían que había dificultades en la Religión, que yo no hallo ninguna? Para éstos es el segundo aviso, para desengañarlos: si Dios os ha dado esta buena condición y blandura natural, que no sentís esas dificultades, ni casi sabéis qué cosa sea tentación que os dé pena, no os engriáis ni tengáis vanagloria, porque eso no es virtud que hayáis vos alcanzado, sino natural con que vos nacisteis; y la virtud y aprovechamiento de cada uno no se ha de medir por el semblante del rostro, ni por esto exterior que se parece de fuera, ni por el natural blando y condición fácil y suave, sino por la fuerza que cada uno se ha hecho, y por la victoria y señorío que ha alcanzado de sí mismo: ésa es la medida cierta y segura del aprovechamiento de cada uno; y en eso más ha hecho el otro, que tiene el natural fuerte y colérico, que vos, que os lo habíais todo hecho y no tenéis qué vencer; y así será digno de mayor loa y de mayor premio y galardón.

Alaba Plutarco a Alejandro Magno sobre todos los monarcas del mundo, diciendo que los otros nacieron monarcas, mas éste ganó la monarquía con su brazo y lanza y con muchas heridas que en diversas batallas recibió. Así aquellos que a punta de lanza, como dicen, han vencido sus pasiones, mortificándose y yéndose a la mano, son dignos de mayor loa y gloria que los que se nacieron con ese sosiego natural y con esa paz, y no han tenido que vencer. Y así no tenéis de qué tener vanagloria, ni por qué teneros en más por ser de buena condición, ni por qué tener a los otros en menos por ver que tienen naturales fuertes y condiciones difíciles: antes habéis de tomar de ahí ocasión para confundiros y humillaros, viendo que no es virtud en vos la que lo parece, sino natural, y en el otro es virtud todo lo que hace; vos no habéis aprovechado nada, porque no os habéis vencido en nada, y el otro ha aprovechado mucho, porque se ha reprimido y vencido en muchas cosas. Al otro, si tener más duro contraste y más rebelde natural que vencer, le hace tener más cuidado de sí, y andar más sobre aviso y con más fervor, y así va creciendo siempre en virtud; y a vos el tener buen natural os es ocasión de ser descuidado y andar con una continua tibieza: como no tenéis contrarios y enemigos, os hacéis lerdo y haragán.

Y será bueno también en esto considerar cuál fuereis si Dios os hubiera dado un natural fuerte dificultoso como al otro, y creer que hicierais más y mayores faltas que él. Si teniendo tan buen natura y tan buena condición hacéis tantas faltas y sois tan tibio y remiso, ¿qué fuera si tuvierais los contrastes y contradicciones que el otro tiene? Y así como decimos que cuando no permite Dios que os vengan tentaciones, habéis de pensar que es por vuestra flaqueza porque no tenéis virtud para ello; así también habéis de entender que fue particular providencia y merced del Señor el daros ese buen natural y esa buena condición, porque no tuvierais virtud para vencer el natural fuerte, como el otro la tiene. Con esto conservaréis en vos por una parte la humildad, y por otra la estima de vuestro hermano.

El tercer aviso es para desengañar a otro tercer género de personas que no sienten en sí esas repugnancias y contradicciones, ni esa rebeldía de la carne, antes les parece que tienen paz consigo; y no es porque estén mortificados, ni tampoco porque tengan buen natural y buena condición, como los pasados, sino porque no tratan de irse a la mano ni de contradecirse y vencerse, antes gustan de seguir su apetito e inclinación, y con eso no sienten esas repugnancias y contradicciones; les parece que tienen paz y no es paz verdadera, sino falsa y fingida (Jer 6, 14). Sobre aquello de San Pablo (Rom 7, 23): [*Siento otra ley en mis miembros que contradice a la*

ley de mi espíritu, que me arrastra como en seguimiento de la ley del pecado], dice el glorioso Agustino: Esta guerra y contradicción contra la carne, no la sienten ni experimentan en sí sino aquellos que tratan de adquirir las virtudes y desarraigar de sí los vicios. Y así vemos que los mundanos no entienden este lenguaje de mortificación, porque están hechos a seguir su voluntad en todo lo que se les antoja, y aquello tienen por regla y por ley. No saben qué cosa es contradecirse, ni irse a la mano en sus apetitos, y así no sienten guerra ni contradicción alguna en sí, porque no la hay para lo que ellos quieren; pero los que tratan de espíritu y trabajan por alcanzar las verdaderas virtudes y desarraigar de sí los vicios y malas inclinaciones, luego sienten esta guerra y contradicción de la carne. Así como el ave no siente que está presa hasta que quiere salir del lazo, así el hombre no conoce bien la fuerza de sus vicios y malas inclinaciones hasta que trabaja por salir de ellas. Al abrazar de la virtud se declara la contradicción del vicio que le repugna. En el libro de los hechos de los santos Padres se cuenta que un monje preguntó a uno de aquellos Padres antiguos: ¿Cuál será la causa que no siento en mi alma aquellas peleas y contrastes de tentaciones que otros sienten? Respondió el Padre: Porque eres como una grande portada, que entra quien quiere y sale quien quiere, sin saber ni entender tú lo que se hace y pasa en tu casa; tienes mucha anchura de conciencia, poca guarda del corazón, poco recato en tus cosas, en tus sentidos poco recogimiento, y así no te espantes de lo que dices; si tú tuvieses la puerta cerrada, y no permitieses entrar los malos pensamientos, entonces verías la guerra que te hacían para entrar. Pues si vos no sentís allá dentro esta guerra y estos combates y peleas de la carne, mirad no sea por ventura porque seguís en todo vuestra voluntad; mirad no sea porque no tratáis de contradecir a vuestros apetitos ni de desarraigar los vicios y malas inclinaciones que tenéis.

CAPÍTULO 18

Que por bueno y aprovechado que uno sea, siempre tiene necesidad de ejercitarse en la mortificación.

El bienaventurado San Bernardo dice que siempre es menester andar con el escardillo de la mortificación en la mano arrancando y mortificando, y que no hay quien no tenga necesidad de cortar y podar algo, por mucho que se haya mortificado y parezca que está aprovechado. «Creedme, dice,

que lo podado torna a brotar, y lo que parece que estaba ya mortificado o muerto del todo, torna a revivir. Y así, no basta podar y cortar una vez, sino muchas; siempre es menester andar podando y mortificando nuestras pasiones y malas inclinaciones, [porque si no os hacéis el desentendido, siempre hallaréis qué podar].» Es muy buena comparación a este propósito lo que vemos en los jardines. Veréis en ellos hecho de arrayán y de otras hierbas, aquí un león, allí un hombre a caballo, allí un águila; pero si el jardinero no anda siempre cortando y despuntando las hojitas que van creciendo, a pocos días ya no será aquel león, ni la otra águila, ni estará el otro a caballo, porque va brotando la naturaleza, y crece la hierba conforme a su natural. Así acá, aunque seáis un león y un águila, aunque os parezca que estáis muy fuerte y sobre vos, si no andáis siempre cortando, cercenando y mortificando, presto no seréis león, ni águila, sino monstruo; porque tenemos acá dentro otra raíz contraria, que está siempre brotando y creciendo conforme a su natural: de manera que siempre hay que mortificar. «Por mucho que hayáis aprovechado, [os engañáis en pensar que están ya muertos los vicios; que no están sino reprimidos; queráis o no, dentro de vos tenéis el Jebuseo], siempre está con vos el enemigo; lo podéis reprimir y sujetar, pero no le podéis acabar de desterrar de vos.» Dice San Pablo (Rom 7, 18): *Sé que no mora en mi carne el bien*. Poco dijo en eso, dice San Bernardo, si no añadiera que moraba en ella el mal y el vicio y la mala inclinación, como lo añadió luego diciendo: [*Porque no hago el bien que quiero, sino el mal que no quiero; mas si hago lo que no quiero, ya no lo obro yo, sino el pecado que mora mí*]. Dice San Bernardo: «O habéis de preferiros al Apóstol, o habéis de confesar con él que mora también en vos el vicio e inclinación mala, y que siempre tenéis que mortificar.»

El santo abad Efrén, confirmando esto mismo dice: La guerra de los soldados presto se acaba; pero la guerra espiritual del religioso dura toda la vida. Mucho más hay que hacer en mortificar y moderar nuestros afectos y pasiones, que en labrar unas piedras muy duras; porque fuera de que en la piedra no hay resistencia ni contradicción al oficial, como la hay en nosotros, después de labrada una vez no vuelve a ser tosca como primero; pero nuestros afectos y pasiones se mudan muy a menudo y tornan a revivir y a reverdecer, y así es menester tornar de nuevo sobre ellas otra y otra vez. San Jerónimo, sobre aquello del Profeta (Sal 97, 5): [*Cantad al Señor con la cítara*]. Dice que así como la vihuela no hace buena música ni consonancia sino estando bien templadas las cuerdas, y una sola que esté quebrada o desconcertada hace disonancia, así una sola pasión que esté en nosotros desconcertada e inmortificada, no podrá nuestra ánima hacer buena

música a los oídos de Dios; es menester que todas las pasiones estén concertadas: [*Cantadle con salterio de diez cuerdas*] (*Sal* 32. 2). Pues para llegar aquí, bien se ve cuán necesario es andar siempre en este ejercicio.

Por esto, aquellos Padres antiguos aun a los ya muy perfectos probaban y ejercitaban en muchos géneros de mortificaciones y menosprecios, como lo refiere San Juan Climaco. Y daban otra razón muy buena para esto: porque muchas veces los que parecen muy perfectos y muy sufridos de trabajos, si los prelados dejan .de probarlos y ejercitarlos como a hombres ya consumados por la virtud, vienen con el tiempo a perder o menoscabar aquella modestia y sufrimiento que tenían; porque aunque la tierra sea buena, gruesa y fructuosa, si le falta la labor y el riego, suele hacerse silvestre y estéril, y viene a producir cardos y espinas. Así, por muy aprovechado y perfecto que sea uno, si le falta el riego y labor de la mortificación y ejercicio del sufrimiento, se hará tierra silvestre e infructuosa, y producirá espinas de pensamientos malos y deshonestos y de una seguridad falsa y engañosa. De manera que todos tenemos necesidad de mortificación, no sólo los mal acondicionados, sino los que tienen buena condición; y no sólo los imperfectos y los que comienzan, sino también los muy antiguos y perfectos; y no sólo los que han pecado, sino también los que no han ofendido a Dios; los unos para alcanzar la virtud, los otros para conservarla. El que camina en una bestia, por buena y mansa que sea, lleva freno y espuelas, porque al fin es bestia.

En aquellas palabras que dijo Cristo nuestro Redentor [*Quien quisiere venir en pos de mí, niéguese a sí mismo y tome su cruz*], añade el Evangelista San Lucas (9, 23) [*cada día*]. *El que quisiere venir en pos de Mí, lleve su cruz cada día y sígame*. No se os ha de pasar día ninguno en que no quebrantéis vuestra voluntad en alguna cosa; y si se os pasare, dice San Juan Climaco, tenedlo por grande detrimento, tened por perdido aquel día y pensad que en él no habéis sido religioso, como decía el otro emperador romano el día que no había hecho mercedes: Perdido habernos este día, hoy no hemos reinado, hoy no hemos sido reyes ni emperadores, porque no hemos hecho mercedes a nadie. Pues más propio es del religioso mortificarse y negar su voluntad, que de los reyes y emperadores hacer mercedes; porque eso es ser religioso, hacer lo que no queréis, y dejar de hacer lo que queréis.

Buen ejemplo nos dejó en esto, como en todo lo demás, nuestro Padre Francisco de Borja, el cual decía que sin duda le sería a él amarga y desabrida la comida el día que no castigase su cuerpo con alguna buena

penitencia o mortificación; y añadía que viviera desconsolado si supiera que la muerte le había de tomar en día que no hubiese hecho alguna penitencia y mortificado sus sentidos. De manera que no se le pasaba día en que no se mortificase; y pedía y suplicaba al Señor que le hiciese esta merced, que los regalos le fuesen tormento y cruz, y los trabajos regalo, que es el tercero y más perfecto grado de mortificación; y así decía que no le regalasen hasta que alcanzase esto de nuestro Señor. Siempre andaba en perpetua vela, haciendo guerra a su cuerpo, y siempre hallaba en qué mortificarle y maltratarle; y llamaba amigos suyos todas las cosas que le ayudaban a afligirle. Si el sol le fatigaba caminando en el estío, decía: ¡Oh, cómo nos ayuda bien el amigo! Y lo mismo decía del hielo y del aire y de la lluvia en el rigor del invierno, y del dolor de la gota y del mal de corazón, y de los que le perseguían y murmuraban; a todos los llamaba amigos, porque le ayudaban a vencer y sujetar su cuerpo, al cual tenía él por capital enemigo. Y no se contentaba con las mortificaciones y trabajos que se le ofrecían, sino que andaba a buscar nuevas invenciones para mortificarse. Algunas veces ponía arena y chinillas en los zapatos para que andando le lastimasen los pies; en el estío se iba muy despacio por el sol, y en el invierno por la nieve y hielo; y traía pelados los aladares de arrancarse los cabellos; cuando no podía tomar disciplina, con pellizcos y con otros artificios atormentaba su carne. Y en las mismas enfermedades buscaba maneras para añadir dolores a dolores, y penas a penas; porque las purgas, por amargas que fuesen, las bebía a sorbos como si fueran una escudilla de sustancia; las píldoras amargas las mascaba y deshacía entre los clientes, y las traía en la boca muy despacio; y de esta manera mortificaba y atormentaba sus sentidos y crucificaba su carne, y así vino a llegar a la perfección y santidad que llegó.

CAPÍTULO 19

De dos medios que nos harán fácil y suave el ejercicio de la mortificación, que son la gracia del Señor y su santo amor.

Resta que tratemos de algunos medios que nos ayuden a que este ejercicio de mortificación, que tan necesario nos es, se nos haga no sólo fácil y llevadero, sino suave y gustoso.

El primero y principal medio para esto ha de ser la gracia del Señor, con la cual todo se hace fácil y ligero. Estaba el Apóstol San Pablo muy fatigado con una tentación, y pedía a Dios con instancia que se la quitase. Y le respondió el Señor (2 Cor 12, 9): *Te basta mi gracia*. Con la gracia de Dios se sintió tan esforzado, que dice (Filip 4, 13): *En Dios*, [*que me conforta*] todo lo puedo. (1 Cor 15, 10): [*No yo, sino la gracia de Dios conmigo*]. No nos deja el Señor solos en este trabajo de la mortificación; Él nos ayuda a llevar la carga. Y por eso se llama yugo su ley, porque le llevan dos: Cristo se une con nosotros para llevarle: ¿quién desmayará con tal compañía y favor? No os parezca dificultoso, pues lo menos de ello habéis de hacer vos. Por esto, aunque le llama *yugo*, dice que es *suave* y aunque le llama *carga*, dice que es *liviana* (Mt 11 , 30). Porque aunque considerada nuestra naturaleza y pocas fuerzas, sea pesado, y eso denota el nombre de yugo y de carga; pero con la gracia de Dios es fácil y suave; porque nos lo alivia el mismo Señor, como lo promete el Profeta Oseas (11, 4): *Yo les seré como quien levanta el yugo y le quita de encima de sus mejillas*. Y por Isaías (10, 27) dice: [*Se pudrirá el yugo en virtud del óleo*]. Parece la mortificación yugo y carga pesada, pero es tanto el favor y gracia de Dios, significada por el óleo, que se pudrirá el yugo y se ablandará de manera que no se os asiente, ni aun le sintáis.

San Bernardo, en el sermón primero de la Dedicación de la Iglesia, dice: Así como cuando consagran las iglesias se usa aquella ceremonia, que ungen las cruces con óleo santo, así hace Dios nuestro Señor en las ánimas de los religiosos, porque con la unción espiritual de su gracia va ungiendo y ablandando en ellos las cruces de la penitencia y mortificación para que se les hagan fáciles y suaves; y así, muchos huyen de este santo ejercicio, porque ven la cruz y no ven la unción. Pero vosotros, que la habéis experimentado (dice a los religiosos), sabéis muy bien que nuestra cruz está ungida, y que con esa unción, no sólo es fácil y ligera, sino lo que a los del mundo parece amargo y desabrido, se nos hace a nosotros con la gracia de Dios muy dulce y sabroso. Y así decía San Agustín, que no había entendido el lenguaje de la castidad, ni le parecía que había hombre que la guardase, hasta que entendió la fuerza de la gracia, con la cual podemos muy bien decir aquello de Sal Juan (1 Jn 5, 3): *No son pesados ni dificultosos /os mandamientos de Dios* y del Evangelio, porque la abundancia de gracia que da el Señor para hacer lo que manda, los hace fáciles y suaves. San Gregorio, sobre aquello de Isaías (40, 31): [*Los que esperan en el Señor mudarán la fortaleza*], pone dos maneras de fortaleza: una de los justos para padecer y mortificarse mucho por Dios; otra de los malos para pa-

decer grandes trabajos por el mundo y por sustentar la honra y hacienda, y cumplir sus apetitos y deseos. Y dice que los que confían en la gracia del Señor mudarán esta fortaleza en aquella de los justos.

Lo segundo que nos hará fácil y suave este ejercicio de la mortificación es el amor de Dios. No hay cosa más eficaz, ni que más fácil y suave haga cualquier trabajo, como el amor. Dice San Agustín: El que ama no trabaja; porque el amor le hace no sentir el trabajo. [A los que no aman, cualquier trabajo se les hace pesado; sólo es amor el que se avergüenza del nombre de dificultad]. No son pesados los trabajos de los que aman, antes deleitan: como a los que pescan, montean y cazan no les es pesado aquel trabajo, antes lo toman por recreación, por el amor y afición con que lo hacen. ¿Quién hace a la madre no sentir los trabajos continuos de la crianza del niño, sino el amor? ¿Quién hace hasta las bestias y aves andar tan solicitas en la crianza de sus hijos, y ayunar lo que ellos comen, trabajar porque ellos descansen, y atreverse a defenderlos con tan grande coraje, sino el amor? ¿Quién hizo que le pareciesen a Jacob breves y fáciles los trabajos de siete y de catorce años al sol y a la helada por Raquel, sino el amor? (Gen 29, 20): [*Le parecían pocos días en fuerza de su grande amor*].

Sobre aquello de la Esposa (Cant 1,12): *Manojito de mirra es mi Amado para mí*, dice el glorioso Bernardo: no dijo manojo de mirra es mi Amado para mí, sino manojito, porque todo trabajo le parece muy pequeño y ligero por el amor grande que tiene a su Amado. Y nota también que no dijo absolutamente manojito de mirra es mi Amado, sino añade para mí: al que ama, se le hace manojito pequeño; si a vos se os hace manojo grande y pesado, es porque no amáis, falta de amor es; y así, eso tomad por señal, si tenéis poco o mucho amor de Dios. Que no son grandes los trabajos de la virtud, sino que es pequeño nuestro amor y por eso se nos hacen grandes: amad vos mucho, y no sólo no sentiréis trabajo, sino sabor; donde hay amor no hay trabajo, sino sabor.

Una santa decía que después que fue llamada y herida del amor de Dios, no había sabido qué cosa era padecer de dentro ni de fuera, ni del mundo, ni del demonio ni de la carne ni de otra cosa alguna, porque el puro amor no sabe qué cosa es pena o tormento. De manera que el amor, fuera de que sube todas las obras de quilates y las hace de grande perfección, da juntamente grande ánimo y fortaleza para acometer cualquier trabajo y mortificación, y lo hace todo fácil, ligero y sabroso. Y así declara San Crisóstomo aquello del Apóstol (Rom 13, 10): [*El cumplimiento lleno de la ley es el amor*], que no solamente quiere decir que toda la ley y todos los

Mandamientos están encerrados en esa breve palabra amor, sino que ese amor nos hace también muy fácil la guarda de toda la ley de todos los mandamientos de Dios.

Confirmase bien con aquello del Sabio (Cant 8, 6): *El amor es inerte como la muerte*. Dos explicaciones, entre otras, dan los Santos a estas palabras, que hacen a nuestro propósito. San Gregorio da una que San Agustín tiene por la mejor. ¿Sabéis, dice, que: quiere decir que el amor es fuerte como la muerte? Que así como la muerte aparta el ánima del cuerpo, así el amor de Dios aparta el ánima de las cosas corporales y sensibles; y así como la muerte aparta al hombre del trato de todas las cosas del mundo, así el amor de Dios, apoderado de nuestro espíritu, le fortalece de tal manera, que le aparta del trato y conversación del mundo, y de la afición que tiene a la carne y a todas las cosas sensuales. Eso es ser el amor fuerte como la muerte; porque así como la muerte mata el cuerpo, así el amor de Dios mata y apaga en nosotros la afición de todas las cosas corporales y sensuales; hace que muera el hombre al mundo y al amor propio, y viva a Cristo nuestro Señor solamente, que pueda decir como San Pablo (Gal 2, 20): *Vivo yo, ya no yo. Cristo es el que vive en mí.*

Otra explicación muy buena da San Agustín sobre aquellas palabras (Sal 47, 14): [*Reparad en su fortaleza*]. Dice que el amor de Dios es fuerte como la muerte, porque así como la muerte, cuando viene, no se la puede resistir con ningunas medicinas ni artificios, ni aprovecha ser obispo ni rey ni papa ni emperador; todo lo atropella la muerte, nada se le pone delante; así cuando uno está prendado de veras del amor de Dios, nada se le pone delante; no le pueden apartar de él cuantas cosas hay en el mundo, ni las honras ni las riquezas, ni las prosperidades ni las adversidades. Si no, véalo cada uno por sí por la merced que el Señor le ha hecho. Con una centella de amor suyo que Él os dio, no se os puso delante para dejar el camino de perfección y Religión que tomasteis, ni los padres y parientes, ni cuanto había en el mundo, sino todo lo atropellasteis y tuvisteis en poco en comparación de lo que tenéis. Pues amemos mucho a Dios y no se nos pondrá nada delante, antes diremos con el Apóstol (Rom 8, 35): *¿Quién nos apartará del amor de Cristo? ¿Habrá tribulación, o angustia, o hambre, o desnudez, o peligro, ¿cuchillo que esto pueda? Cierto estoy,* dice, *que ni muerte ni vida, ni ángeles ni principados ni virtudes, ni las cosas presentes ni las venideras, ni fortaleza ni alteza ni bajeza, ni otra criatura alguna será bastante para apartarnos del amor de Dios*.

CAPÍTULO 20

De otro medio que nos facilitará y hará gustoso el ejercicio de la mortificación, que es la esperanza del galardón.

El tercer medio que nos hará fácil y suave este ejercicio de mortificación es la grandeza del galardón que esperamos. Con esta esperanza se animaba y consolaba el santo Job (19, 23-27) en medio de sus muchas y grandes adversidades, diciendo: ¡*Quién me diese que se escribiesen las palabras que quiero decir*, para que quedasen en perpetua memoria a los por venir! Y va añadiendo para más perpetuidad: *¡Quién me diese que se imprimiesen en un libro, o con un punzón o buril de hierro se grabasen en una plancha de plomo o con un cincel se esculpiesen y cavasen en una fosa de guijarro!* —¿Para qué queréis, santo Job, tanta perpetuidad en vuestras palabras?— Para que el consuelo que yo tengo con ellas en mis trabajos, ése tengan todos los nacidos y por nacer en los suyos. Y ¿qué palabras son ésas? Sé por revelación de mi Dios *que mi Redentor vive* (habla del Hijo de Dios y de lo futuro, como si fuese pasado o presente, por la certidumbre grande de ello); y pues El resucitó y vive, sé que también en el día postrero del mundo *tengo de resucitar* de la tierra y polvo que estuviere hecho, y que otra vez me tengo de rodear de mi pellejo, y que en mi carne veré a Dios, que es el premio de los que le sirven; al cual yo mismo y mis ojos han de ver y gozar, que no otro; yo, el mismo que ahora padezco, tengo de resucitar y gozar de Dios: puesta y *guardada tengo esta esperanza en mi seno*; y de allí, como de tesoro, saco alivio y riquezas de consuelo en mis trabajos.

Con esto animó Dios a Abrahán, porque diciendo él: Yo, Señor, he dejado mi tierra y parentela, porque Vos me lo mandasteis, ¿qué premio me habéis de dar?, le respondió (Gen 15, 1): *Tu galardón será muy grande* y muy aventajado. Con esto dice San Pablo (Hebr 11, 24) que se animó Moisés a dejar la honra y escoger el menosprecio. Moisés, siendo grande, creciendo en la fe y en la esperanza, no tuvo en nada ser hijo de la hija del rey Faraón, que le había adoptado por hijo; todo eso menospreció, y quiso más ser abatido y perseguido por amor de Dios, que todos los tesoros y riquezas de Egipto; *porque tenía ojo al galardón* y premio que esperaba. Con esto se animaba también el Profeta David a cumplir la ley y mandamientos de Dios cuando decía (Sal 118, 112): [*Incliné mi corazón a guardar eternamente tus mandamientos por el galardón*].

Dice San Agustín: Diréis por ventura: Gran trabajo es andarnos siempre mortificando y quebrantando vuestra voluntad; pero mirad al premio y galardón que se os ha de dar por eso, y veréis cómo todo es muy poco en su comparación: la esperanza del premio disminuye la fuerza del trabajo; y así, dice, lo vemos acá en los trabajos de los mercaderes, labradores y soldados. Pues si la braveza y fuerza de la mar y sus temerosas ondas no desmayan a los marineros y negociantes, ni las lluvias y tempestades a los labradores, ni las heridas y muertes a los soldados, ni los golpes y caídas a los luchadores, cuando ponen los ojos en las esperanzas humanas de lo que por esto pretenden, quien espera el reino de los Cielos, ¿cómo se espantará del trabajo y mortificación que pide la virtud? [*Especialmente que ellos lo hacen por alcanzar una corona corruptible, y nosotros por la incorruptible*], dice el Apóstol San Pablo (1 Cor 9, 25). Si ellos, por un premio y galardón corruptible, y que tan poco dura, se ponen a tantos trabajos, ¿qué es razón que hagamos nosotros por un premio y galardón tan grande y que ha de durar para siempre jamás? Que no es nada lo que hacemos para lo que esperamos recibir por ello; no es nada lo que nos piden para lo que nos dan, de balde nos lo dan. No se puede juzgar si una cosa es cara o barata por lo que os piden, sino mirando juntamente la cosa que se vende; si no, pregunto yo, ¿es mucho cien ducados por una cosa? Como ella fuere, tal puede ser que aun en cincuenta maravedíes sea cara, y tal, que en mil ducados sea de balde: si es una muy rica piedra preciosa, o si os dan una ciudad en mil ducados, es de balde. Así si queréis ver si es mucho o poco lo que os pide Dios, mirad lo que compráis, mirad el premio que por ello os dan (Gen 15, 1): [*Yo soy tu galardón*]: a Dios os dan. ¿Eso me dan? De balde me lo dan; no me piden nada por ello en pedirme que niegue mi voluntad y me mortifique: por nonada me lo dan. (Is 55, I): [*Los que no tenéis plata, daos prisa, comprad y comed. Venid, comprad sin dinero ni trueque alguno vino y leche*]. Venid, corred, y daos presa a gozar del barato.

Este medio encomienda también mucho San Basilio: Acordaos siempre del premio y gloria grande que os espera, para que con eso os animéis al trabajo y a la virtud. El bienaventurado San Antonio Abad con esto animaba a sus discípulos a perseverar en el continuo rigor de la Religión; y admirado de la liberalidad grande de Dios, paraba y decía: En esta vida, los tratos y contratos de los hombres son iguales de ambas partes, porque tanto da uno como recibe, tanto vale lo que se vende como el precio que dan por ello; pero la promesa de la vida y gloria eterna comprase con muy bajo precio, porque escrito está (Sal 89, 10): *La vida del hombre común-*

mente es como setenta años o, cuando mucho gobierno y regalo tenga uno, ochenta; y lo que de ahí pasa, es dolor, trabajo y enfermedad. Pues cuando vivamos ochenta años, o ciento o más, sirviendo a Dios, no nos darán por ellos otros tantos años de gloria, sino por estos años nos darán que reinemos para siempre en la gloria mientras Dios fuere Dios, por todos los *siglos de los siglos* (Ex 15, 18). Por tanto, hijos míos, decía el Santo, no os espante ni se os ponga delante el trabajo de esta vida (Rom 8, 18), *porque no tiene que ver lo que aquí podemos padecer con el galardón y premio que esperamos. Por un trabajo de un momento, nos dan un peso grande de gloria que ha de durar siempre jamás* (2 Cor 4, 17). San Bernardo trae una comparación muy buena a este propósito. No hay sembrador tan tonto, que le parezca muy largo el tiempo en el cual siembra, aunque gaste muchos días en sembrar, porque sabe que cuanto más durare el tiempo de la sementera, tanto mayor será la cosecha. Pues de la misma manera, dice, no nos ha de parecer a nosotros mucho ni muy largo el trabajo de esta vida, porque es tiempo de sementera, y mientras más sembráremos y trabajáremos, más abundante y copioso fruto cogeremos. Y añade el Santo: Considerad que un poco de más semilla que sembréis, se viene después a aumentar y multiplicar mucho. Cuando el labrador ve al agosto que de una fanega de trigo que sembró coge veinte o treinta, quisiera haber sembrado mucho más.

CAPÍTULO 21

En que se confirma con algunos ejemplos lo dicho en el capítulo pasado.

Se cuenta de uno de aquellos Padres antiguos que trabajaba mucho y hacía grandes penitencias y mortificaciones. Le decían sus compañeros y discípulos que cesase ya y moderase los trabajos y mortificaciones, pues eran tan grandes. Respondió él: Creedme, hijos, que si el lugar y estado que tienen los bienaventurados en el Cielo fuera capaz de pena y dolor, que le tuvieran muy grande por no haber padecido en esta vida mayores trabajos y mortificaciones, viendo el grande premio y galardón les dieran por ello, y cuánto se pudieran haber aventajado en la gloria a tan poca costa. Concuerda con esto lo que San Buenaventura dice: Tanta gloria perdemos por nuestra negligencia cada hora, si la gastamos ociosamente, cuantas buenas obras pudiéramos en ella hacer.

Semejante es a esto lo que se cuenta de la santa virgen Matilde, que como fuese muy a menudo visitada de Cristo nuestro Redentor su Esposo, al cual se había dedicado toda, conociendo de Él cosas maravillosas, oyó una vez, entre otras, que le decían los Santos: ¡Oh! ¡Qué dichosos y bienaventurados sois vosotros, los que todavía vivís en la tierra, por lo mucho que podéis merecer! Porque si el hombre supiese cuánto puede cada día merecer, luego al punto que se levantase, se llenaría su corazón de grande gozo y contento, porque amaneció aquel día en el cual puede vivir a Dios nuestro Señor, y con su gracia, para honra y gloria del mismo Dios, aumentar su merecimiento, y aquello le daría fortaleza y vigor para hacer y padecer todas las cosas con grandísima alegría.

En el *Prado Espiritual*, que compuso Juan Evirato, o, según otros, San Sofronio, patriarca de Jerusalén, y fue aprobado en el segundo Concilio Niceno, se cuenta que un monje tenía su celda lejos del agua como doce millas; y una vez de las que fue por agua, desfalleció en el camino, muy cansado; viéndose, pues, tan fatigado, dijo entre sí: ¿Qué necesidad hay de que yo pase tanto trabajo? Yo me quiero ir a morar junto al agua, y hacer allí mi celda. Otra vez, yendo por agua con su cántaro, iba echando sus trazas dónde estaría bien la celda, y cómo la edificaría, y la vida que en ella había de vivir. En esto oyó tras de sí una voz como de hombre que decía: Uno, dos tres, etc. Volvió la cabeza, admirado de que en aquella soledad hubiese quien midiese o contase alguna distancia u otra cosa, y no vio a nadie. Volvió a continuar su camino, y a pensar en su traza, y vuelve a oír la misma voz que decía: Uno, dos tres, etc. Él volvió segunda vez la cabeza, y tampoco vio nada. A la tercera le acaeció lo mismo, y volviendo la cabeza, vio un mancebo muy hermoso y resplandeciente que le dijo: no te turbes, que yo soy el ángel de Dios, y vengo contándote los pasos que das en este camino, para que ninguno de ellos quede sin premio y galardón. Y en diciendo esto, desapareció. El monje, viendo esto, volvió en sí, y dijo: ¿Pues cómo tan sin juicio soy yo, que quiera perder tanto bien y tanta ganancia? Se determinó luego de mudar su celda aún más lejos de lo que la tenía, para así tener más trabajo y cansancio.

Se cuenta en las Vidas de los Padres, de un monje viejo que vivía en la Tebaida, el cual tenía un discípulo que había probado bien. Acostumbraba el santo viejo hacerle todas las noches una exhortación, y después de haber tenido oración, le enviaba a acostar. Aconteció que un día vinieron a visitar al monje algunos seglares, movidos con la fama de su mucha abstinencia; y habiéndose despedido ya tarde, se puso a hacer su exhortación

como solía, y fue tan larga, que el sueño le cargó y se durmió el santo viejo. El buen discípulo aguardaba que despertase para que hicieran oración, y le enviara; pero como no despertase, le comenzaron a fatigar pensamientos de impaciencia que le instaban a que se fuese a dormir; resistió una vez, acudieron otras y otras hasta siete veces, y a todas resistió con grande constancia. Siendo pues, ya la medianoche, despertó el santo viejo, y hallándole sentado donde le había dejado cuando comenzó la plática, le dijo: ¿Por qué, hijo, no me despertaste? Respondió que por no darle pena. Rezaron sus maitines, y acabados, le echó su bendición y le envió a dormir. Y poniéndose el viejo en oración, fue arrebatado en espíritu, y le mostró un ángel un lugar muy hermoso y glorioso y una silla resplandeciente en él, y encima de la silla siete coronas riquísimas. Le preguntó el viejo: ¿De quién son estas coronas? Respondió: De tu discípulo, y el lugar y asiento que el Señor le ha dado es por la vida que hace; y estas coronas anoche las mereció. Venida la mañana, preguntó el monje al discípulo qué le había pasado la noche cuando le guardó el sueño. Y el buen discípulo, le contó todo lo que le había pasado, y cómo había resistido siete veces a los pensamientos de que no le aguardase. Por donde conoció el viejo haber ganado por aquella las siete coronas.

Del bienaventurado San Francisco sé cuenta que encontrándole una vez un su hermano carnal en medio del invierno, viéndole desarrapado y casi desnudo, y muerto y tiritando, de frío, le envió a decir por burla y escarnio si le quería vender una gota de sudor. Respondió el Santo con mucha alegría: «Decid a mi hermano que ya lo tengo vendido a mi Dios y Señor, y por muy grande precio.» Otra vez, después de algunos años, como fuese fatigado de muy graves y continuos dolores, y fuera de eso, de nuevas y molestas tentaciones del demonio, a tanto que ya no parecía que había fuerzas humanas que lo pudiesen llevar, oyó una voz del Cielo que le dijo que se alegrase, porque por aquellos trabajos y tribulaciones había de alcanzar en el Cielo un tesoro tan grande, que aunque toda la tierra se convirtiese en oro, y todas las piedras en margaritas y perlas preciosísimas, y todas las aguas en bálsamo, no tenía comparación ninguna con el premio y galardón que por ello le habían de dar. Con lo cual se alivió y recreó tanto el Santo, que ya no sentía los dolores; y haciendo llamar luego a sus religiosos con grande gozo les contó el consuelo que Dios le había enviado del Cielo.

CAPÍTULO 22

De otro medio que nos ayudará y hará fácil el ejercicio de la mortificación, que es el ejemplo de Cristo nuestro Redentor.

El cuarto medio que nos animará y ayudará mucho a este ejercicio de la mortificación, es el ejemplo de Cristo nuestro Redentor y Maestro. Y así el Apóstol San Pablo (Hebr 12, 1-4) nos le pone delante para animarnos a esto: *Armados de paciencia corramos al combate que nos aguarda, mirando a Jesucristo, Autor y Consumador de la fe, el cual, poniendo ante sus ojos el gozo de nuestra redención, sufrió la cruz y no hizo caso de la confusión y abatimiento del mundo. Pensad una y otra vez en aquel que contra sí mismo sufrió tal contradicción de los pecadores, para que no os fatiguéis, desfalleciendo en vuestros corazones; que aun no habéis resistido, ni peleado contra el pecado hasta derramar Sangre*, como El la derramó por vos.

Cuenta la sagrada. Escritura (Ex 15, 23) que cuando los hijos de Israel andaban por el desierto y se encontraron con aquellas aguas de Mará, que eran tan amargas que no las podían beber, hizo Moisés oración a Dios y le mostró un madero, el cual, echado sobre las aguas, las hizo dulces y sabrosas. Por este madero dicen los Santos que es significado el madero de la cruz. Cuando se os hiciere amargo y pesado el trabajo de la mortificación, echad ahí este sagrado madero, acordaos de la cruz y Pasión de Cristo, de sus azotes y espina, de aquella hiel y vinagre que le dieron por refrigerio, y luego se os hará dulce y sabroso.

En las Crónicas de la Orden de San Francisco se lee que entró en la Orden un hombre muy rico, honrado y criado en regalos, y luego que el tentador vio la mudanza de esta vida, le acometió representándole la aspereza de la Orden. Porque como en lugar de los manjares, vestidos y cama blanda que en el mundo usaba, halló habas, túnica gruesa, paja por cama, estrecha pobreza en lugar de riquezas, lo sentía mucho; y como el demonio le representase la dureza de estas cosas, le apretaba con que las dejase y se volviese al siglo. Llegó a términos la tentación, que determinó salirse de la Orden. Y estando en esta resolución, pasó por el capítulo, y puesto de rodillas delante de la imagen del Señor crucificado, se encomendó en su misericordia; y quedando fuera de sí, fue elevado en espíritu, y se le apareció nuestro Señor y su gloriosa Madre, y le preguntaron que por qué se iba, y

con mucha reverencia respondió: Señor, yo me crié en el mundo en mucho regalo, y así no puedo sufrir la aspereza de esta Religión, especialmente el comer y vestir. El Señor, levantando el brazo derecho, le mostró la llaga de su costado, corriendo sangre, y le dijo: Extiende el brazo, y pon aquí tu mano, y úntala con la sangre de mi costado, y cuando te viniere a la memoria algún rigor o aspereza, mójala con esta sangre, y todo, por dificultoso que sea, se te hará fácil y suave. Y haciendo el novicio lo que el Señor le mandó, a cualquier tentación que le venía, traía a su memoria la pasión de Cristo, y luego se le convertía todo en gran suavidad y dulzura. ¿Qué cosa puede parecer áspera a un hombrecillo y vil gusano, mirando a Dios coronado de espinas y enclavado en su cruz por su amor? ¿Qué no sufrirá y padecerá por sus pecados el que ve padecer tanto por los ajenos al Señor de la Majestad?

Este medio del ejemplo de Cristo nuestro Redentor y deseo de imitarle usaban mucho los Santos; porque, fuera de ser muy eficaz para animamos a mortificar y padecer, es un medio de grande perfección, y que hace subir mucho de quilates las obras, porque nacen de grande amor de Dios. Y así leemos de nuestro bienaventurado Padre Ignacio que al principio de su conversión hacía grandes mortificaciones y penitencias, teniendo ojo a sus pecados y a satisfacer por ellos; pero después iba subiendo más, y afligía su cuerpo con asperezas y castigos, no tanto mirando a sus pecados, cuanto al ejemplo de Cristo y de los Santos. Miraban los Santos que Cristo nuestro Señor había ido por este camino, y había abrazado los trabajos y la cruz con tanto amor y deseo, que no veía ya la hora en que había de dar su sangre y vida por nosotros. Y como los elefantes se esfuerzan en la batalla cuando ven sangre, así ellos venían con esto a tener grande sed de padecer martirios, y derramar sangre por Aquel que primero derramó la suya por ellos; y como no se les cumplía este deseo, se encruelencían contra sí mismos, y hacían de sí verdugos contra sí, y martirizaban sus cuerpos afligiéndolos con penitencias y trabajos, y mortificando y quebrantando sus voluntades y apetitos, y de esta manera descansaban algún tanto, porque se les cumplía en algo su deseo, imitando en cuanto podían a Cristo nuestro Redentor. Esto es lo que dice el Apóstol San Pablo (2 Cor 4, 101: Nos andamos siempre mortificando y maltratando [*llevando siempre en nosotros impresa la mortificación Jesucristo*], *para que la vida de Jesucristo se manifieste en nuestros cuerpos*. Ha de ser tal el tratamiento y mortificación de nuestros cuerpos, que represente la vida de Jesucristo y se parezca a ella. Dice San Bernardo: «No conviene ni dice bien, que estando la cabeza

llena de espinas, los miembros se hagan delicados y regalados», sino que se mortifiquen y crucifiquen su carne para conformarse con su cabeza.

Muchos otros medios podíamos traer para esto, porque todos los que los Santos dan, y todas las razones que traen para exhortarnos a hacer penitencia pueden servir para animarnos a este ejercicio de mortificación. Sobre aquellas palabras del Apóstol (Rom 8, 18), [*No son de comparar los trabajos de este tiempo con la gloria venidera, que se manifiesta en nosotros*], dice el glorioso San Bernardo: no igualan ni tienen que ver con las pasiones y tribulaciones de este siglo, ni con la gloria que esperamos, ni con la pena que tememos, ni con los pecados que hemos cometido, ni con los beneficios que hemos recibido de Dios. Cualquiera de estas cosas bien ponderada bastará para animarnos mucho a este ejercicio.

CAPÍTULO 23

De tres grados de mortificación.

Por conclusión y remate de este tratado, declararemos brevemente tres grados de mortificación que pone San Bernardo para que por ellos, como por escalones, vayamos subiendo a la perfección.

El primero es el que nos enseña el Apóstol San Pedro en su primera Canónica (2, 11): *Hermanos míos, os ruego que viváis como advenedizos y peregrinos sobre la tierra, y que como tales, os abstengáis de los deseos y apetitos de la carne que pelean contra el espíritu*. Todos somos peregrinos en este mundo, que caminamos a nuestra patria celestial, como dice el Apóstol San Pablo (Heb 13, 14): [*Porque no tenemos aquí ciudad permanente, mas andamos en busca de otra por venir*; (2 Cor 5, 6) *porque mientras estamos en este cuerpo, peregrinamos ausentes del Señor*]. Pues nos hayamos como peregrinos; el peregrino, dice San Bernardo, va su camino derecho, y procura excusar todos los rodeos que puede; Y si ve en el camino a unos que están riñendo, y a otros que están en fiestas, bodas y regocijos, no atiende a eso ni se cura de ello, sino pasa adelante su camino derecho, porque es peregrino y no le tocan a él aquellas cosas, ni tiene que ver con ellas; todo su hipo y negocio es suspirar por su tierra y procurar acercarse y llegar a ella; y así, contento con un vestido ligero, y con una comida que baste para pasar su camino, no quiere ir cargado de otras cosas no necesarias, para poder mejor caminar.

Pues de esta manera hemos de procurar habernos nosotros en esta nuestra peregrinación. Hemos de tornar las cosas de este mundo como de paso; al fin, como peregrinos y viandantes que somos, no tomando más que lo necesario para poder pasar nuestro camino. [*Contentémonos con tener el sustento necesario con qué cubrirnos*], como dice San Pablo (I Tim e, 8). Ahorrémonos y descarguémonos de todo lo que no nos es muy necesario, para que así, ligeros, podamos mejor caminar. Suspiremos por nuestra patria y sintamos nuestro destierro (Sal 119, 5): *¡Ay de mí! ¡Cómo se me alarga este destierro!* Dichoso y bienaventurado, dice San Bernardo, el que se tiene y trata como peregrino sobre la tierra, y conoce y llora su destierro, diciendo con el Profeta (Sal 38, 13): *Oíd, Señor, mis suspiros, lágrimas y gemidos, porque yo también soy advenedizo y peregrino sobre la tierra, como lo fueron mis padres y antepasados.*

Muy bueno es este grado, y no haremos poco si llegamos a él. Pero otro hay más alto y de mayor perfección, dice el Santo; porque el peregrino, aunque no se junta con los vecinos y moradores de los pueblos algunas veces se huelga de ver y oír lo que pasa por el camino y de contarlo a otros, y con estas cosillas, aunque no pierde del todo su camino, todavía se detiene y tarda más en llegar; y aun tanto se podría deleitar y detener en estas cosas, que no sólo le fuese causa de llegar más tarde a su tierra, pero aun de nunca llegar. Pues ¿quién está ajeno y más libre y apartado de las cosas de este siglo que el peregrino? ¿Sabéis quién? El que está muerto. Porque el peregrino, aunque no sea sino en pedir y buscar lo necesario para su cansino, y en ir cargado con ello, se puede ocupar y detener más de lo que convendría; pero el muerto, aunque le falte la sepultura, no lo siente. El muerto, de la misma manera, oye a los que le vituperan y a los que le alaban, a los que le lisonjean y a los que murmuran de él; antes a ningunos oye, porque está muerto. Pues este es el segundo grado de mortificación, más alto y más perfecto que el pasado, el cual pone San Pablo cuando dice (Col 3, 3): [*Ya vosotros estáis muertos, y vuestra vida está escondida con Cristo en Dios*]. No nos hemos de contentar con habernos como peregrinos en esta tierra, sino procurar de habernos como muertos. ¿.Cómo ha de ser eso? ¿Sabéis cómo?, dice un doctor. Mirad las condiciones del muerto. La señal de estar uno muerto es no ver, no responder, no sentir, no quejarse, no ensoberbecerse, no enojarse. Pues si vos tenéis ojos para ver y juzgar lo que hacen los otros, y aun por ventura el superior, no estáis muerto: si tenéis respuestas y excusas para lo que os ordena la obediencia; si mostráis sentimiento cuando os dicen vuestras faltas y os reprenden; si os sentís y os resentís cuando os humillan y no hacen caso de vos, no estáis muerto,

sino muy vivo en vuestras pasiones y en vuestra honra y estimación; porque el muerto, aunque le pisen y desprecien y no hagan caso de él, no lo siente. ¡Oh! Dichoso, dice San Bernardo, y bienaventurado aquel que está de esta manera muerto; porque esta muerte verdaderamente es vida, pues nos conserva sin mancilla en este siglo, y aun nos hace del todo ajenos a él.

Grande es por cierto este grado y de mucha perfección; no obstante, por ventura podremos hallar otra cosa más alta y más perfecta. Pero, ¿dónde la hemos de ir a buscar y en quién la podremos hallar, sino en aquel que fue arrebatado al tercero Cielo? Porque si me dais otro tercero grado más alto y más perfecto, ése, dice San Bernardo, bien lo podéis llamar tercero Cielo. Pues ¿puede haber más que morir? *Se humilló y abatió nuestro Señor Jesucristo hasta la muerte* (Fil 2, 8). ¿Hay más que eso? Sí, añade San Pablo, y añádelo la Iglesia la segunda noche de las tinieblas: [*Y a muerte de cruz*]. Morir crucificado: eso es más que morir simplemente, porque la muerte de cruz era un género de muerte el más ignominioso afrentoso que entonces había. Pues ése es el tercero grado de mortificación, más alto y más perlado que el pasado; y así, con razón le podemos llamar el tercero Cielo, al cual también fue arrebatado el Apóstol San Pablo: [*El mundo está crucificado para mí y yo para el mundo*]. No sólo dice que estaba muerto al mundo, sino que estaba crucificado al mundo, y que el mundo era cruz para él, y él para el mundo. Quiere decir: todo lo que el mundo ama, los deleites de la carne, las honras, las riquezas, las vanas alabanzas de los hombres, todo eso es cruz y tormento para mí, y como tal lo aborrezco: y aquello que el mundo tiene por cruz, por tormento y deshonra, en eso tengo yo enclavado y fijado mi corazón; eso es lo que yo amo y abrazo. Eso es estar crucificado al mundo y el mundo a mí, y que el mundo me sea a mi cruz y yo a él.

Más alto y más perfecto grado es éste que el primero y segundo, dice San Bernardo; porque el peregrino; aunque pasa y no se detiene mucho en las cosas que ve, pero al fin las ve y se detiene algo en eso. El muerto, que es el segundo grado, igualmente lleva lo próspero y lo adverso, las honras y las deshonras, y no hace diferencia de lo uno a lo otro; pero este tercero grado pasa más adelante y no se ha igualmente en eso, porque no sólo no siente la honra y estimación como el muerto, sino le es cruz y tormento el ser tenido y estimado, y como tal lo aborrece, no sólo no siente las deshonras y menosprecios, sino ésa es su gloria y su contento. (Gal 6, 14): *Nunca Dios quiera que yo me gloríe en otra cosa sino en la cruz de Cristo, por*

amor del cual, todo lo que el mundo ama me es a mí cruz; y todo lo que el mundo tiene por cruz me es a mí gloria y contento grande. Lleno estoy, dice (2 Cor 7, 4), *de consolación, me baño en gozo y regocijo el padecer tribulaciones,* persecuciones y afrentas por Cristo. Pues éste es el tercer grado de mortificación, que con mucha razón llama San Bernardo el tercero Cielo por su grande perfección. Y aunque él lo dice debajo de esta metáfora, pero es doctrina común de los doctores y Santos, que en esto que nosotros entendemos por el tercero Cielo está la perfección de la mortificación, porque ésa es la señal que ponen los filósofos de haber uno alcanzado la perfección de cualquier virtud, cuando obra los actos de ella con gusto y delectación, como diremos después Y así si queréis saber si vais aprovechando en la mortificación, y si habéis alcanzado la perfección de ella, mirad si os holgáis cuando os desprecian y tienen en poco; y si recibís pena cuando os honran y estiman y hacen mucho caso de vos. Pues entre cada uno dentro de sí, dice San Bernardo, y mire y examine con atención a qué grado de éstos ha llegado, y no paremos ni descansemos hasta llegar y arribarnos a este tercero cielo. Que es lo que dijo el Señor a San Francisco: Si me deseas, toma las cosas amargas por dulces y las dulces por amargas.

Cuenta Cesáreo que en un monasterio de su Orden del Cister, un religioso lego, llamado Rodulfo, gran siervo de Dios y que tenía muchas revelaciones, quedándose una noche, después de maitines, en oración en la iglesia, vio a Cristo nuestro Redentor crucificado, y juntamente con el vio a quince religiosos de su Religión, cada uno también en su cruz, acompañando a Cristo nuestro Redentor; que aunque era de noche, era tanta la claridad y resplandor que resaltaba de la presencia de Cristo, que los podía ver muy claramente, y los conoció muy bien, que aún vivían todos. Y dice que los cinco eran legos y los diez monjes. Estando él espantado de tan admirable visión, le habló Cristo nuestro Redentor desde la cruz: Rodulfo, ¿conoces quiénes son éstos que ves crucificados cerca de mí? Respondió él: Señor, bien conozco quiénes son: pero no entiendo lo que significa y quiere decir esto que veo. Entonces le dijo el Señor: Estos solos, de toda esta Religión, son los que están crucificados conmigo, conformando su vida con mi Pasión.

TRATADO SEGUNDO

DE LA MODESTIA Y SILENCIO

CAPITULO PRIMERO

Cuán necesaria es la modestia para edificar y aprovechar a nuestros prójimos.

La modestia de que ahora habernos de tratar, consiste en que sea tal la composición del cuerpo, y tal la guarda de nuestros sentidos, tal nuestro trato y conversación, y tales todos nuestros movimientos y meneos, que causen edificación en todos los que nos vieren y trataren. En esto comprende San Agustín todo lo que hay que decir de la modestia. No es mi intento descender a tratar en particular las cosas en que se ha de guardar la modestia, ni notar lo que sería inmodestia; bastará ahora esta regla general del glorioso Agustino, que es común de los Santos y maestros de la vida espiritual: Procurad que todas vuestras acciones y movimientos vayan de tal manera ordenados, que nadie se pueda ofender, sino edificar. Resplandezca siempre en vuestro exterior humildad, y juntamente gravedad y madurez religiosa y de esta manera guardaréis la modestia que conviene. Solamente pretendo declarar aquí cuán necesaria sea esa modestia, especialmente a aquellos cuyo fin e instituto es, no solamente atender a la salvación y perfección de sus propias ánimas, sino también a las de los prójimos.

Cuanto a lo primero, una de las cosas con que mucho se edifican y ganan los prójimos, es con el exterior religioso y edificativo. Porque los hombres no ven lo interior, sino solamente lo exterior, eso es lo que les mueve y edifica, y lo que les predica más que el ruido y estruendo de las palabras. Y así se cuenta del bienaventurado San Francisco, que dijo una vez a su compañero: Vamos a predicar. Y sale, y da una vuelta a la ciudad, y vuelve a casa. Le dice el compañero: Pues. Padre, ¿no predicamos? Ya, dice, hemos predicado. Aquella composición y modestia con que iba por las calles fue muy buen sermón: ésa mueve a devoción a la gente y a menosprecio del mundo, y a compungirse de sus pecados, y a levantar su corazón y deseo a las cosas de la otra vida. Ese es sermón de obras, que es más eficaz que el de palabras.

Lo segundo, esta modestia y buena composición exterior sirve y ayuda mucho para nuestro propio aprovechamiento espiritual, como diremos después más largamente. Porque es tan grande la unión y liga que hay entre el cuerpo y el espíritu, entre este hombre exterior y el interior, que lo que hay en el uno, luego se comunica al otro. Y así, si el espíritu está compuesto, luego, naturalmente, se compone el mismo cuerpo: y, por el contrario, si el cuerpo anda inquieto y descompuesto, luego el espíritu también se descompone e inquieta. Y de aquí es que la modestia y composición exterior es grande argumento y señal de recogimiento interior, y de la virtud y aprovechamiento espiritual que hay allá dentro, como la mano del reloj del movimiento y concierto de las ruedas. Con esto se declara más lo primero, porque ésta es la causa de edificarse tanto los hombres de la modestia y composición exterior, porque de ahí entienden y conciben la virtud interior que hay en el alma, y por eso la estiman y tienen en mucho. Dice San Jerónimo: «El rostro es un espejo del alma, y los ojos modestos o descompuestos y desazonados descubren luego lo íntimo del corazón.» Y es sentencia del Espíritu Santo (Prov., 27, 19): *Así como en el agua clara resplandece el rostro de los que se miran en ella, así el varón prudente conoce los corazones de los hombres por la muestra de lo exterior que ve en ellos*. No hay espejo en el que así se vea uno, como se ve la virtud y asiento interior en esto exterior: En el pestañear de los ojos se conoce quién es cada uno, dice el Sabio (Eccli 19, 26), [*y por la figura del rostro, el que es cuerdo y sesudo*]; *la vestidura del hombre, la manera del cubrirse, del reírse y del andar, descubren luego lo que es.*

Y poniendo las señales del hombre apóstata, dice: *Habla del dedo, guiña del ojo, da del pie* (Prov 6. 13). Y así de Juliano apóstata, dice San Gregorio Nacianceno: «Las condiciones de Juliano no conocieron algunos hasta que las manifestó por sus obras y por el poder imperial que recibió: pero yo bien conocí costumbres desde que le vi y comuniqué en Atenas. Ninguna señal vi en él que me pareciese buena: la cerviz recta, los hombros movedizos, los ojos ligeros, meneándose a cada parte; el mirar feroz, los pies siempre bullidores, las narices muy prestas para mofar y escarnecer, la lengua ejercitada en motes y chocarrerías, la risa desenfrenada, la facilidad en conceder y negar una misma cosa en un tiempo, sus pláticas sin orden y sin fundamento, sus preguntas importunas, sus respuestas sin propósito. Mas ¿para qué discurso, dice, tan menudamente por sus calidades? En conclusión, digo, que le conocí antes de sus obras, y después por ellas le reconocí mejor; y si ahora estuviesen presentes los que entonces estaban en mi compañía, darían testimonio que en viendo en él tales mues-

tras súbitamente dije: ¡Oh, cuán venenosa serpiente cría para sí la República romana! Y diciendo esto, deseé salir por mentiroso, porque mejor fuera así, que abrasarse la tierra con tantos males cual nunca se vieron.»

Pues así como el desorden y mala composición exterior es muestra señal del vicio interior, así la modestia y buena composición lo es de la virtud interior, y por eso edifica y mueve tanto a los hombres. Por esta razón tenemos nosotros particular obligación de procurarlo con mucho cuidado, porque como nuestro fin e instituto es aprovechar a los prójimos con nuestros ministerios de predicar, confesar, leer, enseñar la doctrina, hacer amistades, visitar las cárceles e hospitales, etc., una de las cosas que da más fuerza y eficacia a esos ministerios, para que se reciban y hagan fruto en sus almas, es esta modestia y buena composición exterior; porque con esto se cobra mucha autoridad con los prójimos, por la virtud y santidad interior que conciben; y toman entonces lo que se les dice como venido del Cielo y se les imprime en el corazón.

Cuenta Surio que visitó el Papa Inocencio II el monasterio de Claraval, acompañado de los cardenales; le salieron a recibir todos los monjes con San Bernardo, que residía allí, y dice la Historia que les movió tanto aquel espectáculo de los monjes, que lloraban el Papa y los cardenales de devoción solo de ver la modestia de los religiosos: se maravillaban todos mucho de ver la gravedad de aquella santa Congregación, que en una fiesta y regocijo tan solemne y tan nuevo, como era ver en su casa al Sumo Pontífice y a los cardenales, todos tenían sus ojos bajos, enclavados en la tierra, sin volverlos a parte alguna, y teniendo todos los ojos puestos en ellos, ellos a ninguno miraban,

No solamente ayuda esta modestia y composición religiosa para mover y edificar a los de fuera, sino también a los de casa; porque así como a los seglares les edifica mucho ver a un religioso que está ayudando a Misa que en toda ella no vuelve la cabeza a una parte ni a otra, y que cuando va por la calle va con gran modestia y silencio, y no levanta los ojos ni aun a mirar a quien pasó junto a él, y se confunden y compungen y conciben dentro de sí mucha estima; así también acá, entre nosotros, edifica mucho el que anda con modestia, silencio y recogimiento, y mueve a devoción y a compunción a los demás. Y así, San Jerónimo, entre otros frutos que pone de esta modestia y composición exterior, es uno éste: ¿Sabéis, dice, qué hace un religioso de éstos con su silencio y modestia? Es una reprensión fuerte y eficaz para el que habla mucho y para el que anda con poca modestia y recogimiento, viendo que no es él tal como el otro. Estos son los

que pueblan las casas de Religión y los que las sustentan y conservan en virtud y santidad, porque con su ejemplo atraen y mueven a devoción a los demás y los despiertan a deseos del Cielo. Y esto es lo que nuestro Padre nos dice a ostros, pidiéndonos que procedamos de tal manera en esto, que considerando los unos a los otros, crezcan todos en devoción y alaben a Dios, nuestro Señor.

De San Bernardino se cuenta que era tal su modestia y composición, que con sola su presencia hacia componer a todos sus compañeros: no era menester más que decir: Bernardino viene, para componerse todos. Y de Luciano mártir cuenta Metafraste y Surto en su Vida, que de sólo verle los gentiles se convertían y movían a ser cristianos. Estos son buenos predicadores, imitadores del glorioso Bautista, de quien dice el Sagrado Evangelio (Jn 5, 35): *Era un hacha encendida, que ardía* en sí con grande amor de Dios, *y daba* mucha luz y *resplandor* a los prójimos con el ejemplo de su vida maravillosa. Este debe ser para nosotros un motivo muy grande para andar siempre con mucha modestia, para edificar a nuestros prójimos a nuestros hermanos y hacer en ellos el fruto que hemos dicho. Porque si no, ¿dónde está el celo y deseo de la mayor gloria y honra de Dios y de ganar almas, tan propio de nuestro instituto, si no procuramos hacer esto con que ellos tanto se edifican y se ganan, estando tan en nuestra mano?

CAPÍTULO 2

Cuan necesaria es la modestia para nuestro propio aprovechamiento

Doctrina es común de los Santos que la modestia y guarda de los sentidos es uno de los principales medios que hay para nuestro propio aprovechamiento espiritual, porque ayuda mucho a la guarda del corazón y al recogimiento interior, y a conservar la devoción, por ser éstas las puertas por donde entra todo el mal allá dentro del corazón. San Jerónimo, sobre aquello de Job (38, 17): [*¿Por ventura te han sido abiertas las puertas de la muerte, y has visto aquellas entradas tenebrosas?*], dice que en sentido tropológico las puertas de la muerte son nuestros sentidos, porque por ellos entra la muerte del pecado a nuestra ánima, conforme a aquello del Profeta Jeremías (9, 21): [*Subió la muerte por nuestras ventanas*]. Y dice que se llaman puertas tenebrosas, porque dan entrada a las tinieblas de los pecados. Lo mismo dice San Gregorio, y es común manera de hablar de los

Santos, sacada de la filosofía: Ninguna cosa puede estar en el entendimiento sin pasar primero por los sentidos como por puertas. Pues cuando en una casa están las puertas cerradas y bien guardadas, todo lo demás está seguro; pero si están abiertas de par en par y sin guarda, que entre y salga quien quisiere, no estará segura la casa, o, a lo menos, no habrá sosiego ni quietud en ella con tanto entrar y salir. Así es también acá; los que tuvieren guardadas las puertas de sus sentidos, andarán recogidos y devotos; pero los que no tienen cuidado de eso, no tendrán paz ni quietud en su corazón. Por eso nos amonesta el Sabio (Prov 4, 23): *Guarda tu corazón*; y añade: *con toda guarda*, con todo cuidado y diligencia, para darnos entender la importancia de esto, pues guardando bien las puertas de los sentidos, se guarda el corazón.

Dice San Gregorio (l.c.): Para tener limpio y puro corazón es menester que tengamos mucha cuenta con la guarda de nuestros sentidos. Y San Doroteo dice: «Acostumbraos a traer vuestros ojos modestos y bajos, y a no andar mirando cosas impertinentes y vanas, porque eso suele hacer que se pierdan todos los trabajos del religioso, todo lo que habéis ganado en mucho tiempo con mucho trabajo se os ira muy fácilmente por esas puertas de los sentidos, si no tenéis cuidado de guardarlas, y os quedaréis vacío sin nada.» ¡Oh, qué bien dijo aquel Santo!: «Muy presto se pierde por descuido lo que con mucho trabajo y dificultad se ganó por gracia.» Y en otra parte dice San Doroteo «Guardaos de hablar mucho, porque eso impide los pensamientos santos y las inspiraciones y deseos del Cielo.» Y, por el contrario, dice San Bernardo: «El continuo silencio y el estar olvidados y apartados del ruido de las cosas del mundo, levanta el corazón y hace que pensemos en las cosas del Cielo y que pongamos nuestro corazón en ellas.» Y tratando de la modestia de los ojos, dice: «Los ojos en el suelo ayudan para traer el corazón siempre en el Cielo.» Y bien lo experimentamos que cuando andamos los ojos modestos y bajos, andamos recogidos y devotos.

Esta es la causa por que decían aquellos Santos Padres de Egipto, como refiere Casiano, que el que quisiere alcanzar la perfecta limpieza y pureza de corazón, y tener devoción y recogimiento, ha de ser ciego, sordo y mudo; porque cerradas de esta manera las puertas de estos sentidos, estará su ánima limpia, desembarazada y dispuesta para tratar y conversar con Dios. Pero dirá alguno: ¿cómo podremos nosotros ser sordos, ciegos y mudos, que tratamos tanto con los prójimos y nos es forzoso ver y oír muchas cosas que no querríamos? El medio es oír estas cosas como si no las oyésemos, que por un oído entren y por otro se salgan, sin dejar pegar el

corazón a ellas, sino despidiéndolas luego de nosotros, no haciendo caso de ellas. San Efrén cuenta a este propósito, que un monje preguntó a otro Padre antiguo: «!Qué haré, que me manda el abad que vaya al horno a ayudar al panadero, y allí hay mozos de fuera que tratan muchas cosas impertinentes que no me está a mi bien oírlas? ¿Cómo me habré?» Respondió el viejo: «¿No has visto los muchachos en la escuela, cómo están juntos con tanto ruido, leyendo y aprendiendo las lecciones que han de dar al maestro, y cada uno atiende a su lección, no a las de los demás, porque sabe que de aquélla ha de darse cuenta al maestro, y no de las de los otros? Haz tú así; no atiendas a lo que otros hacen o dicen, sino a hacer bien tu oficio, porque eso es de lo que has de dar cuenta a Dios.»

Del bienaventurado San Bernardo se dice que tenía su corazón tan puesto en Dios, que viendo, no veía, y oyendo, no oía: parecía que no usaba de sus sentidos. Un año había pasado de novicio, y no sabía de qué era el techo de su celda, si de bóveda o madera. Había tres ventanas o vidrieras en la iglesia, y él nunca echó de ver si era más que una. Había caminado casi todo un día por la ribera de un lago, y hablando después los compañeros de él, les preguntó dónde habían visto aquel lago; él no le había echado de ver. Y del abad Paladio se cuenta que estuvo veinte años en una celda y no levantó los ojos al techo. De esta manera, aunque andemos en medio del mundo, tratando con los prójimos, seremos sordos, ciegos y mudos, y no nos impedirá nuestro aprovechamiento el ruido de lo que oímos y vemos.

CAPÍTULO 3

Del engaño de algunos que hacen poco caso de estas cosas exteriores, diciendo que no está en eso la perfección.

De lo dicho se colige bien cuán engañados andan los que hacen poco caso de estas cosas exteriores, de la modestia y silencio, diciendo que no está en eso la perfección, sino en lo interior del corazón y en las verdaderas y sólidas virtudes. Lipomano trae ejemplo muy bueno a este propósito, sacado del *Prado Espiritual*. Se cuenta allí que uno de aquellos Padres viejos que moraban en el desierto de Scitia fue un día a la ciudad de Alejandría a vender las cestillas que había hecho, y vio allí otro monje mancebo que había entrado en un bodegón, lo cual sintió el viejo mucho y acordó esperar que saliera para decirle su parecer, y en saliendo, le llama aparte, y

le dice: «Hermano mío, ¿no veis que sois mozo y que son muchos los lazos de nuestro enemigo? ¿No sabéis el daño que recibe el monje en andar por las ciudades, por las figuras y representaciones que le entran por los ojos y por los oídos? Pues ¿cómo os atrevéis a entrar en los bodegones, donde hay tan malas compañías de hombres y mujeres, y donde por fuerza habéis de ver cosas malas y oír lo que no queréis? No, por amor de Dios, hijo mío, no lo hagáis así, sino huid al desierto, a donde con la ayuda de Dios, estaréis salvo y seguro.» Respondió el mancebo: «Andad, Padre, que no está en eso la perfección, sino en la limpieza del corazón: tenga yo limpio el corazón, que eso es lo que quiere Dios.» Entonces levantó el viejo las manos al Cielo, diciendo: «¡Bendito y alabado seáis Vos, Señor, que cincuenta y cinco años ha que estoy en este desierto de Scitia, con todo el recogimiento que he podido, y aún no tengo el corazón limpio, y éste tratando y conversando en las tabernas y bodegones, ha alcanzado limpieza de corazón!» Pues ésa sea vuestra respuesta. Yo os confieso que la perfección esencial está en la puridad y limpieza del corazón y en la caridad y amor de Dios, Y no en estas cosas exteriores; pero no tendréis ni alcanzaréis esa perfección si no tenéis mucha cuenta con la guarda de vuestros sentidos y con la modestia exterior.

San Buenaventura nota esto muy bien, y dice que la razón de ello es, porque con esto exterior se adquiere y conserva lo interior, y esos son los reparos y defensivos del corazón. Así como acá vemos que no produce la naturaleza el árbol sin sus hojas y corteza, ni la fruta sin su cáscara, sino que todas las cosas hace con sus reparos y defensivos, para conservación y ornato de ellas; también la gracia, que obra conforme a la naturaleza y más perfectamente que ella, no obra lo interior de la virtud, sino mediante esto exterior; esa es la corteza y cáscara con que se conserva la virtud y el recogimiento interior y la puridad y limpieza del corazón, y cuando eso faltare, faltará también eso otro. Como la salud o enfermedad corporal no está en esto exterior, ni en tener uno bueno o mal color, sino en el concierto desconcierto de los humores que están allá dentro; pero con todo eso, en viendo en uno mal color, luego decimos: Malo anda fulano, no está del todo sano: ¿no veis qué color trae, qué amarillo anda, qué ojeras tiene? Pues de esa manera es también en la salud espiritual.

San Basilio declara esto con una comparación que, pues él la trae, también la podemos traer nosotros. Va suponiendo aquella doctrina y alegoría común de los Santos, que los sentidos exteriores son unas ventanas por donde el alma se asoma a mirar lo que pasa allá fuera, y dice que entre

el alma recogida y distraída hay la diferencia que entre la mujer honesta y liviana; la mujer honesta, por maravilla la verán a la ventana; pero la que es liviana y mala, todo el día está a la ventana y a la puerta, mirando todos los que pasan, y llamando al uno y hablando y entreteniéndose con el otro. Esa, dice San Basilio, es la diferencia que hay entre el religioso recogido y distraído: que el recogido, por maravilla le veréis asomado a las ventanas de sus sentidos, se está allá dentro recogido en el retrete de su corazón; pero al otro, a cada paso le veréis asomado a esas ventanas mirando lo que pasa, oyendo lo que se dice, hablando y perdiendo tiempo con unos y con otros. No está la honestidad o deshonestidad de la mujer en asomarse a la ventana o no: pero la mujer ventanera y callejera, amiga de parlar y conversar con unos y con otros, gran indicio y muestra da de su liviandad, y eso sólo bastaría para hacerla ruin, aunque no lo fuese. De la misma manera, es verdad que no está la perfección en la guarda de la lengua y de los sentidos; empero alma ventanera y callejera, amiga de ver, oír y parlar, no alcanzará la perfección ni la pureza de corazón.

Y se ha de notar aquí otro punto principal, que, así como esto exterior, ayuda a componer y conservar lo interior, así también lo interior compone luego lo exterior. [Donde Cristo está, también está la modestia], dice San Gregorio Nacianceno. Cuando hay allá dentro virtud sólida y maciza, luego hay gravedad y peso en los ojos y en la lengua, y mucha madurez en el andar y en todos nuestros movimientos. La gravedad y peso interior pone peso y madurez en lo exterior. Y esta es modestia que nuestro Padre nos pide, que nazca de la paz y verdadera humildad del ánima; no modestia compuesta y fingida artificiosamente, que ésa no dura, al mejor tiempo falta, al fin, como cosa postiza, sino una modestia que ella misma se caiga de suyo, nacida como efecto de su causa, de un corazón compuesto, mortificado y humilde.

De donde podemos colegir una señal muy buena para conocer si un hombre es espiritual o no, y si va aprovechando y creciendo en espíritu o no. Y lo declara San Agustín con esta comparación. Así como vemos que ahora nosotros, que somos ya hombres, carecemos de muchos deleites pasatiempos que teníamos cuando éramos niños, que si entonces nos los quitaran nos diera mucha pena, y ahora ninguna sentimos en carecer de ello, porque son pasatiempos y juegos de niños, y nosotros somos ya hombres; así, dice, es en el camino espiritual: cuando uno comienza a gustar de Dios y de las cosas de virtud y se va haciendo hombre espiritual y varón perfecto, no siente ni le da pena el carecer de los gustos y delectaciones sensua-

les de que gustaba cuando era niño e imperfecto en la virtud, porque aquéllos son deleites y pasatiempos de niños y de imperfectos, y él ya es hombre. (1 Cor 13, 11): *Cuando era pequeño sabía y pensaba y obraba como pequeño; pero después que soy hombre, dejé las cosas de niño*. Pues si queréis ver si sois hombre, y si vais aprovechando y creciendo en perfección, o si sois todavía niño, mirad si habéis dejado y olvidado las cosas de niño; porque si todavía gustáis de los juegos y entretenimientos de los niños, niño sois; si gustáis de niñerías, de derramar vuestros sentidos, de apacentar vuestros ojos andando mirando cosas curiosas y vanas, y vuestros oídos en oír todo lo que pasa, y vuestra lengua en conversaciones y platicas impertinentes y excusadas, niño sois, pues gustáis de los pasatiempos y entretenimientos de los niños y de los imperfectos. El que es hombre espiritual y va creciendo y haciéndose varón perfecto, ya no gusta de esas cosas, antes se ríe y hace burla de ellas, como el hombre de los juegos y entretenimientos de los niños, y se afrentaría de tratar de eso.

CAPÍTULO 4

Del silencio y de los bienes y provechos grandes que hay en él.

Uno de los medios que nos ayudará mucho para aprovechar en virtud y alcanzar la perfección drenar y mortificar la lengua: y, por el contrario, una de las cosas que más nos dañará e impedirá nuestro aprovechamiento será descuidarnos en esto: Lo uno y lo otro nos dice el Apóstol Santiago en su Canónica. Porque por una parte dice (3, 2): *El que guardare bien su lengua y no pecare con ella, ése será varón perfecto.* Y por otra (1, 26): *Si alguno piensa que es religioso y no refrena su lengua, engañase, que vana es su religión*. San Jerónimo trae esta autoridad para encomendar la guarda del silencio, y dice que por esto aquellos Padres antiguos del Yermo, fundados en esta sentencia y doctrina del Apóstol Santiago, tenían gran cuidado de guardarle. Dice que halló a muchos de aquellos santos Padres que había siete años que no habían hablado una palabra con otro. De aquí también dice Dionisio Cartesiano que vinieron todas las Religiones a poner entre las observancias de la Religión, por una de las principales, ésta del silencio; y con tanto rigor, que estatuyeron y ordenaron que el que la quebrantase fuese castigado con disciplina pública.

Pero veamos qué será la causa de encomendarnos tanto ese negocio. ¿Tan grave cosa es hablar una palabra ociosa? ¿Es más que perder un poco de tiempo que se gasta en decirla, un pecadillo venial que se quita con agua bendita? Más debe de haber en ello que perder un poco de tiempo, y de más peso debe ser este negocio de lo que parece, pues la sagrada Escritura nos lo encarece tanto; porque el Espíritu Santo no es encarecedor, ni exagerador de las cosas, ni las pesa con otro peso del que ellas tienen. Los Santos y Doctores de la Iglesia, a quien el Señor dio particular luz para entender y declarar los misterios de la Escritura divina, declaran muy a la larga los provechos grandes que se siguen de la guarda del silencio, y los daños grandes que trae consigo lo contrario.

San Basilio dice que es muy provechoso, especialmente a los que comienzan, ejercitarse en el silencio: lo primero para aprender a hablar como conviene, porque se requieren muchas circunstancias para esto, y es negocio que tiene dificultad, y mucha; y pues para aprender las demás ciencias y artes, damos por bien empleados muchos años a trueque de salir con ellas, también será razón que empleemos algunos años en aprender esta ciencia de saber hablar; porque si no os hacéis discípulo y procuráis aprender, nunca saldréis maestro.

Pero diréis: Hablando mucho la aprenderemos, como las demás ciencias y artes se aprenden ejercitándose mucho en ellas. A esto responde San Basilio que esta ciencia de saber bien hablar no se puede aprender sino callando y ejercitándose mucho en el silencio. Y da la razón; como el hablar bien depende de tantas circunstancias, y nosotros estamos tan mal acostumbrados a hablar, no con esas circunstancias, sino lo que se nos antoja y cuando nos parece y con el tono que queremos, sin orden, ni concierto; el silencio hace dos cosas muy principales para saber hablar: lo primero, que con el mucho silencio se nos olvida el mal lenguaje nuestro primero que tratamos del mundo, que es una parte muy principal para aprender buen lenguaje, como lo es para saber el olvidar lo mal aprendido; y lo segundo, con el silencio tenemos mucho lugar y tiempo para aprender el buen modo de hablar, porque él nos le da me cumplido para andar mirando a los religiosos antiguos, que entendemos son doctos en esta ciencia y saben hablar como conviene, para aprender de ello y que se nos imprima aquella madurez con que ellos hablan, aquel reposo y peso de palabras.

Como el aprendiz está mirando cómo hace maestro la obra, para hacerla él de aquella manera, así aprende y sale maestro; así hemos nosotros de andar mirando a los que se señalan en esto, para aprender de ellos. Mi-

rad al otro hermano antiguo y al otro Padre, qué buen modo tiene de hablar, con que buena gracia despacha y da recaudo, a todos los que le hablan y tratan, por ocupado que esté, que parece no tiene otra cosa que hacer, sino responderos a vos: siempre le hallaréis de un temple, siempre de un semblante; no como vos, que cuando estáis muy ocupado, respondéis desgraciada y sacudidamente. Mirad al otro, cuando le ordenan algo de parte de obediencia, cuán bien responde: que me place, de muy buena voluntad, cuán sin excusas, ni sin preguntar quién lo manda, ni si hay otro que lo haga. Mirad al otro, cómo nunca sabe hablar cosa que lastime ni pueda dar disgusto a su hermano, ni en la recreación ni fuera de ella, ni por burla ni por gracia, ni en presencia ni en ausencia; con todos y de todos habla con respeto y estima; y aprended vos a hablar de esa manera. Advertid cómo el otro, cuando le dijeron la palabrilla de que se podía sentir, no respondió con otra tal, con cuán buena gracia disimuló como si no lo hubiera entendido, conforme a aquello del Profeta (Sal 37, 15): *Me hice como quien no oye*; qué bien supo ganarse a sí y a su hermano, y aprended vos a haberos de esa manera en semejantes ocasiones. Para estas dos cosas, dice San Basilio (I. c.) que aprovecha mucho el largo silencio [como que por el desuso engendra olvido de lo mal aprendido, y da lugar para aprender lo que conviene].

San Ambrosio y San Jerónimo, sobre aquello del Eclesiastés (3. 7): [*Tiempo hay de callar y tiempo de hablar*], confirman esto mismo y dicen que ésta es la causa por la cual Pitágoras, aquel antiquísimo filósofo, el primer documento que daba a sus discípulos era que callasen por cinco años, para que con el largo silencio olvidasen lo que mal sabían, y oyéndole a él, aprendiesen lo que habían después de hablar, y de esta manera saliesen maestros. Y así viene a concluir allí San Jerónimo: Aprendamos, pues, nosotros primero a callar, para que después sepamos hablar. Tengamos silencio por algún tiempo, andemos mirando a los que se señalan en esta ciencia para imitarlos; hagámonos primero discípulos, para que después de mucho silencio podamos salir maestros.

Y aunque estos Santos van hablando con los que comienzan, pero a todos nos toca lo que se ha dicho. Porque no sois antiguo, o novicio; u os queréis haber en la guarda de la lengua como novicio, o como antiguo; escoged lo que quisiereis. Si sois novicio, u os queréis haber como novicio, el primer documento ha de ser callar hasta que sepáis bien hablar, como queda dicho. Si sois antiguo, u os queréis haber como antiguo, habéis de ser el ejemplo y dechado en que se ha de mirar el novicio, y de quien ha de

aprender el que comienza. Más estimo que os hayáis como antiguo que como novicio, porque a más obliga el ser antiguo, para eso fuisteis novicio y callasteis tanto, para aprender a hablar; ya será razón que sepáis hablar a cabo de tanto tiempo. Y si nunca habéis sido novicio, ni habéis aprendido a hablar, es menester que os hagáis en esto novicio, para que así aprendáis a hablar lo que conviene y cuando conviene y como conviene.

CAPITULO 5

Que el silencio es mi medio muy importante para ser hombres de oración.

No sólo aprovecha el silencio para aprender a hablar con los hombres, sino aprovecha también y muy necesario para aprender a hablar y tratar con Dios y ser hombres de oración. Así lo dice San Jerónimo, y por eso dice él que tenían aquellos Padres tanta cuenta con el silencio. Por esto aquellos santos Padres del Yermo, enseñados del Espíritu Santo, guardaban con suma diligencia el santo silencio, como causa de la santa contemplación. Y San Diádoco, tratando del silencio, dice: Grande y excelente cosa es el silencio, porque es madre de santos y levantados pensamientos. Pues si queréis ser espiritual y hombre de oración, si queréis tratar y conversar con Dios, guardad silencio. Si queréis tener siempre buenos pensamientos y oír las inspiraciones de Dios, tened silencio y recogimiento. Porque así como unos son sordos por impedimento que tienen en el órgano del oído, otros por haber gran ruido no oyen, así también el ruido y estruendo de las palabras y cosas y negocios del mundo impide y nos hace sordos para oír las inspiraciones de Dios y caer en la cuenta de lo que nos conviene. Quiere Dios soledad para tratar con el alma. *La llevaré a la soledad*, dice el Profeta Oseas (2, 14), *y allí le hablaré al corazón; allí serán los consuelos y regalos; allí le daré leche a mis pechos,* para significar los favores y mercedes que hace al alma cuando se recoge de esta manera. Dice San Bernardo: Espíritu es Dios, y no cuerpo, y así seriedad espiritual pide y no corporal. Y San Gregorio dice: Poco aprovechará la soledad del cuerpo, si no hay esta soledad y recogimiento del corazón. Lo que quiere el Señor es que allá dentro de vuestro corazón hagáis una morada y una celda para tratar con Dios, y para que su divina Majestad huelgue de tratar y conversar con vos. De esa manera podréis decir con el Profeta que habéis huido y os habéis acogido a la soledad (Sal 54, 8): [*Me aparté huyendo y*

me quedé en la soledad]. No es menester para eso que os hagáis ermitaño, ni que huyáis el trato y conversación de los prójimos.

Más: si queréis andar siempre devoto y muy dispuesto y preparado para entrar fácilmente en oración, tened silencio. Dice muy bien San Diádoco (I. c.) que así como cuando la puerta del baño se abre muchas veces, se sale presto por allí el calor, así cuando uno habla mucho, todo el calor de la devoción se va por la boca, luego se derrama el corazón, y el alma es desamparada de buenos pensamientos. Es cosa de ver cuán pronto desaparece todo el jugo de la devoción en abriendo la boca a hablar demasiado; se nos va el corazón por la boca.

Más: si queréis tener mucho tiempo desocupado, y ahorrar y granjear muchos y largos ratos para tener oración, tened silencio y veréis qué de tiempo os sobra para tratar con Dios Y con vos. ¡Oh! ¡Qué bien lo dijo aquel Santo! «Si te apartases de pláticas superfluas, y de andar en balde, y de oír nuevas y murmuraciones, hallarías tiempo aparejado para pensar buenas cosas.» Pero si sois amigo de parlar y de derramaros por los sentidos, no os espantéis que andéis siempre alcanzado de tiempo, y que os falte aun para los ejercicios ordinarios, como leemos de los hijos de Israel (Ex 5, 12), que porque andaban derramados por Egipto buscando pajas, no podían cumplir la tarea ordinaria, y así eran castigados por ello.

Se ha de advertir aquí otro punto principal y muy espiritual, que así como el silencio es causa de la santa contemplación, así también la oración y contemplación y el trato con Dios es causa del silencio. Decía Moisés a Dios (Ex 4, 10): *Señor, después que comenzasteis a hablar y tratar conmigo, me he hecho tartamudo y no acierto a hablar*. Y el Profeta Jeremías (1, 6) en comenzando a hablar con Dios, dice que se ha vuelto niño, y no sabe hablar. Nota aquí San Gregorio que los hombres espirituales que tienen trato y conversación con Dios, luego se hacen mudos para las cosas del mundo, y les da en rostro el hablar y oír tratar de ellas, porque no querrían oír ni tratar de otra cosa sino de lo que aman y tienen en su corazón, y todo lo demás les da fastidio y pesadumbre. Y acá lo experimentamos; si no, miradlo cuando el Señor nos hace merced en la oración y salís de ella con devoción, cómo no os da gana de hablar con nadie, ni de levantar los ojos a una parte ni a otra, ni de oír nuevas, sino que parece que os han echado un candado a la boca y a todos vuestros sentidos. ¿Cuál es la causa de eso? La causa es porque estáis allá dentro ocupado y entretenido con Dios; por eso no os viene gana de andar buscando entretenimientos y consuelos exteriores. Y por el contrario, cuando uno anda parlando y distraído y derra-

mado acá fuera, es que no hay espíritu, ni devoción, ni entretenimiento allá dentro. Así lo dice aquel Santo: «¿Cuál es la causa que tan de gana hablamos y platicamos unos con otros, viendo cuán pocas veces volvemos al silencio sin daño de la conciencia? La causa, dice, es que por el hablar buscamos ser consolados unos de otros, y deseamos aliviar el corazón fatigado de pensamientos diversos, y tomamos placer en pensar y hablar de las cosas que amamos o nos son contrarias», no podernos vivir sin algún entretenimiento y contento; y como no le tenemos allá dentro del corazón con Dios, le buscamos en cosas exteriores.

Esta es la razón por qué acá en la Religión hacemos tanto caso de estas y otras semejantes faltas exteriores y las reprendemos tanto, aunque de suyo parecen pequeñas; porque esas faltas exteriores, el andar quebrantando el silencio y perdiendo el tiempo, y otras cosas semejantes, son señal del poco aprovechamiento y de la poca virtud interior que hay allá dentro: muestra uno en eso que no ha entrado en espíritu, ni ha comenzado a gustar de Dios, pues no se sabe entretener consigo y con Dios a solas en su celda. Cuando el arca no tiene cerradura, por el mismo caso entendemos que no hay allá dentro tesoro ni cosa preciosa. Cuando la avellana anda muy ligera y salta, es señal que esta vana, no hay sustancia dentro. Eso es lo principal que miramos en esas cosas, y por eso hacemos tanto caso de ellas.

CAPÍTULO 6

Que el silencio es medio muy principal para aprovechar y alcanzar la perfección.

Decía un Padre muy espiritual y muy docto una cosa particular y muy notable del silencio, que declara bien su importancia, que aunque a alguno por ventura le parecerá encarecimiento y exageración, no lo es, sino verdad llana y muy experimentada. Decía que para reformar una casa y toda una Religión no es menester más de reformarla en el silencio. Haya silencio en casa, y yo os la doy por reformada. No parece que se pueda decir mayor alabanza del silencio, porque aquí se encierran todas. La razón de esto es porque cuando hay silencio en casa, cada uno atiende a su negocio a que vino a la Religión, que es tratar de su aprovechamiento espiritual. Pero cuando no hay silencio, entonces son las quejas, los corrillos, las murmuraciones, las amistades particulares que se fomentan con esas con-

versaciones y familiaridades: entonces es el perder tiempo y hacerlo perder a los otros; y otros muchos inconvenientes que de esto se siguen. Y así vemos, que cuando no hay silencio en casa, no parece casa de Religión, sino de seglares. Y al contrario, cuando hay silencio, luego parece casa de Religión y un paraíso, luego en entrando por la puerta, huele todo a santidad: aquella soledad y silencio levanta el espíritu y mueve a devoción a los que entran: (Gen 28, 16-17): *Verdaderamente el Señor mora aquí: ésta es casa de Dios*.

De la misma manera digo de cualquier particular, refórmese uno en el silencio, y yo le doy por reformado. Por experiencia lo vemos, que cuándo hablamos mucho, entonces hallamos en el examen haber caído en muchas culpas (Prov 14, 23). *Donde hay mucho hablar, entonces hay pobreza y miseria* y qué llorar. Y cuando hemos guardado bien el silencio, apenas hallamos de qué hacer examen. Dice el Sabio (Prov 13, 3): *El que guarda su boca, guarda su ánima*.

Aun allá Carilo, varón principal y gran letrado entre los lacedemonios, siendo preguntado por qué causa Licurgo había dado tan pocas leyes a los lacedemonios, respondió: «Porque los que hablan poco, como ellos, tienen poca necesidad de leyes.» De manera que el silencio basta para reformar a cualquier particular y para reformar toda la casa y toda la Religión. Y ésta es la causa por que aquellos Santos antiguos estimaban y ejercitaban tanto el silencio, y por la cual vinieron todas las Religiones a poner entre sus observancias, por una de las principales, ésta del silencio. Y por eso dice Dionisio Cartusiano que dijo el Apóstol Santiago (Sntgo 3, 2): *El que no peca con la lengua, ése es varón perfecto. Si alguno piensa que es religioso y no refrena su lengua, engañase, que es vana su religión*.

Pues considere aquí cada uno atentamente cuán poco le pedimos para ser perfecto, y cuán fácil medio le damos para ello. Si queréis aprovechar mucho en virtud y alcanzar la perfección, guardad silencio, que con eso dice el Apóstol Santiago que la alcanzaréis. Si queréis ser espiritual y hombre de oración, guardad silencio, que de esa manera dicen los Santos que la alcanzaréis. Y por el contrario, si no tenéis cuidado de guardar silencio, nunca alcanzaréis la perfección, nunca seréis hombre de oración, nunca seréis muy espiritual. Si no, decidme si habéis visto algún hombre parlero y hablador que sea muy contemplativo y espiritual; ni aun aprovechado le veréis. Dice el Santo Job (II, 2): *Por ventura, ¿el hombre que es hablador será justificado?* Dice allí San Gregorio: Cosa cierta es que el que habla mucho no será justificado: no aprovechará mucho. Y trae para

esto muchas autoridades de la Sagrada Escritura, y entre ellas aquello del Profeta (Sal 13, 12): *El hombre parlero y hablador no será enderezado en la tierra*, no medrará, no crecerá, le comprenderá aquella maldición del patriarca Jacob (Gen 49. 4): *Os habéis derramado como agua*, habéis derramado el corazón por esas puertas de la boca y de los sentidos, desmandándoos a tomar varios entretenimientos, *no creceréis, no medraréis*.

Comparan muy bien los Santos al que no trae guardada y cerrada su boca, al vaso sin cubierta, el cual mandaba Dios que fuese tenido por inmundo (Num 19, 15), porque está expuesto para recibir dentro de sí cualquier inmundicia, y luego se llena de polvo y de suciedad; así cuando uno no tiene cerrada la boca, presto se llena el alma de imperfecciones y de pecados. Así lo dice el Espíritu Santo por el Sabio y lo repite muchas veces (Eccli 20, 8): *El que habla mucho, daña su alma*. Y en otra parte (Eccles., 5, 2): *el que habla mucho, en algo yerra*. Y en otra (Prov 10, 19): *No faltará pecado en el mucho hablar*. ¡Pluguiera a Dios que no experimentáramos esto tanto como lo experimentamos! Dice muy bien San Gregorio: Comenzaréis por palabras buenas, y de ahí vendréis a una palabra ociosa, y de ahí saltaréis luego a otra jocosa; luego a otra enojosa; y poco a poco se va calentando la lengua, y creciendo el deseo de encarecer las cosas y hacer que parezcan algo; y cuando no pensareis, habréis resbalado en otras mentirosas, y por ventura maliciosas, y aun perniciosas; comenzaréis por poco, y acabaréis por mucho: que así suele acontecer, comenzar burlando acabar murmurando.

Más dice San Alberto Magno: «Donde no hay silencio, fácilmente es uno vencido del enemigo.» Y trae para esto aquello de los Proverbios (25, 28): *El que no se puede contener en el hablar, es como una ciudad abierta y sin muros*. Sobre las cuales palabras dice San Jerónimo que así como la ciudad abierta y sin muros está muy expuesta para ser entrada y saqueada de los enemigos, así el que no está guardado con este muro del silencio está muy expuesto y muy a peligro para ser vencido en las tentaciones del demonio. Y podemos dar otra razón más particular de esto: así como acá a un hombre que está descuidado y entretenido en otras cosas diferentes, fácilmente le pueden engañar; pero el que está siempre sobre aviso, con dificultad, así al que no guarda silencio, fácilmente lo puede engañar el demonio, porque anda divertido, entretenido y embebecido en cosas impertinentes; pero el que anda con silencio y recogimiento, anda siempre apercibido y sobre aviso, y así no le engañará fácilmente el demonio, ni le echará treta falsa.

CAPÍTULO 7

Que andar uno andar uno con modestia, silencio y recogimiento no es vida triste, sino muy alegre.

De lo dicho se sigue una cosa digna de advertir en esta materia: que esta manera de vida recogida, andar uno con los ojos bajos, no querer hablar ni oír sino lo necesario, haciéndose sordo, ciego y mudo por Dios, no es vida triste ni melancólica, sino antes muy alegre y gustosa. Y tanto más que esa otra, cuanto es más dulce la compañía de Dios que la de los hombres, a la cual nos convida y lleva este recogimiento. Dice San Jerónimo: Sientan otros lo que quisieren, porque cada uno dice de la feria como le va en ella; lo que de mí sé decir es que la ciudad me es cárcel y la soledad paraíso. Y San Bernardo decía: Nunca estoy menos solo que cuando estoy solo. Entonces estoy más acompañado y más alegre y regocijado. Porque lo que satisface y da verdadero contento al corazón es el tratar y conversar con Dios. Para los que no tienen este trato interior, ni saben de espíritu ni de oración, ni hallan gusto en las cosas espirituales, será esa vida triste y melancólica, pero no para el buen religioso.

De ahí se entenderá otro engaño, que como piensa el ladrón que todos son de su condición, algunos, en viendo al otro devoto y recogido, y tus ojos bajos, y que no anda parlando como ellos con todos los que encuentra, luego les parece que anda tentado, o que anda triste y melancólico, y aun algunas veces se lo dicen. Y hay algunos que no se atreven a andar con la modestia y silencio que querrían y deberían por temor de esto. Lo cual se debe advertir mucho para que nadie haga daño por su indiscreción y poco espíritu. Porque vos no sabéis tener alegría y contento en el silencio y recogimiento, pensáis que el otro tampoco lo ha de tener, o por ventura os de en rostro la modestia del otro porque es una continua reprensión de vuestra inmodestia y poco recogimiento, y por eso no lo podéis sufrir. Dejad al otro ir adelante en su ejercicio, que mayor alegría y contento trae él que vos, porque aquélla es una alegría espiritual y verdadera, que es la que dice San Pablo (2 Cor 6, 10) [*de los que parecen tristes y están llenos de regocijo*]. Aunque os parece a vos que anda triste, no anda sino con mucho contento y gozo interior. Aun allá Séneca, avisa de esto a su amigo Lucilio. No está, dice, la alegría verdadera en lo exterior, sino allá dentro en el corazón. Así como el oro y el metal fino no es lo que se halla en la superficie de la tierra, sino lo que está en las venas entrañas de ella, así la

verdadera alegría y contento no es el que uno muestra de fuera parlando, riendo y conversando con unos y con otros, porque eso no harta ni satisface el alma, sino el que está, como oro fino, en las venas y entrañas del corazón. El tener uno buena conciencia y un ánimo generoso, despreciador de todas las cosas del mundo y levantado sobre todas ellas, en eso está el verdadero gozo y contento.

CAPÍTULO 8

De las circunstancias que hemos de guardar en el hablar.

[*Poned, Señor, guarda a mi boca y una puerta de discreción a mis labios*] (Sal 140, 3). Los bienaventurados santos y doctores de la Iglesia Ambrosio y Gregorio, tratando de los muchos males y daños que se siguen de la lengua, de que está llena la Sagrada Escritura, especialmente los Sapienciales, y encomendándonos mucho la guarda del silencio para que nos libremos de tantos daños y peligros, dicen: ¿Pues qué queréis que hagamos? ¿Hemos de ser mudos? No queremos decir eso, dicen estos Santos, porque la virtud del silencio no está en no hablar. Así como la virtud de la templanza no está en no comer, sino en comer cuando es menester y lo que es menester, y en lo demás abstenerse; así la virtud del silencio no está en no hablar, sino en saber callar a su tiempo y en saber hablar a su tiempo. Y traen para esto aquello del Eclesiastés (3, 7): *Hay tiempo de callar y tiempo de hablar*. Y así es menester mucha discreción para acertar a hacer cada cosa de éstas a su tiempo; porque así como es falta hablar cuando no conviene, así también lo es dejar uno de hablar cuando debería hablar.

Estas dos cosas dicen estos Santos que nos dio a entender el Profeta en las palabras propuestas: *Poned, Señor, guarda en mi boca*. ¿Qué guarda pedís, santo profeta? *Una puerta con que se cierren mis labios*. Nota muy bien San Gregorio que no pide David a Dios que le ponga una pared en su boca y la cierre a piedra y lodo para que nunca se abra, sino puerta que se abre y se cierra a sus tiempos: para darnos a entender qué hemos de callar y cerrar la boca a su tiempo, y abrirla a su tiempo, y en esto está la discreción y la virtud del silencio.

Esto mismo es lo que pide el Sabio diciendo (Eccli 22, 33): *¿Quién dará guarda a mi boca y pondrá un sello en mis labios, para que no venga*

a caer por ellos y mi propia lengua me condene? Son menester tantas circunstancias y condiciones para hablar sin errar, que con razón teme el Sabio perderse por la lengua, y pide esta discreción para saber cerrar y abrir la boca cuando conviene; porque una sola circunstancia que falte basta para errar, y para que el hablar sea acertado y bueno, es menester que concurran todas las circunstancias sin faltar ninguna. Esta diferencia hay del bien al mal, y de la virtud al vicio, que para la virtud es menester que concurran todas las circunstancias sin faltar ninguna, y para el vicio basta una sola que falte.

Las circunstancias que son necesarias para hablar bien las ponen comúnmente los santos Basilio, Ambrosio. Bernardo y otros. La primera y principal es mirar primero muy bien lo que se ha de hablar. Y la misma naturaleza nos da bien a entender el recato grande que hemos de tener en esto, pues así guardó y escondió la lengua, no solamente con una puerta y cerradura, sino con dos, primero con los dientes y después con los labios: muro y antemuro puso a la lengua, no habiendo puesto a los oídos guarda ni cerradura alguna: para que por ahí entendamos la dificultad y recato que hemos de tener en el hablar, y la prontitud y facilidad en el oír, conforme a aquello del Apóstol Santiago (1, 19): [*Sea todo hombre presto y fácil para oír y tardo para hablar*]. Esto mismo se nos enseña en la composición y armonía de la lengua, porque hay en ella dos venas, una que va al corazón, y otra al cerebro, donde ponen los filósofos el asiento del entendimiento: para darnos a entender que lo que se ha de hablar ha de salir del corazón y regulado por la razón. Y así éste es el primer aviso que da San Agustín para hablar bien: La palabra, primero ha de ir a la lima que a la lengua; primero se ha de registrar allá dentro y limarse con la regla de la razón, que salga por la boca. Ésta es la diferencia que pone el Eclesiástico (21, 29) entre el hombre sabio y el necio: *Los necios tienen su corazón en la lengua*, porque le tienen rendido a ella y al apetito desordenado de hablar, y así dicen todo lo que se les viene a la boca, porque el corazón consiente luego, como si lengua y corazón fuesen una misma cosa; pero los sabios y prudentes tienen la lengua en el corazón: porque todo lo que han de hablar sale de él y con consejo de la razón: tienen la lengua tendida y sujeta al corazón, y no el corazón a la lengua, como los necios.

San Cipriano dice que así como el hombre sobrio y templado ninguna cosa echa en su estómago sin que primero lo masque bien, así el hombre prudente y discreto ninguna palabra echa de la boca sin que primero la rumie muy bien en su corazón, porque de las palabras no bien pesadas ni

pensadas se suelen levantar las contiendas. Otro Santo, (San Vicente) dice que tanta dificultad habíamos de tener en abrir la boca para hablar como en abrir la bolsa para pagar. ¡Qué despacio y con qué acuerdo abre el otro la bolsa, mirando primero muy bien si lo debe y cuánto debe! Pues de esa manera y con esa dificultad habéis de abrir la boca para hablar, mirando primero si debéis hablar, y lo que debéis hablar; y no habléis más palabras que las que debéis, como el otro no paga más que lo que debe. Concuerda con esto San Buenaventura, diciendo que ha de ser uno tan cauto y tan escaso en las palabras como el avariento en sus dineros.

San Bernardo aún no se contenta con esto, sino dice: [Antes de proferir la palabra, primero pase dos veces por la lima que una vez por la lengua]. Dos veces quiere que pasen primero las palabras por la lima de la razón antes que lleguen una vez a la lengua. Y lo mismo dice San Buenaventura. San Efrén dice, y lo trae el santo abad Antonio: Antes que habléis, comunicad primero con Dios lo que habéis de hablar, y entonces hablad como quien ejecuta la voluntad de Dios, que quiere que habléis. Ésta es la principal circunstancia para hablar bien, y si ésta guardamos, fácilmente podremos guardar las demás. La segunda circunstancia que hemos de mirar en el hablar es el fin e intención que nos mueve a hablar. Porque no basta que las palabras sean buenas; es menester que el fin también sea bueno. Porque algunos, dice San Buenaventura, hablan cosas buenas por parecer espirituales; otros por venderse por agudos y bien hablados; de lo cual, lo uno es hipocresía y fingimiento, y lo otro vanidad y locura. Lo tercero, dice San Basilio, que es menester mirar quién es el que habla y *a quién y delante de quién* habla. Y da aquí muy buenos documentos de cómo se han de haber los mozos delante de los viejos, y delante de los sacerdotes los que no lo son, apoyándolo todo con autoridades de la Sagrada Escritura (Eccli 7,15), [*No seas hablador en el concurso de los ancianos*]. Es muy buena crianza y reverencia callar delante de los ancianos y delante de los sacerdotes. San Bernardo dice que los mozos callando honran a los mayores; aquélla es una manera de reverencia y reconocimiento y de darles la ventaja. Y añade una buena razón: El silencio es un acto muy principal de la vergüenza, la cual parece muy bien en los mozos. San Buenaventura, declarando esto más, dice que así como el temor de Dios compone y ordena a uno allá en lo interior y le hace estar bien con Dios, así la vergüenza le compone y ordena en lo exterior y le hace tener modestia, comedimiento y silencio delante de los mayores.

La cuarta circunstancia, dice San Ambrosio, es mirar el tiempo en que se ha de hablar, porque una de las principales partes de la prudencia es saber decir las cosas a su tiempo. (*Eccli* 20, 7): *El hombre sabio y prudente callará hasta su tiempo; pero el imprudente e indiscreto no aguarda tiempo ni coyuntura*. Y del que guarda esta circunstancia de hablar a su tiempo, dice el Espíritu Santo (Prov 25, 11). *Manzanas de oro sobre columnas de plata es hablar lo que conviene a su tiempo*. Parecer eso muy bien y de mucho contento. Y por el contrario, aunque lo que se habla sea bueno, si no se dice a su tiempo, desagrada. *De la boca del necio*, dice el Eclesiástico (20, 22), *no es bien recibida la palabra sentenciosa, porque no la dice a su tiempo*. A esta circunstancia pertenece el no interrumpir a nadie, que es mala crianza y poca humildad; no es buen tiempo de hablar cuándo el otro está hablando. [*Mientras otro habla, no le interrumpáis*], dice el Sabio (Eccli. 11,8): Esperad que acabe el otro su razón, y entonces entraréis vos con la vuestra. A esto también se reduce lo que allí añade (11,8): *No respondáis antes que acabéis de oír lo que os dicen*. Y en otra parte dice: *El que responde antes que acabe de oír lo que le dicen, muestras da de poco asiento*, y muchas veces queda confundido, porque no respondió a propósito: pensó que le iban a decir aquello, y no le iban a decir sino otra cosa: despuntó de agudo. Da también San Basilio otro aviso acerca del responder, que si preguntan a otro, calléis vos. Y citando están muchos y les dicen que digan su parecer en tal cosa, si no os preguntan a vos en particular, es poca humildad querer haceros el principal y tomar la mano por todos. Hasta que os digan en particular que digáis, callad.

La quinta circunstancia que ponen los Santos para hablar bien es el *modo y tono de la voz*: que es lo que nos dice a nosotros nuestra regla: Todos hablen con voz baja, como a religiosos conviene. Ésta es una muy principal circunstancia del silencio, o, por mejor decir, una muy gran parte de él. San Agustín, sobre aquellas palabras que dijo Marta a su hermana cuando Cristo nuestro Redentor fue a resucitar a Lázaro (Jn 11, 28): *Llamó Marta a María en silencio, diciendo: El Maestro está aquí, y te llama*, pregunta ¿Cómo dice en silencio, pues dijo: el maestro está aquí, y te llama? Y responde que la voz baja se llama silencio. Pues así acá, cuando hablan unos con otros en sus oficios con voz baja, entonces decimos que hay silencio en casa; pero cuando hablan alto, aunque las cosas sean necesarias, no guardan silencio. De manera que para que haya silencio en todas las oficinas y parezca casa de Religión, y nosotros parezcamos religiosos, es menester hablar bajo. Dice San Buenaventura que es grande falta en un religioso hablar alto. Basta que habléis de manera que los que están cerca

os puedan entender. Y si queréis decir algo al que está lejos, id allá y decídselo, porque no conviene a la modestia religiosa hablar a voces ni desde lejos. Y advierte S. Buenaventura que la noche y el tiempo de reposo y de recogimiento piden aún más particularmente que el hablar sea más bajo para no inquietar a otros en aquel tiempo: y lo mismo piden algunos lugares particulares, como la sacristía, portería y enfermería.

A esta circunstancia del modo de hablar dice San Buenaventura que pertenece también hablar con serenidad del rostro, no haciendo gestos con la boca, encogiéndose o extendiendo mucho los labios, ni mostrando señales en los ojos o arrugas en la frente o en la nariz, ni meneos en la cabeza, ni hablando mucho de manos, que es lo que nos encomienda nuestro Padre en las reglas de la modestia. También dicen San Ambrosio y San Bernardo que pertenece a esta circunstancia que la voz no sea afectada ni quebrada con una blandura mujeril, sino que sea voz de hombre grave. Empero aunque no ha de ser el modo de hablar melindroso m afeminado, dicen que tampoco ha de ser áspero, bronco, ni pesado. Siempre ha de ser el modo de hablar del religioso de tal manera grave, que vaya mezclado con suavidad.

Y aunque siempre es menester guardar buen modo en el hablar, pero particularmente es esto más necesario cuando queremos amonestar o reprender, porque si esto no se hace con buen modo, se perderá del todo el fruto de ello. Dice muy bien San Buenaventura: El que turbado y con cólera corrige o avisa a otro, más parece que lo hace de impaciencia y por lastimarle, que de caridad y celo de aprovecharle: no se enseña la virtud con vicio, ni la paciencia con impaciencia, ni la humildad con soberbia. Más se edificaría y aprovecharía el otro del ejemplo de vuestra paciencia y mansedumbre que de vuestras razones. Y así dice San Ambrosio: El aviso y amonestación han de ser sin aspereza y sin ofensión. Y traen a este propósito aquello del Apóstol San Pablo (I Tm 5, 1): *Al anciano no le reprendáis, sino rogadle como padre*.

También se reprende aquí, con razón: el hablar afectadamente, con intención de parecer muy discreto y bien hablado. Y así son muy reprendidos los predicadores que procuran hablar curiosa y pulidamente y hacen estudio particular de eso, con lo cual pierden el espíritu y fruto de los sermones; dicen que el hablar ha de ser como el agua, que ningún sabor ha de tener para que sea buena.

Finalmente, son tantas las circunstancias que se requieren para hablar bien, que será gran maravilla no faltar en alguna de ellas; y por eso es muy buen remedio acogernos al puerto del silencio, donde con sólo callar está

uno guardado de los muchos inconvenientes y peligros que hay en el hablar, conforme a aquello del Sabio (Prov 21, 23): [*El que guarda su boca y su lengua, de angustias guarda su alma*]. Y así decía uno de aquellos Padres antiguos: Si fueres callado, en cualquier lugar tendrás quietud y sosiego. Y aun allá dijo Séneca: no hay cosa que así aproveche como andar uno recogido, y hablar muy poco con otros y consigo mucho. Bien célebre es aquella sentencia del santo abad Arsenio, que la solía él repetir muchas veces, y aun cantarla, dice Surio en su historia: Muchas veces me pesó de haber hablado, y ninguna de haber callado. Lo mismo se dice de Sócrates y de Séneca la razón de esto, porque lo que se calla se puede hablar después; pero lo que se habla no puede dejar de estar hablado.

Ni se recoge palabra
que una vez del labio vuela,

dijo el otro. Y San Jerónimo: La palabra que salió de la boca es como la piedra que salió de la mano, que ya no podéis hacer que no vaya y haga daño. Y por eso es menester, dice San Jerónimo, mirar primero muy bien lo que habéis de hablar antes que lo echéis de la boca; porque después no puede dejar de estar hablado; que es el primer aviso que dimos.

Pues resolvámonos de guardar muy bien nuestra lengua, diciendo con el Profeta (Sal 38, 2): *Concerté y determiné de guardar mis caminos* [*no pecando con mi lengua*]. San Ambrosio, sobre estas palabras, dice: Unos son los caminos que hemos de seguir, y otros los que hemos de guardar; los caminos de Dios hemos de seguir, y los nuestros guardar, porque no nos despeñemos y perdamos por ellos cayendo en pecado: y guardémoslos, dice, si sabemos callar. En la Historia Eclesiástica se cuenta que un monje, llamado Nimbo, como fuese hombre sin letras, fue a otro monje sabio que le enseñase, y oyendo este verso: *Determiné de guardar mis caminos, no pecando con mi lengua,* no consintió a su maestro pasar adelante a enseñarle el segundo verso, diciendo: Sí yo la pudiere cumplir, me bastará está sola lección. Y como después de seis meses su preceptor le reprendiese porque no había vuelto a tomar lección, respondió: «En verdad, Padre, que la primera que oí tengo por cumplir.» Y después de muchos años le preguntó un muy conocido suyo si había aprendido ya el verso, y dijo: «Hace cuarenta y nueve años que le oí, y apenas le he podido poner por obra.» Y sí había, aunque él por su humildad dudaba; porque Paladio cuenta de él

que tomó tan bien aquella lección, y la puso de tal manera por obra, que antes que hablase y respondiese a lo que le preguntaban, levantaba siempre el corazón a Dios, y lo comunicaba trataba primero conforme al consejo que hemos dicho. Y dice que fue por esto tan ayudado de Dios, que cuando se quiso morir, dijo que no se acordaba haber hablado palabra que le pesase haberla dicho.

Surio cuenta de una santa Virgen que una vez guardó perpetuo silencio desde la fiesta de la Cruz de septiembre hasta la Pascua de Navidad, de tal manera, que en todo este tiempo no habló ni una palabra; lo cual dice que fue tan agradable a Dios, que le fue revelado que con esta obra y mortificación de la lengua principalmente había alcanzado no pasar por purgatorio cuando muriese.

CAPÍTULO 9

Del vicio de la murmuración.

Hermanos míos, dice el Apóstol Santiago (4, 11), *no murmuréis de otros*. *Los que murmuran*, dice el Apóstol San Pablo (Ron 1, 30), *son aborrecidos de Dios*; y el Sabio dice (Prov 24, 9) que son también aborrecidos de los hombres. Abominan los hombres de los murmuradores y les tienen grande aversión y ojeriza (Eccli 5, 17). Y aunque exteriormente se ríen y parece que gustan, allá interiormente les parece muy mal y se guardan de ellos; porque temen, y con razón, que lo que hacen con otros delante de ellos, harán después con ellos delante de otros. Esto bastaba para aborrecer y huir mucho este vicio; porque ¿qué mayor mal puede ser que ser aborrecido de Dios y de los hombres? Pero dejado esto aparte, ahora solamente querría declarar brevemente la gravedad y malicia de este vicio, y cuán fácilmente puede uno llegar en esto a pecar mortalmente, para que procuremos estar muy lejos de ponernos en tan gran peligro. Su gravedad y malicia consiste en que oscurece y quita la fama y buena opinión y estima del prójimo, la cual es de mayor precio y valor que la hacienda y riquezas temporales, conforme a aquello del Sabio (Prov 22, 1): [*Mejor es el buen nombre que las muchas riquezas*; (Eccli 41, 15): *ten cuidado de la buena fama, porque más vale y más duradera te será que mil tesoros preciosos y grandes*]. Y así dicen los doctores que es mayor y más grave este pecado de la murmuración, que el pecado del hurto, cuanto es de más precio y estima la fama y buena opinión que la hacienda. Y descendiendo más en par-

ticular a tratar cuándo llegará la murmuración a pecado mortal y cuándo será solamente venial, dicen lo que suelen decir comúnmente en todos los demás pecados, que de su género son mortales. Así como el hurtar es de suyo pecado mortal, pero por razón de la poquedad de la materia puede ser venial, como hurtar una manzana o un cuarto, así también el murmurar de su género es pecado mortal, mas tan liviana cosa puede ser la que uno dice de otro, que sea solamente venial.

Sin embargo, advierten aquí una cosa que hace mucho al caso, porque se entienda el peligro que hay en esto, y el recato que es menester tener aun en las cosas que parecen pequeñas; y es que muchas veces no son pequeñas ni livianas las que a algunos les parecen tales. Dicen los teólogos que aunque decir de alguno un pecado venial, como: fulano dijo una mentira, en los seglares no sería pecado mortal, porque es cosa liviana y que no les quita a ellos la fama; pero decir de un religioso un pecado venial, y aun una imperfección, podrá ser pecado mortal, porque más deshonra e infamia puede ser eso en un religioso que un pecado mortal en un seglar. Claro está que si dijese yo de un religioso que es mentiroso, que perdería más opinión y estima delante de vos el tal religioso, que allá en el mundo pierde un seglar de vida poco concertada, porque digan de él que no ayuna toda la Cuaresma o que sale de noche. Y así es menester advertir que este negocio de pecar mortalmente en murmurar y decir mal de otro, no se ha de medir por ser pecado mortal o no lo que se dice de él, sino por la estima y reputación que se le quita. Siempre hemos de ir en este fundamento y tenerle por primer principio en esta materia. Porque cierta cosa es que ser uno de casta de moros o judíos, no es pecado ninguno; y con todo eso, infamar a uno de esto lo dan los doctores por pecado mortal.

Pues de la misma manera, si yo digo de un religioso que es liviano, que tiene poco juicio (que es ejemplo expreso que ponen los mismos doctores), más opinión y estima pierde el religioso con aquello, que un seglar porque digan de él algún pecado mortal, y así hay más peligro en esto de lo que parece. Tengo yo al otro por buen religioso, asentado y cuerdo; decís vos: Fulano es así, así, volviendo la mano, y dando a entender que tiene poco asiento: mucho lo deshicisteis con eso: mucho lo deshicisteis con eso: mucho cayó de la opinión en que antes le tenía. Viene el otro de fuera, y si allá hubo alguna cosa de desedificación, ésa es la primera que cuenta, y comienza a calificar al uno de altivo, al otro de porfiado cabezudo, al otro de inquieto y bullidor. Esas cosas no son livianas, sino tales, que desdoran mucho a un religioso. Si no, véalo cada uno por sí: si otro dijese es-

tas cosas de vos, y fuese causa que os tuviesen en esa posesión, mirad cómo lo sentiríais: pues ésa es la regla de la caridad que hemos de guardar con nuestros hermanos.

Especialmente, que tratamos de perfección, y hemos de estar muy lejos de ponernos en esas dudas y peligros, si por lo que yo dije perdió mi hermano notablemente de la estima y buena opinión que el otro tenía de él, y si llegó a pecado mortal o no; como decimos en el voto de la pobreza: ¿me tengo yo de poner en duda, si lo que recibí o di sin licencia llegó a cantidad que baste para ser pecado mortal? Muchas veces no podemos determinar de cierto si llegó a eso o no; pero harto trabajo es ponerse uno en ese peligro; por todo cuanto hay en el mundo no se ha de poner uno en esa duda. Es menester que andemos con mucho cuidado y recato en las cosas pequeñas, porque si no, muy presto nos hallaremos llenos de escrúpulos y remordimientos y de dudas de pecado grave. Y en esto del murmurar es aún más necesario este cuidado, porque es muy grande la inclinación que tenemos a esto, y la facilidad y ligereza de la lengua es también muy grande. Esta diferencia hay de los que tratan de perfección a los que no tratan de ella; que los que tratan de perfección hacen más caso de faltas pequeñas que los otros de grandes. Y esa es una de las cosas en que se echa mucho de ver si uno trata de veras de su aprovechamiento o no.

De nuestro bienaventurado Padre Ignacio nos dice que de las faltas de los de casa tuvo siempre un extraño silencio: porque si alguno hacía alguna cosa, no de tanta edificación, no la descubría a nadie, sino a quien la hubiese de remediar; y entonces, con tan grande miramiento y recato y con tanto respeto al buen nombre del que había faltado, que si para su remedio bastaba que lo supiese uno sólo, no lo decía a dos. De aquí hemos de aprender nosotros cómo hemos de hablar de nuestros hermanos. Si nuestro Padre, con ser superior, y poder decir y reprender las faltas de los de casa delante de todos en castigo de ellas andaba con este recato, y esto aun en faltas pequeñas y menudas, ¿cuánto mayor razón será que nosotros lo andemos?

San Buenaventura pone esta regla para hablar de los ausentes: Así habéis de hablar del ausente como si él estuviera presente, y lo que no os atrevierais a decir de él si estuviera presente y lo oyera, lo habéis de decir en su ausencia. Entiendan todos que tienen seguras las espaldas en vos. Ésta es una regla muy buena y que abraza así las cosas graves como las que parecen livianas, que son las que muchas veces nos suelen engañar, porque algunas veces no son tan livianas como entonces nos parecen, como queda

dicho. Y así no nos hemos de excusar con esto, ni con decir que no hacen los otros caso de aquellas cosas, ni con decir que son públicas; porque la perfección que profesarnos no admite estas excusas. Así nos enseñó nuestro Padre, el cual nunca hablaba en su conversación de los vicios ajenos, aunque fuesen públicos y se dijesen por las plazas, y quería que los nuestros hiciesen lo mismo. Sean todos de nuestra boca buenos, virtuosos y honrados, y tenga todo el mundo entendido que por nuestro dicho nadie ha de perder ni ser tenido en menos.

Si acaso supisteis u oísteis alguna falta, guardad aquello que dice el Sabio (Eccli 19, 10): *¿Habéis oído o sabido alguna falta de vuestro prójimo? Muérase en vos,* sepultadla allá dentro, acábese ahí y no salga fuera, que no reventareis por eso. Alude el Espíritu Santo a los que, habiendo tomado ponzoña y veneno, atan con grandes ansias y bascas hasta echarlo, y no hacen sino tomar remedios y aceites para ello, pareciéndoles que reventarán si no lo echan. Y trae allí el Sabio otras dos comparaciones para declarar esto mismo: Así como la mujer que está de parto está con grandes ansias y congojas hasta echar la criatura; y así como cuando enclavan una saeta o garrocha en la parte carnuda de un toro, no para ni sosiega el toro hasta echarla de sí, así el necio no para ni sosiega hasta decir la falta que sabe de su prójimo. Pues no seamos nosotros de éstos, sino de los cuerdos y sabios que tienen vaso y corazón ancho para encerrar y sepultar esas cosas, y que mueran y se acaben allí. Nuestro Padre General Claudio Aquaviva, en las *Industrias* que escribió *ad curandos animae morbos*, hace un capitulo muy sustancial de la murmuración, que es el diecisiete, y da allí un consejo: que cuando aconteciere haberse uno desmandado algo en esto, no se acueste sin confesarse primero de ello. Lo uno, porque si por ventura llegó a cosa grave, que es fácil, no es razón acostarse con ello; siempre nos hemos de echar a dormir como quien se echa a morir. Y lo segundo, aunque no llegase a tanto, servirá eso de remedio y medicina preservativa para no caer otra vez en ello. Y no sólo para este particular, sino para otras cosas semejantes, que traen consigo algunas dudas o remordimientos, será provechoso este consejo, y más por ser de nuestro Padre.

CAPÍTULO 10

Que no hemos de dar oído a murmuraciones.

El bienaventurado San Bernardo dice: no solamente nos hemos de guardar de hablar lo que no conviene, sino también de dar oídos a ello; porque el que gusta oír, provoca al otro a hablar, y también porque es cosa vergonzosa y torpe oír cosas malas y torpes. El glorioso San Basilio, tratando del castigo que se ha de dar al que murmura y al que oye la murmuración, dice que al uno y al otro han de apartar de la comunidad. Igual castigo les da, porque si el uno no oyese de buena gana tampoco el otro gustaría de murmurar.

Los teólogos en la oratoria de detracción tratan esta cuestión; si el que oye al que murmura y no le resiste, peca mortalmente. Y ponen algunos casos en que dicen que sí, como cuando uno fuese causa que el otro dijese mal de su prójimo, moviéndose a ello o preguntándole de aquello, o cuando por no estar bien con el otro, se holgase que murmurasen de él, o cuando ve que aquella murmuración es en daño notable del prójimo y puede estorbarla, porque entonces la calidad obliga que en aquella necesidad ayude a su prójimo. Así como no sólo hace mal el que pega fuego a una casa, sino también el que se está calentando a la llama que otro enciende, estando obligado a acudir con agua para apagarla, así también no sólo peca el que murmura, sino también el que puede y debe estorbar la murmuración y no lo hace: antes por ventura con el aplauso y buen rostro que muestra al otro, le da ocasión para que lleve adelante la plática. Otras veces dicen que será solamente pecado venial no resistir: como cuando por alguna vergüenza, por ser personas de autoridad las que tratan de aquello, no se atreve uno a decirles nada ni entrometerse en eso. Y advierten aquí una cosa que nos toca mucho a los religiosos, y es que cuando el que oye la murmuración es persona que tiene autoridad cerca de aquellos que están hablando, este tal tiene más obligación a resistir y volver por la honra del prójimo, y tanto más cuanto más autoridad tuviere. Esto es lo que dicen los teólogos.

De aquí podemos colegir cómo nos hemos de haber cuando nos hallamos en semejantes conversaciones, o el peligro que puede haber en disimular y callar y pasar con ellas por nuestra inmortificación y pusilanimidad. Y como por nuestros pecados se usa tanto el día de hoy esto de murmurar, que apenas saben los del mundo tener una conversación sin tratar

de vidas ajenas, y nosotros tratamos tanto con ellos, no dejan de ofrecerse escrúpulos en esta materia; si lo pudiera estorbar, y no lo estorbe; si fui yo alguna ocasión que fuese adelante aquella plática, o preguntando algo, o mostrando holgarme de oírlo, haciendo buen rostro a lo que se decía, y condescendiendo con ello. Pero dejemos escrúpulos aparte (porque en eso podrá alguno decir que bien sabe hasta dónde llega, y cuándo es pecado y cuándo no), vayamos siempre en este fundamento, que hablamos ahora con religiosos y con gente que trata de virtud y perfección, y que no sólo pretende guardarse de pecado mortal y venial, sino que desea hacer siempre lo mejor y lo que es de más edificación y provecho para los prójimos. Pues supuesto esto, si cuando nos hallamos en una conversación donde están murmurando de nuestro prójimo, callamos de pura inmortificación, de vergüenza y pusilanimidad, y pasamos por ello y lo consentimos —porque callar es consentir—, ¿qué edificación han de tomar aquéllos, sino confirmarse más en lo que hacen, viendo que un religioso docto y siervo de Dios, y que tiene autoridad cerca de ellos, pasa con aquello y no les dice nada? Dirán: Esto no debe de ser pecado, pues el Padre calla. Y si piensan que es pecado y lo hacen delante de vos, desestimamos a vos y a vuestra Religión, pues se atreven a decir en presencia vuestra lo que es malo y pecado, y vos no os atrevéis a contradecirlo, ni tenéis virtud ni fortaleza para ello. San Agustín, para obviar esta pestilencia de la murmuración, tenía escritos, en el lugar donde comía, estos versos:

Ninguno del ausente aquí murmure;
antes, quien piense en esto desmandarse,
procure de la mesa levantarse.

Y se cuenta que como una vez comiesen con él unos obispos amigos suyos, y comenzasen a soltar sus lenguas y decir mal de las vidas ajenas, luego los reprendió, diciendo que si no cesasen de decir mal, o había de borrar aquellos versos o levantarse de la mesa. Ése es buen ánimo. —Señor, me iré si no cesáis de decir mal. Y así dice San Jerónimo que lo hagamos: «Si oyereis murmurar a alguno, huid de él como de serpiente y dejadle». ¡Oh, que se afrentará! Y aun por eso, dice San Jerónimo [para que, afrentado, aprenda a callar de vidas ajenas], para eso le habéis de dejar con la palabra en la boca, para que quede avergonzado y así aprenda cómo ha de hablar otra vez. Este medio nos está muy bien a nosotros, o avisarles que no murmuren o salirnos de la conversación. Cuando no pudiéremos

usar de este medio, por parecer áspero y ser las personas de mucho respeto, dan los Santos otro más fácil y suave, y es mostrar mal rostro a lo que se dice, para que entienda el otro que no me parece bien aquello, ni gusta de oírlo. Y es medio que nos da el Espíritu Santo por el Sabio (Prov 25, 23): *Así como el viento cierzo desbarata las nubes, así el rostro triste la lengua del que murmura y dice mal de otro*. Y en otra parte (Eccli 28, 28): *Atapa tus orejas con espinas cuando oyeres murmurar*. Ésas son las espinas con que hemos de atapar nuestras orejas: ese mal semblante, ese ceño y tristeza que mostráis en el rostro cuando el otro murmura, son espinas que punzan al otro y le hacen compungir y que caiga en la cuenta de que hace mal en tratar de vidas ajenas. No se contenta el Sabio con que atapéis los oídos con algodón o con otra cosa blanda, sino con espinas, para que no sólo entren allá las palabras malas, holgándose de oírlas, sino que puncen el corazón del que murmura, y se corrija y enmiende (Eceles 7, 4): *Con la tristeza y gravedad y semblante del rostro se corrige el ánimo del que peca,* y por ahí viene a entender y caer en la cuenta que hace mal. De nuestro bienaventurado Padre San Ignacio leemos que usaba mucho este medio. Acontecía algunas veces, estando con él, descuidadamente caérsele a alguno de los nuestros alguna palabra que no le pareciese a nuestro Padre tan a propósito o tan bien dicha, y luego se mesuraba y se ponía con un semblante algo severo; de manera que con sólo verle conocían los Padres que había habido falta, y quedaba avisado y corregido el que se descuidaba. Y esto hacía muchas veces en cosas muy ligeras, y menudas, cuya falta, por ser tan pequeña, a los otros se les iba de la vista y se les pasaba por alto; porque no solamente él estaba siempre muy en sí, sino quería que los suyos lo estuviesen.

También es muy buen media para esto mudar la plática y entremeter buenamente otras, para cortare hilo de aquéllas. Y para esto no es menester esperar muchas coyunturas, ni que venga muy a propósito; porque de esa manera entenderá mejor el otro; y todas los circunstantes, que no era bien tratar lo que se trataba, y que le hicisteis honra en no le reprender más claramente y avergonzarle delante de todos; y si aguardáis muchas coyunturas y propósitos y que se acabe la plática, ni el otro entenderá la cifra, ni remediaréis el daño. Así como cuando el toro va tras algún hombre le echan una capa para que se entretenga en ella y deje al hombre, así cuando uno va dando tras otro, murmurando de él, es muy buen remedio echarle una capa, que es otra plática en que se entretenga y deje de murmurar. Y así como al que echó la capa se le agradece la vida del otro, así al que divierte

la plática y ataja la murmuración se le agradece y debe la honra y fama que defendió.

CAPÍTULO 11

Que nos hemos de guardar de todo género de mentiras.

Dice el Sabio (Eccli 37, 201): *Ante todas las cosas os habéis de preciar de hablar verdad* y nunca decir mentira. Esto no parece que es menester encomendarlo mucho al religioso, porque ello le está harto encomendado. Aun allá en el mundo se tiene por gran vicio ser uno mentiroso, y decir a uno que miente se tiene por grande afrenta y deshonra; ¿qué será acá en la Religión, donde pierde uno mucha más opinión y estilos con estos vicios, que allá en el mundo? Bien se ve cuán baja y fea cosa sea ésta, y cuán indigna de un religioso. Y así, muy lejos ha de estar la mentira de su boca, ni por excusarse y encubrir la falta: lejos está de la mortificación y humildad el que dice mentira para que no se sepa su falta ni le tengan menos. Habíamos nosotros de andar a buscar ocasión de humillación y mortificación, ¿y huís de las que se os ofrecen y de las que no podéis excusar sin pecar? Mucho desdice uno en eso de la perfección que profesa. Por la salvación de todo el mundo, dicen los teólogos y los Santos que no es lícito decir una mentira: mirad si será bien decirla por no quedar corto o corrido en alguna cosilla. Y así, de siete cosas que dice el Sabio que aborrece Dios, la segunda es la lengua mentirosa.

Otra manera hay de decir mentira, aunque no sea tan de propósito, y es cuando contamos alguna cosa, añadiendo más de lo que fue. La verdad consiste en indivisible, y así cualquiera cosa que añada uno más de lo que fue o de lo que él sabe, será mentira. Y de esto suele haber comúnmente mucho peligro, porque somos muy amigos de que parezca algo lo que decimos, y así lo querríamos hacer más, y por eso conviene andar esto con mucho recato.

Añade San Buenaventura que hemos de huir de encarecimientos y exageraciones, porque no es gravedad ni modestia religiosa encarecer y exagerar mucho las cosas. Vuestra verdad y gravedad ha de ser la que ha de dar autoridad a las cosas que decís, no las palabras superfluas y de exageración, que ésas no sólo no dan autoridad a lo que decís, pero aun a vos os quitan la que tenéis. Y la razón porque quita la autoridad y crédito el

hablar con estas hipérboles y encarecimientos, es porque muchas veces se enrarecen las cosas más de lo justo, con lo cual viene haber mentira en ello, porque no es tanto como eso; y así, hombres encarecedores no suelen ser tenidos por muy verídicos, y pierden crédito y autoridad. De nuestro bienaventurado Padre San Ignacio se dice que por maravilla usaba de los nombres que en latín llaman superlativos, porque con ellos se suelen encarecer algunas veces las cosas más de lo justo, sino decía y contaba las cosas sencilla y llanamente, sin amplificarlas ni encarecerlas. Y estaba tan lejos de estos encarecimientos y exageraciones, que se dice de él que no afirmaba mucho las cosas que sabía.

Esta es otra doctrina muy buena, que nos enseñan aquí los Santos. El glorioso Bernardo dice: «Nunca afirméis ni neguéis con demasiada aseveración y certidumbre lo que sabe, sino decidlo siempre con un poco de sal y gracia de alguna duda»; como diciendo: Pienso que es así, o si no me engaño, así es; parece que lo he oído decir. Si esto se sabe hacer con discreción, es un modo de hablar modesto, humilde y religioso y de un hombre que no está muy fiado de sí, ni de su propio parecer, como no lo ha de estar el que es humilde. Y por eso hablaban los Santos de esa manera, porque eran muy humildes y no se fiaban de sí.

De Santo Domingo Loricato cuenta Surio que cuando le preguntaban qué hora era, nunca respondía determinadamente: son las ocho o las nueve, sino: serán como las ocho o como las nueve. Y preguntado por que respondía así, dijo: Porque de esa manera estoy seguro de no decir mentira, ahora haya dado la hora, ahora esté por dar. Ésta es otra razón, porque es prudencia y modestia religiosa no afirmar mucho las cosas, sino con un poco de sal y gracia de alguna duda, como dice San Bernardo, porque con esto no se pone uno a peligro de mentira alguna, aunque aconteciese después no ser así. Pero cuando se afirma absolutamente y con mucha resolución y aseveración, y después se halla no ser así, como algunas veces suele acontecer, nos hallaremos corridos de haber dicho una mentira y afirmándola tan de cierto. Y más, será causa de desedificar al otro, que halla después no ser así. Y esto digo aun en las cosas que nosotros tenemos por ciertas; porque si yo no estoy cierto, sino en duda de alguna cosa, y lo afirmo absolutamente, eso también es mentira, aunque ello fuese así, porque digo lo que no sé, y a lo menos me pongo en peligro manifiesto de que sea mentira lo que dije, que es la misma culpa.

Dice San Buenaventura: no sólo habéis de hablar siempre verdad, sino habéis de hablar llana y sencillamente, y no con dobleces, ni con pa-

labras equivocas que tengan diversos sentidos, porque ésa es cosa muy ajena de la llaneza y simplicidad religiosa. Y aun San Agustín dice que tal modo de hablar es mentira. Hay algunos que por una parte no querrían decir mentira y por otra tampoco quieren decir la verdad, sino andan por rodeos y con equivocaciones para que entendáis vos una cosa y ellos entiendan otra. En algún caso grave, lícito es hablar con palabras equívocas, para ocultar alguna cosa que conviene ocultar; mas en las pláticas ordinarias y comunes no es lícito, antes es vicio de hombres doblados y fingidos; y así, muy contrario a la pureza y sencillez, no sólo de religioso, sino de la vida cristiana y aun política, porque impide la fidelidad y el trato y comunicación humana de unos con otros, ni más ni menos que la mentira clara y manifiesta. Porque cosa cierta es que si ordinariamente fuese licito este lenguaje, no se atreverían los hombres a fiarse unos de otros. Y así nos enseña la experiencia, que cuando de algunos se sabe que tienen este vicio, aunque en otras cosas sean hombres virtuosos, no se osan fiar de ellos los que los conocen; antes los tratan con recelo y temor de ser engañados. Y así dice el Sabio (Eccli 37, 23): *El que habla sofísticamente* —que es con doblez, fingimiento y equivocaciones— *es aborrecido*; porque es tenido por hombre doblado, falso y fingido. Y así se debe huir mucho este lenguaje, no digan de vos lo que suelen decir de algunos: Fulano no dice mentira, pero tampoco dice verdad.

CAPITULO 12

Que nos hemos de guardar de palabras juglares y ridículas y de decir gracias y donaires.

El bienaventurado San Basilio dice: Guardaos de palabras juglares y ridículas, de palabras juguetonas, de andar triscando y burlando, porque ésos son entretenimientos de niños, y el que trata de perfección es razón que deje de serlo y sea hombre. Y añade el Santo que estas burlas y entretenimientos hacen a uno remiso y negligente en las cosas del servicio de Dios, y quitan la devoción y compunción del corazón. Especialmente dice, se debe uno guardar de decir gracias y donaires, porque eso es hacerse chocarrero y truhán, que es cosa muy indigna de quien trata de perfección.

San Bernardo trata muy gravemente este punto: Entre seglares, dice, los donaires pasan por donaires; pero en la boca del sacerdote y del religioso son blasfemias. Habéis consagrado y dedicado vuestra boca al Evan-

gelio, ya no es lícito abrirla para estas cosas; acostumbrarlo, sacrilegio, como el aplicar a usos profanos el templo consagrado al culto divino. *De los labios del sacerdote,* dice el Profeta Malaquías (2, 7), *que han de buscar y oír los hombres la ciencia y la ley de Dios*, no gracias, ni fábulas, ni chocarrerías. Aun no se contenta San Bernardo con que esté lejos el religioso de decir estas palabras de donaires y chocarrerías, sino quiere que esté también lejos de oírlas y de gustar de ellas. Y dice que cuando otro las dijese delante de nosotros, nos hemos de haber en ellas como en las murmuraciones, procurando interrumpirlas y divertir la plática con alguna cosa sería y de provecho, y mostrándoles mal rostro. Pues si aun de oírlas y de que se digan delante de nosotros nos hemos de avergonzar, ¿qué será decirlas? Fea cosa es, dice, hacer aplauso de esas cosas, riéndonos y mostrando holgaros de oírlas; pero más fea cosa es mover vos a otros a risa diciéndolas.

Dice Clemente Alejandrino, maestro que fue de Orígenes, y es doctrina de los Santos Basilio, Bernardo y Buenaventura, [Como sea así que del pensamiento y de las costumbres emanan las palabras como de su fuente, no puede ser hablar palabras ridículas que no procedan de costumbres igualmente ridículas]. Las palabras proceden del corazón [*porque de la abundancia del corazón habla la boca*] (Mt 12, 34); y así, el que habla palabras vanas y livianas, da muestra de la vanidad y liviandad de su corazón. Así como en el sonido se conoce si la campana o vaso está sano o quebrado, si está lleno o vacío, así en la voz y sonido de las palabras se echa luego de ver el que está lleno o vacío allá dentro, sano o quebrado. El que habla estas cosas suena a hueco. San Crisóstomo, sobre aquellas palabras del Apóstol (Ef 4, 29): [*No salga palabra mala de vuestra boca*], dice: Cual tiene uno el corazón, tales son las palabras que habla, y tales son las obras que hace.

El santo mártir Ignacio, en medio de sus tormentos, nombraba muchas veces el nombre de Jesús; y preguntado la causa, respondió: «Porque le tengo escrito en mi corazón, y por eso no puedo dejar de nombrarle», y después de muerto le sacaron el corazón y partieron, y en cada parte hallaron que estaba escrito el nombre de JESUS con letras de oro. El que da en decir gracias e donaires no tiene escrito su corazón el nombre de JESÚS, sino el mundo y su vanidad, y eso está brotando por la boca. Y así vemos que hombres que se precian de decir gracias y de hacer reír a otros con sus dichos y donaires, no sólo no son espirituales, pero ni buenos religiosos.

El Padre Maestro Ávila declaraba a este propósito aquello del Apóstol (Efes 5, 4): [*Palabras chocarreras que no son del caso*]. Lo Glosaba el de esta manera: Que palabras de gracias y chocarrerías, no sólo no decían con la modestia del religioso, pero ni con la gravedad del instituto de la vida cristiana. Y se lee de él en su Vida, que palabra de donaire nunca se vio en su boca. Y de San Juan Crisóstomo nota Metafraste que nunca dijo gracias, ni consintió a otro que las dijese. Estimaban esto tanto aquellos Padres antiguos, que la penitencia que manda San Basilio se dé a quien hablare semejantes palabras es que le aparten por una semana de la comunidad: que era como un género de descomunión que usaban los monjes, apartando a los tales de la conversación y trato de los demás religiosos, porque no les inficionen y les peguen la roña, y para que ellos se confundan y entiendan que no merece estar entre los demás religiosos el que no trata y habla como religioso.

En la vida de San Hugón, abad cluniacense, cuenta Surjo de un arzobispo de Tolosa de Francia, llamado Durano, que era amigo de oír y decir donaires y palabras ociosas. San Hugón, que era entonces abad del monasterio de Cluny, le reprendió esto diversas veces, por haber sido antes monje de su monasterio, diciéndole que si no se enmendaba, tendría por esto particular purgatorio. Murió el arzobispo de ahí a pocos días, y se apareció a un santo monje llamado Siguino, y mostraba la boca muy hinchada y los labios llenos de llagas: le pidió con lágrimas que rogase a Hugón hiciese oración por él, porque padecía cruel tormento en el purgatorio en pena de sus donaires y palabras ociosas de que no se había enmendado. Refirió esto Siguino el santo abad Hugón, el cual mandó a siete monjes que siete días guardasen silencio por satisfacción de aquella culpa: de éstos, el uno quebrantó el silencio. Le apareció a Siguino el arzobispo, y se quejó de aquel monje, que por su inobediencia se había dilatado su remedio. Siguino fue con ello a Hugón: él halló que era así verdad; encargó a otro el silencio por siete días, y pasados, se le apareció el arzobispo tercera vez, dio gracias al abad y a los monjes, mostrándose vestido de pontifical, y su rostro sano y muy alegre, desapareciendo luego.

Especialmente se debe advertir aquí que nos hemos de guardar de gracias picantes, como son algunas palabritas que se dicen algunas veces por vía de gracia y se tienen por agudeza, que suelen lastimar a otro, porque disimuladamente le notan o en la condición o en el entendimiento o ingenio no tan agudo, o de alguna otra falta. Éstas son unas gracias muy pesadas y muy peores que las pasadas, porque son perjudiciales, y tanto

más, cuanto con más gracia se dicen, porque quedan más impresas en los oyentes y se acuerdan más de ellas. Aun allá en el mundo, cuando los hombres graciosos, que llaman hombres de placer, saben hacer eso sin perjuicio y sin tocar a nadie, pasan con ellos y son entretenimiento de los hombres del mundo, y dicen de ellos: Gracioso es, pero al fin lo hace sin perjuicio de nadie; mas cuando con sus donaires muerden a otros, son muy aborrecidos, y aun suelen parar en mal, porque no falta quien les de su merecido. Pero porque de esto y de otras maneras de palabras que son contrarias a la unión y caridad de unos con otros, tratarnos en la primera parte, excusaremos de alargarnos más aquí

CAPÍTULO 13

Que nuestras pláticas y conversaciones han de ser Dios, y fe algunos medios que nos ayudarán para esto.

No salga palabra mala de vuestra boca, dice el Apóstol (Efes 4, 29), *sino todas vuestras pláticas sea, siempre de cosas buenas de edificación y provecho para los oyentes*, que los enciendan e inflamen en el amor de Dios, y en deseo de la virtud y perfección. Ésta es una cosa que hemos menester mucho nosotros, porque nuestro fin e instituto es, no sólo atender nuestro propio aprovechamiento, sino también al de los prójimos; y una de las cosas que edifican mucho a aquellos con quienes tratamos y con que se hace mucho fruto en ellos, es con semejantes pláticas y conversaciones. Porque fuera del provecho que está pláticas traen consigo, viendo los del mundo que nuestro trato es siempre de estas cosas, conciben una estima y respeto grande, entendiendo que está lleno de Dios el que nunca trata con ellos sino de Dios: con lo cual son de grande eficacia los ministerios que con ellos se ejercitan. Del Padre Francisco Javier se lee en su Vida que hacía más fruto con las conversaciones particulares que con los sermones. Y nuestro Padre, en las Constituciones, tratando de los medios con que los de la Compañía han de ayudar a los prójimos pone éste por uno de los principales; y le pone por general de que todos los de la Compañía han de procurar usar, aunque sean hermanos legos.

Para que sepamos y podamos hacer esto mejor, nos ayudará mucho: lo primero, que nos acostumbremos a hablar acá entre nosotros de cosas buenas y espirituales. Del bienaventurado San Francisco leemos, que hacía a sus religiosos que se sentasen muchas veces a hablar entre sí cosas de

Dios para que fuesen instruidos en este lenguaje y conversación, para cuando estuviesen entre seglares. Y se cuenta allí que, estando ellos una vez en esta santa conversación, se les apareció en medio el Señor en forma de un hermosísimo mancebo, y les echó su bendición dándoles a entender cuánto le agradaban aquellas planeas. Y en la Compañía se usa esto desde el noviciado, juntándose muchas veces los novicios a tratar entre sí de cosas espirituales, y después toda la vida usamos tener a menudo conferencias espirituales entre nosotros, para que estemos diestros en este lenguaje. Y fuera de esto, nos está muy encomendado que le usemos en nuestras pláticas y conversaciones ordinarias.

San Bernardo da sobre esto una muy buena y grave reprensión a ciertos religiosos de su tiempo, poniéndoles delante lo que se usaba en aquellos tiempos dorados. ¡Oh!, ¡cuánto distamos, dice, de aquellos monjes que había en tiempo de San Antonio y San Pablo, primer ermitaño!, porque aquéllos, cuando se juntaban y visitaban, toda su conversación era del Cielo, y tomaban con tanto deseo y hambre el manjar del ánima, hablando y tratando cosas de Dios y del provecho de sus ánimas, que se olvidaban del manjar del cuerpo, y se les pasaba muchas veces todo el día ayunos ocupados en esto. Y éste era buen orden, cuando a la parte más principal y más digna, que es el alma, se le servía primero. Sin embargo ahora, cuando nos juntarnos, ya no hay quien pida ni quien reparta este manjar espiritual celestial; ya no se usa en las visitas y conversaciones hablar de las Escrituras sagradas ni de lo que toca a la salud de las almas, sino todo es risas, gracias y palabras que lleva el viento. Y lo peor es, dice el Santo, que ya el saber entretener a uno de esta manera se llama afabilidad y discreción, y aun caridad, y lo contrario se llama sequedad, inurbanidad y rusticidad, y a los que hablan de Dios los tienen por melancólicos y huyen de su conversación. Esta caridad destruye le verdadera discreción. Porque ¿qué caridad es amar la carne y menospreciar el espíritu? Y ¿qué discreción es darlo todo al cuerpo, y al alma nada? Hartar el cuerpo y matar el ánima de hambre, no es discreción ni caridad, sino crueldad y desorden grande.

Un doctor grave cuenta que una vez apareció el Señor a un gran siervo suyo, y le dijo con grande sentimiento seis quejas que de sus siervos tenía; de las cuales la segunda era que en sus juntas y pláticas trataban cosas vanas e impertinentes, y que a Él no le tomaban en su boca. Pues procuremos que no tenga el Señor esta queja de nosotros, ni se nos pueda dar esta reprensión.

Otro medio bueno dan San Bernardo y San Buenaventura para tratar siempre de cosas de edificación: que cuando salimos a tratar con los prójimos, llevemos prevenidas algunas cosas buenas y provechosas que les poder decir, y para cuando ellos hablaren algunas impertinentes y vanas, tengamos a punto otras de edificación, para cortar y mudar la plática, de lo cual nos avisan a nosotros nuestras Reglas. Y no es mucho que los que somos religiosos usemos de este medio para sustentar las pláticas y conversaciones de Dios, tan propias nuestras, pues vemos que los del mundo le usan para sustentar sus pláticas y conversaciones seglares. En esto ha de mostrar uno su buen entendimiento y discreción, en tener destreza para cercenar y cortar pláticas impertinentes, y saber ingerir y entremeter cosas de Dios.

Lo tercero, nos ayudará mucho para esto amar mucho a Dios y tener mucha afición a las cosas espirituales; porque de esta manera no nos cansaremos ni enfadaremos de hablar ni de oír hablar de Dios, sino antes gustaremos mucho de ello, porque no es pesadumbre, sino gusto y recreación hablar cada uno de lo que ama y tiene en su corazón. Si no, mirad cuán de buena gana habla el mercader de sus tratos y negocios: en la mesa y sobremesa y en todos sus tiempos, gusta de oír dónde se compra y vende bien; el labrador habla de buena gana de sus barbechos y cosechas, y el pastor de sus becerros y corderos (Eccli 38, 26, 27): [*El que maneja el arado y se precia del aguijada, apresura con cuidado sus bueyes y todo se emplea en sus faenas, y sus pláticas son sobre las castas de los toros: aplicará su corazón a tirar bien los surcos*]. Cada uno habla de buena gana de lo que toca a su oficio. Pues así nosotros, que hemos dejado el mundo y tratamos de perfección, si amamos mucho a Dios y tenemos mucha afición a las cosas espirituales, todo nuestro gusto y recreación será tratar de esas cosas, y no nos faltará qué tratar. Y así es muy buena señal cuando uno gusta de hablar y tratar fe Dios; y mala cuando no, conforme a aquello que dice San Juan (1 Jn 4, 5): *Ellos son del mundo, y por eso hablan de las casas del mundo*.

San Agustín, sobre aquellas palabras de la Sabiduría (16, 20): [*Alimentaste a tu pueblo con manjar de ángeles, y dístele del Cielo pan preparado sin trabajo suyo, que contenía en sí todo deleite y la suavidad de todos los sabores*], dice que aquel maná del Cielo con que sustentó Dios en el desierto a los hijos de Israel, sabía a cada uno a lo que él quería conforme a estas palabras. Empero esto, dice, se ha de entender de los buenos, que a los malos no les sabía a lo que ellos querían; porque si eso fuera, no

pidieran ni desearan otro manjar, como lo desearon y pidieron. A éstos no sólo no les sabía el maná a todas las cosas, antes les enfadaba ya, y tenían hastío de él, y suspiraban por carne y se acordaban de las ollas de Egipto, y de los cohombros, pepinos, puerros, cebollas y ajos que allá comían; y eso deseaban y apetecían más (Num 11, 4-6). Pero los buenos estaban muy contentos con el maná, y no tenían deseo de otro manjar, ni se acordaban de eso, porque en él hallaban todos los sabores que querían.

Pues ésta es la diferencia que hay entre los religiosos buenos y perfectos y los tibios e imperfectos; que los buenos religiosos gustan mucho de las cosas espirituales y de Dios, y de hablar y tratar de eso, y hallan en este maná todos los buenos sabores; les sabe Dios a todas las cosas, y dicen con San Agustín y San Francisco: Dios mío, y todas las cosas: Todas las coas les es Dios, y en El hallan todo lo que desean. Pero a los tibios e imperfectos no les sabe este divino maná a todas las cosas; antes les enfada y les da en rostro, y más se huelgan de oír el cuento que el ejemplo: no es ésa buena señal. ¡Dichosa la lengua, dice San Jerónimo, que no sabe hablar sino de Dios! Y San Basilio dice: Al verdadero siervo de Dios le dan en rostro las pláticas vanas e impertinentes; y la con; y la conversación y pláticas de Dios le son más dulces y sabrosas que la miel. De aquí es, que el alma muy abonada a Dios, para su honesta recreación y alivio de sus trabajos y enfermedades, no tiene necesidad de distraerse a pláticas y conversaciones de cosas impertinentes y ridículas; porque éstas, como no las ama, antes le acrecientan la pena y el trabajo. Lo que le consuela y alivia, es hablar y oír hablar de las osas que ama y desea. Y así leemos de Santa Catalina de Sena, que nunca se cansaba de hablar de Dios: antes ésa era su recreación y medio para estar más recia y sana, y para descanso y alivio de sus enfermedades y trabajos. Lo mismo leemos de otros muchos Santos.

CAPÍTULO 14

De otra razón muy principal, por la cual nos conviene mucho que nuestras pláticas y conversaciones con los prójimos sean de Dios.

No solamente para la edificación y provecho de los prójimos es necesario que nuestras pláticas y Conversaciones sean de Dios, también para nuestro propio aprovechamiento y conservación; porque hablando de Dios nos inflamaremos y encenderemos más en su amor, que es muy propio de

semejantes pláticas, como lo vemos en aquellos dos discípulo que iban al castillo de Emaús hablando de estas cosas (Lc 24, 32). [*¿Por ventura no estaba encendido y ardiendo nuestro corazón?*] Y nosotros lo experimentamos algunas veces, que salimos más movidos devotos de algunas conversaciones de éstas que de los sermones. De Santo Tomás de Aquino cuenta Sudo que sus pláticas y conversaciones con todos eran de cosas santas y provechosas a la salud de las ánimas; y que ésta fue una de las causas por la que después de haber hablado y negociado con los hombres, se podía recoger a orar y meditar con facilidad las cosas divinas; porque como las pláticas eran de cosas de Dios y dichas con consideración, no le distraían ni le impedían la oración.

Y del P. San Francisco Javier, una de las cosas que se cuenta en su Vida por digna de admiración, es el haber sabido juntar tan bien la acción y trato con los prójimos con la oración porque acudiendo a tantas cosas, andando ocupado en tan grandes negocios, y caminando casi siempre o por tierra o por mar, entre tantos trabajos peligros, y siendo en el trato con todos tan urbano y cortesano, con todo, siempre andaba interior y en presencia de Dios, y así en apartándose de los negocios y del trato con los prójimos luego con mucha facilidad y gusto entraba en oración y en un trato muy familiar con su Esposo celestial. Y dase allí la razón: porque como no se había distraído en la ocupación, fácilmente tornaba a la que no había dejado. Por el contrario, si nuestro trato y nuestras palabras y conversaciones no son de Dios, corremos mucho peligro. Decía nuestro bienaventurado Padre San Ignacio que así como el trato y conversación familiar con les prójimos es de mucho fruto y edificación para ellos y muy propio de la Compañía, si se hace como debe; así al contrario, si no sabemos tratar como debemos, será de mucha desedificación para ellos y de mucho peligro para nosotros. Dice San Bernardo: Las palabras vanas fácilmente ensucian el corazón, y lo que oímos y tratamos de buena gana, cerca tamos de hacerlo. Es verdad que algunas veces en las pláticas y conversaciones que tenemos con los prójimos, es menester entrar con la suya; pero eso dice nuestro Padre que ha de ser para salir con la nuestra. No nos lleven ellos tras sí y entren con la suya y salgan también con ella, sino salgamos nosotros siempre con la nuestra, trayéndolos a ellos a nosotros y a Dios con pláticas provechosas y de edificación. Y para esto no es menester aguardar tantos puntos ni tantas circunstancias y coyunturas, porque si tanto aguardáis nunca saldréis con la vuestra, y se quedarán ellos con la suya. Entiendan todos que somos religiosos, y que éste es nuestro trato, y que con nosotros no han de perder tiempo ni tratar de cosas impertinentes, sino que

hemos tratar de Dios y de cosas de provecho; y si no, no vengan a tratar con nosotros. Y así leemos denueste Padre, que si algún hombre ocioso venía a él, con quien se hubiese de gastar mucho tiempo sin fruto, después de haberle una y dos veces recibido con alegría, si continuaba las visitas sin provecho, comenzaba a hablar él de la muerte, del juicio o infierno; porque decía que si aquél no gustaba de oír semejantes pláticas, se cansaría y no volvería más, y si gustaba de ellas, sacaría algún fruto espiritual para su alma.

San Agustín, en confirmación de esto, dice: es verdad que hemos de procurar acomodarnos con todos para ganarlos a todos, como lo hacía San Pablo (I Cor 9, 22): *A todos,* dice, *me hacía todas las cosas*; con el triste me hacía triste, porque eso consuela mucho al que está triste, ver que el otro se entristece con él y siente su trabajo; y con el alegre mostraba alegría; pero advierte que este acomodarnos con nuestros prójimos y ponernos de su parte, ha de ser de tal manera, que sea para ayudar y aliviar al atribulado, y para levantarle y sacarle de la miseria.

Y declara esto con una buena comparación: como se inclina el que quiere dar la mano a otro que está caído para levantarle, que no se arroja al suelo, ni se deja caer como el otro está; antes hace pie y estribo, para que el otro no le lleve tras sí, y solamente se inclina un poco, cuanto es menester para ayudarle; de esta manera nos hemos nosotros de acomodar con los seglares y hacernos de su bando, inclinándonos y humanándonos un poco, entrando con la suya para ganarlos; pero hemos de tener firme, y estar siempre muy sobre los estribos para que no nos lleven tras sí, sino que salgamos con la nuestra.

Y persuadámonos de esta verdad, que una de las cosas que edifican mucho a aquellos con quienes tratamos es ver que nuestro trato es siempre de cosas buenas y provechosas; y aunque algunos al principio parezca que no gustan, después caen en la cuenta y quedan edificados, y con más opinión y estima de nosotros, porque al fin entienden que aquello es lo que hace al caso. Y por el contrario, si ven que entramos y salimos con ellos en sus pláticas seglares, y que gustamos de esas cosas como ellos, nos tendrán por ventura por amigos, como tuvieran a otro seglar, pero no por muy espirituales; y así se perderá la autoridad y fuera para hacer fruto en sus ánimas. Pues procuremos llevar adelante en esto el buen nombre de nuestra Religión y el ejemplo de nuestros Padres antiguos. De nuestro Padre San Francisco de Borja leemos, que si algunos seglares que le visitaban, a quien no podía huir el cuerpo, ingerían pláticas impertinentes, no atendía

ni estaba atento a lo que platicaban, sino tenía su corazón y espíritu puestos en Dios; y avisándole algunos Padres que caía en falta por esta causa, y que algunas veces no venía bien lo que decía con lo que se trataba, respondía que más quería que le tuviesen por necio que perder tiempo, pareciéndole que era tiempo perdido lo que no se empleaba en Dios o por Dios: que es conforme a lo que refiere Casiano del abad Maquete, que había alcanzado de nuestro Señor con largas oraciones esta gracia: que en las pláticas y conferencias espirituales, ahora fuesen de día, ahora de noche, nunca se dormía ni le venía sueño; pero si se hablaba alguna cosa ociosa o impertinente, luego se dormía.

Concluyamos con un aviso general, que San Bernardo da al religioso: Hayámonos en todas las cosas y especialmente en ésta, de tal manera que todos los que nos vieren y oyeren se edifiquen y digan: éste es verdadero religioso. Que es lo que dice el Apóstol escribiendo a Tito (2, 7), su discípulo: [*En todas las cosas muéstrate dechado de buenas obras, en doctrina, en integridad, en gravedad, de palabra sana e irreprensible, para que el adversario se confunda no teniendo nada malo que decir de nosotros*]. Procuremos en todo dar ejemplo y edificación, que no sólo no tengan en qué reparar nuestros amigos, sino que nuestros mismos émulos se confundan y avergüencen viendo que no hallan qué decir contra nosotros, ni de qué asir.

De un filósofo se cuenta que, diciéndole que murmuraban de él, respondió: «Yo viviré de tal manera que no den crédito a los que murmuran de mí». De esta manera hemos de vivir nosotros, procurando no solamente que no haya en nuestras palabras ni nuestras obras cosa digna de reprensión, sino que nuestra vida y conversación sean tales, que no den crédito a los que murmuren de nosotros. Ésta es la mejor manera de satisfacer a las murmuraciones, callar con la boca y responder con las obras.

TRATADO TERCERO

DE LA VIRTUD DE LA HUMILDAD

CAPÍTULO PRIMERO

De la excelencia de la virtud de la humildad, y de la necesidad que de ella tenemos.

Aprended de Mí, dice Jesucristo nuestro Redentor (Mt 11, 29), *que soy manso y humilde de corazón, y hallaréis descanso para vuestras ánimas*. El bienaventurado San Agustín dice: Toda la vida de Cristo en la tierra fue una enseñanza nuestra, y Él fue de todas las virtudes maestro; pero especialmente de la humildad: ésta quiso particularmente que aprendiésemos de Él. Lo cual bastaba para entender que debe ser grande la excelencia de esta virtud y grande la necesidad que de ella tenemos, pues el Hijo de Dios bajó del Cielo a la tierra a enseñárnosla, y quiso ser particular maestro de ella no sólo por palabra, sino muy más principalmente con la obra; porque toda su vida fue un ejemplo y dechado vivo de humildad. El glorioso San Basilio va discurriendo por toda la vida de Cristo, desde su nacimiento, mostrando y ponderando cómo todas sus obras nos enseñan particularmente esta virtud, Quiso, dice, nacer de madre pobre, en un pobre portal y en un pesebre, y ser envuelto en unos pobres pañales; quiso ser circuncidado como pecador, huir a Egipto como flaco, y ser bautizado entre pecadores y publicanos como uno de ellos; después, en el discurso de su vida, se le quiere honrar y levantar por rey, y se esconde; y cuando le quieren afrentar y deshonrar, entonces se ofrece; le ensalzan los hombres, aun los endemoniados, les manda que calle; y cuando le escarnecen diciéndole injurias, no habla palabra; y al fin de su vida, para dejarnos más encomendada esta virtud, como en testamento y última voluntad, lo confirmó con aquel tan maravilloso ejemplo de lavar los pies a sus discípulos, y con aquella muerte tan afrentosa de la cruz..

Dice San Bernardo: Se abajó y apocó el Hijo de Dios, tomando nuestra naturaleza humana, y toda su vida quiso que fuese un dechado de humildad, para enseñarnos por obra lo que nos había de enseñar por palabra. ¡Maravillosa manera de enseñar! ¿Para qué, Señor, tan grande majestad tan humillada? *Para que ya, de aquí adelante, no haya hombre que se atreva a*

ensoberbecer y engrandecer sobre la tierra (Sal 10, 18). Siempre fue locura y atrevimiento ensoberbecerse el hombre; sin embargo, particularmente después que la Majestad de Dios se abatió y humilló, dice el Santo, es intolerable desvergüenza y descomedimiento grande que el gusanillo del hombre quiera ser tenido y estimado. El Hijo de Dios, igual al Padre, toma forma de siervo, y quiere ser humillado y deshonrado; ¡y yo, polvo y ceniza, quiero ser tenido y estimado!

Con mucha razón dice el Redentor del mundo que Él es maestro de esta virtud, y que de Él la hemos de aprender; porque esta virtud de humildad no la supo enseñar Platón, ni Sócrates, ni Aristóteles. Tratando de otras virtudes los filósofos gentiles, de la fortaleza, de la templanza, de la justicia, tan lejos estaban de ser humildes, que en aquellas mismas obras y en todas sus virtudes pretendían ser estimados y dejar memoria de sí. Bien había un Diógenes y otros tales que se mostraban despreciadores del mundo y de sí mismos en vestidos viles, en pobreza, en abstinencia; pero en eso mismo tenían una gran soberbia, y querían por aquel camino ser mirados y estimados, y menospreciaban a los otros, como prudentemente se lo notó Platón a Diógenes. Convidando un día Platón a ciertos filósofos, y entre ellos a Diógenes, tenía muy bien aderezada su casa, y pues- tas sus alfombras y mucho aparato, como para tales convidados convenía. Diógenes, en entrando, comienza con sus pies sucios a hollar aquellas alfombras. Le dice Platón: «¿Qué haces?» «Estoy, dice, hollando y acoceando el fausto y soberbia de Platón.» Le respondió muy bien Platón [Lo huellas, mas con otro fausto], notando en él más soberbia en hollar sus alfombras que la que él tenía en tenerlas. No alcanzaron los filósofos el verdadero menosprecio de sí mismos, en que consiste la humildad cristiana; ni aun por el nombre conocieron esta virtud de la humildad: es esta propia virtud nuestra, enviada por Cristo.

Y pondera San Agustín, que por aquí comenzó aquel soberano sermón del Monte (Mt 5, 3): *Bienaventurados los pobres de espíritu, porque de ellos es el reino de los Cielos*. Por los pobres de espíritu dicen San Agustín, San Jerónimo, San Gregorio y otros Santos, que se entienden los humildes. Por aquí comienza el Redentor del mundo su predicación: con esto media; con esto acaba, esto nos enseña toda su vida, esto quiere que aprendamos de Él. Dice San Agustín: no dijo aprended de Mí a fabricar los Cielos y la tierra; aprended de Mí a hacer maravillas y milagros, a sanar enfermos, echar demonios y resucitar muertos; sino aprended de mí a ser mansos y humildes de corazón. Mejor es el humilde que sirve a Dios que

el que hace milagros. Éste es el camino llano y seguro, eso otro está lleno de tropiezos y peligros.

La necesidad que tenemos de esta virtud de la humildad es tan grande, que sin ella no hay dar paso en la vida espiritual. Dice el glorioso Agustino: Es menester que todas las obras vayan muy guarnecidas y acompañadas de humildad, al principio, al medio y al fin; porque si tanto nos descuidamos y dejamos entrar la complacencia vana, todo se les llegará el viento de la soberbia. Y poco nos aprovechara que la obra sea muy buena de suyo, antes ahí hemos de temer más el vicio de la soberbia y vanagloria, porque los demás vicios son acerca de pecados y cosas malas, la envidia, la ira, la lujuria; y así consigo se traen su sobrescrito, para que nos guardemos de ellos; pero la soberbia anda tras las buenas obras para destruirlas. Iba el hombre navegando prósperamente, puesto su corazón en el Cielo, porque había enderezado al principio lo que hacía a Dios, y de repente viene un viento de vanidad y da con él en una roca, deseando agradar a los hombres y ser tenido y estimado de ellos, o tomando algún vano contentamiento, con que todo se hundió. Y así dicen muy bien San Gregorio y San Bernardo: El que quiere allegar virtudes sin humildad, es como «el que lleva un poco de polvo o ceniza en contrario del viento», «que todo se derrama, todo se lo lleva el viento».

CAPITULO 2

Que la humildad es fundamento de todas las virtudes.

San Cipriano dice: [La humildad es fundamento de la santidad]. San Jerónimo: [La primera virtud de los cristianos es la humildad]. San Bernardo: [La humildad es fundamento y guarda de las virtudes]. Todos dicen que la humildad es fundamento de la santidad y de todas las virtudes. Y San Gregorio en una parte la llaman maestra y madre de todas las virtudes, y en otra dice que es raíz y origen de las virtudes. Esta metáfora y comparación de la raíz es muy propia, y declara mucho las propiedades y condiciones de la humildad: porque cuanto a lo primero, dice San Gregorio, así como la flor se sustenta en la raíz, y cortada se seca; así la virtud, cualquiera que sea, si no persevera en la raíz de la humildad, se seca y pierde luego. Más: así como la raíz está debajo de la tierra, y se huella y pisa, no tiene en sí hermosura ni olor, pero de allí recibe el árbol vida: así el humilde está soterrado, es hollado y tenido en poco; no parece que tiene lustre ni

resplandor, sino que está echado al rincón y olvidado: empero eso es lo que le conserva y hace crecer. Más: así como para que el árbol crezca y dure, y lleve mucho fruto, es menester arraigarse la raíz, y cuanto ésta estuviere más honda y más dentro de la tierra, tanto el árbol echará más fruto y durará más, conforme a aquello de Isaías (2 Reyes 19, 30): [*Echará raíces hacia abajo y dará frutos arriba*]; así el fructificar todas las virtudes y el conservarse en ellas está en echar hondas raíces de humildad. Cuanto más humilde fuereis, tanto más medraréis y creceréis en virtud y perfección. Finalmente, así como *la soberbia es raíz y principio de todo pecado,* como dice el Sabio (Eccli., 10 15), así dicen los Santos que la humildad es raíz y fundamento de toda virtud.

Pero dirá alguno: ¿cómo decís que la humildad es fundamento de todas las virtudes y del edificio espiritual, pues comúnmente dicen los Santos que la fe es el fundamento, conforme a aquello de San Pablo (I Cor, 3, 11): [*Ninguno puede poner otro fundamento más del que está puesto, que es Cristo Jesús*]. A esto responde muy bien Santo Tomás: Dos cosas se requieren para fundar bien una casa: lo primero, es necesario abrir bien los cimientos y echar fuera todo lo movedizo hasta llegar a lo firme, para edificar sobre ello, y después de muy bien ahondado el cimiento y sacada fuera toda la tierra movediza, se comienza a sentar la primera piedra, la cual, con las demás que se van asentando, es el principal fundamento del edificio. De esta manera, dice Santo Tomás, se han la humildad y la fe en este edificio espiritual y fábrica de las virtudes: la humildad es la que abre las zanjas; su oficio es ahondar el cimiento y echar fuera todo lo movedizo, que es la flaqueza de las fuerzas humanas. No habéis de fundar sobre vuestras fuerzas, que todo eso es arena, todo eso habéis de echar fuera, desconfiando de vos mismo, y ahondando hasta llegar a la peña viva y piedra firme, que es Cristo (1 Cor., 10, 4). Ese es el principal fundamento; pero porque para asentarse ese fundamento es menester eso otro, lo cual se hace con la humildad, por eso se llama también la humildad fundamento, y así el que con la humildad abriere bien las zanjas y ahondare en su propio conocimiento, y echare fuera todo lo movedizo de la estima y confianza de sí mismo hasta llegar al verdadero fundamento, que es Cristo, este tal edificará buen edificio, que aunque lo combatan los vientos y crezcan las aguas, no lo derrocarán, porque está fundado sobre piedra firme. Pero si edificare sin humildad, luego caerá su edificio, porque está fundado sobre arena.

No son virtudes verdaderas, sino aparentes y falsas, las que no se fundan en humildad. Y así: dice San Agustín, que en aquellos romanos y filósofos antiguos no había virtudes verdaderas, no sólo por faltarles la caridad, que es la que forma y la que da vida y ser a todas, y sin la cual no hay ninguna verdadera y perfecta virtud, sino porque les faltaba también el fundamento de la humildad; en su fortaleza, en su justicia, en su templanza, pretendían ser estimados y de dar memoria de sí; eran unas virtudes huecas y sin sustancia, y una sombra de virtudes. Y así, como no eran perfectas ni verdaderas, sino aparentes, dice que se las premió y remuneró Dios a los romanos con los bienes de esta vida, que son también bienes aparentes. Pues si queréis edificar verdaderas virtudes en vuestra alma, procurad de echar primero buen fundamento de humildad.

Dice San Agustín: Si queréis ser grande y levantar muy alto edificio de virtudes, ahondad bien las zanjas. Y cuanto uno quiere levantar más alto el edificio, tanto más ahonda los cimientos, porque no hay alto sin hondo; y así, a la medida y proporción que ahondareis y echareis los cimientos de la humildad, podréis levantar esta torre de la perfección evangélica que habéis comenzado. Santo Tomás de Aquino, entre otras sentencias graves que se refieren suyas, decía de la humildad: Quien anda con deseo de honra, quien huye de ser tenido en poco, y le pesa si lo es, aunque haga maravillas, lejos está de la perfección, porque todo es virtud sin cimiento.

CAPÍTULO 3

En que se declara más en particular cómo la humildad es fundamento de todas las virtudes, discurriendo por las más principales.

Para que se vea mejor cuán verdadera es esta sentencia de los Santos, que la humildad es fundamento de todas las virtudes, y cuán necesario es este fundamento para todas ellas, iremos discurriendo brevemente por las más principales.

Comenzando por las teologales, para la fe es menester humildad: dejo los niños, a los cuales se les infunde la fe, sin acto propio en el Bautismo; hablo de los adultos, que ya tienen uso de razón. La fe pide un entendimiento humilde y rendido. [*Cautivando nuestro entendimiento en servicio de Cristo*], dice el Apóstol San Pablo (2 Cor., 10, 51); y el entendimiento soberbio es impedimento y estorbo para recibir la fe; y así dice

Cristo nuestro Redentor a los fariseos (Jn., 5. 44): *¿Cómo podéis vosotros creer en Mí, pues buscáis su honrados unos de otros, y no buscáis la honra que de sólo Dios viene?* Y no sólo para recibir la le es menester humildad, sino también para conservarla. Doctrina es común de los doctores y Santos, que la soberbia es Principio de todas las herejías. Estima uno tanto su parecer y juicio, que le antepone al sentir común de los Santos y de la Iglesia, y de ahí viene a dar en herejías. Y así dice el Apóstol (2 Tim., 3, I): *Os hago saber que en los días postreros habrá unos tiempos muy peligrosos, porque los hombres serán muy amadores de sí mismos, codiciosos, altivos, soberbios.* A la relación y soberbia atribuye los errores y herejías, como lo prosigue muy bien San Agustín.

La esperanza, con la humildad se sustenta: porque el humilde siente su necesidad, y entiende que no puede de sí cosa alguna, y así con más afecto se vale de Dios y pone toda su esperanza en El.

La caridad y amor de Dios, con la humildad se aviva y enciende; porque el humilde conoce que todo lo que tiene le viene de la mano de Dios y que él está muy lejos de merecerlo, y con esto se enciende e inflama mucho en amor de Dios. Decía el Santo Job (7, 17): *¿Quién es el hombre, Señor, para que os acordéis de él, y pongáis vuestro corazón en él, y le hagáis tantos favores y mercedes?* ¿Yo tan malo para con Vos y Vos tan bueno para conmigo? ¿Yo porfiar a ofenderos cada día y Vos a hacerme mercedes cada hora? Este es uno de los principales motivos de que se ayudaban los Santos para encenderse mucho en amor de Dios. Mientras más consideraban su indignidad y miseria, más obligados se hallaban a amar a Dios, que puso los ojos en tan grande bajeza. Decía la sacratísima Reina de los ángeles (Lc., 1, 46-48): *Magnifica y engrandece mi ánima al Señor, porque puso los ojos en la bajeza de su sierva.*

Para la caridad con los prójimos, bien se ve cuán necesaria es la humildad; porque una de las cosas que suele entibiar y disminuir el amor de nuestros hermanos es juzgar sus faltas y tenerlos por imperfectos y defectuosos; y el humilde está muy lejos de eso, porque tiene puestos los ojos en sus faltas propias, y en los otros nunca mira sino sus virtudes; y así a todos los tiene por buenos, y a sí sólo por malo e imperfecto y por indigno de estar entre sus hermanos; y de aquí nace en él una estima y respeto y un amor grande a todos. Más: al humilde no le pesa de que todos le sean preferidos, y de que se haga caso de los otros y que el sólo sea olvidado, ni de que a los otros se les encomienden las cosas mayores y a él las bajas y pequeñas; no hay envidia entre los humildes, porque la envidia nace de la so-

berbia; y así, si hay humildad, ni habrá envidia ni encuentros ni cosa que entibie el amor de los hermanos.

De la humildad nace también la paciencia, tan necesaria en esta vida; porque el humilde conoce sus culpas y pecados, se ve digno de cualquier pena, ningún trabajo le viene que no lo juzgue por menor de lo que había de ser conforme a sus culpas; y así calla y no se sabe quejar, antes dice con el profeta Miqueas (7, 9): *Sufriré de buena gana el castigo que Dios me envía, porque he pecado contra Él.* Así como el soberbio de todo se queja y le parece que le hacen sinrazón, aunque no se la hagan, y que nose la hagan, y que no le tratan como merece, así, el humilde, aunque le hagan sin razón, no lo echa de ver, ni lo juzga por tal; en ninguna cosa entiende que le hacen agravio, antes todo le parece que le viene ancho, y de cualquier manera que le traten está muy satisfecho que le tratan mejor de lo que él merece. Gran medio es la humildad para la paciencia. Y así el Sabio avisando al que quiere servir a Dios que se prepare para sufrir tentaciones y disgustos, y que se arme de paciencia, el medio que le da para ello es que se humille (Ecli., 2, 2 y 4): *Trae abatido tu corazón, y así sufre; todo lo que se te ofreciere aunque sea muy contrario al gusto y a la sensualidad, recíbelo bien; y aunque te duela, súfrelo. Pues, ¿cómo será eso?* ¿Qué armas me vestís para que no lo sienta o para que, ya que lo sienta, lo lleve bien? Tened humildad y así tendréis paciencia.

De la humildad nace también la paz, tan deseada de todos y tan necesaria al religioso; así lo dice Cristo nuestro Redentor (Mt., 11, 29): [*Aprended de mí, que soy manso y humilde de corazón, y hallaréis descanso para vuestras almas*]. Sed humildes y tendréis gran paz con vos, y también con vuestros hermanos. Así como entre los soberbios siempre hay rencillas, contiendas y porfías, dice el Sabio (Prov., 13, 10), así entre los humildes no puede haber rencilla ni disensión, si no es aquella santa rencilla y porfía de cuál será más humillado, y de dar cada uno la ventaja al otro, cual fue aquella graciosa contienda entre San Pablo y San Antonio sobre el partir el pan: el uno importunaba al otro porque era huésped; el otro a éste porque era más anciano; cada uno buscaba por dónde preferir y dar la ventaja al otro. Estas son buenas rencillas y contiendas, que así como nacen de verdadera humildad, así no sólo no van contra la paz y caridad fraterna, sino la confirman y conservan más.

Vengamos a aquellas tres virtudes propias y esenciales del religioso, a que nos obligamos por los tres votos de la pobreza, castidad y obediencia.

La pobreza tiene tanta conexión y parentesco con la humildad, que parecen hermanas de un vientre. Y así, por la pobreza de espíritu que Cristo nuestro Señor puso por la primera de las bienaventuranzas, unos Santos entienden la humildad, otros la pobreza voluntaria, cual es la que los religiosos profesan. Y es menester que la pobreza ande siempre muy acompañada de humildad, porque la una sin la otra es cosa peligrosa; fácilmente se suele criar un espíritu de vanagloria y soberbia del vestido pobre y vil, y de allí suele nacer un menosprecio de los otros; y por esto San Agustín huía de muy viles vestiduras, y quería que sus religiosos trajesen vestidos honestos y decentes para huir de este inconveniente. Y por otra parte, también es menester humildad para que no queramos andar muy acomodados y que no nos falte nada, sino que nos contentemos con lo que nos dieren, y con lo peor, pues somos pobres y profesamos pobreza.

Para la guarda de la castidad, que sea necesaria la humildad, tenemos muchos ejemplos en las Historias de los Padres del Yermo, de feas y torpísimas caídas en hombres de muchos años de penitencia y vida solitaria, que todas ellas nacían de falta de humildad, y de presunción y fiarse de sí, lo cual suele Dios castigar con permitir semejantes caídas. Es la humidad tan grande ornato de la castidad y pureza virginal, que dice San Bernardo: Me atrevo a decir que, sin humildad, aun la virginidad de nuestra Señora no agradara a Dios.

Vengamos a la virtud de la obediencia, en la cual quiere nuestro Padre que nos señalemos los de la Compañía. Cosa clara es que no puede ser buen obediente el que no fuere humilde: ni dejarlo de ser el que lo fuere. Al humilde cualquiera cosa se le puede mandar, no así al que no lo fuera. El humilde no tiene juicio contrario, en todo se conforma con el superior, así con la obra como con la voluntad y entendimiento: no hay en él contradicción ni resistencia alguna.

Pues si venimos a la oración, en que estriba la vida del religioso y del varón espiritual, si no va acompañada de humildad, no tiene valor; y la oración con humildad penetra los Cielos. La oración del que se humilla, dice el Sabio (Eccli., 35, 21), *penetrará los Cielos y no descansará hasta [que llegue al trono del Altísimo, ni saldrá de allí hasta] que alcance de Dios todo lo que desea*. Aquella santa y humilde Judith, encerrada en su oratorio, vestida de cilicio, cubierta de ceniza, postrada en tierra, clama y da voces (9, 16): *Siempre os agradó, Señor, la oración de los humildes y de los mansos de corazón*.- (Sal.. 101, 18): *Miró Dios la oración de los humildes, y no menospreció sus ruegos*. -(Sal 73. 21): *no hayáis miedo que*

sea desechado el humilde ni que vaya confundido; él alcanzará lo que pide. Dios oirá su oración. Mirad cuánto agradó a Dios aquella oración humilde del publicano del Evangelio, que no osaba alzar los ojos al Cielo, ni acercarse al altar, sino allá lejos en un rincón del templo, hiriendo sus pechos, con humilde conocimiento, decía (Lc., 18, 13): *Señor, habed misericordia de mí, que soy gran pecador. De verdad os digo*, dice Cristo nuestro Redentor, *que salió éste justificado del templo*, y el otro fariseo soberbio que se tenía por bueno, salió condenado.

De esta manera podríamos discurrir por las demás virtudes; y así si queréis un atajo para alcanzarlas todas, y un documento breve y compendioso para llegar presto a la perfección, éste es: sed humilde.

CAPITULO 4

De la necesidad particular que tienen de esta virtud los que profesan ayudar a le salvación de los prójimos.

Cuanto fueres mayor, tanto más te humilla, dice el Sabio (Eccli., 3. 20), *y hallarás gracia delante de Dios*. Los que profesamos ganar almas para Dios, tenemos oficio de grandes; que para nuestra confusión, bien lo podemos decir: nos ha llamado el Señor a un estado muy alto; porque nuestro Instituto es para servir a la Santa Iglesia en muy altos y levantados ministerios (para los cuales escogió Dios los Apóstoles) que son la predicación del Evangelio, la administración de los sacramentos y de su sangre preciosísima; que podemos decir con San Pablo (2 Cor., 5, 18): [*Nos dio el ministerio de reconciliación*]. Llama ministerio de reconciliación la gracia, y la predicación del Evangelio, y los Sacramentos, por donde se comunica esta gracia. [*Y nos encomendó el predicar la reconciliación. Somos, pues, embajadores de Cristo*]. Nos hizo Dios ministros suyos, embajadores suyos, como apóstoles suyos, legados del sumo pontífice Jesucristo, lenguas e instrumentos del Espíritu Santo: [*Exhortando Dios mismo por nuestra boca*]. Por nosotros es servido el Señor de hablar a las almas; por estas lenguas de carne quiere el Señor mover los corazones de los hombres.

Pues por esto tenemos más necesidad que otros de la virtud de la humildad, por dos razones: la primera, porque cuanto más alto es nuestro Instituto y la alteza de nuestra vocación, tanto es mayor nuestro peligro y el combate de la soberbia y vanidad. Los montes más altos, dice San Jerónimo, con mayores vientos son combatidos. Andamos en ministerios muy

altos, y por eso somos respetados y estimados de todo el mundo; somos tenidos por santos y por otros apóstoles en la tierra; y que nuestro trato es todo santidad y hacer santos a los que tratamos. Grande fundamento de humildad es menester para no dar con tan alto edificio en tierra; gran fuerza y gran caudal de virtud es menester para sufrir el peso de la honra y ocasiones que vienen con ella; cosa dificultosa es andar entre honras y que no se pegue algo al corazón; no todos tienen cabeza para andar en alto. ¡Oh, cuántos se han desvanecido y caído del estado alto en que estaban, por faltarles este fundamento de humildad! ¡Cuántos que parecía que como águilas iban levantados en el ejercicio de las virtudes, por soberbia quedaron hechos murciélagos! Milagros hacía aquel monje, de quien se escribe en la Vida de San Pacomio y Palemón, que andaba sobre las brasas sin quemarse; empero de aquello mismo se ensoberbeció y tenía en poco a los otros y decía de sí mismo: «Este es santo, que anda sobre las brasas sin quemarse: ¿cuál de vosotros hará otro tanto?» Le corrigió San Palemón, viendo que era soberbia, y al fin vino a caer miserablemente y acabar mal. Llena está la Escritura y las historias de los Santos de semejantes ejemplos.

Pues por esto tenemos particular necesidad de estar muy fundados en esta virtud; porque, si no, estamos en gran peligro de desvanecernos y caer en pecado de soberbia, y en la mayor que hay, que es la soberbia espiritual. San Buenaventura, declarando esto, dice que hay dos maneras de soberbia: una, de las cosas temporales, y ésta llama soberbia carnal; otra, de las cosas espirituales, que llama soberbia espiritual; y ésta, dice es mayor soberbia y mayor pecado que la primera, y la razón está clara; porque el soberbio, dice San Buenaventura, es ladrón, comete hurto, porque se alza con lo ajeno, contra la voluntad de su dueño: Alzase con la gloría y honra que es propia de Dios y que no la quiere él dar a otro, sino reservarla para sí. [*Mi gloria no la daré a otro*], dice Él por Isaías (42, 8). Esa quiere hurtar a Dios el soberbio, y alzarse con ella, y atribuirla a sí. Pues cuando uno se ensoberbece de un bien natural, de la nobleza, de la buena disposición del cuerpo, del buen entendimiento, de las letras u otras habilidades semejantes, ladrón es; pero no es tan grande el hurto, porque aunque es verdad que todos esos bienes son de Dios, pero son los salvados de su casa; empero el que se ensoberbece de los dones espirituales de gracia, de la santidad, del fruto que hace en las almas, ése es gran ladrón, robador de la honra de Dios; ladrón famoso que, hurta las joyas más ricas y de mayor precio y valor delante de Dios, que las estimó Él en tanto, que por ellas dio por bien empleada su sangre y su vida. Y así el bienaventurado San Fran-

cisco andaba con grande temor de caer en esta soberbia, y decía a Dios: Señor, si algo me diereis, guardadlo Vos, que yo no me atrevo, porque soy un gran ladrón, que me alzo con vuestra hacienda. Pues andemos nosotros también con este temor, que tenemos más razón de tenerle, pues no somos tan humildes como San Francisco; no caigamos en esta soberbia tan peligrosa; no nos alcemos con la hacienda de Dios, que la traemos entre las manos y ha hecho Dios mucha confianza de nosotros; no sé nos pegue algo, ni nos atribuyamos a nosotros cosa alguna; volvámoselo todo a Dios.

No sin gran misterio, Cristo, nuestro Redentor, cuando apareció a sus discípulos el día de su gloriosa Ascensión, *primero los reprendió de su incredulidad y dureza de corazón* (Mc., 16, 14), y después les mandó ir a predicar el Evangelio por todo el mundo, y les dio poder para hacer muchos y grandes milagros; dándonos a entender que quien ha de ser levantado a grandes cosas, primero es menester que sea humillado y se abata en sí mismo y tenga conocimiento de sus propias flaquezas y miserias, para que, aunque después vuele sobre los cielos y haga milagros, quede entero en su propio conocimiento, y asido a su propia bajeza, sin atribuirse a sí mismo otra cosa sino su indignidad. Teodorato nota a este propósito que por esta misma causa, queriendo Dios elegir a Moisés por capitán y caudillo de su pueblo, y hacer por su medio tantas maravillas y señales como había de hacer, quiso que primero aquella mano con que había de dividir el mar Rojo y hacer obras tan maravillosas, entrándola en el seno, la sacase y viese toda llena de lepra (Éxodo 4. 6).

La segunda razón por la cual tenemos más particular necesidad de humildad, es para hacer fruto con esos mismos ministerios que tenemos, de manera que no sólo nos es necesaria la humildad para nosotros, para nuestro propio aprovechamiento, para que no nos desvanezcamos y ensoberbezcamos, y así nos perdamos sino también para ganar a nuestros prójimos y hacer fruto en sus almas. Uno de los principales y más eficaces medios para esto es la humildad, que desconfiemos de nosotros mismos y no estribemos en nuestras fuerzas, industria y prudencia, sino que pongamos toda nuestra confianza en Dios, y a Él lo refiramos y atribuyamos todo, conforme a aquello del Sabio (Prov. 3, 5): [*Ten confianza en Dios de todo tu corazón, y no estribes en tu prudencia*]. Y la razón de esto, como diremos después más largamente (caps. 10 y 23), es porque cuando desconfiamos de nosotros ponemos toda nuestra confianza en Dios, se lo atribuimos todo a Él, y le hacemos cargo de todo, con que le obligamos mucho a que Él tome la mano en ello. Señor, haced vuestro negocio: la con-

versión de las almas negocio vuestro es y no nuestro: ¿qué parte somos nosotros para esto? Pero cuando vamos confiados en nuestros medios y en nuestras razones, nos hacemos parte en el negocio, atribuyendo mucho a nosotros mismos, y todo eso quitamos a Dios. Son como las dos balanzas, que cuanto sube la una, baja la otra; cuanto atribuimos a nosotros, quitamos a Dios, y nos queremos alzar con la gloria y honras que es propia suya; y así permite El que no se haga nada. ¡Y plega al Señor que no sea ésta algunas veces la causa de no hacer tanto fruto en los prójimos!

De nuestro bienaventurado Padre San Ignacio leemos en su Vida, que con unas pláticas de doctrina cristiana que hacía en Roma, llanas y con palabras toscas e impropias, porque no sabía bien la lengua italiana, hacia tan grande fruto en las almas, que en acabando la plática venían los oyentes, heridos los corazones de dolor, gimiendo y sollozando a los pies del confesor, que de lágrimas y sollozos apenas podían hablar. Porque no ponía la fuerza en las palabras, sino en el espíritu: [*No en retórica de humana sabiduría, sino en la manifestación del espíritu y virtud de Dios*], como dice San Pablo (I Cor., 2, 4). Iba desconfiado de sí, Y ponía toda su confianza en Dios, y así Él daba tanta fuerza y espíritu a aquellas palabras toscas, e impropias, que parecía que arrojaba unas como llamas encendidas en los corazones de los oyentes. Ahora no sé si el no hacer tanto fruto es que vamos muy asidos a nuestra prudencia, y estribamos y confiamos mucho en nuestros medios, letras y razones, y en el modo de decirlas muy pulido y elegante, y nos vamos saboreando y contentando mucho de nosotros mismos. Pues yo haré, dice Dios, que cuando a vos os parece que habéis dicho mejores cosas y más concertadas razones, quedáis muy contento y ufano, pareciéndoos que habéis hecho algo, entonces hagáis menos y se cumpla en vos aquello que dice el Profeta Oseas (9, 14): [*Dadles, Señor. —¿Qué les daréis? —Dadles vientres estériles sin hijos, y pechos secos sin leche*]. Yo os haré madre estéril, que no tengáis más que el nombre: el P. Fulano, el P. Predicador; con el nombre sólo os quedaréis, y no tendréis hijos espirituales; os daré pechos secos, que no se os peguen hijos, ni se les pegue lo que les decís: que eso merece el que se quiere alzar con la hacienda de Dios, y atribuirse a sí lo que es propio de su divina Majestad.

No digo yo que no ha de ir muy bien estudiado y muy bien mirado lo que se predica; pero no basta eso, es menester que vaya también muy bien llorado y muy encomendado a Dios, y que después que os hayáis quebrado la cabeza en estudiarlo y rumiado digáis (Lc., 17, 10): *Siervos somos sin provecho*, [*lo que estábamos obligados a hacer, hicimos*]. ¿Qué puedo yo

hacer? Cuando mucho, un poco de ruido con mis palabras, como la escopeta sin pelota, pero el golpe en el corazón, Vos, Señor, sois el que le habéis de dar. (Prov., 21, 1): [*En las manos del Señor está el corazón del rey; adonde quisiere lo inclinará*]. Vos, Señor, sois el que habéis de herir y mover los corazones: ¿Qué parte somos nosotros para eso? ¿Qué proporción hay de nuestras palabras, y de cuantos medios humanos podemos nosotros poner, para un fin tal alto y sobrenatural como es convertir las almas? Ninguna. Pues ¿por qué quedamos tan ufanos y contemos de nosotros mismos, cuando nos parece que se hace fruto, y que nos suceden bien los negocios, como si nosotros los hubiéramos acabado? ¿Por ventura, dice Dios por Isaías (10, 15), *se gloriará el hacha, o la sierra, contra el que obra con ella, diciendo: Yo soy la que he cortado, yo soy la que he aserrado la madera? Eso es como si el báculo se ensalzase y engriese, porque le levantan, siendo un leño que no se puede menear si no le menean.* Pues de esa manera somos nosotros respecto del fin espiritual y sobrenatural de la conversión de las almas. Somos como unos leños, que no nos podemos mover ni menear si Dios no nos menea. Y así, todo se lo hemos de atribuir a Él, y no tenemos de qué gloriarnos.

Estima Dios tanto que no estribemos en nuestras fuerzas y medios humanos, y que no nos atribuyamos nada a nosotros, sino que todo se lo atribuyamos a Él, y a Él demos la gloria de todo, que por esto dice San Pablo (1 Cor, 1, 27-31) que Cristo nuestro Redentor, para la predicación de su Evangelio y convertir el mundo, no quiso escoger letrados, ni hombres elocuentes, sino unos pobres pescadores, idiotas y sin letras. *Escogió Dios ignorantes e idiotas para confundir a los sabios del mundo; escogió pobres y flacos, para confundir a los fuertes y poderosos; escogió los bajos y abatidos en el mundo y que parece que no eran nada en él, para derribar reyes y emperadores y todos los grandes de la tierra*. ¿Sabéis por qué?, dice San Pablo: Para que no se gloríe el hombre delante de Dios, ni tenga ocasión de atribuirse nada a sí, sino que [*el que se gloría, se gloríe en el Señor*], todo lo atribuya a Dios, y a Él dé la gloria de todo. Si los predicadores del Evangelio fueran muy ricos y poderosos, y con mucha gente y mano armada fueran por ese mundo a predicar el Evangelio, pudiera atribuir la conversión al poder y fuerza de armas; si escogiera Dios para eso grandes letrados y grandes retóricos del mundo, que con sus letras y elocuencia convencieran a los filósofos, se pudiera atribuir la conversión a su elocuencia y a la sutileza de sus argumentos, y se disminuyera con eso el crédito y reputación de le virtud de Cristo. Pues no de esa manera, dice San Pablo (1 Cor, 1, 17): *No quiso Dios que fuese con sabiduría y elo-*

cuencia de palabras, para no se menoscabase la estima de la virtud y eficacia de la cruz y Pasión de Cristo. Dice San Agustín: Nuestro Señor Jesucristo, queriendo quebrantar y abajar las cervices de los soberbios, no buscó pescadores por oradores, sino por unos pobres pescadores derribó y ganó a los oradores y a los emperadores. Gran retórico y orador fue San Cipriano, pero primero fue un San Pedro pescador, por medio del cual creyese y se convirtiese, no sólo el orador, sino también el emperador.

Llena está la sagrada Escritura de ejemplos en que escogía Dios instrumentos y medios flacos para hacer cosas grandes, para enseñarnos esta verdad y que quedase muy fija en nuestros corazones, que no tenemos de qué gloriarnos, ni qué atribuir nada a nosotros, sino todo a Dios. Eso nos quiso decir aquella insigne victoria de Judith, una mujer flaca contra un ejército de más de ciento y cuarenta mil hombres. Esto nos dice lo de un pastorcico David, que muchacho sin armas, con su honda, derribó al gigante Goliat. *Para que sepa todo el mundo*, dice (1 Sam., 17, 46), *que hay Dios en Israel, y entiendan todos que no ha menester Dios espada ni lanza para vencer, porque suya es la batalla y suya es la victoria*; y para que eso se entienda, la quiere Él dar sin armas.

Este fue también el misterio de Gedeón, el cual había juntado treinta y dos mil hombres contra los madianitas, que eran más de ciento y treinta mil, y le dice Dios (Judic., 7, 2): *Gedeón, mucha gente tienes; con tanta gente no podrás vencer*. Mirad que razón da Dios: «No podréis vencer, porque sois muchos». Si dijera: «No podréis vencer, porque ellos son muchos, y vosotros pocos», parece que llevaba camino. Os engañáis, no lo entendéis, esa fuera razón de hombres, esa otra es razón propia de Dios: «No podréis vencer, dice Dios, porque sois muchos»; ¿por qué? Porque no se gloríe contra Mi Israel [*y diga: Con mis fuerzas y mi brazo me he librado*], y se alce con la victoria puede muy ufano, pensando que con sus fuerzas ha vencido. Da Dios traza que sólo queden trescientos hombres a Gedeón, y con ésos le manda que presente la batalla al enemigo, y con ellos le dio la victoria. Y aun no fue menester que se pusiesen en armas, ni que echasen mano a las espadas, sino sólo con el sonido de las trompetas, que llevaban en la una mano, y con el ruido de quebrar los cántaros y el resplandor de las hachas encendidas, que llevaban en la otra mano, causó Dios tanto terror y espanto en los enemigos, que unos a otros se atropellaban y mataban, huyendo, pensando que venía todo el mundo sobre ellos. Ahora no diréis que por vuestras fuerzas habéis vencido. Esos lo que pretende Dios.

Pues si en las cosas temporales y humanas, en las cuales nuestros medios tienen alguna proporción con el fin, y nuestras fuerzas con la victoria, no quiere Dios que nos atribuyamos a nosotros cosa alguna, sino que la victoria de la batalla y el buen suceso de los negocios, todo se le atribuya a Él; si aun en las cosas naturales *ni el que planta, ni el que riega es algo*: no es el hortelano el que hace crecer las plantas y dar fruto a los árboles, sino Dios; ¿qué será en las cosas espirituales y sobrenaturales de la conversión de las almas, y de su aprovechamiento y crecimiento en virtud, donde nuestros medios, fuerzas e industrias quedan tan cortas y tan atrás, que ninguna proporción tienen con tan alto fin?

Y así dice el Apóstol San Pablo (1 Cor., 3, 7): [*Ni el que planta es algo ni el que riega, sino*] *Dios sólo es el que puede dar el crecimiento y fruto espiritual*. Dios sólo es el que puede poner terror y espanto en los corazones de los hombres. Dios sólo es el que puede hacer que los hombres aborrezcan los pecados y dejen la mala vida: que nosotros solamente podemos hacer un poco de ruido con la trompeta de su Evangelio; y si quebrantamos los cántaros de nuestros cuerpos con la mortificación para que nuestra luz resplandezca delante de los hombres con vida muy ejemplar, no haremos poco; con eso Dios dará la victoria.

Saquemos de aquí dos cosas que ayudarán mucho para ejercitar nuestros ministerios con mucho consuelo y aprovechamiento, así nuestro como de los prójimos. La primera, lo que está dicho, que desconfiemos de nosotros y pongamos toda nuestra confianza en Dios, y, todo el fruto y buen suceso de los negocios se lo atribuyamos a Él. Dice San Crisóstomo: no nos ensoberbezcamos, sino confesémonos por inútiles para que así seamos útiles y provechosos. Y San Ambrosio dice: Si queréis hacer mucho fruto en los prójimos, guardad aquel documento que nos enseña el Apóstol San Pedro (1 Pedro 4, 11]. *El que habla haga cuenta que Dios puso aquellas palabras en su boca; el que obra haga cuenta que Dios es el que obra por él, y le dé a él la gloria y honra de todo.* No nos atribuyamos a nosotros cosa alguna, ni nos alcemos con nada, ni tomemos vano contentamiento de ello.

La segunda cosa que hemos de sacar, es no desanimarnos, ni desconfiar, viendo nuestra poquedad y miseria. De lo cual tenemos también mucha necesidad: porque ¿quién viéndose llamado a un fin e Instituto tan alto sobrenatural, como es convertir almas, sacarlas de pecados, de herejías e infidelidad; quién poniendo los ojos en sí no desmayará? ¡JESÚS! ¡Qué desproporción tan grande! No dice a mí esa empresa; que yo soy más ne-

cesitado, miserable que todos. ¡Oh! ¡Qué engañado estáis! Antes por eso dice a vos esa empresa. No podía acabar de creer Moisés que él había de hacer una obra tan grande, como era sacar al pueblo de Israel del cautiverio de Egipto, y se excusaba con Dios que le enviaba a eso: *¿Quién soy yo, para ir a tratar con el rey y hacer que deje salir el pueblo de Israel de Egipto?* (Éxodo 3, 11). *Enviad, Señor, a quien habéis de enviar* (Éxodo 4, 13); que yo no soy para eso, que soy tartamudo. Eso es lo que yo he menester, dice Dios: que no lo has de hacer tú, Yo seré contigo, y te enseñaré lo que has de hablar. Lo mismo aconteció al profeta Jeremías (1, 6): le enviaba Dios a predicar a las gentes, y comienza a excusarse: *¡Ah!, ¡ah!, ¡ah! ¿No veis, Señor, que no acierto a hablar, que soy niño?* ¿Cómo me queréis enviar a una empresa tan grande? Y aun por eso, que bien estáis en la cuenta; eso es lo que anda Dios a buscar; antes, si tuvierais muchas partes, por ventura no os escogiera Dios para eso, porque no os alzarais con ello y os atribuyerais a vos algo. Anda Dios a escoger gente humilde, gente que no se atribuya nada a sí, y por ésos quiere hacer cosas grandes. Cuentan los sagrados Evangelistas (Lc., 10, 21; Mt., 11, 25) que, viniendo de predicar los Apóstoles, viendo Cristo nuestro Redentor el fruto y maravillas que habían hecho, *se regocijó en Espíritu Santo*, y comenzó a glorificar y dar gracias a su Padre Eterno: *Gracias te doy, Padre Eterno, Señor del Cielo y de la tierra que escondiste estas cosas a los sabios y prudentes del mundo, y las revelaste y comunicaste a los pequeñuelos*, y por ellos quieres hacer tantas maravillas y milagros; *bendito y alabados seáis, Señor, para siempre, porque os ha placido hacerlo así.* ¡Oh! ¡Dichosos los pequeñuelos, dichosos los humildes, los que no se atribuyen nada a sí, porque ésos son los que levanta Dios; ésos son por quien hace las maravillas; toma Él por instrumento para hacer grandes cosas, grandes conversiones y grande fruto en las almas! Por eso nadie desconfíe, nadie se desanime (Lc., 12, 32). *No quieras temer, manada pequeña* [*porque se complació mi Padre de daros el reino*], no desmayes ni te desanimes, Compañía mínima de JESÚS, por verte pequeñuela y la más mínima de todas, porque le ha placido a vuestro Padre celestial de franquearos las almas y los corazones de los hombres. Yo seré con vosotros, dijo Cristo nuestro Redentor a nuestro padre Ignacio cuando le apareció yendo a Roma [Yo os seré propicio en Roma]. Yo os ayudaré. Yo seré en vuestra compañía. Y por este milagro y aparición maravillosa se le dio a esta Religión este nombre y apellido de Compañía de JESÚS, para que entendamos que no somos llamados a la Compañía y Orden de Ignacio, sino a la Compañía de JESÚS, y tengamos por cierto que JESÚS será siempre en nuestra ayuda, como Él se lo prometió a nuestro

Padre, y que a Él tenemos por caudillo y capitán, y así no nos cansemos ni desmayemos en esta empresa tan grande de ayudar a las almas, a que Dios nos ha llamado.

CAPITULO 5

Del primer grado de humildad, que, es tenerse uno en poco y sentir bajamente de sí mismo.

San Laurencio Justiniano dice que ninguno conoce bien qué es humildad, sino el que ha recibido de Dios ser humilde. Es cosa muy difícil de conocer. En ninguna cosa se engaña tanto el hombre, dice este Santo, como en conocer la verdadera humildad. ¿Pensáis que consiste en decir que soy un miserable, y que soy un soberbio? Si en esto consistiera, bien fácil cosa fuera; todos fuéramos humildes, porque todos andamos diciendo de nosotros que somos unos tales y unos cuales; ¡plega al Señor que lo sintamos así y que no lo digamos solamente con la boca y por cumplimiento! ¿Pensáis que consiste la humildad en traer vestidos viles y despreciados, o en andar en oficios bajos y humildes? No consiste en eso, porque ahí puede haber también mucha soberbia, y desear uno ser tenido y estimado por eso, y tenerse por mejor y más humilde que otros, que es la fina soberbia. Verdad es que ayudan mucho estas cosas exteriores a la verdadera humildad, si se toman como deben, como adelante diremos; pero, al fin, no consiste en eso la humildad. Dice San Jerónimo: Muchos siguen la sombra y apariencia de humildad; fácil cosa es traer la cabeza inclinada, los ojos bajos, hablar con voz humilde, suspirar muchas veces, y a cada palabra llamarse miserables y pecadores; pero si a ésos les tocáis con una palabra, aunque sea muy liviana, luego veréis cuán lejos están de la verdadera humildad; cesen todas las palabras fingidas, vayan fuera todas esas hipocresías y exterioridades: que el verdadero humilde, en la paciencia y sufrimiento se echa de ver; ésa, dice San Jerónimo, es la piedra de toque, donde se conoce la verdadera humildad.

San Bernardo desciende más en particular a declarar en qué consiste esta virtud, y pone su definición: La humildad es una virtud, con la cual, el hombre, considerando y viendo sus defectos y miserias, se tiene en poco a sí mismo. No está la humildad en palabras ni en cosas exteriores, sino en lo íntimo del corazón, en un sentir bajísimamente de sí mismo, en tenerse

en poco, y en desear ser tenido de los otros en baja reputación, que nazca de un profundísimo conocimiento propio.

Para declarar y desmenuzar más esto, ponen los Santos muchos grados de humildad. El bienaventurado San Benito, a quien sigue Santo Tomás y otros Santos, pone doce grados: San Anselmo pone siete; San Buenaventura los reduce a tres; y esto seguiremos, ahora por causa de más brevedad, y para que, recogiendo la doctrina a menos puntos, la tengamos más delante de los ojos para ponerla por obra.

El primer grado de humildad, dice San Buenaventura, es que se tenga uno sí mismo en poco y sienta bajamente de sí; Y el medio único y necesario para esto es el propio conocimiento. Estas dos cosas son las que comprende la definición de la humildad de San Bernardo, y así sólo comprende este primer grado. La humildad es una virtud con la cual el hombre se tiene en poco a sí mismo; veis ahí lo primero. Y esto hace, dice San Bernardo, teniendo verdadero conocimiento de sí y de sus miserias y defectos. Por esto ponen algunos por primer grado de humildad el conocimiento propio, y con mucha razón. Pero nosotros, como reducimos todos los grados a tres, con San Buenaventura, ponemos por primer grado de humildad el tenerse uno a sí mismo en poco; y al conocimiento propio, ganémosle por medio necesario para alcanzar este grado de humildad; pero en la sustancia, todo es uno. Todos convenimos en que el conocimiento propio es el principio y fundamento para alcanzar la humildad y tenernos en lo que somos. Porque ¿cómo habéis de tener a uno en lo que es, si no le conocéis? no puede ser: es menester que primero conozcáis quién es, y así le tendréis y honraréis como a tal. Así, es menester que primero os conozcáis quién sois, y después teneos en lo que sois, que para eso licencia tenéis. Porque si os tenéis en lo que sois, seréis bien humilde, porque os tendréis en muy poco; pero si os queréis tener en más de lo que sois, eso es soberbia. Dice San Isidoro: Por eso se llama uno soberbio, porque se tiene y quiere ser tenido sobre lo que es y en más de lo que es. Y ésta es una de las razones que dan algunos de amar Dios tanto la humildad, porque es muy amigo de la verdad, y la humildad es verdad, y la soberbia y presunción es mentira y engaño; porque no sois vos lo que pensáis, ni lo que queréis que los otros piensen que sois. Pues si queréis andar en verdad y en humildad, teneos en lo que sois. Por cierto, que no parece que pedimos mucho en pedir que os tengáis en lo que sois y que no queráis tener en más, porque no es razón que nadie se tenga en más de lo que es, antes sería grande engaño y muy

peligroso, andar uno engañado en sí mismo, teniéndose por otro de lo que es.

CAPÍTULO 6

Del propio conocimiento, que es la raíz, el medio único y necesario para alcanzar la humildad.

Comencemos a cavar y ahondar en lo que somos y en el conocimiento de nuestras miserias y flaquezas, para que así descubramos este riquísimo tesoro. Dice San Jerónimo: Entre ese estiércol de vuestra bajeza y de vuestros pecados y miserias, hallaréis esta margarita preciosa de la humildad.

Comencemos del ser corporal, sea ésa la primera azadonada. Dice San Bernardo: Estas tres cosas ten siempre delante de los ojos: qué fuiste, qué eres, qué serás. Ten siempre delante de los ojos lo que fuiste antes de tu generación, que es una materia hedionda y sucia que no se puede decir; qué eres ahora, que es un vaso de estiércol; qué serás de aquí a poco, que serás manjar de gusanos. Bien tenemos aquí qué meditar y en qué ahondar. Dice muy bien Inocencio Papa: ¡Oh condición baja y vil de la naturaleza humana! Mira los árboles y las yerbas del campo, y hallarás que ellos producen y echan de sí hojas y frutos muy buenos; y el hombre produce y cría de sí mil sabandijas. Las plantas y los árboles producen de sí aceite, vino y bálsamo, y echan de sí un olor muy suave; y el hombre echa de sí mil inmundicias y un hedor abominable, que pone asco pensar en ello, cuanto más decirlo. Al final, cuales el árbol, tal es el fruto, porque el árbol malo no puede llevar futo bueno.

Con mucha razón por cierto y con mucha propiedad comparan los Santos al cuerpo humano a un muladar cubierto de nieve, que por de fuera parece blanco y hermoso, y dentro está lleno de inmundicias y suciedades. Dice el bienaventurado San Bernardo: Si os ponéis a considerar lo que echáis por los ojos, oídos, boca y narices y por los demás albañares del cuerpo, no hay muladar tan sucio, ni que tales rosas eche de sí. ¡Oh, qué bien dijo el santo Job! (17, 14). ¿Qué es el hombre, sino un poco de podre y un manantial de gusanos? *A la podre dije: Di eres mi padre*. La semejanza que hay de podre a padre, ésa y más hoy de nosotros a la podre. *Y a los gusanos dije: Vosotros sois mi madre y mis herma- nos*; eso es el hom-

bre un manantial de podre y costal de gusanos. ¿Pues de qué nos ensoberbecemos? (Ecl.,10, 9): [*De qué te ensoberbeces, polvo y ceniza*] De aquí a lo menos no tenemos de qué nos ensoberbecer, sino harto de qué nos humillar y tener en poco. Y así dice San Gregorio: La guarda de la humildad es acordarnos de nuestra propia fealdad. Debajo de esta ceniza se conserva ella muy bien.

Pasemos adelante, cacemos y ahondemos un poco más, demos otra azadonada: mirad quién eráis antes que Dios os criase, y hallaréis que erais nada, y que no podíais vos salir de aquellas tinieblas del no ser; sino que Dios, por su bondad y misericordia, os sacó de aquel abismo profundo y os puso en el número de sus criaturas, dándoos el verdadero y real ser que tenéis. De manera, que cuanto es de nuestra parte somos nada: y así nos hemos de tener por iguales de nuestra parte a las cosas que no son, y atribuir a Dios la ventaja que les llevamos. Eso es lo que dice San Pablo (Galat., 6, 3): *Si alguno piensa que es algo, se engaña, que nada es*. Gran mina se nos descubre aquí para enriquecernos de humildad.

Y aún hay más en esto, que aun después que fuimos criados y recibimos el ser, no nos tenemos en nosotros mismos. No es como cuando el oficial hizo la casa, que después de edificada, la dejó y ella se sustenta sin tener necesidad del oficial que la hizo; no es así en nosotros, sino que después de criados, tenemos tanta necesidad de Dios cada momento de nuestra vida para no perder el ser que tenemos, como la tuvimos para, siendo nada, alcanzar el ser. Él nos estás siempre sustentando y teniendo con su mano poderosa para que no caigamos en el pozo profundo de la nada, de la cual primero nos sacó. Y así dice David (Sal., 18, 5): *Vos, Señor, me hicisteis y pusisteis vuestra mano sobre mí.* Esa vuestra mano, Señor, que tenéis puesta sobre mí, me tiene en pie, y me conserva para que no me torne a volver en la nada que antes era. Estamos siempre tan colgados y pendientes de esta manutenencia de Dios, que si esta nos faltase, y nos soltase de su mano un solo momento, de el mismo punto faltaríamos nosotros y dejaríamos de ser, y nos volveríamos en nuestra nada, como en escondiéndose el sol falta la luz en la tierra.

Por eso dice la Escritura divina (Is., 40, 17): *Todas las gentes son delante de Dios como si no fuesen, y como nada y vanidad son reputados delante de Él.* Esto es lo que todos andamos diciendo a cada paso, que somos nada; pero creo que lo decimos solamente con la boca, no sé si entendemos lo que decimos. ¡Oh si lo entendiésemos y sintiésemos como lo entendía y sentía el Profeta cuando decía (Sal., 38, 6): *Yo soy, Señor, delante de vos,*

como nada. Verdaderamente, nada soy cuanto es de mi parte, porque nada era, y el ser que tengo no lo hube de mí, sino que Vos, Señor, me disteis y a Vos le tengo de atribuir, y yo no tengo de qué gloriarme ni envanecerme en eso, porque no ;ni parte ninguna en ello: y Vos estáis siempre conservando ese ser y teniéndole en pie, y me estáis dando las fuerzas para obrar; todo el ser, todo el poder toda la fuerza para obrar nos ha de venir de vuestra mano; que nosotros de nuestra parte no podemos ni valemos nada, porque somos nada.

Pues ¿que tenemos de que nos podamos ensoberbecer? ¿Por ventura de la nada? Poco ha decíamos: De qué te ensoberbeces, polvo y ceniza? Ahora por decir: ¿De qué te ensoberbeces, siendo nada, que es menos que polvo y ceniza? ¿Qué razón, compasión tiene la nada para engreírse y ensoberbecerse y tenerse por algo? Ninguna, por cierto.

CAPITULO 7

De un medio muy principal para conocerse el hombre a sí mismo y alcanzar la humildad, que es la consideración de sus pecados.

Pasemos adelante y cavemos e ahondemos más en nuestro propio conocimiento, demos otra azadonada ¿Pues hay más que ahondar? ¿Hay más hondo que la nada? Sí, y aun harto más. ¿Qué? el pecado que vos añadisteis. ¡Oh, qué cosa tan honda! Muy más hondo es eso que la nada; porque peor es el pecado que el no ser: y mejor fuera no ser que haber pecado; y así dijo Cristo nuestro Redentor de Judas porque le había de vender (Mt.. 26, 24): Más le valiera no haber nacido. No hay lugar tan bajo ni tan apartado y despreciado en los ojos de Dios entre todo lo que es y no es, como el hombre que está en pecado mortal, desheredado del Cielo, enemigo de Dios, sentenciado al infierno para siempre jamás. Y aunque ahora, por la bondad del Señor, no tengáis conciencia de pecado mortal; pero así como para conocer nuestra nada nos acordábamos del tiempo que no teníamos ser así para conocer nuestra bajeza y miseria nos hemos de acordar del tiempo en que estábamos en pecado. Mirad en cuán miserable estado estabais cuando delante de los ojos de Dios estábamos feo, desagradable y enemigo suyo, hijo de ira, obligado a los fuegos eternos; y despreciaos y abajaos en el más profundo lugar que pudiereis, muy despacio; que seguramente podéis errar que por mucho que os despreciéis y humilléis, no po-

dréis abajar, ni llegar al abismo del desprecio que merece el que ofendió al infinito bien, que es Dios. No tiene suelo este negocio, es un abismo profundísimo e infinito; porque hasta que veamos en el Cielo cuán bueno es Dios, no podemos del todo conocer cuán malo sea el pecado, que es contra Dios, cuanto mal merece quien le comete.

¡Oh! Si anduviésemos en esta consideración, y cavásemos y ahondásemos en esta mina de nuestros pecados y miserias, ¡cuán humildes seriamos!, ¡cuán en poco nos tendríamos, y cuán bien recibiríamos el ser despreciados y desestimados! Quien ha sido traidor a Dios, ¿qué desprecios no abrazará por amor de Él? Quien trocó a Dios por un antojo y apetito suyo y por un deleite de un momento, quien ofendió a su Criador y Señor, y mercería estar en los infiernos para siempre jamás, ¿qué deshonras, qué injurias, qué afrentas no recibirá de buena voluntad en recompensa y satisfacción de las ofensas que ha cometido contra la majestad de Dios? Decía el Profeta David (Sal., 118, 67): *Antes que viniese el azote con que Dios nos aflige y me humilla, yo había hecho por qué; ya yo había delinquido*, y por eso callo no me oso quejar, porque todo es mucho menos de lo que había de ser conforme a mis culpas. No me habéis castigado, Señor, como yo merecía: que todo es nada cuanto podemos padecer en esta vida, en comparación de lo que merece un solo pecado que hubiésemos hecho. ¿No os parece que merece ser deshonrado y despreciado quien deshonró y despreció a Dios? ¿No os parece que es razón que sea tenido poco el que tuvo en poco a Dios? ¿No os parece que la voluntad que se atrevió a ofender a su Criador, que merece que de ahí adelante jamás se haga cosa que ella pretenda y quiera, en pena de su grande atrevimiento? Y hay en esto otra cosa particular, que aunque podemos confiar en la misericordia de Dios, que nos ha perdonado ya nuestros pecados; pero al fin no tenemos certidumbre de ello. *No sabe el hombre,* dice el Sabio (Eccl., 9, I)*, si le ama Dios o le aborrece*. Y San Pablo decía (I Cor., 4. 4): *no me remuerde la conciencia de pecado, mas no por eso sé si estoy justificado*. ¡Y ay de mí si no lo estoy, que aunque sea religioso, y aunque convierta a otros, poco me aprovechará! *Aunque hable con lenguas de ángeles*, dice el Apóstol (I Cor, 13, 1); *aunque tenga don de profecía y sepa todas las ciencias; aunque dé toda mi hacienda a los pobres*, y aunque convierta a todo el mundo, si no tengo caridad, nada soy y nada me aprovechará! ¡Ay de vos, si no tenéis caridad y gracia de Dios; nada sois, y menos que nada! Gran medio es para andar uno humillado y sentir siempre bajamente de sí y tenerse en poco, no saber si está en gracia o si está en pecado. Sé cierto que ofendí a Dios, y no

sé de cierto si estoy perdonado: ¿quién se atreverá a levantar cabeza? ¿Quién con esto no andará confundido y humillado debajo de la tierra?

Por esto dice San Gregorio que nos escondió Dios la gracia [porque tengamos asegurada la gracia de la humildad]. Aunque parece penoso este temor e incertidumbre en que Dios nos dejó, que no sepamos de cierto si estamos en su amistad o no; empero fue merced y misericordia suya, porque nos es esto muy provechoso para alcanzar la humildad, para conservarla, para no despreciar a nadie por muchos pecados que haya hecho. ¡Oh, que aquél, aunque haya hecho más pecados que yo, estará ya perdonado y en gracia de Dios; y yo no sé si lo estoy! Sirve de espuelas para bien obrar y no nos descuidar, sino siempre andar con temor y humildad delante de Dios, pidiéndole perdón y misericordia, como nos lo aconseja el Sabio (Prov., 28, 14): *Bienaventurado el varón que siempre anda con temor*. (Eccli., 5, 5): [*No te asegures ni vivas sin temor del pecado perdonado*]. Muy eficaz es esta consideración de los pecados para tenernos en poco y andar siempre humildes y debajo de la tierra, y mucho hay que cavar y ahondar en ella.

Pues si nos parásemos a considerar los efectos y daños que causó en nosotros el pecado original, ¡cuán copiosa y abundante oratoria hallaríamos para humillarnos y tenernos en poco! ¡Cuán estragada quedó la naturaleza por el pecado!, que así como una piedra con el peso es inclinada a ir hacia abajo, así por la corrupción del pecado original tenemos una vivísima inclinación a las cosas de nuestra carne, honra y provecho; estamos vivísimos a las cosas terrenales que nos tocan, y muy muertos para el gusto de las cosas espirituales y divinas; manda en nosotros lo que había de obedecer, y obedece lo que había de mandar, y, finalmente, estamos tan miserables, que debajo del cuerpo humano y derecho traemos escondidos apetitos de bestias y corazones encorvados hacia la tierra. [*Malo es el corazón de iodos e inescrutable*] *¿Quién podrá conocer la malicia del corazón humano?* (Jerem., 17, 9). Cuanto más cavareis en esa pared, se descubrirán mayores abominaciones, como le fue mostrado en figura a Ezequiel (8, 8).

Pues si nos ponemos a pensar nuestras culpas presentes, nos hallaremos muy llenos de ellas, porque eso es lo que tenemos de nuestra cosecha. ¡Cuán fáciles somos en la lengua; cuán descuidados en la guarda del corazón; cuán inconstantes en los buenos propósitos; cuán amigos de nuestro propio interés y regalo, cuán deseosos de cumplir nuestros apetitos; cuán llenos estamos de amor propio, de propia voluntad y juicio; cuán vivas te-

nemos todavía nuestras pasiones; cuán enteras nuestras malas inclinaciones y cuán fácilmente nos dejamos llevar de ellas!

Dice muy bien San Gregorio, sobre aquellas palabras de Job (13, 25): [*¿Contra una hoja que se la lleva el viento, queréis mostrar vuestro poder?*], que con mucha razón se compara el hombre a la hoja del árbol, porque así como ésta se trueca y vuelve con cada viento, así el hombre se vuelve y muda con el viento de las pasiones y tentaciones; unas veces le turba la ira, otras la vana alegría, otras le lleva tras sí el apetito de la avaricia y de la ambición, otras el de la lujuria; unas veces le levanta la soberbia, otras le acobarda y abate el temor desordenado. Y así dijo también Isaías (64, 6): [*Caímos todos como hoja de árbol, y nuestras maldades nos arrebataron como vientos impetuosos*]. Como las hojas de los árboles son combatidas y caen con los vientos, así nosotros somos combatidos y derribados con las tentaciones; no tenemos estabilidad ni firmeza en la virtud ni en los buenos propósitos.

Bien tenemos de qué confundirnos y humillarnos, y no solamente mirando a nuestros males y pecados, sino mirando a las obras que a nosotros nos parecen muy buenas, si bien las consideramos y examinamos, hallaremos harta ocasión materia para humillarnos por las faltas e imperfecciones que comúnmente mezclamos en ellas, conforme a aquello del mismo Profeta (I. e): [*Venimos a ser todos impuros, y como paño inmundo todas buenas obras*] si se consideran las imperfecciones que en ellas solemos hallar; de lo cual dijimos en otra partes, y así no será menester alargarnos más aquí.

CAPÍTULO 8

Cómo nos habremos de ejercitar en el propio conocimiento para no desmayar ni desconfiar

Es tan grande nuestra miseria, y tenemos tanto de qué humillarnos, y experimentémoslo nosotros tanto, que más parece que tenemos necesidad de ser animados y esforzados para que no desmayemos ni desconfiemos viendo en nosotros tantas faltas e imperfecciones, que exhortados al conocimiento de eso. Y en tanto grado es esto verdad, que los Santos y maestros de la vida espiritual nos enseñan que de tal manera hemos de cavar y ahondar en el conocimiento propio de nuestras miserias y flaquezas, que no paremos ahí, porque no venga el ánima en desconfianza y desespera-

ción, viendo en sí tanta miseria y tanta inconstancia en los buenos propósitos, sino que pasemos adelante al conocimiento de la bondad de Dios y pongamos en Él toda nuestra confianza. Así como dice San Pablo que la tristeza por haber pecado no ha de ser tanta que cause decaimiento y desesperación (2 Cor., 2, 7): [*Porque no quede ese tal consumido con la demasiada tristeza*], sino ha de ser una tristeza templada y mezclada con la esperanza del perdón, poniendo les ojos en la misericordia de Dios, y no parando en sola la consideración del pecado y de su fealdad y gravedad; así dicen que no hemos de parar en el conocimiento de nuestras miserias y flaquezas, porque no desmayemos y desconfiemos; sino que hemos de cavar y ahondar en nuestro propio conocimiento, para con eso desconfiar de nosotros, viendo que de parte nuestra no tenemos arrimo ni en qué estribar, y poner luego los ojos en Dios y confiar en Él; de esa manera, no sólo no quedaremos desmayados, sino antes más animados y esforzados, porque lo que sirve para desmayar mirando a vos, sirve para esforzar mirando a Dios. Y mientras más conociereis vuestra flaqueza y más desconfiaseis de vos, mirando a Dios, estribando y poniendo en Él vuestra confianza, quedareis más fuerte y más esforzado para todo.

Pero advierten aquí los Santos una cosa de mucha importancia: que así como no hemos de parar en el conocimiento de nuestras miserias y flaquezas, porque no vengamos en desconfianza y desesperación, sino pasar adelante al conocimiento de la bondad, misericordia y liberalidad de Dios, y poner en Él toda nuestra confianza, así tampoco hemos de parar ahí, sino tornar luego a poner los ojos en nosotros mismos y en nuestra flaqueza y miseria. Porque si paramos en el conocimiento de la bondad, misericordia y liberalidad de Dios, y nos olvidamos de lo que somos nosotros, hay en eso un peligro muy grande de caer en presunción y soberbia, porque vendríamos a asegurarnos demasiado de nosotros mismos, y a andar muy confiados, y no tan recatados y temerosos como es menester, que es un gran despeñadero, raíz y principio de grandes y temerosas caídas. ¡Oh cuántos muy espirituales y que parecía que se levantaban hasta el Cielo en el ejercicio de la oración y contemplación se han despeñado por aquí! ¡Oh, cuántos que verdaderamente eran santos y grandes santos han venido por aquí a dar miserables caídas! Porque se olvidaban de sí, porque se aseguraron demasiado con los favores que recibían de Dios, andaban muy confiados y como si ya para ellos no hubiera peligro, y así vinieron a caer miserablemente. Llenos tenemos los libros de semejantes caídas.

San Basilio dice que la causa de aquella miserable caída del rey David en el adulterio y homicidio fue una presunción que tuvo una vez que fue visitado de la mano de Dios con abundancia de mucha consolación. Y se atrevió a decir (Sal., 29, 7): *No seré mudado de este estado para siempre*. Pues esperaos un poco, alzará Dios un tanto la mano, cesarán esos favores y regalos extraordinarios, y veréis lo que pasa. [*Apartasteis, Señor, un poco vuestro rostro de mí y luego quedé turbado*]. Os dejará Dios en vuestra pobreza, y haréis de las vuestras, y conoceréis por vuestro mal, después de caído, lo que no quisisteis conocer cuando erais favorecido y visitado de Dios.

Y la causa de la caída y negación del Apóstol San Pedro, dice también San Basilio, que fue el haber presumido y confiado vanamente en sí (Mt., 26, 33-35): [*Aunque sea menester morir contigo, no te negaré; y aunque todos se escandalicen por tu causa, yo jamás me escandalizaré*]. Porque dijo con arrogancia y presunción que aunque todos se escandalizasen, él no se escandalizaría, sino que antes moriría, por eso permitió Dios que cayese para que se humillase y conociese. Nunca hemos de apartar los ojos de nosotros mismos, ni tenernos por seguros en esta vida; sino mirando lo que somos, andar siempre con grande temor de nosotros mismos y con grande recato y cuidado, no nos haga alguna traición este enemigo que traemos con nosotros, y nos arme alguna zancadilla con que nos haga caer.

De manera que así como no hemos de parar en el conocimiento de nuestras miserias y flaquezas, sino pasar luego al conocimiento de la bondad de Dios, así tampoco hemos de parar en el conocimiento de Dios y de sus misericordias y favores, sino tornar luego a bajar los ojos a nosotros mismos. Esta es la escala de Jacob, que por una parte está fija en la tierra de nuestro propio conocimiento, y por otra llega a la cumbre del Cielo. Por aquí habéis de subir y bajar, como subían y bajaban los ángeles por aquélla. Subid al conocimiento de la bondad de Dios; y no paréis ahí, porque no vengáis en presunción, sino tornad a bajar al conocimiento de vos mismo; y no paréis ahí, porque no desmayéis y desconfiéis, sino tornad a subir al conocimiento de Dios para tener confianza en Él; todo ha de ser subir y bajar por esta escala.

De esta manera usaba este ejercicio Santa Catalina de Sena para librarse de diversas tentaciones que el demonio le traía, como ella misma lo cuenta en los Diálogos (c. 67); cuando el demonio la tentaba por confusión, queriéndola hacer entender que toda su vida había sido un engaño, entonces ella se alzaba y levantaba en la misericordia de Dios con humil-

dad, diciendo: Yo confieso a mi Criador que mi vida toda ha sido tinieblas, más yo me esconderé en las llagas de Jesucristo crucificado y me bañare en su sangre, y así habrá consumido mis maldades, y me gozaré en mi Criador y Señor. [*Lavadme y seré emblanquecido más que la nieve*] (Sal., 50, 9). Y cuando el demonio la quería levantar por soberbia con la contraria tentación, diciendo: Tú eres perfecta y agradable a Dios, y no es menester que más te aflijas, ni que llores más tus defectos, entonces ella se humillaba, y respondía al demonio, diciendo: ¡Miserable de mí! San Juan Bautista no hizo jamás pecado o fue santificado en el vientre de su madre, y no por eso dejó de hacer tanta penitencia, y yo he cometido tantos defectos, y nunca los he llorado ni conocido como debiera. Con esto el demonio no pudiendo sufrir tanta humildad por una parte, ni tanta confianza en Dios por otra, la dijo: Maldita seas tú y quien te lo enseñó, que no sé por dónde te entre; que si yo te abato por confusión, tú te levantas en alto a la misericordia de Dios; y si te levanto, te abajas hasta el infierno por humildad, y, dentro del mismo infierno me persigues. Y así la dejaba, porque volvía con grande pérdida. Pues de esta manera hemos nosotros de usar de este ejercicio y andaremos por una parte temerosos y recatados, y por otra esforzados y regocijados; temerosos de nosotros mismos, y esforzados y alegres en Dios. Estas solas dos lecciones que aquel Santo (Kempis) dice da Dios cada día a sus escogidos: una de ver sus defectos y otra de ver la bondad de Dios que con tanto amor se los quita.

CAPÍTULO 9

De los bienes y provechos grandes que hay en el ejercicio del propio conocimiento.

Para que nos animemos más a este ejercicio de nuestro propio conocimiento, iremos diciendo algunos de los grandes medios y provechos que hay en él. Ya queda dicho (cap. 5) uno muy principal, que es ser fundamento y raíz de la humildad y medio necesario para alcanzarla y conservarla. Preguntado uno de aquellos Padres antiguos cómo podría uno alcanzar la verdadera humildad, respondió: El que apartare los ojos de las faltas ajenas y los pusiere en las suyas propias, cavando y ahondando en su propio conocimiento, ese alcanzará la verdadera humildad. Esto sólo bastaba para que procurásemos darnos mucho a este ejercicio, pues tanto nos va en alcanzar la virtud de la humildad.

Pero pasan adelante los Santos y dicen que el humilde conocimiento de sí mismo es más cierto camino para conocer a Dios que el profundo ejercicio de todas las ciencias. Y esa es la razón que da San Bernardo, porque ésta es más alta ciencia que las demás y de mayor provecho, porque por aquí viene el hombre en conocimiento de Dios. Lo cual dice San Buenaventura que nos da a entender aquel misterio del sagrado Evangelio, que Cristo Redentor obra en aquel ciego desde su nacimiento, poniéndole Iodo en los ojos, le dio vista corporal con que se viese a sí, y vista espiritual con que conociese a Dios y le adorase. Así, dice, a nosotros, que nacemos ciegos con ignorancia de Dios y de nosotros mismos, nos da Dios vista, poniendo sobre nuestros ojos el Iodo de que fuimos formados, para que, considerando que fuimos un poco de lodo, recibamos vista con que nos veamos y conozcamos primero a nosotros, y de ahí vengamos a conocer a Dios.

Esto mismo pretende la Iglesia nuestra Madre con aquella santa ceremonia, que usa al principio de la Cuaresma, de ponernos lodo encima de los ojos: *Acuérdate, hombre, que eres lodo y polvo, y que en eso te has de volver*; para que, conociéndose a sí, venga a conocer a Dios, y a pesarle de haberle ofendido, y hacer penitencia de sus pecados. De manera que el verse y conocerse a sí mismo, el considerar el hombre su Iodo y su bajeza, es medio para venir en conocimiento de Dios. Y mientras más conociere uno su bajeza, más conocerá y echará de ver la grandeza alteza de Dios. Porque un contrario puesto junto de su contrario, y un extremo puesto delante del otro extremo, echase más de ver: lo blanco puesto sobre lo negro resplandece y campea mucho más. Pues el hombre es la suma bajeza, y Dios la suma alteza; son dos extremos contrarios; de ahí es que mientras más uno se conoce a sí mismo, viendo que de sí no tiene bien ninguno, sino nada y pecados, más echa de ver la bondad y misericordia y liberalidad de Dios que se inclina a amar y tratar con tan grande bajeza como la nuestra.

De aquí se viene el ánima a encender e inflamar mucho en amor de Dios, porque nunca se acaba de maravillar y de dar gracias a Dios, viendo que siendo el hombre tan miserable y malo, le sufre Dios y le hace tantas mercedes, que muchas veces no nos podemos nosotros sufrir a nosotros mismos, y que sea tanta la bondad de Dios y misericordia para con nosotros, que no sólo nos sufra, pero que diga Él (Prov., 8, 31): *Mis deleites son estar con los hijos de los hombres*. ¿Qué hallasteis, Señor, en los hijos de

los hombres, para que digáis que vuestros deleites son estar y conversar con ellos?

Por esto usaban tanto los Santos este ejercicio del propio conocimiento, para venir en mayor conocimiento de Dios y en mayor amor de su divina Majestad. Este era el ejercicio y oración que usaba San Agustín: Dios mío, que siempre estás en un ser y nunca te mudas, conózcame a mí y conózcate a Ti. Esa era la oración en que el humilde San Francisco gastaba los días y las noches: ¿Quién Vos, y quién yo? Por aquí vinieron los Santos a muy alto conocimiento de Dios. Este es camino muy seguro y cierto para eso; y mientras más bajareis y ahondareis en vuestro propio conocimiento, más subiréis y creceréis en el conocimiento de Dios, más bajaréis y medraréis en el vuestro. Porque la luz celestial descubre los rincones, y hace avergonzar ánima de lo que aun a los ojos del mundo parece muy bueno. Dice San Buenaventura: Así como cuando los rayos del sol entran en un aposento se parecen luego los átomos, así el alma ilustrada con el conocimiento de Dios, con los rayos de aquel verdadero Sol de Justicia, luego ve en sí aun las cosas mínimas, y así viene a tener por malo y defectuoso lo que, el que no tiene tanta luz, tiene por bueno.

Esta es la causa porque los santos son tan humildes y se tienen tan en poco, y mientras mayores santos, son más humildes y se tienen en menos. Porque, como tienen más luz y mayor conocimiento de Dios, se conocen mejor a sí, y ven que de su cosecha no tienen sino nada y pecados; y por mucho que se conozcan, y por muchas faltas que vean en sí, siempre creen que hay otras muchas que ellos no ven, y creen que la menor parte de sus males es la que ellos conocen, y por tales se tienen. Porque así como creen que Dios es más bueno de lo que ellos conocen, así también creen que ellos son más malos de lo que alcanzan. Así como por mucho que conozcamos y entendamos de Dios, no le podemos comprender, sino siempre hay en Él más y más que entender y conocer, así, por mucho que nos conozcamos a nosotros, y por mucho que nos despreciemos y humillemos, no podremos abajar ni llegar a lo profundo de nuestra miseria. Y esto no es encarecimiento, sino verdad llana; porque como el hombre no tiene de su cosecha sino nada y pecados, ¿quién podrá humillarse y abajarse tanto, cuanto merecen estos dos títulos?

De una Santa se lee que pidió a Dios luz para conocerse, y vio en si tanta fealdad y miseria, que no lo pudo sufrir, y tornó a suplicar a Dios: Señor, no tanto, que desmayaré. Y el B. Padre Maestro Ávila dice que conoció él a una persona que rogó muchas veces a Dios que le descubriese lo

que ella podía ser; le abrió Dios los ojos tantico, y le hubiera de costar caro; se vio fea y abominable, que a grandes voces decía: ¡Señor, por vuestra misericordia quitadme este espejo, de delante de mis ojos; no quiero ver más mi figura!

De aquí nace también en los siervos de Dios aquel odio y aborrecimiento santo de sí mismo de que dijimos arriba, porque cuanto más conocen la bondad inmensa de Dios y más la aman, tanto más se aborrecen a sí mismos, como a contrarios y enemigos de Dios, conforme a aquello de Job (7. 20): [*¿Por qué me has puesto contrario a Ti, y a mí mismo soy pesado*?] Ven que en sí mismos tienen la raíz de todos los males, que es la mala y perversa inclinación de nuestra carne, de la cual proceden todos los pecados, y con este conocimiento se levantan contra sí mismos y se aborrecen. ¿No os parece que es razón aborrecer a quien os hizo dejar y trocar un bien tan grande, como es Dios, por tomar un poco de gusto y contentamiento? ¿No os parece que es razón tener odio a quien os hizo perder la gloria eterna, y merecer el infierno para siempre jamás? A quien os causó tanto mal y aun todavía lo procura, ¿no os parece que es razón aborrecerle? Pues éste sois vos, contrario y enemigo de Dios, y contrario y enemigo de vuestro propio bien y de vuestra salvación.

CAPÍTULO 10

Que el propio conocimiento no causa desmayo, sino antes ánimo y fortaleza.

Hay otro bien grande en este ejercicio del propio conocimiento, que no sólo no causa desmayo ni cobardía, como le podría por ventura parecer a alguno, antes da grande ánimo y fortaleza para todo lo bueno. Y la razón de esto es, porque cuando uno se conoce a sí, ve que no tiene en qué estribar en sí, y desconfiando de sí, pone toda su confianza en Dios', en el cual se halla fuerte y poderoso para todo. De aquí es que éstos son los que pueden emprender y acometer cosas grandes, y los que salen con ellas: porque como lo atribuyen todo a Dios y nada a sí, toma Dios la mano y hace suyo el negocio, y se encarga de él, y entonces quiere Él hacer maravillas y cosas grandes por instrumentos y medios flacos [*para descubrir las riquezas de su gloria en los vasos de misericordia que son los escogidos*] (Rom 9, 23). Para mostrar las riquezas y tesoros de sus misericordias, quiere Dios por vasos e instrumentos flacos y miserables hacer cosas maravillosas. En

los vasos de mayor flaqueza suele poner los tesoros de su fortaleza, porque de esa manera resplandece más su gloria. Esto es lo que dijo el mismo Dios a S. Pablo; cuando fatigado de sus tentaciones daba voces pidiendo le librase de ellas, le respondió Dios (2 Cor 2, 9): *Te basta mi gracia, por muchas tentaciones y flaquezas que sientas, porque la virtud de Dios se muestra más perfecta* y más fuerte, *cuando es mayor la enfermedad* y flaqueza. Así como el médico gana más honra mientras la enfermedad es mayor y más peligrosa, así mientras más flaqueza hay en nosotros, más honra gana el brazo de Dios. Así declaran este lugar San Agustín y San Ambrosio. Pues por eso, cuando uno se conoce y desconfía de sí, y pone toda su confianza en Dios, entonces acude y ayuda su Majestad; y, por el contrario, cuando uno va confiado de sí y de sus medios y diligencias, es desamparado. Esta dice San Basilio, que es la causa por que muchas veces en algunas fiestas principales, cuando nosotros deseábamos y pensábamos tener mejor oración y más devoción, tenemos menos, porque íbamos confiados en nuestros medios y en nuestras diligencias y preparaciones; y otras veces, cuando menos pensamos, somos prevenidos con grandes bendiciones de dulzura, para que entendamos que ésa es gracia y misericordia del Señor, y no diligencia ni merecimiento nuestro.

De manera que el conocer uno su flaqueza y miseria no desmaya ni acobarda, antes anima y esfuerza más, porque hace desconfiar de sí y poner toda la confianza en Dios. Y eso es también lo que dice el Apóstol (2 Cor 12, 10): [*Cuando estoy enfermo, entonces soy más poderoso*]. Esto es: [cuando me humillo, entonces soy ensalzado]. Así lo declaran San Agustín y San Ambrosio: Cuando me humillo y abato, y conozco que no puedo ni valgo nada, entonces soy ensalzado y levantado; mientras más conozco y veo mi enfermedad y flaqueza, poniendo los ojos en Dios, me hallo más fuerte y más esforzado para todo, porque *Él es toda mi confianza y fortaleza* (Jer 17, 7).

De aquí se entenderá que no es humildad, ni nacen de ella, unos desmayos y descaecimientos que nos suelen venir, unas veces acerca de nuestro aprovechamiento, pareciéndonos que nunca hemos de poder alcanzar la virtud, ni vencer la mala condición e inclinación que tenemos; otras, acerca de los oficios y ministerios en que nos pone o puede poner la obediencia: Si tengo yo de ser para confesar, si tengo de ser para andar en misiones o para otras cosas semejantes. Parece esto humildad, pero muchas veces no lo es; antes nace de soberbia, porque pone uno los ojos en sí, como si por sus fuerzas, industrias o diligencias hubiera de poder aquello,

habiéndolos de poner en Dios, en el cual hemos de quedar muy esforzados y animados. (Sal 26, 1-3): [*El Señor es mi lumbre y mi salud, ¿a quién temeré? El Señor es defensor de mi vida, ¿de quién habré miedo?*] *Si se levantaren contra mi ejércitos, no temerá mi corazón; si se levantaren contra mi batallas, en Dios esperaré* (Sal 22, 4): *Aunque ande en medio de la sombra de la muerte, y aunque llegue hasta las puertas del infierno, no temerá mi corazón, porque Vos, Señor, estáis conmigo*. ¡Con qué diversidad de palabras dice al santo Profeta una misma cosa! Y tenemos los Salmos llenos de esto, para significar la abundancia del afecto y confianza que él tenía y nosotros hemos de tener en Dios. (Sal 17, 30): *En mi Dios pasaré el muro*, por alto que sea; no se me pondrá nada delante; Él vencerá los gigantes con las langostas; en mi Dios hollaré los leones y dragones; con la gracia y favor del Señor seremos fuertes. (Sal 17, 35): [*Dios enseñó mis manos para la batalla; Vos, Señor, dais a mis brazos la fortaleza de un arco de metal*].

CAPITULO 11

De otros bienes y provechos grandes que hay en el ejercicio del propio conocimiento

Uno de los principales medios que podemos poner de nuestra parte para que el Señor nos haga mercedes y nos comunique glandes dones y virtudes, es humillarnos y conocer nuestra flaqueza y miseria. Y así decía el Apóstol San Pablo (2 Cor, 12, 9): *De muy buena gana me gloriaré en mis flaquezas, enfermedades y miserias, para que así more en mí la virtud de Cristo*. Y San Ambrosio., sobre aquellas palabras: [*Me huelgo y me glorío en mis enfermedades*], dice: Si se ha de gloriar el cristiano, ha de ser en su bajeza y poquedad, porque ése es el camino para crecer y valer de Dios. San Agustín trae a este propósito aquello del Profeta (Sal 67, 10): [*Lluvia voluntaria darás, Señor, a tu heredad; ella enfermó, y Tú la recreaste*]. La lluvia voluntaria y graciosa de sus dones y gracias, ¿cuándo pensáis que la dará Dios a su heredad, que es el alma? Cuando ella conociere su enfermedad y miseria, entonces la perfeccionará Dios, y caerá sobre ella la lluvia voluntaria y graciosa de sus dones. Así como acá los pobres mendigos, mientras más descubren su pobreza y sus llagas a los hombres ricos y misericordiosos, más les mueven a piedad y más limosnas reciben de ellos; así, mientras más uno se humilla y se conoce, y mientras

más descubre y confiesa su miseria, más convida e inclina la misericordia de Dios a que se compadezca y apiade de él, y le comunique con mayor abundancia los dones de su gracia (Is 40, 29]: [*Quien al cansado da fuerzas y hace fuertes y esforzados a los que parece que no tienen ser*].

Para decir en breve los bienes y provechos grandes de este ejercicio, digo que para todas las cosas es remedio universal el propio conocimiento. Y así, en las preguntas que se hacen en las conferencias espirituales que solemos tener, de dónde nace tal cosa y qué remedio para ella, casi en todas podemos responder que aquello nace de falta de conocimiento propio, y que el remedio sería conocerse a sí mismo y humillarse. Porque si preguntáis de dónde nace el juzgar a mis hermanos, digo que de falta de conocimiento propio; porque si anduvieseis dentro de vos, tendríais tanto que mirar y llorar vuestros duelos, que no tendríais cuenta con los ajenos. Si preguntáis de dónde nace hablar a mis hermanos palabras ásperas y mortificativas, también nace de falta de conocimiento propio; porque si vos os conocierais y os tuvieseis por el menor de todos, y a cada uno le miraseis como a superior, no tendríais atrevimiento para hablarles de esa manera. Si preguntáis de dónde nacen las excusas, las quejas y murmuraciones, por qué no me dan esto o lo otro, o por qué me tratan de esta manera, que está que nacen de eso. Si preguntáis de dónde nace el turbarse y entristecerse uno demasiado, cuando es molestado de tales o tales tentaciones, o cuando ve que cae muchas veces en algunas faltas, y melancolizarse y desanimarse con eso, también nace de falta de propio conocimiento: porque si tuvieseis humildad y consideraseis bien la malicia de vuestro cerrazón, no os turbaríais ni desmayaríais por eso, antes os espantaríais cómo no pasan peores cosas por vos, y cómo no dais mayores caídas: y andaríais alabando y dando gracias a Dios porque os tiene de su mano para que no caigáis en lo que cayerais si Él no os tuviera. De una sentina y manantial de vicios, ¿qué no ha de brotar? De tal muladar, tales olores como ésos se han de esperar: y de tal árbol, tal fruto. Sobre aquellas palabras del Profeta (Sal 102, 14): [*Se acordó que somos polvo*], dice San Anselmo: ¿Qué mucho que el viento se lleve al polvo? Si pedís remedio para tener mucha caridad con vuestros hermanos, para ser obediente, para ser paciente, para ser muy penitente, aquí hallaréis remedio para todo.

De nuestro Padre San Francisco de Borja leemos que yendo de camino le encontró un señor de estos reinos, amigo suyo, y cómo le vio que andaba con tanta pobreza e incomodidad, condoliéndose de él, le rogó que tuviese más cuenta con su persona y regalo. Le dijo el Padre con alegre

semblante y mucha disimulación: no le dé pena a vuestra señoría, ni piense que voy tan desapercibido como le parece; porque le hago saber que siempre envío delante un aposentador que tiene aderezada la posada y todo regalo. Le preguntó aquel señor quién era este aposentador. Respondió: Es mi propio conocimiento y la consideración de lo que yo merezco, que es el infierno por mis pecados; y cuando con este conocimiento llego a cualquier posada, por desacomodada y desapercibida que esté, siempre me parece más regalada de lo que yo merezco.

En las Crónicas de la Orden de los Predicadores se cuenta de la bienaventurada Santa Margarita, de la dicha Orden, que una vez hablando con ella un religioso, gran siervo de Dios y muy espiritual, entre otras cosas le dijo cómo él había suplicado a Dios muchas veces en la oración, que le mostrase el camino que los Padres antiguos habían llevado para agradarle tanto y recibir de su mano las muchas mercedes que recibieron; que estando una noche durmiendo, le fue puesto delante un libro escrito con letras de oro; y luego le despertó una voz que decía: «Levántate y lee»; y que se había levantado y leído estas pocas palabras, pero celestiales y divinas: «Esta fue la perfección de los Padres antiguos: amar a Dios, despreciase a sí mismos, no despreciar a nadie, ni juzgarle.» Y luego desapareció el libro.

CAPÍTULO 12

Cuánto conviene ejercitarnos en nuestro propio conocimiento.

De lo dicho se entenderá cuánto conviene ejercitarnos en nuestro propio conocimiento. Preguntado Tales Milesio, uno de los siete sabios de Grecia, cuál era en todas las cosas naturales la más dificultosa de saber, respondió que el conocerse el hombre a sí mismo; porque es tan grande el amor propio que nos tenemos, que nos estorba e impide este conocimiento. Y de ahí vino aquel dicho tan célebre entre los antiguos: Conócete a ti mismo. Y el otro dijo: Mora contigo. Pero dejemos los extraños y vengamos a los nuestros, que son mejores maestros de esta ciencia. Los bienaventurados santos Agustino y Bernardo dicen que esta ciencia del propio conocimiento es la más alta y de mayor provecho de cuantas han inventado y hallado los hombres.

En mucho estiman los hombres, dice San Agustín, la ciencia de las cosas del Cielo y de la tierra, la ciencia de la astrología, de cosmografía, el saber los movimientos de los cielos, los cursos de los planetas, sus propiedades e influencias; pero el conocerse a sí mismo es más alta ciencia y más provechosa que todas ésas; las demás *hinchan* y envanecen, como dice San Pablo (I Cor 8. 1); pero ésta edifica y humilla. Y así, los Santos y todos los maestros de espíritu encargan mucho que nos ocupemos en la oración en este ejercicio, y reprenden el engaño de algunos que pasan ligeramente por el conocimiento de sus defectos y se detienen en pensar otras cosas devotas; porque hallan gusto en ellas, y en considerar sus defectos y faltas no hallan sabor, porque no gustan de parecer mal a sí mismos, como la persona fea, que por eso no se osa mirar en el espejo. Dice el glorioso San Bernardo, hablando en persona de Dios: ¡Oh hombre, si te vieses y conocieses, luego te descontentarías y desagradarías a ti, y me contentarías y agradarías a Mí; pero porque no te ves ni conoces, te agradas a ti y me descontentas a Mí! Guardaos no venga tiempo, cuando ni os agradéis a vos ni a Dios; a Dios, porque pecasteis, y a vos, porque os condenasteis.

San Gregorio, tratando de esto, dice: Hay algunos que, en comenzando a servir a Dios y a tratar un poco de virtud, luego les parece que son buenos y santos; y de tal manera ponen los ojos en lo bueno que hacen, que se olvidan del todo de los pecados y males pasados, y aun algunas veces de los presentes, porque se ocupan tanto en mirar lo bueno, que no atienden ni echan de ver muchas cosas malas que hacen. Pero los buenos y los escogidos hacen muy al contrario, porque estando verdaderamente llenos de virtudes y buenas obras, siempre ponen los ojos en lo malo que tienen y están mirando y considerando sus faltas e imperfecciones. Y bien se ve lo que va de lo uno a lo otro; porque de esa manera viene a ser que éstos, mirando a sus males, conserven sus hierres y las virtudes grandes que tienen, permaneciendo siempre en humildad; y por el contrario, los malos, mirando sus bienes, los pierden, porque se ensoberbecen y desvanecen con ellos. De manera que los buenos se ayudan de sus males y sacan bien provecho de ellos, y los malos sacan mal y daño de sus mismos bienes, porque usan mal ole ellos; como acontece acá en el manjar, que aunque sea bueno y saludable, si come uno de él sin orden y sin regla, enfermará con él; y, por el contrario. si el veneno de la víbora le toma con cierta composición y temperamento, le será triaca y salud. Y cuando el demonio os trajere a la memoria los bienes que habéis hecho, para que os estiméis y ensoberbezcáis, dice San Gregorio, contraponedle vos vuestros males, trayendo a la memoria vuestros pecados pasados, como lo hacía el Apóstol San Pablo

para que no le levantasen y desvaneciesen sus grandes virtudes, y el haber sido arrebatado al tercer Cielo, y la grandeza de las revelaciones que había oído (I Tim 1, 13): *¡Ay!, dice, ¡que he sido blasfemo y perseguidor de los siervos de Dios y del nombre de Cristo! ¡Ay! ¡Que no soy digno de ser llamado Apóstol, porque he perseguido la Iglesia de Dios!* (I Cor 15, 9). Este es muy buen contrapeso y muy buena contramina contra esta tentación.

Sobre aquellas palabras que dijo el arcángel San Gabriel al Profeta Daniel (8, 17): *Hijo del hambre. entiende lo que te quiero decir*, dice San Jerónimo: «Aquellos santos Profetas Daniel, Ezequiel y Zacarías, con las altas y continuas revelaciones que tenían, parece que se hallaban ya entre los coros de los ángeles, y porque no se levantasen sobre sí y se desvaneciesen y ensoberbeciesen con eso, pensando que eran ya de otra naturaleza angélica o superior, les avisa el Ángel de parte de Dios que se acuerden de la fragilidad y flaqueza de su naturaleza, llamándolos hijos de hombres, para que reconozcan que son hombres flacos y miserables como los demás, y así se humillen y se tengan en lo que son. Y tenernos muchos ejemplos en las historias, así eclesiásticas como seglares, de Santos y de varones ilustres, reyes, emperadores y pontífices que usaban de este medio, teniendo quien les trajese algunas veces a la memoria que eran hombres, para conservarse en humildad y no desvanecerse.»

De nuestro Padre San Francisco de Borja se dice que aún siendo duque de Gandía, un santo varón le dio este consejo: que si quería aprovechar mucho en el servicio de Dios, no se le pasase día ninguno que no pensase algo que tocase a su confusión y desprecio. Tomó él tan de veras el consejo, que desde que se dio al ejercicio de la oración mental, empleaba cada día las dos primeras horas de ella en este conocimiento y menosprecio de sí mismo; y cuanto oía y leía y miraba, todo le servía para este abatimiento y confusión. Y fuera de esto tenía otra devoción que le ayudaba mucho, y era que cada día, en levantándose la primera cosa que hacía era arrodillarse y besar tres veces la tierra para acordarse que era polvo y tierra y que en eso se había de volver. Y bien se le pareció el provecho que de ahí sacó, pues nos dejó tan grande ejemplo de humildad y santidad.

Pues guardemos nosotros este consejo, y quedémonos con él: no se nos pase día ninguno que no gastemos algún rato de oración en pensar algo que toque a nuestra confusión y desprecio. Y no paremos y descansemos en este ejercicio hasta que sintamos que se nos ha embebido en nuestra alma un entrañable desprecio y desestima de nosotros mismos y una confusión y vergüenza delante del acatamiento de la majestad de Dios viendo

nuestra bajeza y miseria. Que lo hemos mucho menester, porque es tanta nuestra soberbia y la inclinación que tenemos a ser tenidos y estimados, que si no andamos continuamente en este ejercicio, cada hora nos hallaremos levantados sobre nosotros como el corcho sobre el agua, porque más vanos y más livianos somos nosotros que el corcho. Siempre es menester andar reprimiendo y abajando esta hinchazón y soberbia que se levanta en nosotros, mirándonos a los pies de nuestra fealdad y bajeza, para que así se deshaga esa rueda de vanidad y soberbia. Acordémonos de aquella parábola de la higuera que trae el Evangelio: quería arrancarla su dueño porque había tres años que no llevaba fruto; dice el hortelano (Lc 3, 6): Señor, dejadla este año siquiera, yo la cavare y echaré estiércol alrededor de ella; y si con esto no diere fruto, entonces la arrancaréis. Pues cavad vos esa higuera seca y estéril de vuestra ánima, y echad alrededor el estiércol de vuestros pecados y miserias, pues hay harto, y con eso llevará fruto y se hará fértil.

Para que animemos más en este ejercicio, y ninguno tome ocasión para dejarle por algunas falsas aprensiones, se han de advertir aquí dos cosas. La primera, que no piense nadie que es ejercicio de solos principiantes, porque lo es también de antiguos y aprovechados, y de muy perfectos varones, pues vemos que ellos y el mismo Apóstol San Pablo le usaban.

La segunda, es menester que entendamos que este ejercicio no es triste ni melancólico, ni causa de turbación ni desasosiego; antes trae consigo grande paz y quietud y gran contento y alegría, por muchas faltas y miserias que uno conozca en sí, aunque de verse tan ruin entienda claramente que merece que todos le aborrezcan y desprecien; porque cuando este conocimiento nace de verdadera humildad, viene aquella pena con una suavidad y contento que no querría uno verse sin ella. Esas otras penas y congojas que algunos tienen viendo en sí tantas faltas e imperfecciones, son tentación del demonio, el cual pretende con eso, por una parte, que pensemos que tenemos humildad, y por otra, si pudiese, a vueltas querría que desconfiásemos de Dios y que anduviésemos desalentados y desmayados en su servicio.

Si hubiéramos de parar en el conocimiento de nuestra flaqueza y miseria, harta ocasión tuviéramos de entristecernos y desconsolarnos, como también de desmayar y acobardarnos. Pero no hemos de parar ahí, sino pasar luego a la consideración de la bondad y misericordia y liberalidad de Dios y a lo mucho que nos ama y padeció por nosotros; y en eso hemos de poner toda nuestra confianza. Y así lo que fuera ocasión de desmayo y tris-

teza mirándoos a vos, sirve para esforzar y animar y es ocasión de mayor alegría y consuelo mirando a Dios. Mirase uno a sí mismo, y no ve sino qué llorar; y mirando a Dios confía en su bondad, sin temor de verse desamparado, por muchas faltas e imperfecciones y miserias que vea en sí, porque la bondad y misericordia de Dios, en que tiene puestos sus ojos y su corazón, exceden, y sobre- pujan infinitamente todo eso. Y con esta consideración arraigada en las entrañas, desarrimase de sí como de caña quebrada, y anda arrimado y confiado siempre en Dios, conforme a aquello del Profeta Daniel (9, 18): *No confiados en nosotros, ni en nuestros merecimientos y buenas obras, nos atrevemos a levantar nuestros ojos a Vos y pediros mercedes, sino confiados, Señor, en vuestra grande misericordia.*

CAPÍTULO 13

Del segundo grado de humildad: declarase en que consiste este grado.

El segundo grado de humildad, dice San Buenaventura, es desear uno ser tenido de los otros en poco; desear que no os conozcan ni os estimen y que no haga nadie caso de vos.

Si estuviésemos bien fundados en el primer grado de humildad, tendríamos andado mucho camino para llegar a este segundo; si verdaderamente nosotros mismos nos tuviésemos en poco, no se nos haría muy dificultoso que los otros también nos tuviesen en poco, antes nos holgaríamos de ello. ¿Lo queréis ver? Dice San Buenaventura: «Todos, naturalmente, nos holgamos que los demás se conformen con nuestro parecer y sientan lo mismo que nosotros sentimos.» Pues si esto es así, ¿por qué no nos holgamos que los otros nos tengan en poco? ¿Sabéis por qué? Porque no nos tenemos nosotros en poco; no somos de ese parecer. San Gregorio, sobre aquellas palabras de Job (33, 27): [*Pequé, y verdaderamente delinquí, y no he recibido el castigo que merecía*], dice: Muchos Con la boca dicen mal de sí, y que son unos tales y unos cuales, y no lo creen ello así, porque cuando otro les dice aquellas mismas cosas, aun menores, no lo pueden sufrir. Y esos tales, cuando dicen mal de sí, no lo dicen con verdad, porque no lo sienten ellos así en su corazón, como lo sentía Job cuando decía: *Pequé, y verdaderamente he delinquido y ofendido a Dios, y no me ha castigado tanto como yo merecía*. Job decía esto con verdad y de corazón; pero

éstos, dice San Gregorio, solamente se humillan con la boca y exteriormente; mas en el corazón no tienen humildad; quieren parecer humildes, pero no lo quieren ser; porque si de veras lo deseasen, no se sentirían tanto cuando otro les reprende y les avisa de alguna falta, si no se excusarían ni volverían tanto por sí, ni se turbarían como se turban.

Cuenta Casiano que vino un monje al abad Serapión, que en el hábito, meneos y palabras mostraba grande humildad y menosprecio de sí mismo, y nunca acababa de decir mal de sí, que era tan pecador y malo, que no era digno de gozar de este aire común ni de la tierra que pisaba; no quería sentarse sino en el suelo, y mucho menos consentir que le lavasen los pies. El abad Serapión, después de haber comido, comenzó a tratar algunas cosas espirituales, como tenía de costumbre, y le cupo su ración al huésped; le dio un buen consejo con mucho amor y blandura que pues era mancebo y robusto, procurase residir en su celda y trabajar con sus manos para comer, conforme a la regla de los monjes, y no anduviese ocioso discurriendo por las celdas de los demás. Sintió tanto aquel monje esta amonestación y aviso, que no lo pudo disimular, sino que lo mostró exteriormente en el semblante del rostro. Entonces le dijo el abad Serapión: «¿Qué es esto, hijo, que ahora nos decías de ti tantos males, y tantas cosas de mucha afrenta y deshonra, y ahora con una amonestación tan llana como ésta, que no contiene en sí injuria ni afrenta alguna, sino mucho amor y caridad, te has indignado y alterado tanto, que no lo has podido disimular? ¿Esperabas, por ventura, con aquellos males que decías de ti, oír de nuestra boca aquella sentencia del Sabio (Prov. 18, 17): [*El justo es el primero que se acusa y confiesa sus faltas*]: éste es justo y humilde, pues dice mal de sí? ¿Pretendías que te alabásemos tuviésemos por justo y por bueno?

¡Ay!, dice San Gregorio, que muchas veces eso es lo que pretendemos con nuestras hipocresías y humildades fingidas, y lo que parece humildad es soberbia grande. Porque muchas veces nos humillamos por ser alabados de los hombres y por ser tenidos por buenos y por humildes. Si no, pregunto yo: ¿Para qué decís de vos lo que no queréis que crean los otros? Si lo decís de corazón y andáis con verdad, habéis de querer que los otros os crean y os tengan por tal; y esto no queréis, manifiestamente mostráis que en eso no pretendéis sur humillado, sino ser tenido y estimado.

Eso es lo que dice el Sabio (Eccli 19, 23): *Hay algunos que se humillan fingidamente, y allá en lo interior su corazón está lleno de soberbia y engaño*. Porque ¿qué mayor engaño que buscar por medio de la humildad ser honrado y estimado de los hombres? ¿Y qué mayor soberbia que pre-

tender ser tenido por humilde? Pretender alabanzas de la humildad, dice San Bernardo, no es virtud de humildad, sino perversión y destrucción de ella. ¿Qué mayor perversión puede ser que ésa? ¿Qué cosa puede ser más fuera de razón, que querer parecer mejor de donde parecéis peor? Del mal que decís de vos queréis parecer bueno y ser tenido por tal, ¿qué cosa más indigna y más fuera de razón? San Ambrosio, reprendiendo esto, dice: «Muchos tienen apariencia de humildad, pero no tienen la virtud de la humildad; muchos que parece que exteriormente la buscan, interiormente la contradicen.»

Es tanta nuestra soberbia y la inclinación que tenemos a ser tenidos y estimados, que buscamos mil modos e inventamos mil trazas para eso. Unas veces por indirectas, otras por directas, siempre podríamos llevar el agua a nuestro molino. Dice San Gregorio que es propio de los soberbios, cuando les parece que han hablado o hecho alguna cosa bien, preguntar a los que lo vieron u oyeron que les digan las faltas, para que les digan bien de ello. Parece que se humillan exteriormente, pidiendo que les digan las faltas; pero no es humildad aquella, sino soberbia, porque pretenden con aquello sacar alabanzas. Otras veces comienza uno a decir mal de lo que ha hecho, y dice que ha quedado muy descontento de ello, para con aquello sacar lo que el otro tiene en su pecho, y querría que se lo excusase y le dijese: no fue por cierto sino muy bien dicho, o muy bien hecho, y no tenéis razón de estar descontento. Eso es lo que el otro buscaba. Llamaba a ésta un Padre muy grave muy espiritual humildad de garabato, porque con ese garabato queréis sacar del otro que os alabe. Acaba uno de predicar, y queda él muy contento y muy pagado de su sermón, y pregunta al otro que le diga las faltas. ¿Para qué son esas ficciones e hipocresías? Que no pensáis vos que ha habido faltas, ni pretendéis sino que os digan bien del sermón, y que con concuerden con vuestro parecer, y eso oís de buena gana; y si acaso el otro con llaneza os dice alguna falta, ni gustáis de ello, antes la defendéis, y aun algunas veces acontece que juzgáis al que os notó la falta de no tan buen entendimiento, y que no tiene buen voto en aquella materia, porque tuvo por falta lo que vos tuvisteis por acodado, Todo es soberbia y estimación, y eso pretendéis sacar con humildades fingidas.

Otras veces, cuando no podemos encubrir nuestra falta, la confesamos llanamente, para que ya que perdimos honra con la falta, la ganemos con aquella confesión humilde. Otras veces, dice San Bernardo, exageramos nosotros nuestras faltas y decimos aún más de lo que es, para que viendo los otros que no es posible ni creíble ser tanto como aquello, pien-

sen que no debió haber falta ninguna en ello, y lo echen todo a humildad nuestra; y así, exagerando y diciendo más de lo que es, queremos encubrir lo que es. Con mil mañas y marañas procuramos disfrazar y encubrir nuestra soberbia so capa de humildad.

Y en esto veréis de camino, dice San Bernardo cuan excelente y preciosa sea la humildad y cuán baja y afrentosa la soberbia. Mirad cuán alta y gloriosa brisa es la humildad, pues la misma soberbia se quiere valer de ella y cubrirse con ella. Y mirad cuán baja y vergonzosa cosa es la soberbia, pues no se atreve a parecer descubierta la cara, sino disfrazada y cubierta con velo de humildad; que quedarais vos corrido y afrentado si el otro entendiese que pretendéis y deseáis ser estimado y alabado; porque os tendrían por soberbio, que es el más bajo puesto en que podéis ser tenido, y por eso procuráis encubrir vuestra soberbia con muestras de humildad. Pues ¿por qué queréis ser lo que tenéis vergüenza de parecer? Si quedaríais avergonzado y corrido de que los otros entendiesen que vos queréis ser alabado y estimado, ¿por qué no os avergonzáis de quererlo? Que el mal en eso está, en quererlo vos, no en que los otros entiendan que lo queréis. Y si tenéis vergüenza que los hombres entiendan eso, ¿por qué no la tenéis de Dios, que lo entiende y ve? (Sal 138, 16): [*Tus ojos, Señor, vieron mi imperfección*].

Todo esto nos viene de no estar bien fundados en el primer grado de humildad, y así estamos tan lejos del segundo. Es menester que tomemos este negocio de sus principios; primero conviene que conozcamos nuestra miseria, y nuestra nada, y del profundo conocimiento propio ha de nacer en nosotros un sentir muy bajamente de nosotros mismos, y despreciarnos y tenernos en poco, que es el primer grado de humildad, y de ahí hemos de subir a este segundo. De manera que no basta que vos os tengáis en poco, ni basta que vos digáis mal de vos, aunque lo digáis de verdad y de corazón, y lo sintáis así, sino habéis de procurar llegar a holgaros que los otros también sientan de vos eso mismo que vos sentís y decís, y os desprecien y tengan en poco. Dice San Juan Climaco: no es humilde el que se abate y dice mal de sí; porque, ¿quién hay que no se sufra a sí mismo?, sino aquél es humilde, que con paz huelga ser despreciado y maltratado de otros. Bueno es que uno diga siempre mal de sí, que es un soberbio, perezoso, impaciente, negligente y descuidado; pero mejor sería que guardase eso para cuando otro se lo dice. Si vos deseáis que los otros sientan eso mismo, y os tengan en esa posesión y figura, y os holgáis de oír esas cosas cuando se ofrece la ocasión, ésa es verdadera humildad.

CAPÍTULO 14

De algunos grados y escalones por donde hemos de subir a la perfección de este segundo grado de humildad.

Por ser este segundo grado de humildad de lo más práctico y dificultoso que hay en el ejercicio de esta virtud, dividámosle, como lo dividen algunos Santos, y haremos de él cuatro grados o escalones, para que así poco a poco, y como por sus pasos contados, vayamos subiendo a la perfección de la humildad que este grado nos pide.

El primer escalón es no desear ser honrado y estimado de los hombres, antes huir de todo lo que dice honra y estimación. Llenos tenemos los libros de ejemplos de Santos que estaban tan lejos de desear ser tenidos y estimados del mundo, que huían de las honras y dignidades y de todas las ocasiones que les podían acarrear estimación delante de los hombres como de un enemigo capital.

De esto nos dio primero ejemplo Cristo nuestro Redentor y Maestro, que huyó cuando entendió que querían venir a elegirle por rey (Jn 6, 15), después de aquel famoso milagro de haber hartado a cinco mil hombres con cinco panes y dos peces, no teniendo Él peligro alguno en ningún estado, por alto que fuese, sino para darnos ejemplo. Y por la misma razón, cuando manifestó la gloria de su sacratísimo cuerpo a sus tres discípulos en su admirable transfiguración, les mandó que no lo dijesen a nadie hasta después de su muerte y gloriosa Resurrección (Mt 9, 30); y dando vista a los ciegos y haciendo otros milagros, les encargaba el secreto (Mc., 7, 36); todo para darnos a nosotros, ejemplo que huyamos de la honra y estimación de los hombres, por el gran peligro que en ello hay de desvanecernos y perdernos.

En las Crónicas de la Orden del bienaventurado San Francisco se cuenta que oyendo fray Gil contar la caída de fray Elías, que había sido ministro general y gran letrado, y entonces era apóstata y descomulgado, porque se fue para el emperador Federico II, rebelde a la Iglesia, se echó fray Gil en tierra oyendo estas cosas, y se apretaba fuertemente con ella. Y preguntado por qué hacía aquello, respondió: Quiero descender cuanto pudiere, porque aquél cayó por subir mucho. Gerson trae a este propósito aquello que fingen los poetas de Anteo, gigante, hijo de la Tierra, que peleando con Hércules, cada vez que se echaba en la tierra cobraba nuevas fuerzas, y así no podía ser vencido; pero Hércules, cayendo en la cuenta, le

levantó en alto y así le cortó la cabeza. Eso, dice Gerson, pretende el demonio con las alabanzas, honra y estimación del mundo, levantarnos en alto para degollarnos y hacernos dar mayor caída; y por eso el verdadero humilde se echa en la tierra de su propio conocimiento, y teme y huye tanto ser levantado y estimado.

El segundo escalón, dice San Anselmo, es sufrir con paciencia ser despreciado de otros; qué cuando se os ofreciere alguna ocasión que parezca que en menoscabo y desprecio vuestro, la llevéis bien. Ahora no tratarnos que deseéis injurias y afrentas, y que la andéis a buscar y os holguéis y regocijéis en ellas; de eso trataremos después, que es cosa más alta y más perfecta. Lo que decimos es que a lo menos cuando se nos ofreciere la ocasión de alguna cosa que toque a vuestro desprecio, la llevéis con paciencia, si no podéis con alegría, conforme a aquello del Sabio (Eccli 2, 41): *Todo lo que se te ofreciere*, aunque sea muy contrario al gusto y a la sensualidad, *recíbelo bien*, y aunque te duela; *súfrelo con humildad y paciencia.* Este es un medio muy grande para alcanzar la humildad y para conservarla. Porque así como honra y estimación de los hombres es ocasión para ensoberbecernos y desvanecernos, y por eso huía tanto de ella los Santos; así, todo lo que es en nuestro desprecio y desestima, es muy grande medio para alcanzar la humildad y conservarnos y crecer en ella.

Decía San Laurencio Justiniano que la humildad es semejante al arroyo o corriente, que en el invierno lleva grande avenida y en el verano pequeña; así, la humildad, con la prosperidad desmedra y con la adversidad crece. Muchas son las ocasiones que de esto se nos ofrecen cada día, y grande ejercicio de humildad podríamos traer si anduviésemos con atención y cuidado de aprovecharnos de ellas. Dice muy bien aquel Santo: «Lo que agrada a los otros, irá adelante; lo que a ti te contenta, no se hará; lo que dicen los otros, será oído; lo que dices tú, será contado por nada: pedirán los otros, y recibirán; tú pedirás, y no alcanzarás; otros serán muy grandes en la boca de los hombres; de ti no se hará cuenta; a los otros se encargarán los negocios; tú serás tenido por inútil. Por esto se entristecerá la naturaleza; mas será grande cosa si lo sufres callando.» Cada uno entre en cuenta consigo y vaya discurriendo en particular por las ocasiones que se pueden y suelen ofrecer, y vea cómo le va en ellas. Mirad cómo os va cuando alguno os manda con imperio y resolución; mirad cómo lo tomáis cuando os avisan o reprenden alguna falta; mirad lo que sentís cuando os parece que el superior no hace mucha confianza de vos, sino que antes anda con recato. Dice San Doroteo: Cualquier ocasión de éstas que se os

ofreciere, recibidla como remedio y medicina para curar y sanar vuestra soberbia, y rogad a Dios por el que os ofrece esa ocasión, como por médico de vuestra alma, y persuadíos que el que aborrece estas cosas, aborrece la humildad.

El tercer escalón que hemos de subir es no holgarnos ni tornar contentamiento cuando somos alabados y estimados de los hombres. Esto es más dificultoso que lo pasado. Dice San Agustín: «Aunque es fácil cosa carecer de alabanzas y no se nos dar nada de no ser alabados y honrados cuando eso no se ofrece; pero no holgarse uno cuando le alaban y estiman, y no tomar contentamiento en eso, es muy dificultoso.» San Gregorio trata muy bien este punto, sobre aquellas palabras de Job (31, 26): *Si vi al sol cuando resplandecía, y la luna cuando andaba claramente, y se alegró allá dentro mi corazón*. Dice San Gregorio, que esto dice Job porque no se holgaba ni tomaba vano contentamiento en las alabanzas y estimación de los hombres, que eso es mirar al sol cuando resplandece, y a la luna cuando está con gran claridad; mirad uno la buena fama y opinión que tiene cerca de los hombres y sus alabanzas, y holgar alabanzas suya, de allí toma ocasión para humillarse y contentarse de eso.

Pues dice que esta diferencia hay entre los soberbios y los humildes, que los soberbios se huelgan cuando los alaban, y aunque sea mentira el bien que dicen de ellos, se huelgan, porque no tienen cuenta con lo que son verdaderamente en sí y delante de Dios; sólo pretenden ser tenidos y estimados de los hombres, y así se alegran y engríen con eso como quien ha alcanzado el fin que pretendía. Empero el verdadero humilde de corazón, cuando ve que le alaban y estiman y dicen bien de él, entonces se encoge y se confunde más, conforme a aquello del Profeta (Sal 87, 16): *Cuando me ensalzaban, entonces me humillaba yo más, y andaba con mayor vergüenza y tentar*. Y con razón, porque teme no sea más castigado de Dios por no tener aquello de que es alabado, o si por ventura lo tiene, teme no se libre su premio y galardón en aquellas alabanzas: y le digan después (Lc 16, 25): *Ya recibiste en tu vida el premio de tus obras*. De manera, que de lo que los soberbios toman ocasión para engreírse y desvanecerse, que es de las alabanzas de los hombres, de eso toman los humildes ocasión para confundirse y humillarse.

Y eso es, dice San Gregorio, lo que dice el Sabio (Prov. 27, 21): *Así como la plata se prueba en el lugar donde es fundida, y el oro en el crisol, así es probado el hombre en la boca de quien le alaba*. La plata o el oro, si es malo, en el fuego se consume, mas si es bueno, en el fuego se clarifica y

purifica más. Pues así, dice el Sabio, se prueba el hombre con las alabanzas. Porque el que cuando es alabado y estimado se ensalza y envanece con las alabanzas que oye, ése es oro o plata no buena, sino reprobada, pues le consume el crisol de la lengua; pero el que oyendo alabanzas suyas, de allí toma ocasión para humillarse y confundirse más, es plata y oro finísimo, pues no se consumió con el fuego de las alabanzas; antes quedó más acendrado y clarificado con ellas, porque quedó más humillado y confundido. Pues tomad ésta por señal de si vais aprovechando en virtud y humildad, o no, pues por tal nos la da el Espíritu Santo. Mirad si os pesa cuando os alaban y estiman, o si os holgáis y contentáis de eso, y ahí veréis si sois oro u oropel.

De nuestro Padre San Francisco de Borja leemos que ninguna cosa le daba tanta pena como cuando se veía honrar por santo o por siervo de Dios Y preguntado una vez por qué se afligía tanto de ello, pues él no lo deseaba ni procuraba, respondió que temía la cuenta que había de dar a Dios por ello, siendo el tan otro del que se pensaba; que es lo que decíamos de San Gregorio. Así nosotros hemos de estar tan fundados en nuestro propio conocimiento, que no basten los vientos de las alabanzas y estimación de los hombres a levantarnos y sacarnos de nuestra nada. Antes entonces nos hemos de confundir y avergonzar más, viendo que son falsas aquellas alabanzas, y que no hay en nosotros aquella virtud de que nos alaban, ni somos tales, cuales el mundo nos predica y habíamos de ser.

CAPÍTULO 15

Del cuarto escalón, que es desear ser despreciados y tenidos en poco y holgarnos con ello.

El cuarto escalón para llegar a la perfección de la humildad es que desee uno ser despreciado y tenido en poco de los hombres, y que se huelgue con las deshonras, injurias y menosprecios. Dice San Bernardo: «El verdadero humilde desea ser tenido de los otros en poco, no por humilde, sino por vil, y se goza en eso.» Este es el segundo grado de humildad, y en esto consiste la perfección de él; y por esto, dice, se compara la humildad al nardo, hierba pequeña y odorífera, conforme a aquello de los Cantares (1, 11): [*Mi nardo esparció su olor*]; porque entonces se extiende y esparce el olor de este nardo de la humildad a los demás, cuando no sólo vos os

tenéis en poco, sino queréis y deseáis que los demás también os desprecien y tengan en poco.

Nota San Bernardo que hay dos maneras de humildad: una que está en el entendimiento, que es cuando uno mirándose a sí mismo y viendo su miseria y vileza, convencido de la verdad, se tiene en poco y se juzga por digno de todo desprecio y deshonra; otra está en la voluntad, y es, cuando uno quiere ser tenido de otros en poco, y desea ser despreciado y deshonrado de todos. En Cristo nuestro Redentor, dice, no hubo la primera humildad de entendimiento, porque no podía Cristo tenerse así mismo en poco ni por digno de desprecio y deshonra, porque se conocía el muy bien a sí mismo, y sabía que era verdadero Dios e igual al Padre (Filip 2, 6): [*No tuvo por género de usurpación tenerse por igual a Dios Padre; y, sin embargo, se apocó y menoscabó a sí mismo tomando forma de siervo*]. Mas hubo en Él la segunda humildad de corazón y de voluntad, porque por el grande amor que nos tuvo, quiso abatirse y desautorizarse, y parecer vil y despreciado delante de los hombres. Y así dice (Mt 11,29): *Aprended de mí, que soy manso y humilde de corazón* y de voluntad. Sin embargo en nosotros ha de haber ambas humildades, porque la primera sin la segunda es falsa y engañosa. Querer parecer y ser tenido por otro de lo que verdaderamente sois, falsedad y engaño es. El que verdaderamente es humilde, y de veras siente bajamente de sí, y se desprecia él a sí mismo y se tiene en poco, se ha de holgar también que los otros le desprecien y tengan en poco.

Esto es lo que hemos de aprender de Cristo. Mirad cuán de corazón y con cuán gran deseo y voluntad abrazó Él desprecios y deshonras por nuestro amor, que no se contentó con abatirse y apocarse, haciéndose hombre y tomando forma y hábito de siervo el que es Señor de los Cielos y de la tierra, sino que quiso tomar forma y hábito de pecador. Dice el Apóstol (Rom 8, 3): *Envió Dios a su Hijo en traje y semejanza de hombre pecador*. No tomó pecado, porque no pudo caber en Él; pero tomó el cauterio y señal de pecadores porque quiso ser circuncidado como pecador, y bautizado entre pecadores y publicanos, como si fuera uno de ellos, y ser tenido en menos que Barrabás, y ser juzgado por peor y por más indigno de la vida que él.

Finalmente, era tan grande el deseo que tenía de padecer afrentas, escarnios y vituperios por nuestro amor, que le parecía que se tardaba mucho aquella hora, en la cual, embriagado de amor, había de quedar desnudo, como otro Noé, para ser escarnecido de los hombres. *Con bautismo,* dice (Lc 12, 50), *tengo de ser bautizado, con bautismo de sangre, ¡y cómo vivo*

en estrechura hasta que se ponga por obra! Con deseo he deseado que se llegue ya esta hora de [*comer esta Pascua con vosotros*] (Lc 22, 15), en la cual no se verán sino escarnios y vituperios nunca vistos, bofetadas y pescozones, como a esclavo, escupirle su cara como a blasfemo, vestirle de blanco como a loco y de púrpura como a rey fingido, y, sobre todo, los azotes, que es castigo de ladrones y malhechores, y tormento de la cruz en compañía de ladrones, que en aquel tiempo era el más vergonzoso e ignominioso linaje de muerte que había en el mundo. Esto es lo que con gran deseo estaba deseando Cristo nuestro Redentor. *Estaba esperando improperios y afrentas*, dice el Profeta (Sal 68, 21) en su nombre, como quien esperaba una cosa muy agradable y de que gusta mucho; que de esas cosas es la esperanza, como el temor de las que dan pena y tristeza. Y el Profeta Jeremías dice (Lam 3, 30): [*Se hartará de oprobios*]: estaba deseando esta hora para hartarse de oprobios, escarnios y afrentas, como de cosa de que Él tenía grande hambre, y de que gustaba mucho, y le era muy sabrosa, por nuestro amor.

Pues si el Hijo de Dios deseó con tan gran deseo los desprecios y deshonras, y las recibió con tan grande gusto y contento por nuestro amor, no siendo digno de ellas, no será mucho que nosotros, siendo dignos de todo desprecio y deshonra, deseemos por su amor ser tenidos siquiera en lo que somos, y que nos holguemos con las deshonras y menosprecios que merecemos, como lo hacía el Apóstol San Pablo cuando decía (2 Cor 12, 10): *Por lo cual me huelgo en las enfermedades, en las injurias, afrentas, necesidades, persecuciones y angustias por Cristo*. Y escribiendo los Filipenses (1, 7), tratando de su prisión les pide que le sean compañeros en la alegría que tenía por verse preso en aquella cadena por Cristo. Tenía tan abundancia de gozo en las persecuciones y trabajos que padecía, que podía repartir alegría por los compañeros, y así los convidaba a que participasen de su alegría.

Esta es la leche que mamaron a los pechos de Cristo los sagrados Apóstoles. Y así leemos de ellos (Hech 15, 41) que *iban gozosos* y regocijados cuando los llevaban presos delante de los presidentes y sinagogas, y tenían por gran regalo y merced de Dios ser dignos de padecer afrentas e injurias per el nombre de Cristo.

Esto imitaron después los Santos, como un San Ignacio, que cuando le llevaban a martirizar a Roma con muchos denuestos e injurias, iba con grande alegría y decía: *Ahora comienzo a ser discípulo de Cristo*. Esto quiere nuestro Padre que imitemos nosotros, y nos lo encarga con palabras

de grande encarecimiento y ponderación. «Los que entraren y viven en la Compañía han —dice—, de advertir y ponderar delante de nuestro Criador y Señor, en cuánto grado ayuda y aprovecha a la vida espiritual aborrecer en todo, y no en parte, cuanto el mundo ama y abraza, y desear con todas las fuerzas posibles cuanto Cristo nuestro Señor ha amado y abrazado. Y como los mundanos, que siguen el mundo, aman y buscan con tanta diligencia honras, fama y estimación de mucho nombre en la tierra, como el mundo les enseña; así los que van en espíritu y siguen de veras a Cristo nuestro Señor, aman y desean intensamente todo lo contrario, es a saber, vestirse de la misma vestidura y librea de su Señor, por su divino amor y reverencia; tanto, que donde a su Divina Majestad no le fuese ofensa alguna, ni al prójimo imputado a pecado, deseen pasar injurias, falsos testimonios y afrentas, y ser tenidos y estimados por locos, no dando ellos ocasión alguna de ello, por desear parecer e imitar en alguna manera a nuestro Criador y Señor Jesucristo.» En esta regla está cifrado todo lo que podemos decir de la humildad. Esto es haber dejado y aborrecido de veras el mundo y lo más fino de él, que es el apetito deseo de ser tenidos y estimados; esto es estar muertos al mundo y ser de veras religiosos, que como los del mundo desean honra y estimación, y huelgan con ella, así nosotros deseemos deshonras y menosprecios, y nos holguemos con ellos. Esto es ser de la Compañía de JESÚS y compañeros de JESÚS; que le hagamos compañía, no sólo en el nombre, sino en sus deshonras y menosprecios, y nos vistamos su librea siendo afrentados y despreciados del mundo con Él y por Él, y alegrándonos y regocijándonos en eso por su amor. Vos, Señor, fuisteis pregonado públicamente por malo y puesto entre dos ladrones como malhechor; no permitáis que yo sea pregonado por bueno, que *no es razón que el siervo sea tenido en más que el Señor, ni el discípulo en más que su Maestro* (Mt 10, 24). Pues si a Vos, Señor, os persiguieron y menospreciaron, persíganme a mí, desprécienme, afréntenme, para que así os imite a Vos y parezca discípulo y compañero vuestro. Decía el Padre San Francisco Javier que tenía él por cosa indigna que un hombre cristiano, que ha de traer siempre en la memoria las afrentas que hicieron a Cristo nuestro Señor, guste de que los hombres le honren y veneren.

CAPÍTULO 16

Que la perfección de la humildad y de las demás virtudes, está en hacer sus actos con deleite y gusto, y cuánto importa esto para perseverar en la virtud.

Doctrina es común de los filósofos que la perfección de la virtud consiste en hacer los actos de ella con deleite y gusto; porque tratando de las señales por donde se conoce si uno ha alcanzado el hábito de la virtud, dicen que son cuando obra las obras de aquella virtud con prontitud, facilidad y deleite. El que tiene adquirido hábito de algún arte o ciencia, obra con grandísima prontitud y facilidad las obras de ella. Y así vemos que el que es músico, como tiene ya adquirido el hábito de la música, tañe con grandísima facilidad y prontitud, y no ha menester prevenirse y estar pensando en eso, que aun pensando en otra cosa, tañe muy bien. Pues de la misma manera obra los actos de la virtud el que tiene adquirido hábito de ella. Y así, si queréis ver si habéis adquirido la virtud de la humildad, mirad lo primero si obráis las obras de ella con prontitud y facilidad; porque si sentís repugnancia y dificultad en las ocasiones que se os ofrecen, es señal que no habéis alcanzado perfectamente la virtud. Y si para llevarlas bien habéis menester prevenciones y consideraciones, buen camino es ése para alcanzar la perfección de esta virtud, pero al fin es señal que aún no la habéis alcanzado. Como el que para tañer ha menester ir pensando dónde ha de poner este dedo, dónde este otro, y acordándose de las reglas que le han dado, bien va para aprender a tañer, pero es señal que aún no ha adquirido el hábito de la música, porque ése no ha menester acordarse de nada de eso para tañer bien. Y así dijo allá Aristóteles: «El que tiene adquirido perfectamente el hábito de algún arte, le es tan fácil el obrar los actos de ella, que no ha menester ponerse a pensar, ni a deliberar, cómo los ha de hacer, para hacerlos bien.» Y así vienen a decir los filósofos, que de los actos repentinos e indeliberados se conoce la virtud de uno. No se conoce la virtud en las cosas que uno hace muy de pensador sino en los actos que hace descuidadamente.

Y aún más que esto dicen los filósofos. Plutarco, tratando cómo se conocerá cuándo uno ha alcanzado la virtud, pone doce señales, y una de ellas, que nos la dejó, dice, escrita aquel gran filósofo llamado Zenón, es por los sueños; si aun en sueños, cuando estáis durmiendo, no os vienen movimientos malos, ni imaginaciones torpes y deshonestas, o cuando os

vienen, no tomáis gusto ni contentamiento ninguno en ellas, sino antes pena, y estáis resistiendo a la tentación y a la delectación entre sueños, como si estuvierais despierto, ésa es señal de estar la virtud muy arraigada en vuestra alma, y que no solamente la voluntad está sujeta a la razón, sino también la sensualidad e imaginación. Así como cuando los caballos que llevan un coche están bien domados y amaestrados en aquello, aunque el cochero que los rige afloje las riendas y se vaya durmiendo, ellos se van su camino derecho sin errar; así, dice este filósofo, los que han alcanzado perfectamente la virtud y han ya domado y sujetado del todo los afectos y apetitos brutales, aun durmiendo van su camino derecho.

San Agustín nos enseña también esta doctrina. Tienen algunos siervos de Dios tanto amor y afición a la virtud y a la guarda de los Mandamientos de Dios y tanto aborrecimiento al vicio, y están tan hechos y acostumbrados a resistir en vela a las tentaciones, que aun en sueños también las resisten. Del Padre San Francisco Javier leemos en su Vida, que en una tentación o ilusión que tuvo durmiendo, hizo tanta fuerza para resistirla, que con la fuerza echó tres o cuatro bocanadas de sangre. De esta manera declaran algunos aquello de San Pablo (I Tesal., 5, 10): [*Ora velemos, ora durmamos, vivamos juntamente con Él*]: quiere decir, no sólo que viviendo y muriendo siempre vivamos con Cristo, que es la común exposición, sino que los fervorosos siervos de Dios siempre han de vivir con Cristo, no solamente velando, sino también durmiendo y soñando.

Pasan más adelante los filósofos, y dicen que la tercera condición o señal en que se conoce cuando uno ha adquirido y alcanzado perfectamente la virtud, es cuando obra las obras de aquella virtud, con deleite y con gusto. Esta es la principal señal y en lo que consiste la perfección de la virtud. Pues si queréis ver si habéis alcanzado la perfección de la virtud de la humildad, examinaos por la regla que pusimos en el capítulo pasado; mirad si os holgáis tanto con la afrenta y deshonra, como se huelgan los mundanos con la honra y estimación.

Fuera de ser esto menester para llegar a la perfección de cualquier virtud, hay en ello otra cosa de mucha sustancia, que es ser muy importante para durar y perseverar en ella; porque mientras no lleguemos a hacer las obras virtuosas con gusto y alegría, será cosa muy dificultosa el perseverar en la virtud. San Doroteo dice que ésta era doctrina común de aquellos Padres antiguos. Solían decir aquellos Padres antiguos, y tenían ésta por una verdad muy averiguada y cierta, que lo que no se hace con gozo y alegría, no puede durar mucho tiempo. Bien podrá ser que por alguna tem-

porada guardéis el silencio y andéis con modestia y recogimiento; pero hasta que eso salga de lo interior del corazón y con la buena costumbre se os haga como connatural, y así lo vengáis a hacer con suavidad y gusto, no perseveraréis mucho en ello, porque será como cosa postiza y violenta y nada violento es duradero. Por esto importa mucho ejercitarnos en los actos de las virtudes, hasta que la virtud se nos vaya embebiendo y arraigando n el corazón de tal manera, que parezca que ella se cae de suyo, y que aquél es nuestro natural, y así vengamos a obrar las obras de la virtud con gusto y alegría, porque de esa manera podremos tener alguna seguridad de que duraremos y perseveraremos en ella. Esto es lo que dice el Profeta (Sal., 1, 2): Bienaventurado el varón que todo su contento y todo su gozo y regocijo es en la ley del Señor, y esos son sus deleites y entretenimientos, porque ése dará fruto de buenas obras, como árbol plantado cerca de las corrientes de las aguas.

CAPÍTULO 17

Declarase más la perfección a que hemos de procurar subir en este segundo grado de humildad.

San Juan Clímaco añade otro punto a lo dicho, y dice que así como los soberbios aman tanto la honra y estimación, que para ser más honrados y estimados de los hombres, muchas veces fingen y dan a entender lo que no tienen, como más nobleza o más riqueza, y más habilidades y partes de las que tienen, así es altísima humildad que llegue uno a tener tanto deseo de ser despreciado y tenido en poco, que para alcanzar esto procure en casos fingir y dar a entender algunas faltas que no tenga, para que así sea tenido en menos. Tenemos, dice, en esto ejemplo en aquel Padre Simeón, que oyendo que el Adelantado de la provincia le venía a visitar como a varón famoso y santo, tomó en las manos un pedazo de pan y queso, y asentado a la puerta de su celda, comenzó a comer aquello a manera de tonto; y visto esto, el Adelantado le despreció; de lo cual quedó él es muy contento, porque alcanzó lo que pretendía. Y de otros Santos leemos ejemplos semejantes: como de San Francisco, cuando se puso a amasar el barro con los pies para huir la honra y recibimiento que le querían hacer; y de fray Junípero, cuando se puso a columpiar con los muchachos por el mismo fin.

Miraban estos Santos que el mundo despreció al Hijo de Dios, que es sumo e infinito Bien; y viendo que el mundo es tan mentiroso y falso, y

que fue engañado en no conocer una tan clarísima luz, como era el Hijo de Dios, y en honrar al que era verdaderísima honra, toman tanto odio y aborrecimiento con el mundo y su estimación, que reprueban aquello que el mundo aprueba, y aquello aprecian y aman que el mundo aborrece y desprecia; y así huyen con mucho cuidado de ser preciados y estimados de quien despreció a su Dios y Señor, y tienen por grande señal de ser amados de Cristo el ser despreciados del mundo con El y por Él. Esta es la causa por qué gustaban tanto los Santos de los oprobios y deshonras del mundo, y hacían tantos ensayos para alcanzar este desprecio. Verdad es, dice San Juan Climaco, que muchas cosas de éstas fueron hechas por particular instinto del Espíritu Santo, y así más son para admirarnos de ellas que para imitarlas; sin embargo, aunque no lleguemos a hacer con efecto aquellas locuras santas que hacían los Santos, hallemos de procurar imitarlos en el amor y deseo grande que tenían de ser despreciados y tenidos en poco.

San Diádoco pasa adelante y dice que hay dos maneras de humildad: la primera es de los medianos que van aprovechando, pero están todavía en pelea, y son combatidos de pensamientos de soberbia y de malos movimientos, aunque procuran con la gracia del Señor resistirlos y desecharlos humillándose y confundiéndose. Otra humildad hay de perfectos, y es cuando el Señor comunica a uno tanta luz y conocimiento de sí mismo, que le parece que ya no se puede ensoberbecer, ni parece que le pueden venir movimientos de soberbia y elación, entonces tiene el ánima una humildad eterno natural, que aunque obra grandes cosas, no se levanta nada por eso, ni se tiene en más, sino antes se tiene por menor de todos.

Y entre estas dos maneras de humildad hay, dice, esta diferencia, que la primera comúnmente está con dolor y con alguna tristeza y pena, al fin como en gente que no ha alcanzado perfecta victoria de sí mismos, sino que todavía siente en sí alguna contradicción, que ésa es la que causa la pena y tristeza, cuando se ofrece la ocasión de la humillación y desestima, y lo que hace que aunque la lleve con paciencia, no la lleve con alegría, porque todavía hay allá dentro quien haga alguna resistencia por no estar acabadas de vencer las pasiones. Pero la segunda humildad no está con pena ni dolor alguno, antes con mucha alegría se está uno en aquella confusión y vergüenza delante del Señor, y en aquella desestima y desprecio de sí mismo, como quien no tiene ya quien le haga resistencia, por haber vencido y sujetado las pasiones y vicios contrarios, y alcanzado perfecta victoria de sí mismo.

Y de ahí es también, dice el Santo, que los que tienen la primera humildad, se turban y mudan con las adversidades y prosperidades y diversos sucesos de esta vida; pero los que tienen la segunda humildad, ni las cosas adversas les turban, ni las prósperas les desvanecen ni engríen, ni causan en ellos vano contentamiento, sino siempre permanecen en su ser y gozan de grande paz tranquilidad, como gente que ha alcanzado la perfección y es superior a todos esos sucesos. Al que desea ser tenido en poco y se huelga con eso, no hay cosa que le inquiete, ni le dé pena; porque si lo que le podía dar alguna, que es ser olvidado y desestimado, eso desea él y ese es su gusto y contento, ¿qué le podrá inquietar, ni dar pena? Si en aquello en que los hombres parece que le podían hacer guerra siente él mucha paz, nadie le podrá quitar su paz. Y así, dice San Crisóstomo que este tal ha hallado paraíso y bienaventuranza en la tierra. [¿Porque quién más dichoso que el que se halla en ese estado? Este tal está perennemente de asiento en el puerto, libre de toda borrasca, y goza de la serenidad y bonanza de sus pensamientos].

Pues a esta perfección de humildad hemos de procurar llegar. Y no se nos haga esto imposible, porque con la gracia de Dios, dice San Agustín, no solamente los Santos, sino al Señor de los Santos podemos imitar, si queremos; porque el mismo Señor dice que aprendamos de El (Mt., 11, 29). [*Aprended de mí, que soy manso y humilde de corazón*]. Y el Apóstol San Pedro dice que nos dio ejemplo para que le imitemos (1 Pedro 2, 21): [*Cristo padeció por nosotros, dejándoos ejemplo para que sigáis sus pisadas*]. San Jerónimo, sobre aquellas palabras de Cristo [*Si quieres ser perfecto*] (Mt., 19. 21), dice que de estas palabras se colige manifiestamente que está en nuestra mano ser perfecto, pues Cristo dice, si queréis: Porque si dijereis, no tengo fuerzas, bien sabe Dios de nuestra flaqueza (Prov., 24, 12). y con todo eso dice que podréis, si queréis, porque Él está a punto para ayudarnos, si nosotros queremos, y ron su ayuda todo lo podremos.

Vio Jacob una escala, dice el Santo, que llegaba desde la tierra al Cielo, y que subían por ella ángeles y bajaban, y al fin de la escala, en lo alto de ella, estaba sentado el Todopoderoso Dios, para dar la mano los que subían, para animarlos al trabajo de la subida con su presencia. Pues procurad vos subir por esta escala y por estos grados que hemos dicho, que Él os dará la mano para que lleguéis hasta el último escalón. Al caminante que ve de lejos algún puerto muy alto, parécele imposible.

CAPÍTULO 18

De algunos medios para alcanzar este segundo grado de humildad, y particularmente del ejemplo de Cristo nuestro Señor.

Dos maneras de medios se suelen dar comúnmente para alcanzar las virtudes morales: el uno es de razones y consideraciones que nos convenzan y animen a ello; el otro de ejercicio y uso de los actos de aquella virtud, con los cuales se alcanzan los hábitos. Comenzando del primer género de medios, una de las más principales y eficaces consideraciones de que nos podemos ayudar para ser muy humildes, o la más principal y eficaz de todas, es el ejemplo de Cristo nuestro Redentor y Maestro: de lo cual, aunque. hemos dicho algo, siempre hay qué decir.

Toda la vida de Cristo fue un perfectísimo dechado de humildad, desde que nació hasta que expiró en la cruz. Pero el bienaventurado San Agustín pondera particularmente para esto el ejemplo que nos dio lavando los pies a sus discípulos el jueves de la Cena, ya cercano a su Pasión y muerte. No se contentó Cristo nuestro Redentor, dice San Agustín, con los ejemplos de toda su vida pasada ni con los que luego había de dar en su Pasión, que tan cercana estaba, donde había de padecer, como dice Isaías (53, 3), *el postrero de los hombres*; y como dice el real profeta David (Sal., 21, 7), *oprobio de los hombres y deshecho del mundo;* sino (Jn 13, 1) *subiendo JESUS que era ya llegada la hora en que se había de partir de este mundo a su Padre, como tuviese grande amor a los suyos, se lo quiso mostrar al fin de su vida*; y acabada la Cena, levantase de la mesa y quitase sus vestiduras, ciñese una toalla, echa agua en una vacía y postrase a los pies de sus discípulos y a los de Judas, y comienza a lavárselos con aquellas manos divinas, y a limpiárselos con la toalla con que estaba ceñido. ¡Oh misterio grande! ¿qué es esto, Señor, que hacéis? Dice el Apóstol San Pedro: *¿Vos, Señor, me laváis a mí los pies?* no entendían los discípulos lo que hacía. Responde el Señor: *Ahora no entiendes lo que hago, pero después lo entenderás*: Yo os lo declararé. Se torna a sentar a la mesa y les declara el misterio muy de propósito. *Vosotros, me llamáis Maestro y Señor, y decís bien, porque lo soy. Pues si Yo, siendo vuestro Maestro y, Señor, me he humillado y os he lavado los pies, vosotros habéis de hacer lo mismo unos con otros. Os he dado ejemplo para que aprendáis de Mí y hagáis como Yo*. Ese es el misterio, que aprendáis a humillaros, como Yo me he humillado. Es tan grande por una parte la importancia de esta virtud

de la humildad, y por otra la dificultad que hay en ella, que no se contenta con tantos ejemplos como nos había dado y tenía tan a mano para darnos, sino como quien conocía bien nuestra flaqueza, y tan bien había tomado el pulso a nuestro corazón, y tenía bien entendida la malicia del humor de que pecaba nuestra dolencia, cargó tanto la mano en esta parte, y nos pone ésta entre las postreras mandas de su Testamento por su última voluntad, para que quedase más impresa en nuestros corazones.

Sobre aquellas palabras de Cristo (Mt, 11, 29): *Aprended de Mí, que soy manso y humilde de corazón*, exclama San Agustín: ¡Oh doctrina saludable! ¡Oh Maestro y Señor de los hombres, a los cuales, por la soberbia, les entró la muerte! ¿Qué es, Señor, lo que queréis que vayamos a aprender de Vos? *Que soy manso y humilde de corazón*. Esto es lo que habéis aprender de Mí. ¿En eso se han resumido todos los tesoros de la sabiduría y ciencia del Padre, escondidos en Vos, que por gran cosa digáis que vayamos a aprender de Vos que sois manso y humilde de corazón? ¿Tan grande cosa es hacerse uno pequeño, que si Vos, que sois tan grande, no os hicierais pequeño, no hubiera quien lo pudiera aprender? Sí, die San Agustín, tan grande cosa es y tan dificultosa humillarse y hacerse pequeño, que si el mismo Dio no se hubiera humillado y hecho pequeño, no acabaran los hombres de humillarse, porque no hay cosa que tengan tan metida en las entrañas y tan entrañada en el corazón como este apetito de ser honrado y estimados; y así, todo eso fue menester para que seamos humildes. Tal medicina como ésta requería la enfermedad de nuestra soberbia: a tal llaga, tal cura.

Y si esta medicina de haberse hecho Dios hombre humillándose tanto por nosotros, no cura nuestra soberbia, no sé, dice San Agustín, con qué se podrá curar. Si ver al Señor de la Majestad tan abatido y humillado no basta para que nosotros nos avergoncemos de desear ser honrados y estimados, y nos tome gana de ser despreciados y abatidos con El y por Él no sé qué ha de bastar. Y así Guerrico Abad, admirado y convencido con tan grande ejemplo de humildad, exclama y dice lo que es razón que nosotros digamos y saquemos de aquí: Vencido habéis Señor, vencido habéis mi soberbia; me habéis atado de pie y manos con vuestro ejemplo; yo me rindo y entrego por esclavo vuestro para siempre.

Es también maravilloso pensamiento a este propósito aquél del glorioso Bernardo. Vio. dice, el Hijo de Dios que dos criaturas nobles, generosas y capaces de la bienaventuranza que Dios había criado, se perdían por querer ser semejantes a Él. Crió Dios los ángeles, y luego Lucifer qui-

so ser semejante a Dios (Is., 14, 13): [*Escalaré el Cielo y sobre las estrellas de Dios levantaré mi trono, y me asentaré en el monte del Testamento al lado del aquilón; subiré sobre la altura de las nubes y seré semejante al Altísimo*], y llevó tras sí a otros: échalos Dios luego en el infierno, y de ángeles quedaron hechos demonios. [*Mas tú fuiste derribado en el infierno hasta lo profundo del abismo.*] Cría Dios al hombre, y luego el demonio le pega su lepra y su ponzoña. [*Seréis como dioses, que sabréis del bien y del mal*] (Gen., 3, 5). Se gloriaron de que les dijo que serían como Dios, y quebrantaron su mandamiento, y quedaron semejantes al demonio. Dijo el Profeta Eliseo (2 Rey., 5, 27) a su criado Giezzi: después que tomó los dones de Naamán leproso, ¿Tomaste la hacienda de Naamán? Pues la lepra de Naamán se te pegará a ti y a todos tus descendientes eternamente. Ese fue el juicio de Dios contra el hombre, que pues él quiso la riqueza de Lucifer, que fue la culpa de su soberbia, también se le pegase la lepra de él, que fue la pena de ella. Pues veis aquí también al hombre perdido y comparado con el demonio porque quiso ser semejante a Dios. ¿Qué será bueno que haga el Hijo de Dios viendo a su eterno Padre celar y volver así por su honra? Veo, dice, que por mi ocasión pierde mi Padre sus criaturas; los ángeles quisieron ser como Yo, y se perdieron; el hombre también quiso ser como Yo, y se perdió; todos tienen envidia de Mí, y quieren ser como Yo. Pues advertid: Yo iré en tal forma, dice el Hijo de Dios, que de aquí adelante el que quiera ser como Yo no se pierda, sino se gane. Para esto bajó el hijo de Dios del Ciclo y se hizo hombre. ¡Oh! Bendita, ensalzada y glorificada sea tal bondad y misericordia, que condescendió Dios con el apetito tan grande que teníamos de ser semejantes á El; y ya no con mentira y falsedad, como el demonio dijo, sino con verdad, ya no con soberbia y malicia, sino con mucha humildad y santidad, podemos ser como Dios.

Sobre aquellas palabras (Is., 9, 6): [*Un pequeñuelo nos es nacido*], dice el mismo Santo: «Pues que Dios siendo tan grande se hizo por nosotros pequeño, procuremos nosotros humillarnos y hacernos pequeños, porque no sea sin fruto para nosotros el haberse hecho niño y pequeño; porque *si no os hacéis como este Niño, no entraréis en el reino de los Cielos*».

CAPÍTULO 19

De algunas razones y consideraciones humanas de que nos hemos de ayudar para ser humildes.

Desde el principio de este tratado hemos ido diciendo otras muchas razones y consideraciones que nos pueden ayudar y animar mucho a esta virtud de la humildad, diciendo que es raíz y fundamento de todas las virtudes, atajo para alcanzarlas, medio para conservarlas, y que si tenemos ésta, las tendremos todas y otras semejantes. Pero porque no parezca que lo queremos llevar todo por la vía del espíritu solamente, será bien que digamos algunas razones y consideraciones humanas, que son mas connaturales y proporcionadas a nuestra flaqueza; porque así, convencidos no solamente por vía de espíritu y de perfección, sino de la misma razón natural, nos animemos y aficionemos más a despreciar la honra y estimación del mundo y a seguir el camino de la humildad; que todo es menester para una cosa tan dificultosa como ésta, y así es bien que nos ayudemos de todo.

Pues sea lo primero. que nos pongamos a considerar y examinar muy despacio y con atención qué cosa sea esta opinión y estimación de los hombres que tanta guerra nos hace y tanto nos da en qué entender; veamos el tomo y peso que tiene, para que así lo tengamos en lo que es y nos animemos a despreciarlo, y no andemos tan engañados como andamos. Dijo muy bien Seneca que hay muchas cosas que las juzgamos por grandes, no porque tengan en sí grandeza, sino porque es tanta nuestra vileza y poquedad, que lo pequeño nos parece grande, y lo poco, mucho. Y trae el ejemplo del peso que llevan las hormigas, que conforme a su cuerpo nos parece muy grande, siendo él en sí muy pequeño. Pues así es esto de la honra y estimación de los hombres. Si no, pregunto yo: ¿Sois mejor porque los otros os tengan en algo, o peor porque os tengan en menos? No, por cierto. Dice muy bien San Agustín: «Ni al malo le hace bueno ser alabado y estimado, ni al bueno le hace malo el ser deshonrado y vituperado. Siente tú de Agustino lo que quisieres: lo que yo querría es que mi conciencia no me acusase delante de Dios». Eso es lo que hace al caso; lo demás es vanidad, pues ni quita ni pone. Esto es lo que dice aquel Santo: «¿Qué mejoría tiene el hombre porque otro le alabe? Cuanto cada uno es en los ojos de Dios, tanto es y no más, como dice el humilde San Francisco», o por mejor decir, el Apóstol San Pablo (2 Cor., 10, 18): [*Porque no el que a sí mismo se recomienda es aprobado por bueno, sino aquel a quien Dios recomienda*].

Trae San Agustín una buena comparación a esta propósito: La soberbia y estimación del mundo no es grandeza, sino viento e hinchazón, y así como cuando una cosa está hinchada parece grande y no lo es, así los soberbios, que son tenidos y estimados de los hombres, parecen grandes, pero no lo son, porque no es grandeza aquélla, sino hinchazón. Hay unos convalecientes o enfermizos que parece que están gordos y buenos, y no es aquélla buena gordura, sino falsa; es enfermedad e hinchazón. Así, dice San Agustín, es el aplauso y estima del mundo; os puede hinchar, pero no os puede hacer grande. Pues si es así, como lo es, que la opinión y estima de los hombres no es grandeza, sino hinchazón y enfermedad, ¿para qué andamos como camaleones, abiertas las bocas, palpando viento, para con eso quedar hinchados y enfermos? Mejor le es a uno estar sano, aunque parezca enfermo, que estar enfermo y parecer sano. Así también mejor es ser bueno, aunque sea tenido por ruin, que ser ruin y ser tenido por bueno. Porque ¿qué os aprovechará ser tenido por virtuoso y espiritual si no lo sois? [*Y la alaben en las plazas sus obras*] (Prov., 31, 31). Dice San Jerónimo sobre estas palabras: «No los vanos loores de los hombres, sino vuestras buenas obras, os han de alabar y valer cuando parezcáis en juicio delante de Dios.»

Cuenta San Gregorio que en un monasterio de Iconia había un monje del cual tenían todos mucha opinión de santo, especialmente de muy abstinente y penitente. Llegó la hora de su muerte, llamó a todos los monjes: ellos fueron muy alegres, pensando oír de él alguna cosa de edificación: pero él, temblando y muy angustiado fue compelido interiormente a decirles su estado; y así les declaró cómo estaba condenado por haber sido toda su vida hipocresía, porque cuando ellos pensaban que ayunaba y hacía mucha abstinencia, comía secretamente sin que nadie le viese y por eso, dice, soy ahora entregado a un temible dragón, el cual con su cola me tiene trabados y atados mis pies, y ya entra su cabeza en mi boca para sacar y llevar mi ánima consigo para siempre. Y diciendo esto expiró con grande espanto de todos. ¿Qué le aprovechó a este miserable ser tenido por santo?

San Atanasio compara a los soberbios que buscan honras a los niños que andan cazando mariposas. Otros los comparan a las arañas, que se desentrañan tejiendo sus telas para cazar moscas, conforme aquello de Isaías (59, 5): [*Tejieron telas de araña*], así el soberbio se desentraña y echa los hígados, como dicen, para alcanzar un poco de loor humano.

Del Padre San Francisco Javier leemos en su Vida que tenía y mostraba siempre particular odio y aborrecimiento a esta opinión y estima del

mundo; porque decía que era causa de grandes males e impedía muchos bienes. Y así le oían decir algunas veces con gran afecto y gemidos: ¡Oh opinión! ¡Oh opinión y estima de los hombres, cuántos males has hecho, haces y harás!

CAPÍTULO 20

De otras razones humanas que nos ayudaran a ser humildes.

San Crisóstomo, sobre aquellas palabras de San Pablo (Rom., 12, 3): [*No queráis saber más de lo que conviene. sino saber con moderación*], va probando muy de propósito que el soberbio y arrogante no sólo es malo y pecador, sino loco. Y trae para esto aquello de Isaías: (32, 6): *El loco dirá locuras*, y por las locuras que dice entenderéis que es loco. Pues mirad la locuras que dice el soberbio y arrogante, y veréis cómo es loco. ¿Qué es lo que dijo el primer soberbio, que fue Lucifer? (Is., 14. 13): *Subiré al Cielo, y pondré y ensalzaré mi asiento sobre las nubes, y allá encima de las estrellas, seré semejante al Altísimo*. ¿Qué cosa más loca y desatinada? Y en el capítulo décimo pone unas palabras muy arrogantes y locas de Asar, rey de los asirios, con que se gloriaba que con su mano poderosa había vencido y sujetado a todos los reyes de la tierra (Is., 10, 14): *Como quien toma de un nido los pajaritos pequeños, que crían las aves, y como quien va a coger los huevos que han dejado, así, dice, tomé yo toda la tierra con esa misma facilidad, que no hubo quien se menease, ni osase abrir la boca, ni chistar*. ¡Qué mayor locura!, dice San Crisóstomo. Y trae allí otras muchas palabras de soberbios, las cuales muestran bien su locura; de tal manera, que si oís sus palabras, no podréis conocer si son palabras de hombre soberbio o de alguno que está verdaderamente loco, según son de locas y desatinadas. Y así vemos acá que, como los locos nos mueven a risa con las locuras que dicen y hacen, así también los soberbios dan materia de risa y conversación con las palabras que dicen arrogantes y que redundan en su loor, y con los meneos y autoridad con que andan, y con el caso que quieren que se haga le ellos y de sus cosas, y con la estima en que ellos las tienen.

Y añade San Crisóstomo que es peor locura la del soberbio y digna de mayor vituperio e ignominia que la natural, porque ésta no trae consigo culpa ni pecado alguno, y aquella sí. De donde se sigue otra diferencia en-

tre estas dos locuras, que los locos naturales causan compasión y mueven a que todos se duelan y compadezcan de su trabajo: pero la locura de los soberbios no mueve a compasión ni a misericordia, sino a risa y escarnio.

De manera que los soberbios son locos, y así tratamos con ellos como con tales. Porque así como condescendéis con lo que dice el loco para tener paz con él, aunque ello no sea así, ni vos lo sintáis así, y no le queréis contradecir, porque está loco, de esa manera hacemos con los soberbios. Y reina tanto el día de hoy este humor y locura en el mundo, que apenas se puede ya hablar con los hombres sin lisonjeados y decir de ellos lo que verdaderamente no es así, ni vos lo sentís así; porque gusta tanto el otro de entender que contentan y parecen bien sus cosas, que para contentarle y ganarle la voluntad no sabéis mejor entrada que alabarle. Y ésta es una de las vanidades y locuras que dice el Sabio que vio en el mundo: ser alabados los malos por estar en lugares altos, como si fueran buenos (Eccl., 8, 10): [*Vi los entierros de los ímpíos. que en vida estaban en lugar santo, y eran alabados en la ciudad por de buenas obras; pero también es esto vanidad*]. ¿Qué mayor vanidad y locura que alabaros los hombres sin sentirlo ellos así? ¿Y que muchas veces os alaban de lo que hicisteis mal, y de lo que a ellos les pareció mal? Y el donaire es que a los otros ya les han dicho la verdad de lo que sienten, sino que con vos, a trueque de contentaros, unas veces no se les da nada de mentir, otras buscan rodeos para sin mentira poder alabar y decir bien de lo que les pareció. Es que os tratan como a loco, condescendiendo con vos. Entiende el otro que vos tenéis ese humor, y que os holgáis de ser tratado de esa manera, y que el mejor bocado de la comida, después que habéis predicado o hecho otra cosa semejante, es deciros que salió muy bien, que quedaron todos muy contentos; y por eso os trata así, para teneros contento y ganaros la voluntad, que por ventura os ha menester. Y de lo que sirve eso es de haceros más loco; porque os alaban de lo que dijisteis o hicisteis mal, y quedáis más confirmado para hacerlo otra vez.

No se atreven los hombres el día de hoy a decir lo que sienten, porque saben que las verdades amargan, y saben que así como el que está loco y frenético resiste a las medicinas y escupe al médico que le quiere curar, así el soberbio resiste al aviso y a la corrección. Y por eso no quieren los hombres decir al otro lo que saben que no le ha de hacer buen estómago, porque nadie quiere buscar ruido por sus dineros; antes le dan a entender que les parece bien lo que les parece mal; y el otro está tan pagado de sí que lo cree. De donde se verá también lo que decíamos en el capítulo pa-

sado, cuán grande vanidad y locura sea hacer caso de las alabanzas de los hombres, pues sabemos que el día de hoy todo es cumplímiento, engaño, lisonja y mentira; que aun ellos interpretan así el nombre cumplimiento, «cumplo y miento: miento para cumplir».

Más: los soberbios, dice San Crisóstomo, son aborrecidos de todos. De Dios primeramente, como dice el Sabio (Prov., 16, 5): *Todo hombre arrogante y soberbio es abominación delante de Dios*. Y de siete cosas que aborrece Dios, la primera pone la soberbia (Prov., 6, 17). Y no sólo de Dios, sino también de los hombres son aborrecidos (Eccli., 10, 7): [*Aborrecible es a Dios y a los hombres la soberbia*]. Así como los que tienen los hígados y entrañas dañadas echan un olor muy malo de sí, que no hay quien lo sufra, así son los soberbios (Eccli., 11, 32): El mismo mundo les da aquí el pago de su soberbia, castigándoles en lo mismo que ellos pretendían. Porque todo les sale muy al revés. Ellos pretenden ser tenidos y estimados de todos, y vienen a ser tenidos por locos. Ellos pretenden ser queridos de todos, y al revés. De todo el mundo es aborrecido el soberbio; de los mayores, porque se les quiere igualar; de los iguales, porque los quiere sobrepujar; de los menores, porque quiere más de lo que es razón. Aun los criados dicen mal de su amo cuando es soberbio, y no le pueden sufrir. (Prov., 11, 2): [*Donde hubiere soberbia, allí habrá ignominia*). Por el contrario, el humilde es tenido y estimado, querido y amado de todos. Así como los niños, por su bondad, inocencia y simplicidad son muy amables, así, dice el glorioso San Gregorio, lo son los humildes; porque aquella simplicidad y llaneza en las palabras y en la manera de tratar sin fingimiento y doblez, roba el corazón. Es piedra imán la humildad, que trae a sí a los corazones: todos parece que querrían meter en las entrañas al humilde.

Para que nos acabemos de persuadir que es locura el andar deseando y procurando la estima y opinión de los hombres, hace San Bernardo un dilema muy bueno, y que concluye: O fue locura la del Hijo de Dios en abatirse y apocarse tanto, y escoger menosprecios y deshonras, o es gran locura la nuestra en desear tamo la honra y estimación de los hombres. No fue locura la del Hijo de Dios, ni lo pudo ser, aunque al mundo le pareció tal, como dice San Pablo (1 Cor., 1, 23): [*A Cristo crucificado predicamos, que es para los judíos materia de escándalo, y de locura y desatino para los gentiles; mas para los escogidos a la fe, así de los judíos como de los griegos y gentiles, es Cristo argumento de la omnipotencia y sabiduría de Dios*]. A los ciegos y soberbios gentiles paréceles locura la de Cristo; pero

a nosotros, que tenemos luz de fe, nos parece suma sabiduría y amor infinito. Pues si aquélla fue suma sabiduría, luego la nuestra es locura, y nosotros somos los locos en hacer tanto caso de la opinión y estima de los hombres y de la honra del mundo.

CAPÍTULO 21

Que el camino cierto para ser tenido y estimado de los hombres es darse a la virtud y a la humildad.

Si con todo lo que hemos dicho no acabáis de dejar los humos y perdéis los bríos y deseos de honra y estimación, sino que decís que al fin es gran cosa tener buen crédito y opinión cerca de los hombres, y que importa eso mucho para la edificación y para otras cosas, y que el Sabio nos aconseja que tengamos cuidado de esto (Eccli., 41. 15): [*Ten cuidado do la buena fama*], digo que sea en buena hora; yo soy contento que tengáis cuidado de conservar el buen nombre que tenéis, y de que seáis tenido y estimado en mucho de los hombres. Pero os hago saber que de la manera que lo deseáis vais muy errado, aun pan alcanzar eso mismo que pretendéis; por ahí nunca lo alcanzaréis, sino antes al contrario. El camino seguro y cierto, por el cual sin duda vendréis a ser muy tenido y estimado de los hombres, dice San Crisóstomo, es el de la virtud y humildad. Procurad vos ser muy balen religioso y el menor y más humilde de todos, y de parecerlo en vuestro modo de proceder y en las ocasiones que se os ofrecieren, y de esa manera seréis muy tenido y estimado de todos. Esa es la honra del religioso que dejó el mundo, a quien le parece mejor la escoba en la mano, y el vestido pobre, y el oficio bajo y humilde, que al caballero las armas y el caballo; y por el contrario, el desear y buscar ser tenido y estimado de los hombres, es grande afrenta y deshonra suya. Así como sería grande afrenta y deshonra salirse de la Religión y volverse al mundo, y con razón harían los hombres burla de él, *porque comenzó a edificar y no lo pudo acabar* (Lc., 4, 30), así lo es desear y pretender ser tenido y estimado de los hombres; porque eso es volverse al mundo con el corazón; porque eso es lo más fino del mundo, y lo que vos dejasteis y huisteis cuando os acogisteis a la Religión.

¿Queréis ver claramente cuán vergonzosa y afrentosa cosa es desear ser tenido y estimado de los hombres en quien profesa tratar de perfección? Salga a luz ese deseo, de manera que echen de ver los otros que lo

deseáis, y veréis cuán afrentado y corrido quedaréis vos mismo de que eso se entienda. Tenemos un ejemplo muy bueno de esto en el sagrado Evangelio. Cuentan los Evangelistas que iban una vez los Apóstoles con Cristo nuestro Redentor algo apartados de Él, que les parecía a ellos que no les oiría, e iban disputando y contendiendo entre sí *quién de ellos era el mayor* y más principal (Lc., 22, 24), y llegados a casa, en Cafarnaún, les preguntó: ¿Qué era aquello que veníais tratando por el camino? Dice el sagrado Evangelio (Mc., 9, 33) que se hallaron los pobres tan corridos y avergonzados de ver descubierta su pretensión y ambición, que no tuvieron boca para responder. Entonces toma la mano el Salvador del mundo y les dice: Mirad, discípulos míos, entre los del mundo y los que siguen sus leyes, lo que gobiernan y mandan son tenidos por grandes, empero en mi escuela es al revés: el mayor ha de ser el menor, y el que ha de servir a todos. [*Si alguno quisiere ser el primero, ha de ser el último y el servidor de todos*]. En la casa de Dios y en la Religión, el humillarse y abatirse es ser grande. El hacerse uno el menor de todos le hace ser tenido y estimado en más que todos. Esa es la honra acá en la Religión, que esa otra que vos pretendéis no es honra, sino deshonra y en lugar de alcanzar ser tenido y estimado, venís por ahí a ser desestimado y tenido en menos que todos, porque quedáis en reputación de soberbio, que es la mayor baja que podéis dar. En ninguna cosa perderéis tanto como en que se entienda que deseáis y pretendéis ser tenido y estimado de los hombres y que andáis mirando en puntillos, y que os sentís de cosillas de éstas.

Y así dice muy bien San Juan Climaco que la vanagloria muchas veces fue causa de ignominia a los suyos, porque los hizo caer en cosas con que descubriendo su vanidad y ambición, vinieron en gran vituperio y confusión. No mira el soberbio que en cosas que dice y hace para que le estimen, descubre su apetito desordenado de soberbia, y así, de donde pretendía sacar estimación, saca vituperio y confusión.

Añade San Buenaventura que la soberbia ciega tal manera el entendimiento, que muchas veces mientras más soberbia hay, menos se conoce, y así, como ciego, hace y dice el soberbio tales cosas, que si cayera en la cuenta, aunque no fuera por Dios, ni por la virtud, sino solamente por esa misma honra y estimación que desea, no las dijera ni hiciera en ninguna manera. Cuántas veces acontece que se siente y se queja uno porque no hicieron caso de él en tal ocasión, o porque prefirieron a otro en tal cosa, pareciéndole que se le debía aquello a él, y que le hacen agravio en ello, y que redundará en deshonor y desestima y nota suya, y que los otros lo

echarán de ver y repararán en ello, y con este título y color da a entender su sentimiento y pretensión; con lo cual queda en realidad de verdad más notado y desestimado, porque queda tenido por soberbio y por hombre que mira en puntos de honra, que acá en la Religión es cosa muy aborrecible; y si disimulara en aquella ocasión, y se descuidara de sí, y que hicieran los superiores lo que quisieran, ganara mucha honra y fuera muy estimado por ello.

De manera que aunque no fuese por vía de espíritu, sino en ley de pendencia y buen juicio, y aun en ley de mundo, el camino verdadero y cierto para ser uno tenido y estimado, querido y amado de los hombres, es darse uno muy de veras a la virtud y humildad. Aun allá se dice de Agesilao, rey de los lacedemonios, y grande sabio entre ellos, que preguntado de Sócrates cómo haría que todos tuviesen estima y buen concepto de él, respondió: «Si procuras ser tal cual deseas parecer.» Y otra vez, siendo preguntado de lo mismo, respondió: «Si hablares siempre bien y obrares mejor.» Y de otro filósofo (Pindaro) se cuenta que tenía un grande amigo que en cualquiera ocasión decía grandes bienes de él; y diciéndole un día: «Mucho me debes, pues dondequiera que me hallo te alabo mucho y encarezco tus virtudes», respondió el filósofo: «Bien te lo pago en vivir de manera que no mientas en ninguna cosa de las que dijeres.»

No queremos por esto decir que nos hemos de dar a la virtud y humildad por ser tenidos y estimados de los hombres, que eso sería soberbia y perversión grande; lo que decimos es que si procuráis ser humilde de veras y de corazón, seréis tenido y estimado en mucho, aunque vos no queráis: antes, mientras más huyereis la honra y estimación y deseareis ser tenido en menos, os irá ella siguiendo más, porque es como la sombra. Tratando San Jerónimo de Santa Paula, dice: «Huyendo de la honra y estimación, era más honrada y estimada; porque así como la sombra, mientras más uno huye de ella, más le sigue; y por el contrario, si vos queréis ir tras la sombra, ella huirá de vos, y mientras más corriereis tras ella más huirá que no la podréis alcanzar; así es la honra y estimación.»

Este medio nos enseñó Cristo nuestro Redentor en el sagrado Evangelio, declarando el modo para tener los lugares y asientos más honrosos en los ayuntamientos (Lc., 14, 8): *Cuando fuereis convidado, no os sentéis en el primer lugar, parque por ventura convidado otro más honrado que vos, y viniendo os dirán que le dejéis aquel lugar, entonces iréis bajando hasta el postrero con gran vergüenza y confusión vuestra; sino lo que habéis de hacer es sentaros en el postrer lugar, para que cuando venga el*

que os convidó os haga subir más arriba, y de esa manera quedaréis honrado delante de todos. Que es lo que el Espíritu Santo había dicho antes por el Sabio (Prov., 25, 6): [*No hagas del grande delante del rey, ni te pongas en el lugar de los magnates; porque mejor es que le digan: sube acá, que no que seas humillado delante del príncipe*]. Y concluye la parábola diciendo: *Porque todo el que se ensalza será humillado, y el que se humilla será ensalzado*. ¿Veis como no sólo delante de Dios sino también delante de los hombres, el humilde que escoge el lugar bajo y despreciado es tenido y estimado y, por el contrario, el soberbio que desea y pretende el primer lugar y los mejores puestos y más honrosos, es despreciado y tenido en menos?

Exclama San Agustín y dice: «¡Oh humildad santa, cuán desemejante eres a la soberbia! La soberbia, hermanos míos, echó a Adán del Paraíso, pero la humildad subió allá al ladrón. La soberbia dividió y confundió las lenguas de los gigantes; la humildad juntó en una las que estaban divididas. La soberbia convirtió en bestia al rey Nabucodonosor; pero la humildad hizo a José señor de Egipto y príncipe del pueblo de Israel. La soberbia anegó al Faraón; pero la humildad levantó y ensalzó a Moisés.»

CAPÍTULO 22

Que la humildad es medio para alcanzar la paz interior del alma, y que sin ella, nunca la tendremos.

Aprended de Mí, que soy manso y humilde de corazón, y hallaréis descanso para vuestras ánimas (Mt., 11, 29). Una de las más principales y eficaces razones que podemos traer para animarnos a despreciar la honra y estimación del mundo y procurar ser humildes, es la que nos propone Cristo nuestro Redentor en estas palabras, que es ser este medio único para alcanzar la paz y quietud interior del alma: cosa tan deseada de todos los espirituales, y que San Pablo pone por uno de los frutos del Espíritu Santo (Galas, 5. 22).

Para que entendamos mejor la paz y quietud de que goza el humilde, será bien que veamos la inquietud y desasosiego que el soberbio trae en su corazón, porque por un contrario se conoce mejor el otro.

Llena está la sagrada Escritura de sentencias que dicen que los malos no tienen paz. (Isai., 48, 22): [*No hay paz pura los malos, dice el Señor*. (Jerem., 6, 14): *Paz, paz, y no había paz*. (Sal., 13, 3): *Quebrantamiento y*

desventura en sus caminos, y el camino de la paz no conocieron]. No saben qué cosa es tener paz; aunque parece algunas veces exteriormente que la tienen, no es paz verdadera aquélla, porque allá dentro de su corazón tienen guerra, la cual les está haciendo siempre su propia conciencia. [*Ved en medio de la paz amarguísima amargura*] (Isai., 38, 17). Siempre viven en amargura de corazón los malos. Pero particularmente los soberbios traen consigo grande inquietud y desasosiego. Y la razón particular de esto podemos colegir muy bien de San Agustín, el cual dice que de la soberbia nace luego la envidia, como hija suya legítima, y que nunca está sin compañía de esta mala hija. Los cuales dos males, soberbia y envidia, dice que hacen al demonio demonio. Pues por aquí se entenderá que obrarán en el hombre estos dos males, pues bastan para hacer al demonio demonio. El que por una parte anda lleno de soberbia y de deseos de honra y estimación, y ve que no le suceden las cosas conforme a sus trazas, y por otra parte anda juntamente lleno de envidia, porque es hija de la soberbia y que siempre la acompaña, cuando viere a los otros tenidos y estimados y preferidos a sí, claro está que ha de andar lleno de hiel y de amargura, y con grande inquietud y desasosiego: porque no hay cosa que más lastime a un soberbio, ni tanto le llegue al corazón, como una cosa de ésas.

La divina Escritura nos pinta eso muy a lo vivo en aquel soberbio Amán. Era muy privado del rey Asuero sobre todos los príncipes y grandes del reino, y tenía grande abundancia de riquezas y bienes temporales, y así era muy tenido y estimado de todos, que no parecía que tenía acá más que desear; y con todo eso le daba tanta pena que un solo hombre y bajo, que estaba sentado a las puertas de palacio, no hiciese caso de él, ni le quitase la gorra, ni se levantase ni moviese de su lugar cuando él pasaba, que no hacía caso de cuanto tenía en comparación de la pena y turbación que en esto sentía, así lo confesó él mismo, quejándose de esto a sus amigos y a su mujer, declarándoles su prosperidad y pujanza. [*Mas con gozar de tantas satisfacciones, nada me parece que tengo mientras viere sentado a las puertas de palacio a ese judío Mardoqueo*] (Ester, 5. 13). Para que se vea el des asosiego del soberbio, y las olas y tempestades que se levantan en su corazón. *Como la mar cuando anda brava y alterada* [que no puede reposar] (Isai., 57, 20), así anda el corazón del malo y soberbio. Y fue tanta la rabia que tomó allá en su corazón por esto, que no tuvo en nada poner las manos en aquel particular, sino sabiendo que era judío de nación, alcanzó patentes y provisiones del rey Asuero para que muriesen todos los judíos que estaban en su reino, y para Mardoqueo tenía aprestada en su casa una viga muy alta para ahorcarle en ella; aunque le salió el sueño muy al revés,

porque los judíos ejecutaron en sus enemigos la sentencia dada contra ellos; y el mismo Amán fue colgado en la horca que él tenía para ahorcar a Mardoqueo.

Y primero le sucedió otra buena mortificación, y fue que cuando él andaba tratando de su venganza, una mañana que había madrugado mucho e ido a palacio para alcanzar licencia del rey para ello, aconteció que aquella noche no había podido dormir el rey, y mandó que le trajesen y leyesen la historia crónica que se escribía de sus tiempos y como llegasen a lo que había hecho Mardoqueo en servicio del rey descubriéndole cierta traición que unos criados suyos armaban contra él, preguntó: «¿Qué premio galardón se le dio a ese hombre por ese servicio y fidelidad tan grande?» Respondieron: «Ninguno. Dice el rey, «¿Quién está ahí? ¿Ha venido alguno a palacio?» le dicen: «Aman está aquí fuera.» «Pues entre.» Entró Aman y le preguntó: «¿Qué será razón hacer con un hombre a quien el rey desea honrar?» Amán, pareciéndole que él sería aquel a quien el rey deseaba honrar, respondió: «El hombre a quien desea el rey honrar ha de ser vestido de las vestiduras reales, y ser puesto en el mismo caballo del rey, con la corona real en su cabeza, y uno de los más principales caballeros de la corte ha de ir delante de él llevando el caballo del diestro y pregonando por esas plazas: Así ha de ser honrado aquel a quien quisiere el rey honrar.» Le dice el rey: «Pues ve a ese Mardoqueo, que está a las puertas de palacio, y haz con él todo lo que has dicho, y mira que no faltes en un punto.» Ved el dolor que sentiría aquel triste y soberbio corazón. Al fin no pudo hacer menos sino ejecutarlo al pie de la letra. No parece que se podía imaginar otra mayor mortificación para él; y luego se le siguió la de ahorcarle en la horca que él tenía a punto para Mardoqueo. Este es el pago que el mundo suele dar a los suyos.

Y mirad de dónde le nació la pepita a la gallina, como dicen, de que no le quitaba el otro la gorra ni se levantaba cuando él pasaba. Una cosilla de éstas basta para traer inquietos y desasosegados a los soberbios y para que anden siempre lastimados y amargados. Y así lo vemos el día de hoy en los del mundo, y tanto más cuanto en más alto lugar están. Todos estos puntos son para ellos puntas que punzan y atraviesan su corazón, que no hay lanzada que tanto sientan. Y nunca les falta a los soberbios del mundo algo de esto, por mucho que priven y tengan; y así traen siempre el corazón más amargo que una hiel, y andan siempre con una perpetua inquietud y desasosiego. Y lo mismo será acá en la Religión, si uno es soberbio, porque también reparará en que no hacen tanto caso de él como de los otros, y

en que echaron mano de aquél para tal y tal negocio, y a él le dejan olvidado; y esta cosas y otras semejantes causarán tanta inquietud en él, como en los del mundo sus puntos y pretensiones, y por ventura más. ¿A cuántos han puesto en peligro su vocación estas cosas? ¿A cuántos han sacado de la Religión, pareciéndoles que ya no podían vivir en ella sino afrentados, porque ya no tendrían de ellos opinión y estima? ¿A cuántos han puesto en peligro su salvación? No solamente es necesaria la humildad para la perfección, sino muchas veces para la salvación. (Mt., 18, 3): [*Si no os convertís y os hacéis como niños, no entraréis en el reino de los Cielos*]. ¡Oh! Con cuánta razón decía el Padre San Francisco Javier: «¡Oh opinión y estima de los hombres! ¡Cuántos males has hecho, haces y harás!»

De aquí se entenderá otra cosa que experimentamos muy comúnmente, que aunque es verdad que hay enfermedad de melancolía, pero muchas veces el estar uno melancólico y triste no es humor de melancolía ni enfermedad corporal, sino humor de soberbia y enfermedad espiritual. Estáis triste y melancólico porque estáis olvidado y arrinconado y no hacen caso de vos. Estáis triste y melancólico porque de donde pensabais salir con honra, no salisteis con ella; antes os parece que quedasteis corrido y afrentado. No os sucedió la cosa como quisierais, ni os salió el sermón, ni el argumento, ni las conclusiones como pensabais, antes os parece que perdisteis de vuestro crédito y opinión, y por eso os quedáis triste y melancólico. Y cuando habéis de hacer alguna cosa de estas públicas, el temor de cómo os ha de suceder y si habéis de ganar honra o perderla, os trae triste y congojado; éstas son las cosas que traen triste y melancólico al soberbio. Pero el humilde de corazón, que no desea honra y estimación, y se contenta con el lugar bajo, está libre de todas estas congojas y desasosiegos, y goza de mucha paz, conforme a las palabras de Cristo, de quien lo tomó aquel Santo [Kempis], que dice: «Si hay paz en la tierra, el humilde de corazón la posee.» Y así, aunque no hubiera de por medio otro espíritu ni perfección, sino sólo nuestro interés y tener paz y quietud en nuestro corazón, por sólo eso habíamos de procurar ser humildes; porque eso es vivir, y eso otro es morir viviendo.

San Agustín cuenta a este propósito una cosa de sí, con que dice le dio el Señor a entender la ceguedad y miseria en que entonces andaba. «Como yo anduviese, dice, muy ocupado en una oración que había de recitar al emperador, diciendo sus loores, de los cuales los más habían de ser falsos, y yo loado por ello de los que sabían ser tales (para que se vea la vanidad y locura del mundo); pues como yo anduviese con gran cuidado

de esto, muy pensativo e imaginativo en cómo me había de suceder, ardiendo con calentura de consumidores pensamientos, acaeció que pasando por una calle de Milán vi a un pobre mendigo que, después de haber comido y bebido, jugaba y tornaba placer y estaba muy alegre y regocijado. Lo cual como yo viese, suspiré y dije a mis amigos que allí estaban muchas lástimas de nuestras locuras, pues que en todos nuestros trabajos, como en los que entonces estábamos ocupados, trayendo a cuestas la carga de nuestra infelicidad, heridos por los aguijones de mil codicias, y añadiendo carga a carga, no buscábamos ni procurábamos otra cosa sino alcanzar una segura alegría, en lo cual nos iba ya delante aquel pobre a nosotros que por ventura nunca allá llegaríamos; porque lo que él ya había alcanzado con su poca limosna, eso andaba yo buscando con tantos trabajosos y desventuras, quiero decir, la alegría de la felicidad temporal. Es verdad, dice San Agustín, que aquel pobre no tenía la verdadera alegría; mas yo con mis ambiciones más falsa la buscaba que aquélla; y al fin él se alegraba, o yo andaba triste; él estaba seguro, y yo con miedos y sobresaltos. Y si alguno me preguntara cuál quería más, estar alegre o triste, yo le respondiera que más quisiera alegrarme; y si me tornara a preguntar si querría yo ser como aquél o como yo era, entonces escogiera ser más el que era, así lleno de trabajos y malas venturas. Y no tuviera razón. Si no, pregunto: ¿qué causa había para ello? no me debiera yo anteponer a aquel pobre por ser más sabio que él; por serlo no me daba contentamiento, más con el saber solamente deseaba contentar a los hombres, no para enseñarles, mas sólo para agradarles. Sin duda, dice, era aquél más bienaventurado que yo, es solamente porque él estaba alegre y yo con cuidados que me arrancaban las entrañas; mas también porque con buenos medios había alcanzado el vino, y yo mintiendo buscaba gloria vana.»

CAPÍTULO 23

De otro género de medios más eficaz para alcanzar la virtud de la humildad, que es el ejercicio de ella.

Ya hemos dicho del primer género de medios que se suelen dar para alcanzar la virtud, que es razones y consideraciones, así divinas como humanas. Pero es tanta la inclinación que tenemos a este vicio de la soberbia, por habérsenos quedado tan arraigado en el corazón aquel deseo de dignidad de nuestros primeros padres (Genes., 3, 5), que no bastan cuantas con-

sideraciones hay para que acabemos de perder estos bríos y humos de ser tenidos y estimados. Parece que nos acontece en esto como a los que tienen miedo, que por muchas razones que les digáis para persuadirles que no hay de qué temer, dicen: Bien veo que todo eso es verdad, y yo querría; pero con todo eso no puedo acabar conmigo de perder el miedo. Así dicen algunos: Bien veo que todas esas razones, que habéis dicho, de la opinión y estima de los hombres, son verdaderas y convencen que todo es un poco de viento y vanidad: pero con todo no puedo acabar conmigo de no hacer caso de ello. Yo querría, pero paréceme que sin querer, no sé cómo, me llevan esas cosas tras sí y me inquietan. Pues así como no bastan razones y consideraciones para quitar el miedo al medroso, sino que juntamente con eso le solemos dar remedios de obras, diciéndole que llegue y toque aquellas que le pareen fantasmas y espantajos, y que se vaya de noche a los lugares oscuros y solos, para que experimente y vea que no hay nada, sino que todo era imaginación y aprensión suya, y de esa manera vaya perdiendo el miedo; así también para acabarlo de perder a la opinión y estimación del mundo y no hacer caso de eso, dicen los Santos que no bastan razones ni consideraciones, sino que es menester medio de obra y ejercicio de humildad, y que ése es el más principal y eficaz medio que podemos poner de nuestra parte para alcanzar esta virtud.

San Basilio dice que así como las ciencias y artes se adquieren con el ejercicio, así también las virtudes morales. Para ser buen músico, o buen oficial mecánico, o buen retórico, o filósofo, es menester ejercitarse en eso, y de esa manera saldrá con ello. Así también, para alcanzar el hábito de la humildad y de las demás virtudes morales, es menester ejercitarnos en sus actos, y de esa manera lo alcanzaremos. Y si alguno dijere que para componer y moderar las pasiones afectos de su ánima y alcanzar las virtudes bastan razones y consideraciones y los avisos y documentos de la Escritura y de los Santos, engañase, dice San Basilio. Ese será como el que quisiere aprender a edificar o a acuñar moneda y nunca se ejercitase en ello, sino que todo se le fuese en oír los documentos y avisos del arte; ése cosa cierta es que nunca saldrá oficial, pues así tampoco saldrá con la humildad, ni con las demás virtudes el que no se ejercitase en ellas. Y trae en confirmación de esto aquello del Apóstol San Pablo (Rom., 2. 13): [*Porque no son justos delante de Dios los que oyen la ley, mas los hacedores de la ley serán justificados*]. No basta para eso oír muchas razones y documentos, sino es menester obrarlos: y más vale y aprovecha para este negocio la práctica y ejercicio, que toda cuanta teórica hay. Y aunque es verdad que toda virtud y todo bien nos ha de venir de la mano de Dios. y que

nuestras fuerzas no son bastantes para eso; pero quiere ese mismo Señor, que nos lo ha de dar, que nosotros nos ayudemos de esta manera.

San Agustín. sobre aquellas palabras de Cristo (Jn., 13, 14): [*Pues si Yo, siendo vuestro Señor y Maestro, os he lavado los pies, también debéis unos otros lavaros los pies*], dice que esto es lo que nos quiso enseñar Cristo nuestro Redentor con este ejemplo de lavar los pies a sus discípulos: «Esto es, Pedro, lo que no sabías cuando no querías consentir que te lavase Cristo los pies: Él te prometió que lo sabrías después; éste es el después; ahora lo entenderéis.» Y es que si querernos alcanzar la virtud de la humildad nos ejercitemos en actos exteriores de humildad. *Os he dado ejemplo para que hagáis como Yo he hecho*. Pues el Soberano y Todopoderoso se humilló, pues el Hijo de Dios se abatió y ocupó en ejercicios humildes y bajos, lavando los pies a sus discípulos y sirviendo a su Madre y al Santo losé, y estando sujeto y obediente a ellos en todo lo que le mandaban; aprendamos nosotros de Él y ejercitémonos en ejercicios bajos y humildes, y de esa manera alcanzaremos la virtud de la humildad.

Esto es también lo que dice San Bernardo: «La humillación exterior es el camino y medio para alcanzar la virtud de la humildad, como la paciencia para alcanzar la paz, y la lección y el estudio para alcanzar la ciencia. Por tanto, si queréis alcanzar la virtud de la humildad no huyáis de los ejercicios de la humillación; porque si decís que no podéis o no os queréis humillar y abajar, tampoco podréis alcanzar la virtud de la humildad.»

Va probando muy bien San Agustín y dando la razón por qué este ejercicio de la humillación exterior ayuda y es tan importante y necesario para alcanzar la verdadera humildad de corazón. Están tan unidos y trabados entre sí este hombre exterior e interior, depende tanto el uno del otro, que cuando el cuerpo anda humillado y abatido, se despierta allá dentro en el corazón un afecto de humildad. No sé qué tiene aquel humillarme delante de mi hermano a servirle y besarle los pies; no sé qué tiene el vestido pobre y vil y el oficio bajo y humilde, que parece que va engendrando y criando la humildad en el corazón; y si la hay, la va conservando y aumentando. Y con esto responde San Doroteo a esta pregunta: ¿Cómo con el vestido bajo y vil, que está en el cuerpo, puede ganar humildad el alma? Porque cierta cosa es, dice que del cuerpo se pega el alma la buena o mala disposición. Y así vemos que una disposición tiene el alma cuando el cuerpo está sano y otra cuando está enfermo, y una cuando está harto y otra cuando está con hambre. Pues de la misma manera, de un afecto se viste el alma cuando el hombre se sienta en un trono o sobre un caballo ri-

camente enjaezado, y de otro cuando se sienta en tierra o sobre un jumento; y un afecto y disposición tiene cuando se adorna de vestidos preciosos y otros cuando se viste con vestidos pobres y viles.

San Basilio notó también esto muy bien: dice que así como a los hombres del mundo el vestido bueno y lustroso les levanta el corazón y engendra en ellos unos humos de vanidad y soberbia y estima propia, así en los religiosos y siervos de Dios; el vestido pobre y humilde despierta en el corazón un afecto de humildad, y cría desestima de sí, y parece que hace al hombre despreciable. Y añade el Santo que así como los hombres del mundo desean los vestidos buenos y lustrosos para ser por ellos más conocidos y más tenidos y estimados, así los siervos de Dios y verdaderos humildes desean los vestidos viles y pobres para ser por eso desestimados y tenidos en menos de los hombres, y porque en aquello les parece que hallan un gran remedio para conservarse en la verdadera humildad y crecer en ella. Entre todas las humillaciones exteriores, una de las más principales es la del vestido pobre y vil, y por eso es tan usada de los verdaderos humildes. Del Padre San Francisco Javier leemos en su Vida que andaba siempre muy pobremente vestido para conservarse en humildad, temiendo no se le envolviese y mezclase con el vestido bueno alguna estimación o presunción, como suele acontecer.

Por otra razón se verá también que para alcanzar la humildad de corazón y cualquier, otra virtud interior ayuda mucho el ejercicio exterior de la misma virtud: porque la voluntad se mueve mucho más con eso que con los deseos; porque el objeto presente, claro está que mueve más que el ausente, como lo que vemos con los ojos nos mueve más que lo que oímos. De donde manó el proverbio: «Lo que ojos no ven, corazón no quiebra.» Así lo exterior que se pone por obra, porque el objeto está allí presente, mueve mucho mis la voluntad que las aprensiones y deseos interiores, donde el objeto no está presente, sino en sola la imaginación y aprensión. Más virtud de paciencia criará en vuestra alma una gran afrenta bien sufrida con voluntad, que cuatro en sólo deseo sin obra: y más virtud de humildad criará en vuestra alma el hacer un día el oficio bajo y humilde y en traer un día el vestido roto y pobre, que muchos días de solos deseos. Cada día lo experimentamos, que tiene uno repugnancia de hacer una mortificación de esas ordinarias que hacemos, y al segundo día que la hace no siente dificultad; y antes había tenido muchos deseos de eso y no bastaron para vencer la dificultad. Y por esta misma razón usa también la Compañía algunas mortificaciones públicas, como leemos que las usaron muchos San-

tos; porque con una vez que se haga una cosa de éstas queda uno señor de sí para otras cosas que antes se le hacían dificultosas. Y se añade a esto lo que dicen los Teólogos, que el acto interior, cuando se acompaña con exterior, comúnmente es más intenso y eficaz. De manera que por todas partes ayuda mucho para alcanzar la virtud de la humildad el ejercitamos exteriormente en cosas bajas y humildes.

Y porque por los mismos medios y causas por donde una virtud se alcanza, se conserva y aumenta, así como el ejercicio exterior es necesario para alcanzar la virtud de la humildad, así también lo es para conservarla y aumentarla. De donde se sigue que para todos es muy importante este ejercicio, no solamente para los que comienzan, sino para los que van adelante y están muy aprovechados, como lo dijimos también tratando de la mortificación. Y así nuestro Padre en las Constituciones y reglas lo encomienda mucho a todos. «Muy especialmente ayudará hacer con toda devoción posible los oficios dónde se ejercita más la humildad y caridad.» Y en otra parte dice: «Se deben prevenir las tentaciones con los contrarios de ellas, como es cuando uno se entiende ser inclinado a soberbia, ejercitándose en cosas bajas que se piensa le ayudarán para humillarte; y así de otras inclinaciones siniestras.» Y en otra: «Cuanto a los oficios bajos y humildes, se deben prontamente tomar aquellos en los cuales hallare mayor repugnancia, si le fuere ordenado que los haga.» Y así, digo, que estas dos cosas, humildad y humillación, se han de ayudar la una a lo otra; y de la humillación interior, que es despreciarse a sí mismo y tenerse en poco y desear ser tenido de los otros en poco, ha de nacer la humillación exterior, que tal se muestre el hombre por de fuera cual se estima de dentro. Quiero decir que así como el humilde se desprecia interiormente en sus mismos ojos y se tiene por indigno de toda honra, así ha de ser el tratamiento exterior y las obras exteriores que hiciere: échese de ver en las obras la humildad interior que hay allá dentro; escoged cl lugar más bajo, como dice Cristo nuestro Redentor; no os despreciéis de tratar con los pequeñuelos y bajos, holgaos con los oficios humildes, y esta misma humillación exterior, que nace de la interior, acrecentará esa misma fuente de donde nace.

CAPÍTULO 24

Confirmarse lo dicho con algunos ejemplos

Cuenta Pedro Cluniacense que hubo en la Orden de la Cartuja un religioso de santa y probada vida en quien nuestro Señor conservó tan casto, puro y entero, que ni aun entre sueños tuvo jamás alguna ilusión. Llegándose la hora de su muerte, como asistiesen a su cabecera todos los religiosos, el prior, que, también estaba allí, le mandó que les dijese cuál era la cosa en que entendía haber agradado más a nuestro Señor en esta vida. El respondió: «Padre, dificultosa cosa es la que me mandas, y que en ninguna manera la dijera, si la obediencia no me obligara a ello. Yo desde mi niñez he sido muy afligido y perseguido del demonio; pero según la muchedumbre de los dolores y tribulaciones que padecía mi corazón así era recreada mi anima con las muchas consolaciones que Cristo y la Virgen María, su Madre, me enviaban. Estando, pues, yo un día muy afligido y fatigado con graves tentaciones del demonio, se me apareció la soberana Virgen, y con su presencia huyeron los demonios y cesaron todas sus tentaciones, y después de haberme consolado y animado a perseverar y a ir adelante en la virtud y perfección, me dijo: «Y para que mejor puedas hacer esto, te quiero decir en particular de los tesoros de mi Hijo, tres maneras o ejercicios de humildad, en los cuales ejercitándote agradarás mucho a Dios y vencerás a tu enemigo, y son: que te humilles siempre en esas tres cosas: en la comida, en el vestido y en los oficios que hicieres; de manera que en el comer desees y procures los manjares más viles; y en el vestido, el más pobre y grosero; y cuanto a los oficios, procures siempre los más bajos y humildes, teniendo por grande honra y ganancia ocuparte en los oficios más abatidos y despreciados de que otros se desdeñan y huyen.» Y en diciendo esto, desapareció, y yo imprimí en mi corazón la virtud y eficacia de aquellas sus palabras, para hacer de allí en adelante según Ella me había enseñado, y con esto ha sentido mi ánima gran provecho.» Casiano cuenta del abad Pafnufio que, siendo monje en Egipto y abad de un monasterio, por sus venerables canas y admirable vida estimado y honrado de los monjes como padre y maestro, llevando mal tanta honra y deseando verse humillado y olvidado y tenido en poco, una noche salió secretamente de su monasterio, y vistiéndose un hábito de seglar, se partió para el monasterio de Pacomio, que estaba muy lejos del suyo y florecía entonces mucho en rigor y fervor de santidad, para que allí, no siendo conocido, le instasen como a un novicio y le tuviesen en poco. Y estuvo a la puerta muchos días

pidiendo el hábito humildemente, postrándose y arrodillándose delante de todos los monjes; allí de propósito le despreciaban y daban en rostro, que después de estar harto de gozar del mundo, a la vejez, venía a servir a Dios, cuando parece que venía más por necesidad y porque le diesen de comer y sirviesen, que no para servir él. Al fin le recibieron, dándole cargo de la huerta del monasterio, poniéndole otro por superior a quien en todo obedeciese. Haciendo su oficio con gran exacción y humildad, procuraba hacer todo lo que otros rehusaban, que era lo más molesto de la casa, y no contentándose con lo que hacía de día, se levantaba de noche secretamente y aderezaba las cosas que podía en casa sin que pudiese ser visto, maravillándose todos por la mañana por no saber quién lo hacía.

Estuvo así tres años muy contento, de la buena ocasión que tenía entre manos de trabajar y ser tenido en poco, que era lo que tanto había deseado. Y como los monjes sintiesen mucho la ausencia de tal Padre, salieron algunos de ellos a buscarle por diversas partes; y ya desconfiados de hallarle, al cabo de tres arios, como pasase por el monasterio de Pacomio uno de los monjes de Pafnufio, bien descuidado de hallarle, al fin le reconoció estando el Santo estercolando la tierra. Se le echó a sus pies: los que le vieron no poco se espantaron de esto, y más cuando supieron quién era, por la fama que de él y de sus cosas tenían, pidiéndole perdón. El santo viejo lloraba su desdicha en haber sido descubierto por envidia del demonio y perdido el tesoro que allí tenía. Le llevaron, aunque por fuerza, a su monasterio; le recibieron con incomparable alegría, y le guardaban desde entonces con mucha diligencia. Pero no fue parte esto para que él (con el deseo grande que tenía de ser menospreciado y desconocido, y con el sabor y gusto de aquella vida humilde que en el otro monasterio había tenido) dejase de salirse otra noche. Teniendo antes concertado de partirse en una nao a Palestina que era muy lejos; se hizo así, aportando al monasterio de Casiano. Pero nuestro Señor, que tiene cuidado de levantar los humildes, ordenó cómo allí fuese descubierto de unos monjes suyos que allí habían venido a visitar aquellos Santos Lugares; siendo el santo viejo por estas cosas más estimado.

En las Vidas de los Padres se cuenta de un monje que habiendo vivido mucho tiempo en el Yermo e soledad, en gran penitencia y oración, le vino una vez al pensamiento que ya debía de ser perfecto, y se puso en oración, y pidió a Dios: Señor, muéstrame lo que me falta para la perfección. Y queriendo Dios humillar pensamientos, oyó una voz que le dijo: Ve a tal persona (que era un hombre que guardaba puercos) y haz lo que él

te dijere. Y en el mismo tiempo le fue revelado al otro cómo iba a hablarle aquel solitario, y que le dijese que tomase el azote y guardase los puercos. Llegado el viejo solitario, después de haberle saludado, le dijo: «Yo deseo servir mucho a Dios. Dime por caridad lo que me conviene hacer para esto.» Le preguntó: «¿Harás tú lo que yo te dijere?» Respondió el viejo que sí. Entonces, le dijo: «Torna este azote y vete a guardar los puercos.» Él obedeció, porque deseaba servir a Dios y alcanzar lo que le faltaba para la perfección. Y andaba el buen viejo con su azote guardando puercos, y los que le conocían, que eran muchos, por ser grande la fama de su santidad en aquella tierra, viéndole guardar puercos, decían: «¿Habéis visto cómo aquel viejo solitario, del cual oíamos decir tan grandes cosas, se ha tornado loco y anda guardando puercos? Los muchos ayunos y la mucha penitencia le debieron de secar el cerebro y ha enloquecido.» Y el buen viejo, que oía decir estas cosas, llevaba, con mucha y humildad, y perseveró así algunos días. Y viendo Dios su humildad, y que llevaba de buena gana aquellas afrentas y vituperios, le mando que de nuevo se tornase a su lugar.

En el *Prado Espiritual* se cuenta de un santo obispo que, dejado el obispado y su honra, se vino solo a la ciudad santa de Jerusalén, con deseo de ser tenido en poco, porque no era de nadie allí conocido; vistiéndose pobremente, asentó por peón en las obras públicas, sustentándose de su trabajo. Había allí un conde llamado Efremio, hombre piadoso y prudente, el cual tenía a su cargo reparar los edificios públicos de la ciudad; éste vio diversas veces al santo obispo dormir en el suelo, y veía una columna de fuego que salía de él, que llegaba al Cielo, lo cual le tenía muy maravillado, por verle un hombre tan pobre y sucio con la tierra de los edificios, crecidos el cabello y barba, y que vivía en un oficio tan vil y despreciado. Finalmente, un día no se pudo contener, sin que le llamase aparte, y le preguntase quién era. El santo respondió que era uno de los pobres de la ciudad, y que pasaba su vida en aquel trabajo por no tener con qué sustentarse. Al conde no le quietó esta respuesta, queriéndolo así Dios para honrar a su siervo, descubriendo su humildad; y así le volvió a preguntar una y muchas veces quién era, con tan grande instancia, que le constriñó a descubrírselo, así le dijo que con dos condiciones se lo descubriría: la una, que mientras viviese no había de descubrir nada de todo lo que le dijese; la otra, que no le había de preguntar su nombre. Se lo concedió, y él le descubrió cómo era obispo, y que por huir la honra y estimación había venido huido.

Cuenta San Juan Climaco de un hombre principal de Alejandría, que vino a ser recibido en un monasterio; al cual el abad, como le pareciese por su aspecto y otras señales hombre áspero, altivo e hinchado con la vanidad del siglo, quiso llevarle por el seguro camino de la humildad; y así le dijo: «Si verdaderamente has determinado de tomar sobre ti el yugo de Cristo, te has de dejar ejercitar con los trabajos de la obediencia.» Él respondió: «Así como el hierro está en las manos del herrero sujeto a todo lo que quiera hacer de él, así yo, Padre, me sujeto a todo lo que me mandares.» Pues quiero, dijo él, que estés a la puerta del monasterio. y te derribes a los pies de todos cuando entran y salen, y les digas que rueguen a Dios por ti, porque eres gran pecador. El obedeció muy bien a esto; y después de haber estado siete años en este ejercicio. y alcanzado por este medio una gran humildad, quiso el abad recibirle en el monasterio en compañía de los otros, y ordenarle cómo merecedor de esta honra. Mas él, echando muchos rogadores, y entre ellos al mismo San Juan Climaco, acabó con el superior que le dejase en el mismo lugar y ejercicio que hasta entonces había tenido, hasta que acabase su carrera, como significando o conjeturando que ya el día de su fin se llegaba. Y así fue, porque diez días después de esto, nuestro Señor le llevó para Sí. Y siete días después llevó consigo el portero del mismo monasterio, a quien había prometido en su vida que, si después de su muerte tenía alguna cabida con Dios, le negociaría que fuese su compañero muy presto, y así fue. Dice más el mismo Santo: que cuando estaba vivo y se ejercitaba en aquel ejercicio de humildad, le preguntó en qué se ocupaba o pensaba en aquel tiempo, y respondió que su ejercicio era tenerse por indigno de la conversación del monasterio y de la compañía y vista de los Padres, y de levantar los ojos para mirarlos.

Se cuenta en las *Vidas de los Padres*, que contaba el abad Juan que un filósofo tuvo un discípulo que cometió una culpa, y le dijo: «No te perdonaré si no sufres las injurias de otros por tres años.» Lo hizo así, y vino por el perdón, y volvió a decir el filósofo: «No te perdono si no das premios otros tres años porque te injurien.» Lo hizo así, y entonces le perdonó y le dijo: «Ya podrás ir a Atenas a defender la sabiduría»; con lo cual fue a Atenas, y un filósofo injuriaba a los que entraban a oírle de nuevo, por ver si tenían paciencia; y como le hiciese una injuria y él se riese, le dijo: «¿Cómo te ríes injuriándote yo?» Respondió: «Tres años di dones porque me injuriasen, y ahora hallando quien me injurie de balde, ¿no quieres que me ría?» Entonces le dijo el filósofo: «Entra, que tú eres bueno para la sabiduría.» De lo cual concluía el abad Juan que le paciencia era la puerta de la sabiduría.

El Padre Mateo, en la Vida que escribe de nuestro bienaventurado Padre San Ignacio, cuenta que yendo una vez nuestro Padre en peregrinación de Venecia a Padua con el Padre Diego Lainez, con unos vestidos muy viejos y remendados, viéndolos un pastorcillo, se llegó cerca de ellos y se comenzó a reír y burlar de ellos. Se paró nuestro Padre con mucha alegría; y diciéndole el compañero que por qué no andaba y dejaba a aquel muchacho, respondió: «¿Por qué hemos de privar a este niño de este contento y alegría que se le ha ofrecido?» Y así estuvo parado para que el muchacho se hartase de mirarlo y de reír y burlar de él, recibiendo él mayor contento con este desprecio que los del mundo reciben con las honras y estima.

De nuestro Padre San Francisco de Borja se cuenta en su Vida, que yendo una vez de camino con el Padre Bustamante, que era su compañero, llegaron a una posada, donde no hubo para dormir sino un aposentillo estrecho con sendos jergones de paja; se acostaron los Padres, y el Padre Bustamante, por su vejez y ser fatigado de asma, no hizo en toda la noche sino toser y escupir, y pensando que escupía hacia la pared, acertó acaso a escupir en el Padre Francisco, y muchas veces en el rostro. El padre no habló palabra, ni se mudó ni desvió por ello. A la mañana, cuando el Padre Bustamante vio de día lo que había hecho de noche, quedó en gran manera corrido y confuso; y el Padre Francisco, no menos alegre y contento, para consolarle le decía: «No tenga pena de eso, Padre, que yo le certifico que no había en el aposento lugar más digno de ser escupido que yo.»

CAPÍTULO 25

Del ejercicio de humildad que tenemos en la Religión.

El bienaventurado San Basilio, prefiriendo y anteponiendo la vida monástica a la solitaria, una de las razones que de esto da es porque la vida solitaria, fuera de ser peligrosa, no es tan suficiente para alcanzar las virtudes necesarias como la monástica, por carecer del uso y ejercicio de ellas. Porque ¿cómo se ejercitará en la humildad el que no tiene alguno a quien humillarse? Y ¿cómo se ejercitará en la caridad y misericordia quien no tiene trato ni comunicación con otro? Y cómo se podrá ejercitar en la paciencia el que no tiene quien le resista a lo que quiere? Pero el religioso que vive en comunidad tiene gran comodidad para alcanzar todas las virtudes necesarias, por la ocasión grande que tiene de ejercitarse en todas

ellas: en la humildad, porque tiene a quien se humillar y sujetar; en la caridad, porque tiene con quien la ejercitar; en la paciencia, porque a quien trata con tantos nunca le faltan ocasiones para esto; y así podríamos ir discurriendo por las demás virtudes. Mucho debemos al Señor los religiosos por la merced tan grande que nos ha hecho en traernos e la Religión, donde hay tanta disposición y tantos medios para alcanzar la virtud; al fin es escuela de perfección.

Pero nosotros tenemos en esto particular obligación; porque, fuera de los medios comunes, nos ha dado otros muy particulares, y especialmente para alcanzar la virtud de la humildad, y esto de regla y constitución. De manera, que si guardamos bien nuestras reglas, seremos muy humildes, porque en ellas tenemos muy bastante ejercicio para ello. Tal es el que nos pide aquella regla y constitución, tan principal e importante en la Compañía, que nos manda tengamos toda nuestra conciencia descubierta al superior, dándole cuenta de todas nuestras tentaciones, pasiones y malas inclinaciones, y de todos nuestros defectos y miserias; y aunque es verdad que esto se ordena para otros fines, como diremos en su propio lugar, pero no hay duda sino que es grande ejercicio de humildad. Tal es también el que nos pide aquella regla que dice: «Para más aprovecharse en espíritu, y especialmente para mayor bajeza y humildad propia, deben todos contentarse que todos los errores y faltas y cualesquiera cosas que se notaren y supieren suyas sean manifestadas a sus mayores por cualquier persona que, fuera de confesión, las supiere. Nótese aquella razón que da, «para mayor bajeza y humildad propia»; porque eso es lo que vamos diciendo. Si deseáis alcanzar la verdadera humildad, vos os holgaréis de que todas vuestras faltas sean manifestadas a vuestros mayores. Y así el buen religioso y humilde, él mismo va a decir sus faltas al superior y pedir penitencia por ellas, y procura que el primero de quien el superior sepa sus faltas sea de él mismo.

Y no sólo esto, sino mucho mayor ejercicio de humildad tenemos en la Compañía, porque públicamente decís vuestras culpas delante de todos, para que os desprecien y tengan en poco; que ése es el fin de ese ejercicio de humildad, no para que os tengan por humilde y mortificado, porque ése no sería acto ni ejercicio de humildad, sino de soberbia. Con esta mismo espíritu habéis de tomar y desear las reprensiones, no sólo en particular y en secreto, sino en público delante de todos, y cuanto es de vuestra parte os habéis de holgar que se haga aquello muy de veras, y lo sientan así y os tengan por tal. Y generalmente el uso ejercicio de todas las penitencias y

manifestaciones exteriores que se usan en la Compañía ayuda mucho para alcanzar y conservar la verdadera humildad: el besar los pies, el comer debajo de la mesa o hincado de rodillas, el postrarse a la puerta del refectorio, etcétera. Si estas cosas se hacen con el espíritu que se han de hacer, serán de mucho provecho para alcanzar la verdadera humildad y para conservarla. Cuando os sentáis a comer en el suelo lo habéis de hacer con un conocimiento interior de vos mismo que no merecéis sentaros a la mesa con vuestros hermanos; y cuando les besáis los pies, que no merecéis aun besar la tierra que ellos pisan; y cuando os postráis, que merecéis que todos os pisen la boca. Y habéis de querer y desear que todos lo sientan así.

Y sería muy bueno que cuando uno hace estas mortificaciones, se actuase interiormente en estas consideraciones, como lo hacía aquel santo monje que estuvo siete años a la puerta del monasterio, de quien dijimos en el capítulo pasado; porque de esa manera serán ellas de mucho provecho y engendrarán humildad allá dentro en el corazón. Pero si vos hacéis esas cosas sin espíritu y solamente exteriormente, serán de poco provecho; porque, como dice San Pablo (1 Tim., 4, 8). [*el ejercicio corporal para poco vale y poco aprovecha*]. Eso es hacer las cosas por cumplimiento y costumbre, cuando se hace solamente lo exterior, sin espíritu y sin procurar conseguir el fin que se pretende con ello. Si vos acabáis de besar los pies a vuestros hermanos y de postraros para que todos os pisen, y después les habláis palabras ásperas y desabridas, no viene bien lo uno con lo otro: eso es señal que aquello fue cumplimiento o hipocresía. Estos y otros muchos ejercicios de humildad tenemos en la Compañía, de regla y constitución. Los he querido traer aquí a la memoria, aunque los apuntamos arriba a otro propósito, para que pongamos los ojos en ellos, y eso sea en lo que principalmente ejercitemos la humildad. Porque en lo que el religioso ha de ejercitar y mostrar principalmente la virtud y mortificación, ha de ser en aquello que es menester para guardar muy bien las reglas y constituciones d su Religión, porque eso es en lo que consiste nuestro aprovechamiento y perfección. Y si no tenéis virtud para poner por obra las cosas de humildad y mortificación a que os obliga vuestra regla e instituto, no hagáis caso de cuanto tenéis. Como podemos decir también de cualquier cristiano, que lo principal para que tiene necesidad de humildad y mortificación para guardar la Ley de Dios; y si para eso no la tiene, poco o nada le aprovechará. Si no tiene humildad sino para confesar una cosa vergonzosa, sino que de vergüenza, o por mejor decir, de soberbia la deja, y quebranta un mandamiento tan principal, ¿qué le aprovechará cuanto tuviere e hiciere, pues por sólo eso se condenará? Así podemos decir en su modo del religioso: Si vos

no tenéis humildad para descubrir al superior vuestra conciencia, y cumplir una regla tan principal como esa, ¿de qué sirve la humildad y mortificación? Si aún no podéis sufrir que otro avise de vuestra falta al superior para que os corrija, ¿dónde está vuestra humildad? Si no la tenéis para recibir la reprensión y la penitencia, y para hacer el oficio bajo y humilde, y para ser incorporado en el grado que os quisiere poner la Compañía, ¿de qué os sirve la humildad y la indiferencia, y para qué la quieren los superiores? A este modo puede especificar cada religioso en las cosas particulares de su Religión, y cada uno en las particulares que pide su estado y oficio.

CAPITULO 26

Que nos hemos de guardar de hablar palabras que pueden redundar en nuestro loor.

Los Santos y maestros de la vida espiritual, Basilio, Gregorio, Bernardo y otros, nos avisan que nos guardemos con mucho cuidado de hablar palabras que puedan redundar en nuestra alabanza y estima, conforme a aquello que el santo Tobías aconseja a su hijo (4, 14): *Nunca permitas que la soberbia se enseñoree en tu corazón ni en tus palabras*. Pondera muy bien San Bernardo a este propósito aquello de San Pablo (2 Cor 12, 6): [*Me abstengo de hablar, porque no piense alguno de mí más de lo que en mí ve, u oye de mí*]. Había dicho el Apóstol algunas cosas grandes de sí, porque convenía así para los oyentes y para la mayor gloria de Dios, y pudiera decir otras mayores, pues había sido arrebatado al tercero Cielo, donde vio y entendió más de lo que la lengua puede hablar, pero: *Déjalas, dice, de decir porque no piense alguno de mí más de lo que hay y se ve en mí*. Dice San Bernardo: «¡Oh! ¡Qué bien dijo: *Yo perdono ahora eso*! El soberbio y el arrogante no perdona a esas cosas, porque no deja pasar ninguna ocasión en que pueda mostrar ser algo, que no lo haga; antes algunas veces añade y dice más de lo que es, para ser tenido y estimado en más. Sólo el verdadero humilde deja pasar estas ocasiones, y para que no le tengan en más de lo que es, quiere descubrir lo que verdaderamente es». Y descendiendo en esto más en particular, dice: «Nunca digáis cosa de donde podáis parecer muy letrado, o muy religioso, u hombre de oración: generalmente, cosa que pueda redundar en vuestro loor, de cualquier manera que sea, siempre os habéis de guardar de decirla, porque es cosa muy peligrosa, aunque la podáis decir con mucha verdad, y aunque sea de edifica-

ción y os parezca que la decís para bien y provecho del otro; basta ser cosa vuestra para no la decir. Siempre habéis de andar muy recatado en esto, para que no perdáis con eso el bien que por ventura hicisteis.»

San Buenaventura dice: «Nunca digáis palabras que den a entender que sabéis, o que tenéis habilidad, donde puedan los otros entender que allá en el siglo erais algo. Parece muy mal en la Religión preciarse de la nobleza y estado de los suyos, porque todos esos linajes y estados son un poco de viento, y como decía uno muy bien: La nobleza, ¿sabéis para qué es buena? Para menospreciarla como la riqueza. De lo que acá se hace caso es de la virtud y humildad que tuviereis; eso es lo que se estima; que lo que o no erais allá fuera, todo es aire; y el que en la Religión se precia de esas cosas, o hace caso de ellas, muestra bien su vanidad y poco espíritu; ese tal no ha dejado ni menospreciado el mundo». Dice San Basilio: «El que ha nacido con otro nacimiento nuevo, y ha contraído parentesco espiritual y divino con Dios, y recibido poder para ser hijo suyo, se avergüenza de ese otro parentesco carnal y olvidase de él.»

En cualquiera parecen mal las palabras de su alabanza, y así dice el proverbio: [*La alabanza en la propia boca envilece*]. Y mejor el Sabio (Prov. 27, 2): [*Alábate otro, y no tu boca; el extraño, y no tus labios*]. Pero en la boca del religioso parecen mucho peor, por ser tan contrarias a lo que profesa, y por donde uno piensa que será estimado, viene a ser desestimado y tenido en poco. San Ambrosio, sobre aquellas palabras del Profeta (Sal 118, 153): *Mirad, Señor, mi humildad, y libradme*, dice: «Aunque uno sea enfermo, pobre y de baja suerte, si él lo se ensoberbece ni se quiere preferir a nadie, con la humildad se hace amar y estimar; ésa lo suple todo. Y por el contrario, aunque uno sea muy rico, noble, poderoso, y aunque sea muy letrado y tenga muchas partes y habilidades, si él se jacta y engríe de eso, con eso se apoca y abate, y viene a ser despreciado y tenido en menos, porque viene a ser tenido por soberbio».

Del abad Arsenio cuenta su historia que con haber sido en el mundo tan ilustre y eminente en letras, porque fue maestro de los hijos del emperador Teodosio, Arcadio y Honorio, que fueron también emperadores, con todo eso, después que se hizo monje, jamás se le oyó palabra que oliese a grandeza, ni que diese a entender que sabía letras, antes conversaba y trataba con los demás monjes con tanta humildad y llaneza como si no supiese letras ningunas, y preguntaba a los monjes más simples las cosas del espíritu, diciendo que en esta altísima ciencia no merecía ser discípulo. Y del bienaventurado San Jerónimo se dice su Vida que era de linaje nobilísimo;

y con todo eso, en todas sus obras no se halla que él haya dado significación alguna de ello.

Dice San Buenaventura una razón muy buena: Entended que apenas puede haber en vos cosa buena y digna de loor, que no se les trasluzca a los otros y la entiendan y sepan; y si vos calláis y la escondéis, agradaréis mucho más y seréis más digno de loor, así por la virtud como por quererla encubrir; pero si vos la manifestáis y hacéis plato de ella, harán burla de vos; y de donde antes se edificaban y os estimaban, os vendrán a despreciar y tener en poco. Es en esto la virtud como el almizcle, que mientras más le escondéis, más se muestra con el olor que da; y si le tenéis descubierto, presto perderá el olor.

Cuenta San Gregorio. que un santo abad, llamado Eleuterio, iba una vez caminando, y llegando a hacer noche a un monasterio de monjas, le hospedaron en cierta casa donde estaba un muchacho muy atormentado del demonio, el cual fue aquella noche su compañero. Venida la mañana, le preguntaron las monjas si le había venido a aquel mozo algún accidente. Respondió que no. Entonces dijeron ellas que era muy atormentado cada noche del demonio, y le rogaron con mucha insistencia que le llevase consigo al monasterio. Aceptó el viejo sus ruegos, y como estuviese mucho tiempo en el convento y no se osase llegar a él el enemigo antiguo, fue tocado el corazón del viejo de alguna alegría desordenada y vano contento por la salud del mozo, y hablando con sus monjes, dijo: «Se burlaba, hermanos, el demonio con aquellas monjas atormentando, este mozo; mas después que ha venido al monasterio de los siervos de Dios, no se ha atrevido a llegar a él.» En diciendo estas palabras, súbitamente, delante de todos, fue el mozo atormentado del demonio; lo cual visto por el santo viejo, comenzó a llorar amargamente, viendo que su vanagloria había sido causa de aquel desmán; y consolándole los monjes, les dijo que ninguno de ellos comerían bocado hasta que alcanzasen la salud de aquel mozo. Y postrados todos en oración, no se levantaron de ella hasta que fue sano el enfermo.» Por donde se verá cuánto aborrece Dios las palabras que tienen algún resabio, de alabanza propia, aunque se digan burlando, por gracia y por donaire, como parece que las dijo este santo.

CAPÍTULO 27

Cómo nos hemos de ejercitar en la oración en este segundo grado de humildad.

Nuestro Padre, en las Constituciones, pone aquella regla tan principal y de tanta perfección, que dijimos arriba (cap. 5), que así como los mundanos aman y desean con tanta diligencia honras, fama y estimación de mucho nombre en la tierna, así lo que van en espíritu y siguen de verás a Cristo nuestro Señor, aman y desean intensamente todo lo contrario, deseando pasar injurias, falsos testimonios, afrentas y ser tenidos por locos, no dando ellos ocasión alguna de ello, por desear parecer e imitar en alguna manera a nuestro Criador y Señor Jesucristo. Y manda que todos los que hubieren de entrar en le Compañía sean primero preguntados si tienen estos deseos. Cosa recia parece, por cierto, que un novicio recién cortado del mundo, y que viene corriendo sangre, como dicen, sea examinado por una regla tan estrecha y de tanta perfección como ésta. Ahí se verá la perfección grande que nuestro Instituto pide; quiere hombres verdaderamente deshechos de sí, y que estén muertos del todo al mundo. Pero porque esto es dificultoso y de grande perfección, añade nuestro Padre, que si alguno, por nuestra humana flaqueza y miseria, no sintiere en sí tan encendidos deseos de esto, que sea preguntado si tiene a lo menos deseo de tenerlos, y con eso, y con que esté dispuesto a llevarlo en paciencia cuando se la ofrecieren semejantes ocasiones, se contenta. Porque ésa es buena disposición para aprender y aprovechar; basta que el aprendiz entre con deseo de saber el oficio y se aplique a eso, de esa manera saldrá con ello. La Religión es escuela de virtud y perfección; entrad con ese deseo, y con la gracia del Señor saldréis con lo que deseáis.

Pues comencemos por aquí este ejercicio, vayámoslo tomando poco a poco. Decís que no sentís en vos deseos de ser despreciado y tenido en poco; pero que deseáis tenerlos; comenzad por ahí a ejercitaros en la oración en esta virtud de la humildad, decid con el Profeta (Sal., 118, 20): *Deseó mi ánima desear vuestras justificaciones en todo tiempo*. ¡Oh Señor, y cuán lejos me veo de tener aquellos vivos y encendidos deseos que tenían aquellos grandes Santos y verdaderos humildes, de ser despreciados del mundo! Mucho querría, Señor, llegar siquiera a tener deseo de tener esos deseos; deseo desearlo. Bien vais por ahí, muy buen principio y disposición es ésa para alcanzarlo; insistid y perseverad en eso en la oración, y

pedid al Señor que os ablande el corazón, y deteneos en eso algunos días, porque agradan mucho al Señor esos deseos y los oye Él de muy buena gana, pues dice el Profeta (Sal., 9, (10), 17): [*El deseo de los pobres oyó el Señor; la preparación de su corazón oyó, Señor, tu oído*]. Presto os dará el Señor un deseo de padecer algo por su amor y de hacer alguna penitencia por vuestros pecados: y cuando os le diere, ¿en qué podéis emplear mejor ese deseo de padecer? ¿Y en que podéis hacer mayor penitencia, que en ser despreciado y tenido en poco por su amor en recompensa de vuestros pecados? Como decía David cuando le maldecía y deshonraba Semeí (2 Sam., 16, 11): «Dejadle, que por ventura será servido el Señor de recibir estas afrentas y desprecios en descuento de mis pecados, y será ésa gran dicha mía.»

Y cuando el Señor os hiciese esa merced, que sintáis en vos esos deseos de ser despreciado, y tenido en poco, por parecer e imitar a Cristo, no habéis de pensar que está acabado el negocio, y que habéis alcanzado ya la virtud de la humildad, antes entonces habéis de hacer cuenta que ha de comenzar de nuevo el plantar y asentar en vuestra alma la virtud y así habéis de procurar no pasar ligeramente por esos deseos, sino deteneros en ellos muy despacio, y ejercitaros mucho tiempo en ellos en la oración, hasta que lleguen a ser tales y tan eficaces que se extiendan a la obra.

Y cuando llegareis a eso, que os parece que lleváis bien las ocasiones que se os ofrecen, en la misma obra hay muchos grados y escalones que subir para llegar a la perfección de la humildad. Porque lo primero es menester que os ejercitéis en llevar con paciencia todas las ocasiones que se ofrecieren, que tocaren a vuestro desprecio y desestima, en lo cual habrá que hacer por algún tiempo, y aun por ventura por mucho. Después habéis de pasar adelante, y no parar ni descansar hasta que os holguéis en el desprecio y afrenta, y sintáis en eso tanto contento y gusto como los mundanos en cuantas honras, riquezas y placeres hay en el mundo, conforme a aquello del Profeta (Sal. 118, 14): [*En el camino de tus mandamientos, Señor, me deleité, como en todas las riquezas*]. Cuando deseamos alguna cosa de veras, naturalmente nos holgamos cuando la alcanzamos; y así mucho la deseamos, mucho nos holgamos, y si poco, poco. Pues tornad esto por señal para ver si deseáis de veras ser tenido en poco y si vais creciendo en la virtud de la humildad. Y lo mismo es en las demás virtudes.

Para que nos aprovechemos más de este medio de la oración, y con él se nos vaya imprimiendo más el corazón la virtud, hemos de ir en ella descendiendo a casos particulares y dificultosos que se nos pueden ofrecer,

animándonos y actuándonos en ellos como si los tuviésemos presentes, insistiendo y deteniéndonos en eso hasta que ninguna cosa se nos ponga delante, sino que todo quede allanado, porque de esa manera se va desarraigando el vicio, y la virtud embebiendo y entrañando en el corazón y perfeccionándose más. Es muy buena comparación para esto lo que hacen los plateros para refinar el oro, lo derriten en el crisol, y cuando esta derretido echan allí un granito de solimán, y comienza el oro a hervir con gran furia y braveza hasta que se acaba de gastar el solimán, y en gastándose, se sosiega el oro. Torna el platero a echar otro granito de solimán, y torna el oro a hervir, pero no con tanta furia como la prime vez, y en consumiéndose el solimán, se torna el oro a sosegar. Torna a echar tercera vez otro poquito de solimán, y torna el oro a hervir, pero mansamente. Torna por cuarta vez a echar otro poco de solimán, y ya no hace ruido el oro con el solimán, ni hace sentimiento más que si nada le echaran, porque es ya refinado y purificado, ésta es la señal de ello. Pues esto es lo que nosotros hemos de hacer en la oración, echar un granito de solimán, imaginando que se os ofrece una cosa de mortificación y desprecio; y si comenzarais a azorar y turbar, deteneos en eso, hasta que con el calor de la oración se gaste ese granito de solimán, y hagáis rostro a aquello, y quedéis quieto y sosegado en ello. Y tornad otro día a echar otro granito de solimán, imaginando que se os ofrece otra cosa dificultosa y de mucha mortificación y humillación; y si todavía hierve y se turba la naturaleza, deteneos hasta que lo gastéis y os soseguéis en aquello. Y tornad a echar otra y otra vez otra granito, y cuando ya no causarse en vos ruido ni turbación el solimán, sino que con cualquier cosa que se os ofrezca y se os ponga delante os quedáis con mucha paz y sosiego, entonces está refinado y purificado el oro, ésa es la señal de haber alcanzado la perfección de la virtud.

CAPÍTULO 28

Cómo hemos de traer examen particular de la virtud de la humildad

El examen particular, como dijimos en su lugar, siempre se ha de hacer de una cosa sola, porque de esta manera es más eficaz este medio y de mayor efecto que si lo trajésemos de muchas cosas juntas; y se llama particular. porque se hace de una cosa sola. Y es de tanta importancia esto, que aun un vicio o una virtud, muchas veces, y aun lo más ordinario, es menes-

ter tomarla por partes y poco a poco para poder alcanzar lo que se desea. Pues así es en esta virtud; si queréis traer examen de desarraigar la soberbia de vuestro corazón y alcanzar la virtud de la humildad, no lo habéis de tomar en general porque la soberbia o la humildad comprende mucho, y si lo tornáis así a bulto o en general: No he de ser soberbio en nada, sino en todo humilde; es mucho examen y más que si lo trajerais de dos y tres cosas juntas, y así no haréis nada; sino lo habéis de tomar poco a poco, por partes. Mirad en qué soléis principalmente sentir falta de humildad y tener soberbia, y de eso comenzad; y en concluyendo con una cosa particular, tornad a pechos otra, y después otra, y de esa manera poco a poco iréis desarraigando de vos el vicio de la soberbia y alcanzando la virtud de la humildad. Pues estas cosas iremos ahora dividiendo y desmenuzando, para que así podamos hacer mejor y con más provecho el examen particular de esta virtual tan necesaria.

Sea lo primero, de no hablar palabras que puedan redundar en nuestra alabanza y estima. Como nos es natural este apetito de honra y estimación, y le tenemos tan arraigado en el corazón, casi sin sentir ni advertir en ello, se nos va la lengua a decir palabras que puedan redundar en nuestro loor, directa o indirectamente (Mt., 12, 34): [*porque de la abundancia del corazón habla boca*]. En ofreciéndose alguna cosa honrosa, luego nos querríamos hacer parte en ella: Yo me hallé allí y aun fui en que se hiciese así; si no fuera por mí, etc. Desde el principio se me ofreció a mí aquello. Yo aseguro que si la cosa fuera no tal, que aunque os hubierais hallado y sido parte en ella, que lo callarais. Y a este modo hay otras palabras que muchas veces no echamos de ver hasta después que las hemos dicho; y así es muy bueno traer examen particular de esto, para que en esa advertencia y costumbre buena quitemos esa otra mala y casi connatural que tenemos.

Lo segundo sea lo que nos avisa San Basilio y es también de los Santos Jerónimo, Agustino y Bernardo, que no oigamos de buena gana que otro nos alabe y diga bien de nosotros; porque en esto hay también grande peligro. Dice San Ambrosio que cuando el demonio no nos puede derribar con pusilanimidad y desmayo, procura derribamos con presunción y soberbia; y cuando no nos puede derribar con deshonra, trata de que nos honren y alaben para derrocarnos por allí. Del bienaventurado San Pacomio se cuenta en su *Vida* que solía salir del monasterio e irse a partes más solitarias a orar, y cuando volvía, muchas veces venían los demonios; y como cuando viene un gran ejército con un capitán con grande acompañamiento, iban delante, haciendo mucho estruendo, y como que hacían lugar y quita-

ban los impedimentos, iban diciendo: «Apartad, apartad, haced lugar, haced lugar, que viene el Santo, que viene el siervo de Dios», para ver si podían por ahí levantarle y ensoberbecerle; y él se reía y hacía burla de ellos. Pues hacedlo vos así cuando oyereis que os alaban, o cuando vinieren pensamientos de vuestra estima. Haced cuenta que oís al demonio que os dice esas cosas, y reíos y haced burla de él, y así os libraréis de esa tentación.

San Juan Clímaco cuenta una cosa muy particular acerca de esto. Dice que una vez el demonio descubrió a un monje los pensamientos malos con que combatía otro, para que oyendo el combatido de la boca del otro lo que pasaba en su corazón, le tuviese por profeta y le alabase y predicase por santo, y así se ensoberbeciese. De donde se verá cuánto estima el demonio que entre en nosotros esta soberbia y complacencia vana, pues con tantos ardides y mañas lo procura. Y así dice San Jerónimo: «Guardaos de las sirenas del mar, que encantan los hombres y les hacen perder el juicio». Es tan dulce música y tan suave a nuestros oídos la de las alabanzas de los hombres, que no hay sirenas que así encanten y hagan a uno salir de sí, y por eso es menester hacernos sordos y tapar los oídos. San Juan Clímaco dice que cuando nos alaban pongamos delante nuestros pecados, y nos hallaremos indignos de las alabanzas que nos dan, y así sacaremos de ellas más humildad y confusión. Pues esta puede ser la segunda cosa de que se puede traer examen particular, de no holgaros que otro os alabe y diga bien de vos. Y con ésta se puede juntar el holgaros cuando alaban y dicen bien de otro, que es otra cosa particular de mucha importancia. Y cuando tuviereis algún sentimiento o movimiento de envidia de que alaban y dicen bien de otro, o alguna complacencia o contentamiento vano de que dicen bien de vos apuntadlo por falta.

La tercera cosa de que podemos traer examen particular es de no hacer cosa alguna por ser vistos y estimados de los hombres, que es lo que nos avisa Cristo nuestro Redentor en el Evangelio (Mt., 6, 1): [*Guardaos no hagáis vuestras obras buenas delante de los hombres para ser vistos de ellos; de otra manera, no tendría galardón de vuestro Padre. que está en los Cielos.*] Este es un examen muy provechoso y se puede dividir en muchas partes; primero se puede traer de no hacer las cosas por respetos humanos; y después de hacerlas puramente por Dios; y después de hacerlas muy bien hechas, como quien las hace delante de Dios, y como quien sirve a Dios y no a hombres, hasta llegar a hacer las obras de tal manera, que más parezca que estamos en ellas amando que obrando, como dijimos lar-

gamente tratando de la rectitud y puridad de intención que hemos de tener en las obras.

La cuarta cosa de que podemos traer examen particular es de no nos excusar; porque también nace de soberbia, que, en haciendo la falta o en diciéndonosla, luego la queremos excusar, y sin sentir echamos una excusa tras otra; y aun de habernos excusado querernos luego dar otra excusa [*para excusar les excusas en los pecados*] (Sal., 140, 4). San Gregorio sobre aquellas palabras de Job (31, 33): [*Si escondí como hombre mi pecado, y encubrí en mi seno mi maldad*], pondera muy bien aquél *como hombre*; dice que es muy propio del hombre querer encubrir y excusar su pecado, porque nos viene de casta ese vicio, y le heredamos de nuestros primeros padres. En pecando que pecó el primer hombre, luego se fue a esconder entre los árboles del Paraíso; y reprendiéndole Dios de su desobediencia, luego se excusó con la mujer (Gen., 3, 12): *Señor, la mujer que me disteis por compañera me hizo comer*. Y la mujer se excusó con la serpiente: [*La serpiente me engañó y comí.*] Les pregunta Dios de su pecado, para que conociéndole y confesándole alcanzasen perdón de él. Y así, dice San Gregorio, no preguntó a la serpiente, porque a ésa no la había de perdonar. Y ellos, en lugar de humillarse y conocer su pecado para alcanzar perdón, le acrecientan y hacen mayor excusándole, y aun queriendo en alguna manera echar la culpa a Dios: Señor, la mujer que Vos me disteis fue causa de esto; como si dijera: Si Vos no me la hubieseis dado por compañera, no hubiera nada de esto. La serpiente que Vos criasteis y dejasteis entrar en el Paraíso, ésa me engañó; que si Vos no la hubieseis dejado entrar acá, no pecara yo.

Dice San Gregorio: Como habían oído de la boca del demonio que serían semejantes a Dios, ya que ellos no pudieron ser semejantes a Él en la divinidad, le quisieron hacer semejante a sí en la culpa, y así la hacen mayor defendiéndola que había sido cometiéndola. Pues como hijos que somos de tales padres, al fin como hombres, nos quedamos con esta enfermedad y con este vicio y mala costumbre, que en reprendiéndonos por alguna falta, luego la queremos encubrir con excusas, como debajo de unas hojas y ramas. Y algunas veces no se contenta uno con excusar a sí, sino quiere echar la culpa a otros.

Compara un Santo a los que se excusan al erizo, que cuando siente que le quieren tomar o tocar, encoge con grandísima velocidad la cabeza y los pies, y queda por todas partes rodeado de espinas, hecho una bola, que no le podréis tomar ni tocar sin punzaros primero. De esta manera, dice

este Santo, son los que se excusan, que si los queréis tocar y les decís la falta que hicieron, luego se defienden como el erizo. Y unas veces os punzarán a vos, dándoos a entender que también vos habéis menester aquello; otras, diciéndoos que también hay regla que no reprenda uno a otro; otras, diciendo que otros hacen mayores faltas y se disimulan. Llegaos a tocar el erizo y veréis si punza. Todo esto nace de la mucha soberbia que tenemos, que no querríamos que se supiesen nuestras faltas, ni ser tenidos por defectuosos; y más nos pesa de que se sepan y de la estima que por ello perdemos, que de haberlas hecho, y así las procuramos encubrir y excusar cuanto podemos. Y hay algunos tan inmortificados en esto, que aun antes que les digan nada, ellos previenen y se excusan, y quieren dar razón de lo que les pueden oponer: Si hice aquello fue por esto, y si hice lo otro fue por esto otro. ¿Quién os pica ahora, que así saltáis? El estímulo y aguijón de la soberbia que tienen allá dentro en la entrañas, ese les pica y les hace saltar con eso, aun antes de tiempo.

Pues el que sintiere en sí este vicio y mala costumbre, será bien traer examen particular de ello, hasta que no os venga gana de encubrir vuestra falta, sino que antes os holguéis ya que la hicisteis, de que os tengan por defectuoso, en recompensa y satisfacción de ella. Y aunque no hayáis hecho la falta y os reprendan por ella, no os excuséis: que cuando el superior quisiere saber la causa o razón que tuvisteis para hacer aquello, él la sabrá preguntar; y por ventura la sabe ya, sino que quiere probar vuestra humildad y ver cómo tomáis la reprensión y el aviso.

Lo quinto, es también buen examen el de cortar y cercenar pensamientos de soberbia. Es uno tan soberbio y vano, que le vienen muchos pensamientos vanos y altivos, imaginándose en puestos altos y en tales ministerios: ya os halláis predicando en vuestra tierra con grande aceptación e imaginando que hacéis mucho fruto; ya os halláis leyendo o disputando en tales conclusiones con gran aplauso de los circunstantes, o en otras cosas semejantes. Todo esto nace de la soberbia grande que tenemos, que está brotando y reventando en esos pensamientos; y así es muy bueno traer examen particular de cercenar cortar luego estos pensamientos altivos y vanos, como lo es también de atajar y cortar luego los pensamientos deshonestos y de juicios y de otro cualquier vicio de que uno es molestado.

Lo sexto, será también buen examen de tenerlos a todos por superiores, conforme a lo que nos dice nuestra regla: Que nos animemos a la humildad, procurando y deseando dar ventaja a los otros, estimándolos en nuestra ánima a todos, como si nos fuesen superiores, y exteriormente te-

niéndoles el respeto y reverencia que sufre el estado de cada uno, con llaneza y simplicidad religiosa; que es tomada del Apóstol (Filip., 2, 3; Rom., 12, 10). Aunque en lo exterior haya de haber diferencia, conforme a los estados y personas; pero cuanto a la humildad verdadera e interior de nuestra ánima, quiere nuestro Padre que, así como llamó mínima a esta Compañía y Religión, así cada uno de ella se tenga por el mínimo de todos, y que a todos los tenga por superiores y mejores. Pues éste será muy buen examen y muy provechoso, con tal que esto no sea solamente especulación, sino que en la práctica y ejercicio procuréis haberos con todos con aquella humildad y respeto como si os fuesen superiores. Porque si vos tenéis al otro por superior, no le hablaréis con libertad ni aspereza, y mucho menos palabras que le puedan lastimar o mortificar, ni le juzgaréis tan fácilmente, ni os sentiréis de que él os trate o hable de esta u otra manera; y así, todas estas cosas habéis de notar y apuntar por faltas cuando traéis examen de esto.

La séptima cosa de que podemos traer examen particular en esta materia es de llevar bien todas las ocasiones que se os ofrecieren de humildad. Soléis os sentir cuando el otro os dice la palabrilla, o cuando os mandan con resolución o con imperio, o cuando os parece que no hacen tanto caso de vos como de los otros. Traed examen de llevar bien ésas y las demás ocasiones que se os ofrecieren, que pueden redundar en estima vuestra. Este es un examen de los propios y provechosos que podemos traer para alcanzar la virad de la humildad; porque fuera de irnos en esto previniendo paro todo lo que se nos ofrece y hemos menester entre día, podemos en este examen ir creciendo y subiendo por aquellos tres grados que pusimos en la virtud. Primero, podéis traer examen de llevar todas esas cosas con paciencia; después, llevarlas con prontitud y facilidad, hasta que no reparéis ni hagáis caso de nada de eso; después, lo podéis traer de llevarlas con alegría y holgaros en vuestro desprecio, en que dijimos consistía la perfección de la humildad.

Lo octavo de que puede uno traer examen particular, así en esta materia como en otras semejantes, hacer algunos actos y ejercicios de humildad, u otra virtud de que trajere examen, así interiores como exteriores, actuándose en aquello tantas veces a la mañana y tantas a la tarde, comenzando con menos actos y yendo añadiendo más, hasta que vaya ganando hábito y costumbre de aquella virtud. De esta manera, divididos los enemigos, y tomando a cada uno por sí, se vence mejor y se alcanza más brevemente lo que se desea.

CAPITULO 29

Como con la humildad se puede compadecer el querer ser tenidos y estimados de los hombres.

Suélese ofrecer muchas veces una duda acerca de h humildad, cuya solución nos importa mucho para que sepamos cómo nos hemos de haber en ello. Decimos comúnmente, y es doctrina común de los Santos, que hemos de desear ser despreciados, abatidos y tenidos en poco y que no hagan caso de nosotros. Luego, por otra parte, se nos ofrece: Pues ¿cómo harems fruto en los prójimos, si nos desprecian y tienen en poco, porque para eso es menester tener autoridad con ellos y que tengan buena opinión y estima de nosotros? Y así parece que no será malo, sino bueno, desear ser estimados y tenidos de los hombres.

Esta duda tratan los gloriosos santos Basilio, Gregorio y Bernardo. Y responden muy bien a ella; dicen que, aunque es verdad que hemos de huir la honra y estimación del mundo, por el gran peligro que hay en eso, y que cuanto es de nuestra parte, y por lo que nos toca a nosotros, siempre hemos de desear ser despreciados y tenidos en poco; pero que por algún buen fin del mayor servicio de Dios, lícita y santamente se puede desear la honra y estimación de los hombres. Y así dice San Bernardo que es verdad que, cuanto es de nuestra parte, hemos de querer que los otros conozcan y sientan de nosotros lo que nosotros sentimos y conocemos de nosotros mismos, para que nos tengan en lo mismo que nosotros nos tenemos; mas muchas, veces, dice, no conviene que los otros sepan esto; y así podemos algunas veces, lícita y santamente, querer que no sepan nuestras faltas, porque no reciban de ello algún daño y se impida en ello algún provecho espiritual. Empero es menester que entendamos esto bien, y que vayamos en ello con tiento y con mucho espíritu, porque semejantes verdades como esta, so color de verdades, suelen hacer gran daño en algunos, por no saber usar bien de ellas.

Los mismos Santos nos declaran bien esta doctrina, para que no tomemos de ella ocasión de errar. Dice San Gregorio: «Algunas veces también los varones santos se huelgan de tener buena opinión y estima acerca de los hombres; pero eso es cuando ven que es medio necesario para que los prójimos se aprovechen y ayuden más en sus almas.» Y eso, dice San Gregorio, no es holgarse de su estima y opinión, sino el fruto y aprovechamiento do los prójimos, que es muy diferente. Una cosa es amar uno la

honra y estimación humana por sí misma, y parando en ella por su propio respeto y contento, por ser grande y señalando en la opinión de los hombres; y esto es malo; otra cosa es cuando esto se ama por algún buen fin, como por el provecho de los prójimos y para hacer fruto en sus almas, y esto no es malo, sino bueno. Y de esta manera bien podemos nosotros desear la honra y estimación del mundo y que tengan una buena opinión de nosotros, por la mayor gloria cíe Dios, y por ser así necesario para la edificación de los prójimos y para hacer fruto en ello, porque esto no es holgarse uno de su honra y estimación, sino del provecho y bien de los prójimos y de la mayor gloria de Dios. Como el que por la salud quiere la purga que naturalmente aborrece, el querer y admitir la purga es amar la salud; así, el que la honra humana, que huye y desprecia, la quiere y admite solamente por ser en aquel caso medio necesario o provechoso para el servicio de Dios y bien de las almas, se dice con verdad que no quiere ni desea sino la gloria de Dios.

Pero veamos en qué se conocerá si se huelga uno con la honra y estimación puramente por la gloria de Dios y provecho de los prójimos, o si se huelga por sí mismo y por su propia honra y estima; porque esto es cosa muy delicada, y todo el punto y dificultad de este negocio consiste en esto. A lo cual responde San Gregorio: El fatigarnos con la honra y estimación ha de ser tan puramente por Dios, que cuando no fuere necesario para su mayor gloria y bien de los prójimos, no sólo no nos hemos de holgar con ella, sino nos ha de dar pena. De manera que nuestro corazón y deseo, cuanto es de nuestra parte, siempre se ha de inclinar a la deshonra y desprecio; y así, cuando se nos ofreciere ocasión de esto, la hemos de abrazar de corazón y holgarnos con ella, como quien ha encontrado lo que deseaba. Y la honra y estimación la hemos de desear y holgarnos con ella solamente en cuanto es necesaria para la edificación de los prójimos, para hacer fruto en ellos y para mayor honra y gloria de Dios.

De nuestro bienaventurado Padre San Ignacio leemos que decía que si se dejara llevar de su fervor y deseo, se anduviera por las calles desnudo y emplumado y lleno de lodo, para ser tenido por loco; mas la caridad y deseo que tenía de ayudar a los prójimos reprimía en él este tan grande afecto de humildad, y le hacía que se tratase con la autoridad y decencia que a su oficio y persona convenía. Pero su inclinación y deseo ser despreciado y abatido, y siempre que se le ofrecía ocasión de humillarse la abrazaba y aun la buscaba muy de veras. Pues en esto se conocerá si os holgáis vos con la autoridad y estimación por el bien de las almas y gloria de Dios

o por vos mismo y por vuestra propia honra y autoridad. Si cuando se os ofrece la ocasión de humildad y desprecio la abrazáis muy de veras y de corazón, y os holgáis con ella. entonces es buena señal que cuando os sucede bien el sermón, o el negocio, y por esto sois tenido y estimado, que no os holgáis por vuestra honra y estima, sino puramente por la gloria de Dios y provecho de los prójimos que se sigue de ahí. Pero si cuando se ofrece la ocasión de humildad y de ser tenido en poco la rehusáis y no la lleváis bien, y si cuando no es necesario para el provecho de le prójimos, con todo eso os holgáis con la estimación y alabanzas de los hombres y lo procuráis, eso es señal que también en lo demás os holgáis por lo que toca a vos y por vuestra honra y estimación, y no puramente por la gloria de Dios y provecho de los prójimos.

De manera que la honra y estimación de los hombres de verdad que no es mala, sino buena, si usamos bien de ella, y así, licita y santamente, se puede desear como cuando el Padre San Francisco Javier fue al rey de Bungo con grande acompañamiento y autoridad'. Y aun alabarse uno a sí mismo puede ser bueno y santo, si se hace como se debe, como vemos que San Pablo, escribiendo a los de Corinto (2 Cor., 4, 11), se comienza a alabar y a contar grandezas de sí, refiriendo grandes mercedes que nuestro Señor le había hecho, y diciendo que había trabajado más que los demás Apóstoles; ya comienza a contar las revelaciones y arrebatamientos que había tenido hasta el tercero Cielo. Mas esto hacía él porque entonces convenía y era menester para la honra de Dios y para el provecho de los prójimos a quién escribía, para que así le tuviesen y estimasen por Apóstol de Cristo, y recibiesen su doctrina y se aprovechasen de ella. Y decía estas cosas de sí con un corazón, no sólo despreciador de la honra, sino amador del desprecio y deshonra por Jesucristo; porque cuando no era necesario para el bien de los prójimos, muy bien se sabía él apocar y abatir, diciendo de sí (º Cor., 15, 19) que no era digno de llamarse Apóstol, porque persiguió la Iglesia de Dios, y llamándose blasfemo y abortivo (1 Tim, 1, 13) y el mayor de los pecadores; y cuando se le ofrecían deshonras y menosprecios, ése era su contexto y regocijo. De estos tales corazones bien se puede fiar que reciban honra, y que digan ellos altísimas veces cosas que aprovechen para tenerla, porque nunca harán estas cosas sino cuando fuere necesario para la mayor gloria de Dios; y entonces lo hacen tan sin pegárseles nada de ello, como si no lo hiciesen, porque no aman su propia honra, sino la honra de Dios y el bien de las almas.

Mas porque es muy dificultoso recibir la honra y no ensoberbecerse, ni tomar en ella algún vano contentamiento o complacencia, por eso los Santos, temiendo el peligro grande que hay en la honra y estimación y en las dignidades y puestos altos, huían cuando podían de todo eso; y se iban adonde no fuesen conocidos ni estimados, y procuraban ocuparse en oficios bajos y despreciados, porque veían que aquello les ayudaban a su aprovechamiento y a conservar en humildad, y que era camino más seguro para ellos.

Decía San Francisco una razón muy buena: «No soy religioso si no tomo con la misma alegría de rostro y alma la deshonra que la honra. Porque si me alegro de la honra que otros me dan por su provecho cuando predico o les hago otras buenas obras, donde pongo el alma a riesgo y peligro de vanidad, mucho más me debo alegrar de mi provecho y de la salud de mi alma que tengo más segura cuando me vituperan.» Claro está que estamos más obligados a holgarnos de nuestro bien y provecho, que del bien y provecho de nuestros prójimos, porque la caridad bien ordenada, de sí mismo ha de comenzar. Pues si os holgáis del provecho del prójimo cuando el sermón o el negocio os salió bien y sois alabado y estimado por ello, ¿por qué no os holgáis de vuestro provecho, cuando haciendo vos lo que es de vuestra parte, sois tenido en poco? Porque eso es mejor y más seguro para vos. Si os holgáis cuando tenéis gran talento para hacer grandes cosas por el bien de los otros, ¿por qué cuando Dios no os dio talento para esas cosas, no os holgáis por vuestro provecho y por vuestra humildad? Si os holgáis cuando tenéis mucha salud y fuerzas para trabajar para otros, por el provecho de ellos, ¿por qué no os holgáis cuando Dios quiere que estéis enfermos y flacos. y que no seáis para nada, sino que estés arrinconado e inútil? Pon que ése es vuestro provecho, y eso os dará más a ser humilde, y en eso agradaréis más que si fuerais gran predicador, pues Él lo quiere así.

De donde se verá cuán engañados andan los que tienen puestos los ojos en la honra y estimación del mundo, so color de que eso es menester para hacer fruto en los prójimos, y con este título desean los oficios honrosos y los puestos altos, y todo lo que dice autoridad; y huyen de lo bajo y humilde, pareciéndoles que con eso se desautorizan. Y hay en esto otro engaño muy grande, que con lo que uno piensa que gana autoridad. la pierde; y con lo que piensa que la perderá, la ganará. Algunos piensan que con el vestido pobre o ejercicio bajo y humilde perderán la opinión y estima necesaria para hacer fruto en los prójimos y engáñales su soberbia, que

antes con eso la ganaréis. y con lo contrario, que vos procuráis, la perderéis.

Enseñaba esto muy bien nuestro bienaventurado Padre San Ignacio; decía que ayudaba más a la conversión de las almas el afecto de verdadera humildad, que el mostrar autoridad que tenga algún resabio e olor de mundo. Y así lo practicaba él, no sólo en sí sino a los que enviaba a trabajar a la viña del Señor, de tal manera les enseñaba, que para salir con las cosas arduas y grandes, siempre procurasen hacer camino por la humildad y desprecio de sí mismos, porque entonces estaría la obra bien segura, si estuviese bien fundada sobre esta humildad, y porque ése es el camino por donde suele el Señor obrar cosas grandes. Y conforme a esto, cuando envió a los Padres Francisco Javier y Simón Rodríguez a Portugal, les ordenó que llegados a aquel reino pidieseis limosna y que con la pobreza y menosprecio de sí abriesen la puerta para todo lo demás. Y a los Padres Salmerón y Pascasio, cuando fueron a Hibernia por nuncios apostólicos también les ordenó que enseñasen la doctrina cristiana a los niños y a la gente ruda. Y al mismo Padre Salmerón y al Padre Maestro Laínez, cuando la primera vez fueron al Concilio de Trento, enviados del Papa Paulo III por teólogos de Su Santidad, la instrucción que les dio fue que, antes de decir su parecer en el Concilio, se fuesen al hospital y sirviesen en él a los pobres enfermos, y enseñasen a los niños los principios de nuestra santa fe; y que después de haber echado estas raíces, pasasen adelante y dijesen su parecer en el Concilio, porque sería él de fruto y provecho, como sabemos que lo fue por la bondad del Señor. ¡Y andaremos nosotros mirando, temiendo y tanteando con nuestras prudencias humanas, si se pierde autoridad por estas cosas! Que no hayáis miedo que se desautorice el púlpito por ir a enseñar la doctrina, ni por hacer pláticas en las plazas, hospitales y cárceles. No hayáis miedo que perdáis crédito con la gente grave porque os vean confesar a los pobrecitos, ni porque os vean vestir como religioso pobre; antes con eso ganaréis autoridad y cobraréis más crédito y reputación, y haréis más fruto en las almas; porque a los humildes levanta Dios, y por ésos suele El hacer maravillas.

Y dejando aparte esta razón, que es la principal, llevándolo por vía de prudencia y razón humana, no podéis poner medio más eficaz para ganar autoridad y opinión con los prójimos, y para hacer mucho fruto en las almas, que ejercitaros en estas cosas que parecen bajas humildes; y tanto más cuanto mayores fueren vuestras partes. La razón de esto es porque es tanto en lo que el mundo tiene la honra y estimación y las cosas altas, que

de lo que más se admiran los de él es de ver que eso se desprecie, y que el que podía entender en cosas altas y honrosas, se ocupa en cosas bajas y humildes; y así cobran grande opinión y estima de santidad de los tales, y reciben su doctrina como venida del Cielo.

Del Padre San Francisco Javier leemos en su *Vida* que, habiéndose de embarcar para la India, y no queriendo recibir ninguna provisión para su navegación, instándole mucho el conde de Castañeda, que tenía entonces oficio de proveedor de las armadas para aquellas partes, que a lo menos llevase un criado que le sirviese en la mar, diciéndole que disminuiría su crédito y autoridad para con la gente a quien había de enseñar, si le viesen con los demás lavar sus paños al borde de la nao y guisar su comida, el Padre le respondió: «Señor conde: el procurar adquirir crédito y autoridad por ese medio que vuestra señoría dice, ha traído a la Iglesia de Dios y a sus prelados al estado en que ahora está. El medio por donde se ha de adquirir el crédito y autoridad es lavando esas rodillas y guisando la olla sin tener necesidad de nadie, y con todo eso, procurando emplearse en el servicio de las almas de los prójimos.» Quedó con esta respuesta el conde tan atajado y tan edificado, que no supo qué responder.

De esta manera y con esta humildad y verdad se ha de adquirir la autoridad, y de esa manera se hace más fruto. Y así vemos que hizo tanto el Padre Francisco Javier en esas Indias, con enseñar la doctrina a los niños, y andar tañendo la campanilla de noche a las ánimas del purgatorio, y sirviendo y consolando a los enfermos, y con otros oficios bajos y humildes. De esa manera vino a tener tanta autoridad y reputación, que robaba y atraía a si los corazones de todos, y le llamabais el Padre santo. Esta es la autoridad que es menester para hacer fruto en las almas; estima y opinión de humildes; estima y opinión de santos y de predicadores evangélicos. Y así, ésta es la que nosotros hemos de procurar; que esas otras autoridades y puntos que tienen resabio y olor de mundo, antes dañan y desedifican mucho a los prójimos, así a los de fuera como a los de dentro.

Sobre aquellas palabras de San Juan (Jn., 8, 50): *Yo no busco mi gloria; mi Padre tiene cuenta con eso,* dice muy bien un doctor: Pues si nuestro Padre Celestial busca y procura nuestra gloria y nuestra honra, no es menester que nosotros tengamos cuidado de eso. Tenedlo vos de humillaros y de ser lo que debéis, y el de vuestra estima y autoridad, para hacer más fruto en los prójimos, dejadlo a Dios; que por donde vos más os humilláis y abajáis, por ahí os llevará Él más con otra estima muy diferente de la que vos pudierais alcanzar por esos otros medios y prudencias humanas.

Y no se os ponga tampoco delante la honra y autoridad de la Religión, que es otra solapa que se nos suele algunas veces ofrecer, así en ésta como en otras cosas semejantes, para colorear nuestra imperfección e inmortificación. ¡Oh, que no lo he yo por mí, sino por la autoridad de la Religión, que es razón que se le tenga respeto! Dejaos de esos respetos que la Religión también ganará más en que os vean a vos humilde, callado y sufrido, porque en eso consiste la autoridad y estima de la Religión, en que sus religiosos sean humildes y mortificados, y estén muy deshechos de todo lo que tiene sabor y olor de mundo.

El Padre Mafeo, en la *Historia de las indias*, cuenta que predicando uno de los nuestros en Japón la fe de Cristo nuestro Redentor, en una calle pública de Firando, un gentil de aquellos, que acaso pasaba por allí, hizo burla de él y de lo que predicaba, y arranca un flemón muy grande, y se lo escupe en el rostro. El predicador sacó su pañuelo y se limpió, sin mostrar turbación alguna y sin responder palabra, y prosigue su sermón con el mismo tenor y semblante como si no hubiera pasado nada. Uno de los que estaban oyendo notó mucho aquello, y viendo la paciencia y humildad grande del predicador, comenzó a pensar entre sí: No es posible que doctrina que enseña tanta paciencia, tanta humildad y constancia de ánimo, no sea del Cielo; cosa de Dios debe ser ésta. Lo cual le hizo tanta fuerza, que le fue motivo para convertirse, y así se fue tras él en acabando de predicar, y le pidió que le instruyese en la fe y le bautizase.

CAPÍTULO 30

Del tercer grado de humildad.

El tercer grado de humildad es cuando uno, teniendo grandes virtudes y dones de Dios y estando en grande honra y estimación, no se ensoberbece en nada, ni se atribuye a sí cosa alguna, sino todo lo refiere y atribuye a su misma fuente, que es Dios, del cual procede todo bien y todo don perfecto. Este tercer grado de humildad, dice San Buenaventura, es de grandes y perfectos varones, que cuanto mayores son, tanto más se humillan en todo. Que uno siendo malo e imperfecto, se conozca y estime por tal, no es mucho; bueno es, y de loar es; pero no es de maravillar, como no lo es que el hijo del labrador no quiera ser tenido por hijo del rey, y que el pobre se tenga por pobre y el enfermo por enfermo, y que quieran ser tenidos por tales de los demás. Pero que el rico se haga pobre, y el grande se

apoque y conforme con los bajos, haciéndose pequeño, esto es de maravillar. Pues así dice el Santo, no es de maravillar que siendo uno malo e imperfecto, se tenga por malo e imperfecto; antes lo es, que siendo tal, se tenga por bueno y por perfecto, como si estando lleno de lepra se tuviese por sano. Pero que el que es muy aventajado en virtud, y tiene muchos dones es de Dios, y es verdaderamente grande ante su divino acatamiento, se tenga por pequeño, ésa es humildad grande y de maravillar.

Dice San Bernardo: «Grande y rara virtud es que obre uno grandes cosas y que él no se tenga por grande, sino por pequeño; que todos le tengan por santo y por varón admirable, y que él sólo se tenga en poco. En más tengo esto, dice, que todas las demás virtudes. Esta humildad se halló perfectísimamente en la sacratísima Reina de los Ángeles, que sabiendo que era elegida por Madre de Dios, con profundísima humildad se reconoció por sierva y esclava suya» (Lc 1, 38). Dice San Bernardo: «Eligiéndola pasa tan alta dignidad y tan grande honra, como era ser Madre de Dios, se llama esclava; y siendo predicada por la boca de Santa Isabel por bienaventurada entre todas las mujeres, no se atribuyó a sí gloria alguna de las grandezas que en Ella había, sino todas se las atributo a Dios. engrandeciéndole y ensalzándole por ellas, quedándose Ella entera y firme en su profundísima humildad: [*Magnifica y engrandece mi ánima al Señor, mi espíritu se alegró en Dios mi Salvador, porque paso sus ojos en la bajeza de su sierva*] (Lc., 1, 46). Ésta es humildad del Cielo. Los bienaventurados tienen allá esa humildad. Y eso dice San Gregorio, que es lo que vio San Juan en el Apocalipsis (4, 4), de aquellos veinticuatro ancianos que postrados delante del trono de Dios le adoraban, quitando las coronas de sus cabezas y arrojándolas a los pies del trono. Dice que arrojar sus coronas a los pies del trono de Dios es no atribuirse así sus victorias, sino atribuirlo todo a Dios, que les dio las fuerzas y virtud para vencer, y darle a Él la gloria y honra de todo: [*Digno eres, Señor Dios nuestro, de recibir la gloria y honra y la potestad de la virtud, porque Tú creaste todas las cosas, y por tu voluntad son y perseveran, como por ella fueron creadas.*. Razón es, Señor, que te demos la honra y gloria de todo, y que quitemos las coronas de nuestras cabezas y las arrojemos a tus pies: porque todo es tuyo. y por tu voluntad ha sido hecho; y si algo bueno tenemos, es porque Tú lo quisiste.

Pues éste es el tercer grado de humildad: no alzar uno con los dones y gracias que ha recibido de Dios, ni atribuírselo a sí, sino atribuirlo y referir todo a Dios, como autor y dador de todo lo bueno.

Pero podrá decir alguno: Si en eso consiste la humildad, todos somos humildes; porque ¿quién hay que no conozca que todo bien nos viene de Dios, y que de nosotros no tenemos sino pecados y miserias? ¿Quién hay que no diga: Si Dios me dejase de su mano. sería el más mal hombre del mundo? [*La perdición tuya es, oh Israel; de Mi solamente procede tu ayuda*]. «De nuestra parte no tenemos sino perdición y pecados», dice el Profeta Oseas (13, 9). Todo el favor y todo lo bueno nos ha de venir de acarreo y de le liberalidad de Dios. Eso es fe católica, y así todos parece que tenemos esa humildad, porque todos creemos muy bien esa verdad de que está llena la Sagrada Escritura. El Apóstol Santiago. en su Canónica (1, 17), dice: *Toda dádiva buena y todo don perfecto nos ha de venir de arriba, del Padre de las lumbres*. Y el Apóstol San Pablo (1 Cor., 4, 7): [*¿Qué tienes que no hayas recibido?* - (2 Cor., 3, 5): *Que de nuestra parte no somos suficientes ni aun para tener un pensamiento que salga de nosotros, sino que toda nuestra suficiencia de Dios nos viene*.- (Filip., 2, 13): *Dios es el que obra en nosotros así el querer lo bueno, como el ponerlo por obra, por su buena voluntad*], dice que no podemos obrar, ni hablar, ni desear, ni pensar, ni comenzar, ni acabar cosa que sirve para nuestra salvación, sin Dios, de quien toda nuestra suficiencia procede.

Y ¿con qué más clara comparación se nos puede dar a entender esto, que con la que el mismo Cristo nos declara en el sagrado Evangelio? ¿Queréis, ver dice, lo poco o nada que podéis sin Mí? (Jn., 15, 4): *Así como el sarmiento no puede dar fruto por sí mismo si no está unido con la vid;* así nadie puede hacer obra meritoria por sí mismo *si no estuviese unido conmigo*. [*Yo soy la vid; vosotros los sarmientos; quien permanece en Mí, y yo en él, ése llevará mucho fruto, porque sin Mí no podéis hacer cosa alguna*]. ¿Qué cosa más fructífera que el sarmiento junto con la vid? ¿Y qué cosa más inútil y desaprovechada que el sarmiento apartado de la vid ¿Para qué vale? Pregunta Dios al Profeta Ezequiel (15, 2): *¿Qué se hará del sarmiento?* No es madera, die; que valga para obra alguna de carpintería, ni aun para hacer siquiera una estaca que pongáis en la pared para colgar de ella alguna cosa; no es bueno el sarmiento apartado de la vid, sino para el fuego. Pues así somos nosotros si no estamos unidos con la vid verdadera que es Cristo (Jn., 15, 6): [*Si alguno no permaneciere unido conmigo, será echado fuera y se secará, y lo cogerán y será echado al fuego y arderá*]. No valemos nada sino pura el fuego; si algo somos, es por la gracia de Dios, como dice San Pablo (1 Cor., 15. 10): [*Por la gracia de Dios soy lo que soy*]. Bien enterados parece que estamos todos en esa verdad, que todo el bien que tenemos es de Dios, y que de nosotros no tene-

mos sino pecados, y que ningún bien nos hemos de atribuir nosotros, sino a Dios, a quien se le debe la honra y gloria de todo. No parece esto muy dificultoso al que cree, para ponerlo por último y perfectísimo grado de humildad, pues es una verdad de fe tan llana.

Así parece a prima faz: mirándolo superficialmente, y a sobrehaz, parece fácil: Pero no es sino muy difícil. Dice Casiano: A los que comienzan les parece cosa fácil el no atribuirse nada a sí, al no estribar, ni confiar en su industria y diligencia, sino referirlo y atribuirlo todo a Dios, pero no es sino muy dificultoso. Porque como nosotros ponemos también algo de nuestra parte en las buenas obras, *como obramos nosotros también*, dice San Pablo (1 Cor., 3, 9), *y concurrimos juntamente con Dios*; luego tácitamente casi sin sentirlo, estribamos y confiamos en nosotros mismos, y se nos entra una presunción y soberbia secreta, pareciéndonos que por nuestra diligencia e industria se hizo esto y lo otro; y así luego nos engreímos y envanecemos, y nos alzamos con las obras que hacemos, como si por nuestras fuerzas las hubiésemos hecho, y como si fuesen sólo nuestras. No es tan fácil este negocio como parece. Nos basta saber que los Santos ponen éste por perfectísimo grado de humildad, y dicen que es humildad de grandes, para que entendamos que hay en ello más dificultad y perfección de lo que parece. Recibir uno grandes dones de Dios, y obrar grandes cosas, y saber dar a Dios la gloria de ello como se debe, sin atribuirse a sí cosa alguna ni tomar de ello algún vano contentamiento, cosa es de mucha perfección. Ser honrado y alabado por Santo, y no se le pegar al corazón la honra y estimación más que si no tuviera nada, cosa es dificultosa y que pocos la alcanzan; mucha virtud es menester para eso.

Dice San Crisóstomo que andar entre honras y no pegarse nada al corazón del honrado es como andar entre hermosas mujeres sin alguna vez mirarlas con ojos no castos. Cosa dificultosa y peligrosa es ésa, y mucha virtud es menester para ella. Para andar en alto y no se desvanecer, buena cabeza es menester; todos tienen cabeza para andar en alto. No la tuvieron los ángeles en el Cielo, Lucifer y sus compañeros así se desvanecieron y cayeron en el abismo del infierno. Ése dicen que fue el pecado de los ángeles, que, habiéndolos Dios creado tan bellos y tan hermosos, con tantos dones naturales y sobrenaturales, *no estuvieron en Dios* (Jn., 8, 44), ni le atribuyeron a Él la gloria de todo; sino se estuvieron en sí, no porque entendiesen que tenían de sí aquellas cosas, que bien sabían que todas venían de Dios y que de Él dependían, pues conocían que eran criaturas; sino, como dice el Profeta Ezequiel (28, 17): [*Se engrió tu corazón con tu her-*

mosura. y perdiste la sabiduría por tu hermosura]. Se envanecieron con su hermosura; se pavonearon en aquellos dones que habían recibido de Dios, y se deleitaron en ellos como si los tuvieran de sí; no los recibieron ni atribuyeron todos a Dios, dándole Él la gloria y honra de ello; sino que se desvanecieron ensalzándose y contentándose vanamente de sí mismos, como si de sí tuvieran el bien. De manera que aunque con el entendimiento conocían que la gloria se debía a Dios, se la robaban con la voluntad, atribuyéndosela a sí. ¿Veis como no es tan fácil como parece este grado de humildad, pues a los mismos ángeles les fue tan dificultoso, que cayeron de la alteza en que Dios les había puesto por no saber conservarse en ella?

CAPÍTULO 31

Declarase en qué consiste el tercer grado de humildad.

No hemos acabado de declarar bien en que consiste este tercer grado de humildad; y así será menester declararlo un poco más, para que mejor podamos ponerle por obra. que es lo que pretendemos. Este grado de humildad, dicen los Santos que consiste en saber distinguir entre el oro que nos viene de Dios, de sus dones y beneficios, y entre el lodo y miseria que somos nosotros, y dar a cada uno lo que le pertenece: atribuir a Dios lo que es de Dios y a nosotros lo que es nuestro, y que todo esto sea prácticamente en lo cual está todo el punto de este negocio. De manera que no consiste la humildad en conocer especulativamente que de nosotros no podemos ni valemos nada, y que todo el bien nos ha de venir de Dios, y que *Él es el que obra en nosotros el querer y el comenzar y el acabar por su libre y buena voluntad*, como dice San Pablo (Filip., 2, 13): que conocer eso especulativamente, porque así nos lo dice la fe, fácil cosa es y todos los cristianos lo conocemos y creemos así; sino en conocer y ejercitar eso prácticamente, y en estar tan llanos y tan asentados en esto, como si lo viésemos con los ojos y lo tocásemos y palpásemos con las manos. Lo cual, dice San Ambrosio, que es particularísimo don y merced grande de Dios. Y trae para esto aquello de San Pablo (1 Cor., 2, 12): *Nosotros hemos recibido, no el espíritu de este mundo, sino el espíritu de Dios, para que conozcamos y sintamos los dones que hemos recibido de su mano*. Sentir y reconocer uno de los dones que ha recibido de Dios, como ajenos y como recibidos y dados de la liberalidad y misericordia de Dios, es particular don y merced suya. Y el sabio Salomón dice que ésta es suma sabiduría

(Sab., 8, 21): [*Conocí que no podía ser continente si Dios no me lo diese: y esto mismo era sabiduría, saber cuyo era este don*]; otra letra dice [*esto era suma sabiduría*]. Entender y conocer prácticamente que el ser continente no es cosa que podamos nosotros alcanzar por nuestras fuerzas, y que no basta ningún trabajo ni industria nuestra para eso, sino que es don de Dios y que nos ha de venir de su mano, es suma sabiduría. Pues en esto que San Pablo dice que es particular don y merced de Dios, y Salomón suma sabiduría, consiste este grado de humildad. *¿Qué tienes que no lo hayas recibido* y sea ajeno?, dice el Apóstol San Pablo (I Cor., 4, 7): todo cuanto bien tenemos es recibido y ajeno, de nosotros no tenemos bien ninguno; pues si lo has recibido y es ajeno, *¿por qué te glorias como si no lo hubieses recibido* y como si fuese tuyo propio?

Ésta era la humildad de los Santos, que con estar enriquecidos de dones y gracias de Dios, y haberles Él levantado a la cumbre de la perfección, y con eso a grande honras, estimación del mundo, con todo eso se tenían ellos por tan viles en sus ojos; y se quedaba su ánima tan entera en su bajeza y humildad como si no tuvieran nada de aquellos dones. No se les pegaba ninguna vanidad en su corazón, ni cosa alguna de aquella honra y estima en que el mundo las tenía, porque sabían bien distinguir entre lo que era ajeno y lo que era suyo propio: y así todos los dones, honra y estimación lo miraban como cosa ajena recibida de Dios, y a Él le daban y atribuían toda la gloria y alabanza de ello, quedándose ellos enteros en su bajeza, mirando que de sí no tenían nada, ni podían bien alguno. Y de ahí les venía que aunque todo el mundo los ensalzase, ellos no se ensalzaban ni se tenían por eso en más, ni se les pegaba nada de aquello al corazón, sino les parecía que aquellas alabanzas no decían ni hablaban con ellos, sino con otro a quien pertenecían que es Dios, y en Él y en su gloria ponían su gozo y contento.

Y así con mucha razón dicen ser esta humildad de grandes y perfectos varones. Lo primero, porque presupone grandes virtudes y dones de Dios, que es lo que hace a uno grande delante de Él; lo segundo, porque ser uno verdaderamente grande delante de los ojos de Dios y muy aventajado en virtud y perfección, y por eso tenido y estimado en mucho de Dios y de los hombres, y tenerse él por pequeño y vil en sus ojos, es grande y maravillosa perfección. Y eso es de lo que se maravillan San Crisóstomo y San Bernardo de los Apóstoles y otros, que con ser tan grandes Santos y tan encumbrados en dones de Dios, y haciendo su Majestad por ellos tantas maravillas y milagros, y resucitando muertos, y siendo por eso tan es-

timados de todo el mundo, con todo eso se quedasen ellos tan enteros en su humildad y bajeza como si no tuvieran nada de aquello. Y como si otro hiciera aquellas cosas y no ellos, y como si toda aquella honra, estima y alabanza fuera ajena y se hiciera a otro y no a ellos.

Dice San Bernardo: «No es mucho humillarse uno en la pobreza y abatimiento, porque eso de suyo ayuda a conocerse y tenerse en lo que es; pero que sea uno honrado y estimado de todos, y tenido por santo y por varón admirable, y se quede él tan entero en la verdad de su bajeza y de su nada como si no hubiera nada de aquello en él, ésa es rara y excelente virtud y cosa de grande perfección. «En éstos, dice San Bernardo, conforme al mandamiento del Señor (Mt., 5, 16), *su luz luce y resplandece delante de los hombres, para glorificar*, no a sí mismos, sino a su Padre que está en los Cielos. Estos son verdaderos imitadores del Apóstol San Pablo (2 Cor., 4, 5; 12, 14) y de los predicadores evangélicos, que no se predican a sí mismos, sino a Jesucristo. Éstos son buenos y fieles siervos, que no buscan sus comodidades, ni se alzan con cosa alguna, ni se atribuyen nada a sí, sino todo lo atribuyen fielmente a Dios. Y a Él dan la gloria de todo. Y así oirán de la boca del Señor aquellas palabras del Evangelio (Mt., 25, 21): *Alégrate, siervo bueno y fiel; porque fuiste fiel en lo poco, te constituiré sobre lo mucho,*

CAPÍTULO 32

Declarase más lo sobredicho

Hemos dicho que el tercer grado de humildad y cuando uno, teniendo grandes virtudes y dones de Dios y estando en grande honra y estimación, no se ensoberbece en nada ni se atribuye a sí cosa alguna sino todo lo refiere y atribuye a su misma fuente, ya es Dios, dándole a Él la gloria de todo, y quedándose él entero en u bajeza y humildad, como si no tuviese ni hiciese nada. No queremos por esto decir que nosotros no obremos también y tengamos parte en las buenas obras que hacemos, que eso sería ignorancia y error. Claro está que nosotros y nuestro libre albedrío concurre y obra juntamente con Dios en la buenas obras; porque libremente da el hombre consentimiento en ellas, y por eso obra el hombre, y en su mano está no obrar. Antes eso es lo que hace tan dificultoso este grado de humildad, porque por una parte hemos nosotros de hacer todas nuestra diligencias y poner todos los medios que pudiéremos para alcanzar la virtud, y

para resistir a la tentación y para que el negocio suceda bien, como si ellos solos bastasen para ello; y por otra, después de haber hecho eso, hemos de desconfiar de todo ello como si no hubiéramos hecho nada, y tenernos por siervo inútiles y sin provecho, y poner toda nuestra confianza en solo Dios, como nos lo enseña Él en el Evangelio (Lc., 17, 10): *Después que hubiereis hecho todas das las cosas que os son mandadas* (no dice alguna; sino todas), *decid: Siervos somos sin provecho* [*lo que estábamos obligados a hacer, hicimos*]. Pues para acertar a hacer esto, virtud es menester, y no poca. Dice Casiano: «El que llegare a conocer bien que es siervo sin provecho, y que no bastan todos sus medios y diligencias para alcanzar bien alguno, sino que ha de ser dádiva graciosa del Señor, éste tal no se ensoberbecerá cuando alcanzase algo, porque entenderá que no lo alcanzó por su diligencia, sino por gracia y misericordia de Dios, que es lo que dice San Pablo (1 Cor., 4, 7): *¿Qué tienes que no lo hayas recibido?*»

San Agustín trae una buena comparación para declarar esto: dice que nosotros sin la gracia de Dios no somos otra cosa sino lo que es un cuerpo sin alma. Así como un cuerpo muerto no se puede mover ni menear, así nosotros sin la gracia de Dios no podemos obrar obras de vida y valor delante de Dios. Pues así como sería loco un cuerpo que se atribuyese a sí el vivir y el moverse, y no al ánima, que en él está y le da la vida, así sería muy ciega el ánima que las buenas obras que hace las atribuyese a sí misma y no a Dios, que le infundió el espíritu de vida, que es la gracia para que las pudiese hacer, y en otra parte dice que así como los ojos corporales, aunque estén muy sanos, si no son ayudados de la luz no pueden ver, así el hombre, aunque sea muy justificado, si no es ayudado de la luz y gracia divina, no puede vivir ben. *Si el Señor no guarda bien la ciudad*, dice David (Sal., 126, 1), *en vano vela el que la guarda*. Dice el Santo: «¡Oh si se conociesen ya los hombres, y acabasen de entender que no tienen de qué gloriarse en sí sino en Dios! ¡Oh si nos enviase Dios una luz del Cielo con la cual, quitadas las tinieblas, conociésemos y sintiésemos que ningún bien, ni ser, ni fuerza hay en todo lo criado más de aquello que el Señor de su graciosa voluntad ha querido dar y quiere conservar!» Pues en esto consiste el tercer grado de humillad, sino que no llegan nuestras cortas palabras a acabar de declarar la profundidad y perfección grande que hay en él, por más que lo andemos diciendo, ahora de una manera, ahora de otra; porque no sólo la práctica, sino también la teórica de él es dificultosa. Esta es aquella aniquilación de sí mismos, tan repetida y encomendada de los maestros de la vida espiritual; éste es aquel tenerse y confesarse por indigno e inútil para todas las cosas, que San Benito y otros

Santos ponen por perfectísimo grado de humildad; ésta es aquella desconfianza de sí mismo, y aquel estar colgados y pendientes de Dios, tan encomendado en las sagradas letras; éste es el verdadero tenerse en nada, que a cada paso oímos y decimos, si lo acabásemos de sentir así con el corazón. Que entendamos y sintamos con verdad y prácticamente, como quien lo ve con los ojos y lo toca y palpa con las manos, que de nuestra parte no tenemos, ni podemos, sino perdición y pecados, y que todo el bien que tuviéremos y obráremos no lo tenernos ni obramos de nosotros, sino de Dios, y que suya es la honra y gloria de todo.

Y si aun con todo esto no acabáis de entender la perfección de este grado de humildad, no os espantéis; porque es ésta una teología muy alta, y así no es mucho que no se entienda tan fácilmente. Dice muy bien un doctor, que en todas las artes y ciencias acontece esto, que las cosas comunes y claras cualquiera las sabe y entiende; pero las sutiles y delicadas no todos las alcanzan, sino solamente aquellos que son eminentes en aquella arte o ciencia; así acá, las cosas comunes y ordinarias de la virtud cualesquiera las entiende; pero las particulares y sutiles, las altas y delicadas, no las entienden sino los que son eminentes y aventajados en aquella virtud. Y esto es lo que dice San Laurencio Justiniano, que ninguno conoce bien qué cosa es humildad, sino aquel que ha recibido de Dios ser humilde. Y de aquí es también que los Santos, como tenían profundísima humildad, sentían y decían tales cosas de sí, que los que no llegamos allá no las acabamos de entender y nos parecen encarecimientos y exageraciones; como que eran los mayores pecadores de cuantos había en el mundo, y otras semejantes, como luego diremos. Y si nosotros no sabernos decir ni sentir estas cosas, ni aun las acabamos de entender, es porque no hemos llegado a tanta humildad como ellos, y así no entendemos las cosas sutiles y delicadas de ésta facultad. Procurad vos ser humilde e ir creciendo en esta ciencia y aprovechar más y más en ella, y entonces entenderéis cómo se pueden decir con verdad estas cosas.

CAPITULO 33

Declarase más el tercer grado de humildad, y que de ahí nace que el verdadero humilde se tiene en menos que todos.

Para que entendamos Mejor este tercer grado de humildad Y nos podamos fundar bien en él, es menester tomar el agua más de atrás. Así como

arriba dijimos (cap. 4) que todo el ser natural y todas las operaciones naturales que tenemos, las tenernos de Dios, porque nosotros éramos nada, y entonces no teníamos fuerza para movernos, ni para ver, ni oír ni gustar, ni tender, ni querer; más dándonos Dios el ser natural, nos dio estas potencias y fuerzas, y así a Él le hemos de atribuir así el ser como estas operaciones naturales; de la misma manera y con mucha mayor razón hemos de decir en el ser sobrenatural y obras de gracia, y tanto más cuanto éstas son mayores y más excelentes. El ser sobrenatural que tenemos, no lo tenemos de nosotros, sino de Dios; al fin es ser de gracia, que por eso se llama así, porque es añadido al ser de naturaleza graciosamente. Nosotros nacimos en pecado, *hijos de ira* (Ef., 2, 3), enemigos de Dios, el cual *nos sacó de aquellas tinieblas a su admirable luz,* como dice el Apóstol San Pedro (1 Pedro 2, 9). Nos hizo Dios de enemigos, amigos, de esclavos, hijos; de no valer nada, tener ser agradable en sus ojos. Y la causa por que Dios hizo esto no fueron nuestros merecimientos pasados, ni el respeto de los servicios que le habíamos de hacer, sino por su sola bondad y misericordia, como dice San Pablo (Rom, 3, 20): [*Justificados sois de balde por gracia de Dios, por la redención que está en Jesucristo*], y por los merecimientos de Jesucristo, único medianero nuestro.

Pues así como no podíamos nosotros salir de la nada que éramos al ser natural que tenemos, ni podíamos obrar obras de vida, ni ver ni oír ni sentir, sino que todo eso fue dádiva graciosa de Dios, y a Él se lo hemos de atribuir todo, sin que nos podamos atribuir a nosotros gloria alguna de ello, así tampoco podíamos salir nosotros de las tinieblas del pecado en que estábamos y en que fuimos concebidos y nacidos, si Dios por su infinita bondad y misericordia no nos sacara; ni podíamos obrar obras de vida, si Él no nos diera su gracia para ello; porque el valor y merecimiento de las obras no es por lo que tienen de nosotros, sino por lo que tienen de la gracia del Señor: como el valor que tiene la moneda no lo tiene de suyo, sino por el cuño con que se labra. Y así no debemos atribuirnos gloria alguna, sino toda a Dios, cuyo es así lo natural como lo sobrenatural, trayendo siempre en la boca y en el corazón aquello de San Pablo (I Cor, 15, 10): *Por la gracia de Dios soy eso que soy*.

Mas mí como decíamos que no sólo nos sacó Dios de la nada y nos dio el ser que tenernos, sino que aun después que fuimos criados y recibimos el ser, no nos tenemos en nosotros mismos, sino que nos está Dios sustentando, teniendo y conservando con su mano poderosa para que no caigamos en el pozo profundo de la nada, de la cual primero nos sacó; de

la misma manera en el ser sobrenatural, no sólo nos hizo Dios merced de sacarnos de las tinieblas de los pecados en que estábamos a la luz admirable de la gracia, sino siempre nos está conservando y teniendo de su mano para que no tornemos a caer; de tal manera, que si un punto apartase y alzase Dios su mano y guarda de nosotros, y diese licencia al demonio para que nos tentase cuanto quisiese, nos tornaríamos a los pecados pasados y a otros peores. [*Dios anda siempre a mi diestra para que no sea movido*], decía el Profeta David (Sal., 15, 8). Vos estáis siempre a mi lado, teniéndome para que no sea derribado; vuestro es, Señor, el levantarnos de la culpa, y vuestro es el no haber vuelto a caer en ella. Si me levanté fue porque me disteis la mano; y si ahora estoy en pie, es porque Vos me tenéis para que no caiga. Pues así como decíamos que aquello basta para tenernos en nada, porque de nuestra parte eso somos, y eso éramos, y eso seríamos si Dios no nos estuviese siempre conservando, así esto también basta para tenernos siempre por pecadores y malos; porque, cuanto es de nuestra parte, eso somos y eso fuimos eso seríamos si Dios no nos estuviese teniendo de su mano.

Y así dice San Alberto Magno que el que quisiere alcanzar la humildad ha de plantar en su corazón la raíz de la humildad, esto es, que conozca su propia flaqueza y miseria, y entienda y pondere muy bien, no sólo cuán vil y miserable es ahora, sino cuán vil y miserable puede ser y sería el día de hoy si Dios con su mano poderosa no le apartase de los pecados y le quitase las ocasiones y le ayudase en las tentaciones. ¡En cuántos pecados hubiese yo caído si Vos, Señor, no me hubierais por vuestra infinita misericordia librado! ¡Cuántas ocasiones de pecar me habéis excusado que bastaran para derribarme, pues derribaron a David, si Vos no las atajarais conociendo mi flaqueza! ¡Cuántas veces habéis atado las manos al demonio para que no me tentase cuanto pudiese y si me tentase, para que no me venciese. ¡Cuántas veces podría yo decir con verdad aquellas palabras del Profeta (Sal., 93, 17): *Si Vos, Señor, no hubierais ayudado, ya mi ánima estaría en los infiernos!* ¡Cuántas veces fui combatido y trastornado para caer, y Vos, Señor, me tuvisteis, y poníais allí vuestra blanda y poderosa mano para que no me lastimase! Si os decía que mis pies habían resbalado, luego vuestra misericordia me ayudaba. ¡Oh. cuántas veces nos hubiéramos ya perdido si Dios por su infinita bondad y misericordia no nos hubiera guardo! Pues eso es en lo que nos hemos de tener, porque eso es lo que somos y lo que tenemos de nuestra parte, eso fuimos y eso seríamos también ahora si Dios apartase y alzase su mano y su guarda de rasa tras.

De aquí venían los Santos a confundirse, despreciarse y humillarse tanto, que no se contentaban con tenerse en poco y por malos y pecadores, sino que se tenían en menos que todos. por los más viles y pecadores de cuantos había en el mundo. Un San Francisco, del cual leemos que le había Dios levantado y encumbrado tanto, que su compañero, estando en oración, vio allá entre los serafines una silla muy ricamente labrada de varios esmaltes y piedras preciosas que estaba preparada para él. Y preguntándole después: Padre, ¿qué reputación tienes de ti? Respondió: «No creo que hay en el mundo mayor pecador que yo.» Y lo mismo dijo de sí el glorioso Apóstol San Pablo (1 Tim., 1. 15): *Nuestro Señor Jesucristo vino a este mundo a salvar a los pecadores, de los cuales el primero y principal soy yo*. Y así nos amonesta a nosotros que procuremos llegar a esta humildad, que nos tengamos por inferiores y por menos que todos, y que a todos los reconozcamos por superiores y mejores. Dice San Agustín : no nos engaña el Apóstol cuando nos dice que nos tengamos por los menores, y que a todos los tengamos por superiores y mejores, ni nos manda que usemos palabras de adulación y lisonja. Los Santos no decían con mentira ni con fingida humildad que eran los mayores pecadores del mundo, sino con verdad, porque así lo sentían en su corazón. Y así nos encargan a nosotros que lo sintamos y digamos no por cumplimiento ni con ficción.

San Bernardo pondera muy bien a este propósito aquel dicho del Salvador (Lc., 14, 10): *Cuando fueres convidado, siéntate en el postrer lugar*. No dijo que escogieseis un lugar mediano, o que os sentaseis entre los postreros, o en el penúltimo lugar, sino sólo quiere que estéis en el postrer lugar. No sólo no os habéis de preferir a nadie, pero ni habéis de presumir de compararos ni igualaros con nadie; sólo habéis de quedar en el postrer lugar, sin igual en vuestra bajeza, teniéndoos por el más miserable y pecador de todos: A ningún peligro, dice, os ponéis en humillaros mucho y poneros debajo de los pies de todos; pero el anteponeros a sólo uno os puede hacer mucho daño. Y trae aquella comparación común: así como si pasáis por una puerta baja, no os puede dañar el abajar mucho la cabeza, pero un tantico menos que os dejéis de bajar de lo que la puerta requiere, os puede hacer mucho daño y quebraros la cabeza; así en el ánima, el abajarse y humillarse mucho no puede dañar, empero el dejarse de humillar un poco, el querer anteponerse e igualar a sólo uno, es cosa peligrosa. ¿Qué sabes, oh hombre, si ese uno que piensas que es no sólo peor que tú (que por ventura te parece que ya vives bien), sino que es el más malo de los malos y el más pecador de los pecadores ha de ser mejor que ellos y que tú, y si lo es ya delante de Dios? ¿Quién sabe si cruzará Dios las manos, como Jacob

(Gen., 48, 14), y se trocarán las suertes, y serás tú el desechado y el otro el escogido? ¿Qué sabéis vos lo que ha obrado Dios en su corazón de ayer acá y en un momento (Eccli., 11, 23) [*Fácil cosa es a Dios de repente enriquecer al pobre*]. En un instante puede Dios hacer de un publicano y de un perseguidor de la Iglesia apóstoles suyos, como hizo a San Mateo y a San Pablo. De pecadores empedernidos, y más duros que un diamante, puede hacer hijos de Dios (Mt., 3, 9). ¡Cuán engañado se halló aquel fariseo (Lc., 7. 39). que juzgó a la Magdalena por mala, y cómo le reprendió Cristo nuestro Redentor, y le dio a entender que era mejor que él la que él tenía por pública pecadora!

Y así San Benito, Santo Tomás y otros Santos ponen éste por uno de los doce grados de humildad. Decir y sentir de sí que es el peor de todos. No basta decirlo con la boca, es menester que lo sintáis así en vuestro corazón. No pienses haber aprovechado algo sino te tienes por el peor de todos, dice aquel Santo.

CAPÍTULO 34

Como los buenos y los Santos pueden con verdad tenerse en menos que todos, y decir que son los mayores pecadores del mundo.

No será curiosidad, sino de mucho provecho, declarar cómo los buenos y los Santos pueden con verdad tenerse en menos que todos y decir que son los mayores pecadores del mundo, pues decimos que hemos de procurar llegar aquí. Algunos Santos no quieren responder a esta cuestión, sino se contentan con sentirlo ellos así en su corazón. Cuenta San Doroteo que como el abad Zósimo estuviese un día platicando de la humildad y dijese esto de sí, se halló allí un sofista o filósofo, y le preguntó: «¿Cómo te tienes por tan pecador, pues sabes que guardas los mandamientos de Dios?» Respondió el santo abad: «Yo sé que esto que digo es verdad, y así lo siento; no me preguntes más.» Empero San Agustín, Santo Tomás y otros Santos responden a esta cuestión y dan diversas respuestas. La de San Agustín y Santo Tomás es que poniendo uno los ojos en los defectos que él conoce en sí, y considerando en su prójimo los dones ocultos que tiene o puede tener de Dios, puede cada uno con verdad decir de sí que es más vil y mayor pecador que todos; porque mis defectos los sé yo, y no sé los dones ocultos que el otro tiene de Dios

—¡Oh que le veo que comete tantos pecados que yo no cometo!

—¿Y qué sabéis vos lo que Dios ha obrado en su corazón después acá? En un momento oculta y secretamente puede aquél haber recibido algún don y merced de Dios, con lo cual os haga ventaja, como aconteció en aquel fariseo y publicano del Evangelio que entraron a orar al templo: De verdad os digo, dice Cristo nuestro Redentor (Lc., 18, 14), que el publicano y tenido por malo salió de allí justificado; y, el fariseo, que se tenía por bueno, salió condenado. Esto nos había de bastar para escarmentar, y para que no nos atrevamos a preferir ni comparar con nadie, sino que nos quedemos solos en el postrer lugar, que es lo seguro.

Al que de verdad y de corazón es humilde, muy fácil cosa le es el tenerse en menos que todos. Porque el verdadero humilde considera en los otros las virtudes y lo bueno que tienen, y en sí sus defectos, y anda tan ocupado en el conocimiento y remedio le ellos, que no se le levantan los ojos a mirar faltas ajenas, pareciéndole que tiene harto que hacer en llorar sus duelos; y así a todos los tiene por buenos y a sí solo por malo. Y mientras más santo es uno, más fácil le es esto; porque así como va creciendo en las demás virtudes, va también creciendo en humildad y conocimiento propio, y en mayor desprecio de sí mismo, que todo anda junto. Y mientras más luz y conocimiento tiene de la bondad y majestad de Dios, más profundo conocimiento tiene de su miseria y de su nada, porque [*un abismo llama a otro abismo*] (Sal., 41, 8). Aquel abismo del conocimiento de la bondad y grandeza de Dios descubre el abismo y profundidad de nuestra miseria, y hace ver los átomos y polvos infinitos de las imperfecciones. Y si nosotros nos tenemos en algo, es porque tenemos poco conocimiento de Dios y poca luz del Cielo. Aún no han entrado por las puertas de nuestra alma los rayos del Sol de Justicia; y así, no sólo no vemos los átomos, que son nuestras faltas e imperfecciones menudas, pero aún tenemos tan corta vista, o, por mejor decir, estamos tan ciegos, que aun las faltas graves no echamos de ver.

Se añade a esto que ama Dios tamo la humildad, y le agrada tanto que se tenga uno en poco a sí mismo y o se conserve en eso, que por eso suele muchas veces en grandes siervos suyos, a quien Él hace muchas mercedes y beneficios, disfrazar tanto sus dones y comunicarlos tan secreta y escondidamente que el mismo que los recibe no lo entiende, y piensa que no tiene nada. Dice San Jerónimo: Toda aquella hermosura del Tabernáculo estaba cubierta con cilicios, y pieles de animales. Así suele Dios cubrir y encubrir la hermosura de las virtudes y de sus dones y beneficios

con diversas tentaciones, y a veces con algunas faltas e imperfecciones que permite, para que así las conserven mejor, como las brasas cubiertas con las cenizas. San Juan Clímaco dice que como el demonio procura ponernos delante nuestras virtudes y buenas obras, para que nos ensoberbezcamos, porque desea nuestro mal, así al contrario, Dios nuestro Señor, porque desea nuestro mayor bien, suele dar luz artificial a sus siervos para que conozcan sus faltas e imperfecciones, encubrir y disfrazar tanto sus dones, que el mismo que los recibe no lo entienda. Y es doctrina común de los Santos. Dice San Bernardo: «Para conservar la humildad en sus siervos, suele la divina bondad disponer las cosas de tal manera, que cuanto uno va aprovechando más, tanto menos piense que aprovecha, y cuando ha llegado al último grado de la virtud, permite que tenga alguna imperfección en el primero, para que piense que aún no ha alcanzado aquél.» Lo mismo nota San Gregorio en muchas partes.

Por esto comparan algunos muchos muy bien a la humildad, y dicen que se ha con las otras virtudes como sol con las demás estrellas; es esta razón, que como cuando aparece el sol, desaparecen y se encubren las otras estrellas, así cuando hay humildad en el alma, se encubren las demás virtudes. y le parece al humilde que no tiene ninguna virtud. Dice San Gregorio: «Siendo a todos manifiestas estas virtudes, ellos solos no las ven.» De Moisés cuenta la Sagrada Escritura (Éxodo 34, 29) que cuando salió de hablar con Dios, *traía un grande resplandor en su rostro*, y lo veían los hijos de Israel, y él no; así el humilde no ve en sí alguna virtud; todo lo que ve le parece que son faltas e imperfecciones y aún cree que la menor parte de sus males es la que él conoce y que son muchos más los que ignora. Con esto le es fácil tenerse en menos y por el mayor pecador de cuantos hay en el mundo.

Es verdad, para que lo digamos todo, que como son muchos y diversos los caminos por donde Dios lleva a sus escogidos, aunque a muchos lleva por el camino que hemos dicho, de encubrirles sus dones, que ellos mismos no los vean ni piensen que los tienen, a otros se los manifiesta y hace que los conozcan para que los estimen y agradezcan. Y así decía el Apóstol San Pablo (1 Cor., 2, 12): *Nosotros hemos recibido, no el espíritu de este mundo, sino el espíritu de Dios, para que conozcamos los dones que recibimos de su mano*. Y la sacratísima Reina de los Ángeles es muy bien conocía y reconocía las mercedes y dones grandes que tenía y había recibido de Dios. Dice Ella en su cántico (Lc., 1, 46): *Magnifica y engrandece mi alma al Señor, porque ha obrado en Mi grandes cosas el que es*

todopoderoso. Y esto no sólo no es contrario a la humildad y perfección, antes está acompañado de una tan alta y levantada humildad, que por eso la llaman los Santos humildad de grandes y perfectos varones.

Hay empero aquí un peligro y engaño grande, de que nos advierten los Santos, y es que algunos piensan de sí que tienen más dones de Dios de los que tienen. En el cual engaño estaba aquel miserable a quien mandó Dios decir en el Apocalipsis (3, 17): *Dices que eres rico y que de nada tienes necesidad, y no entiendes que eres miserable, pobre, ciego y desnudo*. En el mismo engaño estaba aquel fariseo del Evangelio, el cual daba gracias a Dios *porque no era él como los otros hombres* (Lc., 18, 11), creyendo de sí que tenía lo que no tenía, y que era por eso mejor que los otros. Y algunas veces se nos entra esta soberbia tan oculta y secretamente, que casi sin sentirlo ni entenderlo estamos muy llenos de nosotros mismos y de nuestra propia estimación. Por eso es gran remedio el tener el hombre siempre los ojos abiertos para ver las virtudes ajenas, y cerrados para ver las suyas propias; y así vivir siempre con un santo temor, con el cual están más seguros y guardados los dones de Dios.

Pero, al fin, como nuestro Señor no está atado a eso y lleva a los suyos por diversos caminos, algunas veces, como dice el Apóstol San Pablo, quiere Él hacer esta particular merced a sus siervos, que conozcan los dones que de su mano han recibido. Y entonces parece que tiene más dificultad la cuestión propuesta: ¿Cómo estos santos varones espirituales, que conocen y ven en sí grandes dones, que han recibido de Dios, pueden con verdad tenerse en menos que todos, y decir de sí que son los mayores pecadores del mundo? Ya cuando nuestro Señor lleva a uno por ese otro camino de encubrirle sus dones, y que no vea en sí ninguna virtud, sino todo faltas e imperfecciones, no tiene eso tanta dificultad; pero en estos otros, ¿cómo puede ser? Muy bien puede ser con todo eso; sed vos humilde como San Francisco, y entenderéis el cómo. Apretándole su compañero, cómo podía en verdad decir y sentir esto de sí, respondió el seráfico Padre: «Verdaderamente entiendo y creo, que si Dios hubiera hecho con un ladrón y con el mayor de los pecadores las misericordias y beneficios que ha hecho conmigo, que fuera mucho mejor que yo, y que fuera más agradecido que yo. Y, por el contrario,. entiendo y creo que si Dios levantase su mano de mí, y no me tuviese, que yo cometería mayores males que todos los hombres y sería peor que todos ellos.» Y por esto, dice, yo soy el mayor pecador y más ingrato de todos los hombres. Ésta es muy buera respuesta y humildad muy profunda y doctrina maravillosa. Este conocimien-

to y consideración es la que hacía a los Santos hundirse debajo de la tierra, ponerse a los pies de todos, y tenerse con verdad por los mayores pecadores del mundo; porque tenían plantada y arraigada muy bien en su corazón la raíz de la humildad, que es el conocimiento de su propia flaqueza y miseria, y sabían penetrar y ponderar muy bien lo que ellos eran y tenían de sí; y eso les hacía creer que, si Dios los dejara de su mano y no les estuviera siempre teniendo, fueran los mayores pecadores del mundo; y así se tenían por tales. Y los dones y beneficios que habían recibido de Dios, los miraban ellos, no como cosa suya, sino como cosa ajena y prestada. Y no sólo no les estorbaba ni impedía para que ellos se quedasen enteros en su humildad y bajeza y se tuviesen en menos que todos; antes les ayudaba más a eso, por parecerles que no se aprovechaban de ellos como debían. De manera que a cualquier parte que volvamos los ojos, ahora los pongamos en lo que tenemos de nuestra parte, ahora los levantemos a lo que hemos recibido de Dios, hallaremos harta ocasión para humillarnos y teneros en menos que todos.

San Gregorio pondera a este propósito aquellas palabras que dijo David a Saúl, después que pudiendo e matar en la cueva donde había entrado, le perdonó y le dejó ir, se sale tras él y le da voces, diciendo (Sam., 24, 15): *¿A quién persigues, rey de Israel? A un perro muerto persigues; a una pulga como yo*. Pondera muy bien el Santo: Ya David estaba ungido por rey y había sabido del Profeta Samuel, que le ungió, que Dios quería quitar el reino a Saúl y dársele a él, y con todo eso se le humilla, y se apoca y abate delante de él, sabiendo que Dios le tenía preferido a él, y que delante de Dios era mejor que él. Para que de aquí aprendamos nosotros a teneros en menos que los que no sabemos en qué grado están delante de Dios,

CAPÍTULO 35

Que este tercer grado de humildad es medio para vencer todas las tentaciones y alcanzar la perfección de todas las virtudes.

Casiano dice que era tradición de aquellos Padres antiguos, y como primer principio entre ellos, que no puede uno alcanzar la puridad de corazón, ni la perfección de las virtudes, si primero no conociere y entendiere que toda su industria, diligencia y trabajo, no es bastante para ello, sin especial ayuda y favor de Dios, que es el principal autor y dador de todo

bien. Y este conocimiento, dice, no ha de ser especulativo, porque así lo hemos oído y leído, o porque así lo dice la fe; sino conviene que lo conozcamos prácticamente y por experiencia, y que estemos tan llanos y tan asentados y resueltos en esta verdad, como si lo viésemos con los ojos y tocásemos con las manos, que es al pie de la letra el tercer grado de humildad de que vamos tratando. Y de esta humildad se entienden las autoridades de la Sagrada Escritura, que prometen grandes bienes a los humildes, los cuales son innumerables. Y por eso con mucha razón le ponen los Santos por último y perfectísimo grado de humildad, y dicen que ése es el fundamento de todas las virtudes, y la preparación y disposición para recibir todos los dones de Dios.

Y prosiguiendo Casiano esto mismo más en particular, tratando de la castidad, dice que para alcanzarla ningún trabajo basta, hasta que entendamos por experiencia que no la podemos alcanzar por nuestras propias fuerzas, sino que nos ha de venir de la liberalidad y misericordia de Dios. Y San Agustín concuerda muy bien con esto, porque el primero y principal medio que pone para alcanzar y conservar el don de la castidad es esta humildad, que no penséis que lo podéis vos ni que bastan vuestras diligencias; que merecéis perderlo si en eso estribáis; sino que entendáis que ha de ser don de Dios, y quo os ha de venir de arriba, y en eso pongáis toda vuestra confianza. Y así decía un viejo de aquellos Padres antiguos, que sería uno tentado en la carne hasta que conociese bien que la castidad es don del Señor y no fuerza propia.

Confirma esto Paladio con el ejemplo del abad Moisés, el cual, habiendo sido en el cuerpo de admirable fortaleza, y en el ánimo viciosísimo, se convirtió muy de corazón a Dios. Fue a los principios muy gravemente tentado, especialmente de torpezas, y por consejo de los santos Padres ponía sus medios para vencerlas. Oraba tanto, que pasó seis años orando, la mayor parte de la noche en pie, sin dormir. Trabajaba mucho de manos, no comía sino un poco de pan, iba por las celdas de los monjes viejos, y les traía agua, y hacía otras mortificaciones y asperezas grandes. Con todo eso no acababa de vencer las tentaciones, sino que ardía en ellas, y estaba en peligro de caer y dejar el instituto de monje. Estando en este trabajo, vino a él el santo abad Isidoro, y le dijo de parte de Dios: «Desde ahora, en nombre de Jesucristo, cesarán tus tentaciones.» Y así fue, que nunca más le vinieron. Y añadió el Santo, declarándole la causa por qué hasta allí Dios no le había dado cumplida victoria de ellas: «Moisés, porque no te gloriases ni cayeses en soberbia, pensando que por tu ejercicio habías vencido, por

eso ha permitido Dios esto para tu provecho.» No había Moisés alcanzado el don de la desconfianza de sí mismo, y porque lo alcanzase y no cayese en soberbia de propia confianza, por eso le dejó Dios tanto tiempo, y no alcanzó con tan grandes y santos ejercicios la cumplida victoria de esta pasión que otros con menos trabajo han alcanzado.

Lo mismo refiere Paladio que le aconteció al abad Pacón, que por ser ya viejo de setenta años, era muy molestado de tentaciones deshonestas; y dice que le afirmó con juramento que después de cincuenta años de edad, por espacio de doce años, fue tan recia la pelea y tan ordinario el combate, que no se le pasó día o noche en todo este tiempo que no fuese combatido de este vicio. Él hacía cosas muy extraordinarias para librarse de estas tentaciones, y no aprovechaban. Un día, estándose él lamentando, pareciéndole que le había el Señor desamparado, oyó una voz que le decía interiormente: «Entiende que la causa de haber Dios permitido en ti esta recia batalla ha sido para que conozcas tu flaqueza y pobreza, y lo poco o nada que tienes de tu parte, y así te humilles de aquí adelante, no confiando en cosa alguna de ti, sino recurriendo en todas a Mí a pedirme socorro.» Y dice que con esta enseñanza quedó tan consolado y confortado, que nunca más sintió aquella tentación. Quiere Dios que pongamos toda nuestra confianza en El, y que desconfiemos de nosotros y de nuestros medios y diligencias.

Esta doctrina no sólo es de Agustino, Casiano y de aquellos Padres antiguos, sino del mismo Espíritu Santo, y en estos propios términos que la vamos diciendo. El Sabio, en el libro de la Sabiduría (8, 21), nos pone expresamente la teórica y juntamente la práctica de todo esto: *Como yo supiese, dice Salomón, que no podía ser continente sin especial don de Dios, [y el conocer cuyo sea este don es gran sabiduría, acudí al Señor a pedírselo de todo mi corazón*]. Continente aquí es nombre general que abraza, no sólo el contener y refrenar la pasión que es contra la castidad, sino todas las demás pasiones y apetitos que son contra la razón. Como también en aquello del Eclesiástico (26, 20): *Todo peso de plata y oro no es digno del ánima continente*. No hay cosa que tanto pese ni valga como la persona continente. Quiere decir, que por todas partes tiene y contiene sus afectos y apetitos para que no salgan de la raya de la virtud y de la razón. Pues dice Salomón: «En sabiendo que supe que sin especial don de Dios no podía contener siempre estas potencias y pasiones de mi alma y de mi cuerpo en aquel medio de verdad y virtud, sin que algunas veces sobresaliesen —y conocer esto es, dice, gran sabiduría—, acudí al Señor, y se lo pedí de todo corazón. De manera éste es medio único para ser continentes para refrenar

y gobernar nuestras pasiones y tenerlas a raya, y para alcanzar victoria de todas las tentaciones y la perfección de todas las virtudes.» Y así lo reconocía muy bien el Profeta cuando decía (Sal.. 126, 1): *Si el Seriar no edifica la casa, en vano trabaja el que la edifica. Y si el Señor no guarda la ciudad, en vano trabaja el que la guarda*. Él es el que nos ha de dar todo el bien, y el que después de dado lo ha de guardar y conservar; y si no, en vano será todo nuestro trabajo.

CAPÍTULO 36

Que la humildad no es contraria a la magnanimidad, antes es fundamento y causa de ella.

Santo Tomás, tratando de la virtud de la magnanimidad, pone esta cuestión: Por una parte, dicen los Santos, y lo dice el sagrado Evangelio. que nos es muy necesaria la humildad; y por otra nos es muy necesaria la magnanimidad, especialmente a los que tienen oficios y ministerios altos. Estas dos virtudes parecen contrarias entre sí, porque la magnanimidad es una grandeza de ánimo para emprender y acometer cosas grandes y excelentes y que sean en sí dignas de honra. Y lo uno y lo otro parece contrario a la humildad; porque cuanto a lo primero, que es emprender cosas grandes, no parece que dice con ella; porque uno de los grados de humildad que ponen los Santos es: confesarse y tenerse por indigno e inútil para todas las cosas, y emprender uno aquello para lo que no es, parece soberbia y presunción. Y lo segundo, que es emprender cosas de honra, parece también contrario, porque el verdadero humilde ha de estar muy lejos de desear honra y estimación.

A esto responde muy bien Santo Tomás. y dice que aunque mirando la apariencia y sonido exterior, parecen contrarias entre sí estas dos virtudes: pero, en efecto, ninguna virtud puede ser contraria a otra. Y en particular dice de estas dos, humildad y magnanimidad, que si miramos atentamente a la verdad y sustancia de la cosa, hallaremos que no sólo no son contrarias, pero que son muy hermanas y depende mucho la una de la otra. Y aclara esto y bien porque cuanto a lo primero, que es emprender y acometer cosas grandes, que es propio del magnánimo, no sólo no es eso contrario al humilde, antes es muy propio suyo, y sólo el que lo fuere puede hacer eso bien, Si fiados en nuestras fuerzas y medios emprendiésemos cosas grandes, sería presunción y soberbia: porque ¿qué cosas grandes, ni

aun pequeñas, podemos nosotros emprender fiados en nuestras fuerzas. pues *no somos suficientes de nosotros, ni aun para tener un buen pensamiento*?, como dice San Pablo (2 Cor, 3, 5). Pero el fundamento firme de esta virtud de la magnanimidad para acometer y emprender cosas grandes, ha de ser desconfiar de nosotros y de todos los medios humanos, y poner nuestra confianza en Dios; y eso hace la humildad, y por eso la llaman los Santos fundamento de todas las virtudes como dijimos arriba, porque abre las zanjas, ahonda los cimientos y echa fuera toda la arena y tierra movediza de nuestras fuerzas, hasta llegar a la piedra viva, que es Cristo, y edificar sobre ella.

El glorioso Bernardo, sobre aquello de los Cantares (8, 5): *¿Quién es ésta, que sube del desierto. abundante en riquezas, estribando en su Amado?,* va declarando cómo toda nuestra virtud y fortaleza y todas nuestras buenas obras han de estribar en nuestro Amado. Y trae para esto el ejemplo del Apóstol San Pablo a los de Corinto (1 Cor., 15. 10), [*Por la gracia de Dios soy eso que soy, y su gracia no estuvo vacía en mí; más he trabajado que todos*]. Comienza el Apóstol a contar sus trabajos, y lo mucho que había hecho en la predicación del Evangelio y en servicio de la Iglesia, hasta venir a decir que había trabajado más que los demás Apóstoles. Dice San Bernardo: Mirad lo que decís, Apóstol Santo; para que podáis decir eso y para que no lo perdáis, estribad sobre vuestro Amado. Luego estriba sobre su Amado: *No yo, sino la gracia de Dios conmigo*. Y escribiendo a los filipenses (4, 13), dice: *Todo lo puedo*; y luego estriba en su Amado, y dice: *En Aquel que me conforta*. En Dios todo lo podremos; con su gracia seremos poderosos para todos; en eso hemos de estribar y ése ha de ser el fundamento de nuestra magnanimidad y grandeza de ánimo. Y esto es lo que dice el Profeta Isaías (40, 31): *Los que* desconfían de sí y *ponen toda su confianza en Dios, mudarán su fortaleza,* porque trocarán la fortaleza de hombres, que es flaqueza, en fortaleza de Dios; trocarán su brazo flaco y de carne, con el brazo del Señor, y así quedarán fuertes y poderosos para todo, porque en Dios todo lo pondrán. Y así dijo muy bien San León Papa: «El verdadero humilde, ése es magnánimo, animoso y esforzado para cometer y emprender cosas grandes; ninguna cosa se le hace ardua ni dificultosa, porque no confía en sí, sino en Dios; y poniendo los ojos en Dios y estribando en Él, nada se le pone delante.» (Sal., 59, 14): [*«Con Dios haremos proezas, y Él reducirá a la nada a nuestros enemigos*]. En Dios todo lo puede. Esto es lo que hemos menester mucho nosotros. ánimo grande y esfuerzo y confianza en Dios, no desmayos, que quitan la gana de obrar nuestros ministerios. De manera que hemos de ser en nosotros humildes,

conociendo que de nosotros no somos para nada, ni valemos ni podemos nada; pero en Dios, y con su virtud y gracia, hemos de ser animosos y esforzados para emprender cosas grandes.

San Basilio declara esto muy bien, sobre aquellas palabras de Isaías (6, 8): [*Me veis aquí, enviadme*]. Quería Dios enviar a predicar alguno a su pueblo, y como Él quiere obrar las cosas en nosotros con voluntad y consentimiento nuestro, dijo donde lo pudo oír Isaías: ¿A quién enviaré? ¿Quién querrá ir de buena gana? Respondió el Profeta: Señor, aquí estoy yo, si me queréis enviar. Pondera muy bien San Basilio que no dijo: «Señor, yo iré y haré esto muy bien», porque era humilde y conocía su flaqueza, y veía que era atrevimiento prometer de sí que haría una cosa tan grande y que sobrepujaba todas sus fuerzas; sino dice: «Señor, aquí estoy yo muy pronto y dispuesto para recibir lo que Vos me quisiereis dar; enviadme Vos, que si me enviáis, yo iré.» Como si dijera: «Yo no soy suficiente para un ministerio tan alto como ése; empero Vos me podéis dar la suficiencia; Vos podéis poner palabras en mi boca que truequen los corazones; si Vos me enviáis, yo podré ir, y seré suficiente para ello, yendo en vuestro nombre.» Y le dice Dios: Ve. «Veis aquí, dice San Basilio, quedó el Profeta Isaías graduado por predicador y apóstol de Dios, porque supo responder muy bien en la materia de humildad. Porque no atribuyó a sí el ir, sino reconociendo su insuficiencia y flaqueza, puso toda su confianza en Dios, creyendo que en Él todo lo podría, y que si Él le enviaba podría ir; por eso se lo concede Dios, y le dice que vaya haciéndole predicador y embajador y apóstol suyo. Esta ha de ser nuestra fortaleza y nuestra magnanimidad para comprender y acometer cosas grandes. Por eso no desmayéis ni os desaniméis por ver vuestra flaqueza e insuficiencia.» *No digas que eres niño y que no sabes hablar* dice Dios a Jeremías (1, 7); *que a todo lo que Yo te enviare irás, y hablarás y harás todo lo que Yo te mandare. No temas, que Yo seré contigo*. De manera que cuanto a esta parte, la humildad, no sólo no es contraria a la magnanimidad, sino antes es raíz y fundamento de ella.

Lo segundo que tiene el magnánimo, que es de desear hacer cosas grandes y que sean en sí dignas de honra, tampoco es contrario a la humildad; porque, como dice muy bien Santo Tomás, aunque el magnánimo desea hacer esto, no lo desea por la honra humana, ni es ése su fin; merecerla sí, pero no procurarla ni estimarla. Antes tiene un corazón tan despreciador de las honras y de las deshonras, que ninguna cosa tiene por grande sino la virtud, y por amor de ella se mueve a hacer cosas grandes,

despreciando la honra de hombres. Porque la virtud es cosa tan alta, que no se puede honrar ni premiar suficientemente de los hombres, porque merece ser honrada y premiada de Dios. Y así, el magnánimo no tiene en nada todas las honras del mundo; es ésa cosa baja y de ningún precio para él; más alto es su vuelo; por sólo amor de Dios y de la virtud se mueve a obrar y a hacer cosas grandes, despreciando todo lo demás. Pues para tener este corazón tan grande, tan generoso y tan despreciador de las honroso y deshonras de los hombres, cual le ha de tener el magnánimo, menester es mucha humildad. Para llegar a tanta perfección que podáis decir con San Pablo (Filip., 4, 12): *Sé portarme así en la humillación como en la abundancia y prosperidad, y así en la hartura como en el hambre*; para que vientos tan recios y tan contrario, como de la honra y de la deshonra, de las alabanzas y de las murmuraciones, de los favores y de las persecuciones (2 Cor., 6, 8), no causen en nosotros mudanza, ni nos hagan titubear, sino que siempre nos quedemos en un mismo ser; gran fundamento de humildad y sabiduría del Cielo es menester. No sé si sabréis bandearos en la abundancia, como el Apóstol San Pablo. Padecer pobreza, mendigar, peregrinar y andar humilde entre las deshonras y afrentas, por ventura sabréis; pero ser humilde en las honras, cátedras, púlpitos y ministerios altos, no sé si sabréis. ¡Ay! que los ángeles en el Cielo no supieron hacer eso, sino que se desvanecieron y cayeron. Aun allá dijo Boecio: [Aunque es temible toda fortuna, pero más lo es la próspera que la adversa]. Más dificultoso es conservarse uno en humildad en las honras y en la estimación del mundo y en los ministerios y oficios altos, que en los desprecios y deshonras y en oficios bajos y humildes; porque estas cosas traen consigo humildad; y esas otras soberbia y vanidad. La ciencia y demás cosas altas de suyo hinchan y desvanecen (1 Cor., 8, I). Por eso dicen los Santos que es humildad de grandes y de perfectos varones saber ser humilde entre los dones y mercedes grandes que reciben de Dio, y entre las honras y estimación del mundo.

Se cuenta del bienaventurado S. Francisco un cosa que parece bien diferente de cuando se puso a amasar el barro con los pies para huir la honra con que le salían a recibir. Entrando una vez en un pueblo, le hicieron grande honra por la opinión y estima que tenían de su santidad, y venían todos a besarle el hábito, las manos y los pies, y él no hacía resistencia ninguna. Su compañero le juzgó de que parecía se holgaba con aquella honra; y le venció tanto la tentación que al fin se lo dijo. Respondió el Santo: «Esta gente, hermano, ninguna cosa hace en comparación de la honra que había de hacer.» El compañero quedó más escandalizado con esta respuesta, porque no la entendió. Entonces le dijo el Santo: «Hermano, esta

honra que me ves hacer, no la atribuyo yo a mí, sino toda la refiero a Dios, cuya es, quedándome yo en lo profundo de mi vileza; y ellos ganan con esto, porque reconocen y honran a Dios en su criatura.» Quedó el compañero satisfecho y maravillado de la perfección del Santo. Y con mucha razón, porque ser tenido y honrado por santo (que es la mayor honra y estima en que uno puede ser tenido), y saber dar a Dios la gloria de ello como se debe, sin atribuirse a sí cosa alguna, y sin que se le pegue la miel a las manos, ni tomar de ello algún vano contentamiento, sino quedándose tan entero en su humildad y bajeza, como si no hubiera nada de aquello, y como si aquella honra no se diera a él, sino a otro, es altísima perfección y humildad profundísima.

Pues a esta humildad hemos de procurar llegar con la gracia del Señor, especialmente los que somos llamados, no para que estemos arrinconados y escondidos debajo del celemín, sino en alto, como ciudad sobre el monte, y como antorcha sobre el candelero para alumbrar y dar luz al mundo; para lo cual es menester echar muy buenos fundamentos, y tener un deseo grande, cuanto es de nuestra parte, de ser despreciados y tenidos en poco, el cual nazca de un profundo conocimiento de nuestra miseria y vileza de nuestra nada, cual tenía San Francisco cuando se puso a amasar el barro con los pies para ser tenido por loco. De aquel profundo conocimiento propio que tenía de sí mismo, de donde nacía el desear ser despreciado y tenido en poco, de allí nacía también que cuando después le honraban y le besaban el hábito y los pies, no se desvanecía ni se tenía por eso en mas, sino se quedaba tan entero en su bajeza y humildad, como si ninguna honra le hicieran, atribuyendo y refiriendo todo aquello a Dios. Y así, aunque estos dos hechos de San Francisco parecen entre sí contrarios, procedían de una misma raíz y de un mismo espíritu de humildad.

CAPITULO 37

De otros bienes y provechos grandes que hay en este tercer grado de humildad

Después que el Rey David había preparado mucho oro y plata, y grandes materiales para el edificio y fábrica del templo, ofreciéndolo a Dios, dijo estas palabras (1 Cron., 29, 14): *Todas las cosas, Señor, son vuestras, y lo que hemos recibido de vuestra mano, eso os damos y volvemos*. Esto es lo que hemos de hacer y decir nosotros en todas nuestras bue-

nas obras: Señor, todas nuestras buenas obras son vuestras, y así os volvemos lo que nos habéis dado. Dice muy bien San Agustín : «El que se pone a contaros sus merecimientos y los servicios que os hace, ¡qué otra cosa os cuenta. Señor, sino los dones y beneficios que ha recibido de vuestra mano?» Ésa es vuestra bondad y liberalidad infinita, que queréis que vuestros dones y beneficios sean nuevos merecimientos nuestros, y así, cuando pagáis nuestros servicios, galardonáis vuestros beneficios, y *por una gracia nos dais otra,* y por una merced, otra (Jn., 1, 16). No sr contenta el Señor, como otro José, en darnos el trigo, sino danos también el dinero y precio con que se compra. (Sal., 83, 12): [*La gracia y la gloria la dará el Señor*]. Todo es dádiva de Dios, y todo se lo hemos de atribuir y volver a Él.

Uno de los bienes y provechos grandes que hay en este tercer grado de humildad, es que éste es el bueno y verdadero agradecimiento y hacimiento de gracias por los beneficios recibidos de Dios. Bien sabida cosa es cuán encomendado y estimado es este hacimiento de gracias en la Divina Escritura, pues vemos me cuando el Señor hacía a su pueblo algún beneficio señalado, luego ordenaba alguna memoria o fiesta en su agradecimiento, por lo mucho que nos importa serle agradecidos para recibir de Él nuevas gracias y mercedes. Pues esto se hace muy bien con este tercer grado de humildad, que, cono está dicho, consiste en no atribuirse el hombre a sí bien ninguno, sino atribuirlo todo a Dios y darle a Él la gloria de todo. Y en eso está el bueno y verdadero agradecimiento y hacimiento de gracias, no en que digáis con la boca: Gracias os doy, Señor, por vuestros beneficios, aunque también con la boca hemos de alabar a Dios y darle gracias. Pero si lo hacemos solamente con la boca no será hacer gracias, sino decir gracias. Pues para que sea, no sólo decir gracias a Dios, sino hacerle gracias, y sea no sólo con la boca sino también con el corazón y con la obra, es menester que reconozcáis que todo el bien que tenéis es de Dios, y que se lo volváis y atribuyáis todo a Él, dándole la gloria de todo sin alzaros con nada, porque de esa manera se desnuda el hombre de la honra que ve no ser suya, y la da toda a Dios, cuya es. Y esto nos quiso dar a entender Cristo nuestro Redentor en el sagrado Evangelio, cuando habiendo sanado a aquellos diez leprosos, y volviendo sólo uno a agradecer el beneficio recibido, le dijo (Lc., 17, 19): *No hubo quien volviese y diese la gloria a Dios sino este extranjero*. Y amonestando Dios a los hijos ale Israel, que fuesen agradecidos y no se olvidasen de los beneficios recibidos, les adviene de esto (Deut., 8. 11.14 y 17): *Guardaos no os olvidéis de Dios cuando os veáis en la tierra de promisión en mucha prosperidad de bienes temporales, de casa, heredades y ganados*. *Guardaos, no se levante enton-*

ces vuestro corazón y seáis ingratos, y digáis que por vuestras fuerzas diligencias lo habéis alcanzado. Eso es olvidarse Dios, y el mayor desagradecimiento que puede uno tener, atribuirse a sí los dones de Dios. No os pase tal cosa por pensamiento, sino acordaos de Dios y reconoced que suya es la fortaleza, y Él os dio las fuerzas para todo, y que esto lo hizo, no por vuestros merecimientos, sino por cumplir la promesa que liberalmente hizo a aquellos Padres antiguos. Éste es el agradecimiento y hacimiento de gracias y el sacrificio de alabanza con que Dios nuestro Señor quiere ser honrado por los beneficios y mercedes que nos hace. [*El sacrificio de alabanza me honrará*] (Sal., 49, 23). Este es el: *A sólo Dios* [*Rey de los siglos, inmortal e invisible*] *se ha de dar la gloria de todo,* que dice San Pablo (1 Timo 1. 17).

De aquí se sigue otro bien y provecho grande; que es verdadero humilde, aunque tenga muchos bienes de Dios y sea por eso tenido y estimado de todo el mundo, no se estima ni se tiene por eso en más, sino se queda tan firme en el conocimiento de su bajeza como si nada de lo que le dieron se hallara en él. Porque sabe muy bien distinguir entre lo que es ajeno y lo que es suyo propio, y atribuir a cada uno lo que le pertenece; y así los dones y beneficios que ha recibido de Dios los mira él, no como cosa suya, sino como cosa ajena y prestada, y trae siempre presto los ojos en el conocimiento de su propia flaqueza miseria, y en lo que él sería si Dios le dejase de su mano y no le estuviese siempre teniendo y conservando. Antes mientras más dones tiene recibidos de Dios, anda más confundido y humillado con ellos.

Dice San Doroteo que así como en los árboles que están muy cargados de fruta el mismo fruto hace abajar y encorvar los ramos, y aun algunas veces hasta quebrarlos con su grande peso; empero el ramo que no tiene fruto ninguno quedase muy derecho y levantado en alto; y las espigas, cuando los trigos están muy granados, se inclinan tanto, que parece que se quiere quebrar la cañal pero cuando las espigas están muy derechas es mala señal e indicio de que están vacías: así, dice, acontece en lo espiritual, que los que están vacíos y sin fruto andan muy engreídos y levantados, teniéndose en algo; pero los quo están cargados de fruto y de dones de Dios andan más humillados y confundidos. De los mismos dones y beneficios que han recibido toman ocasión los siervos de Dios para humillarse confundirse más y para andar más temerosos.

Dice San Gregorio que así como el que recibe prestada gran cantidad de dineros de tal manera se huelga en el empréstito, que le templa muy

bien la alegría del recibo el saber que queda obligado a pagarlo, y le da cuidado y pena el pensar si podrá cumplir a su tiempo con la obligación, así el humilde, mientras más dones tiene recibidos, se reconoce más por deudor de Dios, y se tiene por obligado a servirle más, y parecen que no corresponde a mayores mercedes con mayores servicios, ni a mayores gracias con mayores agradecimientos; y cree y entiende que cualquiera a quien Dios hubiera dado lo que a él usara mejor de ello y fuera mucho mejor que él, y más agradecido. Y así, una de las consideraciones que trae a siervos de Dios muy humillados y confundidos es ésta, porque saben que no sólo les ha de pedir Dios cuenta de los pecados cometidos. sino también de los beneficios recibidos; y saben que *a quien dieron mucho, mucho le pedirán,. y a quien le encomendaron más, más le pedirán*, dice Cristo nuestro Redentor (Lc., 12, 48). El abad Macario dice que el humilde mira los dones de Dios como depositario o tesorero que tiene la hacienda de su amo, al cual no le viene vanagloria de ello, sino antes temor y cuidado por la cuenta que sabe le han de pedir de ella si por su culpa se pierde.

De aquí se sigue otro bien y provecho, y es que el verdadero humilde no desprecia a nadie, ni le tiene en poco, por mucho que le vea caer en culpas y pecados, ni por eso se ensoberbece él, ni se tiene en más que el otro; antes de allí toma ocasión de humillarse más, viendo al otro caer, porque considera que él y el caído son de una masa, y que cayendo el otro, cae él, cuanto es de su parte; porque, como dice San Agustín, no hay pecado que uno haga, que otro no le haría, si no le tuviese piadosamente la mano de Dios. Y así, uno de aquellos Padres antiguos, cuando oía que alguno habla caído, lloraba amargamente y decía: «Hoy por ti y mañana por mí.» Así como aquél cayó, pudiera yo caer, pues soy hombre flaco como él, y el no haber caído lo tengo de tener por particular beneficio del Señor. Así como nos aconsejan los Santos que cuando viéremos a uno ciego, a otro sordo, a otro cojo, manco o enfermo, todos aquellos males tengamos por beneficios nuestros, y demos gracias a Dios que no me hizo a mí ciego, ni sordo, ni manco, ni mudo como aquél; así hemos de hacer cuenta que los pecados de todos los hombres son beneficios nuestros, porque en todos ellos pudiera o haber caído si el Señor no me hubiera, por su infinita misericordia, librado. Con esto se conservan los siervos de Dios en humildad y en no menospreciar a sus prójimos, ni indignarse contra nadie, por muchas faltas y pecados que vean, conforme a aquello de San Gregorio: La verdadera justicia hace que tengamos compasión de nuestro hermano; la falsa, desdén e indignación. Y estos tales deben temer aquello que dice San Pablo (Gal., 6, 1): [*Corrige con mansedumbre, mirándote a ti mismo, no su-*

ceda que también tú caigas en la tentación]. No permita el Señor que sean tentados en aquello mismo que condenan, y vengan a probar a su costa cuánta es la humana flaqueza, que suele ser castigo de esa culpa. En tres cosas, dijo uno de aquellos Padres antiguos, juzgué a mis hermanos, y en todas tres he caído. Para que conozcamos por experiencia que nosotros también somos hombres (Sal.. 9, 21) y aprendamos a no juzgar ni menospreciar a nadie.

CAPÍTULO 38

De los favores y mercedes grandes que hace Dios a los humildes, y cuál es la causa de porqué los levanta tanto.

[*Me vinieron todos los bienes juntamente con ella*] (Sab., 7. 11). Estas palabras dice Salomón de la Sabiduría divina, que con ella le vinieron todos los bienes. Pero podémoslas aplicar muy bien a la humildad, y decir que todos los bienes vienen con ella; pues el mismo Sabio (Prov., 11, 2) dice que donde hay humildad ahí está la sabiduría. Y en otra parte (Sáb., 8, 21) dice que *tener esa humildad es suma sabiduría*. Y el Profeta David (Sal., 18, 8) que *a los humildes da Dios la sabiduría*. Pero fuera de esto, en propios términos nos enseña esta verdad la Escritura divina, así en el Viejo como en el Nuevo Testamento, prometiendo grandes bienes y gracias de Dios, unas veces a los humildes, a los pequeñuelos, otras a las pobres de espíritu, llamando por estos y por otras tales nombres a los verdaderos humildes. *¿A quién miraré Yo*, dice Dios por Isaías (66, 2), *y en quién pondré los ojos sino en el humilde y en el pobrecito, en el que está temblando y confundiéndose delante Mi?* En éstos pone Dios los ojos para hacerles mercedes y llenarlos de bienes. Y los gloriosos Apóstoles San Pedro (1 Pedro 5, 5) y Santiago (4, 6). en sus Canónicas, dicen: *Dios resiste a los soberbios y a los humildes da su gracia*. Lo mismo nos enseña la sacratísima Reina da los Ángeles en su Cántico (Lc., 1 52-53): *El Señor abate a los soberbios y ensalza a humildes*: *harta de bienes a los hambrientos y deja humildes a los que les parece que están ricos*; que es lo que había dicho antes el Profeta (Sal., 17, 28): [*Tú salvarás al pueblo humilde y humillarás los ojos altaneros*]. Y lo que nos dice Cristo en el sagrado Evangelio (Lc., 14, 11): *El que se ensalza será humillado, y el que se humilla será ensalzado*. Así como las aguas se van corriendo a los valles, así las lluvias de las gracias de Dios se van a los humildes, y así como los valles,

por las muchas aguas que recogen en sí, suelen ser fértiles y dar abundantes frutos, así los bajos en sus ojos, que son los humildes, aprovechan y dan mucho fruto, por los muchos dones y gracias que reciben de Dios.

Dice San Agustín que la humildad atrae a sí al altísimo Dios: «Alto es Dios, y si os humilláis, desciende a vos; y si os levantáis y ensoberbecéis, huye de vos.» ¿Sabéis por qué?, dice San Agustín, porque como dice el real Profeta (Sal., 137, 6), *es Dios grande y soberano Señor, y mira a los humildes*, y el mirarlos es llenarlos de bienes; *y a los soberbios, dice que los ve de lejos*. Porque así como acá, cuando vemos a uno de lejos no le conocemos, así no conoce Dios a los soberbios para hacerles mercedes. *De verdad os digo que no os conozco*, dice Dios a los malos y soberbios (Mt, 25, 12); San Buenaventura dice, que así como la cera blanda está dispuesta para recibir el sello que quieren imprimir en ella, así la humildad dispone el alma para recibir las virtudes y dones de Dios. En aquel convite que José hizo a sus hermano, al más pequeño cupo la mejor parte (Gen., 43, 34).

Pero veamos cuál es la causa por la que levanta Dios tanto a los humildes y les hace tantas mercedes. La causa de esto es porque se le queda todo en casa; porque el humilde no se alza con nada, ni se atribuye a sí cosa alguna, sino todo se lo atribuye y vuelve enteramente a Dios, y a Él da la gloria y honra de todo (Ecccli., 3, 21). Pues en estos tales, dice Dios, bien podemos hacer, bien les podemos fiar nuestra hacienda y darles nuestros dones y riquezas, que no se nos levantarán ni alzarán con ellas. Y así hace Dios con ellos como en cosa propia, porque toda la gloria y honra se queda por suya. Aun acá vemos que un gran señor y un rey se precia y tiene por grandeza levantar a uno del polvo de la tierra, como dicen, y hacer en el que no era ni tenía nada; porque en eso se echa más de ver la liberalidad y grandeza del rey, y dicen después que aquél es hechura suya. Así dice el apóstol San Pablo (2 Cor., 4, 7): *Tenemos los tesoros* de las gracias y dones de *Dios en vasos de barro, para que se entienda que esos tesoros son de Dios y no de nosotros*; que el barro no lleva eso.

Pues por eso levanta Dios a los humildes y les hace tantas mercedes. Y por eso deja vacíos a los soberbios; porque el soberbio confía mucho de sí y de sus diligencias e industrias, y se atribuye mucho a sí y toma vano contentamiento en los buenos sucesos de los negocios, como si por sus fuerzas y diligencias se hubieran hecho, y todo eso quita a Dios, alzándose, con la honro y gloria que es propia de su Majestad. En entrando un poco en oración, con tantica devoción, con una lagrimita que tengamos, nos parece que ya somos espirituales y hombres de oración. Y aun algunas veces

nos preferimos a otros, y nos parece que los otros no están tan aprovechados, o que no son tan espirituales, ni van tan adelante en eso. Por esto no nos hace el Señor mayores mercedes, algunas veces nos quita lo que nos había dado, porque no se nos convierta el bien en mal, la salud en enfermedad, la triaca en ponzoña, y sean para mayor condenación nuestra los dones y beneficios recibidos, por usar nosotros mal de ellos; como al enfermo y de flaco estómago, aunque sea la vianda buena, como de una gallina, le dan poco, porque no tiene virtud para digerir más, y si le diesen más, se le corrompería y convertiría en mal humor. Aquel óleo del Profeta Eliseo nunca dejó de correr, hasta que faltaron vasos en que recibirle; y en faltando, dice la Sagrada Escritura (2 Reg., 4, 6), luego *paró el óleo*. Pues tal es el óleo de la divina misericordia, que por sí no se limita; de parte de Dios, no tienen límite sus gracias y misericordias (Isai., 59, 1). *No ha estrechado ni encogido Dios su mano* ni se ha mudado de condición; porque Dios no se muda, ni se puede mudar. siempre permanece en su ser y más gana tiene Él de dar, que nosotros de recibir. La falta es de parte nuestra, que no tenemos vasos vacíos pan recibir el óleo de las misericordias y gracias de Dios; estamos muy llenos de nosotros mismos y confiamos mucho de nuestros medios. La humildad y el propio conocimiento desembaraza y desarrima al hombre de sí mismo, haciéndole desconfiar de sí y de todos los medios humanos y que no se atribuya a sí nada, sino a Dios, y así a estos tales a manos llenas les hace El mercedes. [*Humíllate a Dios y pon tu confianza en sus manos*] (Eccli. 13, 9).

CAPÍTULO 39

Cuánto nos importa acogernos a la humildad, para suplir con ella lo que nos falta de virtud y perfección, y para que no nos humille y castigue Dios.

El bienaventurado San Bernardo dice : «Muy necio es el que confía sino en la humildad; porque. hermanos míos, todos hemos pecados y ofendido a Dios en muchas cosas, y así no tenemos derecho sino a ser castigados.» «Si quisiere el hombre entrar en juicio con Dios, dice Job (9, 3), *no podrá responder ni uno por mil*; a mil cargos no podrá dar un buen descargo. ¿Pues qué resta y qué otro remedio nos queda, dice, sino acogernos a la humildad, y suplir con ella lo que falta en todo lo demás?» Y por ser este remedio de mucha importancia lo repite el Santo muchas veces, por éstas y

otras semejantes palabras: «Lo que os falta de buena conciencia suplidlo de vergüenza; y lo que os falta de fervor y de perfección, suplidlo de confusión.» Y San Doroteo dice que el abad Juan encomendaba también mucho esto y decía: «Hermanos míos, ya que por nuestra flaqueza no podemos trabajar tanto, humillémonos siquiera, y con esto confío que nos hallaremos entre aquellos que trabajaron. Cuando después de muchos pecados os hallareis inhabilitado con falta de salud para hacer mucha penitencia, caminad por el camino llano de la santa humildad, porque no hallareis otro más conveniente medio para vuestra salud. Si parece que no podéis entrar en la oración, entrad en vuestra confusión; y si os parece que no tenéis talento para cosas grandes, tened humildad, y con esto supliréis la falta de todas esas cosas.»

Pues consideremos aquí cuán poco nos pide y con cuán poco se contenta el Señor; nos pide, conforme a nuestra bajeza, que nos conozcamos y humillemos. Si nos pidiera Dios grandes ayunos, grandes penitencias, grandes contemplaciones, se pudieran algunos excusar, diciendo que para lo uno no tenían fuerzas, y para lo otro no tenían talento ni habilidad; sin embargo, para no ser humildes no hay razón ni excusa ninguna. No podéis decir que no tenéis salud ni fuerzas para ser humildes, o que no tenéis talento o habilidad para ello. Dice San Bernardo: «Al que quiere, no hay cosa más fácil que humillarse.» Eso todos lo podemos, y dentro de nosotros tenemos harta materia para ello (Miq., 6, 14). [*Dentro de ti tienes la causa de tu confusión*]. Pues acojámonos a la humildad y suplamos con confusión lo que nos falta de perfección, y de esa manera moveremos las entrañas de Dios a misericordia y perdón., Ya que sois pobre, sed humilde, y con eso contentaréis a Dios; pero ser pobre y soberbio, le ofende mucho. De tres cosas que pone el Sabio que aborrece mucho Dios, esa es la primera (Eccli., 25, 4): *Pobre y soberbio.* Eso aun acá a los hombres ofende.

Más: humillémonos porque no nos humille Dios, que es cosa que Él suele hacer muy ordinariamente (Lc., 18, 14). Pues si queréis que Dios no os humille, humillaos vos. Éste es un punto muy principal y digno de ser considerado y ponderado muy despacio. El bienaventurado San Gregorio dice: «¿Sabéis cuánto ama Dios, y cuándo aborrece la soberbia y presunción? La aborrece tanto, que permite, lo primero, caigamos en pecados veniales y en muchas faltas pequeñas, para con esto enseñarnos que pues no podemos guardarnos de los pecados y tentaciones pequeñas, sino que nos vemos tropezar y caer cada día en cosas bajas y fáciles de vencer, estemos ciertos que no tenemos fuerzas para evitar las mayores, y así no nos enso-

berbezcamos en las cosas grandes, ni nos atribuyamos a nosotros cosa alguna, sino que andemos siempre con temor y humildad, pidiendo al Señor su gracia y favor.»

Lo mismo dice San Bernardo, y es doctrina común de los Santos. San Agustín, sobre aquellas palabras de San Juan (1, 3): [*Y nada se hizo sin Él*]; y San Jerónimo sobre aquello del Profeta Joel (2, 25): [*Os recompensaré los años que se comió la langosta, el pulgón, la niebla y la oruga*], dicen que para humillar al hombre y domar su soberbia, crió Dios estos animalejos y gusanillos pequeños y viles que nos son tan molesto). Y aquel pueblo soberbio de Faraón, bien pudiera Dios domarle y humillarle, enviándole osos, leones y serpientes, pero quiso domar su soberbia con cosas vilísimas, con moscas, mosquitos y ranas, para humillarlos más.

Pues así, para que andemos humillados y confundidos, permite Dios que caigamos en faltas livianas, y que nos hagan algunas veces guerra unas tentacioncillas, unos mosquitos, unas cosillas, que parece que no tienen en sí tomo ninguno. Si nos paramos a lo considerar atentamente lo que nos suele inquietar y desasosegar algunas veces, hallaremos que son unas coas que bien apuradas, no tienen tomo ni sustancia ninguna; no sé qué palabrilla que me dijeron, o porque me la dijeron con tal modo, o porque me parece que no hicieron tanto caso de mí. De una mosca que voló por el aire suele uno fabricar una torre de viento, y juntando unas cosas con otras, venir a andar muy inquieto y desasosegado: ¿qué fuera si soltara Dios un tigre o un león, cuando un mosquito así os turba e inquieta? ¿Qué fuera si viniera una gravísima tentación? Y así hemos de sacar de estas cosas más humildad y confusión. «Y si eso sacáis, dice San Bernardo, es misericordia de Dios y gran beneficio y merced suya, que no falten de estas cosillas, y que os baste eso para andar humilde.»

Pero si estas cosas pequeñas no bastan, entended que pasará Dios adelante, y muy a costa vuestra, que lo suele Él hacer. Aborrece Dios tanto la soberbia y presunción y ama tanto la humildad, que dicen los Santos que suele permitir, por justo y secretísimo juicio suyo, que uno caiga en pecados mortales, a trueque de que se humille; y aun no en cualesquiera, sino en pecados carnales, que son más afrentosos y feos, para que más se humille. Castiga, dicen, la secreta soberbia con manifiesta lujuria. Y traen para esto lo que dice San Pablo de aquellos soberbios filósofos (Rom., 1, 24), que por su soberbia los entregó Dios a los deseos de su corazón. Vinieron a caer en pecados deshonestos, feísimos y nefandos, permitiéndolo así Dios por su soberbia, para que quedasen confundidos y humillados, vién-

dose hechos bestias, como Nabucodonosor, con corazón y conversación y trato de bestias (Jerem., 10, 7). *¿Quién no te temerá oh rey de las gentes?* ¿Quién no temblara de este castigo tan grande, que ninguno hay mayor fuera del infierno? Y aun peor es el pecado que el infierno (Sal., 89, 11) *¿Quién conoció, Señor, el poder de tu ira, o la podrá contar con el gran temor de ella?*

Notan los Santos que Dios usa con nosotros de dos maneras de misericordia, grande y pequeña: misericordia pequeña es cuando socorre en las miserias pequeñas como son las temporales, que tocan solamente al cuerpo; y misericordia grande, cuando socorre en las miserias grandes, que son las espirituales que llegan al alma. Y así cuando David se vio con esta miseria grande desamparado y desposeído de Dios por el adulterio y homicidio cometido, clama y da voces, pidiendo a Dios misericordia grande (Sal., 50. 3): [*Ten piedad de mí, oh Dios, según tu grande misericordia*]. Así dicen también que hay en Dios ira grande e ira pequeña: la pequeña es cuando castiga acá en lo temporal, con adversidades de pérdidas de hacienda, honra, salud y otras cosas semejantes que tocan solamente al cuerpo; pero la ira grande es cuando llega el castigo a lo interior del alma, conforme a aquello de Jeremías (4, 10): [*El cuchillo llegó hasta el corazón*]. Y esto es lo que dice Dios por el Profeta Zacarías (1, 15): *Con las gentes hinchadas y soberbias me airaré Yo con ira grande*. Cuando Dios desampara a uno y le deja caer en pecados mortales, en pena y castigo de otros pecados, ésa es la ira grande de Dios; ésas son heridas del furor divino; heridas, no de padre, sino de justo y riguroso juez, de las cuales se puede entender aquello de Jeremías (30, 14): *Con herida de enemigo te herí, con castigo cruel.* Y así dice el Sabio (Prov., 22, 14): *Hoya es muy profunda la mala mujer, y aquel con quien Dios airado caerá en ella*.

Finalmente, es tan mala cosa la soberbia y la aborrece Dios tanto, que dicen los Santos que algunas veces le es provechoso al soberbio que le castigue Dios con este castigo, para que con eso sane de la soberbia que tiene. Así lo dice San Agustín: «Me atrevo a decir que les es útil y provechoso a los soberbios que les deje Dios caer en algún pecado exterior y manifiesto, para que se conozcan y comiencen a humillarse y desconfiar de sí los que por estar muy contentos y pagados de sí, ya interiormente habían caído por soberbia, aunque no lo habían sentido, conforme a aquello del Sabio (Prov., 16, 18): [*Al quebrantamiento precede la soberbia, y antes de la ruina se ensalza el espíritu.*»] Lo mismo dicen Gregorio y Basilio.

Pregunta San Gregorio, a propósito del pecado de David, por qué Dios a los que Él había escogido y predestinado para la vida eterna, y encumbrado con grandes dones suyos, permite algunas veces caer en pecados, y en pecados carnales y feos. Y responde que la razón de esto es porque algunas veces los que han recibido grandes dones caen en soberbia: la cual tienen algunas veces tan entrañada en lo íntimo de su corazón, que ellos mismos no lo entienden; sino que, estando agradados y confiados de sí mismos, piensan que lo están de Dios. como le aconteció al Apóstol San Pedro, que no le parecía a él que era soberbia aquellas palabras que dijo (Mt., 26, 33): *Aunque todos se escandalizasen, yo no me escandalizaré,* sino que era gran fortaleza de ánimo y grande amor de su Maestro. Pues para curar tales soberbias tan secretas y disfrazadas, en las cuales ya está uno caído y no lo conoce, permite el Señor que caigan los tales en pe- cados exteriores manifiestos, feos y deshonestos, porque ésos se conocen mejor y se echan más de ver, y por ahí viene el hombre a entender el otro mal que tenía de secreta soberbia que él no entendía, y así no le buscara remedio y se perdiera, y con la caída manifiesta lo conoce, y humillado delante de Dios, hace penitencia de lo uno y de lo otro, y alcanza remedio para ambos males. Como lo vemos en San Pedro, que por la caída exterior y manifiesta vino a conocer la soberbia oculta que había tenido, y vino a llorar y a hacer penitencia de ambos pecados, y así le fue provechosa la caída. Lo mismo le aconteció a David, y así dice él (Sal., 118, 71): «Señor, caro me costó, yo lo confieso: pero *bueno ha sido para mí el haberme humillado, para que aprenda cómo os tengo de servir de aquí adelante,* y cómo tengo de desconfiar de mí.» Así como el sabio médico, cuando no puede sanar del todo la dolencia, y por ser el humor maligno y rebelde, no le puede digerir y vencer, procura llamarle y sacarle a las partes exteriores del cuerpo para que mejor se pueda curar, así el Señor, para sanar algunas almas altivas y rebeldes, las deja caer en culpas graves y exteriores para que se conozcan y humillen, y con el abatimiento de fuera se cure el humor maligno y pestífero que estaba dentro (Jerem., 19, 3; 1 Sam., 3, 11). *Palabra es ésta que Dios hace en Israel, que a quien quiera que la oyere le retiñirán las orejas* de puro temor. Éstos son los grandes castigos de Dios, que sólo oírlos hace temblar las carnes.

Pero al fin, como el Señor es tan benigno y misericordioso, no usa con el hombre de este castigo tan riguroso, ni de este medio tan desdichado y lamentable, sino habiendo usado de otros medios más fáciles y suaves; primero nos envía otras ocasiones y otras medicinas y remedios mas blandos, para que nos humillemos; unas veces la enfermedad; otras la con-

tradicción y murmuración; otras la deshonra, y que caiga uno de su punto. Y cuando estas cosas temporales no bastan para humillarnos, pasa a las espirituales. Primero a cosas pequeñas, y después permitiendo tentaciones recias y graves, y tales, que nos lleguen hasta ponernos en un hilo, y hasta persuadirnos o hacernos dudar si consentimos, para que así vea y experimente uno bien que por sí no las puede vencer, y conozca y entienda por experiencia su flaqueza y la necesidad que tiene del favor divino, y desconfíe de sus fuerzas y se humille. Y cuando todo esto no basta, entonces viene esa otra tan fuerte y costosa cura, de dejar caer al hombre en pecado mortal y que sea vencido de la tentación. Entonces viene ese botón de fuego del infierno, para que siquiera después de haberse quebrado los ojos, caiga el hombre en la cuenta de lo que es y se acabe de humillar, ya que por bien no quiso.

Pues por aquí se verá bien cuánto nos importa ser humildes y no fiar ni presumir de nosotros. Y así cada uno entre en cuenta consigo, y vea cómo se aprovecha de las ocasiones que Dios le envía para humillarle, como padre y médico piadoso, para que no sean menester esos otros remedios fuertes y tan costosos. Castigadme, Señor, con castigo de padre curad la soberbia con trabajos, enfermedades, deshonras y afrentas y con cuantas humillaciones fueres servido, y no permitáis que yo caiga en pecado mortal. Dad, Señor, licencia al demonio para que me toque en la honra y en la salud, y me ponga como otro Job (2, 6), pero no le deis licencia para que me toque en el alma. Con tal de que no os apartéis Vos, Señor, de mí, ni permitáis que yo me aparte de Vos, no me dañara cualquier tribulación que venga sobre mí, sino antes me aprovechará para alcanzar la humildad de que Vos tanto os agradáis.

CAPÍTULO 40

En que se confirma lo dicho con algunos ejemplos.

Cuentan Severo Sulpicio, y Surio en la *Vida* de San Severino Abad, de un santo varón muy señalado en virtudes y milagros, que sanaba enfermos, echaba demonios de los cuerpos y hacia otras muchas maravillas, por lo cual acudían a él de todo el mundo y le venían a visitar señores de título y obispos, y tenían por gran dicha poder tocar sus vestiduras y que les echase su bendición. Con estas cosas sentía el Santo que se le comenzaba a entrar alguna vanidad en su corazón. Y viendo por una parte que no podía

estorbar el concurso del pueblo, y por otra que no podía librarse de aquellos pensamientos de vanidad, se afligía mucho, y poniéndose un día en oración, pidió a nuestro Señor con mucha instancia que, para remedio de aquella tentación y para que él se conservase en humildad, permitiese su Majestad y diese licencia el demonio que entrase en su cuerpo por algún tiempo y le atormentase como a los otros endemoniados. Oyó Dios su oración y entra el demonio en él, y era cosa de espanto y admiración ver a aquel a quien solían poco antes traer los endemoniados para que los curase, atado con cadenas como furioso endemoniado, y ser así llevado a que hiciesen sobre él los exorcismos y todo lo demás que se suele hacer con los tales. Y estuvo así cinco meses, y al cabo de ellos, dice la historia que fue curado y no sólo del demonio que había entrado en su cuerpo, sino de la soberbia y vanidad que se le entraba en el alma.

Surio cuenta otro ejemplo semejante: dice que el santo abad Severino tenía en su Monasterio tres monjes altivos, tocados de soberbia y vanidad. Les había avisado de ello y perseveraban en su falta. El Santo, con el deseo que tenía de verlos enmendados y humildes, pidió al Señor con lágrimas que los corrigiese y castigase de su mano con algún castigo que les humillase y enmendase; y antes que se levantase de la oración, permitió el Señor que tres demonios se apoderasen de ellos y los atormentasen reciamente, confesando a voces la soberbia e hinchazón de su corazón; castigo proporcionado a su culpa, que el espíritu de soberbia entrase y morase en sujetos soberbios y llenos de vanidad. Y porque veía el Señor que ninguna cosa tanto les humillaría, estuvieron así cuarenta días, y al cabo de ellos pidió el Santo al Señor los librase del poder del demonio, lo cual alcanzó y ellos quedaron sanos del cuerpo y alma, y bien humillados con este castigo del Señor.

Cuenta Cesáreo que trajeron a un convento del Cister un endemoniado para ser sano. Salió el prior y llevó consigo a un religioso mozo de gran opinión de virtud, que sabía que era virgen. Y dijo el prior al demonio: «Si este monje te mandare salir, ¿osarás quedarte? Respondió el demonio: «No le temo, porque es soberbio.»

Cuenta San Juan Climaco que una vez los demonios malvados comenzaron a sembrar ciertas alabanzas en el corazón de un bellísimo caballero de Cristo que corría a esta virtud de la humildad; mas él, movido por inspiración de Dios, halló un brevísimo atajo para vencer la malicia de estos espíritus perversos; y fue que escribió en la pared de su celda los nombres de algunas altísimas virtudes, conviene a saber: caridad perfecta, hu-

mildad profundísima, castidad angélica, oración purísima y altísima, y otras semejantes; y cuando aquellos malos pensamientos comenzaron a tentarle, respondía él a los demonios: Vamos a la prueba de estos, y leía todos aquellos títulos: Profundísima humildad: ésa no tengo yo; con profunda nos contentaríamos: aun no sé si hemos concluido con el primer grado. Caridad perfecta. Caridad, sí; pero no es muy perfecta, algunas veces hablo a mis hermanos alto y sacudidamente. Castidad angélica. No; que muchos malos pensamientos, y aun muchos malos movimientos siento en mí. Oración altísima. No; me duermo y distraigo mucho en ella. Y se decía a sí mismo: después que hubieres alcanzado todas esas virtudes, aún has de decir que eres siervo inútil y sin provecho, y que por tal has de te has de tener, conforme a aquellas palabras de Cristo nuestro Redentor (Lc., 17, 10): [*Después que hubieres hecho todas las cosas que os son mandadas, decid: Siervos somos sin provecho*]. Pues ahora que estáis tan lejos de eso, ¿qué serás?

TRATADO CUARTO

DE LAS TENTACIONES

CAPITULO PRIMERO

Que en esta vida no han de faltar tentación,.

Dice el Sabio (Eccli., 2, 1): *Hijo, si quieres servir a Dios, consérvate en justicia y en temor, y prepárate para la tentación*. El bienaventurado San Jerónimo, sobre aquello del Eclesiastés (3, 8): *Hay tiempo de guerra y tiempo de paz*, dice que mientras estamos en este siglo es tiempo de guerra, y cuando pasemos al otro será tiempo de paz. Y de ahí tomó aquella nuestra ciudad celestial el nombre de Jerusalén, que quiere decir «visión de paz». Por tanto. dice, ninguno se tenga por seguro. porque es tiempo de guerra; y ahora ha de ser el pelear, para que saliendo vencedores, descansemos después en aquella bienaventurada paz. San Agustín, sobre aquello de S. Pablo: [*No hago el bien que quiero*], dice que aquí la vida del justo es pelea y no triunfo, y así oímos ahora voces de guerra, cuales son estas que da el Apóstol, sintiendo la repugnancia y contradicción que la carne tiene a lo bueno, y la inclinación tan grande que tiene a lo malo, y deseando verse ya libre de eso (Rom., 7 19): [*Porque no hago el bien que quiero, sino el mal que aborrezco. Siento otra ley en mis miembros que contradice la ley de mi espíritu y me arrastra cautivo en seguimiento de la ley del pecado que en mis miembros tiene asiento*]. Pero la voz del triunfo se oirá después cuando, como dice el Apóstol, este cuerpo corruptible y mortal se vista de incorrupción e inmortalidad. Y la voz del triunfo, que entonces se oirá, será la que dice ahí San Pablo (1 Cor., 15, 55): *¿Dónde está, muerte, tu victoria? ¿Dónde tu aguijón?* Todo esto dijo muy bien el santo Job en aquellas breves palabras (7, I): La vida del hombre sobre la tierra es una continua guerra, y como el día del jornalero. Porque así como el oficio del jornalero es trabajar y cansarse todo el día. y después se sigue el premio y el descanso; así también en nosotros el día de esta vida es lleno de trabajos y tentaciones y después se nos dará el premio y el descanso, conforme a como hubiéremos trabajado. Pero descendiendo en particular a examinar la causa de esta continua guerra, el Apóstol Santiago la pone en su Canónica (4, 1): [*¿De dónde sino de vuestras concupiscencias y apetitos que guerrean en vuestros miembros?*]; dentro de nosotros mismos tenemos la causa y la raíz, que es la rebeldía y contradicción para todo lo bueno, que que-

dó en nuestra carne después del pecado. Quedó también maldita la tierra de nuestra carne, y así brota cardos y espinas, que nos punzan y atormentan continuamente.

Traen los Santos a este propósito la comparación de la navecillas que dice el sagrado Evangelio (Mt., 8, 24), que en comenzando a dar a la vela se alborotó el mar y se levantó una tempestad y olas tan grandes que la cubrían y querían anegar. Así nuestra ánima va en esta barquilla del cuerpo, rota, agujereada, que por una parte hace agua y por otra se levantan olas y tempestades de muchos movimientos y apetitos desordena- dos que la quieren anegar y hundir. [*Este cuerpo corruptible apesga el ánima y la lleva tras sí*] (Sab., 9, 15).

De manera, que la causa de nuestras continuas tentaciones es la corrupción de nuestra naturaleza, aquel [incentivo del pecado] e inclinación mala que nos quedó después del pecado. Se nos quedó el mayor enemigo dentro de casa. y ése es el que nos hace continua guerra. Y así no tiene el hombre de qué espantarse cuando se ve molestado de tentaciones, porque al fin es hijo de Adán, concebido y nacido en pecado (Sal. 50, 7), y no puede dejar de tener tentaciones e inclinaciones y apetitos malos que le hagan guerra. Y así nota San Jerónimo que en la oración del *Pater noster*, que Cristo nuestro Señor nos enseñó (Mt., 6, 13), no nos dice que pidamos a Dios no tener tentaciones, porque eso, dice, es imposible, sino que *no nos deje caer en la tentación*. Y eso es también lo que el mismo Cristo, en otra parte (Mt., 26. 41) dijo a sus discípulos. *Velad y orad, porque no entréis en la tentación*. Dice San Jerónimo: «Entrar en la tentación no es ser tentado, sino ser vencido, de la tentación.» El santo patriarca José, tentado fue de adulterio; pero no fue vencido de la tentación. La sana Susana, tentada fue también de lo mismo, pero la ayudó el Señor para que no cayese en la tentación. Pues eso es lo que nosotros pedimos al Señor en la oración del *Pater noster*, que nos dé gracia y fortaleza para que no caigamos ni seamos vencidos de la tentación. Y en la epístola a Heliodoro dice: Yerras, hermano, yerras y te engañas mucho si piensas que el cristiano ha de estar sin tentaciones. Ésa es, dice, mayor tentación cuando te parece que no tienes tentación. Entonces os hace el demonio, mayor guerra, cuando a vos os parece que no hay guerra. Nuestro adversario el demonio, como dice el Apóstol San Pedro (1 Pedro 5, 8), *anda bramando y dando vuelan como león a ver si halla a quien tragar*, ¿y tú piensas que hay paz? [*Está escondido acechando para matar al inocente; y fijos los ojos en el pobre, acecha desde la emboscada como león desde la cueva*] (Sal. 9 (10), 8), ¿y te

tienes tú por seguro? Es engaño ése, porque esta vida es tiempo de guerra y pelea; y espantarse de las tentaciones es como si el soldado se espantase del sonido del tiro del arcabuz, y se quisiese por eso volver de la guerra o como el que quisiese dejar de navegar y salirse de la nave, por ver que se le revuelve el estómago.

Dice San Gregorio ser engaño de algunos, teniendo alguna grave tentación, parecerles luego que es todo perdido, y que les ha ya olvidado Dios, y están en desgracia suya. Muy engañado andáis; antes es menester que entendáis que el tener tentaciones no sólo, es cosa ordinaria de hombres, sino muy propia de hombres espirituales y que tratan de virtud y perfección, como nos lo da a entender el Sabio, en las palabras propuestas. Y lo mismo nos enseña el Apóstol San Pablo (2 Tim., 3, 12): Los que quieren vivir bien y tratan de su aprovechamiento, y de adelantarse en el servicio de Dios, ésos son los perseguidos y combatidos de tentaciones; que esos otros muchas veces no saben qué cosa es tentación, ni echan de ver la rebelión y guerra que la carne hace al espíritu, antes hacen de eso golosina. Nota esto muy bien San Agustín, sobre aquellas palabras de San Pablo (Galat., 5, 17). *La carne desea y apetece contra el espíritu*. En los buenos, dice, que tratan de espíritu, de virtud y perfección, apetece la carne contra el espíritu; pero en los malos que, tratan de eso, no tiene la carne contra quien apetecer; y así éstos no sienten la lucha de la carne contra el espíritu, porque no hay espíritu que la contradiga y pelee contra ella. Y así el demonio tampoco ha menester gastar tiempo en tentar a estos tales, porque sin nada de eso ellos de su voluntad le siguen y se le rinden sin dificultad ni contradicción. No andan los cazadores a caza de jumentos, sino a caza de ciervos y gamos que corren con ligereza y se suben a los montes. A los que con ligereza de ciervos y de gamos (Sal..17, 34) corren a lo alto de la perfección, a éstos anda por cazar el demonio con sus lazos y tentaciones; que a esos otros, que viven como jumentos, en casa se los tiene; no ha menester él andar a caza de ellos. [A menos tiene el inquietar a los que en pacífica posesión señorea], dice San Gregorio. Y así, no sólo no nos hemos de espantar de tener tentaciones, antes las hemos de tener por buena señal, como lo advirtió San luan Clímaco, no hay, dice, más cierta señal de que los demonios han sido vencidos de nosotros, que ver que nos hacen mucha guerra. Porque por eso os la hacen, porque os habéis rebelado contra ellos y os habéis salido de su jurisdicción: por eso os persigue el demonio, porque tiene envidia de vos; que si no, no os persiguiera tanto.

CAPÍTULO 2

Cómo unos son tentados al principio de su conversión, otros después.

El bienaventurado San Gregorio nota que unos comienzan a sentir esta guerra de las tentaciones al principio de su conversión, en comenzando a recogerse y a tratar de virtud. y trae para esto el ejemplo de Cristo nuestro Redentor, el cual nos quiso figurar y dibujar esto en sí mismo con una admirable dispensación; porque no permitió que el demonio le tentase sino cuando después de bautizado se recogió al desierto a ayunar, y orar y hacer penitencia. Entonces dice el Sagrado Evangelio (Mt., 4, 1) que *acudió el demonio a tentarle*. Quiso con esto, dice San Gregorio, avisar a los que habían de ser miembros e hijos suyos que cuando tratan de recogerse y darse a la virtud, estén apercibidos para las tentaciones, porque es muy propio del demonio acudir entonces. Como en saliendo los hijos de Israel de Egipto, luego juntó Faraón su ejército y todo su poder para ir contra ellos; y Labán, viendo que Jacob se apartaba de él, le siguió con gente y con encendido furor; y cuando salió el demonio del otro hombre, dice el sagrado Evangelio (Lc, 11, 26) que tomó *otros siete espíritus peores* para tornar a él, como quien hace gente contra quien se le alzó y le va de nuevo a sujetar; así el demonio cuando ve que uno se le rebela y quiere salir de su señorío y sujeción, entonces se embravece más o se muestra más cruel y le procura hacer mayor guerra. Trae San Gregorio a este propósito aquello que dice el evangelista San Marcos (9, 25), cuando Cristo nuestro Redentor echó aquel demonio inmundo, sordo y mudo: [*Dando gritos y despedazándolo mucho, soltó de él*]. Dice el Santo: «Notad que cuando el demonio poseía a aquel hombre no le despedazaba, y cuando con la virtud divina es compelido a salir de él, entonces le despedaza; para que entendamos que entonces procura él turbarnos y molestarnos más con tentaciones, cuando nos apartamos de él.»

Fuera de esto, dice San Gregorio, que permite y quiere el Señor que seamos tentados a los principios de nuestra conversión, porque no piense uno que es ya santo por haber dejado la mala vida y tomado otra buena, que son pensamientos que suelen venir a los tales; y también porque la seguridad suele ser madre de la negligencia; y para que la seguridad de la buena vida que ha tomado no le haga negligente y flojo, permite el Señor

que le vengan tentaciones que le pongan delante de los ojos el peligro en que todavía está y le despierten y aviven y le hagan diligente y cuidadoso.

San Juan Climaco dice: «La novedad de la vida nueva suele hacerla pesada a quien estaba acostumbrado a la mala; y al abrazar de la virtud se declara y siente la contradicción y guerra del vicio que le repugna; como el ave, cuando quiere salir del lazo, entonces siente que está presa. Y así, no se ha de espantar ni desmayar nadie por sentir dificultades y tentaciones a los principios, porque es cosa muy ordinaria.»

Añade San Gregorio que algunas veces el que ha dejado el mundo y la mala vida, y comienza a servir a Dios, es tentado de tales tentaciones, cuales nunca antes de su conversión había sentido; pero esto, dice, no es porque no hubiese en él antes la raíz de aquellas tentaciones, que sí había; sino porque no se parecía ni descubría entonces, y ahora se descubre. Como cuando el hombre está muy ocupado en otros pensamientos y cuidados muy diferentes, muchas veces no se conoce a sí mismo ni entiende lo que pasa allá dentro; y en comenzando a recogerse y a entrar dentro de sí, entonces echa de ver las malas raíces que brotan en su corazón. Es, dice, como el cardo que nace en el camino, que como le pisan todos los que pasan, no se echa de ver; pero aunque no salgan fuera las espinas dentro queda la raíz encubierta en la tierra; y en dejándole de pisar los que pasan, luego brotan y salen afuera; así, dice, en los seglares, muchas veces está la raíz, de las tentaciones oculta, que no se echa de ver por defuera, porque, como cardo que está en el camino, se pisa y trilla, como de caminantes, de la diversidad de los. pensamientos que van y vienen, y de los muchos cuidados y ocupaciones que hay; pero cuando uno se aparta de eso y se recoge a servir a Dios, entonces, como no hay quien pise el cardo, aparece lo que había allá dentro escondido, y se siéntense las espinas de la tentación que brotan de la mala raíz. Y esta es también la causa por qué suelen algunos sentir más las tentaciones en tiempo de la oración que cuando andan ocupados en oficios y cosas exteriores. De manera que el sentir uno acá en la Religión tales tentaciones, cuales nunca antes de su conversión había sentido, no es porque ahora sea peor que cuando estaba en el siglo, sino porque entonces no se veía el hombre, ni se conocía, y ahora comienza a ver y a conocer sus malas inclinaciones y apetitos desordenados; y así, lo que uno ha de procurar es no tapar ni cubrir la raíz, sino arrancarla.

Otros hay, dice San Gregorio, que al principio de su conversión no son combatidos con tentaciones, sienten mucha paz, gustos y consolaciones; y después, andando el tiempo, los prueba el Señor con tentaciones; lo

cual ordena su Majestad con divino consejo y disposición, porque no les parezca áspero y dificultoso el camino de la virtud y desmayen, y se vuelvan a lo que poco antes dejaron. Como hizo con su pueblo cuando le sacó de Egipto, que no los llevó por la tierra de los filisteos, que estaba cerca; da la razón la Sagrada Escritura: Porque, por ventura, viendo que luego se les levantaban guerras. no se arrepintiesen de haber salido de Egipto t se volviesen allá (Éxodo 13, 17). Antes al principió les mostró Dios muchos favores, haciendo por ellos grandes maravillas y milagros; pero después que habían pasado ya el mar Rojo y estaban en el desierto, y no podían volverse atrás, los probó con muchos trabajos y tentaciones antes de entrar en la tierra de promisión. Así, dice el Santo, a los que dejan el mundo, les quita el Señor algunas veces, a los principios, las guerras y tentaciones; porque como están tiernos en la virtud, no se espanten con ellas y se vuelvan al mundo. Los lleva por suavidad al principio v les da consuelos y gustos, para que habiendo gustado de la dulzura y suavidad del camino de Dios, puedan después mejor llevar la guerra y molestia de las tentaciones y trabajos; y tanto más, cuanto más han gustado de Dios y conocido cuánto merece ser servido y amado. Y así, a San Pedro, primero le mostró el Señor la hermosura y resplandor, de su gloria en la Transfiguración, y después permitió que fuese tentado de la esclava, que le preguntó si era discípulo de Cristo, para que, humillado con la tentación, llorando y amando supiera valerse y ayudarse de aquello que primero había visto en el monte Tabor, y así como el temor le había derrocado, así la dulzura de la suavidad y bondad de Dios, que ya había experimentado, le levantase.

De aquí, dice San Gregorio, se entenderá un engaño que suele haber en los que comienzan a servir a Dios, que como se ven algunas veces en tanta paz y quietud, y que les hace el Señor merced de darles entrada en la oración, y hallan facilidad en los ejercicios de la virtud y de la mortificación, piensan que ya han alcanzado la perfección, y no entienden que son aquellos regalos de niños y de principiantes, y que les da el Señor aquellas ayudas de costa para acabarlos de destetar de las cosas del mundo. Algunas veces, dice el Santo, se comunica Dios más abundantemente a los menos perfectos y que no tienen tanto aprovechamiento en la virtud, no porque ellos lo merezcan, sino por ser más necesitados; a la manera que lo suele hacer acá un padre, que con amar mucho a todos sus hijos, parece que no hace caso de los que están sanos; pero si alguno está enfermo, no sólo le cura con medicinas, sino también le da lo que es de contento y de regalo. Y como el hortelano, que las plantas más tiernas las riega más a menudo y las regala, pero después que están fuertes y bien arraigadas, dé-

jalas sin ese riego y regalo, así aquella divina bondad tiene esta manera de gobierno con los flacos y con los pequeñuelos y con los que comienzan.

Dicen también los Santos que algunas veces da el Señor más consuelos a los que han sido más pecadores, y parece que les hace más particulares regalos y favores que a los que han siempre vivido bien, por- que aquéllos no desconfíen ni desesperen, y porque estos otros no se ensoberbezcan. Bien se declara esto en aquella parábola del hijo pródigo (Lc., 15, 23), y en aquella fiesta, música y regocijo con que su padre le recibió, matando el becerro grueso y haciendo un gran convite, no habiendo dado al hijo mayor, que le había servido toda su vida y nunca había salido de su mandado, ni siquiera un cabrito con que holgarse alguna vez con sus amigos; que *no tienen necesidad de médico los sanos, sino los enfermos*, como dijo el mismo Señor (Mt. 9, 12).

CAPÍTULO 3

Por qué quiere el Señor que tengamos tentaciones, y de la utilidad y provecho que de ellas se sigue.

Dice el Espíritu Santo en el Deuteronomio (13, 3): *Los tienta el Señor Dios vuestro, para que se vea si le amáis de veras y de toda vuestro corazón o no.* El bienaventurado San Agustín mueve una cuestión sobre estas palabras: ¿Cómo dice aquí la Sagrada Escritura que Dios nos tienta, y por otra parte dice el Apóstol Santiago en su Canónica (1, 13): *Dios no tienta u nadie*? Responde que hay dos maneras de tentar: una pura engañar y hacer caer en pecado, y de esta manera no tienta Dios a nadie, sino el demonio, cuyo oficio es ése, conforme aquello del Apóstol San Pablo (1 Tesal., 3, 5): [*No sea que os haya tentado el tentador*]. Dice allí la Glosa: Esto es, el demonio, cuyo oficio es tentar. Otra manera de tentar hay para probar y tomar experiencia de uno, y de esta manera dice aquí la divina Escritura que nos tienta y prueba Dios. Y en el capítulo veintidós del Génesis (22, l): *Tentó y probó Dios a Abrahán*. Danos el Señor un tiento y muchos tientos para que conozcamos nuestras fueras y entendamos qué tanto es lo que amamos y tememos a Dios. Y así dijo luego el mismo Diosa Abrahán cuando echó mano al cuchillo para sacrificar a su hijo (Gen., 22, 12): [*Ahora conozco que temes a Dios*], esto es, como declara San Agustín, ahora he hecho que conozcas que temes a Dios. De manera que

unas tentaciones nos envía el Señor de su mano, y otras permite que nos vengan por medio del demonio, mundo y carne, nuestros enemigos.

Pero ¿cuál es la causa por la que permite y quiere el Señor que tengamos tentaciones? San Gregorio, Casiano y otros tratan muy bien este punto; dicen lo primero, que nos es provechoso el ser tentados y atribulados, y que alce el Señor algunas veces un poco la mano de nosotros, porque, si esto no fuera así, no dijera y pidiera el Profeta a Dios (Sal., 118, 8): *Señor, no me dejéis y desamparéis del todo*. Pero porque sabía muy bien que algunas veces suele el Señor desamparar a sus siervos y alzar un poco la mano de ellos para mayor bien y provecho suyo, por eso no pide a Dios que no le desampare nunca, ni alce jamás la mano de él, sino que no le desampare del todo. Y en el salmo veintiséis (y. 9) dice: [*No te apartes en ira de tu siervo*]. No pide a Dios que no se aparte de él en ningún tiempo y de ninguna manera, sino que no se aparte de él en ira, que no le desampare tanto que venga a caer en pecado; pero que le pruebe y le envíe tentaciones y trabajos, antes le pide (Sal., 25, 2): [*Pruébame, Señor, y tiéntame*]. Y por Isaías (54, 7) dice el mismo Señor: [*Por un momento te desamparé un poco, mas con grandes misericordias te recogeré; en el momento de mi indignación escondí por un poco mi rostro de ti, mas me compadeceré de ti con misericordia sempiterna*].

Pero veamos en particular qué bienes y provechos son los que se nos siguen de las tentaciones. Casiano dice que se ha Dios con nosotros como se hubo con los hijos de Israel, que no quiso del todo destruir los enemigos de su pueblo, sino que dejó en la tierra de promisión aquellas gentes de los cananeos, amomeos y jebuseos, etc.. para enseñar y ejercitar a Su pueblo, que no estuviesen con la seguridad ociosos, sino que se hiciesen valientes y hombres de guerra (Judic., 3, I). Así, dice, quiere el Señor que tengamos enemigos y que seamos combatidos de tentaciones, para que, teniendo ejercicio de pelear, no nos haga daño la ociosidad o prosperidad; porque muchas veces, a los que el enemigo no pudo vencer con peleas, con seguridad falsa los engañó y derribó.

San Gregorio dice que con alta y secreta providencia quiere el Señor que sean tentados y atribulados en esta vida los buenos y escogidos: porque esta vida es un camino, o, por mejor decir, un destierro, por donde andamos caminando y peregrinando hasta llegar nuestra a patria celestial, y porque suelen algunos caminantes, cuando ven en el camino algunos prados y florestas, detenerse y apartarse del camino; por eso quiso el Señor que estuviese esta vida llena de trabajos y tentaciones, para que no ponga-

mos nuestro corazón y amor en ella y tomemos el destierro por la patria, sino que suspiremos siempre por ella. San Agustín da la misma razón y dice que aprovechan las tentaciones y trabajos para mostrarnos la miseria de esta vida, para que así deseemos más ardientemente aquella vida bienaventurada y la busquemos con mayor cuidado y fervor. Y en otra parle dice: Porque no amemos el establo, y nos olvidemos de aquellos palacios reales para los que fuimos creados. Cuando el ama quiere destetar el niño y que se enseñe a comer pan, pone acíbar en los pechos: así Dios pone amargura en las cosas de esta vida para que los hombres se aparten de ellas, y no tengan acá que desear, sino todo su deseo y corazón pongan en el Cielo. Y así dice San Gregorio: «Los trabajos que nos fatigan y aprietan en esta vida hacen que acudamos y nos volvamos a Dios».

CAPÍTULO 4

De otros bienes y provechos que traen consigo las tentaciones.

Bienaventurado el varón que sufre la tentación y aprueba bien en ella porque recibirá corona de vida (Sant. 1, 12). Dice San Bernardo sobre estas palabras: «Necesario es que haya tentaciones; porque, como dice el Apóstol (2 Tim., 2, 5), *no será coronado sino el que peleare varonilmente*; y si no hay tentaciones, ¿quién peleara, no habiendo contra quién pelear? Todos los bienes y provechos que la Escritura divina y los Santos nos predican de los trabajos y adversidades, que son innumerables, todos los traen consigo las tentaciones: y uno de ellos, y muy principal, es el que nos dicen las palabras propuestas. Nos las envía el Señor para que tengamos después mayor premio y corona en la gloria (Art.. 14, 21): [*Porque por muchas tribulaciones nos conviene entrar en el reino de los Cielos*].» Ese es el camino real del Cielo: tentaciones, trabajos y adversidades. Y así, en el Apocalipsis (7, 14), mostrándole a San Juan la gloria grande de los Santos, le dijo uno de aquellos ancianos. *Éstos son los que vinieron de grandes trabajos, y lavaron y blanquearon sus vestiduras en la sangre del Cordero*. De camino pregunta San Bernardo: «¿Cómo dice que blanquearon sus vestiduras con la sangre del Cordero? Porque la sangre no suele blanquear, sino colorear.» Quedaron blancas, dice, porque con la sangre del costado salió juntamente agua que las blanqueó. O si no digamos, dice, que la sangre de aquel Cordero tierno y sin mancilla era como una leche

blanca coloreada, conforme a aquello de la Esposa de los Cantares (5, 10), [*Mi Amado es blanco y colorado, escogido entre millares*].

De manera que por sangre y trabajos se entra en el reino de los Cielos. Desbástense, lábranse y púlanse acá las piedras para asentarlas en el templo de aquella Jerusalén celestial, porque allá no se ha de oír golpe ni martillo (1 Reg., 6, 7). Y cuanto en mejor y más principal lugar se han de asentar las piedras, tanto más las pican y labran. Y así como la piedra de la portada suele ser la más picada y labrada, para que quede más vistosa la entrada, así Cristo nuestro Señor, porque se hacía nueva puerta del Cielo, que hasta Él estuvo cerrado, quiso ser muy golpeado y martillado; y también para que nosotros, pecadores, tuviésemos vergüenza de entrar por puerta labrada con tantos golpes de tribulaciones y trabajos, sin primero padecer algunos para quedar labrados y pulidos.

Las piedras que se han de echar en el cimiento no se suelen labrar: así los que se han de echar abajo en el profundo del infierno no es menester labrarlos y martillarlos; ésos huélguense aquí en esta vida, cumplan sus antojos y apetitos, hagan su voluntad, dense a buena vida, que con eso quedarán pagados; pero los que han de ir a reparar aquellas ruinas de los ángeles malos, y llenar aquellas sillas celestiales que ellos perdieron por su soberbia, es menester labrarlos con tentaciones y trabajos. Dice San Pablo (Ron, 8, 17): *Si somos hijos. seremos herederos; herederos de Dios y juntamente herederos con Cristo; empero siéndole acá primero compañeros en sus trabajos, para que así lo seamos después en su gloria*. Y el ángel dijo a Tobías (12, 13): *Porque eras acepto a Dios y te quería bien, por eso te quiso probar con la tentación*, para que así tu premio y galardón fuese mayor. Y de Abrahán dice el Sabio (Eccli., 44, 21) que *le tentó Dios y le halló fiel;* y porque le halló fiel, constante y fuerte en la tentación, luego le ofrece el premio, y le promete con juramento que había de multiplicar su generación cómo las estrellas del Cielo y como las arenas del mar. Pues para esto nos envía el Señor los trabajos y tentaciones, para darnos mayor premio y más rica corona. Y así dicen los Santos que es mayor merced la que el Señor nos hace en enviarnos tentaciones, dándonos juntamente favor para vencerlas, que si del todo nos las quitase: porque de esa manera careceríamos del premio y gloria que con ellas merecemos.

Añade a esta razón San Buenaventura que como nos ama tanto el Señor, no se contenta con que alcancemos la gloria, y grande gloria, sino que quiere que gocemos presto de ella, y que no nos detengamos en el purgatorio. Y para eso nos envía aquí trabajos y tentaciones, que son martillo y

fragua con que se quita el orín y escoria de nuestra ánima, y queda purgada y purificada para poder entrar luego a gozar de Dios (Prov. 25, 4): [*Quita la herrumbre de la plata, y saldrá el vaso muy puro*). Y no es pequeña merced y beneficio éste, litera del que se nos hace en conmutarnos tanta y tan grave pena como es la que allá habíamos de padecer, en lo poco o nada que en su comparación padecemos en esta vida.

Más: llena está la Sagrada Escritura de lo que las prosperidades de esta vida apartan el alma de Dios y las adversidades y trabajos son ocasión de atraerla al mismo Dios. ¿Quién hizo al copero de Faraón olvidarse tan presto de su intérprete José, sino la prosperidad? (Gen., 40, 23). ¿Quién hizo ensoberbecer al rey Ozías, teniendo tan buenos principios, sino la prosperidad? (2 Cron., 26, 16). ¿Quién desvaneció a Nabucodonosor, quién a Salomón, quién a David para cantar el pueblo?

Y los hijos de Israel, cuando se vieron muy pujantes con los favores y mercedes grandes que el Señor les había hecho, entonces se empeoraron y se olvidaron más de Dios (Deut., 32, 15).

Y, por el contrario, dice el Profeta que con los trabajos se volvían a Dios (Sal. 82, 17): [*Cubre, Señor, sus rostros de ignominia y luego buscarán tu protección*]. (Sal. 106, 13): *Clamaron al Señor en su aflicción*. (Sal, 77, 34): *Cuando el Señor les enviaba la mortandad, entonces le buscaban y se convertían a Él y madrugaban a Él muy de mañana*]. Vuelto en bestia Nabucodonosor, ahora fuese en realidad de verdad, ahora en su imaginación, entonces conoce a Dios (Dan., 4, 31). ¡Cuanto mejor le fue a David en la persecución de Saúl, Absalón y Semeí, que con la prosperidad y paseo del corredor! Y así, como bien acuchillado, dice después (Sal., 89, 15): [*Nos hemos alegrado por los días que nos humillaste, por los años que padecimos trabajos*]. (Sal., 118, 71): *¡Oh, qué bueno ha sido, Señor, para mí el haberme humillado* y atribulado! ¡Cuántos han sanado de esa manera, que de otra se perdieran! *Cuando punza la espina* de la tribulación y tentación, entonces entra uno dentro de sí y *se convierte y vuelve a Dios* (Sal. 31, 4). Aun allá dicen que el loco por la pena es cuerdo. Y es sentencia del Espíritu Santo por Isaías (28, 19): [*Solo la vejación abre los ojos del entendimiento*]. Y más claramente por el Sabio (Eccli., 31, 2: Prov., 29, 15): *La enfermedad grave, los trabajos y adversidades haces asesar*. Anda uno con la prosperidad libre y cerrero, *como novillo por domar*; échale Dios el yugo de la tribulación y de la tentación n para que asiente (Jerm., , 18). Con la hiel curó el ángel a Tobías (11, 13), y con el lodo dio Cristo nuestro Redentor vista al ciego (Jn., 9, 6). Pues para eso envía el Señor las

tentaciones, que son de los mayores trabajos y que más sienten los hombres espirituales; porque esos otros corporales de sucesos de hacienda, enfermedades y cosas semejantes, para los siervos de Dios, que tratan de espíritu, son cosa muy somera y que cae muy por fuera; y así no hacen mucho caso de ello; pero cuando el trabajo es interior y llega al alma, como la tentación que les quiere apartar de Dios y parece que los pone en ese peligro y contingencia, eso es lo que sienten mucho y lo que les hace dar cl grito tan grande como le daba el Apóstol San Pablo (Rom., 7, 24) cuando sentía esta guerra contradicción de la carne que quería llevar tras sí el espíritu: ¡Ay miserable de mí que me lleva tras sí lo malo; y lo bueno que deseo no lo acabo de poner por obra! ¿Quién me librará de este cautiverio y servidumbre?

CAPÍTULO 5

Que las tentaciones aprovechan mucho para que nos conozcamos y humillemos, y para que acudamos más a Dios.

Traen también consigo las tentaciones otro bien y provecho grande, que hacen que nos conozcamos a nosotros mismos. «Muchas veces no sabemos lo que podemos, mas la tentación descubre lo que somos», dice aquel Santo Y este conocimiento de nosotros mismos es la piedra fundamental de todo el edificio espiritual, sin el cual ninguna cosa que sea de dura se edifica; y con el cual crece el alma como la espuma, porque sabe arrimarse a Dios, en quien todo lo puede. Pues las tentaciones descubren al hombre su grande flaqueza e ignorancia, que hasta allí a lo uno y a lo otro tenía cerrados los ojos, y así no sabía sentir vilmente de sí, porque no lo había experimentado. Pero cuando ve que un soplido lo derriba, que con una nonada se pone frío, y que en viniéndole una tentación se desconcierta y se encona, y que luego huye de él el consejo y el acuerdo, y le cercan las tinieblas, comienza a templar los bríos, y a humillarse y sentir bajamente de sí. Dice el bienaventurado San Gregorio: Si no tuviésemos tentaciones, luego nos tendríamos en algo, y pensaríamos que éramos muy valientes; pero cuando viene la tentación y se ve el hombre a pique de caer, que no parece que está un canto de real de dar consigo al través, entonces conoce su flaqueza y humillase. Y así, dice San Pablo de sí (2 Cor., 12, 7): «Porque el haber sido arrebatado al tercero Cielo v las grandes revelaciones que

he tenido no me ensoberbeciesen, permitió el Señor que fuese tentado para que conociese lo que era de mi parte, y me humillase.»

De aquí se sigue otro bien y provecho grande, que como uno conoce su flaqueza, viene de ahí a conocer la necesidad que tiene del favor y ayuda del Señor, y de acudir a E con la oración, y estar siempre colgado de Él como de un remedio, conforme a aquello del Profeta (Sal., 72, 28): *¡Oh, qué bueno es para mí allegarme a Dios y nunca jamás apartarme de Él!* Así la madre, cuando quiere que su hijo se venga para ella, hace que otros le pongan miedo para que la necesidad le haga ir a su regazo, así el Señor permite que el demonio nos espante y nos ponga miedo con las tentaciones, para que acudamos a su regazo y amparo, dice Gerson. [Para provocarnos *como provoca el águila a sus polluelos a volar* (Deut., 32, 11), y a la manera que la madre deja por breve espacio a su hijo, porque con más empeño la llame, diligentemente la busque y más estrechamente la abrace, y ella juntamente le acaricie con más cariño]. San Bernardo dice que deja el Señor a veces al alma para que con más deseo y fervor le llame y más fuertemente le tenga: como hizo con los discípulos que iban a Emaús, fingiendo que quería pasar adelante e ir más lejos, para que ellos le importunasen y detuviesen (Lc., 24. 29), [*Quedaos. Señor, con nosotros, porque se hace tarde y se cierra ya el día*].

De aquí viene uno también a estimar en más el favor y protección del Señor, viendo la necesidad que tiene de ella. Dice San Gregorio que por esto nos es provechoso que alce Él algún tanto la mano de nosotros; porque si siempre tuviésemos aquella protección, no la estimaríamos en tanto, ni la tendríamos por tan necesaria; pero cuando Dios nos deja un poco, y parece que vamos a caer, y vemos que luego nos da la mano (Sal., 93, 17): [*Si el Señor no me ayudara poco menos que en el infierno estuviera mi alma*], entonces estimamos más su favor y quedamos más agradecidos y con mayor conocimiento de su bondad y misericordia. (Sal., 55, 10): [*En cualquier día que te invoque, luego conozco que Tú eres mi Dios*]. Llama uno a Dios en la tentación, y siente su ayuda. y experimenta la fidelidad de su Majestad en el buen acogimiento que le hace en el tiempo de la necesidad, y reconócele por padre y por defensor, y se enciende con eso más en su amor, y prorrumpe en alabanzas suyas, como los hijos de Israel, cuando los egipcios les iban en los alcances, y se vieron de esa otra parte del mar y a los otros ahogados (Éxodo 15, 1).

De aquí viene también a no atribuirse uno a sí cosa buena, sino atribuirlo todo a Dios y darle a Él la gloria de todo, que es otro bien y prove-

cho grande de las tentaciones, y un remedio grande contra ellas, y para alcanzar grandes favores y mercedes del Señor.

CAPITULO 6

Que en las tentaciones se prueban y purifican más los justos y se arraiga más la virtud.

Dicen también los Santos que quiere el Señor que seamos tentados para probar la virtud de cada uno. Así como con los vientos y tempestades se ve si el árbol ha echado buenas raíces, y el valor y fortaleza del caballero y buen soldado no se echa de ver en tiempo de paz, sino en tiempo de guerra, en los encuentros y peleas; así la virtud y fortaleza del siervo de Dios no se echa de ver cuando hay devoción y sosiego, sino cuando hay tentaciones y trabajos. San Ambrosio, sobre aquellas palabras: [*Dispuesto estoy, y nada me arredrará de guardar tus mandamientos*] (Sal., 118, 60), dice que así como es mejor piloto y digno de mayor loa el que sabe y tiene industria para gobernar la nave en tiempo que hay tempestades y borrascas, cuando la nave unas veces parece que se va a fondo, otras con las olas se levanta hasta el Cielo, que el que la rige y gobierna en tiempo de tranquilidad y bonanza, así es también digno de mayor loa el que se sabe regir y gobernar en tiempo de tentaciones, de tal manera, que ni con la prosperidad se levanta ni ensoberbece ni con las adversidades y trabajos se amilana y desmaya, sino que puede decir siempre con el Profeta: *Dispuesto y preparado estoy para eso y eso otro*. Pues para esto envía Dios las tentaciones, como hizo con los hijos de Israel, dejándoles aquellas gentes enemigas y contrarias, *para probar la constancia y firmeza que tenían en su amor y servicio* (Judic., 3, 4). Y el Apóstol San Pablo dice (1 Cor, 11, 10): *Es menester que haya herejías, para que se conozcan los buenos y los que prueban bien*. [*Dios los tentó y los halló dignos de sí*] (Sab., 3, 5). Las tentaciones son los golpes con que se descubre la fineza del metal, y la piedra de toque con que prueba Dios a los amigos: entonces se echa de ver lo que hay en cada uno. Así como acá los hombre se huelgan de tener amigos probados, así también Dios, y por eso los prueba.

Como los vasos, dice el Sabio (Eccli., 27, 6), se prueban en el horno, y la plata y oro con el fuego, así los justos se prueban con la tentación. Dice San Jerónimo: Cuando la masa está ardiendo en el fuego, no se echa de ver si es oro o plata u otro metal, porque todo está entonces de un color,

todo parece fuego; así en tiempo de consolación, cuando hay fervor y devoción, no se echa de ver lo que es uno, todo parece fuego pero sacad la masa del fuego, dejadla enfriar, veréis lo que es. Dejad pasar aquel fervor y consuelo, venga el trabajo y la tentación, y entonces se echará de ver lo que es cada uno. Cuando uno en tiempo de paz sigue la virtud, no se sabe si aquello es virtud, o si nace de su natural bueno, o de gusto particular que tiene en aquel ejercicio o de no haber otra cosa que le lleve; pero el que, combatido de la tentación, persevera, ése bien muestra que lo hace por virtud y por el amor que tiene a Dios.

Sirve también la tentación de purificar más a uno. Así como el artífice purifica la plata y el oro con el fuego y le quita toda la escoria (Sal, 65, 10), así el Señor quiere purificar a sus escogidos con la, tentación, para que así queden más agradables a su divina Majestad. [*Los quemaré como se quema la plata, y los probaré como es probado el oro*], dice Dios por Zaca rías (13, 9), y por Isaías (1, 25): [*Apurarte he de tu escoria en el crisol y despojarte he de tu estaño*]. Eso obra la tentación en los justos: va consumiendo y gastando en ellos el orín de los vicios y el amor de las cosas del mundo y de sí mismos, y hace que queden más acendrados y purificados. Verdad es, dice San Agustín, que no todos sacan este fruto de las tentaciones, sino solamente los buenos. Hay unas cosas, que puestas al fuego, luego se ablandan y derriten, como la cera; otras hay que se paran más duras, como el barro. Así los buenos, con el fuego de la tentación y del trabajo, se paran tiernos, conociéndose y humillándose, pero los malos quedan más duros y obstinados. Como vemos, que de los dos ladrones en cruz, el uno se convirtió y el otro blasfemó; y así dice San Agustín: «La tentación es fuego, con el cual el oro queda más resplandeciente, y la paja consumida; el justo queda más puro y más perfecto, y el malo más perdido. Es una tempestad, de la cual el justo escapa y el malo queda anegado.» Los hijos de Israel hallaron camino por las aguas, y las mismas aguas les servían de muro a la diestra y a la siniestra; pero los egipcios quedaron hundidos y anegados en las mismas aguas (Éxodo 14, 28-29).

San Cipriano trae esta razón para animarnos a los trabajos y persecuciones, y persuadirnos que no las temamos; porque la Escritura divina nos enseña que antes con eso crecen y se multiplican los siervos de Dios, como dice de los hijos de Israel (Éxodo 1, 12), cuanto más eran oprimidos y acosados de los egipcios tanto más crecían y se multiplicaban. Y del arca de Noé dice: *Se multiplicaron las aguas* del diluvio, *y levantaron el arca* sobre los montes de Armenia (Genes., 17); así las aguas de las tentaciones y

trabajos levantan y perfeccionan mucho un alma. Y si vos no quedáis más purificado con la tentación, será porque no sois oro, sino paja, y por eso quedáis negro y feo. Gerson dice que así como el mar con las borrascas y tempestades desecha de sí las inmundicias que ha recogido, y queda limpio y purificado, así la mar espiritual de nuestra ánima con las tentaciones y trabajos queda limpia y purificada de las inmundicias e imperfecciones que con la demasiada paz y tranquilidad suele recoger: y para eso las envía Dios.

Más, así como el buen labrador poda la vid para que dé más fruto, así dicen los Santos, Dios nuestro Señor, que se compara en el Evangelio al labrador, poda sus vides, que son sus escogidos, para que fructifiquen más (Jn., 15, 2): [*A todo sarmiento que llevare fruto en Mí, lo podaré para que lleve más fruto*].

Más, con que se confirma lo pasado: la tentación hace que se arraigue más en el alma la virtud contraria. Dice el santo abad Nilo: «Así como los vientos, hielos y tempestades hacen que las plantas y árboles se arraiguen más en la tierra, así las tentaciones hacen que se arraiguen más en el alma las virtudes contrarias.» Y así declaran los Santos aquello de San Pablo (2 Cor., 12, 9): [*En la tentación se perfecciona la virtud*, esto es, se establece, se funda, se declara estable]. Como cuando otro impugna una verdad, que vos defendéis, mientras más razones y más argumentos trae para impugnarla, más razones buscáis vos para defenderla y confirmarla, y con eso y con ver que respondéis y satisfacéis a los argumentos contrarios, os vais más confirmando en ella; así también el siervo de Dios, mientras más tentaciones le trae el demonio para contrastar la virtud, más motivos y razones busca él para conservarla y resistir a la tentación, y entonces hace nuevos propósitos, y se ejercita más en actos de aquella virtud, con lo cual ella se arraiga y fortifica y crece más. Y así dicen muy bien que la tentación obra en el ánima lo que los golpes en el yunque, que la endurecen más y la hacen más sólida y fuerte.

Fuera de esto, que va por el camino ordinario, dice San Buenaventura, que suele Dios nuestro Señor consolar y premiar extraordinariamente a los que han sido muy tentados de algún vicio, y se han mostrado fieles en la tentación dándoles con ventaja y excelencia grande la virtud contraria, como cuenta San Gregorio de San Benito, que porque resistió varonilmente a una tentación de carne, echándose desnudo en unos abrojos y espinas, le dio, el Señor tanta perfección en la castidad, que de ahí adelante nunca más sintió tentaciones deshonestas. Lo mismo leemos de Santo Tomás de

Aquino, cuando con un tizón de fuego hizo huir a una mujer que le venía a solicitar. Le envió Dios luego dos ángeles, que le ciñeron y apretaron los lomos fuertemente, en señal que le concedía el don de perpetua castidad. De la misma manera dice San Buenaventura que a los que son tentados de la fe y con tentaciones de blasfemia, suele el Señor dar después una claridad e ilustración grande en eso y un muy encendido amor de Dios, y así de otras tentaciones. Y trae a este propósito aquello de Isaías (14, 2): *Cogerán a los que les querían coger y sujetar*. Esta es una cosa que consuela mucho en las tentaciones. Consolaos y animaos a pelear, hermano mío, que quiere el Señor arraigar en vos con eso la virtud contraria, quiere daros una castidad angélica. Le salió a Sansón un león al encuentro, y él le acometió y le mató, y después halló en él un panal de miel (Judic., 14, 6). Así, aunque la tentación al principio parezca león, no la temáis, sino acometedla y vencedla, y veréis cómo halláis después en eso mismo una dulzura y suavidad muy grande.

De aquí se entenderá que también, al contrario, cuando uno se deja llevar de la tentación y condesciende con ella, crecerá el vicio con sus propios actos, y juntamente la tentación, y será más fuerte de ahí adelante, porque está más arraigado el vicio y más enseñoreado de él. Y lo nota San Agustín: [*Pecó Jerusalén y yo no tiene estabilidad*], dice el Profeta Jeremías (Tren., I, 8). Porque pecó, quedó más inestable e inconstante, y más flaca para tornar a caer; que es lo que dijo el Sabio (Eccli.. 3, 29): [*El pecador añadirá pecados sobre pecados*]. Éste es un aviso muy importante para los que son combatidos de tentaciones; porque a algunos suele engañar y cegar el demonio haciéndoles creer que satisfagan a su tentación y que así cesará. El cual es un engaño muy grande; antes si cumplís con la tentación se arraigará más y crecerá más la pasión y apetito; y tendrá de ahí adelante mayores fuerzas y mayor señorío sobre vos, os tornará a derribar más fácilmente otra y otra vez. Dicen muy bien que es esto como la hidropesía, que mientras más bebe el hidrópico, más sed tiene, y como el avariento, que mientas más tiene, más crece la codicia de tener. Así es acá. Tened entendido que cuando os dejáis llevar de la tentación y condescendéis con ella, crece ella tantos quilates, y vos perdéis otros tantos de fortaleza, y así quedaréis más sujetos para tornar a caer más fácilmente. Y cuando resistís y os hacéis fuerza, no condescendiendo con ella, crece la virtud y fortaleza en vos otros tantos quilates. Y así, el medio para alcanzar victoria contra las tentaciones y malas inclinaciones, y quedar quieto y sosegado, es no condescender con ellas, ni dejar que salgan jamás con la suya; porque de esa manera, poco a poco, con el favor del Señor, va perdien-

do la fuerza la tentación y la pasión, hasta no dar molestia ni pesadumbre ninguna. Lo cual nos debería animar mucho a resistir con valor las tentaciones.

CAPÍTULO 7

Que las tentaciones hacen al hombre diligente y fervoroso.

Traen también consigo otro bien y provecho grande las tentaciones, que hacen al hombre diligente y cuidadoso, y que ande con fervor y espíritu, como quien anda siempre a punto de pelear. Así como la larga paz hace a los hombres flojos, descuidados y para poco, y la guerra y ejercicio de las armas los hace fuertes, robustos y valerosos; y por eso Catón en el Senado romano dio aquel parecer: «Conviene a los romanos que Cartago esté en pie, porque el ocio no los traiga a otros mayores males.» Y ¡ay, dice, de Roma cuando faltare Cartago! Lo mismo respondieron los lacedemonios; porque afirmando su rey que había de destruir y asolar una ciudad que les daba mucho en que entender a cada paso, dijeron los gobernadores y senadores que en ninguna manera consentirían que se quebrase la piedra de amolar en que se aguzaban y avivaban las fuerzas y virtud de los mancebos lacedemonios A la ciudad que muchas veces les hacía tocar alarma llamaban piedra de amolar; porque por ella la juventud se ejercitaba en las armas y se les cubrían los aceros y valor de cada uno; y el no tener peleas y conquistas juzgaban por gran detrimento. Pues así, el no tener tentaciones suele hacer a los hombres remisos y descuidados, y el tenerlas, diligentes y fervorosos. Andase uno mano sobre mano; no hay quien le haga tomar la disciplina, ni el cilicio; en la oración está bostezando; en la obediencia, con flojedad: anda buscando entretenimientos; le viene una tentación vehemente, en que es menester Dios y ayuda y con eso se anima, y cobra brío y fervor para la mortificación y para la oración. Aun allá dicen: si queréis saber orar, entrad en la mar. La necesidad y peligro enseñan a orar y hacen acudir a Dios de veras. Y así dice San Crisóstomo que para esto permite Dios las tentaciones, para nuestro mayor bien y provecho espiritual. [Cuando ve que vamos caminando hacia la tibieza, y que apartándonos de su trato y familiaridad, descuidamos las cosas espirituales, nos deja un poco de su mano, para que así castigados, volvamos a su Majestad con más cuidado.] Y en otra parte dice: Cuando el demonio nos acomete y

procura espantar con sus tentaciones, aquello nos es de provecho, porque entonces conocemos lo que somos y acudimos a Dios con más cuidado.

De manera que las tentaciones, no sólo no son impedimento ni estorbo para caminar en el camino de la virtud; antes son medio y ayuda para eso. Y así el Apóstol San Pablo no llamó a la tentación cuchillo ni lanza, sino *estímulo y aguijón* (2 Cor., 12, 7); porque así como el aguijón no mata ni daña, sino aviva y despierta y hace caminar más apriesa, así la tentación no hace daño, sino mucho provecho, porque aviva y despierta para mejor caminar. Y este provecho suele ser general para todos, aunque estén muy aprovechados. Porque así como el caballo, aunque sea bueno y fuerte, ha de menester espuela, y entonces corre mejor cuando la siente, así los siervos de Dios corren mejor y más ligeramente en el servicio de Dios cuando sienten estos estímulos y aguijones de las tentaciones, y entonces andan más humildes y recatados.

Dice San Gregorio: «La pretensión del demonio con la tentación es mala; mas la del Señor es buena. Como la sanguijuela, cuando chupa la sangre del enfermo, lo que pretende es hartarse de ella y bebérsela toda, si pudiere; pero el médico pretende con ella sacar la mala sangre y dar salud al enfermo. Y cuando dan un botón de fuego a un enfermo, lo que pretende el fuego es abrasar; pero el cirujano no pretende sino sanar; el fuego querría pasar a lo sano; el cirujano sólo a lo enfermo, y no le deja pasar adelante.» Así el demonio con la tentación pretende destruir la virtud y el merecimiento y gloria nuestra; pero el Señor pretende y obra maravillosamente todo lo contrario por ese mismo medio. Y así las piedras que el demonio arroja contra nosotros para descalabrarnos y matarnos, las toma Él para labrarnos de ellas una muy hermosa y preciosísima corona, como leemos del glorioso San Esteban (Hechos 7, 55), que estaba rodeado de perseguidores y cercado de piedras que le tiraban, y ve abiertos los Cielos y allí a Jesucristo, como que estaba recogiendo aquellas piedras para de ellas fabricarle una corona de pedrería de gloria.

Añade Gerson aquí otra cosa de mucho consuelo, y dice que es doctrina común de los Doctores y Santos, que aunque uno, cuando es molestado de tentaciones, haga algunas faltas, y le parezca que tuvo alguna negligencia y descuido, y que se mezcló alguna culpa venial; con todo eso, por otra parte, la paciencia que tiene en aquel trabajo y la conformidad con la voluntad de Dios, y la resistencia que hace peleando contra la tentación, y las diligencias y medios que pone para alcanzar la victoria, no solamente quitan y purgan todas esas faltas y negligencias, sino que hacen que crezca

y se adelante en merecimiento de mayor gracia y de mayor gloria, conforme a aquello del Apóstol (1 Cor., 10, 13): *Saca Dios bien de la tentación*, y hace que quedemos de ella medrados y aventajados. El ama o madre, para que el niño sepa andar, apártale un poco de sí, y luego llámale; él tiembla y no osa ir; ella le deja, aunque caiga algunas veces, teniendo aquel por menos daño que el no saber andar: de esa manera se ha Dios con nosotros (Oseas, 11, 3): [*Yo, como ama de Efraín*]. No tiene Dios en nada esas caídas y faltas que a vos os parece que hacéis, en comparación del provecho que de las tentaciones se sigue.

De la santa virgen Gertrudis cuenta Blosio que afligiéndose y reprendiéndose ella mucho por un defecto pequeño que tenía, deseó y pidió a Dios que se le quitase del todo. Y le reprendió el Señor con mucha blandura y suavidad: ¿Para qué quieres que Yo sea privado de grande honra y tú de gran premio? Porque cada vez que reconociendo este defecto, u otro semejante propones evitarle de ahí adelante, ganas grande premio; y cada vez que procura uno vencer sus defectos por mi amor, me honra a Mi tanto, cuanto un soldado a su rey cuando por él pelea varonilmente en la guerra contra sus enemigos y los procura vencer.

CAPÍTULO 8

Que los Santos y siervos de Dios, no solamente no se entristecían con las tentaciones, antes se holgaban por el provecho que con ellas sentían.

Por estos bienes y provechos grandes que se siguen de las tentaciones, los Santos y siervos de Dios no solamente no se entristecían con ellas, antes se holgaban, conforme a aquello del Apóstol Santiago (1, 2): *Hermanos míos, cuando os viereis en diversas tentaciones, tenedlo por grande ganancia y holgaos mucho con eso*. Y el Apóstol San Pablo, escribiendo a los Romanos (5, 3). Dice: *No solamente llevamos las tentaciones y trabajos con paciencia, sino nos gloriamos en ellas, las llevamos con gozo y regocijo, porque sabemos que en ellas se muestra la paciencia, y en esa paciencia se prueba uno, y esa prueba da grandes esperanzas*. De esta manera declara también San Gregorio aquello de Job (7, 4): [*Si me echo a dormir, digo, ¿cuándo me levantare?, y de nuevo esperaré la tarde*]. Por la tarde, que esperaba, entiende San Gregorio la tentación. Y nota que la deseaba el santo Job como cosa buena y provechosa, porque las cosas bue-

nas y provechosas decimos que las esperamos; las malas y dañosas, que las tememos. Pues porque tenía el santo Job la tentación por cosa que le convenía y le era buena y provechosa, por eso dice que la esperaba.

San Doroteo trae a este propósito aquel ejemplo que se cuenta en el *Prado Espiritual*, de un discípulo de uno de aquellos Padres antiguos, el cual era combatido del espíritu de la fornicación, y él, favoreciéndole la gracia del Señor, resistía varonilmente a sus malos y sucios pensamientos; y para mortificarse, ayunaba, estaba mucho tiempo en oración y maltrataba su cuerpo con la obra de sus manos. Como su santo maestro le vio en tanto trabajo, le dijo: «Si quieres, hijo mío rogaré al Señor que te libre de este combate.» A esto respondió el discípulo: «Bien veo Padre, que es grande trabajo el que padezco; mas con todo eso, siento que por causa de esta tentación me aprovecho más, porque acudo más a Dios con la oración y con la mortificación y penitencia. Y así, lo que te suplico es ruegues a Dios me dé paciencia y fortaleza para sufrir este trabajo y salir de él vencedor, limpio y sin reprensión alguna. Mucho se holgó el santo viejo de oír esta respuesta, y dijo: «Ahora entiendo, hijo, que vas aprovechando en el camino de la perfección, porque cuando uno es combatido de algún vicio y él procura resistir varonilmente, anda humillado, solicito y congojado, y con estas aflicciones y trabajos se va poco a poco purgando y purificando el alma, hasta llegar a una paridad y perfección muy grande. De otro santo monje cuenta San Doroteo (1. c.) que porque le quitó Dios una tentación que tenía, se entristeció, y llorando decía amorosamente a Dios: «Señor, no fui yo digno de padecer y ser afligido y atribulado algún tanto por vuestro amor.»

San Juan Climaco cuenta de San Efrén que viéndose en altísimo estado de paz y tranquilidad, a la cual llama él cielo terrenal e impasibilidad, rogaba a Dios que le volviese y renovase las batallas antiguas de sus tentaciones, por no perder la ocasión y materia de merecer y labrar corona. Y de otro santo monje, cuenta Paladio que vino un día al abad Pastor y le dijo: «Ya Dios me ha quitado las peleas y dándome paz, porque se lo he rogado.» Dijo Pastor: «Vuelve a Dios y pídele que te vuelva tus peleas, para que no te hagas negligente, Fue al Señor y le dijo lo que Pastor decía. Le respondió Dios que tenía su maestro razón, y le volvieron sus tentaciones. En confirmación de esto vemos que el Apóstol San Pablo, cuando pidió ser libre de la tentación, no fue oído, sino le respondió el Señor: *Bástate mi gracia, porque en la tentación se perfecciona y echa de ver la virtud* (2 Cor., 12, 9).

CAPÍTULO 9

Que en las tentaciones es uno enseñado, no solamente para sí, sino para otros.

Traen consigo las tentaciones otro provecho muy grande y muy importante para los que tratan de ayudar a los prójimos: y es, que en ellas es un alma muy enseñada, no solamente para sí, sino para otros, porque experimenta en sí lo que después ha de ser en los que ha de tratar y enderezar. Se va uno ejercitando en la milicia espiritual, y va advirtiendo con atención las entradas y salidas del demonio, con lo cual se aprende el magisterio espiritual para guiar almas, porque la experiencia enseña mucho. Y de ahí vino el proverbio: No hay mejor cirujano que el bien acuchillado. Así como el andar por el mundo hace a los hombres rasgados, prácticos y experimentados (Eccli., 43, 26): [*Los que navegan la mar, cuentan los peligros de ella*], así también lo hacen las tentaciones, Y por eso dijo el Sabio (Eccli., 34, 9): *El que no ha sido tentado, ¿qué puede saber?* Ni para sí ni para otros sabrá. Pero el hombre ejercitado y experimentado, ése sabrá mucho y será hombre de muchos medios. El que estuviere bien curtido en estas guerras espirituales será buen pastor. Pues para eso quiere también el Señor que tengamos tentaciones, para que quedemos enseñados y diestros en el magisterio espiritual de guiar y enderezar almas. Declarando más esto, quiere también el Señor que seamos tentados para que cuando viéremos a nuestro hermano tentado y afligido, sepamos tener compasión de él. Así como acá en lo corporal aprovecha mucho el haber tenido uno enfermedades y achaques para compadecerse después de los que los tienen, y saberles acudir con caridad y amor, así es también en lo espiritual.

Cuenta Casiano que un monje mancebo y muy religioso era muy tentado de tentaciones deshonestas, y fuese a otro monje viejo y le declaró llanamente todas aquellas tentaciones y movimientos malos que padecía, pensando que hallaría consuelo y remedio con sus oraciones y consejos. Pero aconteció muy al revés; porque el viejo lo era sólo en los años y no en la prudencia y discreción; y oyendo las tentaciones del mancebo, se comenzó a espantar y a santiguar, y dale una buena mano, reprendiéndole con palabras muy áspera, llamándole desdichado y miserable, y diciéndole que era indigno del nombre de monje, pues tales cosas pasaban por él. Al

fin le envió tan desconsolado con sus reprensiones, que el pobre monje, en lugar de salir curado, salió más llagado, con tan grande tristeza, desconfianza y desesperación, que ya no pensaba ni trataba del remedio de su tentación, sino de ponerlo por obra; tanto, que tomaba ya el camino de la ciudad con esa determinación e intento. Le encontró acaso el abad Apolo, que era uno de los Padres más santos y más experimentados que allí había, y en viéndole, conoció en su semblante y disposición que tenía alguna grave tentación; y comienza con grande blandura a preguntarle qué sentía, y qué era la causa de la turbación y tristeza que mostraba. El mancebo estaba tan pensativo y tan embebecido en sus imaginaciones, que no respondía palabra. El viejo, viendo que la tristeza y turbación era tan grande que no le dejaba hablar, y que quería encubrir la causa de ella, le importunó con mucho amor y suavidad que se la dijese: al fin, importunado, le dice claramente que, pues no podía ser monje ni refrenar. las tentaciones y movimientos de la carne, conforme a lo que le había dicho tal viejo, que había determinado dejar el monasterio y volverse al mundo y casarse. Entonces el santo viejo Apolo le comienza a consolar y, animar, diciéndole que él también tenía cada día aquellas tentaciones, que no por eso se había de espantar ni desconfiar; porque estas cosas no se vencen ni desechan tanto con nuestro trabajo cuanto con la gracia y misericordia de Dios. Finalmente pídele que siquiera por un día se detenga y se torne a su celda, y que allí pida a Dios luz y remedio de su necesidad. Y como fue tan breve plazo que pidió, lo alcanzó de él; y alcanzado, se va el abad Apolo a la ermita o celda del viejo que le había reprendido, y ya que llegaba cerca, se pone en oración, e hincadas las rodillas y levantadas las manos y con lágrimas en sus ojos, comienza a rogar a Dios: «Señor, que sabéis las fuerzas y flaquezas de cada uno, y sois médico piadoso de las almas, pasad la tentación de aquel mancebo a este viejo, para que sepa siquiera en la vejez compadecerse de las flaqueas y trabajos de los mozos.» Apenas había acabado esta oración, cuando vio que un negrillo muy feo estaba tirando una saeta de fuego a la celda de aquel viejo, con la cual herido el viejo, salió luego de la celda y andaba como loco saliendo y volviendo a entrar; al fin, no pudiendo sosegar ni quietarse en la celda, tomó el camino que llevaba el otro mancebo para la ciudad. El abad Apolo, que estaba a la mira, por lo que había visto entendía su tentación, se llega a él y pregúntale: «¿Adónde vas? ¿Y qué es la causa o tentación que te hace que, olvidado de la gravedad y madurez que pide tu edad, andes con tanta presa inquietud?» Él, confundido y avergonzado con su mala conciencia, entendió que había conocido su tentación, y no tuvo boca para responder. Entonces toma la

mano el santo abad y comiénzale a dar doctrina: «Vuélvete, dice, a tu celda, y entiende que hasta aquí o el demonio no te conocía, o no hacía caso de ti, pues no peleaba contigo, como él suele hacer con aquellos de quienes tiene envidia; en eso conocerás tu poca virtud, pues al cabo de tantos años que eres monje, no pudiste resistir a una tentación, ni aun sufrirla y aguardar siquiera un solo día, sino que luego al punto te dejaste vencer, y la ibas a poner por obra.» Entiende que por eso ha permitido el Señor que te venga esta tentación, para que siquiera en la vejez sepas compadecerte de las enfermedades y tentaciones de los otros, y aprendas por experiencia que los has de enviar consolados y animados y no desesperados, como hiciste con aquel mancebo que vino a ti: al cual, sin duda, el demonio acometía con estas tentaciones y te dejaba a ti, porque tenía más envidia de su virtud y de su aprovechamiento que del tuyo, y le parecía que una virtud tan fuerte con fuertes y vehementes tentaciones había de ser contrastada. Pues aprende de aquí adelante de ti a saber compadecerte de los otros, y a dar la mano al que va a caer, y ayudarle a levantar con palabras blandas y amorosas, y no ayudarle a caer con palabras ásperas y desabridas, conforme a aquello de Isaías (50, 4): *Dios le ha dado prudencia y discreción para que sepa animar y sustentar al que ha caído*; y conforme al ejemplo de nuestro Salvador, del cual dice el mismo Isaías, y lo trae el Evangelista San Mateo (12, 20): *La caña cascada no la acabará de quebrar, y la torcida que está humeando no la acabará de apagar*. Concluyó el santo viejo diciendo: «Y porque ninguno puede apagar ni reprimir los movimientos y encendimientos de la carne si no es con el fervor y gracia del Señor. hagamos oración a Dios pidiéndole que te libre de esta tentación, porque Él es el que hiere y el que sana, el que humilla y ensalza, el que mortifica y vivifica.» Se pone el Santo en oración, y así como por oración le vino la tentación, así también por ella se la quitó luego el Señor. Y con esto quedaron remediados y enseñados así el mozo como el viejo.

CAPÍTULO 10

Se comienza a tratar de los remedios contra las tentaciones, y primeramente del ánimo, esfuerzo y alegría que hemos de tener en ellas.

Hermanos míos, dice el Apóstol San Pablo (Efes.,6, 10), *confortaos en el Señor y en la potencia de su virtud. Armaos de Dios para que podáis resistir y tener fuertes contra las asechanzas del demonio*. El bienaventu-

rado San Antonio, varón muy ejercitado y experimentado en estas guerras y batallas espirituales, solía decir que uno de los principales medios para vencer a nuestro enemigo es mostrar ánimo, esfuerzo y alegría en las tentaciones; porque con eso luego él se entristece y desmaya y pierde la esperanza de podernos dañar. Nuestro Padre, en el libro de los Ejercicios Espirituales, pone una regla o documento muy bueno a este propósito. Dice que el demonio, nuestro enemigo, se ha con nosotros en las tentaciones como se ha una mujer cuando riñe con algún hombre, que si ve que el hombre la resiste y muestra pecho, luego ella se amilana, y vuelve las espaldas y huye; pero si siente en el hombre pusilanimidad y cobardía, luego ella se engríe y toma de allí más atrevimiento y osadía y se hace un tigre. Así el demonio cuando nos tienta; si nosotros le mostramos pecho y brío, y resistimos varonilmente a sus tentaciones, luego desmaya y se da por vencido; pero si siente en nosotros pusilanimidad y desmayo, entonces cobra mayor brío y fortaleza y se hace un tigre y un león contra nosotros. Y así dice el Apóstol Santiago (4,7): *Haced rostro al demonio,* resistidle con ánimo y esfuerzo, y huirá de vosotros. Confirma esto San Gregorio con aquello de la Escritura en el libro de Job, donde, según los Setenta, llama al demonio *mirmicoleón* [esto es, león y hormiga]. Es león de las hormigas; pero si vos le mostráis fortaleza de león, será una hormiga para vos. Por esto nos aconsejan los Santos en las tentaciones no nos entristezcamos, porque nos haremos cobardes y pusilánimes; sino que peleemos con alegría, como dice la Sagrada Escritura de Judas Macabeo y sus hermanos y compañeros: *Peleaban las batallas de Israel con gran alegría* (1 Macab. 3, 2); y así vencían.

Y hay otra razón para esto; que como los demonios son tan envidiosos de nuestro bien, nuestra alegría les atormenta y da pena, y nuestra tristeza y pusilanimidad los alegra; y así, aunque no fuese sino por eso, habíamos de procurar no mostrar pusilanimidad ni tristeza, por no darles ese contento, sino mostrar mucho ánimo y alegría para hacerlos rabiar con eso. Cuentan las historias eclesiásticas de los Santos Mártires que una de las cosas con que hacían rabiar a los tiranos, y con que ellos atormentaban más a los tiranos que los tiranos a ellos, era con el ánimo v fortaleza que mostraban en los tormentos. Pues de esa manera nos hemos de haber nosotros con los demonios en las tentaciones, para hacerles rabiar, y que queden corridos. Por ser este medio tan principal para vencer las tentaciones y salir con victoria y triunfo de nuestros enemigos, iremos diciendo en los capítulos siguientes algunas cosas que nos ayudarán a tener este ánimo y esfuerzo en ellas.

CAPÍTULO 11

Cuán poco es lo que el demonio puede contra nosotros.

Nos ayudará, y no poco, para tener ánimo y esfuerzo en las tentaciones, considerar la flaqueza de nuestros enemigos, y cuán poco puede el demonio contra nosotros, pues no nos puede hacer caer en pecado ninguno si nosotros no queremos. Dice muy bien San Bernardo: «Mirad y advertid, hermanos míos, cuán flaco es nuestro enemigo, pues no puede vencer sino al que quiere ser vencido. Si cuando uno va a la guerra a pelear contra sus enemigos estuviese cierto que si él quisiese vencería, y que en su mano estaba la victoria qué contento llevaría, porque iría cierto de ella; pues de sí está cierto que quiere vencer y no ser vencido, Pues de esta manera podemos ir nosotros a pelear con el demonio; porque estamos ciertos que no nos puede vencer si nosotros no querernos ser vencidos.» San Jerónimo notó esto muy bien sobre aquellas palabras que el demonio dijo a Cristo nuestro Redentor cuando, puesto en el pináculo del templo, le tentó persuadiéndole que se echase de allá abajo. (Mt., 4, 6). Dice San Jerónimo: «Ésa es voz del demonio, que desea que todos se echen y caigan abajo. El demonio os puede persuadir que os echéis; mas no os puede él echar si vosotros no queréis. Échate de ahí abajo, dice el demonio, cuando os tienta; échate en el infierno. Decidle vos: Échate tú, que sabes ya el camino, que yo no me quiero echar. Pues si vos no queréis, él no os puede echar; si vos no queréis ir al infierno, él no os puede llevar allá. Andaba uno muy afligido y ya muy consumido y gastado con una tentación del demonio, que le decía interiormente: «Ahórcate.» Le dijo un religioso a quien se declaró: «Hermano, ¿eso no ha de ser queriendo vos? Pues decidle: «No quiero»; y avisadme de aquí a ocho días cómo os va.» Y se le quitó con aquello la tentación y volvió a dar gracias al confesor que tal remedio le había dado. Pues éste es el medio que ahora vamos dando.

Concuerda bien con esto lo que dice San Agustín: «Hermanos míos, antes de la venida de Cristo, el demonio andaba suelto; pero viniendo Él al mundo, ató al demonio que se había hecho fuerte en él, como dice el sagrado Evangelio (Mt., 12, 29), y lo vio San Juan en el Apocalipsis» (20, 1-3). [*Vi descender del Cielo un ángel que tenía la llave del abismo, y una grande cadena en su mano; y prendió al dragón, serpiente antigua, que es el diablo y Satanás, y le ató por mil años: y lo arrojó al abismo y le encerró, y selló sobre él la puerta, para que no engañase más a las gentes, has-*

ta que sean cumplidos los mil años; después de esto conviene que sea desatado por un poco de tiempo.] Dice San Agustín sobre este lugar, que este atar al demonio, es no le dejar ni permitir que haga todo el mal que él podía y quería, si le dejaran, tentando y engañando a los hombres de mil maneras exquisitas. Cuando venga el Anticristo, le darán alguna más licencia; mas ahora está muy atado.

Pero diréis: Si está atado, ¿cómo prevalece y hace tanto mal? Es verdad, dice San Agustín, que prevalece y hace mucho daño; pero es en los descuidados y negligentes; porque el demonio está atado como perro con cadenas, y no puede morder a nadie, si no es al que se quiere llegar a él. Ladrar puede y provocar y solicitar a mal; pero no puede morder ni hacer mal, sino al que se le quiere llegar. Pues así como sería necio, y os reiríais y haríais burla del hombre que se dejase morder de un perro que está amarrado fuertemente con una cadena, así, dice San Agustín, merece que se rían y hagan burla de ellos los que se dejan morder y ser vencidos del demonio, pues está atado y amarrado fuertemente, como perro rabioso, y no puede hacer mal sino a los que se le quieren llegar: vos os lo quisisteis, pues os llegasteis a él para que os mordiese; que él no puede llegar a vos, ni haceros caer en culpa alguna, si vos no queréis; y así podéis hacer burla de él. Declara San Agustín a este propósito aquello del Salmo (Sal., 103, 26): *Este dragón que creasteis, Señor, para que hiciésemos burla de él*. ¿No habéis visto cómo hacen burla de un perro, o de un oso atado, y se van a jugar y pasar tiempo con él los muchachos? Pues así podéis hacer burla del demonio, cuando os trae las tentaciones, y llamarle de perro, y decirle: Anda, miserable, que estás atado, no puedes morder, no puedes hacer más de ladrar.

Cuando al bienaventurado San Antonio le aparecieron los demonios en diversas formas espantables, en figura de fieros animales, como leones, tigres, toros, serpientes y escorpiones, cercándole y amenazándole con sus uñas, dientes, bramidos y silbos temerosos, que parecía que le querían ya tragar, el santo hacia burla de ellos, y les decía: «Si tuvieseis algunas fuerzas, uno solo de vosotros bastaría para pelear con un hombre: mas porque sois flacos, procuráis juntaros a una mucha canalla, para poner miedo con eso. Si el Señor os ha dado poder sobre mí, me veis aquí, tragadme; mas si no le tenéis, ¿para qué trabajáis en balde?» Así podemos hacer nosotros; porque después que Dios se hizo hombre, ya no tiene fuerzas el demonio, como él mismo lo confesó a San Antonio, el cual respondió: «Al Señor se den gracias por eso, que aunque eres padre de mentiras, en eso dices ver-

dad, porque el mismo Cristo nos lo dice (Jn., 16. 33): *Ya Yo he vencido y librado al mundo de la sujeción y poderío del demonio; por eso tened ánimo y confianza. Gracias infinitas sean dadas al Señor, que por Cristo ha concedido esta victoria*» (1 Cor., 15, 57).

CAPÍTULO 12

Que nos ha de dar grande ánimo y esfuerzo para pelear en las tentaciones considerar que nos está mirando Dios.

Nos ayudará también mucho para tener grande ánimo y esfuerzo en las tentaciones, y pelear varonilmente en ellas, considerar que nos está mirando Dios cómo peleamos. Cuando un buen soldado está en campo peleando contra sus enemigos, y echa de ver que el emperador o capitán general le está mirando gustando de ver el ánimo con que pelea, cobra grande esfuerzo y bríos para pelear. Pues eso pasa en estas peleas espirituales, en realidad de verdad. Y así cuando peleamos contra las tentaciones, hemos de hacer cuenta que estamos en un teatro, cercados y rodeados de ángeles y de toda la corte celestial que está a la mira y esperando el suceso, y que el presidente y juez de nuestra lucha y pelea es el todopoderoso Dios. Y es consideración ésta de los Santos, fundada en aquellas palabras del sagrado Evangelio (Mt., 4, 11): [*He aquí que los ángeles se llegaron a Él y le servían*]. En aquella tentación y batalla espiritual de Cristo con el demonio, estaban los ángeles a la mira; y en acabando de vencer, comenzaron a servirle y a cantarle la gala de la victoria.

Y del bienaventurado San Antonio leemos, siendo una vez reciamente azotado y acoceado de los demonios, alzando los ojos arriba, vio abrirse el techo de su celda y entrad por allí un rayo de luz tan admirable, que con su presencia huyeron todos los demonios, y el dolor de las llagas le fue quitado, y con entrañables suspiros dijo al Señor, que entonces le apareció: «¿Dónde estabas, oh buen Jesús? ¿Dónde estabas, cuando yo era tan maltratado de los enemigos? ¿Por qué no estuviste aquí al principio de la pelea, para que la impidieras o sanaras todas mis llagas?» A lo cual el Señor respondió diciendo: A lo cual el Señor respondió diciendo: Antonio, aquí estuve desde el principio; mas estaba mirando cómo te habías en la pelea; y porque varonilmente peleaste, siempre te ayudaré y te haré nombrado en la redondez de la tierra.» De manera que somos espectáculo de Dios y de los ángeles, y de toda la corte celestial. Pues ¿quién no se anima a pelear

con esfuerzo y valentía delante de tal teatro? Y más; porque el mirar de Dios es ayudarnos, hemos de pasar en esto adelante, y considerar que no solamente nos está Dios mirando como Juez para darnos premio y galardón si vencemos, sino también como Padre y valedor, para darnos favor y ayuda para que salgamos vencedores. (2 Cron., 16, 9): [*Los ojos del Señor contemplan toda la tierra, y dan fortaleza a todos los que esperan en El*. (Sal., 15, 8): *Él anda siempre a mi diestra para que yo no resbale*]. En el segundo libro de los Reyes cuenta la Sagrada Escritura que envió el rey de Siria la fuerza de todo su ejército de carros y caballos sobre la ciudad de Dotain, donde estaba el profeta Elíseo, para prenderle; y levantándose de mañana su criado Giezi, viendo sobre sí tanta multitud, fue corriendo y dando voces a Eliseo diciéndole lo que pasaba (2 Reg., 6, 15): [*Ah, Señor mío, ¿qué haremos?*]. Le parecía que ya eran perdidos. Le dice el profeta: *No temas, que más son los que nos defienden a nosotros*. Y pidió a Dios que le abriese los ojos para que lo viese. Ábrele Dios los ojos y ve que todo el monte estaba lleno de caballería y carros de fuego en su defensa, con lo cual quedó muy esforzado. Pues con esto lo habernos de quedar también nosotros. (*Ponme, Señor, cabe ti, y pelee quien quisiere contra mí*], decía el Santo Job (17, 3). Y el Profeta Jeremías (20, 11): *El Señor está conmigo, y como fuerte guerrero pelea por Mí; no hay que temer a los enemigos, porque, sin duda, quedarán confundidos*.

San Jerónimo, sobre aquello del Profeta (Sal., 9, 13): *Señor, con el escudo de vuestra buena voluntad nos coronasteis*, dice: «Notad que allá en el mundo una cosa es el escudo y otra la corona, pero para con Dios una misma cosa es el escudo y la corona; porque defendiéndonos el Señor con el escudo de su buena voluntad, enviándonos su protección y ayuda, ese su escudo y amparo es nuestra victoria y corona» (Rom.. 8, 31): [*Sí Dios es por nosotros, ¿quién contra nosotros?*]

CAPÍTULO 13

De dos razones muy buenas para pelear con grande ánimo y confianza en las tentaciones.

El bienaventurado San Basilio dice que la rabia y enemistad que el demonio tiene con nosotros, no sólo es envidia del hombre, sino odio que tiene contra nuestro Señor; y como no puede hacer suerte en Dios, ni satisfacer en Él su rabioso enojo, viendo que el hombre había sido criado a su

imagen y semejanza, convierte toda su rabia y enojo contra el hombre por ser imagen y semejanza de Dios, a quien él tanto aborrece, y procura vengarse de Él, haciéndole todo el mal y daño que puede. Como si uno estuviese muy airado con el rey y descargase el enojo en su imagen, porque no puede llegar al rey. Y como el toro, dice San Basilio, que viéndose agarrochado del hombre, arremete con su estatua y figura, que en el coso le han puesto y en ella descarga su furia, y rabia, haciéndola pedazos, vengándose en ella del hombre.

De aquí sacan los Santos dos razones muy buenas para animarnos a pelear varonilmente en las tentaciones, y para que tengamos grande confianza que saldremos de ellas con victoria. La primera, es, porque no nos va en ello nuestra honra sola, sino la de Dios, a quien el demonio quiere injuriar y ofender en nosotros. Lo cual nos ha de animar a dar la vida, antes que faltar, porque el demonio no salga con la suya de haber tomado aquella venganza contra Dios en nosotros, como en imagen suya, y que Él tanto ama y estima. De manera, que ya, no sólo defendemos nuestro partido, sino volvemos por el partido y causa de Dios, y así hemos de morir en la demanda, antes que consentir que se menoscabe la honra de Dios.

Lo segundo, pues el demonio, por respeto de Dios, y por el odio que a su divina Majestad tiene, nos hace guerra, podemos confiadamente esperar que el Señor saldrá a la causa, y tomará este negocio por suyo, y volverá por nosotros, para que no seamos vencidos ni sobrepujados de él, sino que salgamos con victoria y triunfo. Porque aun acá vemos que si un príncipe o señor poderoso ve a otro puesto en algún trabajo o aprieto por su causa y respeto, luego sale a la demanda y toma el negocio por suyo. En el libro de Ester (caps. 8 y 9) cuenta la Sagrada Escritura que por causa de Mardoqueo, había Amán puesto a punto de muerte a todo el pueblo de los judíos, y tomó Mardoqueo por su causa de tal manera, que puso a Amán y a los suyos donde él quería ponerlos. Mucho mejor hará esto el Señor. Y así osadamente podemos decir a Dios (Sal., 73, 22): *Levantaos, Señor, y volved por vuestra causa*. (Sal, 34, 2): (*Tomad, Señor, armas y escudo, y levantaos en mi ayuda*].

CAPÍTULO 14

Que Dios no permite que nadie sea tentado más de lo que puede llevar, y que no debemos desmayar cuando crece o dura la tentación.

Fiel es Dios, dice el Apóstol San Pablo (1 Cor., 10, 13), *que no permitirá que seáis tentados más de lo que podéis y si creciere la tentación, crecerá también el socorro y favor para vencer y triunfar de vuestros enemigos*, y quedar con ganancia de la tentación. Ésta es una cosa de grandísimo consuelo y que pone grande ánimo en las tentaciones: por una parte sabemos que el demonio no puede más de lo que Dios le diere licencia, ni nos podrá tentar un punto más. Por otra parte, estamos ciertos que Dios no le dará licencia para que nos tiente más de lo que pudiéremos llevar, como dice aquí el Apóstol. ¿Quién con esto no se consolará y animará? No hay médico que con tanto cuidado mida y tase las onzas de acíbar que ha de dar al enfermo, conforme a la disposición del sujeto, como aquel Físico celestial mide y tasa el acíbar de la tentación y tribulación que ha de dar o permitir a sus siervos, conforme a la virtud y fuerzas de cada uno. Dice muy bien el santo abad Efrén: «Si el ollero que hace vasos de barro, y los pone en el horno, sabe bien el tiempo que conviene tenerlos en el fuego para que salgan bien sazonados y templados, y sean provechosos para el uso de los hombres, y no los tiene más tiempo del que es menester, porque no se quemen, y se quiebren, ni los tiene menos tiempo del necesario, porque no salgan tan tiernos, que luego se deshagan entre las manos: ¿cuánto más hará esto Dios con nosotros, que es de infinita sabiduría y bondad, y es grande el amor paternal que nos tiene?»

San Ambrosio, sobre aquello de San Mateo (8, 23): [*Entrando Jesús en una barca, le siguieron sus discípulos, y al punto se levantó en el mar tan recia tempestad, que las ondas cubrían la barca; mas Él dormía*], dice «Notad que también los escogidos del Señor, y que andan en su compañía, son combatidos de tentaciones, y algunas veces hace Dios del que duerme, escondiendo, como buen padre, el amor que tiene a sus hijos, para que acudan más a Él; pero no duerme Dios ni se ha olvidado de vos.» Dice el Profeta Habacuc (2, 3): *Si os pareciere que tarda el Señor, esperadle, y estad muy cierto que vendrá y no tardará*. Os parece a vos que tarda; mas, en realidad, de verdad no tarda Al enfermo le parece larga la noche y que se tarda el día; mas no es así: no se tarda, que a su tiempo viene. Así, Dios

no se tarda, aunque a vos como a enfermo os parezca que sí. Él sabe muy bien la ocasión y la coyuntura, y acudirá al tiempo de la necesidad.

San Agustín trae a este propósito aquello que respondió Cristo nuestro Redentor a las hermanas de Lázaro, Marta y María (Jn., 11, 4): [*Esta enfermedad no es para muerte, sino para gloria de Dios, para que el Hijo de Dios sea glorificado par ella*]. Le habían enviado a decir que estaba enfermo su amigo Lázaro, y se detuvo dos días que no quiso ir allá para que el milagro fuese más señalado. Así dice, hace Dios muchas veces con sus siervos; déjales por algún tiempo en las tentaciones y trabajos, que parece se ha olvidado de ellos; pero no se ha olvidado, sino lo hace para sacarlos después de ellos con mayor triunfo y gloria. Como a José, que le dejó estar mucho tiempo en la cárcel, para sacarle después de allí, como le sacó, con grande honra y gloria, haciéndole gobernador de toda la tierra de Egipto. Así, dice, habéis de entender que si el Señor se detiene y permite que dure la tentación y el trabajo, es paras sacaros después de él con mayor aprovechamiento y acrecentamiento vuestro. San Crisóstomo nota también esto sobre aquellas palabras (Sal., 9, 15): [*Me ensalzas de las puertas de la muerte*]. Advertid, dice, que no dijo el Profeta: Me libraste, Señor, de las puertas de la muerte, sino me ensalzas. Porque el Señor, no sola-mente libra a sus siervos de las tentaciones, sino pasa adelante haciéndoles con esto más aventajados y señalados. Y así, por muy apretado que os veáis, aunque os parezca que llegáis hasta las puertas del infierno, habéis de tener confianza, que de ahí os sacará Dios (1 Sam., 2, 6): *Él es el que mortifica y vivifica, el que deja llegar hasta las puertas de la muerte, y el que saca y libra de ellas*, cuando ya pensabais perecer, y así decía el Santo Job (13, 15): *Aunque me mate, en Él esperaré*.

San Jerónimo pondera aquí muy bien aquello del Profeta Jonás (2, 1), que cuando pensó que ya era perdido y que no había remedio, sino que dan con él en la mar; ahí le tenía el Señor a punto una ballena que le recibiese, no para despedazarle, sino para salvarle y echarle a tierra como en un navío muy seguro. Advertid y considerad, dice, que lo que los hombres pensaban que era su muerte, eso fue su guarda y su vida. Pues así, dice, nos acontece a nosotros, que lo que pensamos muchas veces que es pérdida, es ganancia; y lo que pensamos que es muerte, es vida.

Como la redoma de vidrio en poder de hombre que juega de manos, que la echa muchas veces en alto, y piensan los otros que cada vez se le ha de caer y hacer pedazos; pero después de dos o tres veces, se les quita el miedo a los que lo ven y tienen por tan diestro al jugador que se admiran

de su destreza; así, los siervos de Dios, que saben muy bien cuán diestro oficial es Dios y conocen prácticamente y por experiencia que sabe muy bien jugar con nosotros, levantándonos y humillándonos. mortificándonos y vivificándonos, hiriendo y sanando, no temen ya en las adversidades y peligros, aunque se tengan por flacos y de vidrio, porque saben que están en buenas manos, que no se le quebrará la redoma ni la dejará caer (Sal., 30, 16): *En tos manos, Señor, están mis suertes*.

En la Historia Eclesiástica se refiere que decía el abad Isidoro: «Cuarenta años ha que soy combatido de un vicio, y nunca he consentido.» Y de otros muchos de aquellos santos monjes antiguos leemos semejantes ejemplos de tentaciones muy continuas y largas, en que peleaban con grande fortaleza y confianza (Baruc, 3, 26) [*Allí hubo unos gigantes diestros en la guerra*]. Pues a estos gigantes, que sabían bien pelear, hemos nosotros de imitar. El glorioso San Cipriano para animarnos a esto, trae aquello de Isaías (43, 1-2): *No quieras temer, dice Dios, porque Yo te redimí; tú eres mío, y bien sé tu nombre; cuando pasares por las aguas, estaré contigo, y no te hundirás; cuando anduvieres en medio del fuego no te quemaras, ni la llama te hará mal alguno, porque Yo soy tu Dios, tu Señor y Salvador*. También son para esto muy tiernas y regaladas aquellas palabras que dice Dios por el mismo Profeta (66, 12): [*A mis pechos seréis llevados y sobre mis rodillas os asentaré y regalaré. De la manera que una madre regala a su hijo chiquito, así Yo os consolaré*]. Mirad con qué amor y ternura recibe la madre al niño, cuando teniendo miedo de alguna cosa se acoge a ella; cómo le abraza y le da el pecho; cómo junta su rostro con el suyo, y le acaricia y regala. Pues con mayor amor y regalo sin comparación acoge el Señor a los que en las tentaciones y peligros acuden a Él. Esto decía el Profeta que le consolaba y animaba mucho a él en sus tentaciones y trabajos (Sal., 118, 49): [*Acuérdate, Señor, de la palabra que tienes dada a tu siervo, con la cual me diste esperanza. Ésta me esforzó y consoló en la aflicción de mis trabajos, y tu palabra me vivificó*]. Esto nos ha de consolar y animar también a nosotros, y hacer que tengamos grande ánimo y confianza en las tentaciones, porque no puede faltar Dios a su palabra, dice el Apóstol San Pablo (Hebra., 6, 18).

CAPÍTULO 15

Que el desconfiar de sí y poner toda su confianza en Dios es grande medio para vencer las tentaciones, y por qué acude Dios tanto a los que confían en Él.

Uno de los más principales y eficaces medios para alcanzar victoria y triunfo en las tentaciones, es desconfiar de nosotros y poner toda nuestra confianza en Dios y así vemos que no da otra razón el mismo Señor en muchos lugares de la Sagrada Escritura para amparar y librar a uno en el tiempo de la tribulación y aceptación, sino haber esperado y confiado en Él (Sal., 90, 14): [*Pues esperó en Mí, Yo, le libraré. Tú eres Salvador de los que en Ti confían.* (17,31): *Protector es de cuantos en Él esperan*]. De donde tomó la Iglesia aquella oración: Señor, que sois protector y amparo de los que esperan en Vos, etc. Y en el salmo cincuenta y seis, esto alega el Profeta y pone delante Dios para obligarle a que use con él de misericordia: *Señor, habed misericordia de mí, porque he esperado y puesto toda mi confianza en Vos*. [*A la sombra de vuestras alas esperaré*]. Y lo mismo hace el Profeta Daniel (3, 40): [*No quedan confundidos, los que confían en Ti*]. Y el Sabio dice (Eccli.,2, 11) *¿Quién jamás esperó en Dios que quedase confundido?* Y toda la Escritura está llena de esto, de lo cual dijimos arriba largamente, y así no será menester detenernos aquí en ello.

Pero veamos qué es la causa de ser este medio tan eficaz para alcanzar el favor del Señor, y por qué acude Dios tanto a los que desconfían de sí y ponen en Él toda su confianza. La razón de esto hemos también tocado diversas veces y la da el Señor en el salmo noventa (v. 14): *Porque esperó en Mí, le ampararé y libraré*. ¿Por qué? [*Porque conoció mi nombre*]. Lo declara muy bien San Bernardo: «La razón es, porque ése no se atribuye nada así, sino todo lo atribuye y refiere a Dios, Y a Él le da la honra y gloria de todo, y así entonces toma Dios la mano, y hace suyo el negocio y se encarga de él, y vuelve por su gloria y honra. Pero cuando uno va confiado en sí y en sus medios y diligencias, todo aquello se atribuye a sí y lo quita a Dios, y se quiere alzar con la honra y gloria que es propia de su Majestad, y así le deja Dios en su flaqueza. que no haga nada: porque, como dice el Profeta (Sal.. 146.. 10), *no se agrada Dios en los que confían en la fortaleza de sus caballos, y en sus industrias y diligencias, sino en aquellos que*, desconfiados de sí y de todos sus medios, *ponen toda su confianza en Dios*, y a ésos envía Él su socorro y favor, muy copioso y abundante.»

San Agustín dice que por esto dilata Dios algunas veces sus dones y favores, y permite que duren mucho en nosotros los resabios y algunos vicios y malas inclinaciones que tenemos, y que no las acabemos de vencer y sujetar del todo; no para que nos perdamos y condenemos, sino para que seamos humildes y para encomendarnos más sus dones, y que los estimemos en más y los reconozcamos por suyos, y no nos atribuyamos a nosotros lo que es de Dios, porque ése es un error muy grande y muy contrario a la honra de Dios y a la Religión y piedad cristiana. Y si alcanzásemos esas cosas con facilidad, no las tendríamos en tanto, y luego pensaríamos que nos las teníamos en la manga, y que por nuestra diligencia las habíamos alcanzado. San Gregorio, sobre aquellas palabras de Job (6, 13): [*Mirad que no tengo fuerzas para valerme*] dice: «Muchas veces usamos tan mal de la virtud y dones de Dios, que nos fuera mejor no los tener; porque nos ensoberbecemos con ellos y confiamos luego mucho en nosotros mismos, y atribuimos a nosotros, a nuestras fuerzas y diligencias lo que es pura gracia y misericordia de Dios. Pues por esto nos niega el Señor muchas veces sus dones, y permite que millares de veces experimente uno su propia imposibilidad en muchas obras buenas, grandes y pequeñas, y que no pueda obrar cuanto querría; y permite que dure mucho tiempo esa imposibilidad, para que aprenda a humillarse y a no confiar de sí, ni atribuirse cosa alguna, sino que todo el bien lo atribuya a Dios, y entonces podrá cantar y decir (1 Sam, 2, 4): *Las armas de los fuertes fueron vencidas, y los flacos han sido ceñidos de fortaleza*.»

CAPITULO 16

Del remedio de la oración, y se ponen algunas oraciones jaculatorias. acomodadas para el tiempo de las tentaciones.

El medio de la oración siempre se ha de tener por muy encomendado, porque es un remedio generalísimo y de los mas principales, que la divina Escritura y los Santos nos dan para esto. Y el mismo Cristo nos lo enseña en el sagrado Evangelio (Mt., 26. 41): *Velad y orad, porque no entréis en tentación*. Y no sólo de palabra, sino con su propio ejemplo, nos le quiso enseñar la noche de su Pasión, apercibiéndose para aquella batalla con larga y prolija oración, no porque Él tuviese necesidad, sino para enseñarnos a nosotros que lo hagamos así en todas nuestras tentaciones y adversidades. El abad Juan decía que ha de ser el religioso como un hombre que tie-

ne a la mano izquierda el fuego y a la derecha el agua, para que en prendiéndose el fuego, luego eche agua y le apague. Así, en prendiéndose el fuego del pensamiento torpe y malo, hemos de tener luego a la mano el refrigerio de la oración para apagarle. Traía también otra comparación, y decía que el religioso es semejante a un hombre que está sentado debajo de un árbol grande, el cual, viendo venir muchas serpientes y bestias fieras contra sí, como no les puede resistir, se sube encima del árbol, y así se salva. De la misma manera el religioso, cuando ve venir las tentaciones, se ha de subir a lo alto con la oración y acogerse a Dios, y así se salvará y librará de las tentaciones y lazos del demonio (Prov., 1, 17): [*En vano se tiende la red a vista de los que tienen alas*]. En balde trabajará y echará él sus redes si nosotros sabemos volar y subirnos a lo alto con las alas de la oración. (Sal., 24, 15): [*Mis ojos traigo siempre puestos en el Señor, porque El librará mis pies de los lazos*].

En la PRIMERA PARTE (trat. 5) tratamos largamente de este medio de la oración; ahora solamente recogeremos algunas oraciones jaculatorias de que nos podamos ayudar en semejantes tiempos. Llena tenemos la Sagrada Escritura, especialmente los salmos, de oraciones acomodadas para esto. Cuales son (Isai., 38, 14): [*Señor, violencia padezco, responded por mí*]. - (Sal., 43, 24): *Levantaos, Señor, ¿por qué dormís?* [*Levantaos, no nos desamparéis para siempre*]*; ¿por qué apartáis vuestro rostro y os olvidáis de nuestra pobreza y tribulación?* - (Sal, 34, 2): *Tornad armas y escudo y levantaos en nuestra ayuda; decid a mi ánima: Yo soy tu salud. ¿Hasta cuándo, Señor. me habéis de olvidar? ¿Hasta cuándo habéis de apartar de mi vuestro rostro?* - (Sal., 12, 1-5): *¿Hasta cuándo se ha de gloriar mi enemigo sobre mí? Miradme, Señor, y oídme, y alumbrad mis ojos, para que no duerma sueño de muerte, ni pueda decir mi enemigo que prevaleció contra Mí.* - (Sal., 9, 10): *Vos sois, Señor, nuestro refugio y amparo en el tiempo de la necesidad y tribulación*. - (Sal., 56, 2; 62, 8): [*Mi esperanza, Señor, y mi gozo será verme a la sombra y al abrigo de vuestras alas*]. Así como los pollitos se guarecen debajo de las alas de su madre cuando viene el milano, así nosotros, Señor, estaremos bien guarecidos y guardados debajo de vuestras alas. San Agustín se alegraba mucho con esta consideración, y decía a Dios: «Señor, pollito soy, tierno y flaco, y si Vos no me amparáis, me arrebatará el milano. *Amparadme, Señor, debajo de vuestras alas*» (Sal., 16, 8). Particularmente es maravilloso para este efecto aquel principio del salmo sesenta y siete: Levántese Dios y sean desbaratados sus enemigos; huyan delante de Él los que le aborrecen; porque como les ponemos delante, no nuestra virtud, sino la de Dios, descon-

fiando de nosotros e invocando contra ellos el favor de su Majestad, desfallecen y huyen viendo que ha de salir El a la causa contra ellos en favor nuestro. San Atanasio afirma que muchos siervos de Dios han experimentado mucho provecho en sus tentaciones, diciendo este verso.

Una veces con éstas u otras palabras de la Sagrada Escritura, que tienen particular fuerza; otras veces con palabras salidas de nuestra necesidad —también suelen ser muy eficaces—, siempre hemos de tener muy a la mano este remedio de acudir a Dios con la oración. Y así solía decir el B. Padre Maestro Ávila: «La tentación a vos, y vos a Dios. (Sal., 120, 1): *Levantaré mis ojos a aquellos montes soberanos, de donde me ha de venir todo el socorro y favor. [Mi socorro viene del Señor, que hizo el Cielo y la tierra*].» Y hemos de procurar que estos clamores y suspiros salgan, no solamente de la boca, sino de lo íntimo del corazón, conforme a aquello del Profeta (Sal. 129, 1): [*De lo más profundo clamé a Ti, Señor*]. Dice San Crisóstomo sobre estas palabras: «No dijo ni clamó solamente con la boca, porque estando el corazón distraído, puede la lengua hablar, sino de lo profundísimo y más íntimo de sus entrañas y con grande fervor clamaba a Dios.»

CAPITULO 17

De otros remedios contra las tentaciones.

El bienaventurado San Bernardo dice que el demonio cuando quiere engañar a uno, primero mira muy bien su natural, su condición e inclinación, a donde le ve más inclinado, por allí le acomete. Y así, a los blandos y de suave condición les acomete con tentaciones deshonestas y de vanagloria; y a los que tienen condición áspera, con tentaciones de ira, de soberbia, de indignación e impaciencia. Lo mismo nota San Gregorio, y trae una buena comparación. Dice que así como uno de los principales avisos de los cazadores es saber a qué linaje de cebo son más aficionadas las aves que quiere cazar, para armarles con eso, así el principal cuidado de nuestros adversarios los demonios, es saber a qué género de cosas estamos más aficionados y de qué gustamos más, para armarnos y entrarnos por ahí. Y así vemos que acometió y tentó el demonio a Adán por la mujer, porque sabía la afición grande que la tenía, y a Sansón también por ahí le acometió y le venció para que declarase el enigma y para que dijese en qué estaba su fortaleza. Anda el demonio como diestro guerrero rodeando y bus-

cando con mucha diligencia la parte más flaca de nuestra alma, la pasión que reina más en cada uno y aquello a que es más inclinado, para combatirle por allí. Y así ésta ha de ser también la prevención y remedio que nosotros hemos de poner de nuestra parte contra este ardid del enemigo; reconocer la parte más flaca de nuestra ánima y más desamparada de virtud, que es donde la inclinación natural, o la pasión, o costumbre mala más nos lleva, y poner ahí mayor cuidado y defensa.

Otro remedio muy conforme a éste nos ponen los Santos y maestros de la vida espiritual. Dicen que hemos de tener por regla general, cuando somos combatidos por alguna tentación, acudir luego a lo contrario de ella y defendernos con ello. Porque de esa manera curan acá los médicos las enfermedades del cuerpo, cuando las enfermedades proceden del frío, aplican cosas calientes, y cuando de sequedad, cosas húmedas: y de esa manera los humores se reducen a un medio y se ponen en conveniente proporción. Pues de esa misma manera hemos nosotros de curar y remediar las enfermedades y tentaciones del alma. Eso es lo que nos dice nuestro Padre: «Se deben prevenir las tentaciones con los contrarios de ellas, como es, cuando uno se entiende ser inclinado a soberbia, ejercitándole en cosas bajas que piensa le ayudarán para humillarse, y así de otras inclinaciones siniestras.»

CAPÍTULO 18

De otros dos remedios muy principales, que son: resistir a los principios y nunca estar ociosos.

Otro remedio muy bueno y general nos dan aquí los Santos, y es que procuremos resistir a los principios. Dice San Jerónimo: «Cuando el enemigo es pequeño, matadle: ahogadle en su principio y deshacedle en su raíz antes que crezca, porque después por ventura no podréis. Es la tentación *como una centella* de fuego, que, si una vez prende, *crece y abrasa*. (Eccli., I1, 34). Y así dijo muy bien el otro: «Resiste a los principios; tarde viene el remedio cuando la llaga es muy vieja.» Y mucho mejor nos avisa de ello el Espíritu Santo por el Profeta David (Sal. 136, 9): [*Dichoso aquel que cogiere tus pequeñuelos y los estrellare contra una piedra*]. Y por su hijo Salomón (Cant., 2, 15): [*Cazadnos las raposas pequeñas, que asuelan las viñas*]. Cuando las raposillas de las tentaciones son pequeñas, cuando comienzan los pensamientos de juicios, de soberbia, de la aficioncilla de la

amistad y de la singularidad, entonces los habéis de quebrantar en la piedra firmísima, que es Cristo, con su ejemplo y consideración, para que no crezcan y vengan a destruir la viña de nuestra alma. No podemos excusar que nos vengan tentaciones y pensamientos malos: pero bienaventurado aquel que al principio, cuando comienzan a venir, se sabe sacudir de ellos. Así declara San Jerónimo este lugar: «Importa mucho resistir a los principios, cuando el enemigo es flaco y tiene pocas fuerzas, porque entonces el resistir es fácil, y después muy dificultoso.»

San Crisóstomo declara esto con una comparación. Así como si a un enfermo le viene apetito de comer una cosa dañosa, y vence aquel apetito, se libra del daño que le había de hacer aquella mala comida, y sana más presto de la enfermedad: mas si por tomar aquel poco de gusto come el manjar dañoso, se le agrava la enfermedad y viene a morir de ella o a tener muy grande pena en la cura, todo lo cual pudiera excusar con tomar un poco de trabajo en refrenar al principio aquel apetito de gula de comer aquel manjar dañoso; así, dice, si cuando al hombre le viene el mal pensamiento o el deseo de mirar, se vence en eso al principio, refrenando la vista y desechando luego el mal pensamiento, se librará de la molestia y pena de la tentación que de allí se le había de levantar, y del daño en que consintiendo podría caer; pero si no se vence y refrena al principio, por aquel pequeño descuido y por aquel poquito de gusto que recibió mirando o pensando, viene después a morir en el alma, o, a lo menos, a tener gran trabajo y pena resistiendo. De manera que lo que al principio le costara poco o casi nada, le viene después a costar mucho.

Y así concluye el Santo que importa grandemente resistir a los principios.

En las *Vidas* de los Padres se cuenta que el demonio se le apareció una vez al abad Pacomio en la figura de una mujer muy hermosa, y pidiéndole el santo porque usaba de tanta malicia para engañar a los hombres, le dijo el demonio: «Si comenzáis a dar alguna entrada a nuestras titilaciones, luego os ponemos mayores incentivos para provocaros más a pecar; empero si vemos que al principio resistís y no dais entrada a las imaginaciones y pensamientos que os traemos, como humo desfallecemos.»

También es gran remedio contra las tentaciones nunca estar ociosos. Y así, dice San Casiano que aquellos Padres de Egipto tenían esto por primer principio, y lo guardaban como tradición antigua, recibida de sus mayores, y lo recomendaban mucho a sus discípulos por singular remedio: Te halle siempre el demonio ocupado. Y así se lo enseñó Dios e San Antonio,

y le dio este medio para poder perseverar en la soledad y defenderse de las tentaciones, y lo trae San Agustín. Dice que San Antonio no podía estar siempre en oración, con ser San Antonio, y era combatido y fatigado algunas veces de diversos pensamientos, y pidió a Dios: «Señor, ¿qué haré, que querría ser bueno y mis pensamientos no me dejan?» Y oyó una voz que le dijo: «Antonio, si deseas agradar a Dios ora, y cuando no pudieres orar, trabaja; procura siempre estar ocupado en algo y hacer lo que es de tu parte, y no te faltará el favor del Señor. Otros dicen que le apareció un ángel en figura de un mancebo que cavaba un poco y otro poco estaba puesto de rodillas en oración, las manos puestas y levantadas, que era decir lo mismo. La ociosidad es raíz y origen de muchas tentaciones y de muchos males; y así nos importa mucho que nunca el demonio nos halle ociosos, sino siempre ocupados.

CAPÍTULO 19

A las tentaciones que vienen con apariencia de bien, y que es gran remedio contra todas las tentaciones el conocerlas y tenerlas por tales.

San Buenaventura avisa otra cosa común, pero muy necesaria, y es que estemos advertidos que a los buenos, que tratan de virtud y de perfección, procura el demonio acometerles siempre con apariencia de bien, transfigurándose en ángel de luz. «Los venenos y ponzoña, dice San Jerónimo, no se dan sino cubiertos con azúcar o con otra cosa gustosa, para que no se sientan, y el cazador esconde el lazo con el cebo.» Así lo hace el demonio (Sal., 141, 4): [*En este camino que andaba me armaron lazo escondido*]; porque si claramente y al descubierto acometiese con lo malo, los que aman la virtud y desean servir a Dios, huirían de ello y no haría nada con ellos. Y así, dice San Bernardo: «El bueno y virtuoso nunca es engañado sino con apariencia de bien.» Es el demonio muy astuto y sabe muy bien por dónde ha de entrar a cada uno. y así para mejor conseguir su intento, entra, muy disimulado. Lo primero, dice San Buenaventura, propone cosas de suyo buenas; luego las mezcla con malas; después ofrece falsos bienes y verdaderos males y cuando tiene ya a uno en el lazo, que con dificultad puede salir de él, entonces muestra claramente su ponzoña y le hace caer en pecados manifiestos Es como el escorpión. que tiene una cara halagüeña y en la cola tiene el veneno con que mata.

¡Cuántos, dice San Buenaventura, han trabado conversación y amistad con algunas personas so color de espíritu, pareciéndoles que todo aquel trato era de Dios y espiritual, y que aprovechaban sus almas con aquello! Y por ventura al principio era así; pero ése es el ardid del demonio que vamos ahora descubriendo. (2 Cor.. 2, 1 I): *Bien sabemos sus celadas*, las entradas y salidas; por ahí comienza él: primero por cosas buenas; pero luego se siguen de ahí largas pláticas y conversaciones, y unas veces son de Dios, otras del mucho amor que se tienen; luego se sigue de ahí el darse algunas cosillas y donecillos en señal de amor y para que se acuerde el uno del otro, las cuales cosas, como dice San Jerónimo, son señal clara de amor no santo. Va ya mezclando el demonio males con bienes, y de ahí se siguen falsos bienes y verdaderos males. De esta manera engaña el demonio a muchos en éste y en otros muchos vicios, cubriéndolos con velo de virtud para que no se entienda ni conozca lo que son, como el que se finge ser amigo de otro, para tener entrada con él y después matarle a traición, como hizo Joab con Amasa (2 Sam., 20,9) y Judas con Cristo nuestro redentor, entregándole vendiéndole con beso de paz. Y así es menester que nos guardemos mucho de estas tentaciones que vienen con apariencia de bien, y que estemos muy sobre aviso, porque son tanto más peligrosas cuanto son menos conocidas. Por lo cual pedía el Profeta al Señor (Sal. 90, 6) que le librase *del demonio de mediodía*. Aún no se contenta el demonio con transfigurarse en ángel de luz, como dice San Pablo (2 Cor., 11, 14), sino que se transfigura en luz de mediodía, haciendo que parezca muy claro y resplandeciente lo que es oscuridad y tinieblas, y haciendo entender que no hay que dudar ni hay peligro ninguno, sino que es claramente bueno lo que es ciertamente malo y de suyo muy peligroso. Hay algunos ladrones los cuales andan tan vestidos de seda que no hay quien los conozca ni piense que puada caber tanta maldad en hombres que parecen tan honrados, hasta que los toman con el hurto en las manos. Entonces se espantan como aquéllos eran ladrones, y dicen: ¿Quién pensara tal? Así es la tentación que viene con apariencia de bien.

Doctrina es común de los Santos y maestros de la vida espiritual, que es gran remedio contra todas las tentaciones conocer que es tentación aquella que me combate, como lo es conocer a uno por enemigo para guardarse de él. Y por eso también decíamos arriba que el propio conocimiento es un medio eficacísimo para vencer todas las tentaciones. Y se verá bien la fuerza de este medio por aquí: si cuando viene la tentación y el movimiento y apetito malo, vieseis delante de vos un demonio horrible y espantoso que os está persuadiendo aquello, ¿qué haríais? Luego os santiguaríais

e invocaríais el nombre de JESÚS; no sería menester más de ver que el demonio es el que os persuade a ello, para entender que es engaño y tentación, y huir de ello. Pues esto pasa al pie de la letra en nuestras tentaciones. Así como tenemos cada uno su ángel custodio, conforme a aquellas palabras de Cristo (Mt., 18, 10): *Mirad no menospreciéis uno de estos pequeñitos, porque os digo de verdad que sus ángeles siempre ven el rostro de mi Padre que está en los Cielos*. Sobre las cuales palabras dice San Jerónimo: «Grande es la dignidad de las almas, y en mucho las estima Dios; pues en naciendo el hombre, luego le diputa y señala un ángel que le guarde, tenga cuidado de él» Así como un padre principal da a un hijo muy querido un ayo que le guarde en lo corporal y le enseñe en las costumbres, así Dios nos quiso y estimó en tanto, que dio a cada uno un ángel por ayo. Pues volviendo a nuestro punto, tan bien traemos contra nosotros cada uno un demonio, que atiende y se ocupa en solicitarnos a lo malo, y causar en nosotros malos pensamientos y peores movimientos, y está siempre aguardando la ocasión y coyuntura para eso, porque nunca duerme, y está mirando nuestra inclinación y lo que nos da más gusto, para acometernos y entrarnos por allí, tomando por medio nuestra carne y sensualidad para hacernos mal. Y así dijo Dios al demonio: *¿No has considerado a mi siervo Job?* (2, 3), como a quien andaba tras él. De manera, que siempre anda el demonio a nuestro lado. Y así, cuando os viniere algún movimiento o algún pensamiento que os incite a hacer algún pecado o alguna imperfección, entended que ésa es tentación del demonio, y santiguaos, y guardaos como si vieseis al mismo demonio que os está diciendo que hagáis aquello.

San Gregorio trae un ejemplo que le aconteció al bienaventurado San Benito con un monje suyo, con que se declara bien esto. Dice que un monje era muy tentado de la vocación: le parecía que no podía llevar el rigor de la Religión, y se quería volver al mondo; acudía muchas veces con esta tentación a San Benito; el Santo le decía que era tentación del demonio, y le aconsejaba lo que le convenía. Y como hiciese esto muchas veces, y no aprovechase para que el novicio dejara de hacer instancia para irse, el Santo, cansado e importunado, dijo que se fuese en buena hora, y le manda dar sus vestidos. Pero al fin, como Padre, no pudo dejar de sentirlo, y se puso en oración por él, en saliendo el monje por las puertas del monasterio para irse al mundo, ve venir contra sí un grande dragón que, abierta la boca, le quería tragar. Él, temblando y palpitando, comienza a dar grandes voces. ¡Socorredme: socorredme, hermanos, porque este dragón me quiere tragar! Acudieron los monjes a las voces, y no vieron el dragón; pero hallaron al monje temblando y casi ya agonizando; le traen al monasterio, y en vién-

dose dentro, hizo voto de nunca más salir de él. Y así lo cumplió, y no fue de ahí adelante molestado de aquella tentación. Nota allí San Gregorio, que por las oraciones del bienaventurado San Benito vio el dragón que le quería tragar, al cual antes no veía, y así le seguía, porque no le tenía por dragón ni por demonio; pero cuando le vio y conoció, comenzó a dar voces y a pedir socorro para librarse de él. De manera, que no es ésta imaginación ni consideración inventada de nuestra cabeza, sino que pasa así en realidad de verdad, que el demonio es el que nos acomete con la tentación. Y así nos lo avisa también el Apóstol San Pedro como buen pastor, y nos lo trae cada día a la memoria nuestra Madre la Iglesia como cosa de mucha importancia (1 Pedro 5, 8): Hermanos míos, estad siempre a punto y sobre aviso, porque vuestro adversario el demonio como un león bramando, buscando y rodeando a ver si halla a quién tragar. Resistidle varonilmente, no os dejéis llevar de sus engaños y persecuciones.

CAPÍTULO 20

Cómo nos hemos de haber en las tentaciones de pensamientos malos y feos, y de los remedios contra ellas

Acerca de esto se ha de advertir: lo primero, que hay algunos que se entristecen y afligen mucho cuando se ven combatidos de pensamientos malos, de blasfemias, o contra la fe, o con pensamientos torpes y deshonestos; tanto, que algunas veces les parece que el Señor los ha desamparado y olvidado, y que deben de estar en su desgracia, pues tales cosas pasan por ellos. Éste es un engaño grande. Cuenta Gersón de un monje que hacía vida solitaria en el yermo, que era muy tentado y afligido de pensamientos de blasfemias y de otros muy feos y torpes, había veinte años que padecía esta tentación, y no se atrevía a descubrirla a nadie, pareciéndole ser aquella una cosa nunca oída ni vista, y que se escandalizaría el que la oyese. Finalmente, al cabo de veinte años, fue a un Padre muy antiguo y experimentado, y aun no se atrevió a decírselo de palabra, sino lo escribe en un papel, y se lo da; el viejo leyó su papel, se comenzó a reír, y dice el monje: «Pon tu mano sobre mi cabeza.» Y como la pusiese dijo el viejo: «Yo tomo todo este tu pecado sobre mí; no hagas más conciencia de él de aquí adelante.» El monje quedó espantado. «Pues ¿cómo? Me parecía a mí que estaba ya en el infierno, y me dices que no haga caso de ello.» Le dice el viejo: «¿Recibías tú por ventura contento en esos pensamientos malos y

torpes?» «¡Jesús!, dice, no; sino muy grande pena y tormento.» Pues de esa manera, dice el santo viejo, claro está que no hacías tu eso, sino lo padecías contra tu voluntad, procurándolo el demonio para traerte con eso a desesperación. Y así, toma, hijo mío, mi consejo, y si de aquí adelante te tornaren a venir esos pensmnientos malos, di: Sobre ti sea esa blasfemia, espíritu maligno, y ese pensamiento sucio: yo no quiero tener parte en eso, sino creo y tengo todo lo que tiene y cree la santa Madre Iglesia, y daré la vida antes que ofender a mi Dios.» Con esto quedó remediado el monje y de allí adelante nunca más le vino aquella tentación. Y nótese aquí de camino, para los que por la dificultad que sienten, dejan de manifestar sus tentaciones, como es mayor pena y tormento el no declararse uno, que el declararse, como diremos en su lugar. Veinte años estuvo este monje en grande aflicción y tormento por no manifestar su tentación, y en manifestándola, quedó quieto y sosegado. ¡Cuánto trabajo hubiera ahorrado si lo que hizo al cabo de veinte años lo hiciera al principio! De manera que no es nueva esta tentación, ni nos hemos de espantar de ella.

Resta decir cómo nos hemos de haber en semejantes tentaciones de pensamientos malos y feos. Algunos no se saben valer en ellas, porque hacen mucha fuerza y ponen mucho ahínco para desechar y resistir a estos pensamientos, apretando las sienes, arrugando la frente, meneando la cabeza, cerrando los ojos, como quien dice: No habéis de entrar acá. Y algunas veces, si no hablan y responden «no quiero», les parece que consienten. Mayor es el daño que se hace uno con esto a sí mismo, que el que le hace la tentación. Estaba el otro criado del rey Saúl dando voces de cerca, y reprendía al que las daba de lejos, *porque despertaba e inquietaba al rey* (1 Sam., 26, 14). Os estáis vos inquietando y turbando a vos mismo de cerca, y ¿os quejáis de la tentación que viene de fuera? Adviértase mucho esto, porque es una cosa que suele destruir mucho las cabezas, especialmente a gente escrupulosa. No es la oración. ni los ejercicios espirituales, lo que les tiene cascadas y quebradas las cabezas y gastada la salud: sino sus escrúpulos e indiscreciones. Y eso es lo que pretende el demonio, que bien sabe él que estáis muy lejos de consentir. Y no es pequeña, sino grande ganancia para él, cuando esto saca. No es negocio este que se ha de hacer a cabezadas.

Pues ¿cómo se han de resistir y desechar estas tentaciones? Dicen los Santos y maestros de la vida espiritual que el modo de resistir no ha de ser pelear por desecharlas, fatigándose y cansándose, y haciendo fuerza con la imaginación; sino no haciendo caso de ellas. Declaran esto con algunas

comparaciones, que, aunque bajas, lo declaran bien. Así como cuando salen algunos gozquejos a ladrar a uno, si no hace caso de ellos, luego se van; y si hace caso y vuelve a ellos, vuelven a ladrar, así acontece en estos pensamientos, y así, el remedio es no hacer caso de ellos, y de esa manera nos dejarán más presto. O hemos de hacer, dicen, como el que va por alguna calle y el aire trae contra él muchedumbre de polvo, y é1 no hace caso de eso, sino cierra los ojos v pasa adelante. Y para mayor consuelo de los que son molestados de esta tentación, y para que se acaben de persuadir a usar de este remedio, advierten los Santos que, por muy malos que sean los pensamientos, no hay que hacer caso de ellos; antes, mientras más malos son, menos caso hemos de hacer de ellos, por ser menos peligrosos. ¿Pueden ser peores que contra Dios y sus Santos, contra la fe y Religión? Pues ésos son los menos peligrosos, porque cuanto peores, tanto, con la gracia del Señor, están más lejos de vuestra voluntad y consentimiento. Y así no hay que tener pena de que os vengan, porque eso no es culpa ninguna, ni está en vuestra mano, ni sois vos el que hacéis eso; si lo padecéis contra vuestra voluntad, procurándolo el demonio para haceros desmayar y caer en desesperación o en tristeza y aflicción grande.

Se cuenta de Santa Catalina de Sena que estando una vez muy fatigada de estos pensamientos, se le apareció Cristo nuestro Redentor, y desaparecieron luego todos aquellos nublados. Ella se quejó dulcemente a su Esposo: —¡Ay! Señor. ¿y dónde estabais Vos cuando tales cosas pasaban por mi corazón?— Le dice: —Hija, ahí estaba Yo dentro de tu corazón.— ¡Jesús mío! ¿Entre pensamientos tan torpes y malos estabais Vos?— Le dice: —Dime, hija, ¿te holgabas tú por ventura en tener aquellos pensamientos?— ¡Oh Señor, que me llegaba al alma, y no sé qué me escogiera antes que tenerlos! —Pues ¿quién dice, hacía que te pesase, sino Yo que estaba allí?— De manera que por malos y feos pensamientos que tengáis, si vos no os holgáis con ellos, antes recibís pena y pesar, no sólo no os ha desamparado Dios, sino podéis tomar ésa por señal de que mora en vos, porque Él es el que nos da ese aborrecimiento del pecado y ese temor de perder a Dios. *Con Él estoy en la tribulación*, dice el Señor (Sal. 90, 15). En medio de la zarza y de las espinas y del fuego está Dios (Éxodo 3, 2). Dice San Bernardo: «Penosa y molesta es esta pelea, pero fructuosa; porque todo lo que se le añade de pena y de trabajo, se le acrecienta de premio y de corona. No está el pecado en el sentimiento, sino en el consentimiento». Blosio, en confirmación de esto, dice: «Cualquiera que gusta de complacerse a sí mismo. aunque sea una sola vez, parece más mal en los ojos de Dios, que si muchos años padeciese semejantes movimientos, por muy

malos que sean, como no les dé consentimiento.» Y así, no hay que congojarse, ni hacer mucho caso de estos sentimientos y pensamientos; sino como si pasasen por otro, y no por vos, así os habéis de haber en ellos, y muy bien podéis hacer cuenta que pasan fuera de vos, dice un Santo, porque en tanto los pensamientos malos están dentro de vos, en cuanto la voluntad consiente. y no más; y no consintiendo, aún no han entrado en vuestra casa, sino llaman y dan golpes a la puerta de fuera.

Y advierten aquí los maestros de la vida espiritual que el temer mucho estas cosas y hacer mucho caso de ellas, no sólo no es bueno, sino malo y dañoso, porque hace crecer la tentación: y ésta es experiencia, y la razón de ello es natural, y los mismos filósofos la enseñan; porque el miedo despierta la imaginación, y el pensar y dar y tomar mucho en una cosa, hace que se imprima más profundamente en la memoria, con lo cual crece y se aviva más la tentación. Así como vemos que pasa uno seguramente por un madero angosto cuando está en el suelo; pero cuando el madero esté en alto, el temor le hace que no yaya por allí seguro. sino con grande peligro de caer; porque con el temor se recoge la sangre al corazón, y como quedan los miembros destituidos de virtud, va con gran peligro y viene a caer; eso hace también el temor y pusilanimidad en las tentaciones, y así conviene no andar con demasiados temores estas cosas, ni hacer mucho caso de ellas, porque así se suelen olvidar más presto. Pero nota aquí Gerson y otros, que aunque no es bueno entonces este temor particular, pero que es bueno y muy provechoso el temor del pecado en general, pidiendo a Dios: *Señor, no permitáis que jamás me aparte de Vos*; y haciendo algunos actos de antes morir mil muertes que hacer un pecado mortal, sin pensar ni acordarse en particular de aquella tentación que entonces le combate.

Añado a lo dicho otro punto, que encomiendan aquí mucho los Santos, y servirá de medio general contra todo género de tentaciones interiores: y es, cuando nos viene el pensamiento malo, procurar divertir el entendimiento a algún pensamiento o consideración buena, como de la muerte de Cristo crucificado o a otra cosa semejante. Y esto no ha de ser haciendo fuerza con la imaginación, ni congojándose y fatigándose, sino sólo procurando hurtar el cuerpo, como dicen, al mal pensamiento, y emplearlo en el bueno; como cuando uno anda por hablar a otro, y el otro nunca se desocupa para ello, ni le da lugar; como cuando le dicen a un hombre cuerdo algunas cosas impertinentes, y vuelve la cabeza a otra parte, no curando de responder ni atender a aquello. Éste es muy buen modo de resistir

a estas tentaciones, y muy fácil y seguro; porque mientras estuviéremos en el pensamiento bueno, muy lejos estaremos de consentir en el malo.

Para esto ayudará mucho el cavar y ahondar uno en la oración en algunas cosas que le suelen mover más, haciéndoselas muy familiares; porque con esto, cuando es fatigado y molestado de algunas tentaciones y malos pensamientos, luego halla allí guarida. Y así, es bien que cada uno tenga para esto algunos lugares de refugio donde se pueda acoger en semejantes aprietos, como quien se acoge a sagrado. Unos se acogen a las llagas de Cristo, especialmente a la del costado, y se hallan allí muy bien guarecidos. Otros se hallan bien acordándose de la muerte y del juicio o infierno. Cada uno eche mano de lo que más le aprovechare y moviere, y procure haber ahondado y cavado bien en alguna cosa de ésta, para que así pueda tener fácil recurso y hallar luego entrada y guarida en ella en semejante tiempo.

Cuenta Esmaragdo abad una cosa muy graciosa a este propósito, pero provechosa. Dice que un religioso vio que estaban una vez dos demonios platicando entre sí: —A ti, ¿cómo te va con tu monje? Decía el uno: —A mí, muy bien, porque le pongo el pensamiento y luego para y se pone a pensar en él, y torna a hacer reflexión cómo fue aquel pensamiento, si me detuve, si tuve yo alguna culpa en ello, si resistí, si consentí, de dónde me vino esto, si di yo alguna causa para ello, si hice todo lo que pude. Y con aquello le traigo al retortero y medio loco. Muy bien le va al demonio cuando uno se pone a razones y en demandas y respuestas con la tentación, porque no le faltarán a él argumentos ni réplicas. Dice el otro: —A mí me va muy mal con mi monje; porque en representándole el mal pensamiento, luego acude a Dios, o a otro buen pensamiento, o se levanta de la silla y toma alguna ocupación para no pensar en aquello ni hacer caso de ello; y así no le puedo entrar. Este es muy buen modo de resistir a estas tentaciones y pensamientos: no los dejar entrar ni responder a ellos; ni ponerse a razones con la tentación, sino volver la cabeza y huirle el rostro, y no hacer caso de ella. Y cuando este huir y no querer escuchar es volviendo la cabeza a algún buen pensamiento, como hemos dicho, es mejor; y cuando eso no bastare, es bueno tomar alguna ocupación exterior.

CAPÍTULO 21

Que en diferentes tentaciones, diferentemente nos hemos de haber en el modo de resistir.

San Juan Climaco, tratando de la discreción, dice que en diferentes tentaciones nos hemos de haber diferentemente en el modo de resistir; porque hay algunos vicios que de su naturaleza son desabridos y penosos, como es la ira, la envidia, el rencor, el odio, el deseo de venganza, la impaciencia, la indignación, la amargura de corazón, la tristeza, la contienda y otros tales. Otros vicios hay que traen consigo deleites, como son los pecados carnales, el comer, el beber, el jugar, el reír, el parlar, y otros gustos y contentamientos sensuales; y porque estos segundos vicios, cuanto más los miramos y ponernos los ojos en ellos, tanto más atraen nuestro corazón y le llevan en pos de sí, dice que hemos de pelear contra ellos huyendo, que es apartándonos de las ocasiones, y desviando la vista y la memoria y consideración de ellos con toda presteza. Pero en los otros vicios primeros hemos de pelear luchando contra ellos, mirando atentamente la naturaleza, malicia y fealdad de ellos, para poder mejor vencerlos; lo cual se hace con menos peligro, por no ser tan pegajosos, aunque a la ira y deseo de venganza, dice que es menester también hurtarle el cuerpo, no pensando cosas que nos puedan incitar a ella.

Esta misma doctrina ponen Casiano y San Buenaventura, y añaden que en los primeros vicios puede uno desear ejercitarse y buscar loablemente ocasiones de pelear contra ellos, como conversando y tratando con los que le persiguen y ofenden, para aprender paciencia, y sujetándose a quien en todo le quiebre la voluntad, para aprender a obedecer y a ser humilde. Pero en los vicios carnales sería indiscreción y cosa muy peligrosa desear estas tentaciones y ponerse en ocasión de ella. Y así Cristo nuestro Redentor no permitió ser tentado de este vicio, para enseñarnos que en tentación semejante no nos hemos nosotros de poner, aunque sea con esperanza de mayor premio y triunfo; porque este vicio es muy connatural al hombre, y como trae consigo mezclada tanta delectación, no sólo en la voluntad, sino en el mismo cuerpo, es más fácil y peligrosa su entrada. Trae San Buenaventura una buena comparación para declarar esto: Así como cuando el enemigo tiene dentro de la ciudad que combate algunos que le favorecen, más fácilmente la entra y la rinde; así el demonio, nuestro enemigo, tiene acá dentro quien le favorezca muy particularmente en esta

tentación, que es nuestro cuerpo, por el deleite grande que de ello le cabe, conforme a aquello de San Pablo (1 Cor., 6, 18): [*Cualquier otro pecado que el hombre cometiere está fuera del cuerpo*]. En los demás pecados no tiene tanta parte el cuerpo; pero en éste tiene mucha, y por eso conviene mucho apartarnos de las ocasiones y huir y desechar luego con diligencia los pensamientos e imaginaciones que nos vienen de estas cosas, y así añadió allí el Apóstol: *Huid de la fornicación*. Huyendo se ha de resistir y vencer esta tentación. De esta manera declaran Casiano y Santo Tomás este lugar.

Se cuenta en las Crónicas de la Orden de San Francisco que estando una vez juntos en plática espiritual fray Gil, fray Rufino, fray Simón de Asís y fray Junípero, dijo fray Gil a los otros: —Hermanos, ¿cómo os armáis y resistís a las tentaciones de la sensualidad? —Respondió fray Simón: —Yo, herma-no, considero la vileza y torpeza del pecado, y cuán aborrecible es, no sólo a Dios, más aun a los hombres; los cuales, por malos que sean, se esconden y encubren para que no sean vistos cometer un pecado sensual. Y de esta consideración me viene un gran enojo y aborrecimiento, y así escapo de la tentación. —Fray Rufino dijo: —Yo me postro en tierra, y con muchas lágrimas llamo la clemencia de Dios y de nuestra Señora, hasta que me siento perfectamente libre. —Fray Junípero dijo: Cuando yo siento tales tentaciones diabólicas y oigo su entrada en los sentidos de la carne, luego en esa hora cierro fuertemente las puertas del corazón y pongo mucha gente de santas meditaciones y buenos deseos para guarda segura de él. Y cuando aquellas sugestiones de los enemigos llegan y combaten a la puerta, respondo yo, como de dentro, no les abriendo de ninguna manera: Afuera, afuera, que la posada está tomada y por eso no podéis entrar acá; y así nunca doy entrada a aquella gente ruin, y ella, vencida y confusa, se va. —Fray Gil, habiendo oído a todos, respondió: —A ti me atengo, fray Junípero, porque con este vicio más seguramente pelea el hombre huyendo.—De manera que el mejor modo de resistir a esta tentación es no dejar entrar en el corazón los pensamientos malos, ni dar entrada alguna a esta tentación, porque esto es más fácil; pero si una vez entran los malos pensamientos, no será fácil, sino muy dificultoso, el desecharlos. La puerta fácilmente se defiende; mas ella tomada, Dios nos libre. En la TERCERA PARTE, en el tratado de la castidad, trataremos más largamente de esta tentación y de los remedios que hemos de usar contra ella, los cuales nos podrán ayudar también mucho para las demás tentación.

CAPÍTULO 22

De algunos avisos importantes para el tiempo de la tentación.

Hartos remedios hemos dicho para las tentaciones; pero, por muchos que se digan, no se pueden decir todos. Porque así como las enfermedades corporales y sus remedios son tantos y tan diversos que no se pueden escribir ni enseñar todos, sino que se ha de dejar mucho al arbitrio y parecer del médico, que conforme al sujeto y circunstancias particulares aplique el remedio que le pareciere convenir, así es también en las enfermedades espirituales. Por lo cual los Santos y maestros de la vida espiritual ponen remedio general y muy principal para todas las tentaciones el descubrirlas y manifestarlas al médico espiritual; pero porque esto trataremos en la TERCERA PARTE, aquí solamente avisaremos una cosa que advierte San Basilio acerca de esto. Dice el Santo que así como las enfermedades del cuerpo no se descubren a cualquiera, sino solamente a los médicos que nos han de curar, así también las tentaciones y enfermedades espirituales no se han de descubrir a todos, sino solamente a aquellos que Dios nos ha puesto por médicos para eso, que son los superiores o confesores, conforme a aquello de Pablo (Rom., 15, 1): [*Los que somos más fuertes debemos sufrir las enfermedades de los flacos*]. Y así nuestra regla dice que se acuda con estas cosas al prefecto de las cosas espirituales, o al confesor, o al superior.

Este es un aviso de más importancia de lo que algunos por ventura piensan. Porque suele acontecer algunas veces que no quiere uno descubrir sus tentaciones a quien debe, y descúbrelas a quien no debiera, y a quien por ventura hará daño descubriéndolas y le recibirá él también, porque podrá ser que él tenga la misma tentación y flaqueza, y con eso quede más confirmado en ella el uno y el otro. Pues, por esto, y por otros inconvenientes que se podrían seguir, conviene mucho que solamente comunique uno sus tentaciones y enfermedades espirituales con los médicos espirituales, que las han de curar y remediar, a quien puede estar seguro que no hará daño y que recibirá provecho. Y así, dice el Sabio (Eccli., 8, 22): *No descubráis vuestro corazón a cualquiera*. Y en otro lugar (Eccli., 6, 6): *Amigos, muchos; todos han de ser nuestros amigos; pero consejero, uno entre mil*.

Otro aviso dan también' par el tiempo de las tentaciones de mucha importancia: que procuremos en los tales tiempos continuar nuestros ejercicios espirituales y perseverar en ellos con diligencia, y nos guardemos

mucho de dejarlos o disminuirlos; porque cuando no hiciese otra cosa el demonio con la tentación sino desbaratarnos en eso, habría hecho mucho y se daría por bien pagado. Antes entonces hay necesidad de mayor continuación en estos ejercicios, y de añadir antes que quitar. Porque si el demonio nos quita las armas espirituales con que nos defendemos y le ofendemos, claro está que nos llevará más fácilmente a lo que él desea. Y así conviene mucho ser fieles a Dios nuestro Señor en el tiempo de la tentación, y en esto se conocen sus verdaderos siervos (Lc., 22, 28). No es mucho perseverar uno en sus buenos ejercicios cuando hay bonanza y devoción; pero perseverar cuando hay tempestades, tentaciones, sequedades y desconsuelos, eso es mucho de loar; porque es gran señal de verdadero amor y que se sirve a Dios puramente por quien Él es.

El tercer aviso es que se debe guardar uno mucho, en el tiempo de la tentación, de hacer mudanza y tomar nuevas resoluciones; porque no es aquel tiempo a propósito para eso. En el agua turbia no se ve nada; dejadla asentar y aclarar, y entonces veréis las guijitas y arenitas que están allá en lo hondo. Con la tentación está uno muy inquieto y turbado, no puede ver bien lo que le conviene (Sal., 39, 13). Y así no es ése buen tiempo para deliberar y resolverse y determinarse en ninguna cosa de nuevo. Dejad pasar la tentación, y cuando estéis sosegado y quieto, entonces veréis mejor lo que os conviene. Todos los maestros de la vida espiritual encomiendan mucho este aviso. Y nuestro Padre nos le pone en el libro de los Ejercicios [318], en las reglas que da para discernir los diversos espíritus. Y da allí también una razón muy buena para esto: porque así como en el tiempo de la consolación es uno llevado y movido de Dios a lo bueno así en la tentación es llevado e instigado del demonio, con cuya instigación nunca se hace cosa buena.

Lo cuarto, es menester que en el tiempo de la tentación seamos diligentes en aprovecharnos de los medios arriba dichos, y que no nos estemos mano sobre mano, lo cual se entenderá bien con el ejemplo siguiente: Se cuenta en las *Vidas do las Padres* que un monje andaba muy molestado del espíritu de la fornicación, y deseando librarse de tal molestia, se fue a muy aprobadísimo Padre del yermo, y con mucho sentimiento le dijo: «Pon, Padre venerable, tu cuidado y solicitud en mí, y ruega a Dios que me favorezca, porque pesadamente me combate el espíritu de fornicación.» Y como esto oyó el santo viejo, de allí adelante suplicaba de día y de noche a Dios le favoreciese. Pasados algunos días volvió el monje al Padre y le suplicó que orase por él con más vehemencia, porque no se le mitigaba su

pegajosa tentación. El Padre de allí adelante suplicaba con más insistencia al Señor diese esfuerzo al monje, y enviaba a su Majestad suspiros y gemidos con mucha eficacia. Otra y otra vez volvió el monje a él y le dijo que no le aprovechaban sus oraciones; de lo cual el santo viejo quedó desconsolado, y se maravillaba cómo Dios no le oía. Estando, pues, fatigado con este pensamiento, el Señor le reveló aquella noche siguiente que la causa por que no le oía era la negligencia y poco valor del monje para resistir. Y la revelación fue de esta manera: que veía estar muy ocioso y sentado a aquel monje, y el espíritu de la fornicación andaba delante de él tomando diversas formas y rostros de mujeres, jugando y haciéndole visajes, y el monje lo miraba y se holgaba mucho con ello; veía también que el ángel del Señor estaba cabe él, muy indignado con el monje, porque no se levantaba de allí, y acudía al Señor y se postraba en tierra, y hacía oración, y dejaba de deleitarse con sus pensamientos. Por esto conoció el buen viejo que la causa por que Dios no le oía era la negligencia del monje. Y así, la primera vez que le volvió a visitar le dijo: «Por tu culpa, hermano, no me oye Dios, por cuanto te deleitas con los malos pensamientos. Imposible es que de ti se aparte el espíritu sucio de la fornicación, aunque otros rueguen a Dios por ti, si tú mismo no tomas el trabajo de muchos ayunos, oraciones y vigilias, rogando a Dios con gemidos y lágrimas que te conceda su favor y misericordia, y te dé fortaleza, de manera que puedas resistir a los malos pensamientos; porque aunque los médicos apliquen a los enfermos todas las medicinas necesarias, y se las den con toda diligencia y cuidado, ninguna cosa les aprovechará si por otra parte los enfermos comen cosas dañosas. De la misma manera pasa en las enfermedades del alma, que aunque los Padres venerables, que son los médicos del alma oren con toda su intención y corazón a Dios por aquellos que piden les ayuden con sus oraciones, poco aprovecharán los tales médicos si los que son tentados no se ejercitan en obras espirituales, rezando, ayunando y haciendo otras cosas que son a Dios agradables.» Como esto oyó el monje, se arrepintió de todo su corazón, y de allí adelante siguió el consejo del buen viejo y se afligió con ayunos, vigilias y oraciones, y así mereció la misericordia del Señor, y se le quitó la tentación. Pues de esta manera nos hemos de haber nosotros en las tentaciones, haciendo lo que es de nuestra parte, y poniendo los medios que debemos, porque de esa manera nos quiere el Señor dar la victoria.

Y porque en esto de resistir a las tentaciones puede haber más y mentís, no nos hemos de contentar con resistir de cualquier manera, sino procurar la mejor. En las Crónicas de San Francisco se cuenta que declaró el

Señor a un gran siervo suyo, religioso de aquella Orden, llamado Juan de Alverne, el diverso modo con que se habían los religiosos contra las tentaciones, especialmente contra los pensamientos de la carne; vio casi innumerable multitud de demonios que sin cesar arrojaban contra los siervos de Dios muchas saetas, de las cuales algunas con incisa ligereza volvían contra los demonios que las tiraban; y entonces ellos con gran clamor daban a huir como afrentados. Otras de aquellas saetas, arrojadas de los demonios, tocaban a los religiosos; mas luego caían en el suelo sin hacerles daño alguno. Otras entraban con el hierro hasta la carne, y unas pasaban el cuerpo de parte a parte. Pues conforme a esto, el mejor modo de resistir y el que hemos de procurar es el primero, hiriendo al demonio con las mismas tentaciones y saetas con que él nos procura herir, y haciéndole huir. Y esto haremos muy bien cuando pensando el demonio dañarnos con sus tentaciones, nosotros sacamos más provecho de ellas; como si de la tentación de soberbia y vanidad que el demonio nos trae sacamos más humildad y confusión; y de la tentación deshonesta sacamos mayor aborrecimiento del vicio y mayor amor a la castidad, y andar con mayor recato y fervor, y acudir más a Dios. Y así, dice el bienaventurado San Agustín sobre aquellas palabras (Sal., 103. 26): [*Este dragón que creaste para que se haga burla de él*], que de esta manera los siervos de Dios hacen burla de este dragón, porque queda cogido y enlazado con el mismo lazo con que él nos quería enlazar, conforme a aquello del real Profeta (Sal. 9. 16): [*En el lazo que oculto me tendieron quedó preso su pie*. -(Sal., 34, 8): *Cójale la trampa que preparó escondida, y caiga en su mismo lazo*]. Viniendo por lana vuelve trasquilado. (Sal., 7, 17): [*El mal que deseó se tornará sobre su cabeza, y en lo alto de ella descargará su iniquidad*].

TRATADO QUINTO

DE LA AFICIÓN DESORDENADA DE PARIENTES

CAPÍTULO PRIMERO

Cuánto le importa al religioso huir visitas de parientes y las idas a su tierra.

Cerca del amor y afición que hemos de tener a parientes, nos pone nuestro Padre una regla, que dice bien a todos los religiosos: «Cada uno de los que entren en la Compañía, siguiendo el consejo de Cristo nuestro Señor (Mt., 19, 59): [*El que dejase a su padre, etcétera*], haga cuenta de dejar el padre y la madre y hermanos y hermanas, y cuanto tenía en el mundo; antes tenga por dicha a sí aquella palabra (Lc., 14, 21): [*El que no ama menos que a mí a su padre, a su madre, y lo que es más, a su propia vida, no puede ser discípulo mío*]. Y así debe procurar de perder toda la afición carnal y convertirla en espiritual con los deudos, amándolos solamente del amor que la caridad ordenada requiere, como quien es muerto al mundo y al amor propio, y vive a Cristo nuestro Señor solamente, teniendo a Él en lugar de padres y hermanos y de todas las cosas.»

No basta dejar el mundo con el cuerpo, es menester que le dejemos también con el corazón, perdiendo todas las aficiones que traban de él e inclinan a las cosas del siglo. No es malo amar al deudo porque es deudo, antes por ese respeto debe ser amado más que otro que no lo es, mas si este amor se funda solamente en la naturaleza, no es amor propio del cristiano, y mucho menos del religioso, pues todos los hombres, aunque sean inhumanos y bárbaros, quieren bien a sus padres y a los que están conjuntos consigo en sangre. Pero el cristiano, y más el religioso, dice San Gregorio, ha de subir de punto este amor natural, y apurarle como en crisol con el fuego del amor divino, y amar a los suyos, no tanto porque la naturaleza te inclina a amarlos, cuanto porque Dios le manda que los ame, cercenando del todo lo que le pueda dañar y apartar del amor del Sumo Bien, y amándolos solamente para lo que Dios los ama y para lo que quiere que nosotros los amemos. Y esto es lo que dice la regla: que hemos de perder toda la afición carnal y convertirla en espiritual, haciendo de amor propio amor de caridad, y de amor de carne, amor de espíritu. Y da la razón de esto,

porque el religioso debe ser muerto al mundo y al amor propio; v así no ha de vivir ya en él el amor del mundo, sino sólo el amor de Cristo.

Y apoya nuestro Padre esta regla con autoridades de la Sagrada Escritura, que es cosa que no suele hacer en otras reglas y Constituciones, aunque lo pudiera fácilmente hacer, porque la doctrina de nuestras Constituciones es tomada del Evangelio; mas no quiso sino darnos esta doctrina con la llaneza y sinceridad con que de Dios la había recibido. Pero en llegando a tratar de parientes, luego apoya lo que dice con autoridades de la Escritura, como vemos lo hace también cuando trata de dejar la hacienda a los parientes, luego trae la Escritura que dice (Sal., 111, 9): [*Repartió y dio a los pobres*]. Y el consejo de Cristo (Mt., 19, 21): [*Dalo a los pobres*]. No dijo: dalo a tus parientes, sino *dalo a los pobres*. Vio muy bien nuestro Padre que todo esto era aquí menester por ser este afecto tan natural, y con el cual nacemos todos, y está tan arraigado en nuestras entrañas y tan apoderado de nosotros.

Esta es una materia de mucha importancia para a el religioso. Y así muy tratada de los santos Basilio, Gregorio, Bernardo y otros muchos. Recogeremos aquí brevemente la sustancia de ella.

Cuanto a lo primero, San Basilio trata muy bien cuánto le conviene al religioso huir el trato y conversación de parientes, y excusar sus visitas y las idas a su tierra. Y trae muchas razones que muestran bien la importancia de estor: «Porque fuera de que nosotros no hacemos fruto ninguno con esto en nuestros parientes, recibimos de ello mucho daño en nuestras almas; porque ellos nos cuentan sus cuitas, sus pleitos y la pérdida de la hacienda y de la honra, y todos sus duelos y lástimas; y así volvemos nosotros a nuestra casa cargados de todo lo que a ellos da pena.) Y más: nos ponemos con esto en muchas ocasiones de pecado, por muchas vías y maneras. Porque de este trato y conversación de parientes se suele recrecer, lo primero, el acordarse y traer a la memoria las cosas de la vida pasada, que suele ser no pequeña ocasión de pecados; porque de aquí suele proceder el renovarse las llagas viejas y el refrescarse la sangre, trayendo a la memoria tal casa, tal lugar, tal paso, y unas cosas van trayendo y llamando a otras; y de lance en lance y de treta en treta, nos vienen a dejar inquietos y hacer mucho daño. Y es una razón fuerte del daño que esto hace, que aconsejan los maestros de la vida espiritual que no nos acordemos de los pecados de la vida pasada en particular aun cuando tratamos de tener dolor y contrición de ellos, sino solamente en general, haciendo como un manojito de ellos, para que no nos tornen a inquietar. Cuánto más será dañoso el tomar

nosotros esa ocasión sin necesidad. No tenéis que quejaros después de la inquietud y daño que sentís, pues vos os lo buscasteis, vuestro merecido tenéis.

Más: dice San Basilio que los que gustan de tratar y conversar con parientes, con aquel trato y conversación van embebiendo poco a poco en sus almas las malas costumbres y aficiones de ellos, y ocupada el alma con pensamientos mundanos, se va resfriando en el fervor del espíritu, perdiendo la estabilidad y firmeza de sus primeros deseos, y se va asegurando v volviendo al mundo sin sentir, conforme a aquello del Profeta (Sal., 105, 35): [*Se mezclaron con los gentiles y aprendieron sus obras, y dieron culto a sus ídolos; y fue para ellos escándalo*]. ¿Qué se les podía pegar a los hijos de Israel demorar con los filisteos, sino adorar sus ídolos y que ellos les fuesen escándalo y ruina? Así se os pegará a vos, si tratáis con parientes, su lenguaje seglar, el no andar con verdad, sino con ficciones, con fruncimientos y cumplimientos, como se usa en el mundo; ya sus ídolos os contentan, su honrilla y regalo, y estáis lleno de presunción, y deseáis salir con la vuestra, que es otro mundillo que os han pegado.

Trae otra razón muy principal San Basilio, por la cual nos conviene mucho huir el trato y conversación de los parientes, que es por el daño grande que causa la compasión y ternura natural; porque de tratar y conversar uno con sus parientes, naturalmente se sigue el alegrarse con sus prosperidades, entristecerse con sus adversidades y trabajos, y cargarse de pensamientos y cuidados, si tienen bien lo que han menester, qué es lo que les falta, si les sucederá bien aquel empleo, si saldrán bien del otro negocio de honra o hacienda: los cuales pensamientos y cuidados van debilitando y apocando la virtud y fuerzas espirituales, de tal manera, que cualquiera tentación le viene después a derrocar porque viene, dice San Basilio, a quedar como una estatua, que esta vestida de hábito de religioso, sin tener la verdad y espíritu de religioso. No tiene uno más que el cuerpo en la Religión, y el corazón está allá en el mundo entre sus parientes.

Casiano cuenta de un monje que hizo su asiento y morada cerca de sus parientes, y ellos le proveían allí de todo lo necesario; de mancera que él no tenía que hacer sino vacar a la oración y lección. Y estaba él muy contento de esto, pareciéndole que era aquélla una vida muy quieta y sosegada. Fue una vez a visitar al gran Antonio y le preguntó el Santo dónde moraba. El respondió que cerca de sus parientes, y que ellos le acudían con todo lo necesario, y él no tenía otra ocupación sino vacar a Dios. Le preguntó: —Dime, hijo, cuando a tus parientes les vienen algunas adversida-

des y trabajos, ¿te entristeces? Y cuando les va bien, ¿te huelgas de sus prosperidades? —Eso, Padre, por fuerza, no puede ser menos. —Confesó llanamente la verdad, que de uno y otro participaba. —Pues entiende, hijo, dice el Santo, que en la otra vida serás contado también en el número de ésos, de quien en esta vida fuiste compañero en sus gozos y tristezas. —Con los seglares será contado en la otra vida el que con ellos y de sus cosas trata en ésta. Pues por esta causa dice San Basilio que nos importa mucho huir el trato y conversación de parientes, porque al fin, lo que ojos no ven, corazón no quiebra. Y así como el dejar con efecto la hacienda, como la dejamos por el voto de pobreza, dicen los Santos que nos muda a perder la afición de ella: así el dejar con efecto los parientes, y no los tratar ni conversar, nos hará olvidar esta afición carnal; y así nos libraremos de los peligros grandes que de ella se siguen. Importa mucho el despegarnos de ellos con las obras, para despegarnos de ellos con el corazón; y si no hay lo primero, no habrá lo segundo. Aun acontece estar muy apartados e írsenos el corazón allá: ¿qué será si tratamos y conversamos con ellos?

Por esto en nuestra Religión están prohibidas las idas de los nuestros a sus tierras, tan estrechamente como todos saben. Pero para que esta tan santa y provechosa prohibición se pueda poner en ejecución, es menester que ayudemos nosotros a ello, y que cuando vuestros parientes piden a los superiores que os den licencia para ir allá, vos seáis el primero que resistáis y les satisfagáis y persuadáis que en ninguna manera os conviene; que no os faltarán razones bastantes para ello si vos queréis. Y con esto se cumple con los parientes y quedan satisfechos por vuestro contento y algunas veces por el suyo. Y esto es lo que desean los superiores; y se edifican mucho, cuando vos pedís que no es necesario y que desharéis eso con ello. Porque los superiores muchas veces no pueden cumplir de otra manera con quien se lo pide, y con los intercesores, que algunas veces echan, si vos no salís a esto; y así condescienden y dan una licencia como estrujada, que no es obediencia, sino permisión, que más quisiera el superior que no fuerais.

Este es un aviso muy bueno así para esto como para otros muchos casos. Cuando vuestros parientes u otros amigos o devotos os piden que hagáis o entendáis en algún negocio que no es conforme a nuestra vocación e instituto, no echéis toda la carga al superior, que le obligáis, o a romper con ellos, o a conceder lo que piden. No traigáis las cosas a esos términos; desviadles vos de su pretensión con buenas palabra, dándoles a entender que no es cosa aquélla de nuestra profesión. Esto es de buenos

religiosos, no como hacen algunos, que por no dejar si al otro disgustado contra sí, quieren echar la carga sobre los superiores. Dice San Jerónimo, sobre aquellas palabras de Cristo (Mt., 10, 16): [*Sed prudentes como las serpientes*]: Se nos pone ejemplo de la serpiente, que con el cuerpo defiende la cabeza, en la cual está la vida. Así nosotros siempre hemos de defender la cabeza, que es el superior; y no al revés, que porque no dé el golpe en el cuerpo, descubrimos la cabeza, y por excusarnos a nosotros, echamos muchas veces la culpa al superior.

Pues con esto se ha de tener muy particular cuenta en el caso de que vamos hablando. Y comúnmente, todo el punto de éste y otros semejantes negocios está en nosotros. Quiera uno, que fácilmente se desharán las dificultades. Y así. lo que yo aconsejaría en este particular a quien desease acertar, es, lo primero, que procure cuanto pudiere excusar estas idas y visitas; y cuando no las pudiere excusar, sea el hacerlas forzado por la obediencia, y diciendo al superior si siente algún peligro en ello; y con todo eso, hay bien de qué temer, y es menester ir bien preparados.

Del abad Teodoro se cuenta que viniéndole a ver su madre con muchas cartas de los obispos y prelados para que se le dejasen ver, y dándole licencia el santo abad Pacomio, que era su superior, para verla, él respondió: Padre, asegúreme que no daré cuenta a Dios el día del juicio de esta visita, y yo la haré. Entonces el santo abad dijo: Hijo, si tú entiendes que conviene, yo no te obligo a ello. No le quiso asegurar, y él no quiso hacer la visita, si no la tomaba el superior sobre su conciencia; y así se quedó. Y sucedió bien, porque su madre determinó de quedarse en un monasterio de monjas, que estaba cercano, de que tenían cuidado aquellos monjes, con esperanza de ver alguna vez entre ellos a su hijo. Éste andaba bien, que no quería hacer estas visitas, sino por pura obediencia, y que lo tomase el superior sobre su conciencia. De esa manera ha de ir a su tierra el buen religioso, cuando fuere. Y si entendiésemos bien lo que en semejantes idas suele acontecer, las temeríamos más y las procuraríamos excusar y estorbar con mayor diligencia. Llenas están las historias y las vida de los Padres de ejemplos de monjes que venían perdidos de semejantes jornadas, y será razón que escarmentemos en cabeza ajena, para que no vengamos a experimentar el daño en la propia.

Dice San Basilio: Si habéis muerto ya al mundo, a vuestros padres y parientes, ¿para qué tornáis a tratar y conversar con ellos? Mirad que es mal caso volver a tomar lo que habéis ya dejado por Cristo; por eso guardaos de dejar vuestro puesto y vuestro sosiego y recogimiento por vuestros

parientes, porque no dejéis juntamente con eso el espíritu y las buenas costumbres, que es cosa que suele acontecer.

Dice muy bien el glorioso Bernardo: ¿Cómo te hallaré, oh buen Jesús, entre mis parientes, pues entre los tuyos no te pudo hallar tu sacratísima Madre? Pues si queréis ha llar a Jesús, no le busquéis entre parientes, sino buscadle en el templo, en la oración, en el recogimiento, y ahí le hallaréis.

Del Padre San Francisco Javier leemos en su *Vida* que cuando vino de Roma a Portugal para de allí ir a las Indias, pasando cuatro leguas de su tierra, nunca quiso llegar a ella ni visitar a sus parientes ni a su madre, que aún vivía, por mucho que se lo importunaron; aunque sabía que, para aquella ocasión, nunca tendría otra para poderlos ver. Y lo mismo hizo el Padre Maestro Pedro Fabro, pasando cinco leguas de la suya. Y nuestro bienaventurado Padre Ignacio, cuando por necesidad fue a Loyola, nunca quiso posar en casa de su hermano, sino en el hospital.

CAPITULO 2

Que el religioso ha de evitar también, cuanto pudiere el ser visitado de parientes y la comunicación por cartas.

El buen religioso que de veras desea servir a Dios y tratar de su aprovechamiento y del fin a que vino a la Religión, no solamente ha de huir estas visitas de parientes e idas a su tierra, aunque sean con buen título, sino ha de procurar cuanto pudiere evitar todo el trato y conversación de los deudos; y no se ha de contentar con no irles él visitar, sino ha de procurar no ser visitado de ellos. San Efrén dice que amonestemos y persuadamos a nuestros parientes que no nos visiten, sino cuando mucho una o dos veces al año; pero si pudieseis, dice, evitar del todo su conversación inútil, mucho mejor sería. Y llámala con mucha razón inútil, y nuestro Padre también en las constituciones usa de ese término, porque lo es: y no sólo es sin provecho, sino de mucho daño, como hemos dicho.

Y para que entendamos cuánto agrada a Dios esta sequedad y este despego y desvío de parientes, el no querer ser visitado de ellos, lo ha querido el Señor mostrar y confirmar con milagros. En el *Prado Espiritual* se cuenta de un santo monje llamado Ciriaco, que, viniendo una vez sus padres y parientes a verle, llamaron a la puerta de su celda; él, sabiendo ya la gente que era y a lo que venían, hizo primero oración a nuestro Señor pi-

diendo le librase de ellos, y diese orden cómo no le viesen. Hecha esta oración, abrió su puerta y salió de su celda sin que le viese nadie de aquella gente, ni echase de ver si salía alguno; y se apartó bien, entrándose por el desierto adentro, sin querer volver hasta que supo de cierto que se habían ido. Y del santo abad Pacomio cuenta Surio que viniéndole a visitar una hermana suya, no la quiso salir a ver, ni que le viese, sino le envió a decir con el portero: «Ya has oído que soy vivo y estoy bueno, vete en paz.» Y le aprovechó mucho la respuesta, como a la madre de Teodoro, porque se quedó en un monasterio de monjas que estaba allí cerca, haciéndose religiosa.

No solamente las visitas, sino la comunicación por cartas ha de procurar excusar el buen religioso, cuanto pudiere, porque también inquieta y desasosiega; y así como no visitándoles vos, os libraréis de muchas visitas, así no escribiéndoles os libraríais de muchas cartas suyas. Dice muy bien aquel Santo: «Si tú sabes dejar los hombres, ellos te dejarán hacer tus hechos.» Todo está en que vos queráis; que si queréis, hallaréis medios para todo lo que quisiereis. Ya dejamos nuestra tierra, casa y parientes por Dios, acabémoslos de dejar del todo, y olvidémonos de ellos, para que así estemos libres y desembarazados para acordarnos más de Dios y para amarle y servirle más.

Cuenta Casiano de un santo monje que era muy dado a la oración y contemplación, y tenía mucha cuidado de guardar la puridad y limpieza de su corazón, como para tales ejercicios se requería. Había quince años que estaba en el desierto, y al cabo de ellos le trajeron un grande mazo de cartas de su tierra, de la provincia del Ponto, de sus padres, parientes y amigos; recibe su pliego y comienza a pensar y revolver entre sí: «Si yo leo estas cartas, ¡de cuántos pensamientos me será causa! ¡Qué diversidad de olas se levantarán luego en mi corazón, de alegría vana, si hallo que a mis parientes les va bien, o tristeza inútil y desaprovechada si hallo que les ha sucedido mal! ¡Cuántos días me llevará tras sí la memoria de aquellos que me han escrito; y me apartarán del reposo y sosiego de mi oración y contemplación! ¡Cuántos días se me representarán y pondrán delante las figuras y facciones de sus rostros, y los dichos que me dijeron, y las cosas que me escribieron! ¡Cuándo se me acabarán de olvidar y raer de la memoria aquellas especies! ¡Con cuánto trabajo volveré yo al estado de la tranquilidad y olvido de las coas del mundo que ahora tengo! ¡Qué me aprovechará haber dejado los parientes con el cuerpo, si con el corazón y con la memoria me torno a ellos, y me estoy conversando v entreteniendo

con ellos!» Y diciendo y revolviendo estas cosas en su corazón, toma su mazo de cartas, así como venía, y da con él en el fuego, diciendo: «Apartaos de mí, pensamientos de carne y sangre, y quemaos todos aquí juntamente con estas cartas, porque no me hagáis que me vuelva a lo que ya he dejado.» No sólo no quiso leer carta alguna, pero ni desenvolver el pliego, ni ver los nombres v firmas de los que le escribían, ni aun mirar los sobrescritos, porque reconociendo la letra, no se le representase la memoria de ellos, y le impidiese aquello la tranquilidad y paz de su corazón.

De nuestro bienaventurado Padre Ignacio leemos otro ejemplo semejante. Esto es muy bueno para los que aún no se contentan con leer una vez las cartas, sino que las tienen muy guardadas para tornarlas a leer otra y otra vez, y relamerse y saborearse en ellas, refrescando la memoria de sus deudos. Ya que no la quemasteis antes de leerla, ¿por qué no la quemáis luego en leyéndola, y con ella todos los pensamientos de carne y sangre, para que no os inquieten más?

CAPÍTULO 3

Que aunque sea con título de predicar, ha de huir el religioso el trato de parientes y las idas a su tierra.

A algunos les viene esta tentación de ir a su tierra a visitar y tratar sus parientes con título de predicarles y hacer fruto espiritual en sus almas. Y cuando las tentaciones vienen de esta manera, disfrazadas con color y apariencia de bien, suelen ser más peligrosas; porque no se suelen tener por tentaciones, sino por buenas razones. San Bernardo, sobre aquellas palabras (Conf., 2, 15): [*Cogedme las raposillas que destruyen las viñas*] dice que ésta es una de las raposillas, que entrando con engaño y con apariencia de bien, suelen destruir y echar a perder a muchos. Y algunos dice el Santo que conoció él que se vinieron a perder por aquí; pensaron ganar a otros, y se perdieron a sí. Especialmente que para hacer fruto espiritual en parientes, comúnmente no son a propósito parientes; porque como ayer los conocieron, que andaban jugando con ellos, no los tratan con la estima y respeto que es necesario para el predicador evangélico; y así dijo Cristo nuestro Redentor (Lc., 4, 24): *Ningún profeta es acepto en su tierra*. Y queriendo Dios hacer de Abrahán un gran predicador y padre de los fieles, le mandó que saliese de su tierra y de entre sus parientes, amigos y conocidos, se fuese a Mesopotamia donde de nadie fuese conocido. Ya San Pa-

blo (que es cosa digna de consideración), estando él en Jerusalén en oración en el templo, le dijo Dios que saliese de allí y fuese a predicar a la gentilidad, «porque aquí en Jerusalén, dice (Hechos 22, 18), no harás fruto.» «Oh Señor, que aquí me conocen, criado a los pies de Gamaliel, y saben que yo perseguía a los que creían en vos, y que cuando los otros apedreaban a San Esteban, guardaba sus vestiduras! Anda, que no lo entiendes: sal de esta tierra, donde eres conocido, que te quiero hacer predicador de las gentes. Allá, donde no te conocen, harás mucho fruto.» ¿Y os parece a vos que haréis fruto en vuestra tierra? ¿Y qué fruto podéis vos hacer ahí entre parientes? ¿Cómo les podréis predicar y persuadir el desprecio del mundo y del regalo, viéndoos ellos a vos regalado y entretenido en el mundo entre carne y sangre?

El Padre Pedro de Ribadeneira, en unos diálogos manuscritos, cuenta un ejemplo gracioso que le aconteció a uno la Compañía, que, vencido de la ternura de su madre, se fue a su tierra, en Mesina. Dice que estando un día un sacerdote conjurando en la iglesia un demonio que tenía una pobre mujer, delante de mucha gente, entró a deshora éste, y quiso ayudar al sacerdote, y comenzó a amenazar al espíritu maligno y mandarle en nombre de Dios que saliese de aquel cuerpo. El espíritu le respondió solamente: ¡Mama, Mama! Les cayó a todos muy en gracia la respuesta, como le conocían y sabían la causa de su venida, y él quedó muy confuso y corrido. Pues lo mismo os podrán responder a vos, cuando en vuestra tierra predicáis a los otros que se mortifiquen y que dejen los regalos y entretenimientos del mundo.

Severo Sulpicio cuenta otro ejemplo a este propósito, no gracioso, sino temeroso. Dice que un mancebo de Asia, muy rico de bienes temporales, y de muy ilustre linaje, casado y ya con un hijo, era tribuno también de Egipto, y en viajes que solía hacer algunas veces sobre negocios que pertenecían a su oficio, en uno de ellos le fue necesario pasar por el Yermo, donde vivían los Padres, y donde vio muchos monasterios celdas de monjes. Tuvo plática con el abad Juan, el cual le trató de las cosas de su alma y salvación, y de la plática quedó tan movido, que no volvió más a su casa; antes, renunciando el mundo, comenzó una vida tan admirable en aquel desierto, y tomó tan a pecho el negocio de la virtud, que en breve tiempo hacía ventaja a muchos de los viejos. Yendo tan viento en popa, le vino una recia tentación, que sería mejor volver al mundo y salvar su mujer e hijo, pues él estaba ya tan desengañado, que no ser para sí solo. Con esta apariencia de caridad engañado del demonio, después de haber estado cua-

tro años en el desierto, toma el camino para su tierra; y pasando por un monasterio, como visitase a los monjes y les dijese su intención, todos le decían ser tentación del demonio, y que muchos habían sido burlados de aquella manera. Él no les dio crédito, antes obstinado en su parecer, se despidió de los monjes, y quería ya proseguir su camino. Apenas había salido del monasterio, cuando permitió nuestro Señor que un demonio entrase en su cuerpo y le atormentase fuertemente, haciéndole despedazarse con los dientes y echar espumarajos por la boca. Fue traído en brazos al monasterio, y allí fue forzoso por su fiereza echarle en prisiones y atarle de pies y manos, digna pena del fugitivo. Y aunque los monjes rogaban a Dios por él y conjuraban al demonio, permitió el Señor que no le dejase hasta pasados dos años; al cabo de los cuales, siendo libre volvió bien escarmentado a su primer lugar y vida de monje, siendo para los otros grande escarmiento para que perseverasen en lo comenzado, y para que no se deje nadie engañar de esas falsas apariencias de piedad.

De aquí se verá cuán lejos debe estar el religioso de estas idas a su tierra y visitas de parientes; porque si aun con título de predicarles y hacer fruto en su almas, dicen los Santos que es tentación, y que hay en eso muchos inconvenientes y peligros, ¿qué será, cuando uno va solamente por consolarlos o por consolarse?

CAPÍTULO 4

Qué particularmente se ha de guardar mucho el religioso de ocuparse en negocios de parientes.

Sobre todo, se debe guardar mucho el religioso de encargarse de negocios de parientes y de ocuparse de ellos, por los muchos y grandes inconvenientes y peligros que en ello hay. Dice San Gregorio: «Muchos hay que, después de haber dejado sus haciendas y todo cuanto poseían en el siglo, y lo que es más, a sí mismo, despreciándose y teniéndose en poco y hollando con igual constancia la prosperidad y adversidad, se hallan atados con el vínculo del amor del deudo y sangre; y queriendo indiscretamente cumplir con esta obligación, vuelven con el afecto de la carne y parentesco a las cosas que ya tenían dejadas y olvidadas y amando más de lo que deben a sus deudos, olvidados de su profesión, se ocupan en negocios y cosas exteriores de ellos, entran en las audiencias y tribunales, y se enredan en los pleitos y marañas de las coas terrenales; y dejada la paz y quietud

interior, se engolfan de nuevo en los negocios seglares, con mucho peligro de sus almas.» Lo mismo dice San Isidoro: [«Muchos religiosos por amor de sus parientes se engolfan no sólo en negocios terrenos, mas en pleitos y litigios, y por la salud terrenal de ellos pierden la eterna de sus almas.»]

Este es uno de los mayores barrancos y atolladeros que hay en esta materia, cuando la afición carnal se enseñorea tanto del religioso, que le hace cuidar de los negocios de sus parientes y encargarse de ellos, como lo vemos y experimentamos más de lo que quisiéramos, por nuestros pecados. Dice San Basilio de esto nace de que el demonio, envidioso de ver que en el mundo hace un religioso vida celestial, y viviendo en carne vive sin ella y va ganando lo que el perdió, procura, con pretexto de piedad y aun de obligación, embarazar a los religiosos con estos cuidados, para que así pierdan la paz y quietud de sus almas, y se vayan resfriando en el amor que tenían puesto en Dios, y en el fervor con que caminaban a la perfección. Y es cosa de ver el ahínco que en esto pone el demonio, tomando por instrumento a los mismos parientes, que parece que no saben en todos sus negocios, trampas y diferencias, y en todos sus casamientos y embarazos, sino acudir luego al pariente religioso. Aquél ha de ser como el obligado a la carnicería, les parece que aquél es más a propósito, y está más desocupado, y que no tiene en qué entender, sino en acudir a sus negocios. Dice muy bien el Cartusiano, aun hablando de los prelados y clérigos seglares: «Quitó Dios los hijos a los clérigos, y el demonio les dio sobrinos.» Y trae aquello que dijo el otro:

[De hijos a los sacerdotes
Cristo en su Iglesia privó:
pero Satanás les dio
una turba de nepotes].

Para eso procura Satanás el negocio del sobrino, y el poner en estado a la sobrina, y meteros a vos en la danza, para sacaros de vuestro puesto y de vuestra profesión. Eso es lo que él pretende, no el bien de vuestros parientes, sino vuestro mal y daño. Pues ¡cuidado del religioso! Dejó él su hacienda y su honra y sus comodidades y regalo, por librarse de esos cuidados y embarazos, ¿y se ha de encargar acá de los ajenos, y ser como el obligado a todas las cosas que tocan a la carne y sangre, y perder por eso el fruto de su vocación? Muy bien respondió el abad Apolo, como refiere Ca-

siano el cual, como estuviese en su celda, vino a él un hermano suyo una noche a pedirle que saliese de ella y le fuese a ayudar a sacar un buey que se le había atollado en un buhedal o pantano porque él solo no le podía sacar. Le dijo el abad Apolo: «¿Por qué no fuiste a llamar al otro hermano que quedo allá?» Respondió él: Ese ya hace quince años que ha muerto.» Entonces dijo el abad Apolo: «Pues hermano mío, yo hace veinte años que he muerto, y estoy sepultado en esta celda; y así no puedo salir de ella a ayudarte.» De esta manera se ha de haber el religioso en semejantes ocasiones, y si no se sabe sacudir de cuidados y negocios de parientes, tenga por cierto que recibirá muy grande daño en su ánima, aunque sea con título de piedad, y cuanto más justificado quisiere.

Concuerda muy bien con esto lo que dice San Jerónimo: «¡Oh! ¡Cuántos religiosos, con pretexto de piedad y con una falsa compasión de sus parientes, perdieron sus ánimas y acabaron mal!» La experiencia cotidiana nos lo muestra, y ejemplos hay muchos de religiosos que ha derrocado esta falsa compasión de los parientes. ¡Cuántos han faltado en su vocación y dejado de ser religiosos, por enfrascarse en semejantes cuidados de la hacienda de los suyos o de ponerlos en estado! ¡Cuántos por consolar a sus padres los vemos apostatas por esas calles, que después no sirven sino de comerles las haciendas y darles mala vejez con su mala vida! Y así llama San Basilio a ésta, arma o saeta del demonio, de la cual debemos huir mucho, porque la toma él por instrumento y medio para hacernos grande mal.

Y no se excuse ni asegure nadie en estas cosas, ni piense que está todo santificado con decir que lo que hace está ya colado y pasado por la obediencia; porque como decíamos de las visitas de parientes e idas a sus tierras, así es en esto; que muchas veces los superiores no querríais que vos os entrometieseis en los negocios de vuestros parientes, porque eso entienden que sería mejor; pero lo permiten, porque no ven virtud en vos para otra cosa. No es obediencia ésa sino es permisión: condesciende el superior con vos y con vuestro flaqueza, y más hace él vuestra voluntad en eso que vos la suya. Y si el otro monje no quiso visitar a su madre, porque el superior no lo tomaba sobre su conciencia, ¿cuánto más será razón que vos no os engolféis, ni entrometáis en negocios de vuestros parientes, si no es puramente por obediencia, y que el superior diga que lo toma sobre su conciencia, habiendo tanto peligro en ellos?

CAPÍTULO 5

En que se confirma lo dicho con algunos ejemplos.

Del santo abad Pemenés contaban aquellos santos Padres antiguos que en un cierto tiempo había ido a Egipto un juez, el cual oyendo la fama y opinión de este Santo, le deseó ver, y para esto le envió un mensajero a suplicarle que tuviese por bien de recibirle, porque le quería ir a visitar. Pemenés se entristeció y desconsoló con este recaudo, pensando entre sí que si las personas nobles comenzaban a irle a visitar y a honrar, luego acudirían muchos de los populares, y le inquietarían en su vida y ejercicios solitarios, y perdería y le robaría el demonio la gracia de la humildad que con tanto trabajo, favoreciéndole el Señor, había procurado alcanzar y conservar desde su mocedad hasta entonces, y caería en los lazos de la vanagloria. Pensando, pues, en sí estas cosas, se determinó de excusarse y no recibirle. De lo cual el juez quedó desconsolado y dijo a un su oficial: «A mis pecados imputo el no poder ver a este hombre de Dios.» Y de allí adelante deseó verle por cualquier ocasión que fuese. Y al cabo dio en una traza, que le pareció ser bastante para forzarle a que le recibiese de buena gana, o él viniese del Yermo a visitarle, y fue que prendió a un su sobrino, hijo de una hermana suya, y le puso en la cárcel, y secretamente dijo a su oficial que, porque no se desconsolase el santo viejo por la prisión del sobrino, le enviase a decir que si venía a visitar al juez, luego le sacaría de la cárcel, aunque la causa era tan grave y criminal que no podía pasar sin ser ásperamente castigado.

Coree esto oyó la madre del preso, y entendió que si su hermano venía a visitar al juez, su hijo sería suelto y libre, fue al Yermo y comenzó a dar a la puerta de la celda de su santo hermano muchas voces sollozos, y con abundancia de lágrimas desde allí le rogaba que fuese a ver al juez y le rogase por su hijo. San Pemenés, aunque la oyó, ni le dijo nada, ni le quiso abrir la puerta para que entrase. Viendo esto la hermana, se enojó y le comenzó a maldecir y a decir: «Durísimo y crudelísimo, que tienes las entrares de acero: ¿cómo mi gran dolor, ni mis llantos no te inclinan a misericordia. entendiendo que un hijo único que tengo está en peligro de muerte?» Pemenés que esto oyó. dijo al monje su compañero que le servía: «Anda, dile estas palabras: Pemenés no engendró hijos, y así no se duele.» Con ello se volvió la hermana desconsolada, y el juez supo lo que había sucedido en el desierto; y viendo que era excusado de irlo a visitar, dijo a

ciertos amigos suyos: «Persuadidle que a lo menos me escriba una carta de ruego para que le pueda soltar.» Muchos fueron con este recaudo a Pemenés, y le rogaron que escribiese al juez, y él, molestado de sus ruegos, le escribió de esta manera: «Mande tu nobleza inquirir diligentemente la causa de ese mancebo, y si ha hecho alguna cosa digna de muerte, muera, porque pague en este presente siglo la culpa de su pecado, y con esto se escape de las penas eternas del infierno.»

Del santo abad Pastor se cuenta en las *Vidas de los Padres* otro ejemplo semejante: que no pudieron alcanzar de él que intercediese por un sobrino suyo que estaba condenado a muerte, por no embarazarse en cosas que tocaban a la carne y sangre.

De nuestro bienaventurado Padre San Ignacio leemos que nunca se quiso encargar del casamiento de su sobrina, que era heredera y señora de su casa, ni aun escribir una carta para ello, por mucho que se lo rogaron algunos grandes señores, como los duques de Nájera y Alburquerque, a los cuales respondió que ya aquellos negocios no le tocaban a él, ni eran conformes a su profesión, por haber ya tantos años renunciado estos cuidados y ser muerto al mundo, que no le estaba bien volver a tornar lo que tanto antes había dejado, y tratar cosas ajenas de su vocación, *y vestirse otra vez la ropa que ya había desnudado, y ensuciar los pies que* con la gracia divina, a tanta costa suya, desde que de su casa partió, *había lavado* (Cant., 5, 3).

De nuestro Padre San Francisco de Borja leemos en su *Vida* que nunca se pudo acabar con él que suplicase a Su Santidad dispensase con don Álvaro de Borja, su hijo, para que se casase con su sobrina, hija de su hermana doña Juana de Aragón, que había heredado el marquesado de Alcañices, yéndole tanto en ello a su hijo, pues le iba heredar un estado tan principal; y sabiendo por otra parte la voluntad grande que tenía el Papa de favorecerle a él y a todas las cosas que le tocasen. Y con el emperador se dice allí que le aconteció en esto otro caso, del cual quedó el emperador muy edificado, y conoció que era verdad lo que le habían dicho del despegamiento del Padre Francisco para con sus hijos: que se había con ellos como si no lo fueran. Consideremos aquí de qué negocios se extrañaban aquellos Santos, y pudiéndolos concluir tan brevemente; y miremos, por otra parte, en qué negocios se embarazan ahora algunos religiosos. Si aquellos ilustres varones, siendo tan santos, temían tanto tratar semejantes negocios, ¿cómo no tememos los que no somos tan santos, y así corremos mayor peligro? Y aun ésa creo que es la causa por que no tememos. por-

que no somos tan santos; que si de veras tratásemos de santidad y perfección, temeríamos los peligros grandes que hay en estos negocios, y huiríamos de ellos, como vemos que lo hacían los Santos.

CAPÍTULO 6

De otros males y daños que causa la afición a los parientes, y cómo nos enseñó Cristo nuestro Redentor el desvío de ellos.

El bienaventurado San Basilio dice que este afecto y compasión natural a los parientes suele algunas veces poner en tal estado al religioso y llegarle a tales términos, que viene a hacer sacrilegio, hurtando a la Religión para socorrerles. Y ya que no tome uno de la Religión para dar a sus parientes, toma de lo que los devotos habían de dar a la Religión, y de aquí y de allí, de penitentes y amigos, busca para darles, y algunas veces con detrimento de los ministerios; porque no puede uno tener tanta libertad con aquellos que ha de menester, y de quien de esa manera está prendado. Otras con algún escrúpulo de conciencia contra el voto de la pobreza, si me lo dan a mí, o se lo dan al otro; si lo doy yo, o si se lo da el otro. Y añádase a esto que esta afición de parientes ciega de tal manera, que hace que no repare uno en esas cosas, y que le parezca lícito lo que algunas veces es ilícito, y que le parezca que no es contra el voto de la pobreza lo que en realidad de verdad lo es. Y aunque no llegue uno a hurtar otra cosa a la Religión sino el tiempo que gasta en los negocios de sus parientes, en eso hurta y la defrauda harto; porque ya, dice San Basilio no sois vuestro, sino de la Religión, a la cual ofrecisteis también vuestro cuerpo y todas vuestras obras y trabajos, y por eso ella tiene cuidado, no sólo de vuestra alma, sino también de vuestro cuerpo, dándoos todo lo necesario; y vos tomáis el sustento de la Religión y os ocupáis en servir a vuestros parientes. Todo esto le hurtáis, fuera de la desedificación que en esto dais a los que os ven tan pegado y asido a parientes.

No sin gran razón dijo Cristo nuestro Redentor en el Evangelio (Lc., l4, 26): *Si alguno quisiere venir en pos de mí y no aborreciere a su padre, a madre, hijos, mujer, hermanos y también a sí mismo, no puede ser mi discípulo*. Advierte aquí muy bien San Gregorio que de la misma manera que manda que nos aborrezcamos a nosotros mismos, manda que aborrezcamos a nuestros padres y parientes. De manera que así como habéis de tener un odio santo contra vos mismo mortificándoos y contradiciéndoos

en todo aquello que la carne pidiere contra el espíritu y contra la razón, y no condescendiendo con ello, porque ése es el mayor enemigo que tenéis; así también habéis de tener un odio santo a vuestros padres y parientes, no condescendiendo con ellos. sino contradiciéndoles en todo aquello que fuere impedimento para vuestra salvación y para vuestro aprovechamiento y perfección; porque ésos son parte de vos y son también vuestros enemigos. [*Y los enemigos del hombre son los de su casa*]. (Miqueas 7, 6).

En la Crónicas de San Francisco se cuenta que un hombre dijo al santo fray Gil que en todo caso determinaba ser religioso. Respondió el siervo de Dios: «Si determinas de hacer eso, ve primero y mata cuantos parientes tienes.» Y aquel hombre le dijo llorando que no le obligase a hacer tantos pecados. Respondió fray Gil: «¿Por qué eres de tan poco saber y entendimiento? Yo no digo que los mates con la espada material, sino con la mental. Porque, según la palabra de Señor, el que no tiene odio al padre y a la madre y a los parientes, no puede ser su discípulo.»

Es cosa digna de consideración ver qué de veces nos repite el Salvador esta doctrina en el sagrado Evangelio. Y lo nota muy bien San Basilio y trae aquellos dos ejemplos que en él leemos. El primero, de aquel mancebo que quería seguir a Cristo y le pidió licencia para ir a disponer de su hacienda y legítima, al cual respondió (Lc., 9, 62): *El que echa mano al arado y vuelve atrás, no es apto para el reino de los Cielos*. De manera que es volver atrás, habiendo comenzado a echar mano del arado de los consejos evangélicos, tornaros a embarazar en los negocios del siglo que dejasteis. Por eso temed la sentencia de Cristo, que es no ser apto para el reino de los Cielos. El segundo ejemplo es el del otro mancebo que quería también seguir a Cristo y le pidió licencia para ir a enterrar a su padre, cosa tan honesta, y que tan en breve se podía hacer, y no se lo dio, sino le respondió: *Deja a los muertos enterrar sus muertos*. Dice Teofilacto sobre estas palabras: «Si aun para enterrar a su padre no le dio licencia, ¡ay de aquellos que profesan Religión y tornan a negocios mundanos y seglares!» Y no se contentó Cristo nuestro Redentor con avisarnos de esto de palabra y con ejemplos ajenos, sino con su propio ejemplo nos quiso encomendar este desvío de parientes; como se en muchos lugares del Evangelio, que en lo exterior parece que muestra rigor y aspereza a su santísima Madre; como en aquel desvío, al parecer, que le dio, habiéndole hallado en el templo (Lc., 2, 49): *¿Para qué me buscabais? ¿No sabíais que me conviene estar en las cosas de mi Padre?* Y en las bodas, cuando faltó el vino: *¿Qué tenemos nosotros que ver con eso?* (Jn., 2, 4). Para enseñarnos a nosotros,

dice San Bernardo, el modo con que hemos de tratar a los parientes, que cuando nos quisieren apartar del fin de nuestra profesión, les demos de mano diciendo: «Nos conviene atender al negocio de Dios y de nuestra salvación.» Y al otro que le dijo: «Maestro, di a mi hermano que parta conmigo la herencia», le respondió sacudidamente: *¿Quién me ha hecho a Mí juez de partiijas?* (Lc., 12, 14). No me enviaron a Mí a averiguar y componer esas diferencias. Para enseñarnos que hemos de huir de semejantes negocios, porque no son conforme a nuestra profesión.

CAPÍTULO 7

Cómo se suele disfrazar esta tentación con título, no sólo de piedad, sino de obligación, del remedio para esto.

Porque esta tentación se suele algunas veces valer y ayudar no sólo de título de piedad, sino de obligación, que son las más peligrosas tentaciones, nuestro Padre, para prevenir y obviar el daño tan grande que de aquí podía resultar en la Compañía, manda en las Constituciones que a todos los que entran en ella se les pregunte si cuando hubiere duda si están obligados a socorrer a sus padres o parientes, se dejarán regir por lo que la Compañía y superior de ella les ordenare, no dejándose llevar de su propio juicio. Porque en el negocio de parientes, como en cosa propia, la afición ciega y suele ser causa de errar; y así no pueden ser ellos buenos jueces en esta causa. Pues para que estén todos quietos, y no tengan que tener escrúpulo ninguno, proveyó nuestro Padre de este remedio. Y así está uno obligado a quietarse con lo que la Compañía le dijere en esta parte, pues hay en ella tantas letras y tanto temor de Dios, y lo mirará bien conforme a ciencia y conciencia. Y para eso se le propone y pregunta esto al principio al que quiere entrar en la Compañía, y no le reciben si no es contento de pasar por esto. Y debe dar muchas gracias a Dios de que se pueda seguramente descuidar con esto, para tratar más de veras de su aprovecha- miento y perfección.

Por esta misma razón manda también nuestro Padre que cuando la distribución de la hacienda se hubiere de hacer a parientes por ser pobres, se deje a juicio de dos o tres personas de ciencia y conciencia, que cada uno eligiere con aprobación del superior, los cuales han de juzgar si son verdaderamente pobres y si es verdadera necesidad la que tienen, porque la afición de la carne y de la sangre no le haga errar. De manera que para dar

uno su hacienda a pobres extraños, no es menester esta consulta, y para darla a parientes pobres, sí, por el peligro que hay del amor y afición natural. Y así nota San Gregorio en aquel ejemplo en que prohibió Cristo a aquel mancebo que fuese a enterrar a su padre (Lc. 9, 60): advertid que lo que no prohibiera hacer con un extraño, antes lo aconsejara y fuera obra de misericordia, lo prohíbe para con su padre; para que entendamos que lo que se puede hacer con los extraños, muchas veces no conviene que se haga con los parientes, por el peligro que suele haber en ello, y por la desedificación de los que ven a un religioso envuelto y embarazado en cosas de carne y sangre.» Claro está que de otra manera hace uno el negocio del extraño que el de sus deudos y parientes; porque aquél no le inquieta ni desasosiega, pero esto otro, bien experimenta que le causa grande inquietud, y le roba la paz del alma, y le es grande impedimento para los ejercicios espirituales. Y así, cuando alguna vez fuese necesario ayudar uno en algo a sus parientes, será mejor y más seguro para él, y de más edificación para los prójimos, que otro Padre se encargue de eso, y no él. Y en la Compañía tenemos orden de que se haga así, y es doctrina de San Basilio. Fuera de que, cuando él propio entiende en esos negocios si en él hay alguna cosa de mundo y carne, querría que los suyos no fuesen pobres, ni padeciesen, y Dios quiere que sean pobres y padezcan necesidad; porque aquello les conviene más a ellos para su salvación, y para su humillación. Y aun suele en esto entrar algunas veces otra vanidad y otra locura, que algunos religiosos quieren y procuran que sus padres y parientes sean y tengan más de lo que fueran y tuvieran si ellos no fueran religiosos. En lo cual dan claras muestras de no serlo, sino solamente en el nombre, pues habiendo de ser más humildes, tienen más vanidad y presunción.

Y porque por nuestros pecados experimentarnos más de lo que querríamos, que muchos con este título son tentados de la vocación, y procuran salir de la Religión so color de remediar a sus padres o hermanos, añado y digo que estos tales, comúnmente hablando, no lo han de ahí, ni eso es lo principal que les hace flaquear en su vocación, sino otras causas ocultas que ellos se saben: su poca virtud y mortificación, la flaqueza que sienten en sí para llevar el rigor y perfección de la Religión, ésa les hace flaquear en ella; sino que como no pueden alegar este título, se acogen a otros que tengan algún color. Y que esto sea así, lo tocamos cada día con las manos, y por el efecto se ve claramente; porque muchas veces no tienen éstos posibilidad para remediar aquellas necesidades que ellos dicen, ni las remedian saliendo, antes las remediaran mejor estando en la Religión; luego no es eso lo que los sacó de la Religión, sino el deseo de libertad y de

vivir a sus anchuras. (Hechos 5, 4); [*No mentiste a los hombres, sino a Dios*]. A Dios no le podréis engañar. ¡Ay de aquel que comienza a cojear, y no se quieta con lo que sus superiores y sus Constituciones le dicen!

Finalmente, el que quisiere alcanzar el fin a que vino a la Religión, conviene que se sacuda del trato y negocio de parientes, y que les dé de mano (Deut., 33, 9): «El que por más servir a Dios se olvida de sus parientes. y dice a su padre, madre y hermanos, no os conozco, ése guarda bien los mandamientos de Dios, y los consejos que ha profesado.» Dice muy bien San Bernardo, y es doctrina común de los Santos. que el religioso ha de ser como otro Melquisedec, del cual dice el Apóstol San Pablo (Hebr., 7, 3) que no tenía padre, ni madre, ni linaje; no porque careciese de esto, que siendo como era verdadero hombre. no podía carecer de ello; pero se dice que no lo tenía, porque la sagrada Escritura, cuando habla de él en razón de sacerdote, no hace mención de esto, ni del principio y fin de sus días, para darnos a entender que los sacerdotes, y mucho más los religiosos, han de estar tan despegados de todo esto, como si no lo tuviesen, y tan dedicados a las cosas espirituales y divinas, como si hubieran venido del Cielo; de manera que sean en su corazón como otro Melquisedec, sin tener cosa en este mundo que trabe de ellos y les impida y retarde su apresurado caminar a Dios.

Pues concluyamos con lo que concluye San Bernardo: «Recogeos y sentaos a solas, y apartaos no solamente de la demás multitud, sino olvidaos también de vuestro pueblo y de la casa de vuestro padre, y codiciará Dios vuestra hermosura.» San Jerónimo, sobre estas palabras del Profeta, dice: «Gran cosa debe ser el olvidarse uno de sus padres y parientes; pues tan gran premio se le promete, que codiciará Dios su hermosura.»

En las Crónicas de la Orden de San Francisco se cuenta que entró en París en la Orden un maestro en Teología, al cual había sustentado su Madre con limosnas y mucha pobreza, hasta ponerle en aquel estado; y oyendo que su hijo era fraile, vino al convento, y con muchas lágrimas e importunaciones pedía a voces a su hijo, descubriéndose las pechos y diciéndole los trabajos con que le había criado, representándole la necesidad y miseria en que la dejaba. Por estas lágrimas fue movido el maestro a dejar su propósito, y determinó al día siguiente salirse de la Religión; y sintiendo sobre este caso grande contienda en su corazón, acudió a la oración como tenía de costumbre, y postrado ante la imagen del crucifijo, decía con angustiado corazón: «Señor, no os quiero yo dejar, ni Vos permitáis tal cosa; mas solamente quiero remediar a mi madre, que está en grande necesidad.» Y

como diciendo estas cosas levantase los ojos a la imagen, vio que del lado del Señor manaba verdadera sangre, y luego oyó una voz que le decía: «Más caro me costaste a mí que a tu madre, pues te crié y redimí con esta sangre; no me debías tú dejar por el amor de tu madre.» Con este viso quedó el maestro espantado, y prefiriendo el amor de Jesucristo al amor natural de su madre, que lo movía por su necesidad a dejar aquel estado, perseveró en la Orden, acabando en ella con mucho loor.

Aunque en este tratado parece que hemos hablado solamente con los religiosos; pero si los seglares sacasen de él, como deseamos, no inquietar a los religiosos, ni embarazarles en sus negocios, y entrometerse en el gobierno de la Religión, pidiendo y procurando que su pariente o amigo vaya o resida en tal parte, no sería un pequeño fruto, así para ellos como para nosotros.

TRATADO SEXTO

DE LA TRISTEZA Y ALEGRIA

CAPÍTULO PRIMERO

De los daños grandes que se siguen de la tristeza.

Echa muy lejos de ti la tristeza, dice el Sabio (Eccli., 30, 24), *porque la tristeza ha matado a muchos, y no hay en ella provecho alguno*. Casiano hace un libro del espíritu de la tristeza, porque dice que para curar y remediar este mal y enfermedad, no es menester menor cuidado y diligencia, que para las demás enfermedades y tentaciones espirituales que se nos ofrecen en esta vida, por los muchos y grandes daños que se siguen de ella, los cuales va allí poniendo y fundándolos muy bien en la Escritura sagrada. «Guardaos, dice, de la tristeza, no la dejéis entrar en vuestro corazón; porque si le dais entrada, y se comienza a enseñorear de vos, luego os quitará el gusto de la oración, y hará que os parezca larga la hora, y que no la cumpláis enteramente: y aun algunas veces hará que os quedéis del todo sin oración, y que dejéis la lección espiritual. Y en todos los ejercicios espirituales os pondrá un tedio y un hastío que no podáis arrostrar a ellos» (Sal., 118, 28). [*Se adormeció de tedio mi alma*]. En este verso, dice Casiano, declara muy bien el Profeta estos daños que se siguen de la tristeza. No dice que se adormeció su cuerpo, sino su ánima: porque con la tristeza y acidia espiritual cobra el ánima tanto tedio y hastío a todos los ejercicios espirituales y a todas las obras de virtud, que está como dormida, inhábil y torpe para todo lo bueno Y algunas veces es tan grande el fastidio que tiene uno con las cosas espirituales, que le vienen a enfadar y dar en rostro los que tratan de virtud y de perfección; y aun algunas veces los procura retraer y estorbar de sus buenos ejercicios.

Tiene también otra cosa la tristeza, dice Casiano. que haca al hombre desabrido y áspero con sus hermanos. San Gregorio dice: «La tristeza mueve a ira y enojo; y así experimentamos que cuando estamos tristes, fácilmente nos airamos y nos enfadamos luego de cualquier cosa; y más, hace al hombre impaciente en las cosas que trata, le hace sospechoso y malicioso, y algunas veces turba de tal manera al hombre la tristeza, que parece que le quita el sentido y le saca fuera de sí, conforme a aquello del Eclesiástico (21, 15): *Donde hay amargura y tristeza no hay juicio*.» Y así ve-

mos muchas veces que cuando reina en uno la tristeza y melancolía, tiene unas aprensiones tan fuera de camino y unas sospechas y temores tan sin fundamento, que los que están en su seso se suelen reír y hacer conversación de ellas como de locuras. Y otros hemos visto, hombres gravísimos de grandes letras y talentos, tan presos de esta pasión, que era gran compasión verlos unas veces llorar como criaturas, y otras dar unos suspiros que no parecía sino que bramaban. Y así, cuando están en su seso, y sienten que les quiere venir esta locura, que bien se puede llamar así, se encierran en su aposento para allí a solas llorar y suspirar consigo, y no perder la autoridad y opinión con los que les vieren hacer tales cosas.

Si queréis saber de raíz los efectos y daños que causa la tristeza en el corazón, dice Casiano, el Espíritu Santo nos lo declara brevemente por el Sabio (Prov., 25, 20): *Lo que hace la polilla en la vestidura, y el gusano y carcoma en el madero, eso hace la tristeza en el corazón del hombre*. La vestidura comida de polilla no vale nada, ni puede servir para nada; y el madero lleno de carcoma no es de provecho para el edificio, ni se puede cargar sobre él peso alguno, porque luego se hace pedazos; así el hombre lleno de melancolía, triste y desgraciado, se hace inútil para todo lo bueno. Y no para aquí el mal, sino lo que peor es, la tristeza en el corazón es causa y raíz de muchas tentaciones y de muchas caídas (Eccli., 30, 25): *A muchos ha hecho la tristeza caer en pecados*. Y así llaman algunos a la tristeza, nido de ladrones y cueva de demonios, y con mucha razón. Y traen para esto aquello que dice el santo Job (40, 16) del demonio: [*Duerme a la sombra*]. En esa sombra y oscuridad, en esas nieblas y tinieblas de esa confusión que tenéis cuando estáis triste, ahí duerme y se esconde el demonio, ése es su nido y madriguera, ésa es la disposición que él está aguardando para acometer con todas cuantas tentaciones quiere. Así como las serpientes y bestias fieras están aguardando la oscuridad de la noche para salir de sus cuevas (Sal., 103, 20), así el demonio, serpiente antigua, está esperando esa noche y oscuridad de la tristeza, y entonces acomete con todo género de tentaciones (Sal., 10, 3), [*Tienen preparadas sus saetas dentro de la aljaba, para asaetear a escondidas a los que son de recto corazón*].

Decía el bienaventurado San Francisco que se alegra mucho el demonio cuando el corazón de uno está triste; porque fácilmente o le ahoga en la tristeza y desesperación, o le convierte a los placeres mundanos. Nótese mucho esta doctrina, porque es de mucha importancia. Al que anda triste y melancólico, unas veces le hace el demonio venir en gran descon-

fianza y desesperación, como hizo con Caín y con Judas. Otras veces, cuando por ahí le parece que no tiene buen juego, le acomete con deleites mundanos; otras con deleites carnales y sensuales, so color que con aquello saldrá de la pena y tristeza que tiene. Y de aquí es, que cuando está uno triste, le suelen venir unas veces tentaciones de la vocación; porque le representa el demonio que allá en el mundo viviera alegre y contento: a algunos ha sacado de la Religión la tristeza y melancolía. Otras veces le suele traer el demonio pensamientos carnales y deshonestos que dan gusto a la sensualidad. y procura que se detenga en ellos, so color de que con eso desechará la tristeza y se aliviará su corazón. Esta es una cosa mucho de temer en los que andan tristes y melancólicos, porque suelen ser muy ordinarias en ellos estas tentaciones. Y lo advierte muy bien San Gregorio. Dice que, como todo hombre naturalmente desea alguna delectación y contento, cuando no lo halla en Dios ni en las cosas espirituales, luego el demonio, que sabe bien nuestra inclinación, le representa y pone delante cosas sensuales y deshonestas, y le ofrece gusto y contento en ellas, con que le parece que se le mitiga y alivia la tristeza y melancolía presente. «Entended, dice el Santo, que si no tenéis contento y gusto en Dios y en las cosas espirituales, le habéis de ir a buscar en las cosas viles y sensuales, porque no puede vivir el hombre sin algún contento y entretenimiento.»

Finalmente, son tantos los males y daños que se siguen de la tristeza, que dice el Sabio (Eccli., 25, 17): *Todos los males vienen con la tristeza*. Y en otro lugar (Eccli., 38 19): *La muerte viene con ella*, y aun la muerte eterna, que es el infierno. Así declara San Agustín aquello que dijo Jacob a sus hijos (Genes., 42, 38): [*Haréis que, de pesadumbre. dé con mis canas en el infierno*]. Dice que temió Jacob no hiciese tanta impresión y causase en él tanto daño la tristeza de carecer de su hijo Benjamín, que le pusiese en contingencia su salvación, y diese con él en el infierno de los condenados. Y por eso, dice, nos avisa el Apóstol San Pablo (Hebr., 12, 15) que nos guardemos de ella: [*No sea que brote alguna raíz de amargura y sean por ella muchos contaminados*]. Por ser tan grandes los daños y peligros que se siguen de la tristeza, nos previene y avisa tanto la sagrada Escritura y los Santos que nos guardemos de ella. No es por vuestro consuelo, ni por vuestro gusto; que si no hubiera más que eso, poco importaba. que estuvieseis triste o alegre. Y por eso también la desea y procura tanto el demonio, porque sabe que es causa y raíz de muchos males y pecados.

CAPÍTULO 2

En que se dan algunas razones por las cuales nos conviene mucho servir a Dios con alegría.

Gozaos siempre en el Señor; otra vez os torno a decir que os gocéis y regocijéis, dice el Apóstol San Pablo (Filip., 4, 4). Lo mismo nos repite muchas veces en los salmos el Profeta David (Sal. 31, II): [*Alegraos en el Señor y regocijaos, oh justos, y gloriaos todos los rectos de corazón*. -(Sal., 69, 5): *Salten de gozo y alégrense en Ti, Señor, todos los que te buscan*. -(Sal,, 99, 2): *Cantad a Dios con júbilo, moradores todos de la tierra, servid al Señor con alegría; llenos de alborozo llegad a su presencia*. -(Sal., 104, 3): *Alégrese el corazón de los que buscan al Señor*]. Y en otros muchos lugares nos exhorta a que sirvamos a Dios con alegría. Y con esto saludó el ángel a Tobías (5, 11): *Dios te dé siempre mucho gozo y alegría*. Solía decir el bienaventurado San Francisco: «Al demonio y a sus miembros pertenece estar tristes, mas a nosotros alegrarnos siempre en el Señor.» *En las moradas de los justos siempre se ha de oír voz de alegría y de salud*. Nos ha traído el Señor a su casa, y escogido entre millares: ¿cómo hemos de andar tristes?

Bastaba para entender ser esta cosa de mucha importancia, ver qué de veces nos la encomienda y repite la sagrada Escritura; y el ver por otra parte los daños grandes que dijimos se siguen de la tristeza. Pero para mayor abundancia, y para que viendo al ojo el provecho nos esforcemos más a ello, diremos algunas razones por las cuales nos conviene mucho andar siempre en el servicio de Dios con esta alegría de corazón. Y sea la primera, porque así lo quiere el Señor, dice San Pablo (2 Cor., 9, 7): *Quiere Dios un dadivoso alegre*, conforme a lo que Él dijo por el Sabio (Eccli., 35, 11): [*Todo lo que das, dalo con semblante alegre*]. Así como acá en el mundo vemos que cualquier señor quiere que sus criados le sirvan con alegría, y cuando ve que andan encapotados y le sirven con ceño y tristeza, no le es agradable su servicio, antes le enfada, así Dios nuestro Señor gusta de que le sirvamos con mucha voluntad y alegría, no con ceño, ni tristeza.

Nota la sagrada Escritura que ofreció el pueblo de Israel mucho oro y plata y piedras preciosas para el edificio del templo con grande voluntad y alegría. Y el rey David dio gracias a Dios de ver al pueblo ofrecer sus dones *con tan grande gozo* (1 Cron., 29, 9). Eso es lo que estima mucho Dios. No estima tanto la obra que se hace, cuanto la voluntad con que se

hace. Aun acá solemos decir: la voluntad con que lo hace vale más que todo, y aquello estimamos en mucho aunque la cosa sea en sí pequeña. Y, por el contrario, por grande que sea, si no fue hecha con voluntad y alegría, no la estimamos ni agradecemos, antes nos descontenta. Dicen muy bien que es como quien sirve un buen manjar, pero con salsa amarga que lo hace todo desabrido.

La segunda razón es que redunda en mucha gloria y honra de Dios el servirle con alegría, porque de esa manera muestra uno que hace aquello de buena gana y que le parece todo poco para lo que desea hacer. Los que sirven a Dios con tristeza, parece que dan a entender que hacen mucho, y que andan reventando con la carga, y que apenas la pueden ya llevar por ser grande y pesada, y eso desagrada y da en rostro. Y así, una de las causas por que el bienaventurado San Francisco no quería ver en el rostro de sus frailes tristeza, era porque da a entender que hay pesadumbre en la voluntad y pereza en el cuerpo para el bien. Pero esos otros, según van de alegres y ligeros, parece que están diciendo que no es nada lo que hacen para lo que desean y querrían hacer. Como decía San Bernardo: «Señor, lo que yo hago por Vos, apenas es trabajo de una hora; y si más es, con el amor no lo siento.» Eso da mucho contento al Señor, y así dice Él en el Evangelio (Mt., 6, 16-18): *Cuando ayunéis, ungíos la cabeza y lavaos el rostro*, [*porque no echen de ver los hombres que ayunáis*]; quiere decir: poneos de fiesta y andad alegres, que parezca que no ayunáis ni hacéis nada. No andéis tristes, como los hipócritas, que quieren dar a entender a todos que ayunan y que echen de ver que hacen algo. De camino se ha de advertir aquí que hay algunos, que para andar con modestia y recogimiento, les parece que es menester andar cabizbajos y con semblante triste, y se engañan. Dice San León Papa: «La modestia del religioso no ha de ser triste, sino santa. Ha de traer siempre el religioso una modestia alegre y una alegría modesta. Y saber juntar estas dos cosas, es gran decoro y grande ornato del religioso.»

Lo tercero, no solamente redunda esto en mucha honra de Dios, sino también en provecho y edificación de los prójimos y en abono de la virtud. Porque los que de esta manera sirven a Dios, persuaden mucho a los hombres con su ejemplo que en el camino de la virtud no hay la pesadumbre y dificultad que los malos imaginan; pues les ven a ellos caminar por él con tanta suavidad y alegría. Con lo cual los hombres que naturalmente son amigos de andar alegres y contentos, se animan mucho a darse a la virtud. Por esta razón particularmente nos conviene mucho a nosotros andar con

alegría en nuestros ministerios, por tratar tanto con prójimos, y ser nuestro fin e instituto el ganar almas para Dios. Porque de esa manera se ganan y aficionan muchos, no sólo a la virtud, sino a la perfección y a la Religión. De algunos sabemos que han dejado el mundo y entrado en Religión por ver la alegría y contento con que andan los religiosos. Porque lo que desean los hombres es pasar esta vida con contento; y si entendiesen el que tiene el buen religioso, creo se despoblaría el mundo y se acogerían todos a la Religión; sino que es éste un maná escondido, que le escondió y guardó Dios para los que Él quiso escoger: a vos os descubrió el Señor este tesoro escondido, y no se le descubrió a vuestro hermano, y así él se quedó allá, y a vos os trajo acá: por lo cual le debéis infinitas gracias.

La cuarta razón por que nos conviene andar con alegría es porque la obra comúnmente es de mayor mérito y valor cuando se hace con esta alegría y prontitud, porque eso hace hacer la obra mejor y más perfectamente. Aun allá dijo Aristóteles: «La alegría y gusto con que se hace la obra es causa de que se haga con perfección; y la tristeza, de que se haga mal hecha.» Y así vernos por experiencia que hay mucha diferencia del que hace la cosa con gusto al que la hace de mala gana; porque éste no parece que atiende más que a poder decir que la hizo; pero aquél se está esmerando en hacer bien lo que hace, y procura hacerlo lo mejor que puede. se añade a esto lo que dice San Crisóstomo, que la alegría y contento del ánima da fuerzas y aliento para obrar. La alegría dilata v ensancha el corazón; pues dice el Profeta (Sal., 118, 32): *Señor, cuando Vos me dabais aquella alegría con que se dilataba mi corazón, corría yo con grande ligereza por el camino de vuestros mandamientos*. Entonces no se siente el trabajo. (Isai., 40, 31): [*Correrán y no se fatigarán, andarán y no desfallecerán*].

Y, por el contrario, la tristeza estrecha, aprieta y encoge el corazón: no sólo quita la gana de obrar, sino también las fuerzas, y hace que se le haga a uno pesado lo que antes le era fácil. Y así confesó su flaqueza el sacerdote Aarón, que habiéndole Dios muerto dos hijos de un golpe, y siendo reprendido de su hermano Moisés por no haber ofrecido sacrificio al Señor. respondió (Levit., 10, 19): *¿Cómo podía yo agradar con el sacrificio al Señor con ánimo lloroso y triste?*

Y los hijos de Israel en el destierro de Babilonia decían (Sal., 136, 4): *¿Cómo cantaremos el cántico del Señor en tierra ajena?* Y por experiencia vemos cada día que cuando estamos con tristeza, no sólo se disminuyen las fuerzas espirituales, conforme a aquello del Sabio (Prov., 15, 13). [*Con la tristeza del alma se abate el espíritu*], sino también las corporales,

que no parece sino que cada brazo y cada pie nos pesa un quintal. Por esto aconsejan los Santos que en las tentaciones no nos entristezcamos; porque eso quita el vigor del corazón y hace al hombre cobarde y pusilánime.

Otra razón se puede colegir de las pasadas, por la cual es mucho de desear que el siervo de Dios, y especialmente el religioso, ande con alegría; y es, porque cuando se ve que uno anda con alegría en las cosas de la virtud y de la religión, da aquello grande satisfacción y esperanza que aquél perseverará y llevará adelante lo comenzado; pero cuando le vemos andar triste, sospecha da y temor si ha de perseverar. Como cuando veis a uno que lleva a cuestas una gran carga de leña y que va con pesadumbre, anhelando y suspirando, y aquí para, y allí se le cae un palo, acullá otro, luego decís: Este no ha de poder con tanto, creo que lo ha de dejar a medio camino; pero cuando le veis ligero con la carga, y que va cantando y alegre, luego decís: Este aún más que aquello llevaría. Pues de la misma manera, cuando uno hace con tristeza y pesadumbre las cosas de la virtud y de la Religión, y parece que va gimiendo y reventando con la carga, sospecha da que no ha de durar; porque ir siempre remando y forcejando agua arriba, es vida de galera y cosa muy violenta. Pero cuando anda alegre en los oficios humildes y en los demás ejercicios de la Religión, así corporales como espirituales,. todo se le hace fácil y ligero, da muy buenas esperanzas que irá adelante y perseverará.

CAPÍTULO 3

Que no han de bastar las culpas ordinarias en que caemos para quitarnos esta alegría.

Estiman tanto los Santos que andemos siempre con este ánimo y alegría, que aun en las caídas dicen que no hemos de desmayar, ni desanimarnos, ni andar tristes ni melancólicos. Con ser el pecado una de las cosas porque con razón podemos tener tristeza, como luego diremos, con todo eso, dice San Pablo, que esa tristeza ha de ser templada y moderada con la esperanza del perdón y misericordia de Dios, para que no cause desmayo ni desconfianza. (2 Cor., 2, 7): [*Porque no acontezca por ventura que ese tal dé al través con tu demasiada tristeza*]. Y así, el bienaventurado San Francisco, que aborrecía mucho esta tristeza en sus frailes, respondió a uno de sus compañeros que andaba triste, diciendo: «No debe el que sirve a Dios andar triste, si no es por haber cometido algún pecado; si tú le has

cometido, arrepiéntete y confiésate, y pide a Dios perdón y misericordia, y suplícale con el Profeta que te vuelva la alegría primera (Sal. 00, 14): *Tornadme, Señor, aquella alegría* y prontitud que sentía en vuestro servicio *antes que pecara, y sustentadme, y confirmadme en eso con el espíritu magnífico* y poderoso de vuestra gracia.. Así declara también San Jerónimo este lugar.

El Beato Padre Maestro Ávila reprende, y con mucha razón, a algunos que andan en el camino de Dios llenos de tristeza desaprovechada, aheleados los corazones, sin gusto en las cosas de Dios, desabridos consigo y con sus prójimos, desmayados y desanimados; y muchos, dice, hay de éstos que no cometen pecados mortales, sino dicen que por no servir a Dios como deben y desean, y por los pecados veniales que hacen, están de aquella manera. Este es un engaño grande; porque mucho mayores son los daños que se siguen de esa pena y tristeza demasiada, que los que se sigue de la misma culpa; y lo que pudieran atajar, si tuvieran prudencia y esfuerzo. lo hacen crecer, y que de un mal caigan en otro. Y eso es lo que pretende el demonio con esa tristeza; quitarles el vigor y esfuerzo para obrar, y que no acierten a hacer cosa bien hecha.

Lo que hemos de sacar de nuestras faltas y caídas ha de ser, lo primero, que nos confundamos y humillemos más, conociendo que somos más flacos de lo que pensábamos. Lo segundo, que pidamos mayor gracia al Señor, pues la hemos menester. Lo tercero, que vivamos de ahí adelante con mayor cautela y recato, tomando avisos de una vez para otra, previniendo las ocasiones y apartándonos de ellas. De esta manera, haremos más que con desmayos y tristezas desaprovechadas. Dice muy bien el B. Padre Maestro Ávila: «Si por las culpas ordinarias que hacemos, hubiésemos de andar decaídos, tristes y desanimados, ¿quién de los hombres tendría descanso ni paz (Sal. 129, 3), pues todos pecamos?» Procurad vos de servir a Dios y de hacer vuestras diligencias; y si no las hiciereis todas, y cayereis en faltas, no os espantéis por eso, ni desmayéis, que así somos todos; hombre sois, y no ángel, flaco y no santificado. Y bien conoce Dios nuestra flaqueza y miseria, y no quiere que desmayemos por eso, sino que nos levantemos luego, y pidamos mayor fuerza al Señor. como el niño que cae, que luego se levanta y corre como primero.

Dice San Ambrosio «Las caídas de los niños no indignan a su padre, sino le enternecen. De esa manera, dice, se ha Dios con nosotros, conforme a aquello del Profeta (Sal., 102, 13): Conoce Dios muy bien nuestra enfermedad y miseria, y ámanos como a hijos flacos y enfermos; y así esas

caídas y flaquezas nuestras antes le mueven a compasión que a indignación. Uno de los grandes consuelos que tememos los que somos flacos en el servicio de Dios es entender que es Dios tan rico en amor y misericordia, que nos sufre y ama, aunque nosotros no le correspondamos tan por entero como era razón.« [*Es rico en misericordia*] (Ef., 2, 4); sobrepuja su misericordia nuestros pecados. Así como se derrite la cera delante del fuego, así se deshacen todas nuestras faltas y pecados delante de su misericordia infinita. Esto nos ha de animar mucho para andar siempre con grande contento y alegría; entender que Dios nos ama y nos quiere bien, y que por todas esas faltas ordinarias que hacemos, no perdemos un punto de gracia amor de Dios.

CAPÍTULO 4

De las raíces y causas de la tristeza, y de sus medios.

Pero veamos las raíces y causas de donde suele nacer la tristeza, para que así apliquemos los remedios necesarios. Casiano y San Buenaventura dicen que la tristeza puede nacer de muchas raíces. Algunas veces nace de enfermedad natural de humor melancólico que predomina en el cuerpo, y entonces el remedio más pertenece a los médicos que a los teólogos; pero se ha de advenir que ese humor melancólico se engendra y aumenta con los pensamientos melancólicos que uno tiene. Y así dice Casiano que no menos cuidado hemos de poner en que no entren ni nos lleven tras sí estos pensamientos tristes y melancólicos, que en los pensamientos que nos vienen contra la castidad o contra la fe, por los daños grandes que dijimos nos pueden de eso venir.

Otras veces, dice, que sin haber precedido causa alguna particular que provoque a ello, de repente se suele hallar uno tan triste y melancólico, que no gusta de nada, ni aun de los amigos y conversaciones que antes solía gustar; sino todo le enfada y le da en rostro, y no querría tratar ni conversar con nadie: y si trata y habla, no es con aquella suavidad y afabilidad que solía, sino con sacudimiento y desgracia. De donde podemos colegir, dice Casiano, que nuestras impaciencias y palabras ásperas y desabridas no nacen siempre de ocasión que nos den nuestros hermanos para ello, sino de acá dentro: en nosotros está la causa; el no tener mortificadas nuestras pasiones es la raíz de donde nace todo esto. Y así, no es el remedio para tener paz. el huir el trato y conversación de los hombres, ni nos manda Dios eso,

sino el tener paciencia y mortificar muy bien nuestras pasiones; porque si éstas no mortificamos, dondequiera que vayamos y a dondequiera que huyamos, llevamos con nosotros la causa de las tentaciones y turbaciones.

Bien sabido es aquel ejemplo que cuenta Surio de un monje, el cual, por razón de su cólera e ira poco momificada, era pesado a sí y a los otros. Se determinó salir del monasterio del santo abad Eutimio, en el cual vivía, pareciéndole que estando quitado de tratar con otros y viviendo solo, cesaría la ira, pues no tendría ocasiones con que airarse. Lo hace así, y encerrándose en una celda, llevó consigo un cántaro de agua, y por arte del demonio se le derramó; lo levantó y lo volvió a llenar de agua, y por segunda vez se le derramó, cayendo al suelo; volvió por tercera vez a llenarle y ponerle bien, y por tercera vez se le derramó, entonces, con más cólera que solía, coge el cántaro y da con él en el suelo haciéndole pedazos. Acabando de hacer esto, cayó en la cuenta y echó de ver que no era la compañía de los monjes y la comunicación con ellos la causa de su caída en impaciencia e iras, sino su poca mortificación, y al fin se volvió a su monasterio. De manera que en vos está la causa de vuestra inquietud e impaciencia, y no en vuestros hermanos, mortificad vos vuestras pasiones, y de esa manera dice Casiano, aun con las bestias, fieras tendréis paz, conforme a aquello de Job (5, 23): [*Las bestias serán mansas para ti*]; cuanto más con vuestros hermanos.

Otras veces, dice San Buenaventura que suele nacer la tristeza de algún trabajo que sobreviene, o de no haber alcanzado alguna cosa deseada. Y San Gregorio y San Agustín y otros Santos ponen también esta raíz que la tristeza del mundo nace de estar uno aficionado a las cosas mundanas; porque claro está que se ha de entristecer el que se viere privado de lo que ama. Pero el que estuviere desasido y desaficionado de todas las cosas del mundo, y pusiere todo su deseo y contento en Dios, estará libre de la tristeza del mundo. Dice muy bien el B. Padre Maestro Ávila: «No hay duda sino que el penar viene del desear, y así, a más desear, más penar; a menos desear, menos penar; a ningún desear, descansar. De manera que nuestros deseos son nuestros sayones; ésos son los verdugos que nos atormentan y dan garrote.»

Descendiendo en esto más en particular y aplicándolo a nosotros, digo que muchas veces la causa de la tristeza del religioso es no estar indiferente para todo aquello en que le puede poner la obediencia; eso es lo que le suele traer muchas veces triste y melancólico, y lo que le hace que ande con pena y con sobresalto: si me quitarán esto, en que me hallo bien; si me

mandarán aquello, a que tengo repugnancia. Así lo dice San Gregorio: «Porque desea uno tener lo que no tiene o teme perder lo que tiene, por eso anda con pena y sobresalto.» Pero el religioso que está indiferente para cualquier cosa que le ordenare la obediencia, y tiene puesto todo su contento en hacer la voluntad de Dios, siempre anda contento y alegre, y nadie le podrá quitar su contento. Bien podrá el superior quitarle de este oficio y de este colegio; pero no podrá quitarle el contento que en eso tiene: porque no le ha él puesto en estar aquí o allí, ni en hacer este oficio o aquél, sino en hacer la voluntad de Dios. Y así consigo lleva siempre su contento, dondequiera que fuere y en cualquier cosa que le ocuparen. Pues si queréis andar siempre alegre y contento, poned vuestro contento en hacer la voluntad de Dios en todas las cosas, y no le pongáis en esto o aquello, ni en hacer vuestra voluntad, porque ése no es medio para tener contento, sino para tener mil descontentos y sinsabores.

Declarando esto más, lo que suele ser muy comúnmente causa y raíz de nuestras melancolías y tristezas, es, no el humor de melancolía, sino el humor de soberbia que reina mucho en nuestro corazón, como dijimos tratando de la humildad; y mientras ese humor reinare en vuestro corazón, tened por cierto que nunca os faltarán tristezas y melancolías, porque nunca faltarán ocasiones; y así, siempre viviréis con pena y tormento. Y a eso podemos reducir lo que acabamos de decir, de no estar uno indiferente para cualquier cosa que la obediencia le quisiere cualquier cosa que la obediencia le quisiere mandar porque muchas veces no es el trabajo, ni la dificultad del oficio, lo que se nos pone delante, que mayor trabajo y mayores dificultades suele haber los oficios y puestos altos que nosotros apetecemos y deseamos; sino la soberbia y el deseo de honra, esa es la que nos hace fácil lo trabajoso, y pesado lo que es más fácil y ligero, y la que nos trae tristes y melancólicos en ello; y aun sólo el pensamiento y temor si nos han de mandar aquello, basta para eso.

El remedio para esta tristeza bien se ve que será ser uno humilde y contentarse con el lugar bajo. Ese tal estará libre de todas esas tristezas y desasosiegos, y gozará de mucha paz v descanso. (Mt.. 29): [*Aprended de mí, que soy manso y humilde de corazón y hallaréis descanso para vuestras almas*]. De esta manera declara San Agustín estas palabras: dice que si imitamos a Cristo en la humildad, no sentiremos trabajo ni dificultad en el ejercicio de las virtudes, sino mucha facilidad y suavidad. Porque lo que hace esto dificultoso es el amor propio, la voluntad y juicio propio, el deseo de la honra y estimación y del deleite y comodidad; y todos estos im-

pedimentos quita y allana la humildad, porque ella hace que el hombre se tenga en poco a sí mismo y niegue su voluntad y juicio, y desprecie las honras y estimación; y quitando esto, no se siente trabajo ni dificultad en el ejercicio de las virtudes, sino grande paz y descanso.

CAPÍTULO 5

Que es muy gran remedio para desechar la tristeza acudir a la oración.

Casiano dice que para todo género de tristeza, por cualquier vía o causa que venga, es muy buen por medio acogernos a la oración, y pensar en Dios y en la esperanza de la vida eterna que nos está prometida; con lo cual se quitan y aclaran todos los nublados, y huye el espíritu de la tristeza, como cuando David tañía con su arpa y cantaba, huía el espíritu malo de Saúl y le dejaba. Y así el Apóstol Santiago en su Canónica (5, 13) nos pone este remedio: ¿Estáis triste? Acudid a la oración. Y el profeta David dice que usaba de él (Sal. 76, 4): *Cuando me siento triste y desconsolado, el remedio que tengo es acordarme de Dios, y con eso quedo consolado. El pensar, Señor, en Vos y en vuestros mandamientos* y en vuestras promesas, eso es para mí *cantar de alegría*; eso es lo que me recrea y consuela en este destierro y peregrinación, en todos mía trabajos y desconsuelos (Sal. 118, 54), Si el conversar acá con un amigo basta para desmelancolizarnos y alegrarnos, ¿que será el conversar con Dios? Y así el siervo de Dios y el buen religioso no ha de tomar por medio para desechar sus tristezas y melancolías el parlar y el distraerse y derramar sus sentidos ni leer colas vanas y profanas, ni menos cantarlas, sino el acudir a Dios y el recogerse a la oración; ése ha de ser su consuelo y descanso.

Ponderan los Santos aquello que cuenta la Escritura divina que después del diluvio, pasados cuarenta días, abrió Noé la ventana del arca, y envió el cuervo para ver si estaba ya seca la tierra para poder desembarcar. y no tornó más (por eso dicen « el mensajero del cuervo»): envió luego tras él la paloma, la cual, dice la sagrada Escritura (Genes., 8, 9), que *no hallando donde poner los pies, se volvió al arca*. Preguntan los Santos Padres: Pues el cuervo no volvió, claro está que encontró dónde poner los pies; ¿cómo dice la Escritura que la paloma no halló dónde ponerlos? La respuesta es que el cuervo, sobre aquellos lodazales, y sobre aquellos cuerpos muertos hizo su asiento, pero la paloma simple, blanca y hermosa,

no se ceba de cuerpos muertos, no hace su asiento en lodazales, y así se volvió al arca. porque no halló dónde poner los pies, no halló dónde descansar. Pues así el verdadero siervo de Dios y el buen religioso no halla contento ni recreación en esas cosas muertas, en esos entretenimientos vanos del mundo, y así se vuelve, como la palomica, al arca de su corazón. y todo su descanso y consuelo en todos sus trabajos y tristezas es acudir a la oración, acordarse de Dios, irse un rato al Santísimo Sacramento y consolarse con Cristo y darle allí cuenta de sus trabajos y decirle: ¿Cómo puedo yo, Señor, estar triste estando en vuestra casa y compañía?

Sobre aquellas palabras del Real profeta (Sal, 4, 7): *Diste alegría en mi corazón*, dice San Agustín: «Enséñanos aquí el santo Profeta que no se ha de buscar la alegría fuera. en las cosas exteriores, sino allá dentro, en la celda secreta del corazón, donde dice Cristo nuestro Redentor que hemos de orar al Padre Eterno» (Mt., 6, 6).

Del bienaventurado San Martín, obispo, cuenta Severo Sulpicio que el alivio de sus trabajos y cansancios era la oración. A la manera de los herreros que para aliviar un poco su trabajo suelen dar en vacío algunos golpes en el yunque, así él cuando parecía que descansaba, oraba. De otro siervo de Dios se cuenta que estando en su celda lleno de gravísima tristeza e increíble aflicción, con la cual Dios a tiempos le quiso ejercitar, oyó una voz del Cielo que en lo interior de un alma le dijo: «¿Que haces ahí ocioso, consumiéndote? Levántate y ponte a considerar en mi Pasión.» Se levantó luego, y se puso con cuidado a meditar los misterios de la Pasión de Cristo, y luego se le quitó la tristeza y quedó consolado y animado; y continuando esta consideración nunca más sintió tal tentación.

CAPÍTULO 6

De una raíz muy ordinaria de la tristeza, que es no andar uno como debe en el servicio de Dios y de la alegría grande que causa la buena conciencia.

Una de las causas y raíces principales de las tristezas y melancolías suele ser el no andar uno a las derechas con Dios, el no hacer lo que debe conforme a su estado y profesión. Por experiencia vemos, y cada uno lo experimenta en sí, que cuando anda con fervor y cuidado en su aprovechamiento, anda tan alegre y tan contento, que no cabe de placer; y, por el contrario, cuando no hace lo que debe, anda triste y desconsolado. Dice el

Sabio (Eccli., 3. 29): [*El corazón perverso se cargará de dolores y ocasionará tristezas*]. Es propiedad y condición natural del mal y del pecado causar tristeza y dolor en el alma. Esta propiedad del pecado intimó Dios a Caín en pecando, porque luego que tuvo envidia de su hermano Abel, dice la sagrada Escritura (Genes.. 4, 5-7): [*Se irritó Caín sobre manera y decayó su semblante*]. Traía consigo una ira y una rabia interior que le hacían andar muy triste y cabizbajo, se le echaba bien de ver en el rostro la amargura y tristeza interior de su alma. Y le pregunta Dios: *¿Cuál es la causa que andas de esa manera turbado, triste y cabizcaído?* Y como no respondiese Caín, respondió el mismo Dios, que es aquello la condición del pecado, diciendo: *¿Por ventura no es cierto que si hicieres bien recibirás contento y alegría?* y así dice otra letra: *Si bien hicieres, levantarás el rostro, que es andar alegre*. Pero si mal hicieres, luego a la puerta está tu pecado dando golpes para entrar a atormentarte. Y también luego se te echará de ver por de fuera en el semblante del rostro. Así como la virtud, porque es conforme a razón, naturalmente causa grande alegría en el corazón, así el vicio y el pecado, naturalmente, causa grande tristeza; porque pelea uno contra sí mismo y contra el dictamen natural de su razón; y luego el gusano de la conciencia le está dando latidos allá dentro, remordiendo y royendo las entrañas.

Dice San Bernardo: «Ninguna pena hay mayor ni más grave que la mala conciencia; porque aunque los otros no vean nuestras faltas, ni las sepan, basta que vos las sabéis; ese es el testigo que os está siempre acusando y atormentando; no os podéis esconder ni huir de vos mismo; por más que hagáis y por más entretenimientos y recreaciones que busquéis, no os podréis librar del remordimiento o latidos de la conciencia.» Y así decía el otro filósofo (Séneca) que la mayor pena que se puede dar a una culpa es haberla cometido, por el tormento grande con que la propia conciencia está atormentando al que hace el mal. Y Plutarco compara esta pena y tormento al calor y frío de la calentura. Dice que así como los enfermos reciben mucha mayor pena con el frío y calentura que nace de la enfermedad, que los sanos cuando acá por razón del tiempo tienen frío o calor; así las tristezas y melancolías que vienen de nuestras propias culpas, de que nos está remordiendo la conciencia, causan mucha mayor pena y tormento que las que vienen de casos fortuitos y desastrados, pero sin culpa nuestra. Y particularmente tiene esto más lugar en el que comenzó ya a gustar de Dios y en algún tiempo andaba bien, con fervor y diligencia, y después viene a desdecir y a proceder con tibieza; porque venir uno a empobrecer después de haber sido rico, es vida más trabajosa y triste que la

de los que nunca supieron qué cosa eran riquezas. Cuando uno se acuerda que otro tiempo andaba con devoción y con cuidado de servir a Dios, y que le hacía el Señor merced, y ahora se ve tan diferente de entonces, no puede dejar de causarle aquello gran sentimiento y darle gran golpe en el corazón.

Pues si queréis desterrar de vos la tristeza y vivir siempre alegre contento, el remedio es vivir bien y hacer lo que debéis conforme a vuestro estado. ¿Queréis nunca estar triste?, dice San Bernardo: vivid bien. Entrad en cuenta con vos y quitad las faltas que causan esa tristeza, y de esa manera cesará ella y vendrá la alegría. La buena vida siempre anda acompañada de gozo y alegría; como la mala. de pena y tormento. Así como no hay mayor pena y tormento que el remordimiento y latidos de la mala conciencia, así no hay mayor contento y alegría en esta vida que *el testimonio de la buena conciencia*; dice el Sabio (Eccli.. 30, 16): *No hay alegra en la tierra que se la pueda comparar*. Es, dice (Prov., 15, 15), como un banquete perpetuo. Así como el que está en un convite se alegra con la variedad de los manjares y con la presencia de los convidados, así el siervo de Dios, que hace lo que debe, se alegra con el testimonio de la buena conciencia y con el olor de la presencia divina, de la cual tiene grandes prendas y conjeturas en su ánimo; conforme a aquello de San Juan (1 Jn., 3, 21); [*Si nuestro corazón no nos reprende, podemos acercarnos a Dios en confianza*]. El Apóstol San Pablo dice (2 Cor., 1, 12) que *la buena conciencia* es un paraíso y *una gloria y bienaventuranza en la tierra*. San Crisóstomo dice que la buena conciencia, causada de la buena vida, quita y deshace todas las tinieblas y amarguras del corazón, como el sol cuando sale quita y deshace todos los nublados; de tal manera, que toda abundancia de tristeza cayendo en una buena conciencia así se apaga, como una centella de fuego cayendo en un lago muy profundo de agua. San Agustín añade que así como la miel no solamente es dulce en sí, sino hace dulces las cosas desabridas con que se junta, así la buena conciencia no sólo es alegre y dulce sino alegra en medio de los trabajos y los hace dulces y sabrosos, conforme a aquello del Profeta (Sal. 18, 10-11): *Los juicios de Dios,* que son sus santos Mandamientos y el cumplimiento de su ley, *son más dulces que el panal de miel*; no sólo es en sí dulce el servir a Dios, sino hace también dulces todos los trabajos y molestias de esta vida.

Leemos en las Historias Eclesiásticas que los perseguidores de la fe hicieron una cosa muy nueva, que no hay memoria que otros hiciesen en tiempos pasados, y fue que a todos aquellos que primero, siendo llamados

o puestos a tormento, habían negado la fe, pusieron juntamente con los Santos mártires en la cárcel, y para que su castigo fuese sin consuelo, no ya acusados por cristianos, sino por matadores de hombres y malhechores. Y notase allí la diferencia que había aun en lo exterior, en el gesto y en los ojos de los unos y los otros; porque los Santos salían a la audiencia y al tormento regocijados. y en sus rostros parecía no sé qué de divinidad, y sus prisiones los hermoseaban como collares de perlas, y de la suciedad de la cárcel salían olorosísimos a Cristo y a sus ángeles y a sí mismos, como si no hubiesen estado en cárceles, mas en jardines; los otros salían tristes, la cabeza baja, y en sus acatamientos, espantables, y sobre toda fealdad, disformes. A éstos su propia conciencia les fatigaba y atormentaba más ásperamente que los grillos y cadenas y el hedor de la cárcel: pero a los otros su buena conciencia y la esperanza del descanso y de la gloria les aliviaba los dolores y los recreaba. Y así lo experimentan comúnmente los buenos, porque es tan grande la alegría de la buena conciencia, que muchas veces, cuando el bueno se halla triste y atribulado, y volviendo los ojos a todas partes no ve cosa que le consuele, volviéndolos hacia dentro y mirando la paz de su conciencia y el testimonio de ella, se consuela y esfuerza; porque entiende bien que todo lo demás, como quiera que suceda, ni hace ni deshace a su negocio, sino sólo esto.

De aquí se sigue una cosa de mucho consuelo, y es que si la buena conciencia y el andar bien con Dios es causa de andar alegre, también esta alegría espiritual será señal e indicio muy grande de que uno tiene buena conciencia y anda bien con Dios y está en gracia y amistad suya; porque por el efecto se conoce la causa. Y así lo nota San Buenaventura: la alegría espiritual, dice, es gran señal de que mora Dios en un alma y que está en su gracia y amor. (Sal, 96, 11): *Para los justos nació la luz, y para los rectos de corazón, la alegría*; pero *las tinieblas*, la oscuridad y tristeza, ésa es *para los malos*, [*De quebrantamiento e infelicidad sus caminos están llenos; mas el camino de la paz, ése nunca le conocieron*] (Sal, 81, 5). Y así, una de las causas principales por las que el bienaventurado San Francisco deseaba ver en sus religiosos esta alegría espiritual, era por esto, porque era indicio de que moraba Dios en ellos, y que estaban en su gracia y amistad. (Galat., 5, 22): [*Fruto del espíritu es el gozo*], dice San Pablo. Esa alegría espiritual, que proviene y nace como de fuente de la limpieza de corazón y de la pureza de vida, es fruto del Espíritu Santo; y así es señal de que mora Él allí. Y se holgaba tanto San Francisco de ver a sus religiosos con esta alegría, que decía él: «Si alguna vez me tienta el demonio a mí con acidia v tristeza de espíritu, me pongo a mirar y considerar la alegría

de mis frailes y compañeros, y luego con su vista quedo libre de la tentación como si viese ángeles.» Ver la alegría de los siervos de Dios que están en gracia y amistad suya es como ver ángeles en la tierra, y conforme a aquello de la Escritura (Ester, 15, 16): [*Te he visto como un ángel de Dios*.— (1 Sam., 29, 9): *Bueno eres en mis ojos como ángel de Dios*].

CAPÍTULO 7

Que alguna tristeza hay buena y santa

Pero dirá alguno: ¿siempre hemos de andar alegres? ¿Nunca nos hemos de entristecer? ¿No hay alguna tristeza que sea buena? A esto responde San Basilio que alguna tristeza hay buena y provechosa. Porque una de las ocho bienaventuranzas que pone Cristo nuestro Redentor en el Evangelio es (Mt., 5, 5): *Bienaventurados los que lloran, porque ellos serán consolados*. Dicen San Basilio y San León Papa, y tráelo también Casiano, que hay dos maneras de tristeza, una, mundana, que es cuando alguno se entristece de alguna cosa del mundo, como de sucesos adversos y trabajosos; y ésta dice que no la han de tener los siervos de Dios. De San Apolonio se lee en las Vidas de los Padres que predicaba a sus discípulos que los siervos de Dios que tienen puesto su corazón en Él y esperan el reino de los Cielos, no conviene que se entristezcan. Entristézcanse, dice, los gentiles y los judíos y los demás infieles, y lloren también sin cesar los pecadores, pero *los justos*, que con fe viva esperan gozar de aquellos bienes eternos, *alégrense y regocíjense* (Sal, 31, I I). Porque si aquellos que aman las cosas caducas y terrenas se alegran y regocijan del buen suceso de ellas, ¿cuánto mayor razón tenemos nosotros de alegrarnos y regocijarnos en Dios y en la gloria eterna que esperamos? Y así el Apóstol, aun de la muerte de nuestros amigos y parientes quiere que no nos entristezcamos demasiado. (1 Tesal., 4, 13): [*En orden a las difuntos, no queremos, hermanos, que estéis en ignorancia, porque no os entristezcáis como los otros que no tienen esperanza*]. No dice absolutamente que no nos entristezcamos, porque mostrar algún sentimiento de eso es cosa natural y no es malo, sino bueno, y señal de amor. Cristo nuestro Redentor lo mostró y lloró en la muerte de su amigo Lázaro, y dijeron los circunstantes (Jn., 11, 36): *Mirad como le amaba*. Pero lo que dice San Pablo es que no nos entristezcamos como los infieles que no esperan otra vida, sino que la tristeza sea moderada, consolándonos con que presto nos veremos todos juntos con

Dios en el Cielo. Aquél va delante, luego iremos nosotros tras ti. De manera que las coses presentes de esta vida, aunque no las podamos dejar de sentir como hombres, pero no hemos de reparar mucho en ellas, sino tomarlas como de paso. *Los que lloran,* dice (1 Cor., 7, 30), *como si no llorasen; y los que se gozan, como si no se gozasen*.

Otra tristeza hay espiritual y según Dios; y ésta es buena y provechosa, y conviene a los siervos de Dios. Esta, dicen San Basilio y Casiano, que se engendra de cuatro maneras o de cuatro cosas: lo primero de los pecados que hemos cometido contra Dios, conforme a aquello del Apóstol (2 Cor., 7, 9): [*Me gozo, no de la tristeza que tuvisteis, sino de que vuestra tristeza os condujera al arrepentimiento. Porque os entristecisteis, según Dios; y la tristeza, que es según Dios, obra arrepentimiento saludable, de que no hay que arrepentirse*]. El llorar uno sus pecados y entristecerse y dolerse por haber ofendido a Dios, ésa es muy buena tristeza, y según Dios. Dice San Crisóstomo una razón digna de su ingenio. Ninguna persona hay en el mundo que se restaure con el dolor, pesar y tristeza, sino sola la del pecado; y así, en todas las otras materias es mal empleado el dolor y la tristeza, si no es en ésta. Porque todas las demás pérdidas no sólo no se remedian con llorar y estar tristes, antes se aumentan y acrecientan con ello; pero la pérdida del pecado remediase con la tristeza y dolor, y así eso hemos de llorar.

Lo segundo, se engendra y nace esta tristeza de los pecados de otros, de ver que Dios es ofendido y menospreciado, y que es quebrantada su ley. Esta es también muy buena tristeza, porque nace de amor y celo de la honra y gloria de Dios y bien de las almas. Y así vemos a aquellos santos Profetas y amigos grandes de Dios enflaquecidos y consentidos de esta tristeza y dolor, viendo los pecados y ofensas que se cometían contra su Majestad, y que ellos no lo podían remediar. (Sal., 118, 53): [*El desmayo se apoderó de mí, a causa de los pecadores que abandonaban tu ley*]. Era tan grande la aflicción que por esta causa sentía el Profeta David, que el dolor del ánima le enflaquecía el cuerpo y le corrompía la sangre (Sal., 118, 139): [*Mi celo me consumió, porque mis enemigos se olvidaron de tus palabras*. (Sal., 118, 158): *Los veía prevaricar y me carcomía al ver que no guardaban tus palabras*]. Se le pudría la sangre en el cuerpo de ver las injurias y ofensas que se hacían contra Dios, y el Profeta Jeremías está lleno de semejantes llantos y gemidos. Esta tristeza nos está muy bien a nosotros y nos es muy propia, porque el fin de nuestro instituto es que el nombre de Dios sea santificado y glorificado de todo el mundo; y así, el mayor de

nuestros dolores ha de ser ver que esto no se haga así, sino muy al revés. Lo tercero, puede nacer esta tristeza del deseo de la perfección, que es tener una ansia tan grande de ir adelante en la perfección, que siempre andemos suspirando y llorando porque no somos mejores ni más perfectos, conforme a aquello que dice Cristo en el Evangelio (Mt., 5, 61: *Bienaventurados los que andan con esta hambre y sed de la virtud y perfección*, porque *ellos serán hartos:* Dios les cumplirá sus deseos.

Lo cuarto, suele nacer también una tristeza santa en los siervos de Dios de la contemplación de la gloria y del deseo de aquellos bienes celestiales, viéndose desterrados de ellos y que se les dilatan: como lloraban los hijos de Israel su destierro en Babilonia, acordándose de la tierra de Promisión (Sol. 119, 5): *¡Ay de mí, que se me dilata mi destierro!* Aquel: «A Ti suspiramos los desterrados hijos de Eva, gimiendo llorando en este valle de lágrimas», suspiros son que hacen muy buena y suave música a los oídos de Dios. Casiano pone las señales para conocer cuál sea tristeza buena y según Dios, y cuál mala y del demonio. Dice que la primera es obediente, afable, humilde, mansa, suave y paciente. Al fin, como nace del amor de Dios, contiene en sí todos los frutos del Espíritu Santo, que cuenta San Pablo (Galas., 5, 22), que son: *Caridad, Gozo. Paz, Longanimidad, Bondad, Fe Mansedumbre, Continencia*. Pero la tristeza mala y del demonio es áspera, impaciente, llena de rencor y amargura infructuosa. y que nos inclina a desconfianza y desesperación y nos trae y aparta de todo lo bueno. Y mas, esta tristeza mala no trae consigo consuelo ni alegría ninguna; pero la tristeza buena, y según Dios, dice Casiano, es en cierta manera alegre, y trae consigo un consuelo y un conhorte y aliento grande para todo lo bueno, como se ve discurriendo por todas esas cuatro maneras de tristeza que hemos dicho. El minino andar uno llorando sus pecados, aunque por una parte aflige y apena, por otra consuela grandemente. Por experiencia vemos cuán contentos y satisfechos quedamos cuando hemos llorado muy bien nuestros pecados.

Una de las cosas en que se echa mucho de ver la diferencia y ventaja grande que hay de la vida espiritual de los siervos de Dios a la vida de los del mundo, es en esto: en que sentimos mayor gozo y regocijo en nuestra alma cuando acabamos de llorar nuestros pecados, que el que sienten los mundanos en todas las fiestas y placeres del mundo. Y así pondera esto muy bien San Agustín, diciendo: «Si ésta, que es la primera de las verdaderas obras del que comienza a servir a Dios, si el llorar de los justos, si su tristeza les da tanto contento, ¿qué será la alegría y contento que sentirán

cuando el Señor los consuele en la oración y les dé aquellos júbilos espirituales que Él suele comunicar a sus escogidos? ¿Qué será cuando del todo les enjugue y limpie las lágrimas de sus ojos? (Apoc., 21, 4): [*Limpiará Dios de sus ojos toda lágrima y no habrá ya muerte, ni llanto, ni alarido, ni habrá más dolor, porque las cosas de antes son pasadas*].» Pues el andar siempre hecho un Jeremías, llorando los pecados ajenos, bien se ve el sabor, gusto y satisfacción que causa en el alma, parque es señal de buenos hijos ser muy celosos de la honra de su padre. Pues el andar siempre anhelando y suspirando por la perfección y con deseos de vernos ya en aquella patria celestial ¿qué cosa puede haber más suave y más dulce? Dice San Agustín: «¿Que cosa más dulce que estar siempre suspirando por aquella gloria y bienaventuranza que esperamos, y tener siempre nuestro corazón a donde está el verdadero gozo y contento?»

De aquí se verá también que la alegría que pedimos en los siervos de Dios no es alegría vana de risas y palabras livianas, ni de donaires y gracias, y que ande uno parlando con todos cuantos encuentra; porque eso no sería alegría de siervos de Dios, sino distracción, libertad y disolución. Lo que pedimos es una alegría exterior que redunde de la interior, con- forme a aquello del Sabio (Prov., 15, 13): [*El corazón gozoso alegra la cara*]. Así como la tristeza del espíritu redunda en el cuerpo, de tal manera que viene a secar y consumir, no sólo las carnes, pero aun los huesos (Prov., 17, 22): [*El espíritu triste seca los huesos*]; así la alegría interior del corazón redunda también en el cuerpo, y hace que se eche de ver en el rostro. Y así leemos de muchos Santos que parecía en su rostro una alegría y serenidad, que daba testimonio de la alegría y paz interior de su alma. Esta es la alegría que hemos nosotros menester.

TRATADO SÉPTIMO

DEL TESORO Y BIENES QUE TENEMOS EN CRISTO Y DEL MODO QUE HEMOS DE TENER EN MEDITAR LOS MISTERIOS DE SU SAGRADA PASIÓN, Y FRUTO QUE HABEMOS DE SACAR DE ELLOS

CAPÍTULO PRIMERO

Del tesoro y bienes grandes que tenemos en Cristo.

Cuando vino la plenitud del tiempo, dice el Apóstol San Pablo (Galat., 4, 4), *nos envió Dios a su Hijo*.

Todos los demás tiempos fueron como vacíos de gracia; este tiempo está lleno de ella y de dones espirituales y por eso con mucha razón se llama Ley de gracia, porque en él se nos dio esta gracia, que es fuente, principio y manantial de todas las gracias.

Envió Dios a su unigénito Hijo hecho hombre para que nos librase del pecado, *para que nos redimiese* y rescatase del poder y servidumbre del demonio en que estábamos (Jn., 12, 31), para que nos reconciliase con Dios, para que nos hiciese hijos adoptivos suyos, para que nos abriese la puerta del Cielo que el pecado tenía cerrada.

Después de aquella miserable caída de nuestros primeros padres, con la cual perdieron para sí y para nosotros el estado dichoso de la justicia original, en que Dios les había criado, y quedaron sujetos, y en ellos todos sus descendientes, a infinitas miserias (Eccl., 7. 30), un consuelo les quedó entre tantos trabajos, y fue, que luego que pecó Adán, maldiciendo Dios a la serpiente, allí prometió de dar en cierto tiempo a su unigénito Hijo para que, hecho hombre, y padeciendo por nosotros, nos librase de los males en que caímos por el pecado (Genes., 3, 15): *Pondré enemistades entre ti y la mujer y entre tu simiente y la suya, y ella quebrantará tu cabeza*. Esta promesa les consoló mucho, y con esto hicieron penitencia, y enseñaban a sus hijos el estado dichoso que habían tenido, y cómo le habían perdido por el pecado; pero que había de venir un Redentor, en cuya virtud se salvarían. Esta promesa la confirmó Dios después muchas veces, especialmente a algunos que le agradaron más particularmente. como Abrahán, Jacob y David, prometiéndoles que de su linaje nacería; y toda la religión de los judíos profesaba eso; y los Profetas decían maravillas de esta venida; le

estaban aguardando con clamores, gemidos y oraciones (Isai., 16, 1): [*Envía, Señor, el Cordero enseñoreador de la tierra.* (Isai., 64, 1). *¡Oh, si rasgaras los Cielos y descendieras!* (Isai., 45, 8). *Acabad ya Cielos, de enviamos ese divino rocío. Acabad, nubes, de echar acá al que es por sí enteramente justo. Acabad ya, tierra, de abriros y darnos al Salvador*. Y la Esposa de los Cantares deseaba y decía (8, 1): *¡Oh!, si te viese acá fuera, hecho ya hermano mío, en los pechos de la madre, para que allí te pudiese besar, y abrazarme contigo, y ya nadie me menosprecie,* pues que tengo a Dios por hermano. Esta era toda la esperanza de las s gentes (Genes., 4, 10). Estaban esperando como los cautivos el rescate y esta esperanza los sustentaba. Y en virtud del que había de venir se les perdonaban los pecados; como nosotros creemos que vino, así ellos creían que había de venir, y así le llamaban: *El que ha de venir,* eso es lo que preguntaron a San Juan Bautista (Mt., 11, 3: *¿Eres ni el que ha de venir, o esperamos a otro?*

Pues cuando vino el cumplimiento del tiempo, cuando llegó la hora en que Dios había determinado de hacer esta misericordia tan grande al mundo, nos envió a su unigénito Hijo. No quiso Dios enviarle luego, porque conociesen más los hombres su miseria y deseasen su remedio, y le estimasen más cuando se les diese. Muchas veces no nos quiere Dios remediar, ni dar el consuelo luego, para que echemos de ver nuestra poquedad, y la necesidad que tenemos de acudir a Él, y no nos atribuyamos nada a nosotros. Pues cuando determinó Dios de remediarnos, y llegó aquel tiempo dichoso y tan deseado; porque aquella caída y daño ninguno la podía reparar digna y debidamente, sino el mismo Dios (no bastaban las fuerzas del hombre para levantarse, ni bastaban fuerzas de ángeles para levantarle, eran menester fuerzas divinas), y porque la redención se había de obrar con satisfacción de la culpa, y esta satisfacción había de ser penosa, y Dios en su sustancia y naturaleza no podía padecer; halló la infinita Sabiduría este medio e invención maravillosa, de hacerse el Hijo de Dios hombre, y unidas ambas naturalezas divina y humana, en una misma persona, ella obrase este importantísimo negocio de la redención de los hombres: invención llena de sabiduría y bondad, manifestadora de la grandeza y poder infinito de Dios, más que ninguna de todas las otras obras que ha hecho en el mundo. Y así pide el Profeta (Sal. 79, 3): *Despertad, Señor, vuestro poder;* manifestad vuestra omnipotencia y *venid a salvamos*. Pídele que muestre su potencia en esta venida, porque la obra era de la mayor fuerza que Dios podía hacer en el mundo. Así lo dice San Agustín: «Grande obra fue criar este mundo; criar tan perfectas criaturas, señal fue de su poder, así lo canta la Iglesia: [Creo en un Dios Padre todopoderoso, Cria-

dor del Cielo y de la tierra]: pero comparada la redención del mundo con esta obra, es como cifra.» Y así David llama a la creación obra de los dedos de Dios (Sal., 8,4): [*Yo contemplo tus Cielos, obra de tus dedos, la luna y las estrellas, que Tú criaste*], pero cuando se habla de la redención del linaje humano, llamase obra de su brazo (Lc., I, 51): *Hizo fuerza en su brazo*. La diferencia que hay del brazo al dedo, ésa hay de una obra a la otra.

Y no solamente fue esta obra manifestadora del poder y grandeza de Dios, sino también de la grandeza del hombre y del caudal que Dios hace de él, mucho más que lo fue la de la creación. Y así dice la Iglesia: [Dios, que admirablemente criasteis la dignidad de la sustancia humana, y más admirablemente la reformasteis, etc.] Mucho dio Dios al hombre cuando le crió, pero mucho más le dio cuando le redimió. Dice San León, Papa: «A altísimo ser levantó Dios al hombre, haciéndole a su imagen y semejanza; pero mucho más le levantó y ennobleció, haciéndose Dios, no sólo a imagen y semejanza del hombre, sino verdadero hombre.»

Son tantos y tan grandes los bienes que se nos han seguido de haberse hecho Dios hombre para redimirnos, que a trueque de ellos, hemos de tener por buena para el mundo la culpa de Adán, como la Iglesia en el Sábado Santo, con un exceso de amor arrebatada en espíritu, enterneciéndose y regalándose con su esposo Cristo, canta: ¡Oh dichoso mal, por el cual tan grande bien vino a los hombres! ¡Oh dichosa enfermedad, que con tal medicina se curó! Más se nos da por Cristo, que se nos quitó por Adán; mayor es la ganancia de la redención, que fue la pérdida de la culpa. [*No fue el don como el delito*], dice el Apóstol San Pablo (Rom., 5, 15), ponderando que más fue la gracia que Cristo comunicó al mundo, que el daño que en él causó la culpa de Adán. Y San Bernardo trayendo este testimonio de San Pablo, dice: «Mucho daño nos hiciera un hombre y una mujer, pero infinitas gracias sean dadas a Dios, que por medio de otro Hombre y de otra Mujer, que son Cristo y la Virgen, se restauró todo este daño, y con grande ventaja: que excede en infinito la grandeza del beneficio y don que se nos dio, al daño que habíamos recibido.»

No se pueden contar ni decir los bienes y tesoros grandes que tenemos en Cristo. El Apóstol San Pablo dice (Efes.. 3, 8) que le había el Señor dado *esta gracia de predicar y declarar a las gentes estas riquezas y tesoros inestimables*. Esta gracia habíamos menester nosotros ahora. Dijo el mismo Cristo a la Samaritana (Jn., 4.10): *¡Oh mujer, si supieses el don de Dios*, la merced que ha hecho al mundo! Aquella dádiva tan señalada

que tenía prometida, de dar a su Hijo, ya la dio. Este don es merecedor de este vocablo *don*, porque en él se encierran todos los dones divinos (Colos., 2, 3.) ¡Si conociésemos y entendiésemos este don y los bienes grandes que tenemos en él! ¡Oh! ¡Si el Señor nos abriese esta vena y nos descubriese esta mina y este tesoro tan excelente! ¡Qué ricos quedaríamos y qué dichosos seríamos! A San Agustín le había hecho Dios esta merced, y así decía él: «Señor, quien no te sirve por el beneficio de la creación, bien merece el infierno; mas el que no te sirve por el de la redención, menester es nuevo infierno para él.»

Y del Beato Padre Maestro Ávila se dice que andaba tan actuado en esto, que cuando alguno se maravillaba de alguna merced que el Señor le había hecho decía: «No os maravilléis de eso, sino maravillaos y espantaos de que os amó Dios tanto, que se hizo hombre por vos.» (Jn., 3, 16). [*Tanto amó Dios al mundo, que le dio a su Hijo unigénito.*] No supo el Apóstol y Evangelista San Juan decir ni explicar el grado de la alteza del amor que Dios nos tuvo, sino midiendo el amor conforme al don. Por la soberanía del don que nos dio, por ahí veréis el amor que nos tuvo: cuán grande fue el don tan grande fue el amor; pues amó Dios tanto al mundo, que nos dio a su unigénito Hilo que se hiciese hombre, para que muriendo El, viviésemos nosotros. ¡Oh maravilloso amor!, canta la Iglesia. ¡Oh caridad inestimable, que entregasteis, Señor, a vuestro Hijo para redimir al esclavo! ¿Quién pudiera imaginar tal cosa? ¿Qué hombre se atreviera, estando cautivo en Berbería, a pedir a su rey: Señor, enviad acá a vuestro único Hijo que venga a morir entre estos infieles para rescatarme a mí? Pues lo que vos no osarais boquear, y lo que no pudiereis pensar ni imaginar, ni pudiera caer en vuestro entendimiento. eso hace Dios por vos.

Y más no solamente nos sacó del cautiverio en que estábamos, sino nos levantó a dignidad de hijos de Dios: tomó nuestra naturaleza para hacernos participantes de la suya: se hizo Dios hambre para hacernos a nosotros hijos de Dios. Dice San Juan (1 Jn., 3, 1): *Mirad la caridad y bondad del Señor, y la merced tan grande que nos hizo, que no solamente nos llamamos hijos de Dios, sino que verdaderamente lo somos*; y con verdad llamamos a Dios Padre, y a Jesucristo, su Hijo, hermano. Y así *no se desdeña* Él, dice San Pablo (Heb., 2, 11), *de tenernos por hermanos y llamarnos así*, antes parece que se precia de ello. Y muchas veces usa de este término, y nos llama hermanos a boca llena. Pues quien tiene a Dios por padre, y por hermano a Jesucristo, *en cuyas manos está todo el poder del Cielo y de la tierra* (Mt., 28, 18), ¿qué más tiene que desear? Cuando los

hermanos de José vieron a su hermano entronizado en Egipto, y que mandaba toda la tierra, y que el Faraón todas las cosas despachaba por su medio [Id a José] (Genes., 41, 55); después que José les quitó el miedo por la ofensa que le habían hecho, y les ofreció todo lo necesario (Genes., 50, 21), ¿qué alegres, qué contentos, qué confiados estarían? A todos los llevó allá consigo, les dio carros en que llevasen su hacienda (Genes., 45, 18): *Veníos conmigo, y os daré todo lo bueno que hay acá*. Pues eso hace con nosotros Cristo nuestro Redentor, que es Hermano nuestro, y nos ama más que José a sus hermanos; a todos nos quiere llevar consigo. Dice el por San Juan (Jn., 17, 24): *Padre, los que me diste quiero que donde Yo estoy, estén ellos conmigo*. Danos carros para que vayamos allá, que son tantos Sacramentos y tantas ayudas de costa como tenemos para ello.

Y si se os pusieren delante las ofensas y pecados que contra Él habéis cometido, para haceros de desconfiar y desmayar, ya por la penitencia los tiene olvidados. Y no sólo eso, sino El mismo es nuestro medianero e intercesor con su Padre Eterno ara alcanzarnos misericordia y perdón. Y así nos esfuerza con esto el Apóstol y Evangelista San Juan (1 Jn., 2): *Hijos míos, no pequéis, pero si alguno pecare, no desconfíe, porque tenemos por abogado delante del Padre a Jesucristo su Hijo*. Y el Apóstol San Pablo dice (Hebr., 9, 24) que subió Cristo al Cielo *para hacer oficio de abogado* y procurador *nuestro en la audiencia del Padre*. Dice San Bernardo que está allá en el Cielo mostrando y representando al Padre Eterno sus llagas, y diciéndole que por nosotros las recibió y por su mandato, que no permita se pierda quien tan caro le costó. Así como la sacratísima Reina de los Ángeles muestra a su Hijo benditísimo los pechos que le criaron, intercediendo por nosotros; así el Hijo muestra al Padre Eterno las heridas y llagas que por nosotros recibió. Y ésa, dicen los Santos, que es una de las causas porque quiso Él que le quedasen las señales y agujeros de ellas después de su gloriosa Resurrección.

Cuando murió Jacob dice la sagrada Escritura que fueron sus hijos a su hermano José temerosos de que quisiese vengar entonces las injurias que en vida del padre no había vengado. Y le dijeron: «Nuestro padre a la hora de su muerte no deseó para sus hijos otro mayor bien, sino que su hermano les perdone y se olvide de las injurias pasadas; (Genes., 50, 17) *y nosotros también os suplicamos que perdonéis a vuestro padre esta* maldad.» Es mucho de notar que las injurias no las había hecho el padre, mas el amor paternal los yerros de sus hijos hace suyos. Así Cristo nuestro Redentor, por el grande amor que nos tuvo, los yerros y pecados nuestros hi-

zo suyos; porque se cargó de ellos y salió por fiador nuestro. [*Cargó el Señor sobre Él las iniquidades de todos nosotros; las iniquidades de todos Él las llevará*], dice Isaías (33, 6 y 11). Pues vayamos nosotros con esta misma embajada y petición al Padre Eterno y digámosle: Padre Eterno, perdonad estos mis pecados a vuestro Hijo Jesucristo, que no dejó Él cosa más encomendada a la hora de su muerte (Lc., 23, 34): [*Padre, perdónalos, porque no saben lo que se hacen*]. Pues ¿quién con esto desconfiará de ser perdonado?

Dice el Apóstol San Pablo (Heb., 12, 24): *Tenemos la sangre de Cristo, que está clamando y dando voces por nosotros mejor que la de Abel*; porque aquélla clamaba pidiendo venganza, pero la sangre de Cristo está clamando misericordia para aquellos por quien se derramó, y para aquellos mismos que la derramaron. Pues cuando el demonio os pusiere delante la muchedumbre de vuestros pecados y miserias para haceros desmayar y desconfiar, poned vos los ojos en Jesucristo, imaginad que Él os toma luego por la mano, y os lleva delante de su Padre, y que responde y habla por vos, como abogado y procurador vuestro, que cubre vuestra confusión y vergüenza con los méritos y servicios que a su Padre hizo. Y con esto cobraréis luego otro nuevo corazón, y vuestra desconfianza se mudará en esperanza, y vuestra tristeza en alegría, porque *Él es nuestra justicia, santificación y redención*, como dice el Apóstol (I Cor, 1, 30). San Ambrosio dice: «Todas las cosas tenemos en Cristo y todas ellas nos es Cristo. Si deseáis ser curado de vuestras llagas, médico es; si ardéis con calenturas, fuente es; si os fatiga la carga de los pecados, justicia es; si tenéis necesidad de ser ayudados, fortaleza es; si teméis la muerte, vida es; si deseáis al Cielo, camino es; si queréis huir las tinieblas, luz es; si tenéis necesidad de manjar. mantenimiento es. Todo lo que deseareis y hubiereis menester, hallaréis en El». Y en otra parte dice: «Si se levantare contra vos el lobo, tomad la piedra, que es Cristo; si acudís a Él, huirá el lobo, y no os podrá ni aun espantar, cuanto más hacer mal. A esta piedra acudió San Pedro, cuando en medio de las olas comenzó temer, y luego halló lo que buscaba, porque le tomó Cristo de la mano, y le libró del peligro.

San Jerónimo, sobre aquello de San Pablo: *Hermanos míos. de aquí adelante confortaos en el Señor ye n el poder de su virtud, y vestíos de las armas de Dos, para que podáis resistir a las asechanzas y tentaciones del demonio*, dice que de lo que luego se sigue, y de todo lo que en la sagrada Escritura hallamos de Cristo nuestro Redentor, se colige claramente que todas las armas de Dios, de que nos manda vestir aquí el Apóstol, son Cris-

to nuestro Redentor. De manera que es lo mismo decir: «Vestíos todas las armas de Dios», como si dijera: «Vestíos de Jesucristo». Y va probando como Cristo es nuestra loriga y nuestra celada, y nuestro arnés, y nuestro escudo, y nuestra espada de dos filos. y todo lo demás (Apoc., 1. 16; 2, 12). Y así, las armas que nos hemos de vestir y con que nos hemos de armar, parar resistir a todas las tentaciones del demonio, y para defendernos de todos los engaños y asechanzas y salir con victoria. son la virtud de Cristo. De manera que todas las cosas nos es Cristo y todas las tenemos en Él.

Y para que mejor entendamos esto, la Escritura divina le atribuye innumerables nombres y títulos, llamándole Rey, Maestro, Pastor, Sacerdote, Médico. Amigo, Padre. Hermano, Esposo, Luz. Vida, Fuente, y otros semejantes. Así como el Apóstol dice (Colos., 2 3) que *en Él están encerrados todos los tesoros de la sabiduría y ciencia del Padre*, así también en Él están encerrados todos nuestros tesoros y riquezas: porque en Él está librado todo nuestro bien y remedio; y todas nuestras obras, si tienen algún merecimiento, es por Él; teñidas en su sangre son de valor, como le fue dicho a San Juan en el Apocalipsis (7, 14) de aquella tan grande multitud que vio estar ante el trono de Dios, que no se podía contar, vestidos con vestiduras blancas y resplandecientes y con palmas en sus manos: *Estos son los que lavaron sus vestidos y los blanquearon con la sangre del Cordero*. Todos nuestros bienes son unos como pedazos y sobras de las riquezas de Cristo; todos los bienes y dones que nos vienen, nos vienen por medio de Él y por sus merecimientos; por Él somos libres de las tentaciones y de los peligros; por Él alcanzamos todas las virtudes: finalmente. todo lo tenemos en Cristo, y todo lo hemos de alcanzar por Cristo, y todo se lo hemos de atribuir a Cristo. Y así, la Iglesia remata y concluye todas las oraciones v peticiones, diciendo: [Por nuestro Señor Jesucristo], conforme a aquello del Profeta (Sal. 83, 10): [*Mirad, oh Dios protector nuestro, y poned los ojos en el rostro de vuestro Cristo*]. Señor, concededme esto por Jesucristo vuestro Hijo; perdonad nuestros pecados por el amor que le tenéis, pues murió por ellos en una cruz; poned los ojos en aquellas llagas que por nosotros padeció y tened de nosotros misericordia.

Si los servicios de Abrahán, Jacob y David bastaban en el acatamiento de Dios para aplacarle y tenerle la mano que no castigase a su pueblo; y no sólo para eso, sino para que por respeto de ellos les hiciese muchos favores y mercedes, como vemos que el Señor lo decía a cada paso (Isai., 54, 4); ¿cuánto más hará el Padre Eterno por Jesucristo su Hijo, en el cual tan-

to se agradó? 17, 5). Y así dice el Apóstol San Pablo (Efes.. 1, 6): [*Nos hizo agradables a sí en su amado Hijo*]. Y el mismo Cristo dice y nos asegura (Jn 14, 13) que cualquiera cosa que pidiéremos al Padre en su nombre, se hará, para que el Padre sea glorificado en el Hijo.

¡Oh! Con cuánta razón dijo el Ángel a los pastores el día que nació este Señor, y en ellos a nosotros (Lc 2, 10): *Os traigo una nueva de grande gozo y alegría para todo el pueblo, que ha nacido hoy el Salvador para vosotros, que es Cristo nuestro Señor*. Y no es un gozo éste, sino muchos gozos, y muchos bienes. Pregunta Orígenes por qué diciendo Isaías (52, 7) en singular [*Del que anuncia el bien*], refiriendo San Pablo este lugar, dice en plural (Rom., 10, 15): [*De los que anuncian los bienes*]. Y responde: «Porque Jesucristo no es sólo un bien, sino todos los bienes, Él es nuestra salud, nuestra vida, nuestra resurrección, luz del mundo, verdad, camino, puerta del Cielo, sabiduría, poder y tesoro de todos los bienes; para nosotros nació y murió, para que nosotros vivamos; para nosotros resucitó, para que nosotros resucitemos; para nosotros subió a los Cielos: *Voy a prepararos el lugar,* dijo Él (Jn., 12, 2; 16, 7): y *Os conviene a vosotros que vaya*. De allí nos envió al Espíritu Santo (Efes., 4, 8). Y allí, donde está sentado a la diestra del Padre, nos está haciendo continuos favores y mercedes.

Dice San Cipriano que para eso también le quedaron abiertos los agujeros de las llagas, para mostrar que los caños quedaron como fuentes, manando tesoros y gracias, y siempre están manando con grandísima liberalidad, y no se pueden agotar. *Tiene manos de oro y llenas de piedras preciosas* (Cant., 5, 14), y como es manirroto, se le cuelan por aquellos agujeros los dones. Pues concluyamos con lo que concluye el Apóstol San Pablo (Hebr, 4, 14 y 16): *Teniendo un Pontífice y un medianero e intercesor tan grande como Jesucristo, Hijo de Dios, que penetró los Cielos, y está sentado a la diestra del Padre, y es igual con El, acudamos al trono de su gracia con grande confianza, que alcanzaremos misericordia y favor en todas nuestras necesidades.*

Del bienaventurado San Bernardo se lee en su historia que en una enfermedad grave que tuvo se arrobó, y estando como en éxtasis, le pareció que le llevaban delante del tribunal de Dios, y que el demonio le acusaba allí y le hacía sus cargos, diciendo que no era merecedor de la gloria. Respondió el Santo: «Yo confieso que no soy digno de la gloria eterna; mas a mi Señor Jesucristo se le debe, y posee el Cielo por dos títulos: lo uno, por ser Unigénito del Eterno Padre y heredero del reino celestial; y lo otro, por haberle comprado con su sangre, obedeciendo a su Padre hasta la muerte:

«Él se contenta con el primero de estos dos títulos, y ese sólo le hasta; y del segundo me hace a mi donación, y en virtud de ella, tengo yo derecho al Cielo; y así en eso tengo confianza.» Con esto quedó el perverso acusador confuso, y aquella forma de juicio y tribunal desapareció, y el Santo volvió en sí. Pues en eso hemos de confiar nosotros, y esa ha de ser toda nuestra esperanza. Jacob, vestido de las vestiduras de su hermano mayor, alcanzó la bendición de su padre; vistámonos nosotros de Jesucristo, nuestro hermano mayor; cubrámonos con las pieles de este Cordero sin mancilla; valgámonos de sus méritos y Pasión, y de esta manera alcanzaremos la bendición del Padre Eterno

CAPITULO 2

Cuán provechosa y agradable sea a Dios la meditación de la Pasión de Cristo nuestro Redentor.

El bienaventurado San Agustín dice: «No hay con que tan saludable y provechosa nos sea, como pensar y considerar cada día lo que padeció por nosotros el Hijo de Dios». Y San Bernardo dice: «No hay cosa tan eficaz para curar las llagas de nuestra conciencia y purgar y perfeccionar nuestra alma, como la frecuente y continua meditación de las llagas de Cristo y de su muerte y Pasión.» Y para todas las tentaciones, y especialmente contra las deshonestas, dicen los Santos que es singularísimo remedio el acogernos a pensar en la Pasión de Cristo y escondernos en sus llagas. Finalmente, para todo hallaremos remedio y ayuda en la Pasión de Cristo. Dice San Agustín «En ninguna cosa hallé tan eficaz remedio como en esto.» Y San Buenaventura dice: «El que se ejercita con devoción en la vida y Pasión santísima del Señor, allí halla abundantemente todo lo que ha menester; y fuera de JESÚS no hay que buscar.» Y así vemos que los Santos y siervos de Dios han usado muy continuamente este ejercicio, y por este medio vinieron a alcanzar grande santidad y perfección.

Aunque no hubiese en este ejercicio otra cosa, sino asordamos de Dios, traer a la memoria los beneficios que de su mano hemos recibido, y estar pensando en ellos, sería de mucha estima y valor delante del Señor. Porque condición es del amor hacer al que ama que desee y estime en mucho que la persona en quien tiene puesto su amor se acuerde mucho de él, y piense muy a menudo en las buenas obras que de él ha recibido, y que muchas veces trate y hable de esas cosas; y el que de veras ama, se agrada

y gusta de esto, mucho más que si la persona amada le enviase muchos presentes y dones de su hacienda. Lo cual vemos en una madre, señora principal y rica, que ama mucho a su hijo ausente, que si le dicen que el hijo se acuerda y trata mucho de ella, y que siempre le hallan hablando de los regalos con que le criaba, y de los beneficios en buenas obras que siempre le ha hecho, y de los trabajos que por él ha padecido, más lo precia, más contento y gusto recibe en oír esto de su hijo, que si le enviase muchas piezas de seda y joyas de oro, sin tener tal memoria de ella. Pues de la misma manera, Dios nuestro Señor, que en todas las demás cosas guardó las propiedades y leyes del amor, también las guarda en esto, que es propiedad de los que mucho aman. Y así desea y estima en mucho que siempre nos acordemos de Él, y pensemos en Él y en los beneficios y maravillas que por nosotros ha obrado. Especialmente que si nos ejercitamos en la memoria de estos beneficios, no se pasará mucho tiempo sin que se despierte en nosotros el deseo de servir de veras al Señor por ellos.

Blosio refiere de la santa virgen Gertrudis que entendió del Señor que cuantas veces uno mira con devoción la imagen de Jesucristo crucificado, tantas es mirado amorosamente de la benignísima misericordia de Dios. Pues saquemos siquiera de aquí, que si pues a Él no se le hizo de mal el padecer por nuestro amor, que no se nos haga a nosotros de mal el acordarnos de lo que padeció por nosotros. De San Francisco se cuenta que una vez andando él junto a nuestra Señora de la Porciúncula, llorando y lamentándose en altas voces, acertó a pasar por allí un honrado siervo de Dios, que le conocía, el cual viendo al Santo tan triste y lloroso, pensando haberle sucedido alguna desgracia y trabajo, se llegó a él y le preguntó qué tenía o qué le daba pena. Respondió el Santo con muchas lágrimas y sollozos: Me duelo mucho y lloro por los grandes tormentos y penas que dieron a mi Señor Jesucristo tan sin culpa, y de ver cuán olvidados estamos los hombres de tan sumo beneficio, habiendo nosotros sido la causa de su Pasión.

CAPITULO 3

Del modo que hemos de meditar la Pasión de Cristo nuestro Redentor, y del afecto de compasión que hemos de sacar de ella.

El modo en que hemos de meditar la Pasión de Cristo nuestro Redentor es el modo que los maestros de la vida espiritual enseñan comúnmente que hemos de tener en la oración. En la cual advierten que no se nos ha de

ir todo en meditar y discurrir por la historia, sino que lo principal ha de ser mover nuestra voluntad con afectos y deseos, los cuales se forman primero en el corazón, para que después a su tiempo se pongan en obra, y en eso es en lo que hemos de insistir y detenernos más en la oración. Así como el que cava y ahonda para sacar agua o para descubrir algún tesoro, al hallar lo que busca, para y no da más azadonadas, así al descubrir con la meditación y consideración del entendimiento el oro y tesoro de la verdad y afecto que buscáis, y al encontrar el agua viva de que está deseosa y sedienta vuestra ánima, no habéis de cavar ni ahondar más con el entendimiento, sino deteneros en esos afectos y deseos de la voluntad hasta hartaros de esa agua, y matar vuestra sed, y quedar satisfecho; porque ése es el fin que se pretende en la oración, y el fruto que hemos de sacar de ella, y a eso se han de ordenar enderezar todas las meditaciones y consideraciones y discursos del entendimiento. Pues este mismo modo hemos de guardar en la meditación de la Pasión de Cristo nuestro Redentor. Y así iremos diciendo de los afectos que hemos de sacar de esta meditación, y en que hemos de insistir. apuntando juntamente algunas consideraciones que nos despierten a ellos.

Muchos son los afectos en que podemos aquí ocuparnos y detenernos con mucho fruto: pero comúnmente los reducen los que tratan de esto a siete géneros o maneras de afectos. El primero es compasión, compadecerse uno de otro es recibir pena de su pena, y dolor de su dolor, acompañándole en sus trabajos con sentimiento y lágrimas de corazón, con lo cual parece que se reparte el trabajo y dolor, y con el que yo tomo compadeciéndome, queda el otro más aliviado con menor dolor y aflicción; como por el contrario, cuando uno muestra holgarse de su mal y trabajo, y se ríe y hace burla de él, hace que su trabajo y dolor sea mayor y que lo sienta más. Y aunque es verdad que no podemos nosotros de esta manera hacer que los dolores y trabajos de Cristo le sean más ligeros, porque ya son pasados; pero con todo eso, le es a Él muy agradable esta nuestra compasión, porque por ella en cierta manera hacemos nuestros sus dolores y trabajos. Y así dice el Apóstol San Pablo (Rom 8, 17): [*Si somos hijos, también herederos; herederos de Dios, y coherederos con Cristo; con tal que padezcamos con Él, para que juntamente con Él seamos glorificados.*] Si tomamos y traspasamos en nosotros los dolores de Cristo compadeciéndonos de ellos, seremos herederos de la gloria juntamente con Él.

Para despertar en nosotros este afecto de compasión, nos ayudará considerar la grandeza de los dolores, penas y tormentos que Cristo nuestro Redentor padeció: porque, como dicen los teólogos y los santos, fueron

los mayores que se han padecido y se pueden padecer en esta vida; conforme a aquello del profeta Jeremías (Lam 1, 12): [*¡Oh vosotros todos, los que pasáis por el camino, atended y considerad si hay dolor como mi dolor!*] Lo primero, en su cuerpo no hubo parte que no padeciese gravísimos dolores y tormentos: [*Desde la planta del pie hasta la coronilla de la cabeza no hay en él parte sana*], dice Isaías (1, 6). Los pies y las manos clavadas: la cabeza traspasada con la corona de espinas; el rostro afeado por salivas y herido con bofetadas; todo el cuerpo acardenalado con azotes y descoyuntado con el tormento de la cruz (Sal 21, 18): [*Han contado todos mis huesos uno por uno*].

Y no solamente fue su dolor en el cuerpo, sino también en el ánima; porque, aunque la naturaleza humana estaba unida con la Persona Divina, sin embargo, así sintió la acerbidad de la Pasión, como si no hubiera aquella unión. se añade a esto que para que este dolor fuese mayor, quiso Él carecer de todo consuelo. Y eso es lo que dijo estando en la cruz (Mt 27, 46): [*Dios mío, Dios mío; ¿por qué me has desamparado?*] Los santos mártires en sus tormentos eran recreados con un consuelo celestial y divino, que les hacía sufridos, no sólo con ánimo, sino con alegría; y Cristo nuestro Redentor, para padecer más por nuestro amor, cerró las puertas por todas partes a todo género de alivio y consolación, así del Cielo como de la tierra, cuanto a la porción inferior; y así fue desamparado, no sólo de sus amigos y discípulos, sino también de su propio Padre (Sal 87, 5): *Fui hecho como hombre sin favor y ayuda*, siendo yo sólo el que entre los muertos estaba libre del pecado y de merecer muerte ni pena.

Basta para entender la grandeza de los dolores de Cristo que de sólo imaginarlos y pensar en ellos, sudó en el huerto sudor de sangre con tanta copia y abundancia, que corría en tierra: pues ¿qué sería el padecerlos, si sólo el pensarlos causó tanta pena y agonía en Él? Finalmente, fueron tales y tan rigurosos sus trabajos y dolores, que dicen los santos que ninguno pudiera vivir con ellos sin milagro que le conservase la vida, y así fue necesario valerse Cristo de su divinidad para no morir en ellos. Pero lo que la divinidad allí obraba, no era no sentir los trabajos, sino que el excesivo dolor y sentimiento no le acabase la vida, para así poder padecer más. Donde podemos también considerar y ponderar la misericordia y liberalidad del Señor, que para que los santos mártires no sintiesen los tormentos, hacia milagros, y en sí los hace para padecer y sentirlos más por nuestro amor. Fuera de estos dolores exteriores, que atormentando su cuerpo, atormentaban juntamente su ánima, como hemos dicho, tuvo Cristo nuestro Reden-

tor otros dolores interiores, que inmediatamente atormentaban su ánima santísima, que fueron mucho mayores que esos otros: porque desde al instante de su concepción hasta el punto en que murió tuvo siempre presentes todos los pecados de los hombres hechos desde el principio del mundo, y todos los que se habían de hacer hasta el fin de él; y como por una parte amaba tanto a Dios y veía que eran injurias y ofensas suyas, y por otra parte amaba tanto las almas, y veía que eran daño v perdición de ellas, y que con ofrecer Él su pasión y muerte para su remedio, con todo eso, infinidad de almas no se habían de querer aprovechar de ella, sino que habían de querer más la muerte que la vida, le era esto una espada de dos filos que le hería por ambas partes: la una, por la ofensa de Dios; y la otra, por el daño y condenación de las almas. Y así no se pueden decir ni pensar los dolores incomparables que de esto recibía aquella ánima santísima. Pues todo esto junto con los tormentos, dolores y afrentas que representándosele en la oración del huerto le hicieron sudar sangre en tanta abundancia, que corría en tierra, y todo lo demás que en su vida santísima padeció, tuvo siempre delante de sus ojos, desde el instante de su concepción hasta que expiró en la cruz, conforme a aquello del Profeta (Sal., 37, 18): [*Mi dolor está siempre delante de mis ojos*]. De donde podemos entender que toda su vida fue como el día de su Pasión; y aun algunas veces suele dar mayor pena y tormento el estar esperando la adversidad y trabajo, que el padecerlo. De manera que toda su vida fue un mar de inmensos dolores, que sin cesar, de noche y de día, sin medida atormentaban aquella alma sacratísima. Pues quien por menudo considerase y ponderase todas estas cosas, y que el que las padece es el mismo Hijo de Dios, y que las padece por nosotros y por puro amor nuestro, corazón más que de piedra ha de tener si no se mueve a compasión. Y así dice San Bernardo: «Pues la tierra tiembla, y las piedras se quiebran, y los monumentos se abren, y el velo del Templo se rompe, y el sol y la luna se oscurecen, razón será que nosotros nos compadezcamos de lo que el Señor padeció por nosotros.» No es razón que seamos más duros que las piedras y más insensibles que las criaturas irracionales: se nos parte el corazón de dolor, y se nos rompen las entrañas. *¡Hijo mío, Absalón, Absalón, hijo mío!,¿quién me diese que yo muriese por ti?* (2 Sam., 18, 33.) Si esto decía el rey David, sintiendo la muerte del hijo que murió por perseguirle y quitarle el reino, ¿cuánta mayor razón será que lo digamos nosotros, sintiendo la muerte del Hijo de Dios, que murió por librarnos del cautiverio del demonio y darnos el reino de su Padre Eterno?

CAPITULO 4

Del afecto del dolor y contrición de nuestros pecados, que hemos de sacar de la meditación de la Pasión de Cristo nuestro Señor.

El segundo afecto en que hemos de ejercitar y procurar sacar de la meditación de la Pasión del Señor, es dolor y contrición de nuestros pecados. Este es uno de los frutos mas propios que podemos sacar de ella por descubrírsenos en ella tanto la gravedad y malicia del pecado; la consideración del remedio nos ha de abrir los ojos y hacer que echemos de ver la gravedad de la enfermedad. Dice San Bernardo: «¡Oh hombre, conoce y entiende cuán grande es la llaga que tuvo necesidad de tan costosa medicina!» no hay cosa que tanto declare la gravedad del pecado, aunque entre en ello el infierno que se le debe para siempre jamás, como es que es tan grande mal el pecado, que fue menester que Dios se hiciese hombre para pagar esta deuda; porque de otra manera no se pudiera pagar ni satisfacer de todo rigor de justicia y quedara menoscabada la justicia de Dios, porque la ofensa había sido en cierta manera infinita, porque había sido contra Dios infinito, y así hombre puro no podía satisfacer por ella, por la distancia grande que hay entre Dios y hombre puro; era menester que el que satisficiese fuese persona de infinita dignidad, igual al injuriado y ofendido, y tan bueno como él.

Declaran esto los teólogos con un ejemplo: Da un pastor o labrador, hombre común y bajo, de palos o un bofetón al rey; claro está que no quedará el rey satisfecho con hacer dar de palos u otro bofetón a aquél, ni aunque le haga dar doscientos azotes, ni aunque le ahorquen; porque hay mucha distancia de él al rey: ¿qué tiene que ver bofetón e injuria del rey con bofetón o muerte de un pastor? Pues ¿cómo se podía satisfacer aquel rey? ¿Sabéis cómo? Si aquél fuera o le hicieran rey tan grande como él, y entonces le ofreciera satisfacción igual, con eso quedara satisfecho. Pues así es acá; había el hombre vil, bajo y apocado, polvo y ceniza, ofendido e injuriado al Rey del Cielo y de la gloria; había, como si dijésemos, dado un bofetón a Dios; porque eso hace uno, cuanto es de su parte, cuando hace un pecado mortal, aunque muera ese hombre vil y bajo, no quedará satisfecha la injuria. Pues ¿cómo se satisfará? Si ese hombre fuera Dios, igual con el injuriado, padeciendo ese hombre, quedará satisfecha la injuria. Pues ¿qué remedio, que no hay otro Dios, porque no hay más que un solo Dios verdadero? Esa fue la misericordia infinita de Dios, y la invención y

artificio maravilloso que halló para poder perdonar al hombre sin menoscabo de su justicia: que habiendo sido Él el ofendido, y no habiendo otro Dios que pudiese satisfacer, se hace Dios hombre para que así padeciese y muriese por el hombre, pues el hombre había ofendido e injuriado a Dios; y para que el padecer sea de infinito valor, pues la ofensa y culpa había sido en cierta manera infinita, sea el que padece también Dios, cuyas obras son de valor infinito, porque son obras de Dios infinito. Esta fue la necesidad de la encarnación y Pasión de Cristo nuestro Redentor, que declara bien la gravedad y malicia del pecado. Y así dice San Juan Damasceno que si por el pecado echara Dios en el infierno para siempre jamás a todos cuantos hombres ha tenido el mundo y tendrá hasta que se acabe, no quedara tan satisfecha ni tan pagada la justicia divina como encarnando Dios y muriendo. Y no es esta hipérbole o exageración, sino una verdad muy llana; porque todo el infierno y sus tormentos perdurables no es paga igual a la vida y muerte de Cristo; con lo cual, como era Dios el que pagaba, se hizo a la justicia entera satisfacción de todo lo que se le debía, y aún más; pero en el infierno jamás se acaba de pagar un solo pecado.

Pues conforme a esto, digo que uno de las principales frutos que hemos de sacar de la meditación de la Pasmo ha de ser llorar v aborrecer mucho nuestros pecados, que tanto costaron a Jesucristo. Esas espinas y azotes, Señor, mis pecados los causaron; yo, Señor, os puse en esos trabajos (2 Sam., 24, 17). Esa cruz, Señor, yo la merecía, yo soy el que había de ser escupido, azotado y escarnecido.

San Bernardo pone una consideración muy buena a este propósito: «Estaba yo jugando en la plaza con mis compañeros, y allá en la recámara real se estaba dando sentencia de muerte contra mí; oyó esto el hijo unigénito del rey, y se quita la corona de la cabeza, y se desnuda de sus vestiduras reales, y sale vestido de un saco, cubierta la cabeza de ceniza, y los pies descalzos, llorando y lamentando porque habían condenado a muerte a su siervo; le veo súbitamente salir de esta manera; quedé atónito de la novedad; pregunté la causa, oigo decir que va a morir por Mí. ¿Qué será bien que haga en este caso? ¿Quién será tan loco, o tan descomedido, que se vuelva al juego, y no vaya siquiera acompañándole y llorando juntamente con él?» Pues de esta manera, con estas u otras semejantes consideraciones nos hemos de detener en la oración, llorando y doliéndonos de nuestros pecados, que fueron causa de la Pasión de Cristo. Y así nuestro Padre en los ejercicios de la Pasión pone esto por petición: Dolor, sentimiento y confusión, porque por mis pecados padeció tanto el Señor. Y la petición

que nuestro Padre pone en los ejercicios por preámbulo, siempre es lo que quiere que procuremos sacar de ellos.

Este ejercicio es muy recomendado por los Santos, y es razón que no nos olvidemos de él, sino que lo usemos y ejercitemos mucho, así los que comienzan como los que van adelante, porque hay grandes provechos en él. Lo primero, es un ejercicio con que se conserva uno mucho en humildad y temor de Dios. una de las más fuertes y eficaces consideraciones que podemos traer para andar siempre humillados y confundidos, es la consideración de los pecados y el dolor y el sentimiento de ellos. Quien ofendió a su Criador y Señor, y merecía estar en los infiernos para siempre jamás, ¿qué deshonras, qué injurias, que desprecios no recibirá de buena voluntad en recompensa y satisfacción de las ofensas que ha cometido contra la majestad de Dios?

Lo segundo, es éste un ejercicio que asegura mucho el perdón. Una de las cosas que más satisfacción puede dar a uno de que le ha Dios ya perdonado sus pecados, es haberse dolido y arrepentido mucho de ellos: si vos traéis delante de los ojos vuestros pecados, doliéndoos y confundiéndoos de ellos, no los mirará Dios, sino los olvidará. Por eso se acordaban tanto los Santos de sus pecados, y los traían siempre delante de sus ojos. [*Porque yo reconozco mi maldad, y delante, de mis ojos traigo siempre mi pecado*], decía el Profeta (Sal., 50, 5 y 11), para que Dios los olvidase y apartase sus ojos de ellos. [*Aparta tu rostro de mis pecados y borra todas mis iniquidades*]. Y así lo nota San Jerónimo sobre estas palabras: [Si tú pones tu pecado delante de ti, Dios no lo pondrá delante de sí]. No hay cosa que así haga apartar a Dios los ojos de nuestros pecados, como mirarlos nosotros y confundirnos y avergonzarnos de ellos. Y así, ésa es una de las cosas que más nos asegurará y más contento nos dará a la hora de la muerte. Y por eso es menester tenerlo prevenido de atrás.

Lo tercero, no solamente es remedio éste para los pecados pasados, sino es una medicina muy preservativa para no caer de ahí adelante en pecado; porque el que anda continuamente confundiéndose y doliéndose de haber ofendido a Dios, muy lejos está de pecar de nuevo. Lo cuarto, es gran remedio para poder consolar y asegurar a uno que no consintió en las tentaciones y escrúpulos de que es molestado; porque el que se anda ejercitando en actos de contrición, aborreciendo mucho el pecado, y haciendo propósitos firmes de dar la vida antes de hacer un pecado mortal, seguro puede estar que no consintió en las tentaciones y escrúpulos que le vienen, porque no consiente uno tan fácilmente en lo que tanto aborrece. Y más: el

andar en este ejercicio es andar en un ejercicio de amor de Dios; porque la verdadera contrición nace de amor de Dios, por haber ofendido a un Señor tan bueno y tan digno de ser amado y servido Y así, cuando uno más conoce y ama a Dios, tanto más le pesa de haberle ofendido.

Del glorioso Apóstol San Pedro cuenta San Clemente que, acordándose que había negado a Cristo, lloraba tanto, que las lágrimas le quemaban el rostro y tenían hechas canales en sus mejillas. Y dice que al primer canto del gallo se levantaba cada noche a oración, y no dormía más en toda la noche, y que por toda su vida guardó esta costumbre. Pues eso es lo que nosotros hemos de imitar. Y uno de los más provechosos ejercicios que uno puede tener en la oración y fuera de ella, es ejercitarse en actos de contrición, aborreciendo mucho el pecado, y haciendo propósitos firmes de dar la vida y mil vidas antes que hacer un pecado mortal, y pidiendo con mucha instancia al Señor que antes le lleve que tal permita. No permitáis, Señor, que me aparte jamás de Vos. ¿Para qué quiero, Señor, la vida, sino para serviros? Si no os tengo de servir, no la quiero: llevadme, Señor, antes que os ofenda.

CAPÍTULO 5

Del afecto de amor de Dios.

El tercero afecto en que nos hemos de ejercitar y sacar de la meditación de los misterios de la Pasión, es amor de Dios. No hay cosa que más mueva a uno a amar que verse amado, ni hay grillos ni cadenas que así le aten de pies y manos. Pues considerando el alma y ponderando muy despacio y con atención el sumo amor de Cristo, que aquí tanto resplandece, se ha de ir inflamando y encendiendo en amor de quien tanto le amó. Dice el Apóstol y Evangelista San Juan (1 Jn, 4, 9): *En esto se manifestó el amor grande de Dios para con nosotros, que envió a su unigénito Hijo al mundo para que por Él vivamos*. Y el Evangelista San Lucas (9, 30), por ser tan grande este amor, le llama exceso de amor. Cuando se transfiguró el Señor delante de sus tres discípulos, dice que aparecieron allí Ellas y Moisés, y *que hablaban del exceso que había de cumplir en Jerusalén*, que era de su Pasión y muerte. Con mucha razón le llamó exceso de amor: Lo uno, porque murió por sus enemigos. Grande amor es el que llega a dar la vida por los amigos; tanto, que dice el Salvador del mundo que es el mayor amor que uno les puede mostrar (Jn., 15, 13): [*Nadie tiene amor más*

grande que el que da la vida por sus amigos]. Pues a más que eso llegó el amor del Hijo de Dios, porque llegó a darla por sus enemigos. Y así dice el Apóstol San Pablo que en eso nos descubrió Dios mucho su amor (Rom., 5, 8-9): [*Lo que más encarece la caridad de Dios para con nosotros, es que cuando éramos aún pecadores, murió Cristo por nosotros*].

Lo segundo, llamase exceso de amor porque una sola gota de sangre de las que derramó en su circuncisión, y de su sudor en el huerto, y la menor obra que hiciera para redimirnos, bastaba y era justísima satisfacción de todo rigor de justicia, para todo el mundo y por mil mundos, como dicen los Santos, porque era obra de infinito valor, por ser de Dios infinito; y no se contentó con eso aquella bondad y misericordia infinita, sino quiso dar por nosotros toda su sangre y su vida. El Apóstol San Pablo le llama *amor nimio* (Efes., 2, 4), porque excede infinitamente este amor todo cuanto se puede decir y pensar. El profeta Zacarías, padre del glorioso Bautista, tratando de este beneficio, no se contentó con decir que salía de la misericordia de nuestro Dios, sino añadió que *salía de las entrañas* y de lo más íntimo y retirado de ellas (Lc., 1, 78).

Pues ¿quién no amará a quien tanto le amó? Y así dice el amado discípulo (1 Jn., 4, 19): Hermanos míos, *amémosle nosotros a Él, pues Él nos amó primero a nosotros*: correspondamos siquiera con el retorno, y procuremos mostrarle el amor de la manera que Él nos le mostró a nosotros; Él nos le mostró con obras, y con obras muy costosas, que es en lo que más se descubre y echa de ver el amor. Y así dice San Ambrosio: Más os debo, Señor, por lo que hicisteis por mí en redimirme, que por lo que hicisteis en criarme. Gran beneficio, fue el criarnos; pero al fin eso no os costó trabajo ninguno, no fue menester más de decirlo, y luego fue hecho (Sal. 32, 9): [*Porque Él lo dijo, y todo fue hecho; Él lo mandó, y todo fue criado*]. Pero el redimirnos, más os costó que decirlo, porque os costó la sangre y la vida. Pues mostremos nosotros el amor que le tenemos, no con palabras, sino con obras: [*Hijitos míos, no amemos de palabra y con la boca, sino de obras y de verdad*], dice San Juan (1 Jn., 3, 18). El Hijo de Dios nos mostró el amor que nos tiene en ser despreciado y abatido por nosotros: mostrémosle nosotros a Él el amor que le tenemos, en desear ser despreciados y tenidos en poco por Él, y en holgarnos cuando se ofrece la ocasión de la humillación y de la mortificación. Él nos mostró el amor que nos tenía en ofrecerse a sí mismo enteramente en sacrificio al Padre Eterno en la cruz, en tanto, que no le quedaba cosa que no lo ofreciese todo por nuestro amor; mostremos también nosotros el amor que le tenemos, ofreciéndonos

y entregándonos enteramente a Él, y dándole todo nuestro corazón deseando que se haga su voluntad en nosotros en todo y no la nuestra. En esto se echa de ver el amor, no en palabras ni en decir con la boca: «Señor, mucho os amo.» Y así declaran los Santos aquello del Apóstol Santiago (1, 4): *La paciencia tiene obra perfecta*; porque el que abraza y lleva bien el trabajo, la mortificación y humillación, da testimonio que el amor que tiene no es palabrero, sino obrador y verdadero, pues no falta en el tiempo de la tribulación y tentación, que es el tiempo donde se prueban los verdaderos amigos.

Este es uno de los más principales frutos que hemos de procurar sacar de la meditación de la Pasión, y así hemos de procurar ejercitarnos mucho en esto en la oración, y particularmente en ofrecernos enteramente de todo corazón a Dios para que haga de nosotros lo que quisiere, como quisiere, cuando quisiere, y de la manera que quisiere, descendiendo en esto a casos particulares y dificultosos que se nos podrían ofrecer, no dejando lugar ni oficio, ni grado, por bajo e ínfimo que sea, a que no nos ofrezcamos por su amor; porque éste es un ejercicio de grandísimo provecho, y de muy grande perfección, y en que se muestra mucho el verdadero amor.

CAPÍTULO 6

Del afecto de gratitud y hacimiento de gracias.

El cuarto afecto en que nos hemos de ejercitar en la oración y meditación de la Pasión es en hacimiento de gracias. Dice San Agustín «¿Qué cosa mejor podemos traer en el corazón, pronunciar con la boca, escribir con la pluma, que esta palabra: Gracias a Dios? no hay cosa que se pueda decir con más brevedad, ni oír con más alegría, ni sentir con mayor alteza, ni hacer con mayor utilidad. Estima Dios tanto este agradecimiento y hacimiento de gracias, que en haciendo El algún señalado beneficio a su pueblo, luego quería que le cantasen un cántico de alabanzas: [*Sacrifica a Dios sacrificio de alabanza*]», (Sal., 49, 14). Y tenemos llena la Escritura de cánticos que hacían los Santos y los hijos de Israel en hacimiento de gracias por los beneficios que recibían de la mano del Señor. San Jerónimo dice que era tradición de los hebreos que aquella enfermedad que tuvo el rey Ezequías, que le puso a punto de muerte (2 Reyes, 20, 1), fue porque después de aquella tan insigne y milagrosa victoria que Dios le había dado contra los asirios. matando el Ángel del Señor en una noche ciento y

ochenta mil de ellos, no había cantado a Dios un cántico de alabanzas, como solían hacer los demás en semejantes beneficios. en

San Agustín, tratando de aquellos diez leprosos que Cristo sanó, pondera muy bien que alabó el Redentor del mundo al que volvió a darle gracias por el beneficio recibido, y reprendió a los demás que habían sido ingratos y desagradecidos: [*¿Pues qué, no son diez los que fueron limpios? ¿Y los nueve, dónde están? no se ha hallado quien volviese a dar la gloria a Dios, sino este extranjero*] (Lc., 17, 17). Pues no seamos nosotros ingratos a los beneficios que hallamos recibido de la mano de Dios, y especialmente al mayor de los beneficios, que es haberse hecho hombre y puesto en una cruz por nosotros. [*No te olvides de la merced que te hizo tu fiador; porque dio por su vida*], dice el Sabio (Eccli., 29, 20). Salió Cristo por nuestro fiador y pagó por nosotros, dando su sangre y su vida; razón es que no nos olvidemos de tan gran merced y beneficio, sino que seamos agradecidos. Santo Tomás, tratando de la gratitud, dice que de tres maneras puede ser el hacimiento de gracias: la primera, interiormente con el corazón, reconociendo y estimando la grandeza del beneficio y teniéndose por muy obligado a tal bienhechor. La segunda, alabándole y dándole gracias con palabras. La tercera, recompensando con obras el beneficio. conforme a la facultad del que lo recibe. Pues de todas estas tres maneras nos hemos de procurar ejercitar en este hacimiento de gracias en cualquier misterio de la Pasión. Lo primero, reconociendo con el corazón la grandeza de tales y tantos beneficios, como en cada misterio se encierran, y estimándolos en mucho; ponderando muy por menudo todas las circunstancias de ellos, y todos los bienes que por ellos nos han venido y vendrán para siempre, y estarnos conociendo y confesando por obligados a servirle perpetuamente por ellos con todas nuestras fuerzas. Lo segundo, alabando y glorificando también con nuestros labios a Dios, y deseando que todo lo criado nos ayude a alabarle y darle gracias por ellos, conforme a aquello de San Pablo (Hebr., 13, 15): [*Ofrezcamos, pues, a Dios sin cesar por medio de Él un sacrificio de alabaza., es a saber, el fruto de labios que bendigan su santo nombre*]. Lo tercero, procurando de corresponder con obras a tantos beneficios, ofreciéndole y entregándole todo nuestro corazón, como decíamos en el capítulo pasado.

Dice San Bernardo que en cualquier misterio que consideremos, hemos de hacer cuenta que nos dice Cristo nuestro Redentor aquellas palabras que dijo a sus discípulos después de haberles lavado los pies: *¿Sabéis lo que he hecho con vosotros?* (Jn.. 13, 12). ¿Entendéis ese misterio? ¿En-

tendéis ese beneficio de la creación, de la redención, de la vocación? ¡Oh! Que no conocemos ni entendemos lo que Dios ha hecho por nosotros; que si yo conociese y ponderase bien que Vos, Señor, siendo Dios, os hicisteis hombre por mí, y os pusisteis en una cruz por mí, no habría menester otro motivo para derretirme en vuestro amor y entregaros todo mi corazón, y ése sería el verdadero agradecimiento.

Nota aquí San Crisóstomo una cosa de mucho provecho. Dice que es afecto y sentimiento de siervo fiel estimar los beneficios de su Señor, que son comunes a todos, y agradecerlos como si a Él sólo se hicieran y Él sólo fuera el deudor y estuviera obligado a satisfacer por todos ellos, como lo hacía el Apóstol San Pablo cuando decía (Galat., 2, 20): *Me amó y se entregó a la muerte por mí*. Con mucha razón decía esto, y lo podemos decir nosotros, dice San Crisóstomo, pues tanto me aprovecha el beneficio a mí, como si a mí sólo se hubiera hecho. Como la lumbre del sol tanto me alumbra a mí, como si a mí solo alumbrase, y el alumbrar a otros no disminuye el don, antes lo acrecienta, porque alumbra a otros me da compañeros que me ayuden, y consuelen y me hagan bien; así el haberse hecho Dios hombre y padecido muerte de cruz, tanto me aprovecha a mí, como si por mí sólo se obrara, y el aprovechar a otros no disminuye mi provecho, antes lo aumenta mucho, porque me da compañeros que me amen y alegren y ayuden a merecer y a acrecentar la gloria. Y más: que fue tan grande el amor de Dios para con cada uno, como si a él solo y no a otro amara; cuanto fue de parte de la voluntad y amor de Cristo, tan dispuesto estaba a padecer y obrar estos misterios por cada uno. si fuera menester, como por todos Y de hecho, dice San Crisóstomo, fue tanto el amor de Cristo, que no rehusara hacer por uno sólo lo que hizo por todo el mundo. Y más: que es verdad que se acordó de mí en particular, y me tuvo presente delante de sus ojos cuando se hizo hombre y cuando murió en la cruz (Jerem., 31, 3): [*Yo te he amado con caridad perpetua*], y dio por bien empleada su muerte, por darme a mí vida. De manera que cada uno ha de considerar los misterios y beneficios del Señor, como si por él sólo se hubieran obrado. Y también el amor, de donde nace el beneficio, le ha de considerar cada uno, como si a él solo hubiera Dios amado; y decir con San Pablo: *Me amó y se entregó a la muerte por mí*. Considerados de esta manera los beneficios y el amor de donde procedieron despertarán en nuestra alma grande agradecimiento y grande amor a aquel que siempre y con caridad perpetua nos amó.

Añaden los Santos que el pedirnos Dios que le hagamos gracias por sus beneficios, no es porque El haya menester que se los agradezcamos; sino todo es para mayor bien y provecho nuestro, para que de esa manera nos hagamos dignos de nuevos beneficios. Dice San Bernardo que así como la ingratitud y olvido de los beneficios recibidos es causa de que Dios vaya despojando al hombre de ellos: «La ingratitud es un viento abrasador que todo lo seca y consume, y detiene y cierra la fuente de la divina misericordia»; así la gratitud, el dar gracias a Dios por los beneficios, es causa que Dios los vaya conservando y acrecentando. Como los ríos corren a la mar, que es como fuente de ellos, para volver a salir de ella; así cuando volvemos a Dios los beneficios recibidos con hacimiento de gracias vuelven a manar en nosotros nuevos dones y beneficios.

CAPÍTULO 7

De los afectos de admiración y esperanza.

El quinto afecto en que nos podemos ejercitar en la oración y meditación de la Pasión, es admiración, deteniéndonos y admirándonos de que padezca y muera Dios, que es impasible e inmortal; admirándonos de que padezca y muera por aquellos mismos que le dan muerte, y tan indignos eran de todo bien; admirándonos que padezca tantos y tales dolores y tormentos, cuales ningún hombre mortal jamás padeció; admirándonos de la inmensa caridad y piedad de Dios, y de su infinita sabiduría y del consejo altísimo que de ella salió, escogiendo un remedio tan convenientísimo para salvar al hombre, con el cual cumpliese juntamente con su misericordia y con su justicia. Se está uno considerando estas cosas y otras semejantes, que aquí resplandecen, muy despacio, ponderándolas y admirándose de ellas y de la bondad infinita del Señor, que por criaturas tan viles y tan indignas e ingratas las obró, es muy buena oración. Y aun ésa tienen por muy alta contemplación, estarse uno embebido y absorto considerando y ponderando las obras maravillosas de Dios. Y cuando uno tuviere mayor luz y conocimiento de estos misterios, y más los ponderare, más se admirará; y en aquella admiración está encerrado un amor grande de Dios, y un reconocimiento y agradecimiento grande de sus beneficios, y una confusión grande nuestra. Y así hemos de procurar ejercitarnos muchas veces en este santo afecto, porque sacaremos de ello grandes provechos. En los salmos pone muchas veces la sagrada Escritura, en el hebreo, al fin de los

versos, aquella palabra, *Selá*, que denota pausa, ponderación y admiración de aquel misterio, para enseñarnos que nos hemos de detener en este afecto en los misterios que meditamos.

Lo sexto que podemos sacar de la meditación de la Pasión es una esperanza y confianza grande en Dios, porque considerando el alma lo mucho que Dios ha hecho por ella, sin haberlo merecido, antes habiéndolo desmerecido, y considerando la voluntad y gana tan grande que muestra Cristo nuestro Redentor de mi salvación, pues ésa es la sed que en la cruz dijo que tenía; levantase con esto a esperar de tal bondad y misericordia que le dará todas las cosas necesarias y convenientes para su salvación. Dice el Apóstol San Pablo (Rom., 8. 32): *El que nos dio a su unigénito Hijo y le entregó por nosotros a muerte de cruz, todo nos lo dio con El*. Y si esto hizo Dios por nosotros, aun siendo enemigos, ¿qué hará cuando procuramos ser amigos? Nótese mucho esta razón, que es del Apóstol (Rom., 5, 10), y es de grandísimo consuelo, [*Porque si cuando éramos enemigos de Dios, nos reconcilió con Él su Hijo, muriendo, mucho más estando reconciliados, nos salvará viviendo en la gloria*] Si siendo enemigos y andando nosotros ofendiendo a Dios, nos miró Él con ojos de misericordia y nos reconcilió tan a costa suya, ahora que somos amigos y que no le ha de costar la sangre y la vida como entonces, sino que está ya hecha toda la costa, ¿con qué ojos nos mirará? El que nos amó estando afeados por nuestros pecados, haciéndonos tanto bien, ¿cómo no nos amará ahora que nos ha limpiado y emblanquecido con su sangre preciosa? Si cuando nosotros huíamos de Él y resistíamos a sus inspiraciones. todavía nos buscaba y nos convidaba, y no nos dejó hasta traernos a su casa, ¿cómo nos dejará y olvidará después de traídos?

Nos ayudará también mucho para sacar este afecto de confianza, cavar y ahondar en la misericordia grande de Dios, que para eso nos canta la Iglesia que es propio de Dios tener misericordia y perdonar. Es verdad que Dios también es justiciero, y tan grande es en Él su justicia como su misericordia porque en Dios todo es una misma cosa: pero la obra más propia de Dios, y lo que Él hace de suyo y más de voluntad, y la virtud que más usa, es la misericordia, como lo canta el Profeta real (Sal. 144. 9): *Para todo es bueno y suave el Señor; pero sobre todas sus abras es la misericordia es la que campea y resplandece más*. Esa es la obra que se dice más suya: tanto, que por antonomasia y excelencia se llama obra de Dios. Y el Apóstol San Pablo llama a Dios *rico en misericordia* (Efes., 2, 4). Aunque es rico en todo, dice particularmente que es rico en misericordia. Es mane-

ra de hablar para significar excelencia en aquello. Como decimos acá: Fulano es rico en ganado, así Dios en lo que es más rico, en lo que tiene excelencia y eminencia grande su riqueza es en misericordia. [Dios, que principalmente en perdonar y tener misericordia, manifiestas tu omnipotencia], le canta la Iglesia Eso es en lo que se manifiesta más la omnipotencia y grandeza de Dios, en perdonar y tener misericordia, y de eso se precia Él más. Como vemos que suele también acá un caballero. que tiene muchas gracias, preciarse más de la una, uno de justo, otro de liberal, así Dios se precia más de ser misericordioso.

Y así, dice San Bernardo, el tener misericordia es obra propia de Dios y lo que Él hace de suyo; porque de su naturaleza está manando misericordia y beneficios; y no ha menester nuestros merecimientos, ni depende de eso para usar con nosotros de misericordia. Pero el castigar, esa como ajeno de Dios, porque para eso es menester que nosotros le provoquemos y compelamos a ello con nuestros pecados. Como la abeja, que su condición y propiedad es hacer miel, pero el punzar eso no lo hace sino cuando la molestan y provocan a ello; como por fuerza y provocada con injuria viene a hacer eso; así Dios, cuando viene a castigar y condenar, es como por fuerza, provocado y como compelido de nuestros pecados. Y aun entonces, como cuando muy provocado y como compelido viene a castigar, declara bien su misericordia en el dolor y sentimiento que muestra, como se ve en muchos lugares de la Escritura. Cuando creciendo la maldad en los hombres, quiso Dios enviar el diluvio, dice el texto (Genes., 6, 6). [*Tocado en lo interior de su corazón con grande dolor, dijo: Destruir tengo al hombre que crié y raerlo de sobre la haz de la tierra*]. Parece que le llegaba al corazón haber de asolar el mundo, y cuando anunció la ruina de Jerusalén, dice el sagrado Evangelio que lloró Cristo nuestro Redentor (Lc., 19, 41). [*Viendo la ciudad, lloró sobre ella*]. Y por Isaías (1, 24) dice: *¡Ay!, que [tomaré satisfacción de mis contrarios y*] *me tengo de vengar de mis enemigos,* como el juez, que no puede dejar de firmar la sentencia de muerte; pero fírmala con lágrimas. Y no sólo en esto, sino en el mismo castigo y juicio con que Dios nos amenaza y nos quiere poner temor, se echa bien de ver su amor y misericordia infinita, y el deseo grande que tiene de nuestra salvación. San Crisóstomo nota esto muy bien sobre aquello del profeta (Sal.. 7, 13), [*Si no os convirtiereis, vibrará su espada: entesado tiene ya el arco y asestado, y en él aparejados están instrumentos de muerte, saetas de fuego*]. Clemencia y piedad grande es del Señor, dice el Santo, nos amenaza con arco y nos espanta, y exagera con palabras el castigo para que no vengamos a caer en él. Se ha Dios con no-

sotros a la manera que se suelen haber acá los padres que aman mucho sus hijos, que muestran su enojo con palabras encarecidas. y dicen que harán y acontecerán para que el hijo tema, y se enmiende con aquello y no sea menester venir al castigo. Y más, que la espada hiere de cerca; pero el arco y la ballesta hiere de lejos; y para herir con la espada, no es menester sino echar mano y dar el golpe; pero para herir con el arco, es menester armarle primero, y sacar las saetas de la aljaba, ponerlas en él, y el armar y desarmar hace ruido, y por eso nos amenaza el Señor con arco para que tengamos tiempo de huir el castigo y librarnos de él, conforme a aquello del Profeta (Sal., 59, 6): [*Diste señal a los que le temen, para que huyan del arco y se libren tus amados*]. Y para destruir el mundo con el diluvio, dio el pregón cien años antes para que se recogiesen los hombre, como quien quiere soltar el toro. Todo es amor y deseo de no castigar, si pudiese ser.

Y en la homilía diecisiete, sobre el Génesis, tratando de cómo Dios castigó a la serpiente, porque había engañado a Eva, dice el mismo Santo: "Mirad la misericordia grande de Dios: que así como acá un padre que ama mucho a su hijo no se contenta con castigar al que le mató, sino toma la espada o lanza con que le mató y la hace mil pedazos; así hace Dios nuestro Señor con la serpiente, que fue como la espada y el instrumento de la malicia del demonio, condenándola a pena perpetua. Que no quiere Dios la muerte del pecador, ni se huelga con la perdición de los hombres, que si eso fuera, harta ocasión habéis dado; porque si os hubierais muerto cuando vos sabéis, ya estuvierais en el infierno muchos años ha, y no quiso aquella bondad y misericordia infinita dar licencia a la muerte ni al demonio para eso.» [*¿Quiero Yo por ventura la muerte del pecado, y no más bien que se aparte de sus caminos*?] Dice Dios por el Profeta Ezequiel (18, 23) que no quiere Él que os condenéis, que le costasteis muy caro; su sangre y vida le costasteis, y así no querría que se perdiese tan caro precio, sino que todos se convirtiesen y salvasen, como dice el Apóstol San Pablo (1 Tim 2, 4): [*Quiere Dios que todos los hombres se salven y vengan en conocimiento de la verdad*]. De éstas y otras semejantes consideraciones, de que tenemos llena la sagrada Escritura y los Santos, nos hemos de ayudar para confiar mucho en la misericordia de Dios, y especialmente de lo que ahora tratamos, que es acogernos a la Pasión y méritos de Jesucristo.

CAPÍTULO 8

De la imitación de Cristo que hemos de sacar de la meditación de sus misterios.

Lo séptimo que hemos de sacar de la meditación y oración de la Pasión y en que nos hemos de ejercitar en ella, es imitación de las virtudes que allí resplandecen en Cristo. Dos son las causas principales, dicen los Santos, para que el Hijo de Dios vino al mundo, haciéndose hombre y obrando estos sacratísimos misterios. La primera y principal fue para redimir al hombre con su muerte y Pasión. La segunda, para dar a los hombres ejemplo perfectísimo de todas las virtudes y persuadirles con Él que le imitasen y siguiesen en ella, Y por eso, habiendo hecho en la última cena aquella obra de tan profundísima humildad, como fue hincarse de rodillas delante de sus discípulos y lavarles los pies con sus divinas manos, les dijo luego: *Os he dado ejemplo para que hagáis de la manera que Yo he hecho* (Jn., 13, 15). Y lo que entonces avisó de aquella obra, quiso que entendiésemos de todas las demás, como lo significó el Apóstol San Pedro en su primera Canónica (2, 21), donde, hablando de la Pasión del Señor, dice: *Cristo padeció por nosotros, dejándoos ejemplo para que sigáis sus pisadas*. Y así dice el bienaventurado San Agustín: «La cruz no sólo es cama en que muere Cristo, sino es también cátedra de la cual nos está enseñando con su ejemplo, lo que hemos de hacer e imitar.»

Y aunque toda la vida de Cristo fue un perfectísimo ejemplo y dechado de virtud; pero en su Pasión parece que quiso recopilar lo que en toda su vida por palabra y ejemplo nos había enseñado, haciendo que resplandeciesen en ella en sumo grado todas las virtudes. Y así hemos de procurar sacar de la consideración de estos misterios afectos de imitación de las virtudes de Cristo, considerando y ponderando despacio y con atención cada virtud de por sí, y sacando de allí en la voluntad una afición y deseo grande de ella y una determinación y propósito eficaz de ejercitar y poner por obra sus actos y operaciones, un odio y aborrecimiento grande del vicio contrario: como considerando la humildad de Cristo, que siendo Dios se abajó tanto y se ofreció de voluntad a los desprecios y afrentas de los hombres, y a tales afrentas, se ha de estar el hombre allí despreciando a sí mismo, teniéndose por cosa pequeña y vil, y estar deseando de corazón que no le honren, ni le estimen, ni le den ventaja sobre los otros, y estar proponiendo que si le sucediesen algunas afrentas y desprecios de los

hombres, los sufriría de buena gana, y se holgaría que se le ofreciesen, por imitar y parecer en algo a Cristo nuestro Señor. Y de la misma manera considerando la paciencia de Cristo, ha de estar allí proponiendo con la voluntad de sufrir y aceptar de buena gana cualquier cosas adversas que le sucedieren, y desear que se le ofrezcan, y que Dios le envíe trabajos y penas en esta vida, por imitar a Cristo nuestro Señor. Decía San Buenaventura: «No quiera, Señor, vivir sin llagas y dolores, pues os veo a Vos tan lleno de ellas». De esta manera hemos de ir discurriendo por todas las demás virtudes, por la obediencia, por la caridad, por la mansedumbre, por la castidad, por la pobreza, por la abstinencia, pues todas resplandecen allí, ejercitándonos en deseo de imitar a Cristo en todas ellas.

Y has de advertir aquí, y lo tocamos también arriba, que en cada virtud hemos de descender a casos particulares que se nos pueden ofrecer, aceptándolo, y holgándonos con ellos por amor de Dios, porque eso es lo que aprovecha más que las generalidades. y lo que hemos más menester. Como si tratáis de la virtud de la humildad, habéis de descender a imaginar los casos particulares que se suelen o pueden ofrecer de vuestro desprecio y desestima; primero los más fáciles, y después otros más dificultosos que os parece que sentiríais más si se os ofreciesen y os habéis de estar allí actuando y holgando en ellos como si los tuvieseis presentes. Y de la misma manera, cuándo tratáis de la indiferencia, paciencia, mortificación o conformidad con la voluntad de Dios, porque de esa manera se va poco a poco embebiendo la virtud en el alma, y remitiendo y mitigando la pasión y vicio contrario; y de esa manera se os hará más fácil la obra después cuando se os ofrezca ocasión, como a quien estaba ya prevenido y apercibido para ella, y para eso con los deseos y propósitos de la oración.

Con esto hemos dado muy copiosa y abundante materia. y muy rica y provechosa, para detenernos en la oración y meditación de la Pasión de Cristo nuestro Señor, y también en los misterios de su vida santísima. Y no podrá decir nadie con razón que no sabe qué hacer ni en qué entretenerse en ella; pues hemos dicho tantos afectos en que en cada punto nos podemos detener. A lo cual se añade que en cada misterio y en cada afecto de ésos, para movernos más a él, podemos considerar y ponderar las cosas siguientes: lo primero, quién es el que padece; lo segundo, qué es lo que padece; lo tercero, el modo con que lo padece; conviene a saber, la paciencia, humildad, mansedumbre y amor con que sufre y abraza aquellos trabajos y afrentas; lo cuarto, por quién lo padece; lo quinto, de quién; lo sexto, el fin

porque lo padece: que son unos puntos que comúnmente ponen y ponderan aquí los Santos, en que nos podemos detener con mucho provecho.

Y aunque no hubiera otra cosa, en sólo el postrero afecto de la imitación, tenemos materia para toda la vida, lo cual se verá claramente por dos vías. Lo primero, porque podemos discurrir por todas las virtudes, pues de todas tenemos necesidad y todas las hallaremos allí en Cristo. Lo segundo, porque si en cada virtud vamos discurriendo por los casos particulares que se suelen y pueden ofrecer, y los hemos de dejar todos allanados, y tan allanados, que no solamente los llevemos con paciencia, sino con gozo y alegría, conforme a lo que decíamos arriba, tenemos bien en qué entender toda la vida, aun en una sola virtud, cuanto más en tantas. Y así digo que aunque los demás afectos son muy principales, pero este de la imitación es más principal y más necesario que todos, porque contiene el afecto del amor de Dios y los otros que hemos dicho, y abraza todos los actos de las virtudes. De manera que la imitación no es un afecto solo, sino un compendio y suma de todos los afectos santos en que consiste la vida cristiana y la perfección de ella. Y así éste ha de ser nuestro entretenimiento ordinario en la oración de la Pasión de Cristo y de su vida santísima, y el fruto principal que hemos de procurar sacar de ella, insistiendo cada uno en la imitación de aquella virtud de que tiene más necesidad, deteniéndose y cavando y ahondando y actuándose en ella, hasta que se le vaya embebiendo y arraigando y entrañando en el corazón, y se vaya mitigando y apaciguando la pasión y vicio contrario y después pasar a otra virtud, y después a otra. Y esto es mejor y de más provecho que picar en la oración en muchas cosas y pasar ligeramente por ellas.

CAPÍTULO 9

En que se confirma con algunos ejemplos cuán provechoso y agradable sea a Dios la meditación de la Pasión de Cristo nuestro Redentor.

Silvestro refiere de santa María Magdalena que habiéndose retirado después de la Ascensión de Cristo nuestro Redentor a un áspero desierto, donde perseveró por espacio de treinta y dos años, quiso nuestro Señor enseñarle en qué ejercicio se había de ocupar en aquella soledad, con que más le agradase y le fuese más acepta. Y para estos, le envió al principio el arcángel San Miguel, con una hermosísima uva en las manos, la cual puso a la puerta de su cueva, para que teniéndola delante la Santa a todas horas

y sin poderla perder de vista, tampoco pudiese perder de vista los sagrados misterios que ella representaba y en ella se habían obrado. Y así, todo el tiempo que estuvo en la soledad, meditaba continuamente en estos misterios de la Pasión y muerte de su Redentor y Maestro. Esto reveló la Santa a un siervo de Dios de la Orden de Santo Domingo, como más largamente lo refiere el mismo Silvestre.

Ludolfo Cartusiano cuenta de un siervo de Dios que vivía en soledad con vida muy perfecta y santa, que deseaba mucho servir a nuestro Señor, y saber en particular qué obras y servicios le eran agradables para hacerlos por su amor; pedía al Señor con mucho fervor e instancia se lo manifestase; y estando una vez en oración pidiendo lo que solía, se le apareció Cristo, todo llagado, desnudo temblando, con una pesada cruz sobre sus hombros, y le dijo: «Una delas cosas que más me agradan, y en que mis siervos me harán mayor servicio, es en ayudarme a llevar esta cruz: lo cual harán acompañándome con la consideración de todas mis penas y trabajos, y sintiéndolos tiernamente en su corazón.» Y dichas estas palabras, desapareció.

Vincencio, San Antonio y Sudo en la *Vida de San Edmundo*, arzobispo de Conturbel, en Inglaterra, cuentan que siendo este Santo niño de poca edad y estudiando en la Universidad de Oxonia los principios de Gramática, yendo un día solo por el campo, ocupado en santas meditaciones, repentinamente se le apareció el Niño JESÚS, *blanco y colorado* como lo pinta la Esposa (Cant., 5,10), y dándosele a conocer, y trabando con él algunas suavísimas pláticas, entre otras cosas le aconsejó y encomendó mucho que de allí adelante pensase todos los días en algún misterio de su vida, Pasión y muerte sacratísima; asegurándole que esto le sería de grande ayuda y socorro contra el demonio y sus asechanzas, y eficacísimo remedio para alcanzar y conservarse en toda virtud, y para después tener una buena y dichosa muerte. Y dicho este tan saludable consejo, desapareció, dejando al niño Edmundo con gran consuelo en su corazón. Y desde entonces puso diligencia en meditar todos los días a las noches algún misterio de la vida y Pasión de Jesucristo nuestro Señor; y de esta meditación sacaba gran devoción y no menos provecho y remedio para toda las cosas.

En la historia de Santo Domingo se escribe de un religioso de aquella sagrada Orden, alemán de nacimiento, y de mucha virtud y santidad, que desde muy mozo tuvo particularísima devoción a la Pasión de Cristo, en la cual solía pensar muy a menudo con gran sentimiento y lágrimas, y reverenciar sus sacratísimas llagas, diciendo a cada una de ellas aquellas pala-

bras de la Iglesia: «Te adoramos, Cristo, y te bendecimos, porque por tu santa cruz redimiste al mundo.»

Y diciéndolas, hincaba cinco veces las rodillas en el suelo, rezando cada vez la oración del *Pater noster*, y suplicando a Dios le diese su santo temor y amor. Y cuán acepta y agradable le fuese esta devoción lo mostró bien en una singular merced y regalo que le hizo, estando en oración, apareciéndosele Cristo nuestro Redentor muy benigno y humano, y convidándole a que llegase sin miedo a gozar de sus llagas: lo cual él hizo con profunda reverencia y humildad, llegando la boca a ellas, y de ello fue tanta la suavidad y dulzura que sintió en su ánima, que de allí adelante todo lo que no era Dios le era amargura y tormento increíble.

Lipomano y Surio cuentan del santo abad Palemón, maestro de San Pacomio, que habiéndole un día de Pascua de Resurrección aderezado Pacomio para la comida las hortalizas ordinarias con un poco de aceite y sal por ser el día que era, soliendo los demás días comer solas yerbas con un poco de sal; dándolas el santo viejo guisadas con aceite, comenzó a llorar y derramar muchas lágrimas, acordándose de la Pasión del Señor, y diciendo: «Mi Señor fue puesto en cruz, y ¿había yo de atreverme a comer aceite? Nunca Dios tal quiera.» Le replicó su discípulo Pacomio que era Pascua, y que por serlo se podía permitir aquel regalo; pero por mucha instancia que le hizo a que las probase, no lo pudo acabar con él.

Se cuenta de un cautivo cristiano que era muy devoto de la Pasión de Cristo, y por la continua memoria que de ella traía, andabas siempre triste y lloroso: viéndole así el tirano a quien servía, le preguntaba algunas veces por qué andaba triste y no se alegraba con los demás compañeros; él siempre le respondía que no podía más, porque traía en su corazón impresa la Pasión del Señor. Oyendo esta respuesta el tirano. quiso ver si decía verdad; y haciéndole abrir el pecho y sacar el corazón, hallaron dentro de él una imagen de Cristo crucificado, perfectísimamente formada, la cual maravilla fue parte para que el tirano se convirtiese a la fe.

Semejantes a esta lo que se cuenta de la santa virgen Clara de Montefalco, que habiendo sido en su vida muy devota de la Pasión de Cristo, después de muerta fue hallado en su corazón, a la una parte de él, un Cristo crucificado con tres clavos, lanza, esponja y caña, todo hecho de la misma carne de la Santa perfectísimamente, y a la otra parte estaban los azotes de cinco ramales, la columna y corona de espinas, la cual maravilla hasta hoy día se muestra en Montefalco, lugar de Italia.

TRATADO OCTAVO

DE LA SAGRADA COMUNIÓN Y SANTO SACRIFICIO DE LA MISA

CAPÍTULO PRIMERO

Del beneficio inestimable y amor grande que el Señor nos mostró en instituir este divino Sacramento.

Dos obras nos ha mostrado Dios, las más insignes y que más pasman y atajan los juicios de los hombres, que todas cuantas ha hecho, y tan artificiosas, que hablando de ellas el Profeta Isaías (12, 4) las llama invenciones de Dios. [*Anunciad u las gentes sus invenciones*]: obras que parece se puso a pensar en qué mostrarse comunicador y derramador de sí mismo. La primera obra fue su Encarnación, en la cual el Verbo del Padre se juntó y unió con nuestra naturaleza con una trabazón tan trabada y con un nudo tan apretado y tan junto, que en una persona quedó Dios y el hombre. Nudo ciego a toda la razón del mundo, y a sólo Él claro; a todos tinieblas v oscuridad, y a sólo Él luz y claridad: nudo insoluble, que lo que una vez junté, nunca jamás se desatará ni desató. [Lo que una vez tomó, jamás lo dejó].

Dice San Dionisio que el amor es virtud unitiva, que transforma al amante en el amado y hace de los dos uno. Pues lo que jamás pudo hacer amor alguno que hubiese en la tierra, eso hizo el amor de Dios por el hombre. Jamás se vio de los Cielos abajo que el amor hiciese verdaderamente uno al que amaba y al amado: de los Cielos arriba bien se ve; la o misma naturaleza del Padre es la del Hijo, y son uno; pero de los Cielos abajo tal unión jamás se hizo. Pues fue tan grande el amor que Dios tuvo al hombre, que le se juntó y unió con el hombre, de tal suerte, que de Dios y del hombre quedó sola una persona. y tan una, que el hombre es verdadero Dios, y es verdadero hombre; y todo lo que es propio de Dios, con verdad y con propiedad se dice del hombre. Y, por el contrario, lo que es propio del hombre, se dice también de Dios. De manera, que el que veían los hombres era Dios; el que veían hablar con instrumento de boca corporal, era Dios; el que veían comer, andar y afanar, era Dios. Tenía naturaleza humana realmente y operaciones humanas, y el que las hacía era Dios.

Dice el Profeta Isaías (66, 8): *¿Quién jamás vio ni oyó tal cosa?* ¡Dios niño, Dios envuelto en pañales, Dios llorar, Dios tener flaqueza y

cansarse y sufrir dolores y tormentos! Allá dice el real Profeta que pusisteis, Señor, *vuestro asiento muy alto*, y que *no llegaría a Vos azote ni trabajo* (Sal., 90. 10); pero ahora, Señor, vemos que han llegado a Vos los azotes, los clavos, las espinas. y que os han puesto en una cruz; *cosa tan ajena de Dios*, dice Isaías (28, 21), cosa peregrina, obra que pasma y ataja los juicios de los hombres y de los ángeles.

Otra obra hizo Dios (invención propia de su infinito amor), que fue la institución del santísimo Sacramento. En la primera cubrió su Ser divino con una cortina de carne para que le pudiésemos ver; en ésta cubre no sólo lo divino, sino también lo humano, aun la cortina de los accidentes de pan y vino, para que le podamos comer. En la primera entrañó Dios al hombre, uniendo la naturaleza humana en el Verbo divino; le entró en las entrañas de Dios; en esta segunda quiere que vos le entrañéis a Él en las vuestras. Antes estaba el hombre unido con Dios; ahora quiere Dios y hombre unirse con vos. En la primera, la comunicación y unión fue con sola una naturaleza singular, que es la sacratísima humanidad de Cristo nuestro Señor, que personalmente está unido con el Verbo divino; en esta segunda se une con cada uno que le recibe singularmente, y se hace una cosa con él, ya que no por unión hipostática o personal, que eso no convenía, por la unión más íntima y más estrecha que se pudo imaginar fuera de aquélla. *El que come mi carne y bebe mi sangre, está en mí y Yo en él*, dice el mismo Señor (Jn., 6. 57). ¡Obra maravillosa! No sólo es la mayor de sus maravillas, como dice Sarro Tomás, sino es una cifra y recopilación de todas ellas (Sal.,110, 4).

Del rey Asuero cuenta la sagrada Escritura (Ester. 1,4) que hizo un grande y solemne convite, que duró ciento y ochenta días, *para mostrar sus grandes riquezas y la gloría de su poder;* así este gran rey Asuero, Cristo, nuestro Redentor, quiso hacer un convite real, en el cual mostrase la grandeza de sus tesoros y riquezas, y el poder y majestad de su gloria, porque el manjar que nos da en este convite es el mismo Dios, obra que admira y espanta también al mundo, no menos que la primera. Y aun en sola la sombra de este admirable misterio, que fue el maná, se admiraron (Éxodo 16, 15): *¿Manhú?* [¿Qué es esto?] Y después decían: *¿Es posible que hemos de comer su carne?* (Jn., 6, 53.) Y no dura este convite ciento ochenta días, como duró el del rey Asuero, sino mil y seiscientos años, y durará hasta el fin del mundo, y siempre comemos y siempre dura. Con razón se admira y exclama el Profeta (Sal., 45, 9): *Venid y ved las obras del Señor, los prodigios que ha hecho sobre la tierra*. Pasma el artificio y

sabiduría de los consejos de Dios que tomó para la salud de los hombres. De esta segunda obra hemos de tratar ahora; nos dé el Señor su gracia para ello, que bien la hemos menester.

El glorioso Apóstol y Evangelista San Juan, en su sagrado Evangelio, tratando de la institución de este santísimo Sacramento, dice (13, 1): *Como amase Cristo nuestro Redentor a los suyos, que tenía en el mundo, al fin señaladamente los amó*: porque entonces les hizo mayores beneficios y les dejó mayores prendas de amor, entre las duales una de las principales o la más principal fue este santísimo Sacramento, quedándose en él su Majestad verdadera y realmente. En lo cual nos declaró bien el amor grande que nos tenía; porque la condición del amor verdadero es querer tener siempre presente al que ama, y gozar siempre de su compañía. Y así, habiéndose de partir Cristo nuestro Redentor de este mundo a su Padre, quiso de tal manera partirse, que del todo no se partiese; y de tal manera irse, que también se quedase. Así como salió del Cielo sin dejar el Cielo, así sale ahora de la tierra sin dejar la tierra; y así como salió del Padre sin dejarle, así sale ahora de sus hijos sin dejarlos (Jn., 16, 17).

Más: es también condición del amor desear vivir en la memoria del amado y querer que siempre se acuerde de él, y para eso se dan los que se aman, cuando se apartan, algunos memoriales y prendas que despierten esta memoria. Pues para que no nos olvidásemos de Él, nos dejó por memorial este santísimo Sacramento, en que se queda Él mismo en persona, no queriendo que entre Él y nosotros haya otra menor prenda que despierte esta memoria, que Él mismo. Y así, acabando de instituir este santísimo Sacramento, dijo (Lc., 22, 19; 1 Cor., 11, 24): *Cada vez que celebrareis este misterio, celebradlo en memoria mía*, acordándoos de lo mucho que os amé, de lo mucho que os quise, y de lo mucho que por vuestra causa padecí.

Engrandecía mucho Moisés al pueblo de Israel, que no había nación tan grande que tuviese a Dios tan cercano de sí como ellos. [*No hay otra nación tan grande que tenga los dioses tan cercanos como tenemos nosotros a nuestro Dios, atento siempre a todas nuestras súplicas*] (Deut., 4, 7). Salomón, habiendo edificado el templo, se espantaba y decía: ¿Es posible que more Dios con los hombres en la tierra? Si el Cielo y los Cielos de los Cielos con toda su anchura no bastan, Señor, para daros lugar, ¿cuánto menos bastará esta pequeña casa que yo he edificado? (1 Reyes 8, 27). ¿Con cuánta mayor razón podemos nosotros decir esto, pues no ya la sombra y la figura, sino el mismo Dios tenemos en nuestra compañía? (Mt.,

28, 20). *Mirad que Yo estoy con vosotros todos los días hasta la consumación de los siglos*. Gran consuelo y favor fue querer quedarse Cristo nuestro Redentor en nuestra compañía para consuelo y alivio de nuestra peregrinación. Si acá la compañía de un amigo nos es consuelo en nuestros trabajos y aflicciones, ¿qué será tener en nuestra compañía al mismo Jesucristo, y ver que entre Dios por nuestras puertas, y se pasee por nuestros barrios y calles, y se deje llevar y sea portátil, y que le tengamos de asiento en nuestros templos, y que le podamos visitar muchas veces y a todas horas, de día y de noche, y tratar allí con Él nuestros negocios cara a cara, dándole cuenta de nuestros trabajos, y comunicándole nuestras tentaciones, y pidiéndole remedio y favor para todas nuestras necesidades, confiados que quien nos amó tanto, que quiso estar tan cerca de nosotros, no estará lejos para remediarnos? *Andaré y pondré mi asiento en medio de vosotros; iré donde me quisiereis llevar; me pasearé por vuestras calles;* os honraré (Levit., 26. 11). ¿Qué corazón hay que no se enternezca e inflame viendo a Dios tan casero?

No se contentó el Señor con que le tuviésemos en nuestros templos y casas, sino quiso que le tuviésemos dentro de nosotros mismos; quiso entrañarse en nuestro corazón; quiso que vos mismo fueseis el templo y el cáliz, la custodia y relicario donde estuviese y se depositase este santísimo Sacramento: *Yo le daré morada entre mis pechos* (Cant., 1, 12). No nos le dan aquí a besar como a los pastores y reyes, sino para recibirle en nuestras entrañas. ¡Oh amor inefable! ¡Oh largueza nunca oída! ¡Que reciba yo en mi pecho y en mis entrañas al mismo Dios en persona! ¡Al mismo Jesucristo, verdadero Dios y verdadero hombre! ¡Al mismo que recibió y trajo la sacratísima Reina de los Ángeles nueve meses en sus entrañas purísimas! Si Santa Isabel, madre del glorioso Bautista, por entrar en su casa la Virgen vuestra Madre en cuyas entrañas ibais Vos, maravillada y llena de Espirito Santo, dio voces diciendo (Lc.. 1; 43): *¿De dónde a mí, que venga la Madre de Dios a mí?* ¿Qué diré yo viendo que no por las puertas de mi casa material, sino de mi cuerpo y alma, dentro de mí mismo entráis Vos, Señor, Hijo de Dios vivo? Con cuánta razón diré: *¿De dónde a mí?* ¿A mí, que tanto tiempo he sido morada del demonio? ¿A mí, que tantas veces os he ofendido? ¿A mí, tan desconocido e ingrato? ¿De dónde a mí, sino de la grandeza de vuestra misericordia, de ser Vos quien sois, tan bueno, tan amador de los hombres? ¿De dónde, sino de ese infinito amor vuestro?

Añaden y ponderan aquí los Santos, y con mucha razón, que si este beneficio concediera el Señor a solos inocentes y limpios, aun fuera dádiva

inestimable: mas ¿qué diremos, que por el mismo caso que se quiso comunicar a éstos, se obligó a pasar por las manos de muchos malos ministros; y así como permitió ser momificado en manos de aquellos perversos sayones por nuestro amor, así permite ahora ser tratado en manos de malos y perversos sacerdotes, y entra en las bocas y cuerpos sucios y hediondos de muchos malos y pecadores, por visitar y consolar a sus amigos? A todo esto se pone el Señor, y quiere ser otra y otras muchas veces vendido, y escarnecido, y crucificado, y puesto entre ladrones: al modo que dice Sn Pablo (Hebr., 6, 6) que los que pecan. tornan a crucificar a Jesucristo, cuanto es de su parte todo por comunicárseos a vos. Mirad si tenemos bien que agradecerle, y buen porqué para servirle. Canta la Iglesia, y espantase de que no tuviese horror este gran Señor de entrar en el vientre de una doncella; pues cotejad la pureza de aquella doncella y la impuridad nuestra, y veréis cuánta mayor razón tenemos para espantarnos que no tenga horror de entrar en el pecho de un pecador.

CAPÍTULO 2

De las excelencias y cosas maravillosas que la fe nos enseña que hemos de creer en este divino Sacramento.

Muchas cosas maravillosas nos enseña la fe católica que obran aquí las palabras de la consagración. La primera es que hemos de creer que, en acabando de pronunciar el sacerdote las palabras de la consagración sobre la hostia, está allí el verdadero cuerpo de Cristo nuestro Redentor, el mismo que nació de las entrañas virginales de la sacratísima Virgen, y el mismo que estuvo en la cruz y resucitó, y el mismo que ahora está sentado a la diestra de Dios Padre. Y en acabando de pronunciar el sacerdote las palabras de la consagración sobre el cáliz, está allí su verdadera y preciosa sangre. Y diciéndose en una misma hora cien mil Misas en toda la Iglesia, en el punto que acaba el sacerdote de pronunciar las palabras de la consagración, obra Dios esta conversión maravillosa; y en todas ellas está real y verdaderamente al cuerpo y sangre de nuestro Redentor; y aquí le están consumiendo, y allí le están consagrando, y en todas partes es uno.

La segunda cosa maravillosa que aquí hemos de creer es que después de las palabras de la consagración no queda allí pan ni vino, aunque a nuestros ojos, tacto, gusto y olfato parezca que sí, pero la fe nos dice que no. Dijo el patriarca Isaac a su hijo Jacob, cuando para alcanzar la bendi-

ción y mayorazgo cubrió sus manos con unos pellejos de cabrito para parecer a su hermano Esaú (Gen., 27, 22): *La voz es de Jacob, pero las manos son de Esaú.* Así aquí, lo que palpamos con las manos y tocamos con nuestros sentidos, parece pan y parece vino; pero la voz que es la fe (Rom., 10, 8), otra cosa nos dice. La fe suple aquí la falta de los sentidos. Y allá en el maná, sombra y figura de este Sacramento, hubo también esto, que sabía el maná a todas las cosas, sabía a perdiz y no era perdiz; sabía a trucha, y no era trucha; así este divino maná sabe a pan, y no es pan, sabe a vino y no es vino.

En los demás sacramentos no se muda la materia en otra, sino el agua en el bautismo se queda agua y el óleo, óleo en el sacramento de la confirmación y la extremaunción; pero en este sacramento mudase la materia. De manera, que aquello que parece pan no es pan, y aquello que parece vino, no es vino; sino la sustancia del pan se muda y convierte en el verdadero cuerpo de Cristo nuestro Salvador, y la sustancia del vino, en su sangre preciosa. Dice muy bien San Ambrosio: «Quien pudo hacer algo de nada, criando los Cielos y la tierra, mucho más podrá hacer una cosa de otra». Y más; vemos que el pan que cada día comemos, por virtud del calor natural, en breve espacio se muda en nuestra carne; mucho mejor podrá la virtud omnipotente de Dios hacer en un instante esta conversión maravillosa. Y para que con un espanto se nos quite otro, mucho más es que Dios se haya hecho hombre sin dejar de ser Dios, que no que el pan dejando de ser pan se vuelva en carne. Pues con aquella virtud divina con la cual el Hijo de Dios se hizo hombre, con esa misma el pan y el vino se convierten en la carne y sangre de Cristo. *A Dios ninguna cosa le es imposible,* como dijo el Ángel a nuestra Señora (Lc., 1, 37).

Lo tercero, hay otra cosa particular en esta conversión, que no es al modo de las demás conversiones naturales, en las cuales, cuando una cosa se convierte en otra, queda algo de la sustancia de la cosa que se muda, porque la materia se es la misma, y solamente se muda la forma, como cuando la tierra se convierte en plata y el agua en cristal; es como cuando de un poco de barro o cera hacéis una vez un caballo, otra un león. Pero en esta admirable conversión, después de la consagración, en la hostia no queda nada de la sustancia del pan, y en el cáliz no queda nada de la sustancia del vino, ni de la forma ni de la materia, sino que toda la sustancia del pan se convierte y muda en todo el cuerpo de Cristo; y toda la sustancia del vino en toda su sangre preciosa. Y así la Iglesia, con mucha conveniencia y propiedad, como dice el Concilio Tridentino, para significarnos

esta total conversión, la llama transustanciación, que quiere decir mudanza de una sustancia en otra. Porque así como la acción natural, porque en ella se muda la forma, se puede llamar propiamente transformación, así en este Sacramento, porque toda la sustancia del pan y del vino se convierte en toda la sustancia del cuerpo y sangre de Cristo, se llama con mucha razón transustanciación.

De manera que no queda en este Sacramento cosa alguna de la sustancia del pan ni de la sustancia del vino, sino solamente queda allí el color, olor, sabor y los demás accidentes del pan y del vino, que llaman especies sacramentales. Y esta es otra maravilla grande que resplandece en este santísimo Sacramento, que están allí estos accidentes sin estar en sustancia y sujeto alguno, siendo propio de los accidentes estar juntos y pegados con la sustancia, como lo enseña toda la filosofía; porque la blancura, claro está que, naturalmente, no puede estar por sí, sino junta y pegada con alguna sustancia; y el sabor y el olor también. Pero aquí, sobre todo orden de naturaleza, se quedan los mismos accidentes del pan y del vino, siendo sobrenaturalmente sustentados por sí solos, como en el aire; porque la sustancia del pan y del vino ya no está allí, como hemos dicho; y en el cuerpo y sangre de Cristo, que sucede en su lugar, no pueden estar aquellos accidentes, y así los tiene y sustenta Dios de por sí con un perpetuo milagro.

Más: hemos de creer que en este santísimo Sacramento debajo de aquellas especies y accidentes de pan está no sólo el cuerpo de Cristo, sino todo Cristo, verdadero Dios y verdadero hombre, así como está en el Cielo. De manera que en la hostia, juntamente con el cuerpo, está también la sangre de Cristo nuestro Redentor, y su ánima sacratísima, y su santísima divinidad. De la misma manera en el cáliz, debajo de las especies de vino, está no solamente la sangre de Cristo, sino también el cuerpo, el ánima y la divinidad. Pero advierten los teólogos que no están aquí estas cosas por una misma razón y manera, sino unas están en este Sacramento por virtud y eficacia de las palabras de la consagración, y otras por vía de concomitancia y compañía. Aquello se dice estar en este Sacramento por virtud y eficacia de las palabras que se significa y explica por las mismas palabras de la forma de la consagración. Y de esta manera no está en la hostia más que el cuerpo de Cristo, ni en el cáliz más que la sangre, porque las palabras hacen lo que significan, y eso sólo es lo que significan: «Este es mi cuerpo.» «Esta es mi sangre.» Aquellas cosas se dicen estar por vía de concomitancia o compañía, que están juntas y en compañía de aquello que se explica y declara por las palabras; y porque el cuerpo de Cristo no está

ahora solo, sino juntamente con la sangre, y con el ánima, y con la divinidad, por eso están allí también en la hostia todas estas cosas; y porque la sangre tampoco está ahora sola, sino juntamente con el cuerpo, y con el ánima, y con la divinidad, por eso están también en el cáliz todas estas cosas. Se entenderá esto bien por aquí. Dicen los teólogos que si en aquellos tres días que Cristo estuvo en el sepulcro consagrara San Pedro u otro de los Apóstoles, que no estuviera en el santísimo Sacramento el ánima de Cristo, porque entonces no estaba el ánima junta con el cuerpo, sino solamente estuviera allí el cuerpo muerto, como estaba en el sepulcro. aunque junto con la divinidad, porque esa nunca la dejó. De la misma manera, cuando consagró Cristo el jueves de la Cena, estaba en el Sacramento Cristo nuestro Redentor, verdadero Dios y verdadero hombre; pero pasible y mortal, como entonces lo era; mas ahora está un el Sacramento vivo, glorioso, resucitado, inmortal e impasible, como está en el Cielo.

Empero, aunque esto es así, que en la hostia está la sangre y en el cáliz el cuerpo de Cristo nuestro Redentor; con todo eso convino que se hiciesen estas dos consagraciones distintas cada una de por sí, para que así se representase más al vivo la Pasión y muerte de Cristo, en la cual la sangre se apartó del cuerpo, y así se hace mención de esto en la misma consagración de la sangre: [Que será derramada por vosotros y por muchos.] Y también, pues, se instituía este Sacramento para alimentar y sustentar nuestras ánimas, convino que se instituyese, no sólo en manjar, sino también en bebida, porque el perfecto alimento del cuerpo de estas dos cosas consta. Pero una cosa podemos sacar de aquí para consuelo de los que no son sacerdotes, y es que, aunque no comulgan debajo de ambas especies, como los que dicen Misa, sino solamente debajo de especies de pan, por muchas y muy graves razones que para esto tuvo la Iglesia; pero recibiendo en la hostia el cuerpo de Cristo nuestro Redentor, reciben juntamente su sangre, y su ánima, y su divinidad, porque todo entero y perfectamente está debajo de cualquier de las dos especies. Y dicen los teólogos y los Santos que reciben tanta gracia como los sacerdotes que comulgan debajo de ambas especies, llegando con igual disposición. San Hilarlo dice que así como en el maná, que fue figura de ese santísimo Sacramento, ni el que cogía más hallaba por eso más, ni el que cogía menos hallaba por eso menos, como dice la Escritura (Éxodo 16, 18), así también en este divino Sacramento, ni el que le recibe debajo de especies de pan y vino recibe por eso más, ni el que le recibe solamente debajo de especie de pan recibe por eso menos. Todos. son iguales en esto.

Más: hay otra maravilla grande en este altísimo Sacramento, y es que no solamente está Cristo todo entero en toda la hostia, y todo entero en el cáliz, sino en cada partícula de la hostia y en cada partícula de las especies del vino está también todo Cristo, tan entero como está en el Cielo, por mínima que sea la partícula, como se colige claramente del mismo Evangelio, porque Cristo nuestro Redentor no consagró de por sí cada bocado de aquellos con que comulgó a sus Apóstoles, sino consagró de una vez tanta cantidad de pan, que dividida bastase para comulgarlos a todos. Y así del cáliz dice expresamente el Evangelio que le dio Cristo a sus Apóstoles diciendo (Lc., 22, 17): *Tomad y divididle entre vosotros*. Y no sólo cuando se parte y divide la hostia o el cáliz, sino también antes que se parta, está el cuerpo de Cristo todo entero en toda la hostia y todo entero en cualquier parte de ella, y todo entero en todas las especies del vino, y todo entero en cualquier partícula de ellas.

Algunos ejemplos y comparaciones hay acá en lo natural que nos pueden dar alguna luz en esto. Porque nuestra ánima está también toda en todo el cuerpo y toda en cualquier parte de él; y la voz que yo hablo, que es ejemplo que trae San Agustín, está toda en vuestros oídos y toda en los de todos los oyentes; y si tomáis un espejo, veréis en él vuestra figura toda entera, aunque el espejo sea pequeño y mucho menor que vos; y si dividís el espejo en muchas partes, en cada parte veréis también vuestra figura, ni más ni menos como la veríais en todo el espejo. Estos y otros semejantes ejemplos y comparaciones traen los Doctores y los Santos para declararnos estos misterios, aunque ninguno hay que del todo tenga semejanza; pero todavía ayudan y dan alguna luz.

Y hay aquí otro misterio, que cuando se parte y divide la hostia o el cáliz, los accidentes del pan y del vino son los que allí se parten y dividen; pero Cristo no se parte ni divide, sino entero se queda en cualquier partícula, por pequeña que sea. Y de la misma manera, cuando mascáis la hostia, no mascáis ni desmenuzáis a Cristo. Dice San Jerónimo: «¡Oh engaño e ilusión de nuestros sentidos! Parece que os partimos y mascamos como el pan material que comemos; mas la verdad es que no partimos ni mascamos sino aquellos accidentes que vemos; pero Vos, Señor, entero y perfecto, os quedáis en cualquier partícula, sin corrupción ni división alguna y entero os recibimos.» Y así lo canta la Iglesia:

[No lo parte el que comulga,
no lo quiebra ni divide,
todo entero lo recibe.

Quebrantase el Sacramento;
mas no Cristo, que está dentro.]

Acontécenos en este convite al revés que en los convites de acá, en los cuales cortáis un manjar, mas no cortáis los platos ni vasija; pero en esta divina mesa no es así, se parte el plato y la vasija, que son los accidentes, y se queda el manjar y la sustancia entera. Más: en las otras mesas coméis la vianda y el manjar, pero no coméis las vasijas ni los platos; pero en esta mesa soberana comernos el manjar, y es tan sabroso, que comemos el plato tras él.

Todas estas coas que la fe nos enseña nos hemos de contentar por ahora con creerlas y venerarlas sin quererlas escudriñar curiosamente, yendo siempre en aquel fundamento de San Agustín: Eso ha de ser como primer principio, que puede Dios más de lo que nosotros podemos alcanzar; porque, como dicen muy bien los Santos, no fueran grandes las cosas de Dios si nuestro entendimiento y razón las pudiera comprender. Y así, ése es el mérito de la fe: creer lo que no vemos. Y aun en los misterios de este santísimo Sacramento hay una cosa especial, que no hay en los demás misterios de la fe; porque en los demás creemos lo que no vemos, que es mucho de loar (Jn., 20, 29): [*Dichosos los que no vieron y creyeron*]; mas aquí no sólo hemos de creer lo que no vemos, sino contra lo que nos parece que vemos, porque, según nuestros sentidos, nos parece que allí hay pan y vino, y hemos de creer que no lo hay.

Es semejante la fe que tenemos de este misterio a la que tuvo Abrahán, que tanto encarece San Pablo (Rom 4, 18): [*Esperó contra toda esperanza*]; venció la esperanza sobrenatural a la desconfianza natural, que los ojos veían, porque creyó y esperó que tendría hijo, contra todo lo que le prometía la esperanza natural, pues, naturalmente, no lo podía tener, por ser él y su mujer ya muy viejos. Y después, queriendo sacrificar ese hijo, como Dios se lo había mandado, con todo eso creyó que le había el Señor de cumplir la promesa que le había hecho de multiplicar en él su generación. Así, en este divino Sacramento creemos contra lo que naturalmente nos dicen todos nuestros sentidos, y así es de gran mérito lo que aquí creemos. Dijo Dios a su pueblo (Éxodo 16, 12): *A la mañana comeréis pan, y a la tarde os daré carne*. La mañana es esta vida presente. Se nos da Dios en especie de pan y vino; pero cuando asome la tarde, por la cual es significada la gloria, veréis la carne de Cristo, entenderéis claramente cómo y de qué manera ésta allí, se romperá entonces el velo, se correrán las cortinas, y veremos todas estas cosas claramente y cara a cara. Muchos milagros y

muy auténticos pudiéramos aquí traer en confirmación de lo que hemos dicho, porque están los Santos y las historias llenas de ellos; pero sólo quiero decir uno que se refiere en la *Crónica de la Orden de San Jerónimo*. Un religioso, llamado Juan Pedro de Cavañuelas, que después fue prior de Guadalupe, fue muy combatido de tentaciones de fe, y especialmente acerca del santísimo Sacramento del altar, diciéndole el pensamiento cómo podía ser que hubiese sangre en la hostia; quiso el Señor librarle del todo de esta tentación con un modo maravilloso, y fue que diciendo él un sábado Misa de nuestra Señora, después que hubo consagrado, inclinándose a decir la oración que comienza: *Suplices te rogamus*, vio una nube que descendió de lo alto y cubrió todo el altar donde él decía Misa; de manera que con la oscuridad de la nube él no podía ver la hostia ni el cáliz. Y como se espantase mucho de este acaecimiento, y fuese lleno de grandísimo temor en ver lo que veía, rogó a nuestro Señor, con muchas lágrimas, que le quisiese librar de este peligro, y manifestar por qué causa aquello había acaecido. Y estando así llorando y con gran temor, poco a poco se fue quitando la nube y esclareciendo el altar del todo, y mirando al altar, vio que le faltaba la hostia consagrada y que el cáliz estaba vacío, porque también le había sido de él tomada la sangre. Y fue tan grande el espanto y temor que recibió cuando esto vio, que quedó como muerto; y, tornando comenzó con gran dolor de su corazón, y derramando muchas lágrimas de sus ojos, a rogar de nuevo nuestro Señor y a su santísima Madre, cuya Misa decía, que le perdonasen, si lo que había acaecido era por su culpa, y le librasen y le sacasen de tan grande peligro. Y estando en esta congoja, vio venir por el aire la hostia puesta en una patena muy resplandeciente, y se puso encima de la boca del cáliz, y comenzaron luego a destilar y salir de ella gotas de sangre dentro del cáliz, y salió en tanta cantidad como antes estaba. Y acabada de salir la sangre, se tornó la hijuela de los corporales a poner sobre el cáliz, y la hostia en su lugar sobre el ara, donde estaba primero. El sacerdote, estando muy espantado en ver tan grandes misterios, y no sabiendo qué hacer, oyó una voz que le dijo: «Acaba tu oficio, y te sea en secreto todo esto que has visto.» Y de ahí adelante nunca más sintió aquella tentación. El acólito o ministro que servía a la Misa no vio ninguna cosa de éstas ni oyó la voz; mas sintió las lágrimas del sacerdote, y cómo se tardó mucho más en la Misa que solía. Todo lo susodicho se halló después de su muerte escrito en una cédula de su mano, puesto entre su confesión general, lo cual él hizo en señal del secreto que le fue mandado guardar.

CAPÍTULO 3

Se comienza a tratar de la preparación que pide la excelencia y dignidad de este divino Sacramento.

Esta ventaja tiene este divino Sacramento sobre todos los demás, que está aquí real y verdaderamente el mismo Jesucristo, verdadero Dios y verdadero hombre. Y por esto es el más excelente de los Sacramentos, y el que mayores gracias y efectos obra en nuestras almas; porque en los otros Sacramentos participamos la gracia que se nos comunica allí; pero en este participamos la misma fuente de la gracia: en los otros Sacramentos, bebemos como de arroyo que mana de la fuente; pero en éste bebemos de la misma fuente, porque recibimos al mismo Cristo, verdadero Dios y hombre. Y así se llama este Sacramento *Eucaristía*, que quiere decir *buena gracia*; porque todo el bien y principio de la gracia aquí está. Y porque aquí se nos da el mismo Hijo de Dios, que con verdad se llama gracia y don hecho al linaje humano por el misterio de la Encarnación. Por esto también se llama por antonomasia *Comunión*, conforme a aquello de San Lucas, que dice de los fieles en los Actos de los Apóstoles (2, 42): [*Perseveraban en la Comunión de la fracción del pan*], porque recibiendo este santísimo Sacramento, participamos del sumo y mayor bien que hay, que es Dios, y con Él de todos los bienes y gracias espirituales. Dándonos su carne y sangre, nos hace participantes de todos aquellos tesoros que con esa sagrada carne y sangre nos adquirió. Aunque también se dice comunión porque une los fieles entre sí, porque recibiendo todos un manjar y a una mesa, nos comunicamos y juntamos y nos hacemos una misma cosa, a lo menos en la fe y religión, y somos todos un cuerpo, conforme a aquello que dice San Pablo (1 Cor., 10, 17): *Todos somos un pan y un cuerpo aquellos que participamos de un mismo pan*. Y por eso dice San Agustín que instituyo Cristo este Sacramento debajo de especies de pan y de vino, para denotar que como el pan se hace de muchos granos de trigo que se unen en uno, y el vino de muchos granos de uvas, así de muchos fieles que comunican y participan de este Sacramento se hace un cuerpo místico.

San Juan Damasceno compara este santísimo Sacramento a aquel carbón o brasa encendida con que uno de los serafines purificó los labios del Profeta Isaías (6, 6). y quitó todas sus imperfecciones Así, dice, este manjar celestial por estar unido con la divinidad que es fuego consumidor (Deut., 4, 24), consume y purifica todas nuestras imperfecciones y malda-

des, y nos llena de dones y bienes espirituales. Finalmente, éste es aquel gran convite del Evangelio, en el cual mandó Dios decir a los convidados (Mt., 22, 4): [*Ya he preparado mi convite; mis terneros y cebones están muertos, y todo a punto*]. Diciendo que todas las cosas están a punto y preparadas, da a entender que aquí en este sagrado convite tenemos todas las cosas que se pueden desear. Y así dice el Profeta David de este manjar (Sal., 67. I I): [*Preparaste, Dios, con dulzura al pobre*]. No dice qué es lo que nos preparó, porque es tan grande el bien que allí se encierra, que no se puede con palabras explicar.

Con mucha razón exclama la Iglesia. «¡Oh sagrado convite en el cual recibimos a Dios!» El mismo nombre de convite nos dice la alegría y contento y la abundancia y hartura que hay en él. «Oh sagrado convite, en el cual se nos refresca la memorial de su Pasión; de aquel exceso de amor con que Dios nos amó, entregándose por nosotros a la muerte, y muerte de cruz!» «Oh sagrado convite, en el cual nuestra alma se harta y queda llena de gracia!» «Oh sagrado convite, en el cual se nos da una prenda de gloria!», y tal, que no es cosa distinta de los que nos han de dar después, como lo suelen ser acá las prendas, sino el mimo Dios, que ha de ser nuestro premio y galardón, se nos da por prenda en este soberano convite; salvo me aquí nos sirven a plato cubierto, y en aquel convite y cena de la gloria nos servirán a plato descubierto

Pues la excelencia de tan alto Sacramento y la majestad grande del Señor que hemos de recibir, pide que la disposición y preparación para eso sea muy grande. Tratando el real Profeta de edificar el templo de Jerusalén, decía (1 Cron., 29, 1): *Grande cosa es ésta, porque no tratamos de preparar morada para hombres, sino para Dios*. Y habiendo preparado gran cantidad de oro, plata, vasos y piedras preciosas, todo le parecía nada. Y todo esto era para el templo, donde se había de poner el arca. y en ella el maná, figura de este divino Sacramento. ¿Pues qué será de la preparación del templo y morada en que hemos de recibir al mismo Dios en persona, que trate había de ser mayor, cuanto excede lo figurado a la figura y lo vivo a lo pintado?

Y fuera de lo que se debe a la majestad de tan gran Señor, a nosotros nos importa mucho ir muy preparados para recibir este santísimo Sacramento; porque cual fuere la preparación y disposición que lleváremos, tal será la gracia que recibiremos; como el que va a coger agua de la fuente, tanta coge cuán grande vaso lleva. Y para que se entienda mejor lo que queremos decir en esto, notan aquí los teólogos que no solamente recibe

uno mayor gracia por el mayor mérito de los actos y buenas obras con que se llega a recibir el Sacramento, que llaman *ex opere operantis*, sino la gracia sacramental que fuera de esto da de suyo el Sacramento por privilegio e institución divina, que llaman *ex opere aperato*, y es modo de hablar del Concilio Tridentino, será mayor cuanto mayor fuere la disposición con que nos llegáremos a él. Porque obra Dios las obras de gracia conforme a las de naturaleza; y en lo natural vemos que todas las cosas obran conforme a la disposición que habían en los sujetos; y así el fuego luego se enciende en la leña seca, mas si no lo está, más tardé se encenderá; de modo que, según fueren los grados de la sequedad, así será la operación del fuego. Pues de ese modo es también en este divino Sacramento. Y así por todas partes nos importa mucho llegarnos a Él muy bien preparados.

CAPITULO 4

De la limpieza y puridad, no sólo de pecados mortales sino también de veniales e imperfecciones, con que nos hemos de llegar a la sagrada Comunión.

Tres cosas principales trataremos aquí: la primera, de la disposición y preparación que se requiere para llegar a recibir este divino Sacramento; la segunda, de lo que hemos de hacer después de haberle recibido y cuál ha de ser el hacimiento de gracias; la tercera, qué es el fruto y provecho que hemos de sacar de la sagrada Comunión. Y comenzando de lo primero: la disposición y preparación que para esto se requiere, es mucho mayor que para los demás sacramentos, porque cuanto son más excelentes los sacramentos, tanto piden mayor preparación y pureza para haberlos de recibir. Y así, algunos sacramentos hay que para recibirse dignamente basta tener dolor y arrepentimiento verdadero de los pecados, sin ser necesaria la confesión: mas este divino Sacramento es de tanta dignidad y excelencia, por estar en él encerrado el mismo Dios, que, además de lo dicho, pide otro Sacramento por disposición, que es el de la confesión, cuando precedió algún pecado mortal. De manera que no basta llegarse con dolor y contrición, sino es menester que preceda la confesión, como lo determinó el Concilio Tridentino conforme a aquello del Apóstol San Pablo (I Cor., II, 28): [*Pruébese* y examínese el hombre a sí mismo, *y así coma de aquel pan y beba de aquel cáliz*]. Las cuales palabras declara el Concilio de esta manera: Que es menester que vaya uno probado y examinado con el exa-

men y juicio de la confesión. Esta disposición y preparación es necesaria a todos los cristianos so pena de pecado mortal, y basta ella para recibir gracia en el Sacramento.

Mas, aunque sea verdad que por los pecados veniales y por otras faltas e imperfecciones que no llegan a pecado mortal, no pierde el hombre del todo el fruto de este santísimo Sacramento, sino que recibe aumento de gracia, como dicen los teólogos; pero pierde aquel fruto copioso y abundante de gracias y virtudes, y otros efectos admirables que suele él obrar en las almas más limpias y devotas. Porque, aunque los pecados veniales no quitan la caridad, amortiguan su fervor y disminuyen la devoción, que es la más propia disposición que para este divino Sacramento se requiere. Y así, si queremos participar el copioso fruto de que suelen gozar los que se llegan a comulgar como deben, es menester ir limpios, no sólo de pecados mortales, sino también de los veniales. Y así, el mismo Jesucristo nos enseñó esta disposición con aquel ejemplo de lavar los pies a sus discípulos antes de comulgados, dándonos a entender, como dice San Bernardo, la limpieza y puridad con que nos hemos de llegar este santísimo Sacramento, no sólo de pecados mortales, sino también de veniales, que es el polvo que se nos suele pegar a los pies.

San Dionisio Areopagita dicen que no sólo de los pecados veniales, sino también de las demás faltas e imperfecciones pide el Señor limpieza con este ejemplo: [Exige, dice, exquisita limpieza]. Y trae a este propósito aquella ceremonia santa que usa la Iglesia en la Misa, de lavarse el sacerdote las manos antes de ofrecer aquel sacrosanto sacrificio. Y pondera muy bien que no se lava todas las manos, sino solamente las extremidades de los dedos, para significar que no solamente hemos de ir limpios de los pecados graves, sino también de los ligeros y de las faltas e imperfecciones. Si allá Nabucodonosor mandó que escogiesen *niños puros, limpios y hermosos* (Dan., 1,4) para darles y mantenerles de los manjares de su mesa, ¡cuánta mayor razón será que para llegarnos a esta mesa real y divina vayamos con gran limpieza y puridad! Al fin, es Pan de ángeles, y así nos hemos de llegar a él con pureza de ángeles.

Pedro Cluniacense cuenta de un sacerdote, en una parte de Alemania que llaman de los Teutones, que habiendo primero sido de buena y santa vida, después vino a caer miserablemente en cierto pecado deshonesto, y añadiendo pecados a pecados, se atrevía a llegar al altar y decir Misa sin haberse enmendado ni confesado; que éste suele ser engaño de algunos que han vivido bien, que cuando les acontece alguna cosa vergonzosa no

se atreven a confesarla ni a dejar de comulgar, por no perder la opinión y crédito que antes tenían: ciégales la soberbia. Quiso Dios castigarle piadosamente como padre, con una cosa que le hizo abrir los ojos, y fue, que al tiempo de consumir, teniendo a Cristo en sus manos, se le desapareció de ellas; y de la misma manera el sanguis se desapareció del cáliz, quedando aquel día sin comulgar y no poco espantado. Eso mismo le acaeció otras dos veces en que quiso volver a decir Misa, por ver si Dios nuestro Señor mostraba la misma señal de indignación con él que la primera. Y con esto conoció cuán grandes eran sus pecados, y con cuánta razón tenía provocada contra sí la ira de Dios; y lleno de muchas lágrimas se fue a los pies de su obispo, y con gran sentimiento y dolor le contó lo que le había acaecido, confesó con él y recibió de su mano la penitencia que merecía, de ayunos. disciplinas y otras asperezas. en las cuales se ejercitó mucho tiempo sin atreverse a llegar a celebrar, hasta que su prelado y pastor se lo vino a mandar o dar licencia, cuando le pareció que ya había bastantemente satisfecho a Dios por sus pecados. Y fue cosa maravillosa la que le acaeció en la primera Misa que dijo: que después de haber dicho la mayor parte de ella con grandísimo sentimiento y lágrimas, queriendo consumir, súbitamente se le aparecieron delante las tres hostias que antes por su indignidad se le habían desaparecido, y en el cáliz halló toda aquella cantidad del sanguis, queriendo con esta tan evidente señal mostrarle el Señor cómo ya sus pecados, eran perdonados. Quedó muy agradecido a esta misericordia del Señor, y con mucha alegría recibió también las tres hostias, y de allí adelante perseveró en muy perfecta vida. Eso caso, dice Pedro Cluniacense, que se lo contó el obispo de Claramonte delante de muchas personas. Cesario, en sus *Diálogos*, cuenta otro ejemplo semejante.

CAPÍTULO 5

De otra disposición y preparación más particular con que nos hemos de llegar este divino Sacramento.

Para gozar cumplidamente de los frutos admirables que trae consigo este divino Sacramento, dicen los Santos y maestros de la vida espiritual que nos hemos de procurar preparar con otra disposición más particular, que es con actual devoción. Y así declararemos aquí qué devoción ha de ser ésta y cómo la despertaremos en nosotros. Para esto dicen que nos hemos de llegar a la sagrada Comunión, lo primero, con grandísima humil-

dad y reverencia; lo segundo, con grandísimo amor y confianza; lo tercero, con grande hambre y deseo de este Pan celestial. A estas tres cosas se pueden reducir todas las maneras de afectos con que podemos despertar la actual devoción, así antes de recibir este santísimo Sacramento, como al tiempo de comulgar y también después de la Comunión. Y están llenos los libros de consideraciones a este propósito, muy buenas y muy bien dilatadas; y así solamente tocaremos algunas de las más ordinarias, que suelen ser las más provechosas, abriendo el camino para que sobre ese fundamento pueda cada uno discurrir por sí; porque eso le moverá más y le será de más provecho, conforme a la doctrina que de esto tenemos en el libro de los Ejercicios Espirituales.

Pues lo primero, hemos de llegar a este santísimo Sacramento con grandísima humildad y reverencia, la cual se despertará en nuestra ánima. considerando por una parte aquella soberana majestad y grandeza de Dios, que verdadera y realmente está en aquel santísimo Sacramento, y es el mismo Señor que con sola su voluntad crió, conserva y gobierna los Cielos y la tierra, y con sola ella lo puede todo aniquilar; en cuya presencia los ángeles y más altos serafines encogen las alas, *tiemblan y se estremecen* con profundísima reverencia (Job., 26, 11). Y por otra parte, volviendo luego los ojos a nosotros mismos, mirando nuestra bajeza y miseria. Y así unas veces nos podemos llegar con el corazón de aquel publicano del Evangelio, que no osaba acercarse al altar ni alzar los ojos al Cielo, sino de lejos con mucha humildad hería sus pechos diciendo (Lc., 18, 13): *Señor, habed misericordia de mí, que soy gran pecador*. Otras veces nos podemos llegar con aquellas palabras del hijo pródigo (Lc., 15, 18): *«Señor, pequé contra el Cielo y contra vos, ya no merezco llamarme hijo vuestro: recibidme como a uno de los jornaleros de vuestra casa.»* Otras, con aquellas palabras de Santa Isabel: [*¿Señor, de dónde a mí?*], como dijimos arriba (cap. 1). Será también muy bueno considerar con atención aquellas palabras que tiene instituidas la Iglesia para el tiempo de comulgar, tomadas del sagrado Evangelio (Mt., 8,8): [*Señor, no soy digno de que entréis en mi morada, mas decid con vuestra palabra. y quedará sana mi alma*]. Señor, no soy digno; pero por eso me llego, para que Vos me hagáis digno. Señor, flaco soy y enfermo; pero por eso me llego, para que me sanéis y me esforcéis; porque como Vos dijisteis (Mt., 9, 12): *no tienen los sanos necesidad de médico, sino los enfermos*, y para ésos señaladamente vinisteis Vos. Eusebio, escribiendo la muerte de San Jerónimo —que se halló a ella y fue su discípulo—, dice que estando para recibir el santísimo Sacramento, admirado por una parte de la majestad y bondad inmensa del Señor, y, vol-

viendo por otra parte los ojos a sí, decía: ¿Cómo, Señor, os humilláis ahora tanto, que queréis venir y descender a un hombre publicano y pecador, y no sólo queréis comer con él, sino que mandáis que él os coma a Vos?» En el segundo libro de Samuel (9, 7) cuenta la sagrada Escritura que dijo David a Mifiboset, hijo de Jonatás: *Tú comerás siempre a mi mesa*. Respondió el: *¿Quién soy yo para poner los ojos en mí, sino como un perro muerto?* Si dice esto Mifiboset, por verse convidado a la mesa de un rey, ¿qué será bien que diga un hombre convidado a la mesa de Dios? Ya que no podemos llegar a este divino Sacramento con la disposición que él merece, suplámoslo con humildad y reverencia, y digamos con el real Profeta (Sal., 8, 5) y con el santo Job (7, 17): *¿Quién es, Señor el hombre para que os acordéis de él, o el hijo del hombre para que le visitéis y magnifiquéis y engrandezcáis tanto?* Con razón se admira y canta la Iglesia: ¡Oh cosa admirable, que el siervo pobre y bajo reciba en su boca y en pecho a su Dios y Señor!

Lo segundo, hemos de llegar a este santísimo Sacramento con grandísimo amor y confianza; y para avivar este afecto en nosotros hemos de considerar la bondad y misericordia y amor infinito del Señor, que tanto aquí resplandece, de lo cual dijimos en el capítulo primero. Pues ¿quién no amará a quien tanto bien nos hizo? El que nos dio a sí mismo, ¿qué no nos dará? Dice muy bien San Crisóstomo: «¿Que pastor hubo que apacentase sus ovejas con su propia sangre? ¿Y qué digo pastor? Muchas madres hay que después de los dolores del parto entregan a sus propios hijos a otras mujeres que les den leche y los críen; mas esto no lo sufrió su amor, sino con su propia sangre nos mantiene, y uniéndonos consigo nos realza y ennoblece y hace crecer en todo.»

La tercera a cosa que pide este santísimo Sacramento es que nos lleguemos a él con grande hambre y deseo.[«Este Pan, dice San Agustín, requiere hambre del hombre interior»]. Así como el manjar corporal entonces parece que entra en provecho cuando se come con hambre, así también este divino manjar nos entrará en grande provecho si va el alma a Él con grande hambre, ansiosa de unirse con Dios y de alcanzar algún don y merced particular (Sal., 106, 9): *Al ánima hambrienta harta Dios de bienes*. Y lo mismo dijo la sacratísima Reina de los Ángeles en su cántico (Lc., 1, 53): [*A los hambrientos colmó de bienes*]. Para despertar esta hambre y deseo en nuestras almas, nos ayudará considerar por una parte nuestra grande necesidad, y por otra los efectos admirables que obra este santísimo Sacramento. Así como cuando Cristo nuestro Redentor andaba acá en el

mundo, a todos los que llegaban a Él los sanaba de todas sus enfermedades, y no se lee que alguno le pidiese salud y se la negase: llegó a Él aquella mujer que padecía flujo de sangre, tocó el ruedo de su vestidura, y luego quedó sana; llegó a sus pies aquella pecadora del Evangelio, y quedó perdonada; llegaban a Él leprosos, y quedaban limpios; llegaban a Él los endemoniados, los ciegos, los paralíticos, y todos quedaban buenos y sanos; *porque salía de Él virtud que los sanaba a todos* (Lc., 6, 19); así hará también en este santísimo Sacramento, si llegamos con esta hambre y deseo, pues es el mismo que entonces, y no ha mudado la condición.

CAPÍTULO 6

En que se ponen otras consideraciones y modos de prepararse para la sagrada Comunión muy provechosas.

Entre otras consideraciones con que nos podemos preparar para la sagrada Comunión, es muy propia la memoria de la Pasión, considerando aquella inmensidad de amor con que el Hijo de Dios se ofreció por nosotros en la cruz; porque una de las razones principales por que Cristo nuestro Redentor instituyó este divino Sacramento, fue para que tuviésemos siempre presente y viva en la memoria su Pasión, y así nos mandó que cada vez que la celebrásemos, nos acordásemos de ella. [*Haced esto en memoria mía*] (Lc., 22, 19). Y nos lo repite el glorioso Apóstol San Pablo (1 Cor., 2, 26): [*Todas las veces que comiereis este pan y bebiereis este cáliz, anunciaréis la muerte del Señor*]. Y así, San Buenaventura aconseja mucho esta devoción, que cada vez que vayamos a comulgar, consideremos un paso de la Pasión. Y él dice que usaba hacerlo así, y con esto *su ánima se derretía* en amor de Dios (Cant., 5, 6).

El bienaventurado San Crisóstomo dice que el que se llega a comulgar ha de hacer cuenta que todas las veces que comulga pone la boca en aquella preciosa llaga del costado de Cristo y chupa su sangre participando de todo lo que Él nos ganó con ella. Santa Catalina de Sena cada vez que comulgaba hacia cuenta que iba, como cuando era niña, al pecho de su madre. Otros, como este soberano Sacramento es memoria de la Pasión de Cristo, imaginan a Cristo crucificado, hacen Calvario de su corazón, y fijan allí la cruz del Señor, y abrazándose con ella, recogen en sí las gotas de sangre que por ella caen. Otros hacen cuenta que se hallan en aquella cena que cenó Cristo vuestro Redentor con sus discípulos la noche de su Pasión,

como si estuvieran allí sentados entre los Apóstoles y que reciben de su mano su sagrado cuerpo y sangre. Y ésta no es solamente consideración y representación de aquella cena, sino en realidad de verdad es aquella misma cena y el mismo convite; y el mismo Señor, que dio entonces su cuerpo y sangre a sus Apóstoles, el mismo nos le da ahora a nosotros por ministerio de los sacerdotes, y con el mismo amor que entonces lo dio.

También es muy buena preparación ejercitarse en la consideración de los puntos siguientes: Lo primero, quién es el Señor que viene, que es el Criador de todas las cosas, Rey y Señor de los Cielos y tierra. Dios de infinita majestad y perfección. Lo segundo, a quién viene, que es a mí, que soy polvo y ceniza, y que muchas veces le he ofendido. Lo tercero, a qué viene, que es a comunicarme el fruto de su Pasión y los dones preciosísimos de su gracia. Lo cuarto, qué le mueve a venir, que es, no su interés, porque es Señor de todas las cosas y no tiene necesidad de nadie sino puro amor y deseo de que mi ánima se salve y esté siempre acompañada de su gracia. Lo quinto, ejercitarse en los actos de las tres virtudes teologales: fe, esperanza y caridad.

Y porque nosotros no podemos dignamente prepararnos para recibir este Señor si Él no nos lo da, le hemos de pedir que Él disponga y atavíe nuestra alma con la humildad, limpieza, amor y reverencia que conviene, alegándole para ello aquella razón común: Señor, si un rey poderoso y rico se hubiese de hospedar en casa de una viuda pobre, no esperaría que ella le aderezase el palacio donde había de reposar, sino enviarla delante su recámara y criados que lo aderezasen. Pues hacedlo Vos así con mi alma pobre, pues venís a hospedaros en ella: enviad, Señor, vuestra recámara delante, y vuestros ángeles la adornen y aderecen como conviene para recibir a tal Señor y a tal Esposo, conforme a aquello del Apocalipsis (21, 2): [*Y yo, Juan, vi la santa ciudad, la nueva Jerusalén que bajaba del Cielo adornada por Dios, como esposa ataviada para su esposo*]. Y volviéndonos a la soberana Viren y a los Santos, nuestros devotos, pidámosles con humildad nos alcancen el cumplimiento de esta petición.

Fuera de estas preparaciones, añadiremos aquí una muy fácil y muy provechosa y de mucho consuelo para todos. Cuando no llegareis a tener aquel fe y aquellos deseos encendidos que querríais y era razón tener para recibir tan gran Señor, ejercitaos en tener gran voluntad y deseo de tener esos deseos, y con eso supliréis lo que os falta; porque Dios mira el corazón, y recibirá y aceptará lo que deseáis tener, como si lo tuvieseis, conforme aquello del Profeta (Sal. 9, 38): [*El deseo de los pobres oísteis, Se-*

ñor; al aparejo de su corazón atendió tu oído]. Esta devoción preparación dice Blosio que enseñó Dios a Santa Matilde. Le dijo una vez el Señor: Cuando has de recibir la sagrada Comunión, desea a gloria de mi nombre tener todo el deseo y amor con que ardió algún tiempo para conmigo el más encendido corazón,: y de esta manera te puedes llegar a Mí, porque pondré Yo los ojos en aquel amor, y lo recibiré conforme como deseas tenerlo. Lo mismo se lee de Santa Gertrudis. Estando esta Santa un día para recibir el santísimo Sacramento, como recibiese mucha pena por no estar tan preparada, rogó a la gloriosa Virgen María y a todos los Santos, que ofreciesen a Dios por ella toda la preparación y merecimientos con que cada uno de ellos se había preparado algún día para recibirle; por lo cual la dijo el Señor: Verdaderamente que delante de los cortesanos del Cielo pareces con aquel aderezo que pediste. De manera que será muy buena disposición y preparación desear llegar a recibir este santísimo Sacramento con aquel fervor y amor con que los grandes Santos se llegaban a Él, y desear y pedir al Señor que lo que a nosotros nos falta, lo supla de los merecimientos y virtudes de Jesucristo y de sus Santos. Y de esto mismo nos podemos ayudar para el hacimiento de gracias, como luego diremos; y tratando de la oración dimos también este medio para suplir nuestras faltas.

Con éstas u otras semejantes consideraciones hemos de despertar en nosotros la actual devoción con que los Santos dicen que nos hemos de llegar a la sagrada Comunión, unas veces con unas y otras con otras, como cada uno mejor se hallare; pero se ha de advertir que para prepararnos de esta manera y hacer en esta parte lo que debemos, es menester que tomemos algún tiempo para gastar en ello.

Nuestro Padre Francisco de Borja, en el tratado que hace de la preparación para la sagrada Comunión, pone tres días antes para prepararse y tres días después para hacimiento de gracias, y da muchas consideraciones y ejercicios en que se ocupen estos días; v sería éste un medio muy bueno para andar toda la semana y toda la vida devotos y recogidos, parte con la esperanza de recibir tan gran Señor, parte con la memoria del beneficio recibido. Porque sólo pensar: mañana tengo de comulgar, o acordarme que hoy o ayer comulgué, basta para traer recogido el corazón; pero si no fuere tanto como eso el tiempo que tomáremos para esta preparación, a lo menos es razón que aquella mañana que uno ha de comulgar, gaste la oración o parte de ella en alguna o algunas de las consideraciones dichas.

Y ayudará mucho que la noche antes de la Comunión, cuando nos vamos a acostar, sea con aquel cuidado y pensamiento que tengo de co-

mulgar mañana, y cuantas veces despertáremos sea con el pensamiento. Y a la mañana, apenas haber abierto los ojos, cuando ya estemos abrazados con el mismo pensamiento. Porque si para la oración de cada día pide esto vuestro Padre en las advertencias que para ella da [73] [74], ¿cuánto mayor será que se haga el día que hemos de recibir tan alto Sacramento?

CAPÍTULO 7

De lo que hemos de hacer después de haber recibido este divino Sacramento, y cuál ha de ser el hacimiento de gracias.

Así como antes de comer suele ser provecho algún ejercicio corporal que avive el calor natural así lo es antes de la Comunión tener algún ejercicio dc meditación y consideración que avive el calor del alma, que es la devoción y amor, de lo cual hemos ya dicho. De la misma manera, sobre comida tener un rato de conversación es cosa muy saludable, y lo será también después de esta divina comida. Y de esto trataremos ahora. Este es el mejor tiempo para negociar con Dios y para abrazarle dentro de nuestro corazón. Y así es razón que nos sepamos aprovechar de él, y que no dejemos pasar en balde ni una partícula de él, conforme a aquello del Sabio (Eccli., 14, 14): [*No desaproveches el buen día, ni partícula del buen don te dejes pasar*]. En lo que se ha de gastar este tiempo ha de ser en algunas consideraciones y afectos semejantes a los que dijimos habían de preceder a la sagrada Comunión.

Y particularmente nos hemos de ocupar, lo primero en alabanzas y hacimiento de gracias por todos los beneficios recibidos, y señaladamente por el beneficio inestimable de nuestra redención, y por éste que aquí nos hace el Señor, dándosenos a Sí mismo y entrando en nuestras entrañas. Y porque nosotros no sabemos ni podemos dar las debidas gracias por un alto beneficio, para suplir nuestra insuficiencia hemos de ofrecer al Señor todas las gracias y alabanzas que le dieron y dan todos los serafines y coros de los ángeles desde el principio del mundo, y todos los Santos bienaventurados mientras vivieron en el mundo, y más principalmente las que ahora le dan en la gloria, y las que le han de dar por toda la eternidad, y juntar nuestras voces con las suyas, deseando alabarle con los corazones y lenguas de todos; y convidar a todas las criaturas que nos ayuden a lo mismo (Sal., 33, 4): [*Engrandeced conmigo al Señor, y todos a una ensalcemos su nombre*]. Y porque ni aun todo eso llega a lo que se debe a Dios, porque es

mayor que toda alabanza, hemos de querer y estarnos holgando y regocijando de que Él se ame y alabe a Sí mismo, que sólo Se puede amar y alabar bastantemente.

Lo segundo, hemos de ocupar este tiempo en actos de amor de Dios; porque aquí principalmente ha lugar el ejercicio de aquellas santas aspiraciones, que no son otra cosa que unos actos amorosos y unos deseos entrañables de aquel sumo bien, cuales eran los del Profeta cuando decía (Sal. 17, 2): *Amete yo, Señor. fortaleza mía*.— (Sal.. 41, 2): *Así como el ciervo, herido de los cazadores, desea las fuentes de las aguas, así mi ánima, herida de amor, desea a Ti, Dios mío*.

Lo tercero, hemos de ocupar este tiempo en peticiones: porque es muy propio tiempo para despachar nuestros negocios y alcanzar mercedes de Dios. De la reina Ester (5, 8; 7, 3) cuenta la sagrada Escritura que no quiso declarar al rey Asuero su petición, sino le pide que sea su convidado y que allí se la declarará, se hace así, y allí alcanzó todo lo que pidió. Así aquí en este convite, donde el Rey de los reyes es nuestro convidado, o, por mejor decir, nosotros suyos, alcanzaremos todo lo que pidiéremos (1 Sam., 25, 8), porque llegamos en buen día y en buena coyuntura. Y podemos decir lo que Jacob luchando con Dios dijo (Gen.. 32, 26): *N os dejaré, Señor, si primero me dais vuestra bendición*. Cuando entrasteis en casa de Zaqueo dijisteis (Lc., 19, 9): *Hoy ha venido la salud a esta casa*; decid ahora, Señor, otro tanto de esta casa donde habéis entrado (Sal., 34, 3): [*Decid a mi alma: Yo soy tu salud*]. Sea hecha hoy salud en mi ánima.

Aquí hemos de pedir a Dios perdón de nuestros pecados, fortaleza para vencer nuestras pasiones y resistir a las tentaciones, gracia para alcanzar las virtudes, la humildad, la obediencia, la paciencia, la perseverancia. Y no solamente ha de pedir uno para sí, sino ha de rogar a Dios por las necesidades de la Iglesia, generales y particulares, por el Papa, por el rey y por todos los que gobiernan la república cristiana, en lo espiritual y temporal, y por otras personas particulares, a quien tiene obligación o devoción, a la manera que lo hacemos en el memento de la Misa, y diremos después (cap. 15).

CAPÍTULO 8

De otras maneras de acción de gracias.

Algunos dan gradas después de la sagrada Comunión de la manera siguiente: imaginan y consideran a Cristo nuestro Señor dentro de sus entrañas como en un estrado a sitial. Y llaman a todas sus potencias y sentidos para que le reconozcan y reverencien por mi Señor y Rey, a la manera de acá, cuando uno hospeda en su casa a una persona principal, suele llamar a todos sus hijos y allegados para que le reverencien y reconozcan. Y con cada uno de sus sentidos y potencias hacen tres cosas: la primera, darle gracias porque les dio aquella potencia o sentido; la segunda, se acusan y se duelen de no haberlo empleado en aquello para que el Señor se lo dio; la tercera, piden favor y gracia para enmendarse de ahí adelante, y es muy buena y provechosa manera de dar gracias. Y, en efecto, es el primer modo de orar de los tres que nuestro Padre pone en el libro de los Ejercicios Espirituales.

Otros, imaginándose enfermos en todos sus sentidos y potencias, como Cristo es médico *que sana todas las enfermedades* (Sal, 102, 3), le llevan por todas ellas, como al médico por las enfermerías, pidiéndole: *Señor, venid y veréis* (Jn., 11, 34): Señor, mirad estos mis ojos enfermos, esta lengua, etc., y compadeceos de mí y sanadme (Sal. 6, 3): [*Señor, apiadaos de Mí, que estoy enfermo*. (Sal., 40, 5): *Sanad mi alma, porque pequé contra Vos*].

Adviértase aquí que para ejercitamos en estos ejercicios y en otros semejantes en este tiempo, no es menester fingir la composición de lugar ni buscarla fuera de nosotros, pues tenemos presente y dentro de nuestro pecho al mismo Jesucristo verdadero Dios y verdadero hombre, el cual está realmente en nuestras entrañas por todo el tiempo que duran las especies sacramentales, que es por todo el tiempo que durara la sustancia del pan si allí estuviera. Pues si el mirar una imagen de Cristo nos recoge para tener oración, ¿qué será mirar al mismo Cristo, que está aquí presente, no en dibujo como en el Crucifijo, sino en su propia persona? Y así cada uno se ha de convertir a sí mismo, considerando dentro de sí a Cristo, como lo hacía la sacratísima Reina de los Ángeles cuando le traía en sus entrañas, y tratar allí con su Amado, diciendo con la Esposa (Cant., 3, 4): *He hallado al que ama mi ánima: le tengo, no le dejaré.*

Para que nos animemos a detenernos y gastar más tiempo en el hacimiento de gracias, nos podrá ayudar una cosa que dicen aquí algunos teólogos, y es que por todo el tiempo que duran las especies sacramentales y la real presencia de Cristo en nuestro pecho, mientras más uno se ejercitare en semejantes actos, recibirá mayor gracia, no solamente por el mayor mérito de los actos que llaman *ex opere operantis*, sino *ex opere operato*, por la virtud del Sacramento, de la manera que decíamos (capítulo 3) tratando de la disposición.

De lo dicho se verá cuán mal hacen los que dejan perder este tiempo en que tanto podían ganar, y en acabando de recibir tal Huésped en su casa, luego le vuelven las espaldas, y apenas ha entrado Él por una puerta, cuando ellos se salen por otra, dejándole, como dicen, con la palabra en la boca. Si acá tendríamos por muy mala crianza recibir en casa un huésped de respeto, y después de recibido no le hablar ni ofrecer servicio ninguno, ¿qué será a un tal Huésped como éste?

De la gloriosa virgen Margarita, hija del rey de Hungría, cuenta Surio que cuando había de comulgar, el día antes no comía más de pan y agua, en reverencia de aquella comida y manjar celestial que esperaba, y luego toda la noche entera pasaba en oración, después de comulgar gastaba todo aquel día en rezar y orar, hasta la noche, que tomaba alguna poca de comida.

CAPÍTULO 9

Del fruto que hemos de sacar de la sagrada Comunión.

Las virtudes y efectos admirables que los Santos declaran de este divino Sacramento, no solamente son para descubrirnos su excelencia, y el amor y caridad inmensa que nos tuvo el Señor, sino también para que pongamos los ojos y el corazón en ellos, para sacar este fruto de la sagrada Comunión; y así iremos diciendo algunos de ellos para este fin. Este divino Sacramento, así como todos los otros, tiene un efecto común con todos los demás sacramentos, que es dar gracia al que dignamente le recibe; y tiene otro efecto propio, con que se diferencia de los demás sacramentos, el cual llaman los teólogos refección espiritual, que es ser mantenimiento del alma, con el cual ella se rehace, restaura y toma fuerzas para resistir a sus apetitos y abrazarse con la virtud. Y así sobre aquellas palabras que dijo nuestro Señor (Jn, 6, 56), *Mi cante es verdadero manjar, y mi sangre*

verdadera bebida, dicen comúnmente los Santos, y lo dice también el Concilio Florentino, que todos los efectos que obra el mantenimiento corporal en los cuerpos, obra espiritualmente este divino manjar en las almas. Y por esto dicen que quiso Cristo nuestro Señor instituir este santísimo Sacramento en especie de mantenimiento, para que en la misma especie que le instituía, nos declarase los efectos que obraba y la necesidad que nuestras almas tenían de él. Pues conforme a esto, así como el mantenimiento corporal sustenta la vida del cuerpo y renueva las fuerzas y en cierta edad hace crecer, así también este santísimo Sacramento sustenta la vida espiritual, rehace las fuerzas del alma, repara la virtud enflaquecida, fortalece al hombre contra las tentaciones del enemigo, y le hace crecer hasta su debida perfección. Este es el Pan que conforta y *esfuerza el corazón del hombre* (Sal., 103, 15), y con el cual esforzados, como Elías, hemos de caminar hasta llegar al monte d Dios Horeb (1 Reyes., 19, 8).

Mas tiene otra propiedad el manjar corporal, que es dar gusto y sabor al que come, y tanto mayor cuanto es mejor y más precioso el manjar, y el paladar está más bien dispuesto; así también este divino manjar, no solamente nos sustenta, conserva y esfuerza, sino también causa un gusto y suavidad espiritual, conforme a aquello que dijo el patriarca Jacob en aquellas bendiciones proféticas que a la hora de su muerte echó a sus hijos, anunciando lo que había de ser en la ley Evangélica; cuando llegó a su hijo Aser, dice (Genes., 49, 20): [*Aser, sabroso en su pan, será delicias de los reyes*]. Cristo era Pan fertilísimo, suavísimo y gustosísimo. Dice Santo Tomás que es tan grande de gusto y deleite que causa este Pan celestial en aquellos que tienen purgado el paladar de su ánima, que con ningunas palabras se puede explicar, por gustarse aquí la dulzura espiritual en su misma fuente, que es Cristo nuestro Salvador, fuente de toda suavidad y vida de todas las cosas; el cual, por medio de este Sacramento, entra en el ánima del que comulga. Y muchas veces es tanta esta suavidad, que no sólo recrea el espíritu, sino redunda también en la misma carne, conforme a aquello del Profeta (Sal, 83, 3): *Mi corazón y mi carne se alegraran en el Dios vivo.*

De ahí nace lo que dice San Buenaventura, que muchas veces acaece llegar una persona muy debilitada y flaca a la sagrada Comunión, y ser tan grande la alegría y consolación que recibe con la virtud de este manjar, que se levanta de ahí tan esforzada como si ninguna flaqueza tuviera. Guimando Adversano, obispo, autor antiguo, escribe de aquellos monjes antiguos que era tanto el consuelo y fortaleza que sentían con la sagrada Comunión,

que algunos con sólo este sustento se pasaban sin ninguna otra comida, siéndoles éste todo su consuelo y sustento, así para el alma como para el cuerpo; y el día que no comulgaban sentían en sí una flaqueza y desmayo grande, y les parecía que desfallecían y que no podían vivir. Y dice que a algunos les llevaba un ángel la Comunión a su celda. En las Crónicas de la Orden Cisterciense se cuenta de un monje que siempre que comulgaba le parecía recibir un panal de miel, cuya suavidad le duraba tres días.

Pues conforme a esto, el fruto que nosotros hemos de sacar de la sagrada Comunión ha de ser un ánimo varonil para caminar e ir adelante en el camino de Dios, una fortaleza muy grande para mortificar nuestras pasiones y resistir y vencer las tentaciones (Sal., 22, 5): [*Preparaste, Señor, una mesa delante de mí contra mis perseguidores*]. Para esto nos preparó el Señor esta mesa. En las demás mesas, quien tiene enemigos, teme y no osa estar; pero en ésta recibe el hombre esfuerzo y fortaleza para vencer a todos sus enemigos. Y así dice San Crisóstomo, que nos hemos de levantar de esta sagrada Mesa como unos leones, echando fuego por la boca con que espantemos y nos hagamos terribles a los demonios. Y este efecto nos significó Cristo nuestro Redentor, cuando, acabando de comulgar a sus discípulos, les dijo (Jn, 14, 31): [*Levantaos y vamos de aquí*]; como quien dice: ya habéis comulgado, levantaos y vamos a padecer. Y así vemos que en la primitiva Iglesia, cuando se frecuentaba tanto este divino Sacramento, no sólo tenían los cristianos fuerzas para guardar la ley de Dios, sino para resistir a la fuerza y rabia de les tiranos y dar la sangre y la vida por Crisis.

CAPÍTULO 10

Que el frecuentar la sagrada Contusión es gran remedio contra todas las tentaciones, y particularmente para conservar la castidad.

Contra todas las tentaciones dicen los Santos que es gran remedio frecuentar este divino Sacramento; porque, fuera de dar gran fortaleza, enflaquece las pasiones y los hábitos e inclinaciones malas, disminuye el fuego de la concupiscencia, que es raíz de todos los males. y nos hace prontos para cumplir la voluntad de Dios.

Santo Tomás dice que una de las razones por que este santísimo Sacramento nos defiende y libra de las tentaciones y de las caídas, es porque como es memorial de la Pasión de Cristo, por la cual los demonios fueron

vencidos, en viendo en nosotros el cuerpo y sangre de Cristo, ellos echan a huir, y los santos ángeles nos acompañan y ayudan. San Ignacio y San Cirilo aconsejan por esta razón la frecuencia de este santísimo Sacramento para que huyan los demonios de nosotros. Y San Crisóstomo dice: «Si la sangre del cordero, figura de este Sacramento, puesta en los umbrales de las puertas de las casas, libraba a sus moradores del castigo y matanza que iba haciendo el ángel destructor (Éxodo 12, 22), ¿cuánto más lo hará este divino Sacramento?»

Pero particularmente dicen los Santos que es este eficacísimo remedio para vencer las tentaciones deshonestas y conservar la castidad: porque pacifica los movimientos de la carne, mitiga el *fomes peccati*, y como San Cirilo dice, apaga el ardor y apetito de la sensualidad, como el agua al fuego. De esta manera declaran San Jerónimo y Santo Tomás y otros Santos aquello del Profeta Zacarías (9, 17): [*¿Qué es lo bueno de Dios, y qué es lo hermoso del Señor, sino el Pan de las escogidos y el Vino que engendra vírgenes?*]. Dicen que es virtud y efecto particular de este manjar celestial engendrar vírgenes. Así como el mantenimiento corporal, cuando es bueno, cría buena sangre y buenos humores, así este divino manjar cría en nosotros castidad y pureza de afectos. De donde vino a decir San Cirilo que este divino Sacramento no sólo santifica el ánima, sino también el cuerpo, cumpliéndose aquello que la Iglesia pide en el sacrificio de la Misa: [Redunde en nuestra salud de alma y cuerpo]. Es la harina de Eliseo (2 Reyes 4, 41), que quita la ponzoña de la olla y le da sazón. Y como tocando aquella mujer del Evangelio el ruedo de la vestidura del Salvador, cesó en ella el flujo de sangre (Lc., 8, 44), y entrando el arca del Testamento en el Jordán las aguas se detuvieron hacia arriba y dejaron de correr (Josué, 3, 16); así entrando Cristo en nuestro cuerpo, se detienen las tentaciones y cesa el ardor y fuego de la concupiscencia. Con razón exclaman los Santos: «Oh dichoso fruto de este divino Sacramento, pues engendra castidad y hace vírgenes!» Un doctor grave dice que no hay medio tan eficaz para ser uno casto como el frecuentar devotamente la sagrada Comunión.

Cuentan Nicéforo Calixto, Gregorio Turonense Nauclero y otros graves autores una cosa maravillosa que aconteció en la ciudad de Constantinopla. Y fue que habiendo costumbre muy antigua en la Iglesia griega de consagrar el cuerpo santísimo de nuestro Señor Jesucristo en panes como los que se hacen para comer, de aquellos panes consagrados comulgaban el pueblo; y si algunas reliquias sobraban en la custodia, llamaban los sacerdotes algunos niños de los más virtuosos que andaban a la escuela, y de

cuya sinceridad se pudiese tener mayor satisfacción, y estando ayunos, les daban aquellas santísimas reliquias para que las recibiesen. Y esto dice el mismo Nicéforo que pasó con él muchas veces, siendo niño y de poca edad y criándose en la Iglesia. Acaeció, pues, que yendo una vez los niños que para esto estaban llamados, fuese entre ellos un hijo de un judío, oficial de hacer vidrio, y comulgó juntamente con ellos. Con esto tardó el niño de acudir a casa a la hora acostumbrada, y preguntándole su padre de dónde venía, dijo que de la iglesia de los cristianos, y que había comido del otro pan que daban a los muchachos. Le tomó al judío tan grande ira contra su hijo, que sin esperar más razones, le tomó y le echó en el horno de vidrio, que estaba encendido, y cerró puerta del horno. La madre, hallando menos a su hijo, y viendo que pasaba mucho tiempo y no parecía, salió a buscarle por toda la ciudad con grandes ansias y diligencias; y como no le pudiese descubrir ni hallar rastro de él, se volvió a su casa muy lastimada, donde al cabo de tres días, estando junto al horno renovando sus lágrimas y gemidos, mesando sus cabellos, comenzó a llamar a su hijo por su nombre; el cual, oyendo y conociendo la voz de su madre, le respondió de dentro del horno donde estaba. Entonces ella, quebrando la puerta del horno, vio a su hijo estar en medio del fuego tan sano y sin lesión, que ni a un cabello solo le había tocado el fuego. Sale el niño, y preguntándole quién le había guardado, respondió que una Señora vestida de grana había venido allí muchas veces, y con agua que echaba apagaba el fuego; y además de esto, le traía de comer todas las veces que lo había menester. Supo esta maravilla el emperador Justiniano, y mandó luego bautizar al niño a la madre, que quisieron ser cristianos; y al desventurado del padre, que no se quiso convertir, como a parricida le hizo colgar en un árbol, y así murió ahorcado. Pues lo que obró este santísimo Sacramento en el cuerpo de este niño, que le había recibido, conservándole, sin lesión alguna en medio del fuego, eso obra espiritualmente en las almas de los que dignamente le reciben, defendiéndolas y conservándolas sin lesión alguna en medio del fuego de las tentaciones.

CAPÍTULO 11

De otro fruto principal que hemos de sacar de la sagrada Comunión, que es unirnos y transformarnos en Cristo.

Uno de los más principales efectos y fines para que instituyó Cristo nuestro Redentor este divino sacramento, o el más principal, dicen los Santos que fue para unirnos e incorporarnos y hacernos una cosa consigo. Así como cuando se consagra este divino Sacramento, por virtud de las palabras de la consagración, lo que era pan se convierte en sustancia de Cristo, así por virtud de esta sagrada Comunión, el que era hombre se viene por una maravillosa manera a transformar espiritualmente en Dios. Y eso es lo que dice el mismo Cristo en el sagrado Evangelio (Jn, 6, 56): *Mi carne verdaderamente es comida; y ni sangre verdaderamente es bebida. El que come mi carne y bebe mi sangre, está en Mí, y Yo en él*. De manera, que así como el manjar por virtud del calor natural se convierte en la sustancia del que le come y se hace una misma cosa con él, así el que come este Pan de ángeles se une y junta y hace una cosa con Cristo, no convirtiéndose Cristo en el mantenido, sino convirtiendo y transformando el en sí al que le recibe, como el mismo Señor dijo a San Agustín: Manjar soy de grandes, crece, y comerme has. Pero te hago saber que no me mudarás tú a Mí en tu sustancia y naturaleza, como los demás manjares, sino tú te mudarás y transformarás en Mí. Y así, dice Santo Tomás que el efecto propio de este Sacramento es transformar el hombre en Dios haciéndole semejante a Sí. Porque si el fuego, por ser elemento tan noble, convierte en sí todas las cosas que se juntan con él, gastando primero todo lo que en ellas le es contrario, y comunicándoles después su forma y perfección, ¿cuánto más aquel abismo de infinita bondad y nobleza gastará todo lo malo que hallare en nuestras almas, y las hará semejantes a Sí.

Pero dejando aparte la unión real y verdadera de Cristo con el que le recibe, que Él nos quiso significar por aquellas palabras: *Él está en Mí, y Yo en Él*, la cual declaran los Santos con algunas comparaciones muy encarecidas; descendiendo más en particular a la práctica, el fruto que nosotros hemos de procurar sacar de la sagrada Comunión, es unirnos y mudarnos y transformarnos en Cristo espiritualmente; esto es; que nos hagamos semejantes a Él en la vida y costumbres, humildes como Cristo, pacientes como Cristo, obedientes como Cristo, castos y pobres como Cristo. Esto es lo que el Apóstol dice por otras palabras (Rom., 13, 14) *que nos vistamos*

de Jesucristo. En la consagración se convierte la sustancia del pan en la sustancia del cuerpo de Cristo, quedándose enteros los accidentes. En la Comunión es al contrario, que se queda la sustancia del hombre y se mudan los accidentes, porque el hombre, de soberbio se hace humilde, de incontinente, casto; de airado, paciente. Y de esta manera se transforma en Cristo.

San Cipriano, sobre aquellas palabras del Profeta (Sal., 22, 5): [*Mi cáliz, que embriaga, ¡oh qué excelente es!* las cuales entiende de este santísimo Sacramento, dice que así como la embriaguez enajena a un hombre y le hace otro, así este divino Sacramento enajena a uno de sí y le hace otro, haciéndole olvidar las cosas del mundo, y que de ahí adelante todo su trato sea de cosas del Cielo. ¡Qué otros salieron los discípulos de Emaús después de haber recibido este divino Sacramento! (Lc., 24, 35): [Le c*onocieron en el partir del pan*]. De dudosos, fieles; de medrosos, esforzados. Pues así nosotros hemos de salir de la sagrada Comunión, trocados y mudados en otros hombres (1 Sam., 10, 6). Lo mismo dice San Basilio, y trae para esto aquello de San Pablo (2 Cor, 5, 15): *Para que el que vive, ya no viva para sí, sino todo para Dios*.

Dice una Santa una cosa muy sustancial y muy espiritual a este propósito. Va tratando de las condiciones y señales en que se conoce ser el ánima transformada en Dios, y una de ellas, dice, es cuando desea el hombre ser menospreciado, abatido y deshonrada de toda criatura. y desea y quiere que todos crean que él es digno de deshonras, y que ninguno se compadezca de él; y no quiere vivir en el corazón de ninguna criatura, sino de sólo Dios. Y no solamente no quiere ser reputado de cosa alguna en ninguna manera, sino tiene por grande honra ser despreciado, por conformarse con Cristo nuestro Señor, al cual seguir es grande honra; y dice con San Pablo (Galat., 6, 14): *Dios me libre gloriarme si nos es en la cruz de nuestro Señor Jesucristo*. Pues de esta manera nos hemos de transformar en Cristo, esto es lo que hemos de sacar de la sagrada Comunión.

San Crisóstomo, declarando la obligación que pata esto nos pone el recibir tan alto Sacramento, dice «Cuando nos viéremos acosados de la ira u otro vicio o tentación, consideremos de cuán grande bien hemos sido dignos, y sírvanos eso de freno para guardarnos de todo pecado y de toda imperfección. Lengua que ha tocado a Cristo, razón es que quede santificada, y que no hable ya liviandades, ni se profane más. Pecho y corazón que ha recibido al mismo Dios, y sido custodia y relicario del sacratísimo Sacramento, no es razón que se eche en el estiércol de vanos deseo, ni que

trate ni piense ya de otra cosa sino de Dios. Acá come uno una alcorza y todo el día aspira olor. Habéis comido esta alcorza divina, que tiene el ámbar celestial, olor de toda virtud y deidad; ¿qué olor será razón que aspiréis?»

De una Santa virgen se lee que decía: «Cuando comulgo, todo aquel día guardo con más diligencia mi corazón, imaginando al Señor en él, como si estuviera reposando en su casa. Por lo cual procuro de guardar toda la modestia posible, así en el hablar, mirar y andar, como en toda la conversación exterior; cómo quien pone el dedo sobre la boca, pidiendo silencio y que no hagan ruido, porque no despierten al que duerme.»

CAPÍTULO 12

De otro puto muy principal que hemos de sacar de la sagrada Comunión, que es ofrecernos y resignarnos enteramente en las manos de Dios; y de la preparación y hacimiento de gracias que conforme a esto hemos de hacer.

Una de las principales cosas que hemos de sacar de la sagrada Comunión, ha de ser resignarnos y ponernos del todo en las manos de Dios, como un poco de barro en las manos del artífice, para que haga de nosotros lo que quisiere, y como quisiere, y cuando quisiere y de la manera que quisiere, sin exceptuar ni reservar cosa alguna. El hijo de Dios se ofreció a Sí mismo enteramente en sacrificio al Padre Eterno en la cruz, dando por nosotros toda su sangre y su vida; y cada día se nos da en manjar en este santísimo Sacramento, enteramente, su cuerpo, sangre, alma y divinidad; razón será que nosotros también nos ofrezcamos y entreguemos enteramente y del todo a Él. Eso dicen algunos que es propiamente comulgar, *communicare*, comunicarse, hacer con Dios lo que hace con Vos, Él os da y comunica cuanto tiene; dadle vos cuanto tenéis.

Este ha de ser también el hacimiento de gracias después de la sagrada Comunión (Sal., 115, 121: *¿Qué ofreceré al Señor por tantas mercedes y beneficios*, y especialmente por éste que ahora he recibido? ¿Sabéis qué quiere El que le ofrezcáis? Lo que vamos diciendo (Prov., 23, 21): *Hijo, dame tu corazón*. Decláralo muy bien aquel Santo: ¿Qué otra cosa quiero más de ti, sino que estudies de renunciarte del todo en Mi? Cualquiera cosa que me das sin ti, no me curo de ella, porque no quiero tu don, sino a ti. Así como no te bastarían a ti todas las cosas sin mí, así no puede agradar a

mí cuanto me ofreces sin ti. Ofrécete a mí y date todo por mí, y será muy acepto tu sacrificio. San Agustín dice que en lo que Caín desagradó a Dios cuando le ofrecía sacrificio; y la causa por la cual no miró ni aceptó su sacrificio como el de su hermano Abel (Genes., 4, 5), fue porque no repartía bien con Dios, porque daba a Dios alguna cosa suya y no le daba ni entregaba a sí mismo. Y esto mismo dice que hacen los que ofrecen a Dios alguna cosa y no le ofrecen su voluntad. El reino del Cielo no tiene otro precio sino a ti mismo; tanto vale cuanto eres tú. Date y ofrécete a ti y lo alcanzarás.

Pues en este ofrecimiento y resignación entera en las manos de Dios nos hemos de ocupar y detener después de la Sagrada Comunión. Y esto no ha de ser solamente en general, sino desmenuzándolo y descendiendo a casos particulares, resignándonos y conformándonos con la voluntad de Dios, así en la enfermedad como en la salud, así en la muerte como en la vida, así en la tentación como en la consolación, especificando aquello en que a cada uno le pareciere que sentiría más repugnancia y dificultad, ofreciéndoselo al Señor en hacimiento de gracias, no dejando lugar, ni oficio, ni grado, por bajo e ínfimo que sea, hasta que no se nos ponga cosa delante en que no sintamos nuestra voluntad muy conforme y unida con la de Dios. Y es muy buena y muy devota para esto aquella oración que nuestro Padre pone en el libro de los Ejercicios espirituales: «Tomad, Señor, y recibid toda mi libertad, mi memoria, mi entendimiento, y toda mi voluntad, todo mi haber y mi poseer, Vos m lo disteis, a Vos, Señor, lo torno; todo es vuestro; disponed a toda vuestra voluntad. Dadme vuestro amor y gracia, que ésta me basta.»

Aquí nos hemos también de ejercitar y actuar en los actos de algunas virtudes, especialmente en aquellas de que cada uno tiene más necesidad, porque a todo lo que uno quisiere y hubiere menester le sabrá este divino maná [que tiene la suavidad de todos los sabores] (Sab., 16, 20). Todos los sabores de las virtudes tiene, y así, una vez os habéis de actuar y ejercitar en una virtud, otra en otra, teniendo siempre la mira en vuestra mayor necesidad. Si os sentís necesitado de humildad, procurad que os sepa a humildad, que buen dechado y sabor hallaréis aquí de ella, pues esta vestido el Hijo de Dios de unos accidentes de pan, que por ser accidentes, son más pobres y bajos que los pañales y fajas con que le envolvió su sacratísima Madre en Belén. ¿Y qué mayor humildad ni qué cosa más baja se puede imaginar, que ponerse Dios como manjar común para que le comamos? Que extendamos allí en aquella Mesa del altar los manteles, y como servi-

lleta los corporales, como un plato la patena, como vaso el cáliz; que le tratemos con nuestras manos, y le recibamos en nuestra boca y en nuestro estómago: ¿qué mayor bajada de Dios, y qué mayor subida del hombre? En cierta manera resplandece aquí más la humildad que en la obra de la Encarnación. Pues ejercitaos y actuaos en ella hasta tanto que sintáis que se os va embebiendo y entrañando en vuestra ánima. Ofreced al Señor el desprecio de toda la honra y estimación del mundo en hacimiento de gracias, abrazando el ser menospreciado y tenido en poco por su amor.

También es muy bueno descender a algunas cosas más particulares; y menudas, y ofrecerlas aquí al Señor en hacimiento de gracias. Ya entiende cada uno, poco más o menos, sus faltas, y sabe lo que le impide su aprovechamiento y en lo que suele tropezar ordinariamente; pues procurad en cada Comunión sacrificar y ofrecer a Dios alguna cosa de ésas en hacimiento de gracias. Sois amigo del regalo o de vuestras comodidades y de que no os falte nada; ofrecer al Señor el mortificaros en eso, hoy en una cosa y otro día en otra. Sois amigo de parlar y de perder tiempo; mortificaos en eso, y ofrecedlo al Señor en otra Comunión. Sois amigo de vuestra voluntad, que por no recibir vos un poco de mortificación y trabajo, no sabéis dar gusto ni contento a vuestros hermanos, y algunas veces los habláis sacudida y desabridamente; procurad venceros en eso y ofrecerlo al Señor en otra Comunión. Y como decíamos tratando de la oración, que es muy bueno proponer allí algo que hacer aquel mismo día, así también en la Comunión será muy bueno sacar propósito de venceros y mortificaros en algo aquel mismo día, y ofrecer esa mortificación al Señor en hacimiento de gracias.

Haced cuenta que eso es lo que os está pidiendo el Señor por la merced y beneficios que habéis recibido; que no quiere Dios de nosotros otra cosa, ni otra recompensa, sino que nos mejoremos en la vida, y nos vayamos enmendando en aquello que sabemos que desagrada a su Divina Majestad; y así ése es el mejor hacimiento de gracias que podemos ofrecer después de la Comunión, y el servicio más agradable que le podemos ofrecer. De tres maneras decíamos arriba, que puede ser el hacimiento de gracia: la primera, reconociendo los beneficios interiormente con el corazón; la segunda, alabando y dando gracias con palabras al bienhechor; la tercera, con obras; y éste es el mejor hacimiento de gracias. Pues eso es lo que ahora decimos: no se nos vaya todo en consideraciones, que, aunque buenas, mejores son las obras, y para eso han de ser las consideraciones, para que vengamos a las obras.

De la misma manera digo de la preparación para comulgar; aunque es muy buena aquella particular preparación que se acostumbra a hacer antes de la sagrada Comunión con algunas consideraciones, y ninguno la debe dejar, porque la reverencia de tal alto Sacramento pide que cada uno haga también en eso lo más que pudiere; pero la mejor y más principal disposición ha de ser la buena y santa vida, y el cada día mejorando y perfeccionando en las cosas que hacemos, para llegar así con mayor limpieza y caridad a este divino Sacramento, conforme a aquello de los gloriosos Padres y Doctores de la Iglesia Ambrosio y Agustino: «Vivid de tal manera, que merezcáis recibir cada día este santísimo Sacramento» Y así, el B. Padre Maestro Ávila, en una carta que esto escribe a un devoto, le dice: «La preparación para la sagrada Comunión ha de ser el buen orden que tenga en toda su vida y en toda la semana.» Y trae para esto el ejemplo de un siervo de Dios que decía que él nunca hacia particular preparación para comulgar, porque cada día, dice, hago todo lo que puedo. Esa es muy buena preparación, harto mejor que recogerse uno solamente un cuarto de hora antes y otro después, y quedarse tan tibio y tan inmortificado e imperfecto como antes.

De manera, que ésta es la principal disposición y éste es el principal hacimiento de gracias, y éste ha de ser también el principal fruto que hemos de sacar de la sagrada Comunión; y así como decimos de la oración que la disposición principal para ella ha de ser la mortificación de nuestras pasiones, el recogimiento de los sentidos y la guarda del corazón, y decimos que ese ha de ser también el fruto que hemos de sacar de ella, y que lo uno ha de ayudar a lo otro, así también aquí la buena y santa vida, el hacer uno todas las cosas lo mejor que puede para agradar a Dios, ha de ser la principal disposición para recibir la sagrada Comunión; y eso mismo ha de ser el principal fruto que ha de sacar de ella; y lo uno ha de ayudar a lo otro, y una Comunión ha de ser disposición para otra. Y así como decimos que el tener buena oración y el ir aprovechando en ella no está en tener consuelos y sentimientos, ni en tener muchas consideraciones ni grandes contemplaciones, sino en que salga uno de allí muy humilde, paciente, indiferente y mortificado; así también la buena Comunión y el fruto de ella no está ni se ha de medir por las muchas consideraciones que uno tiene, por muy buenas y santas que sean, ni por los gustos y consolaciones, sino por la mortificación de las pasiones, y por la mayor resignación y conformidad con la voluntad de Dios que de allí saca.

De aquí se sigue una cosa de grandísimo consuelo, y es que siempre está en nuestra mano comulgar bien y sacar mucho fruto de la Comunión, porque el ofrecernos y resignarnos en las manos de Dios, el mortificarnos y enmendarnos en aquello que sabemos desagrada a su Divina Majestad, siempre está en nuestra mano con la gracia del Señor. Pues haced vos eso, y sacaréis mucho fruto de la Comunión; idos cada día venciendo y mortificando y enmendando en alguna cosa: caiga el ídolo de Dagón en presencia del Arca del Testamento (1 Sam., 5, 3); ese ídolo de la honra, ese ídolo del regalo y de buscar vuestras comodidades, ese ídolo de la propia voluntad, quede todo por tierra en reverencia de este Señor. ¡Oh! Si comulgásemos de esta manera, mortificándonos y enmendándonos cada vez en alguna cosa, por pequeña que fuese, ¡cómo medraría nuestra alma!

San Jerónimo declara a este propósito aquello que dice el Sabio (Prov., 31, 27) de la mujer fuerte: *Consideró los rincones y escondrijos de su casa*, que es el examen y preparación que se requiere para llegar a esta mesa divina, y no comió ociosa su pan, no comió el pan de balde. Dice San Jerónimo: «Cuando uno saca fruto de la sagrada Comunión de la manera que hemos dicho, no come el Pan de balde, pues le aprovecha bien lo que come. Pero, ¡ay de aquel que ha comido este Pan de balde muchos años, sin haberse vencido, ni mortificado en una pasión, ni en un siniestro malo! ¡Grave enfermedad debe de tener, pues no le aprovecha nada lo que come!» Pues entre cada uno dentro de sí, y considere los rincones de su alma, mire la pasión o siniestro e inclinación que más daño y estorbo le hace, y procure irla quitando y mortificando, hasta que pueda decir con el Apóstol (Galat., 2, 20): *Vivo yo, ya no yo, sino Cristo es el que vive en Mí*. Dice San Jerónimo sobre estas palabras: «Vivo yo, ya no yo; ya no vive aquel que vivía antiguamente en la ley, aquel que perseguía la Iglesia, sino vive en él la sabiduría y fortaleza, la paz, el gozo y las demás virtudes, las cuales el que no las tiene no puede decir *vive en mi Cristo*».

CAPÍTULO 13

Qué es la causa que obrando este divino Sacramento tan maravillosos electos, algunos que le frecuentan no los sienten en sí.

Preguntará alguno: pues este santísimo Sacramento da tanta gracia, y obra tantos y tan maravillosos efectos, ¿qué es la causa que muchas personas que celebran y comulgan a menudo, no sienten en sus almas, no sólo

aquel gusto y suavidad espiritual que decíamos (cap. 9), pero ni aun parece que aprovechan en la virtud, sino que se están siempre casi de una misma manera? Algunos suelen responder a esto con aquel proverbio común, que la mucha conversación es causa de menosprecio, pareciéndoles que la mucha frecuencia es causa que no se lleguen con tanta reverencia y disposición, y así que no saquen tanto fruto ; pero no tienen razón, porque esto no ha lugar en las cosas espirituales y trato con Dios. Aun con los hombres sabios y prudentes dicen que no ha esto lugar, sino que antes la mucha conversación y familiaridad con ellos causa mayor estima y reverencia, porque cuanto uno más los trata, tanto más conoce su prudencia y virtud, y así tanto más los estima.

Pero demos que tenga lugar ese proverbio en los sabios del mundo, porque, al fin, como en esta vida miserable no puede haber ninguno tan perfecto que no tenga algunas faltas, y ésas se descubran tratando mucho y muy familiarmente con él, puede la mucha familiaridad ser causa que se disminuya su opinión y estima. Empero en el trato y familiaridad con Dios no puede haber esto lugar, porque como este Señor sea de infinita perfección y sabiduría, cuanto más uno trata con Él y más le conoce, tanto más lo reverencia y estima: como lo vemos en los santos ángeles y bienaventurados, que conocen perfectísimamente a Dios en el Cielo y conversan con El familiarmente y lo experimentamos también acá en la tierra, porque cuanto uno más trata con Dios en la oración tanto más le reverencia y estima.

Y se nos declara esto bien en lo que el sagrado Evangelio cuenta de aquella mujer samaritana, que al principio trató a Cristo como a uno del pueblo (Jn., 4, 9-19): [*¿Cómo Tú, siendo judío, me pides de beber a mí, que soy mujer de Samaria?*] *Le llamó el nombre común de la nación;* pero procediendo un poco más adelante en la conversación, le llamó Señor: [*Señor, dame de esa agua*]. Y procediendo un poco más adelante, le llama Profeta: [*Veo que Tú eres Profeta*]. Y prosiguiendo más adelante, le reconoce por Cristo y por el Mesías. De la misma manera es en la frecuencia de los Sacramentos; antes una Comunión dispone para otra. Y es engaño grande pensar que por llegarse uno de tarde en tarde a recibir este santísimo Sacramento, irá con mayor preparación y reverencia. Y así dijo muy bien San Agustín y San Ambrosio que el que no le merece recibir cada día, no merece recibirle una vez al año.

Pues respondiendo a la duda, digo: lo primero, que el no sentir tanto fruto con la frecuencia de este santísimo Sacramento, unas veces viene por culpa nuestra, porque no nos preparamos y disponemos para recibirle co-

mo debemos, sino llegamos a Él por una manera de costumbre o cumplimiento, que es como si dijésemos: comulgo porque otros comulgan y porque ya lo tengo de costumbre; nos llegamos como por vía de ceremonia, sin haber precedido consideración ni sentimiento de lo que vamos a hacer; eso es la causa de sentir poco fruto. Y así, cuando uno siente en sí que no medra ni aprovecha con la frecuencia de este santo Sacramento, debe mirar y examinar muy bien si es por falta de disposición, y si halla serlo, ha de procurar remediarlo.

Otras veces suele provenir esto de dejarse uno caer advertidamente en culpas veniales. Dos maneras hay de culpas veniales: unas, que se hacen por inadvertencia, aunque con algún descuido y negligencia; otras hay que se hacen advertidamente y de propósito. Las culpas veniales, en que por no advertir caen las personas temerosas de Dios y diligentes en su servicio, no hacen este daño; mas las que con deliberación, de propósito y advertidamente hacen las personas tibias remisas en el servicio de Dios, impiden en gran parte los efectos divinos de este santísimo Sacramento. Y lo mismo podemos decir de las faltas que deliberadamente y de propósito hace uno en la observancia de sus reglas e instituto. Así como un padre suele mostrar a su hijo el rostro torcido cuando ha hecho alguna falta, para reprenderle con aquello y avisarle que ande con más cuidado de allí en adelante, así lo suele hacer Dios con nosotros en la Comunión y en la oración. Y así, si queremos participar del copioso fruto de que suelen gozar los que se llegan a este divino Sacramento como deben, es menester que procuremos no hacer faltas advertidamente y de propósito. Y noten mucho esto las personas temerosas, porque es de mucha importancia para recibir grandes mercedes de Dios.

Lo tercero, digo que el no sentir uno con este divino Sacramento aquellos efectos que hemos dicho, muchas veces no es por culpa alguna, ni por eso deja de recibir en su alma grande fruto, aunque a él le parezca que no lo siente; como solemos decir de la oración, de la cual suelen tener muchos la misma queja, que aunque uno no sienta en ella el gusto y consuelo que desea y otras veces por ventura suele sentir, no por eso deja de ser de mucho provecho. como el manjar al enfermo, aunque no le dé gusto, no por eso le deja de sustentar y ser provechoso. Son esas cosas que pertenecen a la providencia altísima de Dios, el cual suele de esta manera probar a sus siervos, y ejercitarlos, y humillarlos, y sacar otros bienes que Él sabe. se añade a esto que algunas veces obra este Sacramento tan secretamente, que apenas lo puede el hombre entender, porque la gracia comúnmente

obra como la naturaleza, poco a poco, como parece en una planta que sin echarse de ver cuándo crece, vernos después que ha crecido. Y así, dice San Laurencio Justiniano que así como el manjar corporal sustenta al hombre y hace que crezca, aunque no lo advirtamos, así este divino Sacramento conforta y fortalece al alma con aumento de gracias, aunque no lo sintamos.

Lo cuarto, digo que no sólo se cuenta por aprovechamiento el ir adelante, sino también el no caer y volver atrás. Y no es menos de estimar la medicina que nos preserva de la enfermedad, que la que nos acrecienta la salud. Y adviértase mucho esto, porque es cosa de gran consuelo para aquellos que no ven tan palpablemente en sí el fruto de este Sacramento. Vemos comúnmente que los que reciben a menudo este divino manjar viven en temor de Dios, y se les pasa todo el año, y a muchos toda la vida, sin hacer pecado mortal: pues ése es uno de los principales frutos y efectos de este Sacramento, conservar a uno que no caiga en pecados, como lo es del manjar conservar la vida corporal. Y lo notó muy bien el Concilio Tridentino diciendo que es remedio y medicina que nos libra de las culpas cotidianas y nos preserva de las mortales. Y así, aunque uno no sienta en sí aquel fervor y devoción, ni aquella hartura y consuelo espiritual, ni después de haber comulgado sienta aquel aliento y ligereza para las buenas obras que otros suelen sentir, sino antes sequedad y tibieza, no por eso deja de recibir fruto. Y si comulgando cae en algunas faltas, no comulgando cayera en otras mayores. Hagamos nosotros buenamente lo que es de nuestra parte para llegarnos con la disposición y reverencia que hemos dicho, que sin duda será grande el provecho que recibirá nuestra alma con la frecuencia de este divino Sacramento.

Cuenta Tilmán Bredembaquio de un duque de Sajonia, llamado Wedequindo, que era infiel, y viole curiosidad de ver lo que pasaba en los reales católicos de Carlomagno; y por hacerlo más a su placer, se vistió en hábito de peregrino, y se va allá; era tiempo de Semana Santa y Pascua, cuando toda la gente comulgaba. Él andaba con atención mirándolo todo; y entre otras cosas que vio, fue que cuando el sacerdote comulgaba al pueblo, veía un Niño muy hermoso y muy resplandeciente en cada forma; y die que en las bocas de unos entraba el Niño tan alegre, tan regocijado y de tan buena gana, que parecía que Él mismo se iba y daba priesa a entrar; en otros, dice que parecía que entraba de muy mala gana y como forzado, porque volvía el rostro y las manos atrás y meneaba los pies, como hacien-

do resistencia ara no entrar en su boca. Y con este milagro se convirtió y se hizo cristiano este príncipe y toda su tierra.

Otro ejemplo semejante, y que declara más el pasado, se cuenta de un sacerdote seglar, que diciendo Misa, un siervo de Dios que la oía, al tiempo de consumir, vio en la patena, no las especies de pan, sino un Niño; y cuando el sacerdote le levantó para tomarle, volvió el Niño el rostro, y como quien porfiaba, contradiciendo con los pies y manos, a que no le recibiese. Y esto vio aquel siervo de Dios no una, sino algunas veces. Y hablando una vez aquel sacerdote con él, le vino a decir que no sabía qué era, que cada vez que tomaba el cuerpo del Señor, lo tomaba con mucha dificultad. Entonces el siervo de Dios le contó lo que había visto, y le aconsejó que mirase por sí y se enmendase. El sacerdote tomó muy bien el aviso. y compungido enmendó su vida. Y después, oyendo su Misa el mismo siervo de Dios, vio al Niño como de antes; mas que al tiempo de consumir, con los pies y manos juntas se le entraba por la boca con mucha velocidad.

CAPÍTULO 14

Del santo sacrificio de la Misa.

Ya hemos tratado de este divino Sacramento y de sus efectos y virtudes admirable, en cuanto es sacramento; resta ahora tratar de él en cuanto es sacrificio, que es una cosa que el sagrado Concilio Tridentino manda a los predicadores y pastores de las almas que declaren a sus ovejas, para que todos entiendan el tesoro grande que dejó Cristo nuestro Redentor a su Iglesia en dejarnos este sacrificio, y se sepan aprovechar de él.

Desde el principio del mundo, a lo menos después del pecado. aun en la ley natural, siempre hubo y fueron necesarios sacrificios para aplacar a Dios y para reverenciarle y honrarle en reconocimiento de su infinita excelencia y majestad. Y así en la vieja ley instituyó Dios sacerdotes y sacrificios muchos; empero, como la ley era imperfecta, los sacrificios también lo eran; sacrificaban y mataban muchos animales; no les podía aquello llevar a perfección, no bastaba el sacerdocio de Aarón ni sus sacrificios para santificar a los hombres y quitarles los pecados (Hebr., 10, 4): [*Porque es imposible que con sangre de toros y de machos de cabrío se quiten los pecados*], dice el Apóstol San Pablo. Era menester que viniese otro sacerdote según la orden de Melquisedec, que es Jesucristo, y que ofreciese otro sa-

crificio, que es a Sí mismo, que fuese bastante para aplacar a Dios, y santificar a los hombres y llevarlos a la perfección.

Y así dice San Agustín que todos los sacrificios de la vieja ley significaban y eran figura de este sacrificio; y que así como una misma cosa se puede significar y dar a entender con diversas palabras y en diversas lenguas, así este único y verdadero sacrificio fue significado y figurado mocho antes con toda aquella multitud de sacrificios, para, por una parte, encomendárnosle muchas veces, y, por otra, con la diversidad y variedad quitarnos el fastidio que suele causar el repetir muchas veces una misma cosa Y por eso, dice, mandaba Dios que le ofreciesen sacrificios de animales limpios, para que entendiésemos que así como aquellos animales, que se habían de sacrificar, carecían de los vicios y defectos del cuerpo y no tenían mácula, así el que había de venir a ofrecerse en sacrificio por nosotros no había de tener mácula de pecado. Y si aquellos sacrificios agradaban a Dios (como es cierto que por entonces le agradaban), era en cuanto por ellos confesaban y profesaban los hombres que había de venir un Salvador y Redentor que había de ser el verdadero sacrificio; y en virtud de éste tenían aquéllos entonces algún valor. Pero en viniendo que vino este Salvador y Redentor al mundo, desagradaron a Dios aquellos sacrificios, como lo dice el Apóstol (Hebr., 10, 5), [*Entrando en el mundo* dice a su Eterno Padre: *No quisiste sacrificios ni ofrendas; mas me has preparado un cuerpo; los holocaustos por el pecado no te agradaron; por tanto, dije: Aquí estoy, Señor, conforme a lo que está de Mí escrito en la suma del libro, vengo a cumplir tu voluntad*]. Dio Dios cuerpo a su unigénito Hijo para que hiciese la voluntad de su Padre, ofreciéndose por nosotros en la cruz. Y así, viniendo al mundo lo figurado, cesó la sombra y la figura, y dejaron de agradar a Dios aquellos antiguos sacrificios.

Pues éste es el sacrificio que tenemos en la ley de gracia y el que cada día ofrecemos en la Misa. El mismo Jesucristo, verdadero Hijo de Dios, es nuestro sacrificio (Efes., 5, 2): [*Se entregó a Sí mismo por nosotros a Dios en oblación y sacrificio de suavísimo olor*]. Y éstas no son consideraciones devotas, ni pensamientos propios, sino cosas que nos enseña la fe. La Misa, es verdad que es memoria y representación de la Pasión y muerte de Cristo; y así dijo Él cuando instituyó este soberano sacrificio (Lc., 22, 19): [*Haced esto en memoria mía*]; pero es menester que entendamos que no solamente es memoria y representación de aquel sacrificio, en que Cristo se ofreció en la cruz al Padre Eterno por nuestros pecados, sino es el mismo sacrificio que entonces se ofreció, y del mismo valor y eficacia. Y

más: no sólo es el mismo sacrificio, sino también el que ofrece ahora este sacrificio de la Misa, es el mismo que el que ofreció aquel sacrificio de la cruz.

De manera que así como entonces, en tiempo de la Pasión, el mismo Cristo fue el sacerdote y el sacrificio, así también ahora en la Misa, el mismo Cristo es no solamente el sacrificio, sino también el sacerdote y el pontífice que se ofrece a Sí mismo cada día en la Misa al Padre Eterno por ministerio de los sacerdotes. Y así el sacerdote que dice la Misa representa la persona de Cristo, y como ministro e instrumento suyo y en su nombre ofrece este sacrificio. Lo cual declaran bien las palabras de la consagración; porque no dice el sacerdote: *Este es el cuerpo de Cristo*, sino *Este es mi cuerpo*; como quien habla en persona de Cristo, que es el sacerdote y pontífice principal que ofrece este sacrificio. Y por esta razón el Profeta David (Sal., 109, 4) y el Apóstol San Pablo (Hebr., 7, 17, 21) le llaman *Sacerdote eterno según la orden de Melquisedec* y no se dijera bien sacerdote perpetuo, si una sola vez hubiera ofrecido sacrificio; pero se dice Sacerdote eterno, porque siempre ofrece sacrificio por medio de los sacerdotes, y nunca cesa ni cesará de ofrecerle hasta el fin del mundo. *Tal Sacerdote y tal Pontífice habíamos nosotros menester*, dice el Apóstol (Hebr., 7, 16), *que no fuese como los otros sacerdotes, que primero han menester rogar a Dios por sus pecados, y después por los del pueblo;* sino tal, que *por su dignidad y reverencia fuese oído* (Hebr., 5, 7); tal, que no con sangre ajena, sino con la suya propia aplacase a Dios.

Pues ponderemos aquí las invenciones de Dios y el artificio y sabiduría de sus consejos que tomó para la salud de los hombres, y lo que hizo para que eso sacrificio fuese por todas partes acepto, agradable y eficaz, como lo pondera muy bien San Agustín. Porque habiendo en un sacrificio cuatro cosas que considerar: la primera, a quién se ofrece; la segunda, quién le ofrece; la tercera, qué es lo que se ofrece; la cuarta, por quién se ofrece: la sabiduría de Dios ordenó de tal manera este sacrificio y con tal artificio, que el mismo que ofrece este sacrificio para reconciliarnos con Dios, es uno con Aquel a quien le ofrece, y se hizo uno con aquellos por quien le ofrecía, y Él mismo era lo que ofrecía. Y así fue de tanto valor y eficacia, que bastó para satisfacer y aplacar a Dios, no sólo por nuestros pecados, sino por los de todo el mundo, y de cien mil mundos que hubiera: [*El mismo es la víctima de propiciación por nuestros pecados, y no tan sólo por los nuestros, sino también por los de todo el mundo*] le dice el Apóstol y Evangelista San Juan (1 Jn., 2, 2). Y así dicen los teólogos y

Santos que este sacrificio no sólo fue suficiente satisfacción y recompensa por nuestras deudas y pecados, sino muy superabundante; porque mucho más es lo que se da y ofrece aquí, que la deuda que debíamos; y mucho más agradó al Padre Eterno este sacrificio, que le había desagradado la ofensa cometida. De aquí también, que, aunque el sacerdote sea malo y pecador, no por eso deja de aprovechar y valer este sacrificio a aquellos por quien se ofrece, ni se disminuye nada de su valor y eficacia; porque Cristo es no sólo el sacrificio, sino el Sacerdote y Pontífice que le ofrece. Como la limosna que vos hacéis, aunque la enviéis por medio de un criado que sea malo y pecador, no por eso pierde nada de su virtud y mérito. Dice el Concilio Tridentino: El mismo sacrificio es éste que el que entonces se ofreció en la cruz, y el mismo es el que ahora se ofrece por ministerio de los sacerdotes. Solamente está la diferencia, dice el Concilio, en que aquel que se ofreció en la cruz fue sacrificio *cruento*, que quiere decir *sangriento*, con derramamiento de sangre, porque Cristo era entonces pasible y mortal; y éste de la Misa es sacrificio *incruento*, que quiere decir *sin derramamiento de sangre*, porque ya Cristo está glorioso y resucitado, y así no puede Morir ni padecer (Rom., 6, 9).

Dice el Concilio, y lo dicen los Evangelistas, que habiendo el Redentor del mundo de ser sacrificado y morir en la cruz para redimirnos, no quiso que se acabase allí el sacrificio, porque era Sacerdote para siempre; quiso que la Iglesia tuviese y le quedase su sacrificio. Y *porque era Sacerdote según la orden de Melquisedec*, el cual ofreció sacrificio de pan y vino, convenía que se nos quedase en sacrificio debajo de especies de pan y vino. Y así en la última cena (1 Cor., 11, 23), [*en la noche en que había de ser traidoramente entregado, tomó el pan, y haciendo gracias, lo partió y se lo dio a sus discípulos*]. Entonces, cuando los hombres trataban de darle la muerte, trataba Él de darles a ellos la vida. Quiso dejar a su esposa la Iglesia un sacrificio visible, como lo pide la naturaleza de los hombres, que no sólo representase y trajese a la memoria aquel sacrificio sangriento de la cruz, sino que tuviese la misma virtud y eficacia que aquél para perdonar pecados y aplacar a Dios y reconciliarse con Él, y que fuese en efecto el mismo sacrificio; y así consagró su cuerpo y sangre santísima debajo de especies de pan y vino, convirtiendo el pan en su cuerpo y el vino en su sangre; y debajo de aquellas especies se ofreció al Padre Eterno. Aquélla dicen los doctores que fue la primera Misa que se celebró en el mundo. Y entonces ordenó a sus discípulos sacerdotes del Nuevo Testamento, y les mandó a ellos y a sus sucesores en el sacerdocio, que ofreciesen este sacrificio, diciendo (Lc., 22, 19): [*Haced esto en memoria mía*].

Por esta razón dicen algunos que la fiesta del Santísimo Sacramento es la mayor de cuantas la Iglesia celebra de Cristo nuestro Redentor, porque las demás solamente son memoria y representación, como la de la Encarnación, Natividad, Resurrección y Ascensión; no se hace entonces el Hijo de Dios hombre, ni nace, ni resucita, ni sube a los Cielos; pero esta fiesta no es solamente memoria y representación, sino que de nuevo viene y está Cristo debajo de aquellas especies sacramentales, cada vez que el sacerdote dice las palabras de la consagración; y de nuevo se ofrece cada día en la Misa el mismo sacrificio que se ofreció cuando Cristo nuestro Redentor murió por nosotros en la cruz.

Consideremos aquí el amor grande de Cristo para con los hombres y lo mucho que le debemos; que no se contentó con ofrecerse una vez en la cruz por nuestros pecados, sino quiso quedarse acá en sacrificio, para que tengamos, no sólo una vez, sino muchas y cada día hasta el fin del mundo, un sacrificio agradable que ofrecer al Padre Eterno, y un presente tan grande y tan precioso que presentarle por nuestros pecados para aplacarle, que no puede ser mayor ni más precioso y agradable. ¿Qué fuera del pueblo cristiano si no tuviéramos este sacrificio con que aplacar a Dios? *Ya estuviéramos como otra Sodoma y Gomorra* (Isai.. 1, 9), y nos hubiera Dios asolado y destruido como nuestros pecados merecían. Este dice Santo Tomás que es el efecto propio del sacrificio, aplacar a Dios con él, conforme a aquello de San Pablo (Efes., 5, 2): [*Se ofreció a Si mismo por nosotros a Dios en ofrenda y hostia de suavísimo olor*]. Como cuando acá un hombre se aplaca y perdona la injuria que le han hecho, por algún servicio o presente que le hacen, así es tan acepto y tan agradable o Dios este sacrificio y presente que le hacemos, que basta para aplacarle, y para que podamos parecer delante de Él y que nos mire con ojos de piedad.

Si el Viernes Santo, cuando fue crucificado el Redentor del mundo, os hallarais al pie de la cruz, y cayeran sobre vos aquellas gotas de su preciosa sangre, ¡qué consolación sintiera vuestra alma! ¡Qué esfuerzo tomaríais! ¡Qué esperanza tan cierta cobraríais de vuestra salvación! El ladrón, que en toda su vida no había sabido sino hurtar, cobró tan grande ánimo, que de ladrón se tornó santo, y de la cruz hizo paraíso. Pues el mismo Hijo de Dios, que entonces se ofreció en la cruz, Él mismo se ofrece ahora en la Misa por vos, y de tanto valor y eficacia es este sacrificio como aquél. Y así dice la Iglesia: [Cuantas veces se celebra la memoria de este sacrificio, se ejecuta la obra de nuestra redención]. Aquellos frutos grandes de aquel

sacrificio sangriento manan y se nos comunican a nosotros por éste sin sangre.

Es tan alto y soberano este sacrificio, que a sólo Dios se puede ofrecer. Y lo nota el Concilio Tridentino. Dice que aunque la Iglesia acostumbra a decir Misa en reverencia y memoria de los Santos, pero que no se ofrece este sacrificio de la Misa a los Santos. Y así no dice el sacerdote: Le ofrezco a San Pedro o a San Pablo; sino se ofrece a sólo Dios, dándole gracias por las victorias y coronas que dio a los Santos, e implorando su patrocinio, para que ellos intercedan por nosotros en el Cielo, pues nosotros los honramos y reverenciamos en la tierra.

De manera que este divino misterio, no solamente es Sacramento como los demás, sino juntamente es sacrificio; y hay mucha diferencia entre estas dos razones, de sacramento y de sacrificio; porque el ser sacrificio consiste en que se ofrezca por medio del sacerdote en la Misa. Sentencia es muy recibida de los teólogos que la esencia de este sacrificio consiste en la consagración de entrambas especies, y que entonces se ofrece, cuando se acaban de consagrar. Así como en el punto que Cristo expiró, se acabó de hacer aquel sacrificio cruento, en que se ofreció al Padre Eterno por nosotros en la cruz, así en la Misa este sacrificio, que es verdadera representación de aquél, y es el mismo que aquél, se acaba esencialmente y se ofrece en el punto en que se acaban de decir las palabras de la consagración sobre el pan y sobre el vino, porque entonces está allí por virtud y fuerza de las palabras el cuerpo en la hostia y la sangre en el cáliz; y en aquella consagración de la sangre, que se hace en acabando de consagrar el cuerpo, se presenta al vivo el derramamiento de la sangre de Cristo y consiguientemente el apartamiento del ánima del cuerpo, que de ese derramamiento y apartamiento de la sangre del cuerpo se siguió. De manera, que por las palabras de la consagración se produce el sacrificio que se ofrece, y por ellas mismas se hace la oblación. Pero el ser sacramento, lo es siempre, después de consagrado, mientras duran las especies de pan; cuando está reservado en la custodia, cuando le llevan a los enfermos y cuando uno comulga; y no tiene entonces razón ni fuerza de sacrificio.

Y hay otra diferencia, que en cuanto es sacramento, aprovecha al que lo recibe como los demás sacramentos, dándole gracia y los demás efectos propios suyos. Pero en cuanto es sacrificio, aprovecha no solamente al que lo recibe, sino también a otros por quien se ofrece. Y así nota el Concilio Tridentino que para estas dos cosas y por estas dos causas instituyó Cristo este divino misterio: la una, para que como sacramento fuese manteni-

miento del alma, con el cual se pudiese conservar, restaurar y renovar la vida espiritual; la otra, para que la Iglesia tuviese un sacrificio perpetuo que ofrecer a Dios, para perdón y satisfacción de nuestros pecados, para remedio de nuestras necesidades, en recompensa y agradecimiento de los beneficios recibidos. y para impetrar y alcanzar nuevas gracias y mercedes del Señor. Y no solamente para remedio y alivio de los vivos, sino también de los difuntos que mueren en gracia y están en purgatorio: a todos aprovecha este sacrificio.

Y hay aquí una cosa de gran consuelo, que así como el sacerdote, cuando dice Misa, ofrece este sacrificio por sí y por otros, así también todos los que la están oyendo ofrecen juntamente con él este sacrificio por sí y por otros. Así como cuando un pueblo ofrece un presente a su señor, vienen tres o cuatro hombres, y habla uno solo con él, pero todos traen el presente y todos le ofrecen; así acá, aunque sólo el sacerdote habla y con sus manos ofrece este sacrificio, pero por manos del sacerdote ofrecen todos. Verdad es que hay diferencia, porque en el ejemplo que traemos, aunque escogen uno que hable, pero cualquiera de los otros podía hacer aquello; y en la Misa no: porque sólo el sacerdote, que está escogido de Dios para ello puede consagrar y hacer lo que se hace en la Misa; pero todos los demás que sirven o asisten a ella, ofrecen también aquel sacrificio. Y así lo dice el mismo sacerdote en la Misa: Rogad, hermanos, a Dios, que mi sacrificio y vuestro sea acepto y agradable a Dios todopoderoso; y en el Canon dice: [Por los cuales te ofrecemos, o ellos te ofrecen.] Lo cual debería poner mucha codicia a todos de oír y ayudar las Misas: y lo declararemos más en el capítulo siguiente.

CAPÍTULO 15

De qué manera se ha de oír la Misa.

Lo que hemos dicho parece que nos obliga a tratar cómo se debe oír Misa, y lo que hemos de hacer en ella. Y así diremos acerca de esto tres cosas, que serán tres devociones que podemos tener en la Misa, y cada una de ellas es muy principal, y todas tres se pueden tener juntamente. Y no serán de nuestra cabeza, sino de nuestra madre la Iglesia, para que se tengan y estimen en lo que es razón, Cuanto a lo primero, hemos de presuponer que la Misa es una memoria y representación de la Pasión y muerte de Cristo, como queda dicho. Quiso el Redentor del mundo que este santo sa-

crificio fuese memoria de su Pasión y del amor que nos tuvo, porque entendió que acordándonos de lo que por nosotros padeció, nos sería esta continua memoria un despertador grande para amarle y servirle, y que no seríamos como el otro pueblo, *que se olvidó del Señor que le salvó y le sacó de Egipto* (Sal., 105, 21). Y así, una de las buenas devociones que podemos tener en la Misa, conforme a esto, es ir considerando los misterios de la Pasión que en ella se nos representan, sacando de allí actos de amor y propósitos de servir mucho al Señor.

Para eso ayudará mucho saber las significaciones de lo que se hace y dice en la Misa, para que así vayamos entendiendo y gustando más de los misterios tan grandes que allí se nos representan: porque no hay palabra, ni signo, ni ceremonia que no tenga grandes significaciones y misterios; y todas las vestiduras y ornamentos con que se viste el sacerdote para decir Misa, nos representan también eso mismo. El amito dicen los Santos que representa el velo con que cubrieron el rostro a Cristo nuestro Redentor, cuando le decían, hiriéndole en el rostro: «Profetiza quién te dio.» El alba, la vestidura blanca con que Herodes, haciendo burla y escarnio de Él con su ejército, le envió vestido a Pilato. El cíngulo representa, o las primeras ataduras y sogas con que fue atado, cuando le prendieron, o los azotes con que fue azotado por mandado de Pilato. El manipulo significa las segundas ataduras con que ataron a Cristo las manos a la columna, cuando le azotaron. Se pone en el brazo izquierdo, que está más cercano al corazón, para denotar el amor grande con que recibió aquellos crueles azotes por nuestros pecados, y el amor con que es razón que nosotros correspondamos a tan grande amor y beneficio. La estola representa las terceras ataduras, que fue aquella soga que le echaron al cuello cuando llevaba la cruz a cuestas para ser crucificado. La casulla representa la vestidura de grana que le vistieron para burla y escarnio de Él; o, según otros, representa aquella túnica inconsútil que le desnudaron para crucificarle.

El entrar el sacerdote en la sacristía a vestirse de estas vestiduras sacerdotales, representa la entrada de Cristo en este mundo, en el sagrario sacratísimo del vientre virginal de la Virgen María, Madre suya, donde se vistió las vestiduras de nuestra humanidad para ir a celebrar este sacrificio en la cruz. Y al salir el sacerdote de la sacristía canta el coro el introito de la Misa, el cual significa los grandes deseos y suspiros con que aquellos Santos Padres esperaban la Encarnación del Hijo de Dios (Isai., 16, 1; 64, 1): [*Envía, Señor, el Cordero enseñoreador de la tierra. ¡Oh si rasgaras los Cielos y descendieras!*] Y se torna a repetir otra vez el introito, para

significar la frecuencia de estos clamores y deseos, que tenían aquellos Santos Padres de ver a Cristo en el mundo, vestido de nuestra carne. El decir el sacerdote la confesión, como hombre pecador, significa que Cristo tomó sobre sí todos nuestros pecados para pagar por ellos, y quiso parecer pecador y ser tenido por tal, como dice el Profeta Isaías (53, 4 y 11), para que nosotros fuésemos justos y santos. Los kyries, que quiere decir «Señor, misericordia», significan la gran miseria en que estábamos todos antes de la venida de Cristo. Sería cosa muy larga de discurrir por todos los misterios en particular. Basta entender que no hay cosa en la Misa que no esté llena de misterios; y todos aquellos signos y cruces que hace el sacerdote sobre la hostia y el cáliz., es para representarnos y traernos a la memoria los muchos y varios tormentos y dolores que Cristo padeció por nosotros en la cruz; y el levantar en alto la hostia y el cáliz en acabando de consagrar (fuera de que se hace para que el pueblo lo adore), nos representa cuando levantaron la cruz en alto para que todos le viesen crucificado.

Cada uno puede entretenerse en la consideración de un misterio o dos, que más devoción le diere, sacando de ellos fruto para sí, y procurando corresponder a tan grande amor y beneficio y eso será más provechoso que el pasar de corrida muchos misterios por la memoria. Esta es la primera devoción que podemos tener en la Misa.

La segunda devoción y modo de oír la Misa, es muy principal y muy propia de ella, y le apuntamos en el capítulo pasado. Para cuya inteligencia es menester presuponer dos cosas que allí declaramos, La primera, que la Misa no solamente es memoria y representación de la Pasión de Cristo, y de aquel sacrificio en que Él se ofreció en la cruz al Padre Eterno por nuestros pecados; sino es el mismo sacrificio que entonces se ofreció, y del mismo valor y eficacia. La segunda, que aunque sólo el sacerdote habla y con sus manos ofrece este sacrificio, pero todos los circunstantes le ofrecen también juntamente con él. Supuesto esto, digo que el mejor modo de oír la Misa es ir juntamente con el sacerdote ofreciendo este sacrificio, y haciendo en cuanto pudiéremos lo que él hace, haciendo cuenta que nos juntamos todos allí, no sólo a oír la Misa sino a ofrecer este sacrificio juntamente con el sacerdote, pues en realidad de verdad es así; y por eso esta ordenado que los sacerdotes digan con voz clara y moderadamente alta las cosas de la Misa que conviene que el pueblo oiga, para que vayan gustando y preparándose juntamente con el sacerdote para ofrecer este sacrificio con la preparación que la Iglesia con tan grande consejo y acuerdo ha ordenado para eso, porque todo lo que allí se dice y hace es un preparar y

disponer, así al sacerdote como a los que asisten, para que con más devoción y reverencia ofrezcan este altísimo sacrificio.

Para que mejor podamos poner esto en ejecución, se ha de notar que tres partes principales tiene la Misa: la primera es desde la confesión hasta el ofertorio, que toda ella es un preparar al pueblo para que dignamente pueda ofrecer este sacrificio, el principio con la confesión y aquellos versos de salmos. aun antes de llegar al altar. Luego los kyries, que fuera de significar, como dijimos, la grande miseria en que estábamos antes de la venida de Cristo, nos dan también a entender que el que ha de tratar negocios con Dios no los ha de tratar por justicia, sino por misericordia. Luego se sigue el *Gloria in excebis Deo,* dando gloria a Dios por la Encarnación, y reconociendo el bien grande de este beneficio. Luego se sigue la oración. Y se debe notar que dice el sacerdote *oremus* y no oro, porque todos oran con él, y él en persona de todos. Y para que esto se haga con más espíritu, precede el pedir para ello la asistencia del Espirito Santo, volviéndose el sacerdote al pueblo con el *Dominus vobiscum*, y respondiendo el pueblo *Et cum spiritu tuo*. La epístola significa la doctrina del Viejo Testamento y la de San Juan Bautista, que precedió como preparación y catecismo para la doctrina del Evangelio. El gradual, que se dice después de la epístola, significa la penitencia que hacía el pueblo con la predicación de San Juan Bautista. Y el Aleluya que sigue después del gradual, significa la alegría que tiene el alma después de haber alcanzado el perdón de los pecados por medio de la penitencia. El Evangelio significa la doctrina que Cristo predicó en el mundo. Y hace el sacerdote la señal de la cruz sobre el libro que ha de leer, porque nos ha de predicar a Cristo crucificado; y después hace la señal de la cruz en la frente, boca y pecho, y el pueblo también, en lo cual profesamos que tenemos a Cristo crucificado en nuestro Corazón, y que le confesaremos con nuestras lenguas Y con nuestros rostros descubiertos, y que viviremos y moriremos en esta confesión. Se encienden nuevas lumbres para decir el Evangelio, porque esta doctrina es la que alumbra nuestras almas y la luz que trajo el Hijo de Dios al mundo (Lc., 2, 32). Oyese el Evangelio en pie, para darnos a entender la prontitud que hemos de tener para obedecerle y para defenderle cuando fuere menester. Oyese descubierta la cabeza para dar a entender la reverencia que hemos de tener a la palabra de Dios. Luego se sigue el Credo, que es el fruto que se saca de la doctrina del Evangelio, porque en él confesamos los artículos y principales misterios de nuestra fe. Esta es la primera parte de la Misa, la cual llaman Misa de los catecúmenos, porque hasta aquí se permitía estar en la Misa a los catecúmenos que no estaban bautizados, y a los infieles,

así judíos como gentiles, para que oyesen la palabra de Dios y fuesen instruidos en ella.

La segunda parte de la Misa es desde el ofertorio hasta el *Pater noster*, que llaman Misa del sacrificio, a la cual solos los cristianos pueden estar. Y así solía el diácono desde el púlpito mandar ir a los catecúmenos; y entonces se decía antiguamente el *Ite, Missa est:* Idos, porque la Misa, esto es, el sacrificio, se comienza ya al cual no es lícito a vosotros asistir. Esta es la principal parte de la Misa, donde se hace la consagración y se ofrece lo consagrado. Y así, el sacerdote comienza a tener silencio y a decir las oraciones en secreto, que no sean oídas de los circunstantes, como quien se acerca ya al sacrificio; como cuando se acercaba la Pasión, dice el sagrado Evangelio (Jn., 11, 54), que Cristo nuestro Redentor se retiró *junto al desierto a la ciudad de Efrén,* y que *ya no andaba en público*. Pues acercándose ya el sacerdote a ofrecer el sacrificio, se lava las manos para damos a entender la limpieza y puridad con que nos hemos de llegar a este sacrificio.

Y se vuelve al pueblo diciendo que hagan oración juntamente con él, para que aquel sacrificio sea acepto y agradable a la Majestad de Dios. Y después de haber orado un poco secretamente, torna a interrumpir el silencio con el Prefacio, que es un apercibimiento más particular con que el sacerdote se dispone a sí y al pueblo para este santo sacrificio, exhortándoles a que levanten los corazones al Cielo y a que den gracias al Señor por haber bajado del Cielo a tomar nuestra carne y morir por nosotros (Mt 21, 9): [*Bendito el que viene en el nombre del Señor, sálvanos en las alturas*], que son aquellos loores con que le recibieron en Jerusalén el Domingo de Ramos. [*Santo, Santo, Santo, el Señor Dios de los ejércitos*], que son aquellas voces con que le están perpetuamente alabando los cortesanos del Cielo, como dice Isaías (6, 3) y San Juan en su Apocalipsis (4, 8). Luego comienza el Canon de la Misa, donde primero ruega el sacerdote al Padre Eterno que por los méritos de Jesucristo su único Hijo y Señor nuestro acepte este sacrificio por la Iglesia, por el Papa, por el prelado, por el rey. Y luego en secreto ruega a Dios por otras personas particulares, ofreciendo también el sacrificio por ellas, haciendo el primer memento que llamamos de los vivos. Y particularmente ofrece este sacrificio por los que están presentes. Y así es cosa muy provechosa asistir a la Misa, porque los que asisten a ella participan más de los dones de Dios, como los que asisten a la mesa del rey, y como los que le salen a recibir cuando entra en la ciudad; y como los que estuvieron al pie de la cruz, San Juan y nuestra Señora, la Magdalena y

el buen ladrón. Ruperto abad dice que hallarse presente a la Misa es hallarse presente a las exequias de Cristo nuestro Redentor. Luego se sigue la consagración, en que, como dijimos en el capítulo pasado, consiste y se ofrece el sacrificio de la Misa por todos aquellos de quien en el memento se ha hecho mención.

Pues digo que la mejor devoción que uno puede teneres la Misa es ir atendiendo a lo que el sacerdote dice y hace, e ir juntamente con él ofreciendo este sacrificio. Y haciendo, en cuanto puede, lo que él hace como bien es parte en tan grande negocio como allí se trata y celebra. Y cuando el sacerdote hace el memento de los vivos, es bueno hacer cada uno su memento rogando a Dios por los vivos; y después el de los difuntos también con el sacerdote.

Nuestro Padre San Francisco de Borja hacía el memento de esta manera: presupuesta la consideración dicha, que este sacrificio representa y es el mismo que se ofreció en la cruz por nosotros, iba haciendo su memento por las cinco llagas de Cristo. En la llaga de la mano derecha encomendaba a Dios, el Papa y los cardenales, y todos los obispos y prelados, clérigos y curas, y todo el estado eclesiástico. En la llaga de la mano izquierda encomendaba a Dios el rey y todas las justicias y cabezas del brazo seglar. En la llaga del pie derecho, todas las religiones, y en particular la Compañía. En la llaga del pie izquierdo, todos sus deudos, parientes, amigos, bienhechores, y todos los que se habían encomendado en sus oraciones. La llaga del costado reservaba para sí, y allí se entraba y acogía él, [*en las hendiduras de la piedra, en las grietas de la cerca*] (Cant., 2, 14), pidiendo a Dios perdón de sus pecados y remedio de sus necesidades y miserias. Y así ofrecía este sacrificio por todas estas cosas, y por cada una de ellas, como si por sola ella le ofreciera; ofreciéndole siempre en particular por aquella persona o personas por quien decía la Misa por obligación o devoción, con voluntad de que se le aplicase de aquel santo sacrificio toda la parte que se le debía, sin que fuese defraudado en nada por los demás a quien lo aplicaba.

De la misma manera hacía el memento de los difuntos; ofreciendo aquel sacrificio, lo primero, por la persona o personas por quien particularmente decía la Misa; lo segundo, por las ánimas de sus padres Y parientes; lo tercero, por los difuntos de su Religión; lo cuarto, por sus amigos, bienhechores, encomendados, y por todos aquellos a quien tenía alguna obligación; lo quinto, por las ánimas que están más desamparadas, que no tienen quien haga bien por ellas, y por las que están en más graves penas y

en mayor necesidad, y por las que están más cerca de salir del purgatorio, y por las que sería mayor caridad y servicio de Dios ofrecerle. Así hemos de hacer nosotros, de esta u otra manera, como cada uno mejor se hallare.

Y particularmente hemos de ofrecer este sacrificio por tres cosas, que entre otras muchas nos tienen muy obligados y cercados por todas partes: la primera, en hacimiento de gracias por los beneficios grandes que hemos recibido de la mano de Dios, así generales como particulares; la segunda, en satisfacción y recompensa de nuestros pecados; la tercera, para pedir remedio de nuestras necesidades y flaquezas, y alcanzar nuevas mercedes del Señor. Y es muy bueno ofrecer cada uno a Dios este sacrificio por estas tres cosas, no sólo por sí mismo, sino también por los prójimos, ofreciéndole, no sólo por los beneficios que él ha recibido, sino también por las mercedes tan grandes que ha hecho y que cada día hace a todos los hombres. Y no sólo en satisfacción y recompensa de sus pecados, sino de todos los pecados del mundo, pues basta y sobra para satisfacer y aplacar por todos ellos al Padre Eterno. Y no sólo para pedir remedio de las miserias y necesidades propias y particulares, sino de todas las de la Iglesia. Y en esto se conforma uno más con el sacerdote que lo hace así; fuera de que la caridad y celo de las almas pide que no sólo tenga uno cuenta con su caso particular, sino con el bien común de la Iglesia. Y generalmente es bueno ofrecer este sacrificio por todo aquello que Cristo le ofreció estando en la cruz, y por lo que él quiso que se ofreciese cuando le instituyó. Y será bueno ofrecernos también a nosotros mismos, juntamente con Cristo, en sacrificio al Padre Eterno cada día en la Misa por estas mismas cosas, sin quedar nada en nosotros que no se lo ofrezcamos. Porque aunque es verdad que son de muy poco valor nuestras obras de suyo, pero teñidas en la sangre de Cristo y en unión de sus méritos y Pasión, serán de mucho valor y agradarán mucho a Dios.

San Crisóstomo dice que la hora en que se ofrece este divino sacrificio es el tiempo más oportuno que hay para negociar con Dios, y que los ángeles tienen ésta por suavísima coyuntura para pedirle mercedes en favor del género humano, y que claman allí con grande ahínco por nosotros a Dios, por ser el tiempo tan acomodado. Y así dice que están allí escuadrones celestiales de ángeles, de querubines y serafines, arrodillados con grande reverencia ante la Majestad de Dios; y que luego en ofreciéndose este sacrificio, van volando estos correos celestiales para que las cárceles del purgatorio se abran, y se ejecute lo que allí se ha despachado. Y así es razón que nosotros sepamos estimar esta coyuntura, y aprovecharnos de

tan buena ocasión, y que vayamos a la Misa a ofrecer este divino sacrificio con grande confianza, que por medio de él aplacaremos la ira del Padre Eterno, y pagaremos las deudas de nuestras pecados, y alcanzaremos los dones y mercedes que le pidiéremos.

La tercera devoción pertenece particularmente a la tercera parte de la Misa, que es desde el *Pater noster* hasta el fin, donde el sacerdote consume; y las oraciones que se dicen después de la Comunión todas son un hacimiento de gracias por el beneficio recibido. Pues lo que han de hacer entonces los que oyen la Misa, es ir también en esto con el sacerdote en cuanto pudieren[1]. No podemos comulgar en cada Misa sacramentalmente, pero espiritualmente sí. Pues ésta sea la tercera devoción de la Misa, que es muy buena y muy provechosa, que cuando comulga el sacerdote Sacramentalmente, comulguen también espiritualmente los que se hallan presentes. Comulgar espiritualmente es tener un deseo muy grande de recibir este santísimo Sacramento, conforme a aquellas palabras de Job (31, 31): [*¿Quién nos diera que pudiésemos hartarnos de su carne?*] Así como al goloso se le van los ojos tras la golosina, así al siervo de Dios se le han de ir los ojos y el corazón tras este divino manjar, y cuando el sacerdote abre la boca para consumir ha de abrir él la boca de su ánima con un deseo grande de recibir aquel divino manjar y estarse saboreando en aquello. De esta manera Dios satisfará el deseo del corazón con aumento de gracia y de caridad, conforme a aquello que Él promete por el Profeta (Sal., 80, 11): [*Abre tu boca y te la llenaré*]. Pero nota aquí el Concilio Tridentino que para que el deseo de recibir este santísimo Sacramento sea comunión espiritual, es menester que nazca de fe viva, informada de la caridad. Quiere decir, que es menester que el que tiene este deseo esté en caridad y gracia de Dios, porque entonces consigue ese fruto espiritual, uniéndose más con Cristo; pero en el que estuviese en pecado mortal, este deseo no sería comunión espiritual; antes, si desease comulgar estando en pecado, pecaría mortalmente; y si lo desease, saliendo primero de él, aunque sería buen deseo, no sería comunión espiritual; porque como no está en gracia, no puede recibir el fruto de ella. De manera que es menester estar en gracia de Dios, y tener entonces este deseo es comulgar espiritualmente, porque por ese deseo de recibir este santísimo Sacramento participa de los bienes y gracias espirituales que suelen participar los que le reciben sacramentalmente.

---

[1] La Iglesia aconseja la Comunión diaria.

Y aun puede ser que el que comulga espiritualmente reciba mayor gracia que de que comulga sacramentalmente, aunque comulgue en estado de gracia: porque aunque es verdad que la Comunión sacramental de suyo es de mayor provecho y de mayor gracia que la espiritual, porque, al fin, es Sacramento y tiene privilegio de dar gracia *ex opere operato* , lo cual no tiene la comunión espiritual; pero con tanta devoción, reverencia y humildad puede uno desear recibir este santísimo Sacramento, que reciba con eso mayor gracia que el que le recibe sacramentalmente, no con tanta disposición.

Y más: hay otra cosa en esta comunión espiritual, que como es secreta y no la ven los demás, no hay ningún peligro de vanagloria de los circunstantes, como la hay en la Comunión sacramental, que es pública. Y más: tiene otro privilegio particular que no tiene la sacramental, y es que se puede hacer más veces. Porque la sacramental se hace una vez en la semana, o cuando mucho, una vez cada día; pero la espiritual puede hacerse, no solamente cada día, sino muchas veces al día. Y así tienen muchos esta loable devoción de comulgar espiritualmente, no sólo cuando oyen Misa, sino cada vez que visitan el santísimo Sacramento, y otras veces.

Y es bueno el modo de comulgar espiritualmente que usan algunos siervos de Dios; el cual pondremos aquí para que se pueda aprovechar de él el que quisiere. Cuando oís Misa o cuando visitáis el santísimo Sacramento, o cada y cuando que quisiereis comulgar espiritualmente, despertad vuestro corazón con afectos y deseos de recibir este santísimo Sacramento, y decid: ¡Oh Señor, quién tuviera la limpieza y puridad que es menester para recibir dignamente tan gran Huésped! ¡Oh, quién fuera digno de recibir cada día y teneros siempre en sus entrañas! ¡Oh Señor, qué rico estuviera yo si os mereciera recibir y traer a mi casa! ¡Qué dichosa fuera mi suerte! Pero no es necesario Señor, venir Vos a mí sacramentalmente para enriquecerme; queredlo, Dios mío que eso bastará; mandadlo Vos, Señor, y quedaré justificado. Y en testimonio de esto decid aquellas palabras que usa la Iglesia (Mt, 8, 8): *Señor mío Jesucristo, yo no soy digno que Vos entréis en mi morada; mas decidlo Vos, que con vuestra sola palabra mi ánima será sana y salva*. Si mirar la serpiente de metal bastaba para sanar los heridos (Num., 21, 9), también bastará el miraros a Vos con fe viva y con ardiente deseo de recibiros. Y será bueno añadir la antífona: *O Sacrum convivium*, etc., y el verso: *Panen de Caelo*, etc. con la oración del santísimo Sacramento.

CAPITULO 16

Algunos ejemplos acerca de la devoción de oír Misa y decirla cada día, y la reverencia con que hemos de estar en ella.

El Papa Pío II y Sabélico cuentan que en la provincia de Istria, que confina con Panonia y Austria, vivía un devoto caballero, el cual era molestado de una grave tentación de ahorcarse, y algunas veces estuvo a punto de hacerlo. Andando con esta penosa tentación, se descubrió a un religioso letrado y temeroso de Dios pidiéndole consejo, el cual, después de haberle confortado y consolado mucho, le dijo que tuviese en su compañía un capellán que cada día le dijese Misa. Le pareció bien este remedio, y así se concertó con un sacerdote, y los dos se fueron a vivir a una fortaleza que tenía en el campo, donde habiendo un año que por medio de esta santísima devoción vivía en sosiego, acaeció que un día le pidió licencia su capellán para ir a celebrar una fiesta a un pueblo allí vecino con un clérigo amigo suyo; el caballero dio la licencia con intención de ir allá a oír Misa y hallarse en la fiesta; pero por cierta ocasión se detuvo, de modo que ya era mediodía cuando vino a salir de su fortaleza, muy acongojado pensando no hallar Misa, y molestado de su antigua tentación; yendo así fatigado, se encontró con un labrador que venía del lugar, el cual le certificó que eran ya acabados los oficios divinos. Recibió de esto el caballero tanta pena, que comenzó a maldecir su ventura, y a decir que pues aquel día no había oído Misa, se tenía ya por perdido. El labrador le dijo que no se fatigase, que él le vendería la Misa y lo que delante de Dios había merecido con ella, al caballero le agradó esto, y así se concertaron en que le diese una ropa que traía vestida, la cual él le dio de buena voluntad, y con esto se partió el uno del otro. Con todo eso, quiso el caballero llegar al pueblo a hacer oración en la iglesia; lo hizo así, y poco después, volviéndose a su casa, llegando al lugar de la simonía, vio que el labrador se había ahorcado de un árbol, permitiéndolo así Dios en castigo de su pecado. Quedó atónito y dio gracias al Señor porque le había a él librado, y se confirmó más en su devoción, y desde entonces quedó libre de la tentación, aunque vivió muchos años.

Se lee en las Crónicas de San Francisco de Santa Isabel, reina de Portugal, y sobrina de Santa Isabel, reina de Hungría, que entre otras grandes virtudes que tenía, una era ser piadosa y compasiva de los pobres enfermos, y amiga de socorrerlos; y así se dice que ningún pobre le pidió que no

le socorriese; y fuera de esto, tenía mandado a su limosnero que a ninguno le negase limosna. Teniendo, pues, esta santa un paje o criado de cámara, de quien se servía en la distribución de estas limosnas y obras de piedad, por ser virtuoso y de buenas costumbres, aconteció que otro paje de la cámara del rey don Dionis, su marido, y muy privado suyo, viendo la privanza que el paje tenía con la reina, por envidia que tuvo de él y por caer en gracia del rey, le quiso poner mal con él, afirmándole que la reina le tenía mala afición. Y como el rey vivía no muy honestamente, inducido por el demonio traía consigo algunos descontentos, y tenía a desconfianza de la reina su mujer. Por lo cual, espantado de lo que su paje le había dicho, aunque es verdad que no lo acabó de creer, sino que quedó dudoso, con todo eso se determinó de hacer matar a aquel paje secretamente. Y saliendo aquel día a pasearse a caballo, pasó por donde había un horno de cal, que se estaba cociendo, y llamando aparte a los hombres que le daban fuego, les mandó que a un criado que él les enviaría allí con un recaudo, diciendo si tenían hecho lo que el rey les había mandado, le arrebatasen luego y le echasen dentro del horno, de modo que allí luego muriese, porque así convenía a su servicio. Venida, pues, la mañana siguiente mandó el rey al paje de la reina que fuese con este recaudo al horno, para que aquellos hombres pusiesen en ejecución lo que él les había mandado, y así muriese; mas nuestro Señor, que nunca falta a los suyos, y vuelve por los que están inocentes y sin culpa, ordenó pasando este Mozo por una iglesia, tañesen la campanilla de alzar en una Misa que entonces estaban diciendo; y entrando dentro, estuvo hasta que se acabó la Misa, y otras dos que comenzaron luego una en pos de otra. En este tiempo, deseando el rey saber si era ya muerto, acertó a ver al otro paje de cámara, que era el que le había acusado y levantado el falso testimonio delante del rey, al cual envió muy de priesa al horno a saber si se había hecho lo que él había mandado, y llegado que fue con el recaudo, como éste, conforme a las señas, era el que el rey les había dicho, le arrebataron luego los hombres y, atándole, lo echaron vivo en el horno. En este interin, acabando el otro mozo inocente y sin culpa de oír sus Misas, fue a dar el recaudo del rey a los que cocían el horno, diciendo si habían cumplido lo que su señor les había mandado, y respondiendo ellos que sí, él se volvió con la respuesta al rey; el cual, así como lo vio, quedó como fuera de sí, viendo y considerando que había acontecido este negocio muy al contrario de como él había ordenado mandado. Y volviéndose al paje le comenzó a reprender, preguntándole dónde se había entretenido tanto. Entonces el criado, dando cuenta de sí, le respondió: «Señor, yendo yo a cumplir el mandato de vuestra alteza, acerté a

pasar junto a una iglesia. donde estaban tañendo la campanilla de alzar, y entrando dentro oí aquella Misa hasta el cabo; y antes que aquella se acabase, comenzaron otra y otra, y así aguardé hasta que se acabaron todas, porque mi padre me dejó por bendición, antes que muriese, que a todas las Misas que viese comenzar estuviese hasta el fin.» Entonces vino el rey a caer, por este juicio de Dios, en la cuenta de la verdad, y en la inocencia de la buena reina, y en la fidelidad y virtud del buen criado, y así echó de sí la imaginación mala que contra ella tenía.

En el Prontuario de Ejemplos se cuenta que en un pueblo vivían dos oficiales de un mismo oficio, y el uno tenía mujer, hijos y familia, y con todo eso era tan devoto de oír Misa cada día, que por ninguna cosa la dejaba, y así le ayudaba nuestro Señor, y le iba bien en su oficio, y le multiplicaba su hacienda. El otro, por el contrario, no teniendo hijo ninguno, ni criado, sino sola su mujer, siempre trabajaba de día y de noche, y aun en los mismos días de fiesta, y oía Misa muy pocas veces, y nunca salía de laceria sino que padecía mucha necesidad y pobreza. Viendo, pues, éste que al otro le iba tan bien. haciéndose un día encontradizo con él, le preguntó que de dónde le venían tantos bienes y le sucedía tanta ganancia, que con él tener tanta familia de hijos y mujer, nunca le faltaba lo necesario, sino que siempre tenía bastantemente lo que había menester; y él, siendo solo con su mujer y trabajando más, siempre vivía en necesidad y pobreza. A esto respondió el que tenía devoción de oír cada día Misa, diciendo que él le mostraría al día siguiente el lugar dónde hallaba aquella ganancia. Y venida la mañana, se fue por casa del otro y le llevó consigo a la Iglesia; y acabada de oír la Misa le dijo que se volviese a su casa a trabajar. Lo mismo hizo el segundo día, y las mismas palabras le dijo. Pero el tercero día, viniendo otra vez a su casa para llevarle a la iglesia, le dijo el otro: «Hermano, si yo quisiese ir a la iglesia, no he menester que vos me llevéis allá, que bien sé el camino: lo que yo deseaba saber de vos era el lugar donde habéis hallado tan buena comodidad para enriquecer, y que me llevaseis allá para que yo también me pueda hacer rico.» Entonces respondió él diciendo: «Yo no sé, ni tengo otro lugar donde busque el tesoro del cuerpo y el premio de la vida eterna, si no es en la iglesia.» Y para confirmar esto, dijo (Mt., 6. 30): «¿Por ventura no habéis oído lo que el Señor dice en el Evangelio: *Buscad primero el reino de los Cielos y su justicia, y todas las demás cosas que se os darán por añadidura*?» Oyendo esto el buen hombre, entendió el misterio y cayó en la cuenta y compungido de su pecado enmendó su vida, haciéndose desde luego muy devoto y oyendo de allí

adelante su Misa cada día. y así le comenzó a ir bien y suceder prósperamente en todos sus negocios.

Cuenta San Antonino de Florencia que saliendo un día de fiesta de una ciudad dos amigos mancebos para irse a holgar al campo a cierta caza, el uno de ellos tuvo cuidado de oír primero Misa y cumplir con el precepto, y el otro no. Yendo, pues, juntos su camino, comenzó a revolverse el tiempo y turbarse el aire, de modo que parecía que el cielo se quería venir abajo, y hundir el mundo con los grandes truenos que comenzaron, y muchos relámpagos que venían a toda prisa con grandes señales de mucho agua; y entre éstas se oyó en el aire una voz, la cual oyeron los mismos mozos, que decía: «Dale, hiérele.» Quedaron con esta voz atemorizados; pero prosiguiendo su camino, al mejor tiempo, cuando no se cataron, cayó un rayo y mató al desdichado mozo que aquel día no había oído Misa. Fue tan grande el espanto y asombro que le dio al otro, que quedó como fuera de juicio, sin saber lo que había de hacer, mayormente que estaba ya cerca del puesto donde iban a cazar. Finalmente, pasó adelante y prosiguió su camino, y oyó otra voz que dijo: «Hiérele, hiérele a ése» Quedó el pobre muy atemorizado con esta voz, acordándose de lo que había pasado por su compañero; mas se oyó otra voz en el aire, que dijo: «No puedo, porque ha oído hoy el *Verbum caro factum est*» Entendiendo por esto que había oído Misa; porque al fin de ella se suele decir el Evangelio de San Juan, donde están estas palabras. Y de esta manera se escapó aquel mozo de aquella tan terrible y repentina muerte.

De San Buenaventura se lee que considerando la soberana Majestad de Dios, que está en el santísimo Sacramento del altar, y su gran vileza, y temiendo que no recibía al Señor con la disposición que convenía, estuvo muchos días sin llegarse al alta, y un día, oyendo Misa, al tiempo que el sacerdote partía la hostia, una parte de ella se vino a él y se le puso en la boca. Y haciendo gracias al Señor por este tan incomparable beneficio, entendió que con él le quería enseñar, que gusta más Dios de los que con amor y entrañable afecto se llegan a él y le reciben, que no de los que por temor se apartan y dejan de recibirle; como después el mismo Santo lo escribió. Y lo mismo escribió Santo Tomás.

Del Santo fray Hernando de Talavera, primer arzobispo de Granada, se cuenta que estando en la corte ocupado en muchos y muy graves negocios del reino, como sus émulos, que eran muchos, no hallasen otra cosa en que le poder acusar, murmuraban algunos porque decía cada día Misa, maravillándose de él, que, teniendo tantos y tan arduos negocios sobre sí, se

hallaba tan dispuesto y con ánimo reposado y quieto para celebrar cada día, como si estuviera en el monasterio. Y como el cardenal de España y arzobispo de Toledo don Pedro González de Mendoza un día familiarmente le dijese lo que se decía, respondió el siervo de Dios: Así es, señor, que porque sus altezas me han puesto en cosas tan arduas, y encomendado carga que es sobre todas mis fuerzas, no tengo otro refugio, para no dar con la carga en el suelo, sino llegarme cada día al santo Sacramento, para que con eso pueda tener fuerzas para salir al cabo, y dar buena cuenta de lo que sus altezas me han encomendado.»

De San Pedro Celestino, que después fue Papa, cuenta Surio que poniéndose él una vez a considerar, por una parte, la Majestad grande del Señor que está en el santísimo Sacramento, y por otra, su vileza indignidad, y acordándose de San Pablo, primer ermitaño, San Antonio, San Francisco y otros Santos, que no se habían atrevido a ejercitar el santo misterio de la Misa y Comunión cotidiana, estuvo muy dudoso y perplejo sobre la frecuencia en esto, y se abstuvo algunos días con el temor, temblor y reverencia de tan grande Señor, con determinación de ir a Roma a consultar al Papa sobre esto, si le sería mejor abstenerse de celebrar del todo o algún tiempo, y yendo con este intento, en el camino se le apareció un santo abad, ya difunto, el cual le había dado el hábito de monje, y le dijo: «¿Quién, oh hijo, aunque sea ángel, es digno de este misterio? Pero con todo eso te aconsejo que con temor y reverencia celebres frecuentemente»; y luego desapareció.

Cuenta San Gregorio que poco antes de su tiempo acaeció que un hombre fue preso y llevado cautivo de los enemigos a muy lejanas tierras, donde estuvo mucho tiempo aprisionado, sin saber ni tener nuevas algunas de él; y como su mujer, después de tan largo tiempo no supiese de él, creyó ser ya muerto, y así como a tal hacía cada semana decir Misas y sacrificios por su ánima. Y era nuestro Señor servido que todas las veces que las Misas se decían por él, se hallaba el pobre cautivo libre de sus prisiones. Aconteció, pues, que no mucho después de esto salió el hombre del cautiverio y volvió a su casa libre; y como entre otras cosas contase a su mujer esta maravilla, espantado y admirado de que en ciertos días y horas de cada semana se le quitaban las prisiones, como está dicho; haciendo la mujer la cuenta, halló que era en los mismos días y horas que ella hacía ofrecer el sacrificio y decir las Misas por él. Y añade San Gregorio: «De aquí podéis, hermanos, colegir cuánta fuerza tendrá para deshacer las prisiones y atadu-

ras del ánima este sacrificio ofrecido por nosotros.» El venerable Beda cuenta otro ejemplo semejante.

San Crisóstomo dice que por el tiempo que el sacerdote celebra, asisten allí los ángeles, y que en honra del que allí es ofrecido, el altar está rodeado de ángeles. Y dice que oyó contar a una persona fidedigna, que un viejo, gran siervo de Dios, había visto de repente descender gran multitud de ángeles, y estar el altar rodeado de ellos, vestidos de tan resplandecientes ropas, que su claridad no se podía mirar, tan humillados como están los soldados delante de su rey. Y así lo creo yo, dice el glorioso Santo: porque al fin donde está el rey está la corte. Y San Gregorio dice: «¿Quién duda sino que en aquella hora en que se ofrece este santo sacrificio, a la voz del sacerdote se abren los Cielos y bajan juntamente con Cristo aquellos cortesanos del Cielo, y está todo aquello cercado de coros de ángeles, que como buenos cortesanos están acompañando a su Rey?» Y así declaran muchos Santos aquello de San Pablo, que mandando que las mujeres estuviesen en la iglesia cubiertas las cabezas, da la razón (1 Cor., 11, 10): *Por amor de los ángeles*. Porque por estar allí el santísimo Sacramento, dicen que hay allí ángeles que le reverencian y respetan.

San Nilo escribe del mismo San Juan Crisóstomo (que fue su maestro) que cuando entraba en la iglesia veía gran multitud de ángeles vestidos de blanco, los pies descalzos, y encorvados sus cuerpos por la gran reverencia, con sumo silencio y como asombrados de la presencia de Cristo nuestro Dios y Señor en este Sacramento. Conforme a esto, dice el glorioso Crisóstomo: «Cuando te hallas delante de este divino Sacramento, no has de pensar que estás entre hombres en la tierra; ¿por ventura no sientes la vecindad de aquellos escuadrones celestiales de querubines, serafines, etc., que asisten ante aquel gran Señor de Cielos y Tierra?» Y así dice: «Estad, hermanos, en la iglesia con gran silencio, con temor y temblor: mirad de la manera que están los criados de un rey delante de él, qué modestos y serenos, con cuánta reverencia: no hay quien allí se atreva a hablar una palabra, ni a volver los ojos de una parte a otra; y aprended de aquí de la manera que habéis de estar delante de Dios.»

APÉNDICE

ORACIÓN

para antes del acto de contrición.

Misericordiosísimo Dios, yo creo firmemente todo lo que cree y tiene la Santa Iglesia Romana, por haberlo Vos enseñado, que sois la suma verdad, que ni podéis engañaros ni engañarnos; y espero de vuestra misericordia infinita que me habéis de perdonar y salvar, porque no queréis la muerte del pecador, sino que se convierta y viva. Os suplico humildemente que me miréis con ojos de piedad y me deis gracia para que este acto de contrición, que quiero hacer, sea verdadero y eficaz, por los merecimientos de nuestro Señor Jesucristo. Amén.

ACTO DE CONTRICIÓN

para alcanzar perdón de los pecados.

Todopoderoso y clementísimo Dios, Criador y Salvador mío, pésame de todo corazón de todos mis pecados, por ser ofensas a vuestra divina Majestad, y porque os amo sobre todas las cosas , por ser Vos quien sois e infinitamente bueno. Y propongo firmemente con vuestra gracia de no ofenderos más, y de confesarme y cumplir la penitencia que me fuere impuesta.

DECLARACIÓN

Lo PRIMERO se ha de advertir que no basta para alcanzar perdón de los pecados decir estas palabras, que se ponen en el acto de contrición, con la boca ni con el entendimiento y atención, con que se rezan otras oraciones, sino es menester decirlas de veras y de corazón. Y así, por ser éste un acto de la voluntad dificultoso, sobrenatural, excelentísimo e importantísimo, importará mucho pedir primero a nuestro Señor su favor y gracia, para hacerle como se debe, con la oración que se pone antes de él o con otra semejante, donde juntamente se dispone uno con actos de fe y esperanza. Ayudará también considerar los efectos del pecado, para lo cual se ponen aquí algunos:

1. El mayor mal de los males es el pecado mortal. 2. Tanto, que fue menester que Dios se hiciese hombre para satisfacer por él de rigor de justicia. 3. El que peca mortalmente crucifica otra vez a Cristo, cuanto es de su parte (Hebra., 6, 6). 4. Estima más el deleite del pecado que a Dios, imi-

tando a Judas y a lo que le trocaron por Barrabás. 5. Por el pecado mortal pierde el hombre la gracia de Dios y se hace enemigo suyo. 6. Pierde la gloria prometida y queda condenado según la presente justicia al infierno para siempre jamás. 7. El pecado mortal hace al pecador esclavo de Satanás, feo y abominable como el demonio. 8. Por el pecado entró la muerte. Y el que prometió a los pecadores perdón, si hiciesen penitencia, no les prometió el día de mañana.

Lo SEGUNDO se ha de notar que con el sacramento de la Penitencia basta para alcanzar la gracia y perdón de los pecados, tener dolor de ellos y propósito de la enmienda, por temor del infierno, o por no perder la gloria, o por la malicia y fealdad del pecado, al cual llaman atrición. Pero sin sacramento ninguno no basta esto, sino es menester dolor que nazca de amor de Dios; al cual llaman contrición.

Lo TERCERO que se sigue de lo dicho, y es digno de mucha consideración, es que podrá acontecer muchas veces que por haber uno hecho este acto de contrición se salve, y si no le hubiera hecho, se condenara para siempre, por cogerle la muerte en pecado mortal. Por donde se verá cuánto importa acostumbrarse uno a hacer este acto de contrición a menudo de todo corazón. Y, a lo menos, ninguno debería dejarle de hacer cada noche, pues no sabe si amanecerá mañana.

Bienaventurado el siervo que cuando viniere el Señor le hallare velando (Lc., 12, 37).

Fin de la segunda parte del Ejercicio de Perfección y Virtudes cristianas. La cual sujetamos a la censura y corrección de nuestra Santa Madre iglesia Católica, Apostólica y Romana.